PLUTARCO

VIDAS PARALELAS

VOL. V

EDITORIAL GREDOS

PLUTARCO

VIDAS PARALELAS

V

LISANDRO — SILA
CIMÓN — LÚCULO
NICIAS — CRASO

INTRODUCCIONES, TRADUCCIONES Y NOTAS DE
JORGE CANO CUENCA, DAVID HERNÁNDEZ DE LA FUENTE
Y
AMANDA LEDESMA



EDITORIAL GREDOS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 362

Asesor para la sección griega: CARLOS GARCÍA GUAL.

Según las normas de la B.C.G., la traducción de este volumen ha sido revisada por ÓSCAR MARTÍNEZ, HELENA FERRÁNDIZ MARTÍN y JORGE CANO.

La introducción, traducción y notas de *Lisandro — Sila* han sido realizadas por JORGE CANO, y han sido revisados por ÓSCAR MARTÍNEZ.

La introducción, traducción y notas de *Cimón — Lúculo* han sido realizadas por DAVID HERNÁNDEZ DE LA FUENTE, y han sido revisadas por HELENA FERRÁNDIZ MARTÍN.

La introducción, traducción y notas de *Nicias — Craso* han sido realizadas por AMANDA LEDESMA, y han sido revisadas por JORGE CANO.

Depósito Legal: M.25156-2007

ISBN 978-84-249-1795-1 Obra completa
ISBN 978-84-249-2870-4 Tomo V

Impreso en España. *Printed in Spain*
Composición: Manuel Rodríguez
Impreso en Top Printer Plus.



LISANDRO — SILA

INTRODUCCIÓN

VIDA DE LISANDRO

Lisandro representa un nuevo modelo de espartano, un espartano al que las circunstancias permiten desarrollar un carácter distinto: fuerte, poderoso, intrigante, ambicioso, cruel y violento en ocasiones, presto al perjurio e incluso sarcástico; sus victorias en la Guerra del Peloponeso son más frutos del azar y de los graves errores de sus enemigos que de su pericia militar; se sirve de los oráculos y de la superstición para sus intereses personales y sus pretensiones tiránicas, actitudes semejantes a las de Alcibíades. La comparación con Sila, aunque matizada por Plutarco, es, por tanto, evidente. Nada se sabe del nacimiento y de la juventud de Lisandro. Su primera aparición se data en el 407 a. C., cuando es nombrado navarco en sustitución de Cratesipides, cargo que presupone a un militar ya experimentado. Su carrera será tan corta como vehemente y encontrará su fin en Haliarto, Beocia, en el transcurso del asedio a la ciudad en el 395 a. C.

Se enfrentó a sus conciudadanos espartanos por su cercanía a los bárbaros, en concreto a Ciro el Joven, del que recibió favores y prebendas, algo que su sustituto en el cargo, el adusto y lacónico Calicrátidas, aborrece; Plutarco narra la escena de Calicrátidas pidiendo audiencia en el palacio de

Ciro con fina sorna y el regusto amargo de alguien que ve cómo se corrompe un mundo. No obstante, tras su victoria en Egospótamos ante la flota ateniense en el 405 a. C., Lisandro se convierte en el hombre más poderoso de Grecia. Comenzará entonces una fina trama para intervenir en las ciudades asiáticas que se encontraban en la órbita ateniense, promoviendo golpes de Estado y llevando a cabo matanzas de partidarios de los gobiernos populares, como la de Mileto, fruto de las cuales su poder personal comenzará a extenderse por toda Grecia. Su ambición y gusto por la intriga se proyectará incluso sobre la propia Esparta, con un estrambótico y largo plan para acabar con el poder de las familias de los Agiadas y los Euripóntidas, únicas que tenían acceso a la realeza, plan que, finalmente, no se puso en marcha en el último momento. Precisamente es este deseo de personalismo uno de los puntos de la crítica de Plutarco, en la medida en que no favorece con él a su patria, Esparta, sino a sí mismo. Plutarco, además, muestra a un personaje con escaso refinamiento y gusto: el episodio de la competición poética en su honor, en la que privilegia a un autor mediocre, «un tal Nicérato de Samos», ante el célebre Antímaco de Colofón le sirve a nuestro autor para mostrar, con bastante malicia, a Platón consolando a Antímaco con estas palabras: «La ignorancia es el mal de los ignorantes, al igual que la ceguera el mal de los que no ven». Introdujo el dinero en Esparta, algo que jamás le perdonaron los espartanos más apegados a la tradición, ya que sembró la codicia y el deseo de propiedad privada entre sus ciudadanos. Pese a esto, Lisandro murió con muy poco y no se le puede culpar de enriquecerse ni de amasar fortunas; sus hijas fueron rechazadas por sus pretendientes cuando, muerto Lisandro, se descubrió que apenas poseía nada.

Las fuentes de esta biografía, mencionadas por el propio autor, son Anaxandridas de Delfos, Androclides, Aristóteles, Duris de Samos, Éforo, Teofrasto y el historiador Teopom-

po. Éforo, cuya obra *Historia universal* está perdida, aunque transmitida en parte por Diodoro de Sicilia, y Teopompo, autor de una *Historia griega*, son seguramente las fuentes que utiliza Plutarco en todos aquellos casos en los que se separa de los datos que Jenofonte transmite sobre el personaje en los libros I-III de las *Helénicas*, en los que se narra este mismo período de la Guerra del Peloponeso. Asimismo, determinadas anécdotas y documentos escritos mencionados en esta *Vida* hacen pensar en una tradición oral sobre el personaje que duró varios siglos y de la que posiblemente se haga también eco Claudio Eliano en sus *Historias curiosas*. Plutarco no escatima un momento para mostrar tanto su cultura literaria, con citas de Eurípides y menciones a Jenofonte, como científica, mediante la larga digresión sobre el meteorito caído en Egospótamos, también mencionado en Aristóteles *(Meteor.* I 7, 9) y en la *Historia natural* de Plinio el Viejo *(Hist. nat.* II 149), en la que rebate a Anaxágoras sirviéndose de las teorías de otros fisiólogos.

Plutarco se muestra como un admirador de la Esparta de Licurgo y no pierde la ocasión de criticar las innovaciones de Lisandro, como la mencionada introducción del uso de la moneda de oro y plata y que supondrán la ruina del austero modo de vida espartano. En otras obras acerca de Esparta, como la *Vida de Licurgo* y las *Sentencias laconias*, Plutarco incide sobre esto y cita el oráculo dado a los reyes Alcámenes y Teopompo: *Ha philochrematía Spártan oleî:* «El ansia de riquezas acabará con Esparta». Además de esto, hay una crítica implícita al modelo expansionista espartano, representado en la figura de Lisandro, y, por supuesto, a las guerras entre griegos, que él, como Isócrates, considera guerras fratricidas. El autor, nacido en Queronea, Beocia, se muestra como un firme adalid de sus paisanos y no se puede hurtar a la celebración de los decretos promulgados por los beocios para acoger y ayudar a los partidarios de la democracia huidos de Atenas durante el

gobierno de los Treinta Tiranos, impuestos por Esparta tras la toma de la ciudad, «decretos semejantes a las acciones de Heracles o de Dioniso en espíritu y temple» afirma. En paralelo con ciertas claves de la tragedia griega, la *hýbris* de Lisandro le llevará a emprender una expedición de castigo contra Beocia, por amparar a los fugitivos y darles apoyo y armas para recuperar Atenas y acabar con la dominación espartana. Pero ni siquiera los espartanos quieren ya que la guerra continúe: el rey espartano Pausanias parece abandonar al impetuoso personaje a su suerte y no hacer todo lo posible para acudir en su ayuda durante el asedio de Haliarto, en donde Lisandro morirá de una manera muy poco heroica, casi patética y fruto de un grave error de estrategia. El final del relato tiene un bello tono novelesco, con la escena del soldado que se lamenta ante la fragilidad humana y el encadenamiento al inexorable destino al que está sometida cuando reconoce en la muerte de Lisandro, acaecida junto a un arroyo llamado Hoplita, el cumplimiento de una profecía que había recibido el estratego lacedemonio y que le mandaba evitar «el Hoplita engañoso y al dragón hijo de la tierra que viene por la espalda». Parece que Plutarco redime en parte a Lisandro tras su muerte y en los últimos pasajes de su biografía: los espartanos condenan al exilio al rey Pausanias por entender que no acudió en auxilio de su general y el rey Agesilao se lamenta de que sus conciudadanos no fueran conscientes de la talla política de Lisandro al hallarse entre sus pertenencias un documento, un discurso político, en el que pedía una renovación profunda en la vida espartana y abogaba por un gobierno de los «mejores», no de oligarquías hereditarias en el seno de los Heraclidas. Finalmente, el descubrimiento de la parquedad de su patrimonio y del repudio de sus hijas por parte de sus pretendientes aporta una nueva luz a la representación del personaje llevada a cabo por Plutarco: un autor que, aunque no se asome a las simas psicológicas con el olfato y la finura de Tácito, sí es capaz de

desplegar un nutrido registro de claroscuros y de tonos a la hora de retratar las relaciones de sus personajes con el poder, registro que William Shakespeare supo aprovechar en buena parte de sus tragedias de temática clásica.

Sumario

Retrato físico y moral: 1-2.
Campañas navales en Jonia: relación con Ciro el Joven y rivalidad con Calicrátidas: 3-8.
La batalla de Egospótamos: 9-13.
Toma de Atenas: 14-15.
Gran poder de Lisandro después de su victoria: 16-18.
Semblanza de Lisandro y de su ambición, la denuncia de Farnabazo: 19.
Consecuencias de la denuncia de Farnabazo: 20-21.
Lisandro y Agesilao: 22-23.
Plan de Lisandro para cambiar el poder en Esparta: 24-26.
Guerra contra Tebas. Muerte de Lisandro: 27-28.
Situación en Esparta después de la muerte de Lisandro: 29-30.

Esta traducción sigue el texto editado por Robert Flacelière y Émile Chambry en Plutarque: *Vies, VI, Pyrrhos-Marius et Lysandre-Sylla*, Les Belles Lettres, París, 1971.

VIDA DE SILA

La semblanza de Sila que realiza Plutarco coincide casi por completo con la que trazan Salustio y Valerio Máximo, y parece que todas las fuentes vienen a coincidir en señalar que en el dictador romano la valía militar y la crueldad iban por caminos paralelos. Sila nació en el año 138 a. C. en el seno de una familia patricia, pero venida a menos por culpa de un

antepasado, Publio Cornelio Rufino, que llegó a cónsul y a dictador, pero que, debido a la apropiación de fondos públicos, fue expulsado del Senado en el año 275 a. C., después de lo cual ningún miembro de la familia llegó a ocupar cargos públicos hasta Lucio Cornelio Sila. Salustio *(Guerra de Jugurta* 95, 3-4) señala su buena formación y conocimiento erudito de las letras griegas y latinas, dato que deja caer Plutarco cuando menciona que, tras la toma de Atenas, el general romano se llevó los libros de Aristóteles y Teofrasto que se encontraban en la biblioteca del erudito Apelicón de Teos a Roma, donde fueron editados y publicados. Asimismo en Sila la ambición sin medida, el desenfreno en los placeres y la búsqueda de gloria, continua y sin miramientos, parecen combinarse con una generosa prodigalidad, un carácter amigable y festivo, una envidiable capacidad de liderazgo e incluso capacidad para emocionarse hasta el llanto, lo cual, en manos del sabio de Queronea, sirve para llevar a cabo un fino retrato de un hombre para el que el exceso se convirtió en una marca de conducta existencial. El poder que acaparó Sila, al igual que en el caso de Lisandro, aunque el romano llegó incluso más lejos, merced a sus éxitos militares, a las masacres de enemigos perpetradas, a las proscripciones de ciudadanos y a su implacable sed de honores, se convirtió poco menos que en absoluto. Valerio Máximo *(Dichos y hechos memorables* IX 2, 1) señala que «en la consecución de victorias militares se convirtió a los ojos del pueblo romano en un nuevo Escipión, pero en el uso que hizo de la victoria, en un nuevo Aníbal». Derramó más sangre de sus conciudadanos de lo que había hecho antes otro romano y fue el gran vencedor de la guerra civil contra Mario y el bando popular, por lo que la tradición historiográfica romana no pudo sino sentir una curiosa mezcla de abominación ante su crueldad y de fascinación ante sus logros: la captura de Jugurta, el sometimiento de los marsos en la Guerra Social, la rendición de Mitrídates y la unifica-

ción del Estado romano después de una cruenta guerra civil. Resulta muy interesante, además de aportar distintos matices a la narración de este convulso momento de la historia de Roma, la lectura de esta *Vida de Sila* en paralelo con la de la *Vida de Mario.*

Plutarco arranca su crítica moral de Sila en los primeros años de la vida del dictador, licenciosa y demasiado convivial junto a gente de la farándula y cuyos prolongados excesos provocaron su muerte en el 78 a. C. Nuestro autor señala con una mezcla de aversión y escándalo sus amoríos con una prostituta rica, con el cantante y actor Metrobio, sus divorcios y matrimonios. Posteriormente, según avanza el relato, el tono se recrudece hasta que se entrelazan datos que configuran un catálogo realmente atroz: pone precio a la cabeza de Mario, su gran rival, que, sin embargo, le perdonó la vida cuando le tuvo a merced, masacra a los ciudadanos de Antemnas ante las puertas del Senado de Roma durante una sesión del mismo, expolia con inefable impiedad los santuarios de Grecia, incluso los más sagrados, como Olimpia y Delfos —el amado Delfos de Plutarco, en la que él había servido como sacerdote de Apolo—, se comporta con una arrogancia y altanería impropia de Roma con los pueblos de Asia, proscribe y condena a muerte a los ciudadanos romanos para apoderarse de sus patrimonios o regalárselos a sus amigos. Su aspecto no era menos feroz: ojos de un azul gélido, rubicundo, con manchas de sangre por todo su rostro, lo que llevó a un gracioso ateniense a compararlo con «una mora rebozada en harina». En suma, una invitación a contemplar cómo la consecución y el ejercicio del poder absoluto llevan a un general valioso, apreciado por el pueblo y con cierta facilidad para emocionarse, a convertirse en un cruel tirano. En palabras del propio Plutarco: «Resulta natural que el ejercicio del poder absoluto le causara un perjuicio, ya que éste no permite que los rasgos del carácter permanezcan de acuerdo con el modo de ser de un principio, sino que se

vuelven caprichosos, fútiles y violentos. Ver si esto es un movimiento y un cambio de la naturaleza que opera por fortuna, o si es una revelación producto del poder de la perversidad que yacía oculta, es algo que nos haría entrar en otra clase de temas» *(Vida de Sila* 30, 5-7). Esto acerca el retrato de Sila al que traza del griego Pirro en su biografía: el poder sin medida conducirá a ambos sin remedio a la degeneración moral en una suerte de tragedia shakespeareana que les deparará a ambos un cruel final: al griego, la espada; al romano, una necrosis tumoral.

Parece que Plutarco tuvo acceso a las propias *Memorias* de Sila, hoy perdidas, en cuya redacción se volcó el dictador una vez que abandonó Roma y el poder y se marchó a vivir a su villa de los alrededores de Cumas. Además de esta obra, nuestro autor menciona como fuentes a Fenestela, a Juba, rey de Mauritania, a Salustio, a Estrabón y a Tito Livio. Por otro lado, al igual que en la *Vida de Lisandro*, en la narración de la campaña militar de Sila por Grecia, Plutarco se detiene con calma a precisar datos mitológicos y geográficos sobre los lugares de su tierra, Beocia, conocidos por él de primera mano, en donde tuvieron lugar las decisivas batallas de Queronea, su pueblo natal, y Orcómeno.

Como sucedía en la *Vida de Lisandro,* el moralista Plutarco, en su rechazo del lujo, da datos precisos que ponen en relación la vinculación entre el enriquecimiento económico y la corrupción moral. Si bien en el caso de Lisandro, no se le podía achacar el afán de lucro propio, sino la introducción de la codicia en Esparta; en cambio, en el caso de Sila, con los excepcionales y sarcásticos episodios del expolio de los santuarios de Grecia (12) o el de la subasta pública de unos bienes fruto de una proscripción (41), sí que se proyecta un haz de luz directo sobre el apego a las riquezas del dictador. En la comparación final se señala: «(...) tanto daño provocó Lisandro en Esparta con la introducción de la propiedad priva-

da de la riqueza, como mal Sila con su expolio de Roma (…). Ambos ejercieron una curiosa influencia sobre sus ciudades: Sila, siendo como era de intemperado y despilfarrador, con todo logró que sus ciudadanos se volvieran más cuerdos; sin embargo, Lisandro llenó a Esparta de todas las afecciones del alma de las que él mismo carecía, de modo que ambos marraron: uno por ser peor que sus leyes, el otro porque hizo que sus conciudadanos se volvieran peores que él, ya que enseñó a Esparta a necesitar aquello que él había demostrado no echar en falta».

Por otra parte, se muestra curioso ante la religiosidad de Sila, sobre todo volcada hacia la diosa Fortuna, Venus, Apolo y las prácticas adivinatorias. El propio Sila se consideraba «un hijo de la Fortuna» y no tenía reparos en afirmar que era a ella a quien le debía sus éxitos, no sabemos si por una actitud supersticiosa o por una auténtica piedad o falta de vanidad. Lo cierto es que la aparición de señales divinas es continua a lo largo del relato: una estatua de la Victoria movida por máquinas durante una ceremonia de coronación de Mitrídates se desploma durante el acto; un monstruoso sátiro aparece cuando las tropas de Sila desembarcan en Brindis; en un sacrificio en Tarento el hígado de un animal sacrificado muestra una corona de laurel; dos machos cabríos se enzarzan en una mortal pelea en el monte Tifato ante la vista del ejército y luego se desvanecen en el aire; un esclavo en estado de posesión por la diosa Belona le comunica su victoria final y el incendio del Capitolio; en Fidencia una nube de flores cae de repente sobre el ejército de su lugarteniente Marco Lúculo y lo corona. No sabemos con certeza, aunque parece plausible por el tono y el contenido, que éstos sean datos ofrecidos por el mismo Sila en sus *Memorias*; no obstante, sirven para aportar un tinte sobrenatural a la narración de Plutarco, al igual que la predicción que realiza un oráculo caldeo sobre el propio Sila (c. 5) o el sueño del propio Sila en el que un hijo suyo muerto

se le aparece para anunciarle su próxima muerte (c. 37), dato que Plutarco extrae de las propias *Memorias* del dictador.

Asimismo, nuestro autor no pierde ocasión para demostrar su erudición: en el capítulo 7 se hace eco de las doctrinas pitagóricas sobre un gran año cósmico que marca las sucesión de las edades del mundo; en el 17 explica la etimología de un topónimo beocio a la luz de la mitología y de la lengua fenicia; en el 36 describe la enfermedad mortal de Sila sirviéndose de las teorías médicas de su época; además de citas de Eurípides, Aristófanes y Filocles.

SUMARIO

Orígenes familiares y primeros años de Sila: 1-2.
Cursus honorum hasta la consecución del consulado, Guerra de Jugurta y primeras rivalidades con Mario: 3-5.
Guerra civil entre Mario y Sila: 7-10.
Guerra contra Mitrídates, toma de Atenas, campaña en Beocia y en Asia: 11-25.
Vuelta a la Grecia continental: 26.
Regreso a Italia y continuación de la guerra civil: 27-32.
Sila dictador en Roma, crueldades y proscripciones: 33-35.
Muerte de Sila: 36-38.

Comparación entre Lisandro y Sila

Actividad política: 39-41.
Acciones bélicas y conclusión: 42-43.

Al igual que en la *Vida de Lisandro,* esta traducción sigue el texto editado por ROBERT FLACELIÈRE y ÉMILE CHAMBRY en Plutarque: *Vies, VI, Pyrrhos-Marius et Lysandre-Sylla*, Les Belles Lettres, París, 1971.

LISANDRO

El tesoro de los acantios que se encuentra en Delfos tiene 1
la siguiente inscripción: «Brásidas y los acantios de los atenienses»[1]. Por ello muchos afirman que la estatua de mármol que se encuentra en su interior junto a las puertas representa a Brásidas. En realidad es la imagen de Lisandro, con el pelo
al estilo antiguo y las mejillas barbadas. Tampoco es cier- 2
to, como algunos afirman[2], que, después de su gran derrota, los argivos se cortaran el pelo y la barba en señal de duelo, mientras que los espartanos, por el contrario, se dejaran crecer la cabellera como signo de alegría triunfal; ni siquiera que se dejen los cabellos largos porque los Baquíadas, cuando salieron huyendo de Corinto en dirección a Lacedemonia[3], parecieran tener un aspecto poco noble y desastrado con el pelo corto, sino que eso fue una disposición de Licurgo,

[1] Cf. PLUTARCO, *De Pythiae oraculo* 400 F y 401 D. Este tesoro se encontraba sobre la cimentación XVI, entre la Vía Sagrada, en el lugar en el que el camino hace un codo antes del altar de Quíos, y el muro oriental del períbolo. Brásidas, durante su campaña militar en Tracia en el 424 a. C., liberó muchas ciudades sujetas al control ateniense, entre ellas Acanto, en la Calcídica, antes de morir en Anfípolis en el 422 a. C. Es probable que los acantios inscribieran su nombre en el tesoro de Delfos a título póstumo.

[2] Cf. HERÓDOTO, *Historia* I 82.

[3] Los Baquíadas fueron expulsados de Corinto por Cipselo, primero de una dinastía de tiranos, en el siglo VII a. C.

que decía que la cabellera larga hacía que los hombres bellos estuvieran más favorecidos y que los feos resultaran más temibles.

2 Se dice que el padre de Lisandro fue Aristócrito[4], que no era de familia real, pero pertenecía al linaje de los Heraclidas. Lisandro fue criado en la pobreza, y demostró ser tan obediente como el que más respecto a las costumbres de su patria[5], así como valiente y capaz de gobernar los placeres, a excepción de ese que procuran las grandes acciones que aportan honores y éxito. Además, en Esparta no se considera una vergüenza que los jóvenes se vean dominados por esa clase de placer.
2 Es más, quieren que desde que comienza su vida los jóvenes pasen por situaciones que les reporten gloria, que se sientan molestos cada vez que se les haga un reproche y engrandecidos cuando se les alabe. Desprecian a aquel que no se siente afectado o movido por estas cosas y le consideran indolente e indigno para la virtud. Por tanto, el amor por los honores y por la disputa quedó implantado en él por la educación laconia, de modo que ese rasgo no es achacable a su disposición natural.
3 Sin embargo, sí que parecía por naturaleza más inclinado a servir a los poderosos que el común de los espartanos y estaba dispuesto a soportar la arrogancia de los poderosos si era preciso, algo que algunos consideran una parte, y no pequeña, de la habilidad política. Aristóteles, que demostró que las grandes naturalezas son propensas a la melancolía, como las de

[4] Los manuscritos dan nombres distintos al padre de Lisandro, pero PAUSANIAS nos restituye la forma correcta, *Descripción de Grecia* III 6, 7; VI 3, 14 y X 9, 7. CLAUDIO ELIANO *(Historias curiosas* XII 43) afirma que Lisandro era un *móthax,* nombre que se le daba al hijo de un espartano y una hilota, que por cumplimiento estricto de la educación espartana había sido elevado al rango de ciudadano de acuerdo con una ley de Licurgo, pero seguramente se trate de una invención de sus rivales políticos.

[5] Es decir, las leyes de Licurgo que implicaban todo un sistema de educación (Cf. PLUTARCO, *Licurgo* 26-33).

Sócrates, Platón o Heracles[6], cuenta que Lisandro también fue presa de la melancolía, pero no desde joven, sino cuando ya
era bastante mayor. Lo que resulta característico de él es lo 4
bien que sobrellevó la pobreza y que no se dejara gobernar ni corromper por las riquezas. Llenó su patria de bienestar y de amor por la riqueza, acabó con esa fascinación que les provocaba el hecho de no sentirse cautivados por ella y consiguió gran abundancia de oro y plata después de la guerra contra
Atenas, y todo ello sin quedarse con una sola dracma[7]. Cuan- 5
do Dionisio el tirano envió para sus hijas unos mantos muy caros hechos en Sicilia, no los aceptó y dijo que tenía miedo de que no les quedaran bien. Pero poco después cuando él fue enviado como embajador de su ciudad ante ese mismo tirano, éste le presentó dos vestidos y le urgió a que cogiera uno de los dos para regalárselo a su hija, Lisandro dijo que era mejor que lo eligiera ella, cogió los dos y se marchó[8].

La Guerra del Peloponeso se alargaba y, después del de- 3
sastre ateniense en Sicilia[9], se pensaba que Atenas podía perder la hegemonía marítima y que, al poco, renunciaría completamente a la lucha. Pero Alcibíades regresó de su exilio y logró dar un gran vuelco a la situación, ya que consiguió que los atenienses fueran de nuevo un rival por mar para los

---

[6] Sobre la melancolía, el exceso de bilis negra, cf. *Problemas* XXX. Para las fuentes sobre la melancolía en el *corpus* de medicina hipocrática, cf. Pedro Laín Entralgo, *La medicina hipocrática,* Madrid, Alianza Editorial, 1987, pág. 161.

[7] Para la entrada del ánimo de lucro en Esparta, cf. Plutarco, *Licurgo* 30, y *Apothegmata Laconia* 239 F, en donde se cita el oráculo dado a los reyes Alcámenes y Teopompo: *Ha philochrematía Spártan oleî:* «El ansia de riquezas acabará con Esparta»; asimismo, cf. Pausanias, *Descripción de Grecia* IX 32, 10.

[8] Como se puede ver, Plutarco se contradice con el número de hijas de Lisandro. La fecha posible de esta embajada de Lisandro a Siracusa tuvo que ser entre el 406 a. C., año de la ascensión del tirano al poder, y el 395 a. C., año de la muerte del espartano.

[9] Sobre el desastre de la flota ateniense en Asinaros, cf. Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso* VII.

2 espartanos. Entonces el temor asaltó de nuevo a los lacedemonios y, puesto que sus ansias de combate se habían visto renovadas, necesitaban a un general fuerte y armamento más poderoso, por lo que concedieron a Lisandro el mando de las fuerzas navales[10]. En Éfeso, vio que la ciudad le era propicia y que además estaba muy inclinada al bando lacedemonio, pero estaba gobernada de manera penosa y corría el peligro de convertirse en bárbara por la influencia de las costumbres persas, muy imbricadas; además lindaba por todas partes con Lidia y los generales del Rey pasaban en ella mucho tiempo.
3 Puso su cuartel general, ordenó que todos los barcos de mercancías llevaran allí sus cargas, desde todas partes, y comenzaron la construcción de una flota de trirremes, lo cual reanimó el comercio en los puertos de la zona, así como el mercado de trabajadores, y llenó de riquezas las casas particulares y los talleres de artesanos, de modo que desde ese momento la ciudad, gracias a Lisandro, comenzó a albergar las esperanzas de esplendor y grandeza que ahora ha conseguido plenamente[11].

4 Cuando se enteró de que Ciro, el hijo del Rey, se dirigía a Sardes, acudió allí para hablar con él y quejarse de Tisafernes[12]. Éste tenía la orden de ayudar a los lacedemonios y expulsar del mar a los atenienses, pero parecía que Alcibíades se lo había ganado para su causa, pues se había mostrado indolente y había suministrado unos recursos insignificantes
2 que debilitarían la flota. Además, Ciro estaba deseoso de que

[10] En el 408-407 a. C. Cf. Jenofonte, *Helénicas* I 5, 1; Plutarco, *Alcibíades* 35.

[11] Para la estancia de la flota espartana en Éfeso, cf. Jenofonte, *Helénicas* I 5, 10, en donde Lisandro no ordena la construcción de una flota, sino la reparación y mantenimiento de las noventa naves que allí tenía.

[12] Ciro el Joven, hijo de Darío III, tenía entonces sólo dieciséis años y había sido nombrado por su padre señor *(cáranos)* de las provincias persas de Asia Menor (cf. Jenofonte, *Helénicas* I 4, 1-3) Sobre la conflictiva relación entre Ciro y Tisafernes, cf. Jenofonte, *Anábasis* I.

Tisafernes incurriera en una culpa y que se dijera de él que era
un hombre malvado y que estaba enfrentado con él. A partir
de estos sucesos y de otras vivencias compartidas, Lisandro se
ganó el afecto del joven Ciro, especialmente por el tono pre-
ferencial con el que lo trataba[13], y le dio ánimos para entrar en
guerra. Un día que Lisandro se disponía a salir de un banquete 3
que le había dado Ciro, éste le pidió que no rehusara sus amis-
tosas dádivas, sino que pidiera aquello que quisiera, puesto
que no faltaría en absoluto a ninguna sus peticiones, entonces
Lisandro respondió: «Ya que eres tan generoso, Ciro, te pido
y ruego que añadas un óbolo más al salario de los marineros,
de modo que reciban cuatro, en lugar de tres». Ciro, encantado 4
con su nobleza, le entregó diez mil daricos[14], para que subiera
con ellos un óbolo el salario de los marineros. En muy poco
tiempo se corrió tanto la voz que los barcos de los enemigos
se quedaron vacíos, ya que la mayoría acudía a donde les pa-
gaban más, y los que permanecían se quedaban de mala gana,
se volvían conflictivos y eran fuente de problemas diarios a los
capitanes. No obstante, Lisandro, aunque con esta maniobra 5
había causado bajas a los enemigos y los había dejado diezma-
dos, rehuía el combate naval, ya que temía a Alcibíades, que era
un estratego audaz, le superaba en número de naves y que
además en cuantas batallas había tomado parte hasta entonces,
por tierra y por mar, había resultado invicto[15].

---

[13] Sobre la relación amistosa entre Lisandro y Ciro, cf. JENOFONTE, *Económico* IV, 13-25.

[14] El darico era una moneda de oro cuyo valor era aproximadamente de veinte dracmas. Esta cantidad equivalía, por tanto, a 200.000 dracmas. El salario de un marinero por un mes era de veinte dracmas, lo que significa que con este dinero se podía pagar una parte considerable de la campaña. En JENOFONTE *(Helénicas* I 5, 3-7) se da una versión semejante sobre el aumento de salario de los marineros de la flota espartana, aunque la cifra es más elevada, lo que hace pensar en que Plutarco siga aquí una fuente distinta.

[15] Cf. DIODORO SÍCULO, *Biblioteca histórica* XIII 71, 1, donde Lisandro se niega a enfrentarse con la flota de Alcibíades, que se encontraba cerca de Éfeso.

5 Una vez que Alcibíades partió de Samos en dirección a Focea dejó la flota al mando de Antíoco, el piloto[16]. Antíoco para insultar a Lisandro, navegó con dos trirremes hasta el puerto de Éfeso en un gesto de arrogancia. Cuando pasaron por delante del puerto, comenzaron a hacer burlas, a montar jaleo y a mostrarse desafiantes. Lisandro, presa de la cólera, salió con unas pocas trirremes en su persecución. Al momento se dio cuenta de que los atenienses acudían en ayuda de Antíoco, sacó más naves y terminaron trabando una batalla
2 naval. Salió vencedor Lisandro, que tomó quince trirremes y erigió un trofeo. El pueblo de Atenas, enojado por este suceso, le quitó el mando de la flota a Alcibíades, quien, vituperado e insultado también por los soldados que estaban acantonados en Samos, se marchó del campamento en dirección al Quersoneso. Aunque esta batalla no fue en realidad muy importante, la Fortuna quiso que Lisandro se hiciera famoso por lo que le ocurrió a Alcibíades[17].

3 Lisandro, por su parte, hizo que desde las demás ciudades concurrieran en Éfeso todos aquellos a los que había visto descollar en audacia o animosidad. De este modo sembró las semillas de lo que serían las decadarquías y de las innovaciones que vendrían después[18]. Les incitó y animó a que formaran sociedades y se aplicaran a los asuntos públicos, para que, en cuanto fueran liberados del dominio ateniense, derrocaran los gobiernos democráticos y fueran ellos los
4 que gobernaran en sus patrias. Cumplió la palabra dada con

---

[16] Cf. Jenofonte, *Helénicas* I 5, 11.

[17] Para la batalla de Notio, 407-406 a. C., cf. Plutarco, *Alcibíades* 35, 6-8 y Jenofonte, *Helénicas* I 5, 12-15. Lisandro erigió el trofeo de la victoria en el promontorio de Notio. Para la destitución de Alcibíades, cf. Plutarco, *Alcibíades* 35, 5.

[18] Lisandro dejaba en cada ciudad que iba ganando al imperio ateniense un gobierno formado por diez hombres nobles *(dekadarchía)* de las cofradías *(hetairíai)* aristocráticas fomentadas por Lisandro subordinados a un gobernador *(harmósta)* lacedemonio.

cada uno de ellos: a los que eran sus amigos y huéspedes
les otorgó cargos importantes, honores y mandos militares.
Mas él mismo incurrió también en arbitrariedades y errores
por dar pábulo a la codicia de aquéllos; hasta tal punto que
todos tenían la atención puesta en él, le llenaban de favores
y le mostraban su cariño, en la esperanza de que, mientras
él estuviera en el poder, no se iban a ver privados de las co-
sas más importantes. Por ello desde el primer momento no 5
les agradó que fuera Calicrátidas el sucesor de Lisandro en
el mando de la flota, tampoco después, cuando este hombre
había dado pruebas de sus capacidades y se había demos-
trado que era el mejor y el más justo, estaban a gusto con
la manera en que ejercía el mando, aunque lo hacía con una
sencillez y coherencia dóricas. Admiraban la virtud de Ca-
licrátidas como el que admira la belleza de una estatua he-
roica, pero anhelaban la diligencia de Lisandro y buscaban
su camaradería y el beneficio que les reportaba, de modo
que cuando se marchó, se sintieron desanimados e incluso le
lloraron.

Él contribuyó también a que se sintieran enojados con 6
Calicrátidas, ya que mandó de vuelta a Sardes lo que quedaba
del dinero que había recibido de Ciro para los marineros y
dijo que fuera a pedirlo el propio Calicrátidas, si quería, o
que se buscase la manera de mantener a los soldados[19]. Final- 2
mente, cuando iba a partir, tomó a Calicrátidas por testigo y
le dijo que ponía a su cargo una flota que era dueña del mar;
pero Calicrátidas, queriendo reprender sus vanas y fanfarronas
pretensiones, le dijo: «Perfecto, deja a tu izquierda Samos,
navega en dirección a Mileto y me haces entrega de las naves
allí. Si somos dueños del mar, no hay razón para temer a los

[19] Para la entrega de la flota a Calicrátidas y los desencuentros de éste con Ciro y sus generales persas, que reflejan la absoluta contraposición entre los modos políticos de los espartanos tradicionales y las astucias de Lisandro, cf. JENOFONTE, *Helénicas* I 6.

3 enemigos acuartelados en Samos». Respondió a eso Lisandro
que él ya no tenía el mando, sino Calicrátidas. A continuación
emprendió rumbo hacia el Peloponeso dejando a Calicrátidas
sumido en dificultades económicas, puesto que él no había
traído fondos de Esparta, ni le parecía honesto recaudarlos de
las ciudades o cogerlos por la fuerza, ya que éstas se encontra-
4 ban en grandes aprietos. Lo único que podía hacer era llamar
a las puertas de los generales del Rey, como había hecho Li-
sandro, y pedirlo. Pero era el menos indicado para esa labor,
ya que tenía un carácter libre y orgulloso y consideraba en
todo punto más honorable que los griegos fueran derrotados
por griegos a andar adulando y presentándose ante las puertas
de unos bárbaros que, por muy ricos que fueran, no tenían
5 nada bueno. Agobiado por las estrecheces, enseguida marchó
a Lidia, al palacio de Ciro, y mandó que le hicieran saber que
había llegado Calicrátidas, el estratego de la flota espartana, y
que quería hablar con él. Uno que estaba en la puerta le dijo:
«Ciro no está ahora para tareas, extranjero. Está bebiendo».
Calicrátidas, entonces, con bastante naturalidad, le dijo: «No
pasa nada. Esperaré aquí hasta que haya acabado de beber».
6 Les pareció bastante rudo en sus maneras y, sintiendo que los
bárbaros se reían de él, se marchó. Cuando se presentó por
segunda vez, no le permitieron entrar y con un gran enfado
se volvió a Éfeso maldiciendo a los primeros que se habían
dejado burlar por esos bárbaros y que los habían enseñado a
comportarse con tamaña insolencia por el hecho de ser ricos;
7 además juró ante todos los presentes que, tan pronto como
estuviera de vuelta en Esparta, haría todo lo que pudiese para
que los griegos se reconciliaran y se hicieran temibles para
los bárbaros y dejaran de necesitarlos para pelear unos contra
otros.

7 Calicrátidas, que pensaba de un modo digno de un lace-
demonio y que rivalizaba con los mejores griegos en justicia,
grandeza de ánimo y valentía, murió poco tiempo después en

la batalla naval de las Arginusas[20], en la que fue derrotado. Entonces la situación empeoró y los aliados enviaron una embajada a Esparta para pedir que se restituyera a Lisandro en la comandancia de la flota, ya que concurrirían con un ánimo mayor si era éste el general en jefe. Ciro también mandó una 2
misiva con la misma petición. Ya que la ley no permitía que una misma persona fuera el comandante de la flota dos veces, los lacedemonios quisieron complacer a sus aliados y le dieron el título de general de la flota a un tal Araco, y a Lisandro le dieron el título de enviado, aunque de hecho lo mandaron a éste con plenos poderes[21]. Llegó allí el más anhelado por los gobernantes y por los más poderosos de esas ciudades, ya que esperaban que gracias a él pudieran conseguir más poder una vez que se pusiera fin a los gobiernos democráticos. No 3
obstante para aquellos que preferían un modo de gobierno sencillo y noble, Lisandro, en comparación con Calicrátidas, parecía taimado y embustero, ya que engrandecía con engaños sus acciones de guerra y exaltaba la justicia cuando iba acompañada por el beneficio, y si no era así, se servía de lo más provechoso como si fuera lo bueno, pues consideraba que la verdad no era por naturaleza superior a la mentira y que había que sopesar en qué consideración se debía tener a una u otra. Se burlaba de aquellos que no consideraban digno 4
de los descendientes de Heracles el hecho de hacer la guerra mediante engaños y decía: «Cuando no llega con la piel de león, hay que parchear con la de zorra»[22].

[20] Según JENOFONTE (*Helénicas* I 6, 33), Calicrátidas murió ahogado durante la batalla naval, que tuvo lugar en septiembre del 406 a. C.

[21] En la primavera del 405 a. C., Lisandro fue nombrado *epistoleús,* un vicealmirante al que se le confiere el mando en una misión concreta (cf. *Helénicas* II 1, 6-7).

[22] Cf. PLUTARCO, *Apothegmata Laconia* 229 B.

8 Lo que se cuenta que hizo en Mileto apoya estas consideraciones[23]. Cuando los amigos y huéspedes de Esparta, a los que había ofrecido ayuda para acabar con el gobierno democrático y expulsar a los disidentes, cambiaron de idea y se reconciliaron con los enemigos, Lisandro hizo manifestaciones públicas de estar encantado con ello y que se adhería a la reconciliación, pero en privado los criticaba y acusaba duramente, azuzándolos a ponerse en contra de la mayoría de
2 la población. Cuando se enteró de que se había producido una sublevación, de inmediato fue a la ciudad en su auxilio. A los primeros sublevados con los que se encontró los vituperó de palabra y los trató con aspereza, como si fuera a imponerles un castigo, y a los demás los animó y les hizo suponer que
3 nada malo les pasaría mientras él se encontrara allí. Así fingió y se sirvió de esas argucias para que los demócratas de mayor poder no huyeran, sino que se quedaran en la ciudad a fin de poder asesinarlos. Y así sucedió. Todos los que se fiaron de él fueron degollados. Recuerda Androclides una frase de Lisan-
4 dro que le acusa de ligereza en materia de juramentos. Pues, según cuentan, aconsejaba engañar a los niños con las tabas y a los hombres, con juramentos, a la manera de Polícrates de Samos: y no está bien que un general imite a un tirano[24]. Tampoco es muy espartano tratar a los dioses como a los enemigos, incluso es esto más injurioso, pues el que falta a un

[23] La masacre de Mileto tuvo lugar durante la celebración de las Dionisias, cf. DIODORO SÍCULO, *Biblioteca histórica* XIII 104, 5-6, que no menciona a Lisandro como instigador.

[24] No se conoce quién es este Androclides mencionado por Plutarco, aunque pudiera tratarse del Androclides el lacedemonio mencionado en los *Apothegmata Laconia*, 217 C. En lugar de comparar a Lisandro con Polícrates de Samos, el terrible tirano del que habla HERÓDOTO *(Historia* III 39 y ss.), CLAUDIO ELIANO en *Historias curiosas* VII 12 cita esta mismas palabras y las atribuye a Lisandro o a Filipo de Macedonia en una crítica a la tiranía semejante a la de Plutarco, aunque sin el tinte teológico de cuño estoico del moralista de Queronea.

juramento reconoce tanto que teme a su enemigo como que desprecia a la divinidad.

Ciro hizo que Lisandro fuera a Sardes para darle unas co- 9
sas, prometerle otras y, con cierta fanfarronería juvenil, para
ganarse su favor le dijo que, aunque su padre no le diera nada,
él gastaría en él todos sus bienes; y en caso de que no tuviera
más, desmontaría el trono en el que se sentaba para sacar
dinero, ya que éste era de oro y plata. Finalmente, cuando se 2
dirigía a la Media a encontrarse con su padre[25], le encomen-
dó la recogida de los tributos de las ciudades dotándole de
su potestad. Se despidieron y Ciro le rogó que no entablara
combates navales con los atenienses hasta que él regresara,
pues volvería de Fenicia y Cilicia con muchas naves; después
marchó al palacio del Rey. Lisandro, que no era capaz de
combatir por mar en casi igualdad de fuerzas ni de quedarse
quieto con tal cantidad de naves, se hizo a la mar y se anexio-
nó algunas islas, atacó Egina y Salamina y las saqueó. A con- 3
tinuación desembarcó en el Ática y saludó a Agis, que bajó
desde Decelia para encontrarse con él[26], y mostró su fuerza
naval a la infantería que se hallaba allí acantonada, para mos-
trar que navegaba por donde quería y que tenía el dominio del
mar. No obstante, cuando se dio cuenta de que los atenien-

---

[25] Jenofonte (*Helénicas* II 1, 14-15) menciona que el motivo de la visita de Ciro era la enfermedad de su padre, el rey Darío.

[26] El rey espartano Agis había conquistado Decelia, un bastión espartano en el Ática a apenas 20 km de Atenas, en la época de la expedición a Sicilia de la armada ateniense. Tucídides (*Historia de la Guerra del Peloponeso* VI 91) cuenta que fue el ateniense Alcibíades el que aconsejó la conquista y fortificación de esta plaza lacedemonia, a fin de impedir que llegaran a Atenas los ingresos procedentes de las minas de plata de Laurión y los beneficios del campo. Para la toma y fortificación de Decelia, cf. Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso* VII 18-19. Sobre Alcibíades, cf. J. de Romilly, *Alcibiade ou les dangers de l'ambition*, París, Éd. de Fallois, 1995 (reed.), y D. Gribble, *Alcibiades and Athens: a study in literary presentation* Oxford, Clarendon Press, 1999.

ses marchaban a su encuentro, se apresuró a huir por medio
4 de las islas en dirección a Asia. Se encontró el Helesponto
vacío y atacó con sus naves Lámpsaco; entonces Tórax acu-
dió con la infantería y lanzó un ataque contra las murallas.
Tomó la ciudad por la fuerza y permitió a los soldados que la
saqueasen[27].

La armada ateniense, con ciento ochenta naves, había fon-
deado por entonces en Eleunte del Quersoneso, pero cuando se
enteraron de que Lámpsaco había sido tomada, al momento se
5 dirigieron hacia Sestos. Una vez allí se hicieron con provisio-
nes y navegaron por la costa rumbo a Egospótamos, enfrente
de los enemigos que aún estaban anclados en Lámpsaco. Eran
varios los estrategos atenienses y entre ellos estaba Filocles,
el que había convencido al pueblo para cortar el dedo pulgar
de la mano derecha a aquellos enemigos que fueran captura-
dos en la guerra, para que no fueran ya capaces de llevar una
lanza, pero sí de batir los remos[28].

10 Todos permanecieron entonces en reposo, pensando que
entrarían en combate naval al día siguiente. Pero la idea de
Lisandro era muy distinta: dio orden a los marineros y a los
pilotos de embarcar en las trirremes y esperar en formación y
en silencio las órdenes, como si fueran a batallar por la ma-
ñana; igualmente que la infantería, que estaba formada en la
2 costa, aguardase sin moverse. Cuando salió el sol, los atenien-
ses avanzaron de frente con todas sus naves para provocar la
batalla, pero él, con todas las naves de proa a los enemigos y
ya pertrechadas desde la noche, no entró en combate. Mandó
unas embarcaciones auxiliares a los barcos de la vanguardia

---

[27] Cf. Jenofonte, *Helénicas* II 1, 18-19; que también hace mención de las tropas terrestres del espartano Tórax, que venía de Abido y de otras ciudades y a que Lisandro no hizo prisioneros entre las gentes libres de la ciudad.

[28] Según Jenofonte *(Helénicas* II 1, 31-32) la iniciativa de Filocles era cortar la mano derecha de todos los prisioneros, castigo al que se oponía Adimanto. Para la suerte de Filocles y sus soldados, *vid. infra,* 13.

para ordenarlas que se mantuvieran quietas y permanecieran en formación sin inquietarse ni entrar en batalla. Al atarde- 3
cer los atenienses se retiraron y él no dejó desembarcar a los soldados de las naves hasta que regresaron dos o tres naves que había enviado como oteadoras para asegurarse de que los enemigos habían desembarcado. Al día siguiente sucedió lo mismo y al tercero y al cuarto, de modo que surgió entre los atenienses gran confianza y también desprecio al pensar que los enemigos les temían y estaban desalentados. Entonces 4
Alcibíades, que se encontraba en el Quersoneso, en su fortaleza[29], marchó a caballo hasta el campamento de los atenienses y, una vez allí, criticó a los estrategos primero por haber acampado en un lugar malo y además poco seguro, en una costa abierta y expuesta a peligros, y en segundo lugar porque se equivocaban al ir a Sestos a tomar provisiones desde tan lejos, cuando era más conveniente navegar un poco más hacia 5
el puerto y la ciudad de Sestos para mantenerse apartados de unos enemigos que les vigilaban y que estaban a las órdenes de un solo hombre al que obedecían escrupulosamente en todo por miedo. Aunque él les mostraba todas estas cuestiones, no le hicieron caso. Tideo incluso le respondió con arrogancia y le replicó que no era Alcibíades el que mandaba el ejército, sino otros[30].

Alcibíades se marchó de allí con la sospecha de que había 11
traidores entre ellos. Al quinto día, los atenienses hicieron la navegación y la retirada, como era costumbre, con mucha despreocupación y desprecio. Pero Lisandro, al enviar naves de reconocimiento, ordenó a los capitanes que, cuando vieran que los atenienses desembarcaban, regresaran a toda prisa y,

[29] Alcibíades, después del fracaso en Notio *(vid. supra)* fue relevado del mando de la flota, se retiró a una propiedad suya fortificada en el Quersoneso, cf. Jenofonte, *Helénicas* I 5, 17, y II 1, 25, y Plutarco, *Alcibíades* 36, 3.

[30] Cf. Jenofonte, *Helénicas* II 1, 25-26; Plutarco, *Alcibíades* 36, 6, y Diodoro Sículo, *Biblioteca histórica* XIII 105, 3-4.

tan pronto como estuvieran a medio camino, levantaran un
2 escudo de bronce en la proa, como señal de batalla. Él mismo
recorría la flota a bordo de su embarcación y se dirigía a los
pilotos y capitanes, urgiéndoles a que tuvieran en formación
a la tripulación, marineros y remeros, y a que, en el momento
en el que diera la señal, avanzaran contra los enemigos con
decisión y fuerza. Cuando se alzó el escudo en las naves y la
capitana dio la llamada con un toque de trompeta, las naves se
lanzaron al ataque y los soldados de infantería rivalizaron en-
3 tre sí por alcanzar la costa junto al promontorio. La distancia
que mediaba entre ambos continentes era de quince estadios[31],
pero rápidamente fue cubierta por el empuje y el ímpetu de
los remeros. Conón fue el primer estratego ateniense que vio
desde tierra cómo la flota se lanzaba al ataque y al punto or-
denó a gritos que embarcaran. Dándose cuenta de lo que les
esperaba, llamaba a unos, rogaba a otros, a otros les obliga-
4 ba a subirse a los barcos. Pero su esfuerzo fue en balde, los
hombres se encontraban dispersos: después de desembarcar,
ya que no sospechaban nada, unos se habían ido al mercado,
a darse una vuelta por el lugar, otros dormían en las tiendas
o se preparaban el almuerzo, pendientes de todo menos de lo
5 que iba a ocurrir por la incompetencia de sus superiores. El
enemigo se echó entonces sobre ellos entre gritos y estrépitos,
Conón cogió ocho naves y emprendió la huida en dirección a
Chipre en busca de la protección de Evágoras. El resto de las
naves fueron presa de los peloponesios: se encontraron unas
completamente vacías y atacaron aquéllas sobre las que aún
no se había embarcado toda la tripulación. Algunos hombres
murieron junto a las naves, cuando corrían a defenderlas sin
orden y sin armas, a otros los mataron en tierra, cuando huían
6 del desembarco enemigo. Lisandro capturó a tres mil prisio-
neros, además a los estrategos y la flota entera a excepción de

[31] Aproximadamente 2,5 km.

la Páralos y de los que habían huido con Conón[32]. Después de
remolcar las naves y saquear el campamento, emprendió la na-
vegación hacia Lámpsaco entre flautas y canciones triunfales:
había conseguido una gran hazaña con un mínimo esfuerzo
y en una sola hora había puesto fin a la más larga guerra, la
más diversa en incidentes y la más increíble en cuanto a si-
tuaciones de suerte de las que había habido hasta entonces, ya 7
que, después de haber pasado por mil formas de combate, por
cambios en los acontecimientos y por una pérdida de ejérci-
tos superior a cuantas guerras habían tenido lugar en Grecia,
había encontrado su fin gracias al buen consejo y la destreza
de un solo hombre, por lo que algunos llegaron a pensar que
había habido intervención divina[33].

Algunos decían que habían visto brillar con fuerza las 12
estrellas de los Dioscuros a ambos lados de la nave de Lisan-
dro[34], justo cuando navegaba desde el puerto contra los ene-
migos; otros que la caída de una piedra había sido la señal de
este suceso, pues, como se suele creer, había caído una piedra
enorme del cielo en Egospótamos: aún hoy la muestran; de 2
hecho, es objeto de veneración en el Quersoneso. Se cuen-
ta que Anaxágoras había anunciado que cuando los cuerpos
que están sujetos en el cielo sufrieran algún deslizamiento

[32] La *Páralos* y la *Salaminia* eran naves oficiales y señeras dentro de la flota ateniense y estaban dedicadas a misiones de índole política, oficial y religiosa. Jenofonte *(Helénicas* II 1, 28), fuente segura de Plutarco en la biografía de Lisandro, menciona que sólo ocho naves atenienses y la *Páralos* consiguieron salvarse de la catástrofe; Diodoro Sículo, *Biblioteca histórica* (XIII 106, 6) afirma que fueron diez; Lisias (21, 9-11) e Isócrates (18, 59) suben el número a doce naves.

[33] La Guerra del Peloponeso comenzó en el 431 a. C. y finalizó en el 404 a. C. Las palabras de Plutarco recuerdan mucho a las del comienzo de la *Historia de la Guerra del Peloponeso* de Tucídides.

[34] Los Dioscuros, Cástor y Pólux, eran especialmente venerados en Esparta. Lisandro conmemoró esta epifanía divina con una ofrenda en Delfos de un monumento que representaba dos estrellas, *vid. infra,* 18, 1, y Plutarco, *De Pythiae oraculo* 397 F.

o alguna sacudida, sucedería la ruptura y caída de uno que se hubiera quedado desprendido[35]; además cada una de las estrellas del cielo no está en el lugar en el que tuvo su origen, pues su brillo, dado que su naturaleza es pedregosa y pesada, surge por resistencia y refracción del éter y son arrastradas a la fuerza por la potencia y tensión del movimiento circular que las sujetaba, que en origen hizo que no cayeran en la tierra, en la época en que los cuerpos fríos y pesados se separaron del conjunto.

3 Pero hay otra explicación más plausible que ésta: algunos afirman que las estrellas que se precipitan no son flujo ni desprendimiento del fuego eterno que se desvanece en el aire tan pronto como éste se prende; tampoco inflamación e incendio de una gran cantidad de aire que se libera sobre la región superior, sino ruptura y caída de cuerpos celestes —como resultado de una pérdida de fuerza del movimiento circular producido por dislocaciones— que no los llevan a partes habitadas de la tierra, sino que la mayoría de ellos cae fuera en la inmensidad
4 del mar, por lo que desaparecen. Daímaco, en su tratado *Sobre la piedad,* testimonia la idea de Anaxágoras[36], cuando cuenta que antes de la caída de la piedra y durante setenta y cinco días consecutivos se vio en el cielo un cuerpo incandescente de gran tamaño, semejante a una nube de fuego, no en reposo, sino en giros múltiples y quebrados, hasta que esas sacudidas

---

[35] Anaxágoras de Clazomene, filósofo del siglo v a. C., que vivió en Atenas bajo el patronazgo de Pericles. Es célebre su teoría de que los astros eran en realidad masas de roca incandescentes, lo que, unido a su cercanía a un político con tantos enemigos como Pericles, le condujo a un proceso por impiedad en la propia Atenas y a verse obligado a huir a Lámpsaco donde murió. Plutarco se hace aquí eco de diversas teorías astrológicas que, después de Anaxágoras, fueron surgiendo hasta época helenística.

[36] Daímaco de Platea, al que también menciona Plutarco en la *Comparación entre Solón y Publícola* (4, 1), fue un historiador que vivió entre los siglos iv y iii a. C. y al que se atribuye el fragmento en papiro llamado *Helénicas de Oxirrinco.*

y movimientos errantes acabaron por romperlo en fragmentos
incandescentes que iban de aquí para allá y brillaban como
estrellas que caen. Cuando cayó en esa parte de la tierra, y 5
una vez que los que allí vivían se liberaron del miedo y el
estupor que les había producido, acudieron al lugar y no se
encontraron con fuego ni siquiera con un resto, sino con una
piedra tendida, grande de hecho, pero que no conservaba parte
alguna de aquel círculo de fuego, por decirlo de algún modo.
Está más que claro que Daímaco necesita un auditorio bienin-
tencionado. Si su explicación es cierta, refuta con autoridad a 6
aquellos que andan diciendo que aquélla era una piedra arran-
cada de una cima por vientos y vendavales que había quedado
suspendida y había sido llevada como las peonzas; tan pronto
como la revolución aflojó y se fue perdiendo la fuerza, se pre-
cipitó y cayó. A no ser, por Zeus, que fuera realmente fuego 7
lo que se manifestó durante varios días, y que su desvaneci-
miento y desaparición provocaran en el aire un cambio que
produjera corrientes de aire más violentas y en movimiento,
que fueron la causa de que la piedra cayera. Pero estas cosas
son para examinarlas en otra clase de escritos.

Lisandro, después de que los tres mil prisioneros atenien- 13
ses que había capturado fueran condenados a muerte por el
Consejo[37], llamó al estratego ateniense Filocles y le preguntó
qué sentencia dictaría sobre sí mismo, después de la clase de
ideas que había dado a sus ciudadanos contra otros griegos.
Filocles no se vino abajo y le replicó que no se podía condenar 2
por cosas de las que nadie era juez competente, sino que el ven-
cedor tenía que hacer aquello que le habría tocado padecer si

[37] El Consejo estaba formado por espartanos y aliados. La condena a muerte de los prisioneros iba en contra de los usos bélicos griegos y se ha de entender dentro de la escalada de violencia y represión continua durante esta guerra. Cabe recordar que los atenienses habían prometido esclavizar a los prisioneros y cortarles el pulgar de la mano derecha o la propia mano, según Jenofonte, *Helénicas* II 1, 31-32.

hubiera sido vencido. A continuación, se lavó, tomó un manto resplandeciente y, según cuenta Teofrasto[38], condujo a sus conciudadanos a la matanza.

Tras esto, Lisandro navegó a las ciudades y conminó a cuantos atenienses se encontró a marcharse a Atenas; pues no le perdonaría la vida a ninguno, sino que degollaría a cualquie-
3 ra que encontrara fuera de la ciudad. Algo que logró enviándolos a todos a la capital, pues su plan era que en poco tiempo la ciudad sucumbiera al hambre y a la falta de suministros, de modo que el asedio no le resultara muy arduo por encontrarse los espartanos bien abastecidos. Disolvió los gobiernos populares y el resto de los sistemas políticos, y dejó en cada ciudad a un gobernador lacedemonio y a diez magistrados escogidos de las sociedades que él mismo había formado[39].
4 Cuando implantó esto tanto en las ciudades enemigas como en las aliadas, se hizo a la mar despreocupadamente ya que había conseguido en cierto modo el control de Grecia. Nunca eligió a los gobernantes por ser de clase noble o por sus riquezas, sino que, en agradecimiento de lo que habían hecho por él, hizo señores del reparto de recompensas y castigos a sus

[38] Teofrasto, filósofo peripatético que se hizo cargo del Liceo después de la muerte de Aristóteles. Dejó una obra extensa y variada en temas, al igual que su maestro, de la que sólo conservamos unos tratados sobre botánica, un buen grupo de fragmentos desiguales en extensión y de variada temática y el tratado *Caracteres*. Sobre Teofrasto, cf. la introducción de ELISA RUIZ a la obra *Caracteres*, Madrid, Gredos, B.C.G., 1988.

[39] Sobre el gobernador lacedemonio *(harmosta)* cf. PLUTARCO, *Alcibíades* 30; para las *hetairíai, vid. supra,* 5, 1 y n. 18. Plutarco comienza aquí la crítica de la actitud política de Lisandro, quien, en el modo de distribuir los cargos públicos de las ciudades conquistadas a Atenas en Asia Menor, operaba con absoluta arbitrariedad al instituir el clientelismo y una mecánica de intercambio de favores personales como forma de gobierno y de relación con la vencedora Esparta, no la pertenencia a las oligarquías nobiliarias locales o la mera posesión de la riqueza. Esta red favorecería la acumulación de poder en su persona y los conflictos que eso le ocasionó con las conservadoras estructuras de gobierno de Esparta, que no dejaron de verle como un peligroso rival.

compañeros y a sus huéspedes. Además en muchas ocasiones Lisandro estuvo presente en las matanzas y condenó al destierro a los enemigos de sus partidarios, y ello no contribuyó a presentar ante los griegos una imagen muy buena del gobierno de los lacedemonios; incluso el cómico Teopompo parece quedarse corto cuando compara a los lacedemonios con las taberneras[40], pues dieron a probar a los griegos el más dulce vino de libertad y le vertieron vinagre: pues en seguida ese sorbo se volvió amargo y desagradable, ya que Lisandro no concedió a los pueblos la soberanía sobre sus propios asuntos, sino que entregó las ciudades a unos pocos: a los más osados y camorristas.

No pasó mucho tiempo en estos asuntos y mandó a Lace- 14
demonia a unos emisarios para que anunciaran que se encontraba navegando hacia allí con doscientas naves. En las costas del Ática se reunió con Agis y Pausanias, los reyes de Esparta, y consideraban que lograrían tomar Atenas en muy poco tiempo. Pero los atenienses opusieron resistencia, de modo que tuvieron que embarcar y pasar de nuevo a Asia. Una vez allí disolvió al momento todas las otras formas de gobierno de las ciudades e instituyó decarquías: mediante muchas muertes y matanzas en cada una de ellas. Desterró a todos los samios y
entregó la isla a los antiguos exiliados[41]. Tomó Sestos, isla bajo 2
mando ateniense, y no permitió que estuviera habitada por sestios, sino que entregó a sus pilotos y contramaestres la ciudad y el territorio para que se los repartieran: esta fue la primera de sus órdenes que fue desautorizada por los lacedemonios
que restituyeron el territorio a los sestios. Por el contrario, los 3
griegos vieron con gusto otras acciones de Lisandro, como

[40] Teopompo, comediógrafo de la Comedia Antigua, contemporáneo de Aristófanes. Este espejismo de libertad aparece también en la descripción que hace Jenofonte *(Helénicas* II 2, 23) de la entrada de Lisandro en el Pireo.

[41] Según Jenofonte *(Helénicas* II 3, 6), la toma de Samos fue posterior a la rendición de Atenas.

la devolución a los eginetas de su ciudad, después de largo
tiempo[42]; al igual que hizo con los habitantes de Melos y de
Esción, por lo que los atenienses fueron expulsados de estas y
obligados a devolver las ciudades. Cuando creyó que los que
estaban en Atenas se encontrarían ya agobiados por el hambre,
puso rumbo al Pireo y cercó la ciudad, obligándoles a llevar
4 a cabo la capitulación bajo las condiciones que él ordenó. Se
cuenta entre los lacedemonios que Lisandro escribió entonces
a los éforos una carta en estos términos[43]: «Atenas ha sido
tomada»; ellos contestaron a su vez a Lisandro: «Es suficien-
te con haberla tomado», pero quizá esto se cuenta para dar
buena impresión. La orden verdadera de los éforos fue ésta:
«Éstas son las resoluciones de los magistrados lacedemonios:
después de destruir el Pireo y los Grandes Muros y de salir
del resto de las ciudades, mantendréis vuestro territorio: si
hacéis esto, tendréis paz, si queréis; además: la restitución de
los exiliados. Respecto a la cantidad de naves, haréis lo que se
5 resuelva». Los atenienses aceptaron esta escítala a propuesta
de Terámenes, hijo de Hagnón[44]. Cuando Cleómenes, uno de

[42] En el 431 a. C. Atenas, bajo el mando de Pericles, se había anexionado Egina, expulsando a sus habitantes y colonizándola con atenienses, Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso* II 27. Parte de los eginetas fueron por invitación espartana a Tirea, zona entre Argos y Laconia, en el Peloponeso, y el resto se diseminó por Grecia.

[43] Los éforos eran cinco magistrados elegidos anualmente por los ciudadanos de Esparta con autoridad sobre la vida de la ciudad: vigilaban el respeto a las tradiciones, imponían sanciones y penas de prisión, podían ordenar ejecuciones y regular el aspecto físico de los espartanos. También se hacían cargo de los asuntos exteriores, ejecutando las decisiones de la asamblea, que ellos presidían, ordenando movilizaciones y tomando cualquier decisión urgente que fuera necesaria. Para instituciones espartanas, cf. Edmond Lévy, *Sparte: histoire politique et sociale jusqu'à la conquête romaine,* Seuil, París, 2003.

[44] La escítala era un cilindro de madera que tenía enrollado un papiro con el mensaje enviado por las autoridades espartanas; *vid. infra,* 29 la descripción que hace el propio Plutarco de esta manera de enviar mensajes encriptados. Terámenes era un político del bando oligárquico que había tenido cierta importancia

los jóvenes demagogos, le interpeló por atreverse a hacer y a decir lo contrario de lo que hizo Temístocles, ya que entregaba a los lacedemonios unas murallas que aquél había ordenado construir en contra de la voluntad de los lacedemonios, Terámenes respondió: «Nada de eso, joven. No hago lo contrario 6
que Temístocles: pues él mandó construir esas murallas para salvaguarda de los ciudadanos y nosotros las demolemos para lo mismo: pues si las murallas ocasionaran la felicidad de las ciudades, entonces la más desgraciada de todas ellas debería ser Esparta, que no está amurallada».

Lisandro, una vez que se hizo con todas las naves, excepto 15
doce, y se le entregaron las murallas de Atenas, decidió en seguida cambiar el sistema de gobierno el día dieciséis del mes de muniquión, el mismo día en que se venció a los bárbaros en la batalla de Salamina[45]. Los atenienses reaccionaron con 2
hostilidad y violencia, y él envió unos emisarios al pueblo para comunicarle que ellos habían roto los acuerdos, puesto que los muros seguían en pie una vez que había pasado el plazo de tiempo en el que debían ser derribados. Por tanto habría de imponerles otro veredicto nuevo, ya que habían incumplido los acuerdos. Hay quienes cuentan que en un encuentro con sus aliados manifestó que su veredicto sería convertirlos en esclavos, y que fue entonces cuando el tebano Eriantes propuso arrasar la ciudad y convertir su territorio en pastos[46].

---

durante la primera revolución oligárquica y que, según Jenofonte *(Helénicas* II 2, 11-24) había sido el encargado de negociar las condiciones de la rendición con Esparta.

[45] El mes de muniquión se encontraba al comienzo de la primavera, ente abril y mayo. La batalla de Salamina tuvo lugar el 20 de boedromión, a comienzos del otoño, según la *Vida de Camilo* 19, 6. Plutarco atribuye aquí a Lisandro la decisión de un cambio de gobierno que, en realidad, obedecía a los intereses de los sectores oligárquicos atenienses.

[46] Según Jenofonte, *Helénicas* II 2, 19-20, la propuesta redestrucción total de Atenas fue hecha antes de la rendición de la ciudad. Isócrates (XIV 31) menciona la idea de convertir Atenas en un terreno de pastos para el ganado.

3 Cuando los generales bebían juntos en una reunión, uno de ellos, un foceo, cantó el comienzo de la párodos de la *Electra* de Eurípides: «Hija de Agamenón, he venido, Electra, a tu atrio yermo»[47]; entonces todos rompieron a llorar y les quedó claro que era una tarea cruel destruir y arrasar una ciudad que
4 había engendrado a hombres tan importantes. No obstante, y aunque los atenienses habían cedido en todos los términos, Lisandro hizo traer de la ciudad a un buen número de mujeres flautistas, las juntó a las que llevaba consigo en su campamento y derribó entonces los muros y prendió fuego a las naves al son de la flauta. Mientras, los aliados fueron coronados y se hacían mutuamente bromas, como si aquel día fuera el comienzo de su libertad. No esperó ningún tiempo para cam-
5 biar el sistema de gobierno: puso treinta arcontes en la ciudad y diez en el Pireo, emplazó una guarnición en la Acrópolis, al frente de la cual dejó a Calibio, un espartano[48]. Una vez, Calibio levantó su vara para golpear a Autólico, el atleta en cuyo honor escribió Jenofonte su *Banquete*, pero éste le cogió por las piernas y le tiró al suelo. Lisandro no se enfadó con él, sino que reprendió a Calibio por no saber gobernar a hombres libres. No obstante, los Treinta Tiranos dieron muerte a Autólico poco después, para complacer a Calibio.

16 Tras esto, Lisandro emprendió rumbo por mar hacia Tracia: lo que le quedaba de dinero, los regalos y las coronas que había recibido, puesto que muchos, como puede entenderse,

Eriantes había sido navarco en la flota espartana en la batalla de Egospótamos (PAUSANIAS, *Descripción de Grecia* X 9, 9).

[47] Vs. 167 y ss.

[48] Fue un decreto del pueblo el que instituyó a los Treinta Tiranos, no la mera voluntad de Lisandro. Según Jenofonte, los Treinta pidieron a Lisandro que pusiera a Calibio en la comandancia de la guarnición. Los diez del Pireo eran los encargados del control del puerto. Sobre las diferencias entre las distintas versiones, cf. A. NATALICCHIO, *Atene e la crisi della democrazia: i Trenta e la querelle Teramene*, Bari, Dedalo, 1996 y P. KRENZ, *The thirty at Athens*, Nueva York, Cornell University Press, 1991.

querían hacer presentes a un hombre tan poderoso, que, en cierta manera, era el señor de Grecia, los envió a Lacedemonia a través de Gilipo, el estratego que estaba al mando de Sicilia[49]. Éste, según cuentan, descosió los sacos por la parte de abajo y tomó una importante cantidad de plata de cada uno de ellos, luego los volvió a coser, sin haberse dado cuenta de que en cada saco había una nota escrita que indicaba su contenido.
Cuando llegó a Esparta, ocultó lo que había sustraído bajo 2
las tejas de su casa; a continuación entregó a los éforos los sacos y les enseñó los sellos. Después de abrirlos y contar su contenido, se vio que la cantidad de plata no correspondía con la nota escrita, lo que dejó estupefactos a los éforos. Entonces un esclavo de Gilipo les dijo algo así como un enigma: «En el Cerámico anidan las lechuzas», pues, según parece, la mayoría de las monedas de la época, a causa de la importancia de los atenienses, estaban acuñadas con una lechuza[50].

Gilipo, después de una actuación tan vergonzosa e inno- 17
ble, él que antes había llevado a cabo grandes y deslumbrantes hazañas, se desterró a sí mismo de Lacedemonia. A raíz de esto los espartanos más prudentes comenzaron a temer la fuerza del dinero, que se apoderaba incluso de los ciudadanos

[49] Gilipo era el estratego espartano que fue enviado a Siracusa el 414 a. C. para ayudar a la defensa de la ciudad durante la expedición ateniense a Sicilia y había obtenido gran prestigio por haber sido uno de los artífices de la victoria.

[50] Las monedas atenienses llevaban grabada una lechuza, símbolo de la diosa Atenea, protectora de la ciudad. El esclavo de Gilipo establece un juego de palabras con la expresión *hypò tô Kerameikô,* que puede ser entendida como «en el Cerámico» o «debajo del techo de tejas». DIODORO SÍCULO *(Biblioteca histórica* XIII 106, 8-9) da una cantidad del hurto de Gilipo: de los 15.000 talentos que llevaba se quedó con trescientos. Pertenece plenamente a la literatura de corte moral el modo en que se introduce lo que va a ser la principal de las acusaciones que se le hagan a Lisandro, que aparece una y otra vez en esta *Vida* de Plutarco y en la *Comparación* final con Sila: el fomento de la ambición y el deseo de riqueza. Aquí es mediante la tentación en la que cae uno de los más prestigiosos espartanos como se manifiesta esa lacra que supondrá la corrupción de sus antiguos estamentos.

principales: censuraban a Lisandro y defendían ante los éforos la purificación de la ciudad de todo oro y plata, como si fueran espíritus funestos conjurados[51]. Los éforos deliberaron
2 sobre ello. Fue Escifáridas, dice Teopompo, o Flógidas, según Éforo[52], el que hizo público que no se debía aceptar moneda de oro ni de plata en la ciudad, sino que sólo se podía usar la tradicional. Esta moneda era de hierro y, para que no pudiera ser acuñada una segunda vez, se la sumergía en vinagre en cuanto se la sacaba del fuego, para que la moneda se volviera blanda y quebradiza, además de pesada y difícil de llevar encima: con una gran cantidad, y eso que era muy voluminosa,
3 se obtenía un valor muy pequeño. Posiblemente todo el dinero antiguo se encontraba en esta misma situación: algunos utilizaban barritas de hierro como moneda, otros de bronce. Aún hay en circulación una gran cantidad de este dinero al que llaman óbolos, y dracma a seis de ellos, pues estos son los que caben en una mano[53].

---

[51] Plutarco hace uso aquí de un léxico que pertenece al ámbito religioso: *apodiopompeîsthai pân tò argýrion kaì tò chrysíon hôsper kêras epagôgímous,* lo que significa llevar a cabo ritos para exorcizar la presencia de los espíritus del mal *(kêras)* encarnados en la plata y el oro.

[52] Teopompo de Quíos y Éforo son historiadores del siglo IV a. C., discípulos ambos de Isócrates, que son frecuentemente fuentes de las obras de Plutarco. Teopompo fue autor de una *Historia de Grecia* que comenzaba en el lugar en el que la había dejado Tucídides, como las *Helénicas* de Jenofonte. Éforo escribió una *Historia universal* que iba desde los orígenes hasta el 340 a. C., obra perdida pero que, se supone, es la base de la *Biblioteca histórica* de Diodoro Sículo.

[53] PLUTARCO describe esta moneda de hierro en *Licurgo*, 9, y JENOFONTE en la *Constitución de los lacedemonios* (VII 5) indica que se necesitaba un carro para transportar una cantidad equivalente a diez minas (1.000 dracmas). «Pequeñas barras» es la traducción para *obelískoi,* una pieza cilíndrica que sirve también para referirse a los clavos o a los espetones para asar carne. Plutarco relaciona estos *obelískoi* con los óbolos *(oboloí)* moneda de bajo valor que tradicionalmente se ponía en la boca de los cadáveres para que sirviera de pago al barquero Caronte por el transporte al mundo de los muertos. La palabra dracma *(drachmê)* está aquí relacionada con el verbo *drássomai* («coger en la mano», «asir») y *drágma* («gavilla», «manojo», «puñado»).

Los amigos de Lisandro se opusieron a esta decisión y 4
lucharon para que el dinero se quedara en la ciudad. Se resol-
vió que se permitiera el uso público de ese dinero, pero si se
descubría a alguien que lo poseyera en privado, se le conde-
nara a muerte, como si Licurgo tuviera miedo de la moneda,
no de la codicia que ésta provocaba; que no encuentra su fin
con la prohibición a los particulares de poseer riquezas, sino
que se acrecienta cuando es la ciudad la que las posee, al per-
mitir su uso, lo que le confiere valor y estimación social. Pues 5
no es posible que se desprecie por inútil en privado lo que
recibe honra en público, ni que se piense que no tiene valor
para lo privado algo que en lo común recibe tantos honores
y amores; además es también más fácil que confluyan en
las vidas particulares las costumbres que se producen en los
asuntos públicos a que los deslices y pasiones de los indivi-
duos hagan que las ciudades rebosen de corrupción. Que las 6
partes se tuerzan a causa del todo, cuando éste continúa su
camino hacia lo peor, es natural; en cambio los yerros que
provienen de las partes y se dirigen hacia el todo encuentran
mucha oposición y enmienda en las partes que se encuentran
sanas. Se puso guardianes en las casas de los ciudadanos
para que no penetrase en ellas la moneda por miedo a la
ley, pero no lograron mantener los ánimos ajenos e insensi-
bles a la riqueza, sino que los lanzaron directos al deseo de
enriquecerse, ya que resultaba venerable y magnífico. Pero
ya hemos criticado estos asuntos de Lacedemonia en otro
escrito[54].

Con el botín Lisandro erigió en Delfos una estatua suya **18**
en bronce y otras de cada uno de los navarcos, además de
las estrellas de los Dioscuros en oro, las mismas que deja-

---

[54] Quizá se refiera aquí a *Licurgo* 30. Asimismo JENOFONTE *(Constitución de los lacedemonios* XIV 3) presenta el deseo de enriquecimiento como la causa del declive de Esparta.

ron de brillar antes de la batalla de Leuctra[55]. En el tesoro de Brásidas y en el de los acantios había una trirreme de oro y marfil de dos codos, que Ciro había enviado como regalo
2 por la victoria[56]. Anaxándrides de Delfos cuenta que también había allí un depósito que había dejado Lisandro de un talento de plata, cincuenta y dos minas y además once estateras, lo que no concuerda con lo que cuenta el resto de los escritos, que están de acuerdo a la hora de hablar de la pobreza de Lisandro[57]. Llegó en esta época a una cima de poder a la que no había llegado antes ninguno de los griegos y parecía que se servía más de ese orgullo y majestad que había adquirido
3 que del poder, pues, según cuenta Duris, fue el primer griego al que las ciudades levantaron altares y por el que celebraron sacrificios, como si se tratara de un dios, el primero por el que se cantaron peanes, de los que aún se recuerda el comienzo de uno que decía así[58]: *De la sagrada Grecia cantemos a un*
4 *estratego que procede de la ancha Esparta, oh, ie Peán.* Los

---

[55] *Vid. supra* 12 y n. Para el monumento erigido por Lisandro, cf. PLUTARCO, *De Pythiae oraculo* 395 B, y PAUSANIAS, *Descripción de Grecia* X 9, 711. La batalla de Leuctra en el 371 a. C. marca el fin de la hegemonía espartana, derrotada por Tebas, en la que perdió Mesenia y quedó disuelta la Liga del Peloponeso. Se contaba que antes de la batalla estas estrellas protectoras de los lacedemonios desaparecieron del cielo. Cf. PAUL CARTLEDGE, *Sparta and Lakonia. A Regional History 1300-362 B.C.*, Londres/Nueva York, Routledge, 2002.

[56] Sobre el tesoro de los acantios y Brásidas, *vid. supra* 1. Dos codos equivalían a 0,88 m.

[57] Autor del tratado *Sobre las ofrendas saqueadas en Delfos (Perì tôn sylêthéntôn en Delphoîs anathêmatôn).* Plutarco parece contradecirse, ya que el hecho de que la suma se eleve casi a dos talentos (12.000 dracmas) casi confirma que Lisandro no se guardó para sí el oro y la plata que había conseguido en sus campañas.

[58] Duris de Samos, autor de finales del siglo IV a. C. Se le atribuye una historia de Samos (ATENEO, *Banquete de los eruditos* XV 696e). A partir de la Guerra del Peloponeso comenzó a surgir una devoción hacia los generales vencedores. Sucedió con Brásidas en Anfípolis, aunque en su caso después de muerto. Seguramente sea el propio Duris la fuente de la que se sirve Plutarco para los datos que siguen sobre las fiestas en honor de Lisandro en Samos. PAUSANIAS *(Descripción*

samios votaron a favor de que unas fiestas suyas llamadas
Hereas pasaran a llamarse Lisandreas. Entre otros, siempre
tenía un poeta a su lado, Quérilo, que se dedicaba a adornar
sus hechos a través de la poesía. A Antíloco que había com-
puesto unos cuantos versos corrientes en su honor le entregó
un gorro lleno de plata. Cuando Antímaco de Colofón y un tal
Nicerato de Heraclea competían con poemas en su honor en
las Lisandreas, coronó a Nicerato, y Antímaco, encolerizado,
destruyó su poema. Platón, que por entonces era joven y ad- 5
miraba la poesía de Antímaco, se dio cuenta de que el poeta
llevaba mal su derrota y le dio consuelo diciéndole que la
ignorancia era el mal de los ignorantes, al igual que la ceguera
el mal de los que no ven[59]. Incluso una vez que un citaredo,
Aristónoo, que había resultado vencedor por seis veces en los
Juegos Píticos, anunció en público que si volvía a ganar, se
haría llamar Aristónoo de Lisandro, éste le replicó: «¿Querrás
decir esclavo de Lisandro?»[60].

La ambición de Lisandro sólo resultaba odiosa a los hom- 19
bres importantes y a sus iguales[61]. Además esa ambición, por
influencia de sus aduladores, se unía a una arrogancia extrema
y a un carácter implacable. No tenía ninguna medida ni gene-
rosidad en lo que respectaba a acaparar honores y recompen-
saba la amistad y la hospitalidad con el dominio sin control so-
bre las ciudades y la tiranía sin freno. Asimismo su ánimo sólo
se veía satisfecho con la destrucción de aquel al que odiara,
pues no cabía posibilidad de huida. Así, más adelante, cuando 2

de Grecia VI 3, 14-15) cuenta que los samios erigieron una estatua de Lisandro en Olimpia y los efesios en su santuario de Ártemis.

[59] Antímaco de Colofón fue el autor de una *Lyde* y una *Tebaida*.

[60] El juego de palabras parte de una doble posibilidad de entender el genitivo. Aristónoo se proclamaría «Aristónoo, el de Lisandro» *(Aristónous Lysándrou):* lo cual puede ser entendido como «hijo de Lisandro», en el uso de filiación familiar del genitivo, o «esclavo de Lisandro» en el sentido de posesión.

[61] En Esparta todos los que participaban de la ciudadanía de pleno derecho, los libres, eran considerados iguales *(homoîoi).*

temió que los cabecillas del bando popular milesio huyeran,
y en el deseo de granjearse el favor de los que permanecían
ocultos, juró que no les haría mal alguno[62]. Ellos confiaron en
él y se presentaron, él a cambio los entregó a los oligarcas para
3 que los pasaran a cuchillo. Eran alrededor de ochocientos. En
cuanto al resto de las ciudades, el número de muertes entre
los partidarios del bando popular es imposible de contar, y no
sólo se les quitaba la vida por la causa particular que tuvieran
con Lisandro, sino que con esas muertes complacía y daba
pábulo a las numerosas enemistades y codicias de los amigos
que tenía por todas partes. A partir de entonces se hicieron
célebres las palabras de Eteocles el lacedemonio que decía que
Grecia no podía engendrar dos Lisandros, aunque Teofrasto le
atribuye esas mismas palabras a Arquestrato, pero acerca de
4 Alcibíades[63]. No obstante, lo que más molestaba de Alcibíades
era su insolencia y esa mezcla de libertinaje y arrogancia,
mientras que en Lisandro era la dureza de su carácter lo que
volvía terrible e insoportable su poder.

Los lacedemonios no hicieron mucho caso a sus acusa-
dores; pero cuando cometió una injusticia contra Farnabazo[64],
cuyo territorio saqueó y asoló, y este envió acusadores a Es-
parta, los éforos entonces se indignaron y ejecutaron a Tó-
rax, uno de sus amigos y compañeros en tareas militares, del
que habían descubierto que tenía dinero para uso personal[65].
A Lisandro le mandaron una escítala en la que se le ordenaba
5 personarse. Una escítala es esto: cuando los éforos mandan a
alguien como jefe de la flota o estratego, toman dos piezas de
madera cilíndricas, iguales en longitud y grosor, de modo que
los cortes se correspondan entre sí: uno se lo quedan ellos, el

[62] *Vid. supra* 8.

[63] *Vid. supra,* 13 y n.

[64] Farnabazo era un sátrapa del rey persa que había ayudado a los espartanos y a sus aliados durante la campaña en Asia Menor.

[65] Para Tórax, *vid. supra,* 9.

otro se lo dan al que envían de misión. Estas maderas reci-
ben el nombre de escítalas. Cuando quieren comunicar algo 6
secreto e importante, enrollan en la escítala una banda larga
y estrecha, semejante a una correa, sin que queden huecos,
sino que la tira ha de cubrir por completo la superficie. Una
vez que la han enrollado, escriben el mensaje sobre la tira, tal
como está, enrollada en la escítala. Cuando han terminado de
escribir, quitan la tira y se la mandan sin la madera al estrate-
go. En el momento en que lo recibe no puede leer nada, ya que 7
las letras no están unidas entre sí, sino que están dispersas por
la banda. Pero en cuanto coge la escítala y enrolla en ella la
banda, de modo que la espiral se forma en el mismo orden y
se juntan unas letras con otras, entonces se presenta a la vista
un mensaje continuo. Se llama también escítala a la banda, al
igual que a la madera, de la misma manera que lo medido se
llama como la medida.

Lisandro se hallaba en el Helesponto cuando recibió la 20
escítala. Se preocupó y sintió temor, sobre todo, por la de-
nuncia de Farnabazo, e intentó llegar a un acuerdo con él para
eliminar sus diferencias. Cuando se encontraron, le pidió que
escribiera otra carta a los magistrados en la que dijera que no
había cometido injusticia contra él ni hiciera denuncia alguna.
No conocía a Farnabazo y, como dice el proverbio, un cretense 2
se mide con otro[66]. Farnabazo aceptó hacer lo que Lisandro
le pedía y delante de él redactó una carta en los términos que
este deseaba, pero tenía escondida otra carta distinta. Cuando
fue a sellarlas, cambió los rollos que a simple vista eran igua-
les. Cuando Lisandro se presentó en Lacedemonia y acudió, 3
según es costumbre, ante los magistrados, entregó a los éforos
la carta de Farnabazo, convencido de que se retiraría así la
más importante de las acusaciones que había contra él, pues
Farnabazo tenía una estrecha relación con los lacedemonios

[66] Sobre la fama de mentirosos de los cretenses, cf. CALÍMACO, *Himnos* I 8.

y se había destacado durante la guerra como el general más
4 resuelto de todos los del Gran Rey. Una vez que los éforos
hubieron leído la carta, se la mostraron y entendió que «No
sólo Odiseo es artero»[67]. Se quedó aún más perplejo y se mar-
chó de allí. A los pocos días se encontró de nuevo con los
magistrados y les dijo que debía marchar al templo de Amón
y ofrecer al dios los sacrificios que había prometido antes de
5 las batallas. Hay quienes afirman que, cuando estaba en medio
del sitio de la ciudad de Afitis, en Tracia, se le había aparecido
en sueños el dios Amón y que esa es la causa de que pusiera
fin al asedio, como si hubiera sido una orden del propio dios;
entonces exhortó a los afiteos a hacer un sacrificio a Amón
6 y pasó a Libia en un intento de aplacar al dios[68]. Pero la opi-
nión mayoritaria es que lo del dios fue tan sólo una excusa, y
que en realidad tenía miedo de los éforos, que no soportaba
el yugo en su patria ni aguantaba estar sujeto a mando, por
lo que sintió el deseo del viaje y de andar a la aventura, al
igual que un caballo que, después de haber estado en prados
y pastos libres, es llevado de nuevo al establo para realizar la
tarea acostumbrada. Éforo aporta otra explicación sobre su
salida de Esparta, pero la contaremos más adelante[69].

21 Aunque le costó trabajo lograr que los éforos le dejaran partir, consiguió hacerse a la mar. Cuando Lisandro partió de Esparta, los dos reyes estuvieron de acuerdo en que, mientras mantuviera el control de las ciudades por medio de las sociedades, seguiría siendo el soberano y señor de Grecia.

---

[67] Eurípides, *Télefo* Fr. 715, Nauck.

[68] El santuario de Amón se encontraba en el oasis de Siwa, en la Cirenaica. Este santuario era célebre por su oráculo. La ciudad de Afitis se encontraba en la península de Palena, en la Calcídica. Pausanias *(Descripción de Grecia* III 18, 3) recoge esta noticia sobre el cerco de Afitis y la aparición de Amón a Lisandro, añadiendo que los afiteos honran a Amón tanto como los libios por haberles librado de la guerra.

[69] *Vid. infra,* 25.

Entonces decidieron actuar para reintegrar a los demócratas en los asuntos públicos y quitar de en medio a los amigos de Lisandro. Por entonces surgieron movimientos que apuntaban 2
en esa dirección: en primer lugar, los atenienses marcharon desde File contra los Treinta Tiranos y los vencieron[70]. Lisandro regresó al poco tiempo y convenció a los lacedemonios para que acudieran en apoyo de los oligarcas y castigaran a los demócratas. Mandaron cien talentos a los Treinta Tiranos para la guerra y enviaron a Lisandro como estratego. Mas los dos 3
reyes sentían envidia y, temerosos de que fuera a conquistar de nuevo Atenas, decidieron que uno de los dos debía salir de Esparta. Salió Pausanias, se dijo que para ayudar a los tiranos contra el pueblo, pero en realidad para poner fin a la guerra y para que Lisandro no se hiciera otra vez dueño y señor de Atenas a través de sus amigos. Fue fácil conseguirlo: logró reconciliar a los atenienses y terminar con la revuelta, lo que cortó de raíz la ambición de Lisandro. Pero al poco tiempo 4
surgió otra revuelta en Atenas y se culpó por ello a Pausanias, ya que el hecho de soltar al pueblo de las riendas de la oligarquía lo había vuelto insolente y levantisco[71]; pero, en cambio, Lisandro ganó fama de ser un hombre que no era un títere en los asuntos del poder, ni hacía las cosas de cara a la galería, sino que llamaba a las cosas por su nombre y miraba por el bien de Esparta.

Era enérgico de palabra y cortaba en seco a los que se enfren- 22
taban con él. Cuando los de Argos disputaban sobre las lindes territoriales y consideraban que sus argumentos eran más jus-

---

[70] Cf. JENOFONTE, *Helénicas* II 4, y ARISTÓTELES, *Constitución de los atenienses* XXXVII-XXXIX. En el 403 a. C. Trasíbulo, al mando de setenta atenienses refugiados en Tebas, logró tomar File, una plaza fortificada en el Ática. Allí fue consiguiendo los efectivos suficientes para hacer una incursión en el Pireo y vencer al ejército de los Treinta Tiranos, lo que provocó la caída del gobierno oligárquico.

[71] Cf. JENOFONTE, *Helénicas* II 4, 34 y ss.

tos que los de los lacedemonios, les sacó una espada y dijo: «El que manda con esta discute mejor sobre lindes». En otra ocasión un hombre de Megara, en un encuentro, se dirigió a él con libertad de palabra[72], le contestó: «Palabras así, extranjero,
2 deberían venir de una ciudad de verdad». A los beocios, que jugaban a dos bandas, les preguntó si tenía que pasar por su territorio con las lanzas enhiestas o bajadas. En la revuelta de los corintios, en el momento de marchar contra las murallas, vio que los lacedemonios vacilaban en el asalto, él entonces, al ver una liebre que andaba por el foso, dijo: «Deberíais avergonzaros de tener miedo ante unos enemigos tan flojos que hasta las liebres hacen guarida en sus murallas»[73].

3 Murió el rey Agis y dejó tras de sí a su hermano Agesialo y a un supuesto hijo, Leotíquidas[74]. Lisandro, que había sido amante de Agesilao[75], le convenció de que se hiciera con el reino, ya que era por estirpe un Heraclida. Además se sospechaba que Leotíquidas era en realidad hijo de Alcibíades, que había tenido una relación secreta con Timea, la esposa de Agis, durante el tiempo en que había vivido en Esparta
4 como desterrado[76]. Cuentan que Agis había echado las cuentas y había llegado a la conclusión de que no lo había podido concebir él, por lo que se había desentendido de Leotíquidas

[72] Sobre la libertad de palabra *(parrhesía)* en el mundo griego, cf. Michel Foucault, *Discurso y verdad en la antigua Grecia,* trad. Fernando Fuentes Megías, Barcelona, Paidós, 2004.

[73] La revuelta de los corintios tuvo lugar en el 394 a. C., al mismo tiempo que otros pueblos griegos que formaron una coalición al amparo de Atenas para terminar con el dominio espartano. En cuanto a las curiosas palabras de Lisandro, que dan una clara imagen de humor y virilidad espartana, el propio Plutarco se hace eco de ellas en su opúsculo *Apoth. Lac.*

[74] El rey Agis murió en torno al año 400 a. C.

[75] Cf. Plutarco, *Agesilao* 2. Sobre Agesilao, cf. Ch. Hamilton, *Agesilaus and the failure of Spartan hegemony,* Nueva York, Cornell University Press, 1991.

[76] Cf. Plutarco, *Alcibiades* 33 y *Agesilao* 3.

y era evidente que se había negado a reconocerlo en todo momento. Mas, al caer enfermo, Agis fue llevado a Herea[77] y allí, a punto ya de morir, ante las súplicas tanto del joven como de sus amigos, reconoció a Leotíquidas como hijo suyo delante de un buen número de personas y pidió a los presentes que dieran testimonio de ello ante los lacedemonios; después
murió. Los presentes, así pues, hicieron de testigos en favor 5
de Leotíquidas. Por otra parte a Agesilao, que se había destacado tanto por su brillantez como por el apoyo de Lisandro, le hacía un flaco favor Diopites, un hombre que se había ganado cierta fama como intérprete oracular y que había hecho el siguiente vaticinio acerca de la cojera de Agesilao: «Te digo, Esparta: si te ufanas, que no sea por tus piernas, que brotará un reinado cojo y durante mucho tiempo a penas inesperadas estarás sometida y de guerra mortífera a una ola arrojada»[78].
Muchos se vieron condicionados por el oráculo y se incli- 6
naron por Leotíquidas, pero Lisandro dijo que Diopites no había entendido bien el oráculo: el dios no rechazaba que un cojo gobernara sobre los lacedemonios, sino que estaría cojo el reino si los bastardos y los mal nacidos gobernaban sobre los Heraclidas. Con estas palabras y con su gran influencia convenció a la mayoría, por lo que Agesilao fue nombrado rey[79].

Al poco tiempo Lisandro le impulsó y persuadió a hacer 23
una expedición contra Asia, seduciéndolo con la posibilidad de acabar con los persas y convertirse en el más poderoso. Para

[77] En Arcadia. Según Jenofonte *(Helénicas* III 3, 1) Agis había acudido a Delfos para ofrecer al dios el diezmo del botín. De regreso cayó gravemente enfermo en Herea y fue llevado a Lacedemonia, donde murió al poco de llegar. La escena que plantea Plutarco, no obstante, es bastante más novelesca y patética.

[78] Plutarco, *De Pythiae oraculo* 399 B, y Jenofonte, *Helénicas* III 3, 3. Este Diopites parece ser el mismo que menciona Aristófanes en *Caballeros* 1085, *Avispas* 580 y *Aves* 988, y Plutarco en *Pericles* 32.

[79] Cf. Jenofonte, *Helénicas* III 3, 3-4.

ello escribió a sus amigos de Asia y les exhortó a que pidiesen a los lacedemonios que Agesilao fuera elegido general en jefe
2 para emprender una guerra contra los bárbaros[80]. Ellos estuvieron de acuerdo y mandaron embajadores a Lacedemonia para comunicar esa petición, en lo que parecía un favor de Lisandro hacia Agesilao no menor que el reino. Sin embargo, las naturalezas ambiciosas, aunque no son malas para el ejercicio del poder, tienen un obstáculo no pequeño a la hora de llevar a cabo grandes empresas: la envidia respecto a sus iguales en gloria. Se hacen rivales en virtud, cuando lo que
3 les conviene es trabajar juntos. Pues bien, Agesialo se llevó a Lisandro entre sus treinta consejeros, pensando en servirse de su amigo más íntimo y, una vez que llegaron a Asia, como los hombres de allí no lo conocían, no le hacían mucho caso y hablaban poco con él. Sin embargo a Lisandro, por todo el trato que habían tenido con él antes, le agasajaban sus amigos, e incluso los que desconfiaban de él, por miedo, acudían ante
4 su puerta y le acompañaban: era semejante a lo que les pasa a los actores en las tragedias, cuando se aplaude y se aclama al que representa el papel de un mensajero o de un criado, y al que lleva la diadema y el cetro no se le presta ningún tipo de atención. Así pasaba aquí: todo el boato que acompaña al poder iba para el consejero y al rey no le quedaba más que
5 un título vacío de poder efectivo. Se hacía necesario poner coto a tan desenfrenada ambición y reducir a Lisandro a un segundo lugar, pero dejar completamente de lado y cubrir de fango a un benefactor tal y a un amigo por causa del orgullo no era tarea para Agesilao[81]. Así que lo que hizo fue, en primer lugar, no darle pie para ocuparse de negocios, ni darle cargos de mando; después, si se daba cuenta de que Lisandro actuaba en provecho de algunos y se interesaba más por ellos, nunca

[80] En el año 396 a. C.

[81] Cf. Plutarco, *Agesilao* 8.

los tenía en cuenta y obtenían menos que cualquier otro recién llegado; así, poco a poco, iba apartándole y atajando su
influencia. Lisandro, frustrado por sus fracasos, se dio cuenta 6
de que cualquier empeño por su parte suponía una lacra para sus amigos, por lo que dejó de ayudarlos e incluso les pidió que no anduvieran con él ni le agasajaran, sino que hablaran con el rey y con aquellos que pudieran ayudar a sus protegi-
dos en la situación presente. La mayoría de los que le escu- 7
charon dejaron de juntarse con él para los negocios, pero no supuso el fin de los agasajos, sino que aún lo acompañaban en sus paseos y en el gimnasio. A Agesilao estas honras le molestaban incluso más que las de antes, de modo que, una vez que repartió entre muchos espartanos puestos de mando y gobiernos de ciudades, le concedió a Lisandro el reparto de la carne. Además, para acabar de humillarle, les decía a los jonios: «Andad ahora a agasajar a mi repartidor de carne».
A Lisandro le pareció el momento de tener unas palabras con 8
él y se produjo un diálogo corto al modo laconio[82]: «¿Te parece bien, Agesilao, ir haciendo de menos a tus amigos?». El otro respondió: «En caso de que quieran ser más poderosos que yo; los que aumentan mi poder también participan de él,
como es justo». «Vale, Agesilao, igual es que tus palabras son 9
mejores que mis hechos. Te pido entonces que, por el resto de los hombres, por los que nos observan, me concedas un puesto en tu ejército, en el que consideres que te resulto menos incómodo y más útil.»

24 Después de esto le mandó como embajador al Helesponto y, aunque estaba encolerizado contra Agesilao, no descuidó cumplir con su deber y logró que el persa Espitridates, que estaba molesto con Farnabazo y que era hombre generoso y con un ejército propio, hiciera defección y se pasara al
bando de Agesilao, que no contó con él de ningún modo para 2

[82] Cf. Jenofonte, *Helénicas* III 4, 8-9, y Plutarco, *Agesilao* 8.

la guerra[83]. Al cabo de un tiempo, regresó a Esparta con sensación de deshonra, encolerizado con Agesilao, odiando todo ese sistema político aun más que antes, por lo que decidió ponerse manos a la obra y dedicarse sin demora al plan que había pergeñado y maquinado tiempo atrás para producir un
3 cambio revolucionario. El asunto era éste: los Heraclidas, que se habían unido a los dorios y habían llegado al Peloponeso[84], eran un linaje floreciente y brillante en Esparta, pero no todos ellos podían participar de la sucesión al trono, sino que los reyes se elegían sólo entre los miembros de dos casas, los Euripóntidas y los Agiadas, pero una cuna noble no confería a los demás ningún privilegio político sobre el resto, sino que las honras que provienen de la excelencia estaban puestas delante de todos aquellos que fueran merecedoras de ellas.
4 Lisandro, por nacimiento, era uno de éstos[85], pero había alcanzado gran gloria por sus acciones y había conseguido muchos partidarios y poder. Ahora veía con pesadumbre que la ciudad que él había hecho crecer estaba gobernada por otros que no eran mejores que él, y resolvió que el poder pasara de estas dos casas al núcleo común formado por todos los Hera-
5 clidas, o, según otros, no sólo a los Heraclidas, sino a todos los espartanos, para que la dignidad no perteneciera sólo a los descendientes de Heracles, sino a los que lo imitaran en esa virtud por la que Heracles había obtenido honores divinos. Albergaba así la esperanza de que, si el reinado se sometía a mérito, no se elegiría a ningún otro espartano antes que a él.

25 Comenzó por intentar convencer a los ciudadanos por sí mismo, para ello se aprendió de memoria un discurso com-

---

[83] Cf. Plutarco, *Agesialo* 8, 3.

[84] Se entendía la invasión del Peloponeso de las tribus dorias como el regreso de los descendientes de Heracles a su tierra.

[85] *Vid. supra*, 2.

puesto por Cleón de Halicarnaso para la ocasión[86]. Después, al percatarse de lo insólito y grande de su empresa, pensó que necesitaba recursos más contundentes y, al igual que en una tragedia, hizo uso de maquinaria escénica para influir en los ciudadanos: apañó y dispuso revelaciones, vaticinios 2
del dios de Delfos, oráculos; como si no esperara conseguir mucho de la elocuencia de Cleón a no ser que, aterrorizando y asustando mediante el miedo a los dioses y la superstición, atrajera a los ciudadanos a sus argumentos. Éforo dice de él 3
que intentó sobornar a la Pitia y también poner de su lado a las sacerdotisas de Dodona por medio de Férecles, pero fracasó; a continuación viajó al templo de Amón y habló con los profetas de allí, poniendo bastante oro sobre la mesa, pero ellos se sintieron ofendidos y mandaron mensajeros a Esparta para que denunciaran allí a Lisandro. Cuando salió absuelto, los libios, antes de partir, dijeron: «Seremos mejores jueces nosotros, espartanos, cuando vengáis a vivir con nosotros en Libia», puesto que había un antiguo oráculo que indicaba a los lacedemonios que fueran a vivir a Libia[87].

Pero la trama entera y la maquinación de esta treta no 4
fue vulgar en ningún momento, desde que se puso en marcha manejaba numerosas variables de calado y, como en un teorema matemático, discurría a través de premisas complejas y difíciles hacia su resolución. Nosotros trataremos sobre ello siguiendo la narración que hizo un historiador y filósofo[88].

Había una mujer en Ponto que decía que estaba embara- **26**
zada de Apolo, lo que muchos, como es normal, no se creían;

[86] No se sabe nada sobre este Cleón de Halicarnaso.

[87] Sobre este oráculo, semejante al que cuenta Heródoto (*Historia* IV 150 y ss.) recibieron los habitantes de Tera que les animaba a fundar Cirene, cf. I. Malkin, *Myth and territory in the Spartan Mediterranean*, Cambridge, Cambridge University Press, 1994, págs. 195-196.

[88] Seguramente Plutarco se refiere a Éforo, historiador y filósofo, como él mismo.

pero otros le daban crédito, de modo que, cuando dio a luz a un niño, fueron muchas e importantes las personas que se aplicaron a su crianza y educación. Le pusieron por nombre Sileno, por alguna razón. Esto le sirvió a Lisandro como comienzo; lo demás lo fue tramando y urdiendo él mismo, aun-
2 que no fueron pocos ni malos sus camaradas en esta historia, y fueron ellos los que trabajaron para que el relato del nacimiento de este niño fuera creído sin sospechas. Trajeron de Delfos también otro vaticinio y lo difundieron por toda Esparta: en unas escrituras secretas que estaban bajo la custodia de los sacerdotes había algunos oráculos antiquísimos, que no les estaba permitido tocar ni leer, hasta que, al cabo del tiempo, llegara un hijo de Apolo que daría una señal reconocible de su origen y recogería las tablillas en las que estaban inscritos los
3 oráculos. El terreno estaba abonado, era necesario que Sileno fuera en calidad de hijo de Apolo a pedir los oráculos. Por su parte los sacerdotes que estaban a cargo de ellos examinarían cada uno de los puntos y se cerciorarían sobre su nacimiento. Cuando estuvieran seguros de ello, finalmente, le enseñarían las escrituras como hijo de Apolo que era. Éste entonces tendría que leer en presencia de muchos testigos otros muchos oráculos y también el que era la causa de todo este montaje y que se refería al reino: lo mejor y lo preferible para los espartanos era que los reyes fueran elegidos entre los mejo-
4 res ciudadanos. Sileno era ya un adolescente y la trama iba a ponerse en marcha, pero el plan de Lisandro quedó frustrado por la cobardía de uno de sus actores o colaboradores que, cuando tenía que hacer su parte, se acobardó y se echó atrás. No se supo nada de esto en vida de Lisandro, sólo después de su muerte[89].

[89] La veracidad de este auténtico montaje ha sido puesta en duda, ya que supone una larga preparación y una plena participación de los sacerdotes de Delfos en la trama.

Lisandro murió antes de que Agesilao regresara de Asia, 27
cuando se involucró, o mejor dicho, involucró a toda Grecia, en la guerra contra Beocia, pues se dice de las dos maneras[90]. Algunos dicen que fue él el causante de la guerra, otros señalan a los tebanos, otros a ambos. Acusan a los tebanos de haber sido los culpables de los sucesos que causaron la interrupción de los sacrificios de Áulide y de que habían comprado a Androclidas y a Anfiteo con dinero de la realeza persa para que provocaran una guerra en Grecia contra los lacedemonios, por lo que habían atacado la Fócide y la habían sometido a pillaje[91]. Respecto de Lisandro se cuenta que entró 2
en cólera cuando, mientras que los demás aliados no pidieron nada, los tebanos reclamaron un diezmo por la guerra, ellos solos[92], ya que se enfadaron por las riquezas que Lisandro había enviado a Esparta; pero lo que más le encolerizó fue que dieran el primer paso para que los atenienses se libraran de los Treinta Tiranos que Lisandro había puesto en el gobierno; los lacedemonios, además, favorecían el poder de los Treinta y el miedo que provocaban mediante la aprobación de decretos que permitían capturar en cualquier territorio a

[90] Esta guerra, que sucedió entre el 397 y el 395 a. C., recibe el nombre de guerra de Corinto. Comenzó con una alianza antiespartana entre Tebas y Atenas a la que se sumaron Corinto y Argos. *Vid. supra,* 25.

[91] Sobre el sacrificio en Áulide de Agesilao, cf. PLUTARCO, *Agesilao* 6, y JENOFONTE, *Helénicas* III 4, 4, y III 5, 5. El rey espartano quiso comenzar su campaña en Asia imitando el sacrificio que llevó a cabo el contingente griego comandado por Agamenón y Menelao antes de partir hacia Troya. Los tebanos no estaban de acuerdo con el sacrificio y lo frustraron dispersando a las víctimas. El interés espartano por Asia no le resultaba cómodo al rey persa Artajerjes III, que promovió entre los griegos una alianza contra Esparta para desbaratar la campaña de Agesilao.

[92] Cf. JENOFONTE, *Helénicas* III 5, 5, en donde no es sólo Lisandro el que decide entrar en guerra contra Tebas, sino la asamblea de Esparta. El diezmo que reclamaban los tebanos era del botín de la batalla de Egospótamos, con el que se sufragaron los monumentos de triunfo que se dedicaron en Delfos, *vid. supra,* 18.

los que huyeran de Atenas y excluir de los tratados a quienes
3 se opusieran a los arrestos[93]. Los tebanos, entonces, votaron sus propios decretos en contra de los de los lacedemonios, decretos semejantes a las acciones de Heracles o de Dioniso en espíritu y temple[94]: toda casa y ciudad beocia estaría abierta a cualquier ateniense que pidiese asilo, el que no acogiera a un fugado debería pagar una multa de un talento; que los tebanos hicieran la vista gorda si encontraban que alguien transportaba armas a través de Beocia en dirección a Atenas
4 para derrocar a los Treinta. No sólo votaron estos decretos, tan griegos y tan llenos de humanidad, sino que sus actos se correspondieron con sus palabras; Trasibulo y los que tomaron File organizaron la expedición desde Tebas y fueron los tebanos los que les proporcionaron lo que necesitaban para comenzar: armas, dinero y la posibilidad de permanecer ocultos allí. Éstas eran las causas de que Lisandro fuera contra Tebas.

28 Con la vejez, la melancolía hizo que su carácter airado se volviera más fiero, consiguió acalorar a los éforos y convencerles para enviar una expedición contra los tebanos en la
2 que él mismo marchó al mando de las tropas. Poco después mandaron al rey Pausanias con un ejército. Pausanias rodeó el monte Citerón con la intención de invadir Beocia, pero Lisandro se lanzó desde la Fócida con su numeroso ejército: tomó la ciudad de Orcómeno que se entregó voluntariamente, pasaron

---

[93] *Vid. supra,* 21 y n. 70. En el 404 a. C. Tebas había acogido a los demócratas atenienses que habían huido de la ciudad durante la represión llevada a cabo por los Treinta Tiranos y fue de Tebas de donde partieron Trasibulo y sus hombres para deponer el gobierno puesto por los espartanos.

[94] La referencia a Heracles y a Dioniso se enlaza con Tebas porque las madres de ambos eran tebanas, Alcmena y Sémele, respectivamente. Diodoro Sículo *(Biblioteca histórica* XIV 6, 1-3) menciona también este decreto favorable al gobierno democrático de Atenas. Cabe señalar que el propio Plutarco era de Queronea, Beocia.

a Lebadea y la arrasaron[95]. Le mandó una carta a Pausanias en la que le animaba a dejar atrás Platea y juntarse en Haliarto, puesto que él mismo estaría ante las murallas de Haliarto por la mañana. Pero la carta cayó en manos de los tebanos, ya que el portador fue apresado por unos vigilantes tebanos. Los 3
beocios encomendaron esa ciudad a los atenienses que habían acudido en su ayuda y ellos, poniéndose en marcha a la hora del primer sueño, llegaron a Haliarto un poco antes de que lo hiciera Lisandro y una parte considerable de las tropas entró en la ciudad. Él decidió en primer lugar acampar el ejército en una colina y esperar a Pausanias; pero conforme avanzaba el día no pudo permanecer inactivo: ordenó tomar las armas, exhortó a los aliados y marchó por el camino que conducía hacia las murallas con el ejército en formación. El grupo de te- 4
banos que aguardaba fuera de la ciudad dejó la ciudad a mano izquierda y avanzaron contra la retaguardia enemiga junto a la fuente llamada Cisusa[96]. Cuentan que fue en ella donde las nodrizas de Dioniso lavaron al recién nacido, por eso resplandece con un color vinoso, es transparente y su agua es dulce de beber. No lejos de allí nacen estoraques de Creta[97], lo que para los habitantes de Haliarto es la prueba de que Radamantis vivió allí y muestran su tumba, a la que dan el nombre de Alea. Asimismo, en los alrededores está el sepulcro de Alcmena, 5
pues, según cuentan, fue sepultada allí después de que casara con Radamantis tras la muerte de Anfitrión[98]. Los tebanos que

[95] El ejército espartano tuvo que pasar a la Fócida por el golfo de Corinto. JENOFONTE (*Helênicas* III 5, 6-7 y 17) expone de un modo semejante el plan de campaña de los espartanos. Asimismo menciona la rendición de Orcómeno, pero no la toma de Lebadea.

[96] *Kissoûsa* es un nombre formado a partir de *kissós* («yedra»), uno de los atributos de Dioniso, que recibe los apelativos de *Kisseús*, *Kissokómês*, *Kissóphoros* y *Kissochaítês*.

[97] *Stýrax*, árbol resinoso muy frecuente en Creta.

[98] Radamantis era hijo de Zeus y Europa y hermano de Minos, rey de Creta, por lo que había traído desde la isla este árbol cuando se marchó de allí desterrado

había en la ciudad, formados junto a los habitantes de Haliarto, habían permanecido en sus puestos hasta ese momento, cuando se percataron de que Lisandro avanzaba en las primeras filas hacia las murallas, abrieron de repente los portones y se lanzaron al ataque. Dieron muerte a Lisandro, al adivino y a algunos más, pues la mayor parte huyó a toda prisa junto
6 al resto de la tropa. Los tebanos no detuvieron su ataque, sino que continuaron hostigándolos. Todo el ejército se dispersó en una huida por las colinas y cayeron mil espartanos. También murieron trescientos tebanos en la persecución de los enemigos por quebradas y barrancos[99]: fueron algunos que estaban bajo sospecha de ser partidarios de los lacedemonios, algo que debían eliminar ante los ojos de los ciudadanos, por eso no se protegieron y encontraron la muerte en la persecución.

29 Se le anunció la derrota a Pausanias cuando marchaba desde Platea a Tespias. Se presentó en formación de guerra en Haliarto. También llegó allí Trasibulo y las tropas atenienses a sus órdenes, que habían salido de Tebas. Quería Pausanias pactar la recuperación de los cadáveres de los caídos, pero los espartanos más viejos se mostraron contrarios a la idea, lo discutieron entre sí hasta que llegaron a la indignación y después fueron a hablar con el rey para defender la idea de que no se pactara la entrega de Lisandro, sino que había que pelear con las armas por su cuerpo. Si vencían, le darían sepultura; si resultaban derrotados, sería glorioso yacer allí junto a su
2 general. Ésa era la voluntad de los ancianos, pero Pausanias consideró que era una tarea difícil vencer a los tebanos justo después de su victoria, además el cuerpo de Lisandro estaba cerca de las murallas, de modo que sería ardua la recuperación

---

por su hermano Minos, envidioso de él, cf. APOLODORO, *Biblioteca* II 4, 11 y III 2. Sobre el sepulcro de Alcmena, cf. PLUTARCO, *De genio Socratis* 577 E ss., y PAUSANIAS, *Descripción de Grecia* I 41, 1, y IX 16, 7.

[99] JENOFONTE *(Helénicas* III 5, 18-20) da la cifra de más de doscientos muertos tebanos.

sin pacto, incluso si vencían[100]. Mandó un mensajero, se con-
cluyó el pacto y retiró a su ejército de allí. Llevaron el cuerpo 3
de Lisandro y, tan pronto como dejaron atrás las lindes de
Beocia, lo sepultaron en la tierra amiga y aliada de Panopea,
en donde aún está ahora su sepulcro, junto al camino que va
de Delfos a Queronea[101].

Se cuenta que, cuando el ejército estaba acampado en ese
lugar, un foceo comenzó a contarle la batalla a otro que no
había tomado parte en ella y le narró cómo los enemigos ca-
yeron sobre ellos después de que Lisandro cruzara el Hoplita.
Entonces un espartano amigo de Lisandro se sorprendió y 4
le preguntó qué quería decir con «Hoplita», pues no sabía a
qué se refería con ese nombre. Le contestó: «El lugar en el
que los enemigos dieron muerte a los primeros de los nues-
tros. Junto a la ciudad corre un arroyo que llaman Hoplita».
Cuando el espartano escuchó esto, rompió a llorar diciendo
que un hombre no puede escapar a su destino. Pues, según se 5
contaba, Lisandro había recibido una vez un oráculo que decía
así: «Te prevengo: evita el Hoplita engañoso y al dragón hijo
de la tierra que viene por la espalda».

Algunos, en cambio, dicen que el Hoplita no fluye junto a Haliarto, sino que junto a Queronea hay un torrente que desemboca en el río Falaro y que pasa por las proximidades de esa

[100] Los motivos aludidos por JENOFONTE explican mejor la situación y resultan más justificables desde el punto de vista militar: «Consideraba Pausanias y los demás cargos lacedemonios que Lisandro estaba muerto, que su ejército había retrocedido derrotado, que los corintios no los acompañaban en absoluto y que los presentes no hacían la campaña con decisión; consideraba asimismo que la caballería contraria era numerosa, pero la suya escasa, y lo más importante, que los cadáveres yacían bajo la muralla de modo que no les era fácil recogerlos ni aunque fueran superiores por impedírselo los enemigos desde los torreones; por todo eso decidieron recoger los cadáveres bajo tregua» (*Helénicas* III 5, 23; trad. ORLANDO GUNTIÑAS TUÑÓN, Gredos, B.C.G., Madrid, 1977).

[101] Camino que le debía resultar muy familiar a nuestro autor, natural de Queronea.

ciudad, al que antes llamaban Hoplia y ahora Isomanto. El
6 hombre de Haliarto que dio muerte a Lisandro se llamaba
Neocoro y en su escudo llevaba grabado un dragón: parece que
eso era lo que quería decir el oráculo. Asimismo, se cuenta que
en los años de la Guerra del Peloponeso los tebanos recibieron
un oráculo de Apolo Ismenio que vaticinaba sobre la batalla
de Delio y sobre ésta de Haliarto, que tuvo lugar treinta años
7 después[102]. El oráculo era éste: «Guárdate del confín, cuando
lobos aceches con horcas, y de la colina de Orcálides, que la
zorra nunca deja atrás». Por «confín» entiende la zona en torno
al monte Delio, esa que es frontera común entre Beocia y el Áti-
ca; la «colina de Orcálides» es a la que ahora llaman Alópeco[103],
que se encuentra en los campos de Haliarto, junto al Helicón[104].

30 En seguida los espartanos se lamentaron por la muerte de
Lisandro, hasta tal punto que comenzó un juicio en el que se
pedía la pena de muerte para el rey. Éste no quiso someterse al
juicio y huyó a Tegea, donde vivió como suplicante en un san-
2 tuario de Atenea[105]. Además, después de la muerte de Lisandro,
se descubrió su pobreza, por lo que su virtud se hizo incluso
más evidente, ya que ni las innumerables riquezas, ni el poder,
ni el agasajo de las ciudades ni del Gran Rey habían vuelto su
casa más opulenta ni más rica, según cuenta Teopompo, en el

[102] La batalla de Delio tuvo lugar en el año 424 a. C. y la de Haliarto en el 395 a. C.

[103] Es decir, «colina de la zorra».

[104] Como se puede ver a Plutarco le encanta la exégesis de oráculos y sobre todo la interpretación de nombres de lugares y su localización, algo muy lógico en este caso ya que la tierra que describe era la suya. También en *Demóstenes* 19 se cita un oráculo acerca de la batalla de Queronea que resulta muy semejante a éste.

[105] Cf. Jenofonte, *Helénicas* III 5, 25. Pausanias fue juzgado por haber llegado demasiado tarde a Haliarto, haber pactado una tregua con el enemigo para la recogida de los cadáveres sin luchar y haber favorecido el reestablecimiento de la democracia en Atenas. Pausanias no se personó en el juicio y fue condenado a muerte. Huyó a Tegea, y murió allí de una enfermedad no antes del año 381 a. C.

que uno ha de confiar más cuando elogia que cuando critica, pues le resulta más agradable la crítica que el elogio.

Tiempo después, cuenta Éforo, surgió en Esparta una dis- 3
puta en relación a los aliados y se hizo necesario examinar los documentos que había guardado Lisandro, por lo que Agesialo entró entonces en la casa de éste. Descubrió allí un libro en el que había escrito un discurso acerca del gobierno de la ciudad[106], en el que se hablaba de por qué era necesario que los Euripóntidas y los Agiadas dejaran de ostentar el poder real, que debía pasar a lo común; cómo se debía llevar a cabo la elección de este entre los mejores. Decidió entonces Agesilao 4
presentar a los ciudadanos este discurso y enseñarles cómo no se habían dado cuenta de la talla política de Lisandro. Pero Lacrátidas, un hombre prudente y que en esa época era el más importante de los éforos, se lo desaconsejó, diciéndole que no había que desenterrar a Lisandro, sino enterrar ese discurso con él, ya que estaba compuesto con demasiada fuerza de convicción y habilidad retórica. Se rindieron todo tipo de 5
honras fúnebres en memoria del muerto y también se castigó a los pretendientes de las hijas de Lisandro, que las habían abandonado tras morir éste y descubrirse su pobreza. Éstos le habían agasajado en vida por considerarlo rico, pero cuando se dieron cuenta de que era pobre y de que había sido justo y honrado, lo dieron de lado. Pues en Esparta, según parece, había legislación contra la soltería, contra casamientos tardíos o casamientos impropios, y en ésta incurrían principalmente los que se casaban con ricos, en lugar de con virtuosos o amigos[107]. Esto es lo que hemos investigado acerca de Lisandro.

[106] Seguramente se refiera al redactado por Cleón de Halicarnaso, *vid. supra,* 25. Cf. PLUTARCO, *Agesilao,* 20 y DIODORO SÍCULO, *Biblioteca histórica* XIV 13, 8.

[107] Para el abandono de las hijas de Lisandro por sus pretendientes, cf. CLAUDIO ELIANO, *Historias curiosas* VI 4 y X 15 y *vid. supra,* 2; para la legislación espartana sobre matrimonios, cf. PLUTARCO, *Licurgo* 15, y JENOFONTE, *Constitución de los lacedemonios* I 6.

SILA

Lucio Cornelio Sila era de familia patricia, es decir, de familia noble[1]. Se cuenta que un antepasado suyo, Rufino, había sido cónsul, pero que su deshonra había sido mayor que el honor que da este cargo. Se descubrió que poseía más de diez libras de objetos de plata, lo que no estaba permitido por ley, razón por la cual fue expulsado del Senado[2]. Los descendientes siguientes vivieron sin fama y el propio 1
Sila no fue criado en una situación familiar opulenta. En la 2
adolescencia vivió en una casa alquilada a bajo precio, algo que después se le echó en cara cuando parecía que le iba mejor de lo que le podría corresponder. Se cuenta que, una

[1] Plutarco utiliza la palabra griega *eupatrídas* para traducir el término latino *patricius*.

[2] Publio Cornelio Rufino, cónsul en el 290 y el 277 a. C., dictador en el 285 a. C. Fue un personaje importante en la guerra contra los samnitas. Después de su expulsión del Senado en el 275 a. C. por el censor Fabricio Luscino (Aulo Gelio, *Noches áticas* IV 8; XVII 21 y 39, y Valerio Máximo, *Hechos y dichos memorables* II 9, 4), la familia Cornelia Rufina no volvió a ocupar cargos relevantes hasta el nombramiento de Sila como cónsul en el año 88 a. C. La plata estaba en forma de vasijas *(argyríou koílou)* y corresponde a la cantidad que da Valerio Máximo. Diez libras son poco más de 3 kg, por lo que incluso Valerio Máximo se sorprende de que una cantidad que en su época era insignificante resultara tan escandalosa entonces, pero en el año 275 los romanos aún no habían acuñado moneda de plata.

vez que él se daba aires y hablaba ufano de sí mismo a causa de la campaña de África[3], un hombre de clase aristocrática
3 le dijo: «¿Cómo es posible que tú seas honrado, con todo lo que tienes, si tú padre no te dejó nada?». Por entonces ya no transcurrían las vidas conforme a costumbres rectas y puras, ya que se encontraban inclinadas y dispuestas a asumir la pasión por el lujo y el derroche. No obstante, se censuraba aún a quienes esquilmaban sus bienes y no mantenían la
4 austeridad paterna[4]. Tiempo después, cuando ya se hizo con el poder y mandaba a la muerte a mucha gente, un hombre libertino, del que se creía que había escondido a un proscrito y, por ello, había sido condenado a ser arrojado desde un precipicio[5], contó para insultar a Sila que durante mucho tiempo habían vivido en la misma casa: él había alquilado la de arriba por dos mil sestercios y Sila la de abajo por tres mil, de modo que la diferencia en sus fortunas era tan sólo de mil sestercios, lo que equivale en moneda ática a doscientos cincuenta dracmas: eso es lo que se sabe del capital antiguo de Sila[6].

2 Su aspecto físico se muestra en sus estatuas[7]. El tono de su piel hacía que el azul grisáceo de sus ojos, duro y violento, inspirara aún más miedo, pues en la palidez de su rostro surgían aquí y allá intensas manchas rojas. Se cuenta que es

---

[3] Se trata de la Guerra de Jugurta. En los años 107 y 106 a. C. fue cuestor junto a Mario.

[4] Comentario clásico sobre la decadencia moral de Roma, ahíta de lujos y ansias de riqueza frente a la austeridad y parquedad vital encarnada en las costumbres de los romanos antiguos.

[5] Se entiende que a ser arrojado desde la roca Tarpeya, en el sudeste de la colina Capitolina.

[6] Una dracma —no hay que olvidar que Plutarco escribe en griego y para griegos— equivalía a un denario romano o a cuatro sestercios.

[7] Tenía una estatua ecuestre en el Foro romano, frente a la tribuna de los *Rostra* con la inscripción *Cornelius Sulla Imperator Felix*, cf. CICERÓN, *Filípicas* IX 6, 13.

de ahí de donde se generó su nombre, un apodo que hacía referencia a su color de piel[8], acerca del que uno de esos típicos maledicientes que hay en Atenas hizo un chiste: «Sila es una mora rebozada en harina»[9]. No es raro que sean datos 2
de esta clase los utilizados para describirle: cuentan que su naturaleza era propicia a la burla, de modo que incluso en sus años de juventud, cuando aún era un desconocido, discurría su vida entre mimos y bufones y de una manera muy disoluta. Cuando se hizo dueño y señor de todo, se reunía todos los días con los más impúdicos que daban la escena y el teatro para beber y enfrascarse en competiciones de bromas, cosas que no parecían corresponder con su edad, que cubrían de oprobio la dignidad de su cargo y que le hacían dejar de lado los muchos asuntos que requerían su dedicación[10]. Mientras Sila estuviera en un banquete no había que 3
requerirle para nada serio. Aunque el resto del tiempo fuera enérgico y bastante adusto, cada vez que se entregaba a una

---

[8] QUINTILIANO (*Institutio oratoria* I 4, 25) confirma esta etimología; asimismo PLUTARCO, *Coriolano* 9. MACROBIO *(Saturnales* I 17, 27), en cambio, explica que el nombre de *Sulla* deriva de *Sibylla,* sobrenombre que se le había dado a uno de sus ancestros que había consultado los *Libros Sibilinos* en el 212 a. C, una explicación bastante fantasiosa que bien podía haber sido utilizada por el propio Sila. Como es sabido, los *cognomina* romanos hacían generalmente referencia a características físicas, psicológicas y morales. En este caso *Sulla* hacía referencia a un rostro cubierto de manchas rojas. Al ser hereditarias, en muchos casos diferenciaban las distintas ramas de una misma familia. Fue en torno a la mitad del siglo III a. C. cuando un antepasado de Sila recibió este *cognomen* en lugar del de *Rufinus*, cf. AULO GELIO, *Noches áticas* I 12, 16, sustitución que posiblemente se debió al intento de desligarse de un pasado de oprobio referido en la n. 2.

[9] Este verso, un tetrámetro trocaico cataléctico, puede provenir de una comedia. Aparece citado por PLUTARCO en *De garrulitate* 505 B.

[10] Plutarco a la hora de elaborar su descripción moral de Sila se alinea junto a la tradición, bastante hostil, que surgió después de su muerte, cf. HINARD, *Les Proscriptions de la Rome républicain*, París, 1985. La pintura es semejante a la que lleva a cabo SALUSTIO *(Guerra de Jugurta* 95). El dato posterior de su relación amorosa con el actor Metrobio y con una prostituta de clase alta que le hizo heredero parecen salidos de típicas narraciones de «prensa rosa» contemporánea.

fiesta y a la bebida, ocurría en él un cambio total que le volvía amable con cómicos y bailarines y se volvía accesible y fácil para cualquier clase de petición. Esa relajación de costumbres pareció ser origen de una enfermedad[11], así como de su inclinación a los amores y de su entrega a los placeres, que
4 no cesó ni en su vejez: en su juventud mantuvo una relación amorosa con Metrobio, uno de esos hombres de la escena. Incluso llegó a la situación siguiente: comenzó a mantener una relación con una prostituta, una mujer rica cuyo nombre era Nicópolis, y, por el mucho trato con él y por la belleza que tenía en su juventud, llegó a convertirse en su amado. Ella a su muerte le hizo heredero, al igual que le hizo heredero su madrastra, que lo quería como a un hijo propio y, con ambas herencias logró convertirse en un hombre moderadamente rico.

3 Se le nombró cuestor cuando Mario recibió su primer consulado y viajó por mar a África para tomar parte en la guerra contra Jugurta[12]. Una vez en el campamento, se ganó la buena consideración de todos. Además aprovechó la ocasión de hacer buena amistad con Boco, el rey de los númidas, ya que Sila dio refugio y trató con cortesía a unos emisarios del rey que huían de unos bandidos númidas. Después les dio regalos, les puso una escolta para su seguridad y se los
2 envió. Hacía ya tiempo que Boco odiaba y temía a su yerno Jugurta, que había sido vencido y se encontraba refugiado bajo la protección de Boco. Éste tramó un plan contra Jugurta y se puso en contacto con Sila, para que fuera éste quien

---

[11] *Vid. infra,* 36, donde se hará hincapié en que la enfermedad que le causó la muerte estaba originada en la escalada de excesos vitales del dictador.

[12] Roma le declaró la guerra a Jugurta en el 111 a. C. En el 107 a. C., el cónsul Cayo Mario sustituye a Cecilio Metelo en la comandancia del ejército, cf. PLUTARCO, *Mario* 10. SALUSTIO *(Guerra de Jugurta* 95) señala que Sila no viajó a África con Mario, sino que marchó después de haber reclutado tropas de caballería en el Lacio y entre los aliados itálicos de Roma.

hiciera la captura y entrega de Jugurta, no él mismo[13]. Se lo comunicó a Mario, tomó unos pocos soldados y se sometió a un peligro extremo, ya que puso su confianza en un bárbaro que se mostraba desleal con sus allegados y, para capturar a otro, hacía entrega de sí mismo. Boco había pasado a tener 3
en sus manos los destinos de ambos y se encontraba obligatoriamente en la situación de traicionar a uno o a otro. Cambió de opinión una y otra vez, pero al final se decidió por la traición original: Jugurta fue entregado a Sila. Mario se apuntó un triunfo en esta ocasión, pero la gloria de la victoria dejó intranquilo a Mario, ya que los que lo envidiaban lo pusieron en la cuenta de Sila. Además el propio Sila, que por carácter 4
era orgulloso y que por aquel entonces estaba dejando de ser una figura humilde y desconocida y comenzaba a gozar de cierto renombre entre sus conciudadanos, comenzó a cogerle el gusto a los honores y llegó a tal grado de ambición que se hizo grabar en un anillo una imagen de esta hazaña, un sello que usó durante toda su vida. La imagen grabada mostraba a Boco entregando a Jugurta y a Sila recibiéndolo[14].

Mario estaba molesto, pero aún pensaba que Sila era 4
demasiado insignificante como para sentir envidia y siguió sirviéndose de él para sus campañas militares. En su segundo consulado le tuvo como legado, en el tercero como tribuno y a través de él consiguió muchos éxitos[15]. Como legado,

[13] Boco, en realidad rey de Mauritania, era el suegro de Jugurta, cf. SALUSTIO, *Guerra de Jugurta* 80. Para las conversaciones entre Sila y Boco, cf. PLUTARCO, *Mario* 10, y SALUSTIO, *Guerra de Jugurta* 102 y ss.

[14] El triunfo se celebró en el año 104 a. C. La nobleza romana de abolengo y los clientes y partidarios de Sila rechazaban la ascensión de un *homo novus* como Mario, por lo que atribuyeron el mérito de la victoria a Sila (PLUTARCO, *Mario* 10), algo de lo que Sila supo sacar partido. La imagen de la entrega de Jugurta a Sila es mencionada por PLINIO EL VIEJO, *Historia natural* XXXVII 9, y VALERIO MÁXIMO, *Hechos y dichos memorables* VIII 14.

[15] El legado era un senador encargado de la comandancia de una legión. El tribuno militar era un oficial superior, un caballero generalmente, con rango

capturó a Cópilo, general de los tectósagos[16]; como tribuno, convenció al pueblo de los marsos[17], poderoso y populoso, para que se convirtiera en amigo y aliado de los romanos.
2 Después de esto, se dio cuenta de que Mario estaba molesto con él y de que ya no quería darle oportunidades de obtener gloria mediante sus actuaciones, sino que se oponía a su ascenso. Entonces se granjeó a Cátulo, que compartía el consulado con Mario, un hombre valioso, pero débil en los asuntos de la guerra[18]. Sila se puso a las órdenes de Cátulo y se le confiaron los asuntos principales y más duros. Crecía a
3 la vez en poder y en gloria. En una guerra contra las tribus bárbaras de los Alpes capturó a buena parte de los enemigos, y, cuando escaseaban los víveres, se hizo cargo de la situación y consiguió tal abundancia de ellos que los soldados de Cátulo, que tenían de sobra, les entregaban suministros a los de Mario. El propio Sila decía que ésta era la razón de
4 que Mario estuviera tan irritado con él[19]. La enemistad tuvo

de magistrado. Las campañas militares mencionadas fueron provocadas por el avance de las poblaciones cimbras, teutonas y galas que se habían extendido en busca de tierras por lo que luego sería la Galia Narbonense en el año 113 a. C. Mario fue elegido cónsul por segunda vez en el año 104 a. C. y se le renovó el cargo durante cinco años consecutivos, hasta el año 100 a. C., algo insólito en la historia de Roma, con el fin de que pusiera fin a la invasión bárbara, cf. PLUTARCO, *Mario* 11 y 12.

[16] Los tectósagos, *Volcae Tectosages*, habitaban la Galia Narbonense y tenían por capital la actual Toulouse, cf. JULIO CÉSAR, *Guerra de las Galias* VI 24.

[17] Estos marsos no son los de la península Itálica, sino un pueblo germano, cf. TÁCITO, *Germania* II, aunque se piensa que la aparición de este nombre puede deberse a un error de Plutarco o de la tradición manuscrita.

[18] Quinto Lutacio Cátulo, colega de Mario en el consulado en el año 102 a. C., cf. PLUTARCO, *Mario* 14. CICERÓN *(Pro Plancio* V 12; *Pro Murena*, XVII 36; *Brutus* XXXV 132) elogia sus cualidades humanas y su elocuencia, ya que este general fue también orador, historiador y poeta. El propio PLUTARCO *(Mario*, 14) y DIODORO SÍCULO *(Biblioteca histórica* XXXVIII 4) mencionan su popularidad entre los romanos.

[19] Esta guerra en los Alpes debe ser la que enfrentó a Roma con el pueblo helvecio de los ligurinos, cf. FLORO, I 38. Sila redactó sus *Memorias* en su villa

en ese pequeño y pueril incidente su primer fundamento y origen, a partir de ahí avanzó a través de la sangre derramada en la guerra civil y de crueles revueltas hasta llegar a la tiranía y la ruina de todo el estado. Eurípides, hombre sabio y gran conocedor de las enfermedades políticas, dejó clara la recomendación de protegerse de la ambición como del más destructivo y malvado genio para aquéllos dominados por ella[20].

Sila pensaba que la gloria que había obtenido en las ac- 5
ciones de guerra era suficiente para conseguir poder político, por lo que se pasó del ejército a la acción sobre el pueblo, se inscribió como candidato para la pretura, pero fracasó. Se le echó la culpa a la muchedumbre, pues contaban que éstos sabían de la amistad de Sila con Boco y creían que si se le hacía edil, en lugar de pretor, tendrían mejores jaurías y combates de fieras africanas; eligieron a otros pretores para obligarle a tomar el cargo de edil[21]. Pero es evidente, a la luz de los he- 2
chos, que Sila no reconoce la verdadera causa de la derrota,

de Cumas después de su abdicación en el año 79 a. C. Seguramente fueron terminadas por Lúculo, su albacea testamentario, y por Epicado, secretario de Sila. Las *Memorias* de Sila eran una apología personal, no una obra de corte histórico, pero sirvieron como fuente para Plutarco, aunque, lógicamente, con todas las reservas necesarias.

[20] *Fenicias* 531 y ss., donde Yocasta dice a su hijo Eteocles: «¿Por qué te abandonas a la peor de las diosas, hijo mío, a la Ambición? ¡No, tú, no! Es injusta esa divinidad. En muchas familias y en ciudades felices se introduce y acaba con la destrucción de los que la albergan». EURÍPIDES, *Tragedias III: Fenicias*, trad. de CARLOS GARCÍA GUAL, Madrid, Gredos, B.C.G., 1985.

[21] La guerra contra los bárbaros terminó en el 101 a. C., la pretura urbana dataría del 97 a. C. Los ediles eran cuatro magistrados elegidos anualmente. Estaba a su cargo la celebración de los juegos *(cura ludorum),* lo que era un medio ideal de adquirir popularidad para su carrera futura. Pertenecía al segundo grado del *cursus honorum* y no era obligatoria para escalar en la vida política. SÉNECA, *De la brevedad de la vida* XIII 6, y PLINIO EL VIEJO, *Historia natural* VIII 20, cuentan que Sila puso en el circo cien leones sueltos y que Boco le envió arqueros para que lucharan con ellos.

pues al año siguiente consiguió la pretura, en parte gracias a los cuidados dados al pueblo, en parte por el dinero gastado. Por ello, cuando tomó el cargo de pretor, un día, enfadado, le dijo a César que utilizaría su propia autoridad contra él. César se rió y le dijo: «Haces bien en pensar que es tuya, ya que la has comprado»[22].

3 Cuando terminó la pretura, fue enviado a Capadocia, con la clara orden de restituir a Ariobarzanes al poder, pero el motivo real era contener a Mitrídates, que andaba en intrigas y que estaba consiguiendo para sí un poder y una fuerza no menor de la que había heredado[23]. No acudió con una gran fuerza militar, pero sacó partido de los aliados mejor dispuestos y logró dar muerte a muchos capadocios y a un mayor número de armenios que habían acudido en auxilio de estos; expulsó del
4 poder a Gordio y entronó a Ariobarzanes. Sucedió que, mientras se encontraba a orillas del Éufrates, tuvo un encuentro con el parto Orobazo, embajador del rey Arsaces. Era la primera vez que se producía un contacto entre los dos pueblos y fue un gran éxito para Sila, ya que se convirtió en el primer romano al que los partos pidieron llegar a un acuerdo de alianza y

[22] No se trata de Julio César que en ese momento tendría tres años, sino bien de su pariente Cayo Julio César Estrabón, que fue edil curul en el año 90 a. C., o de su tío Sexto Julio César, cónsul en el año 91 a. C.

[23] Sila fue nombrado propretor en Cilicia, provincia romana situada en la actual Turquía, por lo que estaba encargado también de los problemas que habían surgido en Capadocia, región del norte de Cilicia. Mitrídates VI *Éupator*, rey del Ponto, había extendido su imperio hasta Capadocia aprovechando las guerras que Roma mantenía contra cimbros y teutones, lo que amenazaba la presencia romana en Asia Menor. A la muerte de Ariarates IX, rey de Capadocia, los capadocios eligieron a Gordio que era aliado de Mitrídates. Gordio se vio obligado a ceder el poder a Ariobarzanes, apoyado por el Senado de Roma. Ariobarzanes fue expulsado del poder por Tigranes, general de Mitrídates, que devuelve el cargo a Gordio. En el año 97 a. C. el Senado manda a Sila para imponerse sobre Mitrídates y reponer a Ariobarzanes, que recibirá el nombre de *philoroméos*, amigo de los romanos. Pero en el 89 a. C. Mitrídates destrona de nuevo a Ariobarzanes y además expulsa a Nicomedes IV del trono de Bitinia, *vid. infra*, 7.

amistad. Se cuenta que Sila ordenó poner tres sillas curules: una para Ariobarzanes, otra para Orobazo y la tercera para sí mismo y que él se sentó en medio de ellos durante las negociaciones. Ésa fue la causa de que el rey parto, al poco tiempo, 5
diera muerte a Orobazo[24]. Hubo algunos que elogiaron a Sila por tratar a los bárbaros con tanta arrogancia, otros le echaban en cara su grosería y su excesivo desdén. Cuenta[25] que un caldeo, que acompañaba la comitiva de Orobazo, estuvo mirando el rostro de Sila y anduvo muy atento al modo en que se comportaba tanto en su ánimo como en su cuerpo, y, a partir de los 6
supuestos de su ciencia, analizó su naturaleza y concluyó que ese hombre llegaría necesariamente a ser grande y además que era sorprendente que en aquel entonces pudiera tolerar no ser el primero de todos. Cuando regresó, Censorino le denunció por soborno, ya que había recibido de un reino amigo y aliado una cantidad de riquezas superior a la que permitía la ley. Pero Censorino no se personó en el juicio y se retiró la acusación[26].

Entretanto las hostilidades con Mario rebrotaron con más 6
fuerza gracias al alimento que supuso la ambición de Boco, que quería agasajar al pueblo romano y congraciarse con Sila. Para ello dedicó unas estatuas triunfales en el Capitolio y, entre ellas, una estatua de oro que representaba la entrega de Jugurta a Sila por él mismo. A Mario le sentó muy mal e 2

[24] Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación* 70 7, y Veleyo Patérculo, *Historia romana* II 24, 3, atestiguan este primer contacto entre Roma y los partos, cuyo dominio se extendía del Éufrates a la India. Las maniobras de Mitrídates en Capadocia y Armenia, en la parte oriental del imperio parto, intranquilizaban a su rey, Arsaces. La ejecución posterior del general parto se debe a que Arsaces juzgó que debería haber negociado en igualdad de condiciones y no haber permitido que Sila se arrogara una situación de poder. Veleyo Patérculo ofrece una narración semejante de las profecías de «divinidad» de Sila hechas por los magos del embajador parto.

[25] Este *Historeîtai* alude seguramente a las *Memorias* del propio Sila.

[26] Censorino participó en la guerra civil en el bando de Mario y, según Apiano (*Historia romana* I 71) fue el que decapitó al cónsul Octavio.

intentó quitarlas, pero otros se pusieron de parte de Sila. La ciudad estaba a punto de quedar envuelta en las llamas de ambos, pero la guerra social, que anunciaba su humo desde hacía tiempo, prendió de repente y entonces las hostilidades entre ambos quedaron detenidas. Fue una guerra larga, con muchos cambios de fortuna y que trajo a los romanos muchos males y gravísimos peligros. Mario, que no pudo hacer ninguna gran demostración en ella, dio ejemplo de cómo la virtud bélica precisa pujanza y fuerza[27]; Sila, por su parte, llevó a cabo muchas acciones dignas de alabanza que le convirtieron en un gran general de cara a sus ciudadanos, en uno mayor aún de cara a sus amigos y en el más favorecido por la Fortuna de
3 cara a sus enemigos[28]. Y no le pasó en esta circunstancia lo que a Timoteo, el hijo de Conón, quien, debido a que sus enemigos atribuían todos sus éxitos a su buena suerte, llegando a pintar un cuadro en el que se le representaba a él dormido y a la Fortuna atrapando ciudades con una red, se enfadó e irritó con quienes le trataban así y le privaban de la gloria

[27] Cf. PLUTARCO, *Mario* 33. Al comienzo de la guerra social Mario tenía 65 años, Sila, 47. La guerra social comenzó cuando Marco Livio Druso, tribuno de la plebe, fue asesinado después de haber acordado la ciudadanía romana para los pueblos itálicos aliados. Los marsos y samnitas fueron los primeros en tomar las armas, y a continuación la mayor parte de los pueblos de la Italia central y meridional. La guerra terminó en el año 89 a. C. después de unos cuantos éxitos militares de los generales romanos, entre ellos Sila, y a una serie de concesiones políticas. Roma venció, pero se vio obligada a satisfacer las reivindicaciones de los pueblos itálicos.

[28] Fortuna, diosa romana asimilada a la *Tyché* helenística. No obstante, la diosa Fortuna era dispensadora tanto de bienes como de males y Sila recibía los calificativos de *felix*, noción que se vincula de un modo distinto con el concepto de Fortuna. Plutarco, griego helenístico, no debía tener del todo asimilada la diferencia entre *fortuna* y *felicitas* para un latino, por lo que asimiló de manera automática la *felicitas* de Sila a la *Tyché* griega que le era familiar. Cf. J. CHAMPEAUX, *Fortuna: recherches sur le culte de la Fortune à Rome et dans le monde romain des origins à la mort de César: Les transformations de Fortune sous la Republique*, Roma, École Française de Rome, 1987, págs. 216-224 y 230-236.

de sus hazañas. Así, un día que regresaba de una expedición
militar que se había considerado un éxito, dijo ante el pueblo:
«Atenienses, en esta campaña no ha tomado parte la Fortuna».
Cuentan que la divinidad se vengó de Timoteo por haberse 4
mostrado tan arrogante y ya no logró ninguna acción de fus-
te, sino que fracasó completamente en todas sus campañas,
por lo que cayó en desgracia ante su pueblo y acabó siendo
expulsado de la ciudad[29].

Sila no sólo se sometía gustosamente a esa dicha y la en-
vidia que provocaba, sino que incluso aumentaba sus acciones
y las dotaba de carácter divino al vincularlas con la Fortuna:
ya por ostentación o ya por tener esa creencia respecto a la di-
vinidad. Escribió en sus *Memorias* que, aunque muchas de sus 5
acciones parecían haber sido bien meditadas, en realidad las
que habían salido mejor no habían sido las que había llevado a
cabo según su plan, sino aquellas en las que se había atrevido
a aprovechar la oportunidad. Añade, además, que había nacido
más para la buena fortuna que para la guerra, lo que significa
que valoraba más la fortuna que la virtud y se consideraba
por completo a sí mismo como una obra de la divinidad. In-
cluso atribuye su afinidad con Metelo, hombre igual en rango
y pariente suyo, a una ventura divina, pues un hombre tan
ilustre le habría de aportar mucho y la relación en el reparto
del mando militar fue de lo más afable[30]. Incluso en sus *Me-* 6
morias aconseja a Lúculo[31], a quien le dedicó el escrito, que
no tenga nada por seguro excepto lo que de noche le aconseje

[29] Timoteo, político ateniense de la primera mitad del siglo IV a. C., célebre por su buena suerte. Después de una brillante carrera como general, en el año 356 a. C. fue acusado de traición y condenado a pagar la cantidad de 100 talentos, suma desorbitada. Se marchó al exilio y falleció en él en el año 354 a. C.

[30] Quinto Cecilio Metelo Pío fue colega de Sila en su segundo consulado, en el año 80 a. C. Era hijo de Quinto Metelo Numídico (PLUTARCO, *Mario* 42) y primo de Metela, esposa de Sila.

[31] Para este Lúculo, *vid. infra,* 11.

la divinidad. Cuenta que, una vez que salía de la ciudad con una tropa para tomar parte en la guerra social, se abrió una enorme grieta en la tierra cerca de Esernia[32], de la que surgió gran cantidad de fuego y se levantó una llama resplandeciente
7 que ascendió hasta el cielo. Los adivinos anunciaron entonces que un varón de grandes cualidades y de un aspecto distinto y singular obtendría el poder y acabaría con los problemas que asolaban al estado. Sila afirma que él era ese hombre, ya que su aspecto era peculiar, por su cabellera dorada, y no se avergonzaba de su virtud, ya que podía dar testimonio de las hazañas que había realizado, tan importantes como grandes. Esto queda dicho sobre su relación con lo religioso.

Por otra parte, parece que su carácter era irregular y variable: muy dado a la rapiña, mucho más a la prodigalidad, repartía honras por doquier, trataba mal sin medida, cuidaba de quienes necesitaba, se dejaba querer por los que le necesitaban, de tal modo que quedaba la duda de si su naturaleza era
8 más propensa al orgullo que a la bajeza. Era desproporcionado en los castigos: mataba a golpes por un motivo nimio y sin embargo no le costaba mostrarse tolerante con delitos graves; perdonaba voluntariamente después de ofensas imperdonables, pero con otras pequeñas y baladíes aplicaba penas de muerte y confiscaciones de bienes. Se podría atribuir esto a que su naturaleza era propensa a la violencia y a la venganza, pero esa
9 misma ira se aplacaba en razón de la conveniencia. Durante la guerra social, sus soldados mataron a palos y a pedradas a un hombre de rango consular que hacía de legado, cuyo nombre era Albino[33]. Lo pasó por alto y no castigó un delito de esa envergadura, y no contento con eso fue diciendo, en tono de

[32] El texto está corregido, ya que el nombre que dan los manuscritos *Labérnên* o *Labêrnin* no es tampoco satisfactorio. Laverna es el nombre de una diosa, pero no de una villa ni de un lugar conocido y, sin embargo, Esernia es una ciudad de Samnio que permaneció fiel a Roma durante la guerra social.

[33] Se trata de Aulo Postumio Albino, que fue cónsul en el año 99 a. C.

vanagloria, que por ese motivo los soldados actuarían con más
ahínco en la guerra, para expiar su culpa con su valentía. Si
se le acusaba, no lo tenía en consideración, además ya había
planeado acabar con Mario y al final de la guerra social pensó
la posibilidad de ser nombrado general en la guerra contra
Mitrídates y para ello se comportó de un modo halagador con
el ejército que estaba a sus órdenes.

Cuando regresó a Roma, fue nombrado cónsul con Quinto 10
Pompeyo, a la edad de cincuenta años y contrajo un distin-
guido matrimonio con Cecilia, hija de Metelo, pontífice máxi-
mo[34]. Los partidarios del bando popular compusieron muchas
canciones satíricas sobre esta boda y los nobles estaban irrita-
dos porque no consideraban digno de esa mujer a alguien que
sí juzgaban digno para el consulado, según cuenta Tito Livio[35].
No fue su único matrimonio: el primero fue de joven, con Ilia, 11
que le dio una hija; después con Elia; la tercera fue Clelia, a la
que repudió por ser estéril, aunque la trató con consideración,
respeto y la colmó de regalos. No obstante, como a los pocos
días de repudiarla se casó con Metela, se pensó que la acusa-
ción contra Clelia no era cierta[36]. A Metela la cuidó muy bien 12

---

[34] Quinto Pompeyo Rufo tenía un hijo, que se llamaba igual, que estaba casado con Cornelia, la hija de Sila. Fue asesinado en el año 88 a. C. por Sulpicio, tribuno de la plebe del bando de Mario. Respecto a Lucio Cecilio Metelo Dalmático triunfó sobre los dálmatas en el año 117 a. C. y en 114 a. C. fue elegido *pontifex maximus*. Su hija Cecilia Metela casó en segundas nupcias con Sila, por lo que esta alianza de Sila con una de las familias más influyentes de Roma fue crucial para su futuro político.

[35] No ha llegado a nosotros esta parte de la obra de Tito Livio, si hacemos caso a los resúmenes, Plutarco se referiría posiblemente al libro LXXVII.

[36] La autenticidad del nombre de esta primera esposa de Sila es bastante dudosa, ya que sólo aparece mencionada en textos griegos y las transcripciones del griego al latín solían llevar aparejadas confusiones. Es probable que la primera mujer fuera Elia y que Ilia no sea más que otra manera de transcribir el nombre que llevara a confusión a Plutarco. La hija que tuvo con su primera esposa es seguramente Cornelia, con la que se casó el hijo de Pompeyo Rufo. Tanto de Elia como de Clelia no se sabe mucho más que lo que aquí aparece.

en todo, hasta tal punto que el pueblo romano, cuando mostró el deseo de que se permitiera regresar a los exiliados del bando de Mario, ante la negativa de Sila, pidió la intercesión de Metela. Parece que cuando tomó la ciudad de Atenas tuvo un trato muy duro con su población porque habían gritado desde las murallas insultos y bromas contra ella. Pero de esto hablaré después[37].

7 Por aquel entonces consideró que el consulado se le quedaba pequeño en relación a lo que le esperaba y dirigió todos sus pensamientos a la guerra contra Mitrídates[38]. Se le oponía Mario, por un ansia loca de gloria y de ambición, que son pasiones por las que no pasa el tiempo. Mario era ya un hombre de cuerpo poco ágil y había ya dejado el servicio militar por la edad durante las anteriores campañas, pero aún deseaba tomar parte en guerras lejanas y allende los mares.
2 Mientras Sila preparaba las cosas que le quedaban pendientes en el campamento[39]; Mario, en casa, tramaba aquella destructora sedición que produciría más daños a Roma que todas las guerras anteriores, como anunció el dios[40]. El fuego prendió por sí sólo en las astas en las que llevaban los estandartes y se pudo apagar después de muchos esfuerzos; tres cuervos agruparon a sus polluelos en medio de la calle, se los comie-
3 ron y devolvieron los restos al nido. Los ratones de un tem-

[37] *Vid. infra,* 13.

[38] Las intervenciones romanas, como la de Sila en el año 96 a. C., no consiguieron que Mitrídates abandonara sus maniobras expansionistas por Asia Menor. En el 89 a. C., se aprovechó de que Roma estaba inmersa en la guerra social y atacó Bitinia, expulsando a Nicomedes IV del trono y pasando a cuchillo a miles de romanos e itálicos aliados de Roma que vivían en Asia Menor, matanza en la que no tuvo piedad ni de mujeres ni de niños, cf. Apiano, *Historia romana* XXII-XXIII, y Tito Livio, *Períocas* 78.

[39] El ejército de Sila estaba acuartelado en Campania; Mario permanece en Roma.

[40] Se encuentra una narración detallada de esta primera guerra civil romana en Apiano, *Historia romana* I 55-63.

plo royeron el oro que había en él, los custodios del templo atraparon una hembra que en la misma ratonera había parido cinco crías y devorado tres de ellas[41]. Pero la mayor señal de todas fue que en un día sin nubes y despejado sonó una trompeta aguda, como en un lamento fúnebre, que dejó a todos aterrorizados y aturdidos por la fuerza de sonido. Los sabios etruscos mostraron que el presagio anunciaba un cambio de
generación y un nuevo orden, pues todas las generaciones 4
suman ocho, diferentes entre sí por los tipos de vida y las costumbres, y la divinidad ha limitado su duración temporal en la revolución de un año grande[42]. Cuando éste llega a su final y el siguiente se acerca, se produce una señal prodigiosa en el cielo o en la tierra de modo que los que han estudiado estas cosas y las conocen se dan cuenta al momento de que van a nacer otros hombres, diferentes en géneros y modos de vida y de los que los dioses se preocuparán en mayor o menor
medida que de los precedentes. Cuentan que, junto a otras 5
cosas, en la sucesión de las edades se producen cambios, especialmente en lo que respecta a la adivinación que a veces crece en honra y logra un mayor éxito en sus predicciones, ya que la divinidad manda señales claras y evidentes; pero otras veces, con la llegada de una nueva generación, apenas tiene valor, puesto que se practica a la ligera en la mayoría de los casos y establece sus predicciones sobre el porvenir por medios oscuros y sombríos. Los mejores arúspices etruscos contaban estos mitos y se consideraba que en estas
cuestiones ese pueblo era más sabio que otros. Un día que el 6

[41] Para los ratones y los cuervos como animales con intuición profética, cf. Claudio Eliano, *Historias curiosas* I 11, y Plinio el Viejo, *Historia natural* VIII 82.

[42] Plutarco, sacerdote de Delfos, estaba muy interesado en la adivinación y la mántica y aquí se permite una digresión sobre la etrusca. La duración de un *magnus annus* se calculaba de modos distintos, aunque jamás era inferior a diez mil años solares, es decir, cien siglos.

Senado se hallaba con los adivinos sentados en el templo de Belona para tratar estos asuntos, ante la vista de todos entró volando un gorrión con una cigarra en la boca[43]. Dejó caer una parte y se marchó con la otra. Los intérpretes de prodigios entendieron que habría una revuelta y una disputa entre los propietarios del campo y la plebe urbana del Foro, pues éste es ruidoso como las cigarras y los otros habitan en el campo[44].

8 Mario se atrajo al tribuno de la plebe Sulpicio, un hombre sin rival en las más despiadadas atrocidades, de modo que no era necesario buscar a otro aún más malvado, sino sólo que se superara a sí mismo[45]. Su crueldad, osadía y avaricia no se detenía ante infamia o vileza alguna. Vendía la ciudadanía romana a libertos y extranjeros y recibía el dinero en
2 un puesto que tenía montado en el Foro[46]. Mantenía a tres mil hombres armados y le acompañaba un numeroso grupo de jóvenes del orden ecuestre que estaban dispuestos a todo, a los que llamaba el Antisenado[47]. Promulgó una ley por la

---

[43] El templo de Belona, diosa romana de la guerra, a la que Plutarco llama *Enyô*, se encontraba en el Campo de Marte. Fue construido como voto del cónsul Apio Claudio Ciego en 296 a. C., durante una guerra contra los etruscos, cf. Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación* X 19, 17. Se encontraba fuera del *pomerium,* el recinto sagrado de Roma y servía de lugar de reunión del Senado cuando se encontraba con los generales que regresaban de las campañas y no podían entrar en el recinto de la ciudad hasta haber cumplido con los ritos de purificación necesarios.

[44] Se entiende, como los gorriones.

[45] Cf. Plutarco, *Mario* 34, 1. Los tribunos de la plebe podían vetar las decisiones y decretos del Senado y después de los años 130-120 a. C., en la época de los Gracos, se habían vuelto un auténtico contrapoder que resultaba muy incómodo para la aristocracia romana. Sila, durante su dictadura, redujo notablemente las funciones de los tribunos, convirtiéndola en una magistratura más dentro de la carrera política.

[46] La ciudadanía romana era hereditaria y sólo se podía conseguir mediante un decreto.

[47] Plutarco *(Mario* 35) precisa que lo componían seiscientas personas, al igual que el Senado de la época.

que ningún miembro del Senado podía deber más de dos mil dracmas, pero él a su muerte dejó tres millones de deuda. Mario le había dado rienda suelta en lo referente al pueblo y él, que conturbaba todo mediante la violencia y el hierro, propuso varias leyes perjudiciales, entre ellas la de entregar a Mario el mando supremo en la guerra contra Mitrídates.
Para evitar esta medida los cónsules votaron la «supresión de 3
actividades» y él, entonces, agitó a la muchedumbre contra ellos mientras se encontraban reunidos en el templo de los Dioscuros. Entre otros, hizo matar en el propio Foro al hijo del cónsul Pompeyo, quien tuvo que escapar a escondidas. Sila, también perseguido, se vio obligado a refugiarse en casa de Mario y a abrogar la suspensión de actividades públicas.
Entonces Sulpicio cesó a Pompeyo del consulado, pero no se 4
lo arrebató a Sila, sino que se limitó a transferir a Mario el mando de la guerra contra Mitrídates. Al punto envió tribunos militares a Nola[48] para que se hicieran cargo del ejército y se lo entregaran a Mario.

Pero Sila, que logró huir en dirección al campamento, 9
llegó antes que ellos, y sus soldados, cuando se enteraron de lo sucedido, apedrearon a los tribunos militares. Los partidarios de Mario, por su parte, mataron a los amigos de Sila que se encontraban en la ciudad y les arrebataron sus propiedades. Se sucedían los movimientos y fugas tanto desde el campamento a la ciudad como a la inversa. El Senado no 2
conservaba su poder, sino se regía por las órdenes de Mario y Sulpicio. Cuando fue informado de que Sila se dirigía a Roma, mandó a dos pretores, Bruto y Servilio, para que le prohibieran continuar su avance. Los pretores se dirigieron a Sila de una manera muy arrogante y los soldados se lanzaron a matarlos, pero al final sólo les rompieron las fasces, les quitaron la púrpura y, tras cubrirlos de insultos, les de-

[48] En la Campania, a 28 km al este de Nápoles.

jaron marchar de vuelta[49]. En la ciudad, ver a los pretores sin las insignias de su cargo y anunciando que ya no se podía detener la revuelta, sino que era irreversible, produjo un
3 gran desaliento. Mario y los suyos comenzaron a prepararse; Sila, por su parte, avanzaba desde Nola junto a su colega[50] con seis legiones completas: veía que el ejército estaba decidido a avanzar sin demora hacia la ciudad, pero él dudaba en su interior y temía el peligro que eso suponía. Entonces el adivino Póstumo, tras un sacrificio, examinó las señales y, tendiendo ambas manos hacia Sila, le pidió que lo atara y lo encerrara bajo custodia hasta el fin de la batalla, de modo que, si no acababa todo rápido y felizmente para él,
4 le castigara con la pena suprema[51]. Se cuenta que a Sila se le apareció en sueños la diosa que los romanos aprendieron a adorar de los capadocios, ya sea Luna, Minerva o Belona[52]. Ella, según pensó Sila, estaba a su lado y le había puesto en la mano un rayo, a continuación, según iba nombrando a cada uno de sus enemigos, le ordenaba disparar el rayo: ellos caían heridos y desaparecían. La visión le dio coraje, se la

---

[49] Los pretores iban acompañados de seis lictores que llevaban las fasces para representar el *imperium* del magistrado al que acompañaban. La toga pretexta, aunque podían llevarla todos los hombres libres mayores de edad, era también un atributo de sacerdotes y magistrados. La actuación de los soldados de Sila adquiere, por tanto, un tinte sacrílego.

[50] Quinto Pompeyo Rufo, que había huido de Roma después de la muerte de su hijo, *vid. supra,* 8.

[51] Este adivino es también mencionado por Cicerón *(Sobre la adivinación* I 33, 72, y II 30, 63), por Valerio Máximo *(Hechos y dichos memorables* I 6, 4) y Agustín de Hipona *(Ciudad de Dios* II 24).

[52] La diosa Mâ fue introducida como divinidad de culto en Roma a finales de la época republicana y Sila no fue ajeno a ese hecho, después de su estancia en Capadocia, *vid. supra,* V. Era una diosa eminentemente guerrera y fue asimilada a Enyo o Belona *(vid. supra,* VII) y, si confiamos en Plutarco, a Atenea, otra diosa guerrera, y a Selene. Ésta es la primera mención de la presencia del culto de esta divinidad en Roma que conservamos. Respecto del sueño de Sila, hay un denario de Lucio Emilio Buca, acuñado en el 44 a. C., que representa esta escena.

anunció a su colega y al día siguiente partió en dirección a Roma.

En las cercanías de Pictas se le presentó una embajada 5
que le pidió que cesara su marcha en ese momento y le co-
municó que el Senado votaría todo lo que le pareciera justo[53].
Llegaron a un acuerdo y Sila entonces ordenó acampar y que
los generales midieran el terreno del campamento, como se
acostumbra a hacer, por lo que los negociadores regresaron
confiados. Pero, una vez que se hubieron alejado, envió sin
dilación a Lucio Basilo y a Cayo Mumio para que tomaran
la puerta y la muralla que está sobre la colina del Esquilino,
luego él mismo entraría en combate con la mayor rapidez.
Los de Basilo cayeron sobre la ciudad pero, cuando se iban 6
haciendo con la posición, una multitud, a falta de armas, co-
menzó a atacarlos desde las casas con piedras y tejas, lo que
les impidió el avance y les obligó a replegarse en las murallas.
Sila llegó, vio la situación y comenzó a gritar que se prendiera
fuego a las casas; él mismo tomó una antorcha y se puso en
marcha. Ordenó a los arqueros que hicieran uso de los pro-
yectiles de fuego y los hicieran caer sobre los tejados de las
casas, sin pensar en lo que hacía, sino lleno de ira y poniendo 7
en manos de su cólera todo el plan de ataque: sólo veía ene-
migos, no mostró consideración alguna ni piedad hacia afines,
familiares o allegados. Entró a fuego, y el fuego no distingue
entre culpables e inocentes. En este estado de cosas, Mario se
concentró en el templo de la Tierra y dio la orden de conceder
la libertad a los esclavos[54], pero no pudo contener el avance de
los enemigos y escapó de la ciudad.

[53] Pictas, según Estrabón *(Geografía* V 39) era una pequeña villa a una veintena de kilómetros al sudeste de Roma.

[54] El templo de la Tierra *(aedes Telluris),* diosa muy arcaica, se encontraba entre el Esquilino y el Palatino. Respecto a la libertad de los esclavos, el propio Plutarco *(Mario* 35) precisa que sólo se presentaron tres.

10 Sila entró en el Senado e hizo votar la condena a muerte para Mario y para algunos otros, entre los que se encontraba el tribuno de la plebe Sulpicio. Pero Sulpicio, traicionado por uno de sus siervos, fue degollado. Sila le concedió la libertad al siervo, pero después mandó que fuera despeñado[55]. Puso precio a la cabeza de Mario, con absoluta falta de nobleza y de política respecto a alguien que, poco antes, le había tenido
2 a merced en su propia casa y le había dejado marchar[56]. Y ciertamente si Mario no hubiera permitido que Sila se marchara, sino que lo hubiera entregado a Sulpicio para que lo matara, se habría quedado con todo, pero le dejó ir. Al cabo de unos pocos días el que había hecho tal concesión no la recibió a cambio. Con estas medidas, Sila provocó irritación en el Senado, aunque éste no llegó a manifestarla. Pero la hostilidad y el deseo de venganza del pueblo se hizo evidente a través de
3 una serie de hechos: cuando Nonio, sobrino de Sila, y Servilio representaron candidatos a cargos públicos[57], se votó humillantemente en contra de ellos y fueron elegidos aquellos que todos sabían que no gustaban a Sila. Pero él disimulaba que esto le complacía, a fin de que pareciera que gracias a él el pueblo gozaba de esa libertad de actuar a su antojo, y, para salvaguardarse del odio popular, hizo que fuera elegido cónsul un miembro del partido contrario, Lucio Cinna, quien, a pesar de sus imprecaciones y juramentos, se avino a los intereses de
4 Sila. Cinna subió al Capitolio con una piedra en la mano, juró solemnemente y a continuación se echó a sí mismo la maldición de que, si no se comportaba con Sila con benevolencia,

---

[55] Apiano (*Historia romana* I 60) da los nombres de nueve de los once partidarios de Mario que fueron declarados enemigos de Roma; asimismo Tito Livio, *Periocas* 77, donde también se cuenta la muerte de Sulpicio a manos de un esclavo que, por traición a su amo, fue despeñado desde la roca Tarpeya.

[56] *Vid. supra,* 8, y *Mario* 35.

[57] Publio Servilio Vatia, después Isáurico, *vid. infra,* 28, que fue cónsul en el año 79 a. C.

le arrojara fuera de la ciudad, como esa piedra de su mano y tiró la piedra al suelo delante de muchos testigos. No obstante, cuando tomó posesión del cargo, al punto se puso manos a la obra para cambiar el estado de las cosas: preparó un proceso judicial contra Sila en el que el acusador era Virgilio[58], uno de los tribunos de la plebe, pero Sila mandó a hacer puñetas al tribunal y al acusador y partió a la guerra contra Mitrídates[59].

Se cuenta que en aquellos días, en los que Sila salía con 11
la flota de Italia, le sucedieron muchos prodigios a Mitrídates, que vivía entonces cerca de Pérgamo: una figura de la Victoria, que portaba una corona y que los de Pérgamo habían suspendido sobre él mediante unas maquinas, se rompió en pedazos cuando estaba a punto de tocar su cabeza. La corona cayó al teatro y comenzó a rodar por la arena, lo que en el pueblo produjo temor de los dioses y en Mitrídates gran desánimo, aunque sus intereses prosperaban entonces por encima de lo esperable. Él había arrebatado Asia a los romanos, Bitinia y 2
Capadocia a sus reyes y se había asentado en Pérgamo, repartiendo entre sus amigos riquezas, principados y tiranías[60]. En cuanto a sus hijos, uno mantenía el antiguo dominio sobre el Ponto[61], el Bósforo y hasta las tierras no habitadas más allá de la laguna Meótida[62], sin que hubiera peligro de disturbios; Ariarates, por otra parte, se movía por Tracia y Macedonia al mando de un gran ejército[63]. Habían conquistado otros terri- 3
torios más los generales que mandaban sobre sus fuerzas, de

[58] Cicerón *(Bruto* 48, 179) menciona a Marco Virgilio en relación a este proceso a Sila.

[59] Apiano *(Historia romana* I 75) da un estado de la situación de Roma tras la partida de Sila contra Mitrídates.

[60] Atalo III había entregado el reino de Pérgamo a los romanos en el año 133 a. C. Los reyes de Bitinia y Capadocia eran, respectivamente, Nicomedes IV y Ariobarzanes.

[61] Farnazo II, rey del Bíforo entre el 63 y el 47 a. C.

[62] El actual mar de Azov, al norte del mar Negro, junto a Crimea.

[63] Ariarates IX, rey de Capadocia junto a Gordio *(vid. supra,* 5).

los cuales el más importante era Arquelao, que con sus naves
había extendido su dominio sobre el mar y sometido las islas
Cícladas y todas cuantas están situadas a continuación del cabo
Malea[64]. Tenía en su poder Eubea y, en su avance desde Atenas
hasta Tesalia, había movido a rebelión contra Roma a todos
los pueblos griegos, con un único tropiezo en Queronea[65].
4 Allí se le enfrentó Bretio Sura, un hombre que se distinguía
por su coraje y su inteligencia y que era legado de Sencio,
el pretor de Macedonia[66]. Se enfrentó a Arquelao que avanzaba
por Beocia como un torrente y le plantó batalla tres veces en
los alrededores de Queronea, logró echarle de allí y le hizo
5 replegarse hacia el mar. Pero Lucio Lúculo le ordenó que se
retirara con la entrada de Sila y que diera paso a la guerra que
se había decretado[67]. Al momento abandonó Beocia y marchó
de vuelta con Sencio, aunque gracias a él los asuntos estaban
mejor de lo que cabría esperar y este hombre, por su virtud,
había logrado que Grecia fuera favorable a un cambio. Éstas,
así pues, fueron las más brillantes hazañas de Bretio.

12 Sila en seguida se hizo con el dominio de las demás ciudades, que le mandaron embajadas de negociación y le requerían. No así Atenas, que estaba obligada a permanecer bajo el poder real por causa de su tirano Aristión, por lo que marchó contra ella con todos sus efectivos y, una vez rodeado el Pi-

[64] Extremo sur de Laconia, Arquelao controlaba las islas del Egeo.

[65] Plutarco aprovecha para hacer una referencia a su ciudad natal, situada en Beocia, entre Delfos y Tebas.

[66] Cayo Sencio Saturnino, pretor en el 94 a. C., propretor de Macedonia entre el 93-87 a. C., no pudo contener las fuerzas de Ariarates y Taxiles, generales de Mitrídates. Quinto Bretio Sura era legado procuestor de Sencio Saturnino en Macedonia.

[67] Lucio Licinio Lúculo combatió a las órdenes de Sila en la guerra social y se le mostró fiel durante la marcha de Sila a Roma del 88 a. C. Sila le envió a Grecia como procuestor para prepararle el terreno (cf. PLUTARCO, *Cimón* I 6). Fue el albacea testamentario de Sila y quedó como tutor de sus hijos.

reo[68], comenzó el cerco sirviéndose de máquinas de guerra y de toda clase de medios de combate. Si hubiera aguantado un 2
poco más, habría logrado tomar sin peligro la ciudad de arriba, agobiada ya por el hambre y por la carencia de las cosas más básicas, pero con la situación de Roma en la mente y temeroso de las novedades que sucedían en ella, imprimió un ritmo muy duro a la guerra que produjo muchas situaciones peligrosas, muchas batallas y grandes gastos, pues al margen de otros preparativos, las máquinas de guerra precisaban diez mil pares de mulas, que cada día tenían que tirar de ellas. Cuando se acabó 3
la madera, porque muchas máquinas se rompían de lo pesadas que eran o las destruía el fuego provocado por los continuos disparos de los enemigos, echó mano de los bosques divinos y también taló la Academia, que de todos los alrededores de Atenas era el lugar más frondoso, así como el Liceo[69].

Cuando la guerra le hizo necesitar una gran suma de dinero, echó mano de los tesoros sagrados de Grecia: del de Epidauro, del de Olimpia, y mandó a pedir las ofrendas más preciosas y costosas que allí se encontraban. Escribió a los an- 4
fictiones de Delfos para decirles que en mejor recaudo estarían los tesoros del dios si estaban en sus manos, ya que estarían mejor protegidos y, si los gastaba, daría a cambio otros no inferiores[70]. Entonces envió a su amigo Cafis, el foceo, para

[68] En el que se encontraban acuartelados Arquelao y sus tropas, cf. Apiano, *Historia romana* XXX-XXXVII. Los efectivos de Sila eran casi de 35.000 hombres, las seis legiones con las que se había presentado en Roma en el año 88 a. C. No es extraño que ante tamaño poderío militar y ante la fama de Sila como general, las ciudades griegas se aliaran voluntariamente con los romanos.

[69] Plutarco estudió la filosofía de Platón en Atenas, por lo que debía tener un recuerdo personal de estos lugares.

[70] Según Diodoro Sículo (Fr. 38, 7) el mayor expolio fue el que tuvo lugar en Olimpia, ya que ese tesoro había permanecido casi intacto, en tanto que el de Delfos había sido utilizado por los foceos durante la tercera guerra sagrada en el 355 a. C. Sila necesitaba soluciones para costearse la guerra, puesto que no podía contar con la ayuda de Roma después de que el partido de Mario hubiera

que se le hiciera entrega al peso de cada una de las cosas que había pedido[71]. Cafis llegó a Delfos, pero no se atrevió a tocar las cosas sagradas y en presencia de los anfictiones comenzó
5 a llorar por la orden que había recibido. Algunos dijeron que se había escuchado una cítara en el santuario y, bien porque él mismo lo creyera, bien porque quisiera hacer llegar esa superstición a Sila, mandó que se lo dijeran. Sila respondió de manera irónica que se sorprendía de que Cafis no se hubiera dado cuenta de que cantar es lo que hacen los que están alegres, no los que están enojados, de modo que le apremiaba a mostrarse animado y tomar en su poder lo que el dios les entregaba con agrado.

6 La mayoría de los griegos no se enteró de los envíos, pero no fue así con la vasija de plata, una de las ofrendas del Rey que quedaban, que, debido a su peso y tamaño, resultó imposible cargarla, por lo que los anfictiones se vieron obligados a cortarla en pedazos. Esto trajo el recuerdo de Tito Flaminio y Manio Acilio, así como de Paulo Emilio: éste expulsó a Antíoco de Grecia, los otros vencieron a los reyes macedonios y no sólo mantuvieron intactos los santuarios griegos, sino que incluso hicieron entrega de ofrendas, honrándolos con la
7 mayor veneración[72]. Pero aquéllos eran generales de honor y

vuelto a hacerse con el poder. Los anfictiones de Delfos eran representantes de diversas *póleis* griegas que administraban el santuario de Delfos y supervisaban los Juegos Píticos.

[71] El hecho de que pese las piezas expoliadas tenía su lógica: Sila no se estaba apropiando del tesoro de los dioses, lo que sería un sacrilegio, sino que era un préstamo que pedía a los dioses de estos tres santuarios y que devolvería en cuanto venciera la guerra en Queronea, consagrándoles además parte del territorio de Tebas.

[72] Tito Quinto Flaminio venció a Filipo II de Macedonia en Cinoscéfalas (197 a. C.) y pidió al Senado que proclamara la libertad de las ciudades griegas. Lucio Emilio Paulo hizo lo mismo con el hijo de Filipo II, Perseo, durante la tercera guerra contra Macedonia. Después de sus victorias, ambos hicieron ofrendas en Delfos (Plutarco, *Flaminio* 12, y *Paulo Emilio* 28; Tito Livio, *Historia de Roma*

sus hombres, serios, sabían guardar silencio y poner sus brazos al servicio de sus generales. Eran regios en sus almas y austeros en el empleo de recursos, gastaban lo que era preciso y les había sido entregado, ya que les avergonzaba más adular a sus soldados que temer a sus enemigos. Mas los generales 8
de esta época se habían ganado su preeminencia por medio de la violencia, no por su virtud y, como necesitaban las armas para luchar entre sí, no contra los enemigos de Roma, se veían obligados a la demagogia en sus puestos de mando y, en consecuencia, a hacer grandes derroches en dádivas para los soldados, comprando sus esfuerzos, sin darse cuenta de que lo que estaban haciendo era poner la patria en venta, y, a cambio de mandar sobre los mejores, hacerse esclavos de los más viles. Eso fue lo que causó la expulsión de Mario y lo que después le trajo de vuelta contra Sila, lo que convirtió a Cinna en el asesino de Octavio y a Fimbria en el de Flaco[73].
Sila no se quedó corto: gastando en sobornos para atraer a los 9
que estaban en otros bandos y en regalos para los que estaban en el suyo, de modo que necesitaba grandes sumas para convertir a unos en traidores y a los suyos en manirrotos, más aún durante ese asedio.

Albergaba él un deseo desmadrado e implacable de con- 13
quistar Atenas, ya fuera por un deseo de emulación, como si estuviera luchando con la sombra de la antigua gloria de la ciudad, o por la irritación que le provocaban las burlas y chistes que tenía que soportar, puesto que el tirano Aristión

desde su fundación XLV 27). Creso, rey de Lidia, había consagrado cuatro vasijas de plata en Delfos a mediados del siglo v a. C., cf. Heródoto, *Historia* I 51.

[73] En torno al año 100 a. C., Mario transformó el ejército romano y lo convirtió en un ejército profesional, algo que Plutarco critica, ya que un soldado así no lucha por su patria, sino por su general, que es quien les garantiza el enriquecimiento en el servicio de las armas. Lucio Cinna *(vid. supra* 10) había dado muerte a su colega consular Cneo Octavio, cf. Apiano, *Historia romana* I 71. Sobre Flaco, *vid. infra,* 20, y sobre Fimbria, *vid. infra,* 23.

se dedicaba a insultar y a provocar continuamente desde las murallas tanto a él como a Metela. Era Aristión un hombre cuya alma era un compuesto de desenfreno y crueldad a partes iguales y que había adquirido por contagio las peores purulencias que supuraban las enfermedades y pasiones de Mitrídates, y para una ciudad que había podido salvarse en tiempos pasados de mil guerras, innumerables tiranías y revoluciones era como si le hubiera sobrevenido una enfermedad mortal en sus últimos días. El grano que quedaba en la ciudad se vendía a mil dracmas el medimno[74], los hombres se alimentaban de la matricaria que nacía en los alrededores de la Acrópolis y
3 cocían sus calzados y odres para comérselos[75]. Mas él no interrumpía sus banquetes a medio día ni sus fiestas, bailando la pírrica y burlándose de los enemigos. Permitió que la lámpara sagrada de la diosa se apagara por falta de aceite[76]; a la sacerdotisa, que le había pedido medio sextario de trigo[77], le envió pimienta; a los miembros del consejo y sacerdotes que le suplicaban que se apiadara de la ciudad y que pactara la paz con
4 Sila los dispersó con flechas. Al final y a duras penas mandó a dos o tres de sus compañeros de juergas para tratar sobre la paz. Pero ellos no dijeron nada para salvar la ciudad, sino que comenzaron a vanagloriarse de Teseo, Eumolpo y las guerras médicas[78], a lo que Sila les contestó: «Marchaos, hombres felices, y guardad con vosotros esas palabras, pues yo no he sido

[74] Medida griega que correspondía a 48 l.

[75] Plinio el Viejo *(Historia natural* XXII 17, 20) señala las virtudes terapéuticas de esta planta e indica que fue la diosa Minerva (Atenea) las que se las comunicó a Pericles durante un sueño, de ahí su nombre en griego: *parthénion*, que alude al carácter virginal de la diosa (Atenea *Parthénos)*.

[76] Esta lámpara sagrada estaba en el Erecteo, en la Acrópolis. Plutarco *(Numa* 9) la compara con la llama eterna de las vírgenes vestales de Roma.

[77] Equivalente a 4 litros.

[78] Lugares comunes *(topoí)* de los discursos escolares que se componían dentro del tema del elogio de Atenas.

mandado por Roma a Atenas para estudiar, sino para acabar con los rebeldes»[79].

Se cuenta que entonces se escuchó a unos ancianos en el 14
Cerámico que hablaban entre sí e insultaban al tirano por no proteger bien la muralla en los accesos y entradas por la parte del Heptacalco[80], la única parte por la que los enemigos podían
entrar con facilidad, dato que llegó a los oídos de Sila. Él no 2
despreció la información, sino que, por la noche, fue al lugar y, viendo que era posible tomarlo, se puso manos a la obra. El propio Sila cuenta en sus *Memorias* que el primero que subió al muro fue Marco Ateyo, quien, al encontrarse allí con un enemigo, le dio tal golpe en el casco que rompió la espada, pero no retrocedió, sino que aguantó y peleó. La ciudad fue tomada a partir de ese punto, como recuerdan los ancianos
atenienses. Sila, en persona, una vez derribada y arrasada la 3
muralla entre la puerta del Pireo y la Sagrada[81], dirigió la carga en mitad de la noche, entre el terror provocado por las numerosas trompetas y cornetas, por los gritos de guerra y el estrépito de un ejército que tenía permiso para el pillaje y la muerte y que avanzaba por las estrechas callejas con las espadas desenvainadas. El número de muertos fue incalculable, y todavía se mide a partir del enorme río de sangre que inundó
el lugar. Sin incluir los muertos que había en otras partes de 4
la ciudad, la matanza en el ágora ocupaba toda la parte del Cerámico que queda dentro del Dípilon[82]. Muchos dicen que

---

[79] La respuesta de Sila ironiza sobre el hecho de que las familias romanas patricias enviaban a sus hijos a Grecia, principalmente a Atenas, para que estudiaran.

[80] El Cerámico era el barrio de los alfareros y ocupaba una zona grande al noroeste de Atenas, cuya parte más alejada de la ciudad era un cementerio. El Heptacalco era una puerta al oeste, cerca de la puerta del Pireo.

[81] Pequeña puerta al sudeste del Dípilon por la que pasaba cada año la procesión que acudía a Eleusis para la celebración de los misterios.

[82] La tradición oral dio testimonio de la enorme masacre que causaron los romanos en Atenas.

se extendió fuera de estas puertas hacia los arrabales Siendo tantos los que recibieron la muerte, no fueron menos los que se la dieron con sus propias manos por la pena y dolor de ver perdida su patria. Pues fue esto lo que provocó que los mejores ciudadanos se dieran cuenta y sintieran temor de su salvación, pues no depositaban esperanza alguna en la humanidad
5 ni en la mesura de Sila. Sin embargo, bien por los ruegos y súplicas de Midas y Califonte, dos exiliados, que se postraron ante él, bien a instancias de los senadores que formaban parte del ejército, que intercedieron por la ciudad, y satisfecho como estaba con su venganza, Sila tras hacer un encomio de los antiguos atenienses, dijo que concedía su gracia a los pocos en honor de los muchos, es decir, a los vivos en honor de los
6 muertos. En sus *Memorias*, cuenta que la toma de Atenas se produjo en las calendas de marzo, lo que se corresponde precisamente con la nueva luna del mes de antesterión, en el que suelen tener lugar numerosas conmemoraciones de la ruina y devastación causada por el diluvio, ya que se considera que sucedió en esa época[83].

7 Cuando la ciudad fue tomada, el tirano se refugió en la Acrópolis y se le sometió a asedio, siendo Curión el encargado de dirigirlo[84]. Resistió bastante tiempo, pero acabó entregándose apremiado por la sed. Y en esto se vio una señal divina, ya que ese mismo día y en ese mismo momento en que Curión descendió con él, en un cielo despejado comenzaron a amontonarse gran cantidad de nubes que rompieron a llover llenando la Acrópolis de agua. Poco tiempo después Sila conquistó

---

[83] La toma de Atenas se produjo el 1 de marzo del año 86 a. C. El diluvio del que escaparon Deucalión y su esposa Pirra, a los que Prometeo previno de la cólera de Zeus. Las ceremonias relacionadas con el diluvio tenían lugar el día 13 del mes de antesterión.

[84] Cayo Escribonio Curión, legado de Sila, fue pretor en el 80 a. C., cónsul en el 76 a. C. y procónsul en Macedonia del 75 al 72 a. C. Para la muerte de Aristión, *vid. infra*, 23.

también el Pireo y la mayor parte fue pasto de las llamas, y no se salvó el arsenal de Filón, una obra maravillosa[85].

En esto, Táxiles, el general de Mitrídates, que había baja- 15
do de Tracia y Macedonia con cien mil soldados de infantería, diez mil jinetes y noventa carros falcados, se había puesto en contacto con Arquelao. Éste aún comandaba las naves en Muniquia y no quería retirarse del mar, ni tenía deseos de entablar combate con los romanos, sino que pretendía que el curso de la guerra fuera pasando y poder cortarles los su-
ministros a los enemigos. Pero Sila se dio perfecta cuenta de 2
su maniobra y siguió camino en dirección a Beocia, dejando atrás unos terrenos bastante pobres, que no bastaban para producir los alimentos necesarios ni en tiempo de paz. Muchos consideraron que el razonamiento era erróneo, ya que, abandonando el Ática que era un terreno escarpado y malo para la caballería, se introducía en los terrenos de Beocia, llanos y abiertos, a pesar de que la fuerza de guerra de los bárbaros
estaba precisamente en sus carros y caballos. Pero la huida, 3
como hemos dicho, del hambre y de la escasez de suministros obligaba a arrostrar el peligro de entrar en batalla. Además, temía por Hortensio, ya que era un hombre de guerra valioso y un guerrero con arrojo, que le había traído refuerzos a Sila desde Tesalia, y los bárbaros lo aguardaban en los desfiladeros[86]. Ésas fueron las razones que le llevaron a continuar el avance por Beocia.

---

[85] Obra admirada por Estrabón *(Geografía* IX 1, 15) y Plinio el Viejo *(Historia natural* VII 38, 125), de la que no tenemos ningún vestigio. Se trataba de un arsenal de armas para la flota del Pireo que había sido construido por Filón de Eleusis, célebre arquitecto de la segunda mitad del siglo IV a. C. Las esculturas que fueron encontradas en el Pireo en el año 1959 fueron posiblemente enterradas por los escombros que provocó el incendio del Pireo a manos de los soldados de Sila.

[86] Quinto Hortensio Hortalo *(vid. infra,* 17, 19 y 35) fue uno de los oradores romanos más importantes y un competidor de Cicerón. Sirvió en armas durante

Fue Cafis, que era de Titorea[87], el que condujo a Hortensio por otros caminos a través del Parnaso, engañando a los bárbaros, hasta llegar debajo de Titorea, ciudad que no
4 tenía entonces la importancia que tiene ahora, sino que era un acuartelamiento enclavado en un escarpado barranco, en el que antaño los foceos que huían de Jerjes se refugiaron y encontraron su salvación. Allí puso el campamento Hortensio; por el día se mantuvo oculto a los ojos de los enemigos y de noche descendió por los terrenos peores hasta llegar a Patronita, en donde se reunió con el ejército de Sila, que le salió al encuentro.

16 Una vez juntos, tomaron una colina que se encontraba en medio de los llanos de Elatea, un terreno fértil, frondoso y con agua en su falda. Se llama el lugar Filobeoto y Sila elogió vivamente la naturaleza y la posición del paraje[88]. Cuando hubieron instalado el campamento, resultaron pocos a los ojos de los enemigos, pues no eran más que mil quinientos jinetes y los soldados de infantería no llegaban a quince mil.
2 Los otros generales, cuando se dieron cuenta, obligaron a Arquelao a que desplegara sus fuerzas y la llanura quedó repleta de caballos y carros, de escudos redondos y largos[89]. El aire no daba para contener el estruendo y el griterío de guerra de tantos pueblos que estaban allí en formación de guerra. Pomposos y altaneros en la ostentación del lujo, no mostraban ni indo-
3 lencia ni impericia a la hora de provocar espanto, ya que los

---

la guerra social y se unió al bando de Sila para la guerra contra Mitrídates. Fue elegido cónsul en el año 69 a. C.

[87] El *Tithoreús* es una corrección de Latte al *hêméteros ôn* («paisano nuestro») que suena un tanto fuera de lugar.

[88] Elatea es una ciudad de la Fócida, situada entre el monte Calídromo y el río Céfiro, en una llanura célebre por su fertilidad, que Epaminondas llamó «el escenario donde baila Ares», cf. PLUTARCO, *Marcelo* 21.

[89] Es decir, los *clipei,* escudos redondos y pequeños metálicos, y los *scuta,* grandes escudos de madera recubiertos de cuero y reforzados con metal, de forma oblonga y de 1,20 m de largo.

brillos de sus armas artísticamente labradas en oro y plata, los tintes de las túnicas medas y escitas mezcladas con los brillos del bronce y del hierro, cuando se agitaban y se movían, daban un terrible aspecto de fuego, de modo que los romanos se protegieron desalentados tras la empalizada.

Las palabras de Sila no eran capaces de quitarles el terror, tampoco quería obligar por la violencia a unos soldados que se mostraban tan remisos a entrar en combate, de modo que tuvo que calmarse y soportar lo mejor que pudo la visión de unos bárbaros ensoberbecidos en sus jactancias y escarnios.
Y fue precisamente esto de lo que sacó mayor provecho, ya 4
que los enemigos, al despreciarlos, se entregaron a un desorden mayúsculo y no eran precisamente obedientes con las órdenes de sus generales, ya que eran muchos los que allí mandaban, de modo que sólo unos pocos se mantuvieron dentro de la fortificación, y la mayoría, seducida por la rapiña y el saqueo, se dispersaron durante días y días seguidos lejos del campamento. Se cuenta que destruyeron la ciudad de Panopeo y que saquearon Lebadea, cuyo oráculo fue presa del botín, sin haber recibido esa orden de ninguno de sus generales[90].
Sila estaba molesto y no soportaba ver cómo las ciudades eran 5
destruidas ante sus ojos. No dejaba que sus soldados se entregaran a la indolencia, sino que los sacó del campamento y les hizo desviar el curso del Céfiso, cavar fosos, sin dar respiro a nadie, castigando con dureza a los que aflojaban, para que estuvieran tan agobiados por la fatiga que producían los trabajos
que prefirieran el peligro, como así sucedió. Pues al tercer día 6
de trabajos con gran griterío le pidieron a Sila, cuando pasó

[90] Panopea era una fortificación de Fócida ya mencionada en Homero *(Ilíada* II.20) que se encontraba cerca de la frontera con Beocia. Lebadea, en Beocia, había sido arrasada por Lisandro (cf. *Lisandro* 28) y estaba situada en el camino de Atenas a Delfos, entre Queronea y el monte Helicón, y en ella se encontraba el oráculo subterráneo del héroe Trofonio *(vid. infra,* 17), cuyo oráculo es descrito por Pausanias, *Descripción de Grecia* IV 39, 5-6; VIII 10, 2, y IX 37, 13.

por allí, que los hiciera marchar contra los enemigos. Él les contestó: «Vuestras palabras no muestran deseo de entrar en combate, sino de huir de las duras tareas, pero si realmente os sentís con ánimo de combate, avanzad armados allí» y señaló
7 la antigua acrópolis de los parapotamios que, después de su destrucción, se había convertido en un collado pedregoso y escarpado, separado del monte Hedilio tan sólo por la corriente del río Aso, que en su falda unía sus aguas a las del Cefiso y las hacía correr más veloces, lo que convertía la cima en un campamento fortificado[91]. Por esto, y al ver que un grupo de enemigos con escudos de bronce avanzaban también hacia ella, Sila quiso adelantarse y tomar la posición. Lo logró ya
8 que los soldados se mostraron muy valientes. Después de que Arquelao fuera expulsado de allí, se lanzó rápidamente hacia Queronea. Entonces los de Queronea que formaban parte del ejército de Sila le pidieron que no abandonara la ciudad a su suerte. Sila entonces mandó a uno de sus tribunos, Gabinio[92], con una legión y permitió a los de Queronea marchar a la defensa de su ciudad. Pero, aunque era grande su deseo, no pudieron llegar allí antes que Gabinio, puesto que era éste un hombre realmente soberbio y más valiente en la tarea de salvar la ciudad que los propios que habían pedido a Sila que la salvara. Juba dice que no fue Gabinio el que fue enviado, sino Ericio. En todo caso, nuestra ciudad quedó a salvo en esa situación de peligro[93].

17 Desde Lebadea y el oráculo de Trofonio fueron llegando oráculos propicios y premoniciones de victoria para los roma-

[91] Esta acrópolis había sido arrasada por Jerjes (Heródoto, *Historia* VIII 33) y se encontraba cerca de la confluencia de los ríos Aso y Céfiro.

[92] Aulo Gabinio que se distinguiría en la batalla de Queronea y se convertiría en uno de los más fieles lugartenientes de Sila (Apiano, *Historia romana* LXVI).

[93] Juba II de Mauritania, rey protegido de Augusto y aliado de Roma, escribió obras de historia en griego.

nos. Los habitantes de la región cuentan muchos de ellos; el propio Sila en el libro décimo de sus *Memorias* escribió que Quinto Ticio, que no era no un hombre cualquiera dentro de los comerciantes de Grecia, se le presentó un día después de la victoria en la batalla de Queronea para anunciarle que Trofonio había anunciado en un oráculo que habría una segunda batalla allí cerca y una nueva victoria en muy poco tiempo[94].
Después de esto, un legionario llamado Salvieno le hizo saber 2
cuál era el final que Trofonio había anunciado para las cosas que sucedían en Italia. Ambos le dijeron lo mismo acerca de la apariencia del dios, puesto que afirmaron que su belleza y grandeza eran semejantes a las de Zeus Olímpico.

Después de cruzar el Aso, llegó al monte Hedilio donde 3
acampó cerca de Arquelao, que se había parapetado entre los montes Acontio y Hedilio, en la zona que recibe el nombre de los Asios. El lugar en el que puso sus tiendas aún ahora se sigue llamando Arquelao, en recuerdo de él. Sila descansó allí un día y dejó a Murena con una legión y dos cohortes con la misión de hostigar a los enemigos que estaban allí acuartelados[95]; él, por su parte, hizo un sacrificio en la ribera del Cefiso 4
y, al ser las víctimas propicias, regresó a Queronea, para tomar consigo al ejército que se encontraba allí y hacer una incursión de reconocimiento por el monte llamado Turio, pero ya había sido tomado por los enemigos. Es éste un monte de cima escarpada y de forma cónica, al que llamamos Ortópago[96], debajo fluye el arroyo Morio y se encuentra allí el templo de Apolo Turio: el dios recibe el nombre de Turo, madre de Querón, del que cuentan que fue el fundador de Queronea. Otros 5
cuentan que el dios Pitio le mostró allí a Cadmo la vaca que

[94] La batalla de Orcómeno, *vid. infra,* 21.

[95] Lucio Licinio Murena, lugarteniente de Sila y uno de los héroes de la guerra contra Mitrídates, cf. PLUTARCO, *Lúculo* 25 y 27.

[96] Es decir, «cerro firme».

le habría de guiar y que es de aquí de donde surge su nombre, ya que los fenicios llaman a la vaca *thor*[97].

Durante la marcha de Sila a Queronea, el tribuno que es-
taba al mando de la ciudad le salió al encuentro junto a sus
hombres armados para hacerle entrega de una corona de lau-
6 rel[98]. Él saludó calurosamente a los soldados, recibió la corona
y se preparó para entrar en batalla. Entonces se presentaron
allí dos hombres de Queronea, Homoloico y Anaxidamo, que
le propusieron aniquilar a los enemigos que estaban acuarte-
lados en el monte Turio con la sola compañía de unos pocos
soldados, pues había un sendero que los bárbaros no conocían
y que, a través del llamado Petraco y siguiendo el curso del
santuario de las Musas, conducía directamente hasta la parte
más alta de la cima del Turio, y, una vez allí, podrían caer
fácilmente sobre ellos, apedrearles desde arriba y obligarlos
7 a salir al llano. Gabinio dio fe del valor y de la confianza de
estos dos hombres y Sila ordenó que se pusieran manos a la
obra. Mientras él preparó una falange y distribuyó la caballería
por ambas alas: él tendría a su cargo el ala derecha, a Murena
le fue entregada la izquierda. Los legados Galba y Hortensio
que tenían a su mando dos cohortes de retaguardia permanecieron en observación sobre las cimas para evitar maniobras envolventes, puesto que habían observado que los enemigos ponían mucha caballería y tropas ligeras en los extremos de las alas, lo que les permitía un fácil y rápido movimiento en círculo; si las habían extendido tanto era para intentar una maniobra de cerco sobre los romanos.

---

[97] Cadmo, hijo de Agenor, rey de Fenicia, fue enviado en busca de su hermana Europa, que había sido raptada por Zeus bajo la apariencia de un toro blanco. El oráculo de Apolo en Delfos le indica que ha de poner fin a la busqueda, seguir una vaca con dos marcas semejantes a la luna creciente en cada flanco hasta el lugar en el que caiga agotada y fundar allí una ciudad. Así lo hizo y fundó Tebas, cf. EURÍPIDES, *Fenicias* 638 y ss.

[98] Gabinio, *vid. supra,* 26.

Entre tanto, Ericio, por elección de Sila, comandaba a los 18
de Queronea y habían logrado rodear el Turio sin ser vistos. Una vez que aparecieron, surgió gran tumulto entre los bárbaros, que emprendieron la huida dándose muerte unos a otros en gran número, ya que no permanecieron en sus puestos sino que se lanzaron cuesta abajo: caían unos sobre las lanzas de los otros y se despeñaban mutuamente en la precipitada fuga. Los enemigos les atacaban desde lo alto y les herían en las partes en las que no llevaban armadura: cayeron tres mil en 2
el Turio. Respecto a los que lograron huir, a unos les cortó el camino Murena, que había tomado la posición, y saliéndoles al encuentro, los masacró; otros lograron alcanzar el campamento amigo y se abalanzaron sobre la falange a trompicones, haciendo cundir el terror y confusión en la mayor parte de las filas. Esto detuvo el cumplimiento de las órdenes de los generales y les causó un daño no pequeño. En medio de 3
ese desorden, Sila atacó a toda velocidad, cubrió el terreno que separaba a los dos ejércitos y arrebató así la capacidad operativa a los carros falcados[99], que obtienen más fuerza y violencia de ataque cuanto mayor es la distancia que recorren, pero si realizan ataques de cerca resultan inoperantes y débiles, al igual que cualquier proyectil si no se dispara con la tensión máxima del arma. Esto fue lo que les sucedió entonces a los bárbaros. Los romanos rechazaron los primeros carros, que se lanzaron a un ataque inútil y cayeron sobre ellos sin fuerza y, entre aplausos y risas, pedían más, como se suele hacer en las carreras de caballos del circo. A continuación trabaron com- 4
bate las fuerzas de a pie: los bárbaros enarbolaron sus largas sarisas y con los escudos en formación intentaban mantener la falange en orden de combate; los romanos se desprendieron de sus lanzas, desenvainaron sus espadas y trataron de abatir

[99] Carros con hojas metálicas dispuestas transversalmente hacia el exterior que diezmaban las filas enemigas en sus acometidas.

a golpes las sarisas para entrar en el cuerpo a cuerpo lo antes
5 posible. Habían visto que en las primeras líneas enemigas estaban formados quince mil esclavos a los que los generales del rey habían proclamado libres en las ciudades y los habían distribuido entre las falanges hoplitas. De ahí se cuenta que un centurión romano había gritado que eso parecía las Saturnales, ya que es el único momento en que los esclavos participan
6 de la libertad[100]. Iban los hoplitas romanos repeliéndolos con dificultad debido a la densidad y lo encarnizado del combate y a que ellos mostraron una resistencia sobrehumana, pero los dardos de fuego y las jabalinas, que los romanos utilizaron a discreción, les hicieron retirarse y romper filas.

19 Arquelao extendía el ala derecha en una maniobra envolvente, pero Hortensio se lanzó a la carrera con dos cohortes para atacarlo por los flancos. Rápidamente Arquelao mandó contra él dos mil jinetes y Hortensio, agobiado por la cantidad de enemigos, se replegó colina arriba, con lo que al poco se
2 vio separado de la falange y rodeado por los enemigos. Cuando se percató de ello, Sila se lanzó en su ayuda al combate desde el ala derecha, que aún no había entrado en la batalla. Arquelao, dándose cuenta de la maniobra por la polvareda que se levantó, dejó de hostigar a Hortensio, dio media vuelta y arremetió contra el ala derecha de donde había partido Sila para atacarla por sorpresa sin su general. En ese momento Taxiles al mando de los soldados de escudos de bronce atacó a Murena[101], de modo que el fragor de la batalla quedó dividido en dos partes y los montes repetían el estruendo alrededor. Aunque Sila se dio perfecta cuenta de la situación, no supo

[100] La fiesta de las Saturnales tenía lugar en Roma entre el 17 y el 24 de diciembre. Se trataba de una especie de celebración carnavalesca en la que se invertía el orden social de amos y esclavos, que podían llegar a ser servidos por sus amos.

[101] Estos soldados, que ya han aparecido (*vid. supra,* 16) constituían un cuerpo de elite dentro del ejército de Mitrídates.

a qué lugar debía dirigirse. Le pareció que debía volver a su 3
puesto y mandó a Hortensio y a sus cuatro cohortes en ayuda
de Murena; por su parte, dio orden a la quinta de que le siguie-
se y se dirigió al ala derecha, que por sí sola había resistido
con gran capacidad de combate el ataque de Arquelao. En 4
cuanto se presentó allí, les obligó a un repliegue absoluto y,
vencedores, les persiguieron hasta el río y el monte Acontio,
hacia el que huían a la desesperada[102].

Entonces Sila no olvidó que Murena corría peligro y se
lanzó en ayuda de sus hombres, mas, al darse cuenta de que
estaban obteniendo la victoria, continuó tomando parte en la
persecución. Muchos bárbaros perdieron la vida en esa llanu-
ra, pero fueron incluso más los caídos en el intento de alcanzar
el campamento: de todos los millares que partieron de Calcis
sólo regresaron diez mil. Sila afirma que sólo echó en falta
a catorce hombres, y que dos de ellos aparecieron a la caída
de la tarde[103]. Por ello inscribió en los trofeos los nombres de 5
Marte, Victoria y Venus, como diciendo que su éxito en la
batalla se debía no menos a la buena suerte que a la valentía
o a la fuerza[104]. Erigió este trofeo en medio de la llanura, pues
allí se había producido la batalla, en el lugar donde los de
Arquelao se habían replegado por vez primera, junto al arroyo
Morio. Hay otro trofeo en lo alto de la cima del monte Turio,
en donde se hizo la encerrona a los bárbaros y una inscripción en
lengua griega conmemora que Homoloico y Anaxidamo fue-
ron los mejores. Las celebraciones de victoria por esta batalla 6

---

[102] Según Orosio *(Historias* VI 2, 7) fueron 20.000 los soldados de Arquelao que cayeron junto al río Cefiso.

[103] Resulta poco creíble esta cifra; posiblemente la fuente de esta noticia sean las propias *Memorias* de Sila.

[104] Es decir, le daba las gracias a Marte por el ejército; a la Victoria, por la habilidad táctica del general y a Venus, por la suerte personal. Plutarco, que escribe para un público griego da en esta lengua los nombres de Ares, Niké y Afrodita.

tuvieron lugar en Tebas y se preparó un escenario junto a la fuente de Edipo[105]. Los jueces de la competición eran griegos y fueron elegidos de entre el resto de las ciudades, puesto que no cabía posibilidad de reconciliación con los tebanos, a quienes les segregó la mitad del territorio para consagrarlo a Apolo Pitio y a Zeus Olímpico, y la compensación económica que les impuso fue que, de los rendimientos de estas tierras, depositaran en los templos de los dioses la misma cantidad que él había tomado para sí[106].

20 Después de esto supo que Flaco, que pertenecía a la facción contraria y había sido elegido cónsul[107], atravesaba el mar Jonio con una fuerza militar, en teoría para ir contra Mitrídates, pero en realidad contra él, por lo que se dirigió a Tesalia para salirle al encuentro. Cuando se encontraba a la altura de la ciudad de Melitea[108] le llegaron noticias de muchas partes que decían que los territorios que había dejado atrás estaban siendo de nuevo objeto de devastación a cargo de un ejército
2 del rey no inferior al anterior. Dorilao había llegado a Calcis al mando de una gran armada, en la que se encontraban ochenta mil de los mejores hombres del ejército de Mitrídates, bien entrenados y disciplinados. Se había puesto en camino hacia Beocia y había ocupado el territorio, ansioso de entablar combate con Sila y sin tener en cuenta los consejos de Arquelao, que le intentaba convencer de lo contrario. Además corría un

[105] En este escenario *(thymélē)* se celebraba una competición de juegos y cantos de victoria. Esta fuente de Edipo está atestiguada en PAUSANIAS *(Descripción de Grecia* IX 18, 5-6) y era la fuente en la que Edipo se había lavado la sangre de su padre Layo después de darle muerte sin conocer su identidad.

[106] *Vid. supra,* 12.

[107] Lucio Valerio Flaco, colega de Mario en el consulado en el año 100 a. C. (PLUTARCO, *Mario* 28) y censor en el 97 a. C. Mario había muerto en el invierno del 86 a. C. y Flaco había sido elegido *consul suffectus,* con Cinna como colega en el consulado y, en calidad de sucesor de Mario, tenía el mando del ejército en la guerra contra Mitrídates. Había salido de Roma a Asia con dos legiones.

[108] En la Ftiótida, en la vertiente norte del monte Otris.

rumor que intentaba hacer creer que, si no hubiera sido por
una traición, no se habría producido tal cantidad de bajas en
la anterior batalla.

Sila no vaciló en retroceder sobre sus pasos y le enseñó a 3
Dorilao que Arquelao era un hombre sensato, dándole además
muestras de virtud romana, de modo que, después de unas po-
cas escaramuzas contra las tropas de Sila en las inmediaciones
de Tilfosio[109], Dorilao pensó que no era muy conveniente deci-
dirlo todo en una batalla, sino ir dilatando la guerra en gastos
y en tiempo. De todos modos, el territorio de Orcómeno, en
donde estaban acampados, le infundió cierta confianza a Ar-
quelao, ya que, a la hora de luchar, daba ventajas al ejército
que tuviera mejor caballería. Pues, de todas las llanuras de 4
Beocia, la mejor y la de mayor superficie es la que nace al pie
de la ciudad de Orcómeno y se extiende sin elevaciones ni
árboles hasta las lagunas en las que desemboca el río Melas.
Este río nace debajo de Orcómeno y es el único de los de
Grecia caudaloso y navegable desde sus fuentes. Experimenta
crecidas en el solsticio de verano, como le sucede al Nilo, y
sus plantas son semejantes a las de las riberas del Nilo, con
la salvedad de que no dan fruto y no crecen tanto. Tampoco 5
es largo su recorrido: la mayor parte de su caudal desaparece
en seguida en unas lagunas ciegas y pantanosas; el resto de
sus aguas, no muy abundantes, se mezcla con el Cefiso, en
cuyos alrededores la laguna produce cañas excelentes para
hacer flautas.

Estaban acampados bastante cerca, y mientras Arquelao 21
se mantenía en calma, Sila se dedicó a cavar fosos a ambos
lados a fin de cortar a los enemigos los terrenos más sólidos
y aptos para la caballería y conducirlos hacia las lagunas[110].

---

109 Monte entre Haliarto, Alalcómeno y Orcómeno, en el que se encuentra la fuente Tilfusa.

110 La batalla de Orcómeno tuvo lugar entre el otoño del año 86 a. C. y la primavera del año 85 a. C.

Pero esto no les hizo contenerse: cuando los generales les dieron la orden de ataque, se lanzaron con vigor y en masa. Ante ese ataque no sólo escaparon a la carrera los que estaban dedicados a los trabajos ordenados por Sila, sino que incluso la mayor parte de los soldados que los escoltaban rompió las
2 filas y se lanzó a la huida. Entonces el propio Sila, se bajó del caballo, tomó una insignia y, pasando a través de los que huían, echó a correr en dirección a los enemigos gritando: «Vale, romanos, no me importa morir aquí. Vosotros, cuando os pregunten dónde abandonasteis a vuestro general, no olvidéis decirles que en Orcómeno». Sus palabras hicieron que se dieran la vuelta. Dos cohortes del ala derecha acudieron en
3 su ayuda y con ellas logró rechazar a los enemigos. Después se los llevó un poco más atrás, les dio un almuerzo y reanudó las tareas de abrir fosos delante del campamento de los enemigos. Éstos, a su vez, salieron de nuevo al ataque, pero con más orden que antes. Fue entonces cuando cayó gloriosamente Diógenes, hijastro de Arquelao, mientras demostraba su valor en el ala derecha. Los arqueros, agobiados por los romanos, no tenían posibilidad de retirada e intentaban rechazarlos combatiendo a golpes con manojos de flechas en sus manos, como si fueran espadas. Al final, consiguieron encerrarse en sus fortificaciones y pasaron allí la noche en un estado lamentable por las heridas y las bajas que les habían causado[111].

A la mañana siguiente Sila sacó de nuevo a los soldados
4 para que continuaran la obra de las fosas: los enemigos salieron en masa para entrar en combate, pero con un ataque los hizo replegarse y, dado que no quedaba ningún enemigo que no estuviera muerto de miedo, tomó el campamento por la fuerza. La sangre de los muertos llenó los pantanos y la laguna

[111] Según Apiano *(Historia romana* XLIX-L) al término de esta primera jornada de lucha los bárbaros habían perdido 15.000 hombres, de los que 10.000 eran jinetes.

rebosaba de cadáveres, hasta tal punto que incluso hoy en día se encuentran gran cantidad de arcos, yelmos, fragmentos de corazas de hierro y espadas hundidas en el barro, aunque han transcurrido casi doscientos años de aquella batalla. Así es cómo se cuenta lo que sucedió en Queronea y Orcómeno.

En Roma, Cinna y Carbón ejercían tales abusos de poder **22**
y violencia contra los hombres más ilustres[112], que muchos huyeron de esa tiranía y recalaron en el ejército de Sila como en un puerto, de modo que, al cabo de poco tiempo, se formó en torno a él una especie de Senado[113]. Metela, que había pasado muchas dificultades para permanecer oculta con sus hijos, se presentó ante Sila y le comunicó que su casa y sus residencias habían sido pasto de las llamas a manos de sus enemigos y le pedía que diera auxilio a los que permanecían en Roma. Él se 2
quedó perplejo, ya que no podía permanecer despreocupado de su patria ni tampoco pensar en marcharse dejando sin terminar una tarea de tal envergadura como la guerra contra Mitrídates. Entonces se presentó allí un comerciante de Delio[114], llamado Arquelao, que le comunicaba ciertas noticias esperanzadoras y mensajes secretos de parte de Arquelao, el general del rey. A Sila le interesó tanto el asunto que él mismo propuso insistentemente entrevistarse con Arquelao: el encuentro se produjo 3
a orillas del mar, junto a Delio, donde se encuentra el templo de Apolo. Comenzó a hablar Arquelao y valoraba el interés que tenía para Sila abandonar Asia y el Ponto y navegar a la guerra que tenía abierta en Roma, para lo que el rey le haría

[112] Cónsules del bando de Mario, Cneo Papirio Carbón, que había sustituido a Flaco, muerto en Asia *(vid. infra,* 23) y Lucio Cornelio Cinna, cónsul por tercera vez.

[113] Sila había ampliado el número de senadores en el año 88 a. C. y buena parte de estos aristócratas que le eran afectos tenía intereses en Grecia y Asia Menor. Esta escapada en masa de los senadores es similar a la que ocurriría en el año 48 a. C., cuando Pompeyo abandonó Italia ante el avance de las tropas de Julio César.

[114] Delio es una pequeña ciudad en el sur de Beocia.

entrega de dinero, naves y cuanta tropa le hiciera falta. Sila
le interrumpió y le instó a que abandonara a Mitrídates y a
que tomara él mismo la corona en lugar de aquel como aliado
de Roma, abandonando la armada de Mitrídates. Arquelao
se sintió horrorizado ante la idea de traición, por lo que Sila
4 continuó: «Vamos a ver, Arquelao, tú que eres capadocio y
esclavo, o si lo prefieres, amigo de un rey bárbaro, no sopor-
tas la vergüenza de traicionar tales bienes, pero te atreves a
hablarme de traición a mí, a Sila, el general de los romanos:
¿es que no eres ese mismo Arquelao que huyó de Queronea
con apenas unos pocos soldados, de un total de ciento veinte
mil hombres, y se escondió dos días en las lagunas de Orcó-
meno, y que a su paso iba dejando intransitable Beocia por
5 la cantidad de muertos?». Al momento Arquelao cambió de
actitud, y de rodillas le suplicó que pusiese fin a la guerra y
llegara a un acuerdo con Mitrídates. Sila aceptó la propuesta
y se llegó a los términos del acuerdo: Mitrídates abandonaría
Asia[115] y Paflagonia, Nicomedes sería el que gobernara Bitinia
y Ariobarzanes[116], Capadocia, entregaría a los romanos dos
mil talentos y donaría setenta naves con espolones de bronce
y completamente pertrechadas; por su parte, Sila daría se-
guridad al reinado de Mitrídates y le declararía aliado de los
romanos.

23 Una vez finalizados los acuerdos, viró el rumbo y se en-
caminó a través de Tesalia y Macedonia hacia el Helespon-
to; tuvo a su lado durante el camino a Arquelao, que recibió
las honras propias de su cargo. Cuando este cayó enfermo
de gravedad en Larisa, detuvo el viaje y recibió las mismas
atenciones que los generales y oficiales que estaban a sus ór-
2 denes. Esto levantó sospechas sobre la limpieza de la batalla

---

[115] Por Asia se entiende aquí, como en la mayoría de los casos, la provincia proconsular de Asia, no el continente entero.

[116] Es decir, Mitrídates debía renunciar a sus conquistas en favor de Roma y sus aliados.

de Queronea[117], porque Sila había entregado a todos los amigos de Mitrídates que habían sido apresados excepto al tirano Aristión, enemigo de Arquelao, que había muerto envenenado. Además al capadocio le fueron entregados diez mil pletros de tierra en Eubea y fue declarado oficialmente amigo y aliado de los romanos. No obstante, Sila en sus *Memorias* se defiende de estas acusaciones.

Mitrídates mandó embajadores que comunicaron a Sila 3
que el rey había aceptado las condiciones, pero que pedía que no se le arrebatara Paflagonia y que, respecto a las naves, no estaba del todo de acuerdo. Sila entró en cólera y les dijo: «¿De qué me estáis hablando? ¡Qué Mitrídates se opone a lo de Paflagonia y que se niega a entregar las naves, cuando yo pensaba que se pondría de rodillas ante mí si no le cortaba esa mano derecha con la que ha dado muerte a tantos romanos[118]!
Cuando llegue a Asia, seguro que comienza a utilizar otras 4
palabras. Que siga dirigiendo desde Pérgamo una guerra en la que jamás ha estado presente». El miedo dejó a los embajadores en silencio. Entonces Arquelao pidió a Sila que calmara su ira: le tomó de la mano derecha y se puso a llorar. Al final le convenció de que le dejara marchar para hablar con Mitrídates: o lograba hacer la paz con las condiciones que él imponía o, si no conseguía convencerlo, él mismo se daría
la muerte. Ante estas palabras, le dio permiso para partir y, 5
por su parte, invadió la Médica. A continuación, después de unas incursiones de saqueo y destrucción, emprendió rumbo de regreso a Macedonia[119]. Se juntó con Arquelao en Filipos y le anunció que todo estaba en orden, pero que Mitrídates
tenía mucha necesidad de hablar con él. La causa principal 6
de su apremio era Fimbria, que había dado muerte a Flaco, el

[117] Sobre estas suposiciones, *vid. supra,* 20. En Apiano no hay referencia alguna a la posibilidad de traición y sí en Plutarco.

[118] *Vid. supra,* n. 38.

[119] La Médica era una provincia tracia, cerca de Macedonia.

cónsul del partido contrario, había derrotado a los generales del rey y ahora marchaba contra el propio rey[120]. Mitrídates, temeroso de todo esto, prefería convertirse en aliado de Sila.

24 Se reunieron en Dárdano, en la Tróada[121]. Mitrídates llegó allí con doscientas naves de guerra, veinte mil soldados de infantería, seis mil caballos y un gran número de carros falcados; Sila, con cuatro cohortes y doscientos jinetes[122]. Mitrídates salió a su encuentro con la mano derecha tendida, entonces Sila le preguntó si daba por concluida la guerra en los términos en los que había negociado Arquelao. El rey se quedó callado y Sila dijo: «Los que hablan primero suelen ser los que tienen algo que pedir, los vencedores pueden per-
2 manecer en silencio». Mitrídates dio comienzo a su defensa, intentando poner las causas de la guerra en la acción de los dioses y en parte echando también la culpa a los romanos[123]. Sila le interrumpió diciendo que tiempo ha había escuchado que Mitrídates era un orador de calado, pero que en ese momento lo estaba reconociendo por sí mismo, dado que para referirse a hechos de una naturaleza tan malvada e injusta no
3 andaba falto de buenas palabras. Le echó en cara a modo de acusación todas las acciones crueles que había cometido y le volvió a preguntar si estaba de acuerdo con lo que le ha-

[120] En el año 85 a. C., según Apiano. Fimbria había expulsado a Mitrídates de Pérgamo y le había hostigado durante su huida hasta Mitilene. Fimbria había dado muerte a Flaco, jefe del partido popular. Las fuentes presentan al legado como un hombre inteligente, demagogo y cruel.

[121] El Helesponto.

[122] Cuatro cohortes suponían entre 1.200 y 2.000 soldados de infantería, la diferencia de efectivos en esta ocasión es otra demostración de seguridad y soberbia por parte de Sila, manifiesta en toda la escena del encuentro.

[123] Mitrídates, como si se tratara de una tragedia griega (cf. ESQUILO, *Los persas* 472) echa la culpa a los *démones* de los luctuosos sucesos que suceden entre los hombres. La escena tiene todos los ingredientes de una narración de corte novelesco.

bía expuesto Arquelao[124]. Mitrídates respondió que estaba de acuerdo, entonces Sila le dio un abrazo y un beso y, al punto, le condujo junto a los reyes Ariobarzanes y Nicomedes para que se reconciliaran. Mitrídates le hizo entrega de las setenta naves y de quinientos arqueros y embarcó de vuelta al Ponto.
Sila se había dado cuenta de que sus soldados estaban moles- 4
tos por cómo se había puesto fin a la guerra, pues les parecía terrible que un rey que era el mayor enemigo de los romanos, que en un solo día había masacrado a ciento cincuenta mil romanos que se encontraban en Asia, se marchara de ese territorio con las riquezas y el botín que había extraído de los saqueos y los tributos que había impuesto durante cuatro años. Por tanto, se disculpó ante ellos y les dijo que no hubiera sido posible guerrear al mismo tiempo contra Mitrídates y Fimbria, si ambos entraban en alianza contra él.

Arrancó desde allí el ataque contra Fimbria, que se encon- 25
traba acuartelado en Tiatira[125]. Fijó sus cuarteles cerca de allí y comenzó a cavar un foso alrededor. Los soldados de Fimbria salieron del campamento vestidos sólo con sus túnicas, saludaron afectuosamente a los de Sila y con gran ánimo se pusieron a ayudarles en sus trabajos. Cuando Fimbria vio que se habían cambiado de bando, sintió miedo de la inflexibilidad que mostraría Sila y se suicidó en el mismo campamento[126].

Sila impuso una multa común a toda Asia de veinte mil 2
talentos[127] y, en lo particular, expolió a todas las familias mediante el abuso y el pillaje de los soldados que se encontraban acuartelados en las casas. Ordenó que cada cuatro días el

---

[124] Cf. Apiano, *Historia romana* LVII-LVIII.

[125] Ciudad de Lidia, la actual Akhissar, en el camino de Pérgamo a Sardes.

[126] Apiano amplia más la narración: después de un despacho con un enviado de Sila, Fimbria se rinde en Pérgamo y se suicida en el templo de Asclepio.

[127] Diez veces más de la compensación impuesta a Mitrídates, *vid. supra,* 22. Apiano, en su narración del castigo impuesto a las ciudades de Asia Menor, muestra un panorama mucho más desolador.

huésped habría de entregar al visitante cuatro tetradracmas y ofrecerle un banquete a él y a sus amigos, a cuantos quisiera invitar; y que el oficial tendría que recibir cincuenta dracmas por día, así como vestimenta para andar por casa y para salir a la calle.

26 Se hizo a la mar en Éfeso con todas las naves y al tercer día atracó en el Pireo. Se inició en los Misterios[128] y se hizo con la biblioteca de Apelicón de Teos, en la que se encontraban la mayoría de las obras de Aristóteles y Teofrasto, que por entonces aún no eran lo suficientemente conocidas[129]. Cuentan que, después de su traslado a Roma, la mayor parte de la biblioteca fue ordenada y preparada por el gramático Tiranión. Andronico de Rodas logró conseguir unas cuantas copias, las puso en circulación y las dejó escritas en las tablas que ahora

[128] De Eleusis. Sila fue uno de los primeros romanos importantes que se iniciaron en las ceremonias de Eleusis consagradas a Deméter y a su hija Perséfone. SALUSTIO *(Guerra de Jugurta* 95) presenta a Sila como un amante de la cultura griega.

[129] Apelicón de Teos fue un amigo de Aristión, filósofo peripatético que acabó siendo tirano de Atenas, *vid. supra,* 13. ESTRABÓN *(Geografía* XIII 1, 5, 4) señala que Aristóteles había dejado la dirección del Liceo a Teofrasto así como su biblioteca personal, a continuación la recibió Neleo de Escepsis, que la llevó a Escepsis y la entregó a sus herederos, hombres ajenos a las letras, que la guardaron bajo llave y la enterraron para evitar que el rey de Pérgamo se la arrebatara. Los libros se fueron estropeando por la humedad y acabaron poniéndolos en venta por una suma considerable. Apelicón, un bibliófilo más que un filósofo, los compró en bastante mal estado y los habría hecho copiar y restaurar, por lo que surgieron los errores que dieron lugar a los trabajos de estudio y edición mencionados a continuación. Apelicón murió en el 88 a. C., y Sila se apropió de su biblioteca. Cuando los libros llegaron a Roma pasaron de Sila a su hijo Fausto, que la acabó vendiendo para pagar a sus deudores. Finalmente la adquirió Tiranión, un gramático de Amisos que había sido capturado en el Ponto y reducido a la esclavitud (cf. PLUTARCO, *Lúculo* 19). Fue llevado a Roma y entró en relación con Murena, Cicerón y César. Andronico de Rodas se preocupó de llevar a cabo la edición de las obras aristotélicas: hicieron la clasificación por temas y elaboraron un índice de títulos que desempeñó un papel fundamental en la transmisión de sus obras.

conocemos. Los más antiguos peripatéticos eran hombres de 2
buena formación y estudiosos de los textos, pero no tuvieron
la suerte de acceder a muchos trabajos de Aristóteles y Teo-
frasto ni tampoco con la suficiente exactitud, porque los libros
que dejó Teofrasto le cayeron en herencia a Neleo de Escepsis,
de modo que pasaron a manos de hombres sin gusto por el
conocimiento e ignorantes.

Durante una estancia de Sila en Atenas le sobrevino un 3
dolor en las piernas con sensación de abotargamiento y pe-
sadez, del que dice Estrabón que señala los balbuceos de la
gota. Por tanto, se embarcó en dirección a Edepso para tomar
aguas termales[130], ocasión que aprovechó para entretenerse y
pasar el tiempo con los artistas de Dioniso. Un día que daba
un paseo por la orilla del mar le ofrecieron unos pescadores
unos peces muy hermosos, él se alegró mucho con el regalo y,
al darse cuenta de que eran de Halas, dijo: «¿Vive aún alguien
de Halas?». Pues después de la victoria lograda en la batalla 4
de Orcómeno, a lo largo de la persecución de sus enemigos,
había asolado tres ciudades beocias: Antedón, Larimna y Ha-
las. Los hombres quedaron mudos de miedo, pero él se sonrió
y les animó a marchar en paz, ya que habían traído con ellos
unos intercesores que no eran precisamente indignos ni poco
valiosos[131]. Se cuenta que los halienses, a partir de ese momen-
to, se animaron a regresar a su ciudad.

Sila bajó al mar a través de Tesalia y Macedonia y dispuso 27
mil doscientas naves para marchar desde Dirraquio a Brindis.
Pero Apolonia está cerca y se encuentra allí el Ninfeo, un
lugar sagrado en el que de un soto verde y de unos prados
salen diversas fuentes, por aquí y por allí, de las que mana

[130] Edepso, en la costa norte de Eubea, era un lugar célebre por las cualidades terapéuticas de sus aguas sulfurosas. La obra mencionada de Estrabón no es la *Geografía,* sino sus *Hypomnêmata histórica.*

[131] Los peces.

2 continuamente fuego[132]. Cuentan que en ese lugar apresaron a un sátiro dormido, semejante a esos que suelen representar los escultores y pintores. Lo llevaron ante Sila y a través de todo tipo de intérpretes se le preguntó quién era. Apenas hablaba y lo que decía no era inteligible, sino que su voz era ronca y sonaba como el relincho de un caballo y el balido de un macho cabrío. Sila se asustó y lo hizo soltar para conjurar el mal agüero.

3 Cuando estaba a punto de ordenar el embarque de los soldados, sintió miedo de que éstos, una vez que llegaran a Italia, se volvieran cada uno a su ciudad. En primer lugar, ellos por sí mismos juraron que permanecerían juntos y que no harían por propia voluntad ningún daño a Italia. A continuación, viendo que se necesitaría una gran cantidad de dinero, le ofrecieron e hicieron entrega de cuanta riqueza tenían. Sila no quiso aceptar la contribución de sus soldados, pero les elogió vivamente por su gesto y, muy animado, se puso en marcha, como él mismo dice, contra quince generales enemigos que comandaban cuatrocientas cincuenta cohortes[133], ya que el dios
4 le había señalado inequívocamente buenas venturas: hizo un sacrificio nada más llegar a Tarento, en el que el hígado de la víctima mostró la forma de una corona de laurel con dos cintas colgando de ella[134]. Además, un poco antes de la llegada a Campania, fueron vistos cerca del monte Tifato dos machos cabríos enormes que combatían y hacían y padecían lo mismo

---

[132] Cf. Estrabón, *Geografía* VII 5, 8, Claudio Eliano, *Historias curiosas* XIII 16, y Plinio el Viejo, *Historia natural* II 106. Sila acudió seguramente a Apolonia, ciudad a 60 km al sur de Dirraquio, la actual Durazzo, para una consulta oracular.

[133] Entre ellos estaban los dos cónsules del año 83 a. C.: Lucio Cornelio Escipión, Cayo Junio Norbano, además de Apio Claudio, Quinto Sertorio, Cayo Mario el Joven, Marco Mario, Lucio Bruto, Damasipo, Albinovano, Marco Lamponio, Pontio Telesino y Gutta Capuano. Cuatrocientas cincuenta cohortes equivalían a más de doscientos mil hombres.

[134] Como es sabido, la corona de laurel es signo de victoria.

que si fueran hombres en medio de una guerra. Mas fue sólo
una aparición que apenas se alzó de la tierra, se dispersó por
el aire, semejante a un fantasma, para a continuación desva-
necerse. Poco tiempo después Mario el joven y el cónsul Nor- 5
bano llevaron el grueso de sus fuerzas a ese mismo lugar[135],
Sila que no había puesto su tropa en formación ni la había
distribuido convenientemente, sirviéndose de la fuerza que
imprime el ardor colectivo y la fecundidad del arrojo, hizo
huir a sus enemigos y encerró en la ciudad de Capua a Norba-
no, después de haber dado muerte a siete mil hombres. Cuenta 6
él que fue ésta la razón de que sus soldados no se dispersaran
por las ciudades, sino que permanecieran juntos y mostraran
tanto desprecio hacia un enemigo que les superaba en número.
Añade él que en Silvio un esclavo de Pontio, en un estado de
inspiración divina, vino a él y le anunció de parte de Belona
su predominio bélico y su victoria, pero también que si no se
daba prisa, ardería el Capitolio, lo que sucedió el mismo día
que aquel hombre predijo: un día antes de las nonas de quintil,
mes que ahora llamamos julio[136].

Además Marco Lúculo, uno de los generales del ejército 7
de Sila, tenía formadas dieciséis cohortes en los alrededores de
Fidencia frente a cincuenta cohortes enemigas[137]. Confiaba en
el ardor guerrero de sus soldados, pero muchos de ellos no es-

---

[135] Hijo de Cayo Mario y cónsul con veintisiete años, *vid. infra,* 28 y 32. Cayo Julio Norbano fue pretor en Sicilia en el año 87 a. C., procónsul en el 82 a. C. y perteneció al bando de Mario hasta su suicidio en el 82 a. C.

[136] Silvio es un pueblo en los límites entre Abulia y Lucania. Sobre el episodio, cf. Agustín de Hipona, *Ciudad de Dios* II 24. El incendio del Capitolio tuvo lugar en el año 83 a. C., cf. Plutarco, *Publícola* 24-25. *Quintilis,* quinto mes del año, que comenzaba el 1 de marzo, es el mes que luego, a propuesta de Marco Antonio, pasó a llamarse julio en honor de Julio César, que nació el día 4 de ese mes.

[137] Marco Lúculo, hermano de Lucio Lúculo, uno de los vencedores de Mitrídates, fue edil curul en 79 a. C., pretor en el 77 a. C. y cónsul en el 73 a. C. Fidencia es la actual Fidenza, cerca de Parma.

taban bien armados y detuvo el ataque. Mientras dejaba pasar
el tiempo dándole vueltas al asunto, de una llanura cercana,
en la que había un prado, vino una brisa suave y cargada de
flores que cayeron sobre el ejército y quedaron esparcidas
sobre él. Por sí mismas se quedaron posadas y colocadas en
los escudos y cascos, de modo que los enemigos pensaron que
8 iban coronados. Esto les dio tanto coraje que se lanzaron al
ataque: vencieron, dieron muerte a dieciocho mil enemigos y
tomaron su campamento. Este Lúculo era hermano del Lúculo
que más tarde derrotó a Mitrídates y a Tigranes.

28 Sila, al verse rodeado por todas partes por muchos cam-
pamentos y fuerzas enemigas, se encontró, en parte obligado,
aunque también a modo de estratagema, en situación de pro-
2 poner un cese de hostilidades al otro cónsul, Escipión[138]. Éste
aceptó y empezaron a sucederse reuniones y conversaciones.
Sila, que siempre ponía alguna excusa o hacía que el asunto se
dilatara, se sirvió de sus propios soldados, tan hábiles ya como
su general en toda clase de engaños y embaucamientos, para
sobornar a los de Escipión, ya que entraban en el campamen-
to enemigo y se mezclaban unos con otros. Al poco tiempo,
bien la plata, bien las promesas, las adulaciones o las lisonjas,
3 acabaron por atraérselos. Finalmente un día Sila se acercó por
allí con veinte cohortes. Sus soldados saludaron efusivamen-
te a los de Escipión y estos, después de devolver el saludo,
se unieron a ellos. Escipión fue capturado solo en su tien-
da, pero se le dejó en libertad. Sila había utilizado sus veinte
cohortes como señuelos para apresar en su red las cuarenta co-
hortes enemigas, después condujo todas a su campamento.
Cuentan que Carbón dijo que, cuando peleaba contra el león
y la zorra que habitaban en el alma de Sila, lo que más le
molestaba era la zorra.

---

[138] Lucio Cornelio Escipión Asiático, pariente lejano de Escipión el Africano.

Al poco Mario, al mando de ochenta y cinco cohortes en 4
los alrededores de Signio[139], intentaba provocar a Sila, que
estaba muy decidido a entrar en combate en aquel mismo día,
pues había tenido precisamente esta visión en sueños: le pare-
ció que el viejo Mario, muerto mucho tiempo ha, le exhortaba
a su hijo Mario a que tuviera mucha precaución respecto del
día siguiente, ya que le traería una gran desgracia. Por esta ra-
zón, Sila estaba decidido a entrar en combate y mandó a bus-
car a Dolabela que estaba acampado a cierta distancia[140]. Los 5
enemigos les cortaban las rutas y les impedían el paso, por lo
que los soldados de Sila estaban fatigados de combatir para in-
tentar abrirse camino. Además sobrevino una lluvia torrencial
que se unió a sus esfuerzos y que empeoró la situación. Enton-
ces los tribunos acudieron a Sila para pedirle que desistiera de
la idea de combatir, mostrándole cómo los soldados estaban
hundidos en el agotamiento e intentaban reposar en el suelo,
apoyados sobre sus escudos. En contra de su voluntad, se vio 6
forzado a ceder y dio orden de repliegue. Cuando habían co-
menzado a levantar la empalizada y a abrir los fosos delante
del campamento, Mario llegó al galope dirigiendo el ataque
con arrogancia, pensando que podría cogerlos por sorpresa y
los desbarataría con la confusión. Ahí fue donde la divinidad
cumplió lo que le había comunicado esa voz en sueños[141]. La
cólera de Sila se transmitió a sus soldados: dejaron a un lado
las tareas que estaban realizando, clavaron las lanzas en el
foso, desenvainaron las espadas y entre gritos de guerra se tra-
baron en combate con los enemigos, que no pudieron resistir 7

---

[139] En el Lacio. Carbón y Mario el Joven son los cónsules en el año 82 a. C.: uno comanda los ejércitos del norte y el otro, los del sur.

[140] Cneo Cornelio Dolabela, hombre cercano a Sila, cónsul en el 81 a. C. y que fue uno de los adversarios de Julio César.

[141] Este comentario sobre la aparición del *daímôn* parece extraído de las propias *Memorias* de Sila. Al igual que la cifra de bajas por ambos ejércitos que se da a continuación.

durante mucho tiempo y, ante tamaña carnicería, se pusieron en fuga. Mario huyó a Preneste y cuando llegó allí, encontró las puertas de la muralla cerradas: le tiraron una cuerda desde arriba, le ataron a ella y le subieron hasta la parte superior de la muralla. Hay quien cuenta, entre ellos Fenestela[142], que Mario ni siquiera se enteró de la batalla, sino que se había acostado a la sombra, por causa de sus fatigas y desvelos, y que, cuando se dio la señal de ataque, él estaba dormido. Apenas
8 despertó se encontró con la huida. Dicen que en esta batalla Sila no perdió más que veintitrés soldados, que dieron muerte a veinte mil enemigos y cogieron presos a ocho mil.

El éxito de sus generales Pompeyo, Craso, Metelo y Servilio fue semejante, ya que sin enfrentamiento alguno, o con muy pocos, quebrantaron las grandes fuerzas enemigas, de suerte que incluso Carbón, el general más importante de la facción contraria, abandonó por la noche a su ejército y se embarcó rumbo a Libia[143].

29 Durante el último combate, el samnita Telesino, como un jugador de refresco que se presenta contra otro ya fatigado, estuvo muy cerca de derrotarlo y abatirlo ante las puertas de Roma[144]. Éste, junto a Lamponio el lucano, reunió un gran ejército y se dirigió a Preneste para salvar a Mario del ase-
2 dio. Cuando se dio cuenta de que Sila estaba delante de él y Pompeyo por su retaguardia y de que ambos se dirigían a toda prisa contra él —por tanto estaba encerrado por ambos

---

[142] Autor de anales y antigüedades que escribió sobre los dos últimos siglos de la República romana. La versión de Fenestela muestra el gusto de Plutarco por los episodios pintorescos.

[143] Sobre Sila y Pompeyo, cf. PLUTARCO, *Pompeyo* 8. Craso, el futuro triunviro, se unió a las tropas de Sila en cuanto este desembarcó en Italia. Sobre Quinto Metelo Pío, *vid. supra,* 10. Sobre Publio Servilio Vatia, *vid supra,* 10.

[144] Pontio Telesino fue uno de los más reputados generales de la guerra social y se alió con los populares en la guerra civil. Telesino murió en la batalla y su cabeza, cortada y puesta en una pica, fue llevada a Preneste, cf. VELEYO PATÉRCULO, *Historia romana* II 27.

lados—, como un hombre de guerra experimentado en grandes combates, levantó el campamento de noche y avanzó hacia Roma con todo su ejército. Faltó muy poco para que la cogiera desprotegida. Acampó a diez estadios de la puerta Colina[145]; su orgullo era grande y sus esperanzas le hacían sentirse crecido, ya que había logrado planear una estrategia mejor que la de tantos y tan importantes generales. Al alba, marcharon contra 3
él a caballo los más insignes jóvenes, dio muerte a muchos y entre ellos a Apio Claudio, un hombre de buena familia y noble.

La ciudad, como se puede entender, era pura conmoción, las mujeres gritaban y corrían como si ya hubiera sido conquistada por la fuerza. Balbo fue el primero en llegar. Sila lo había mandado a toda prisa con setecientos jinetes. Apenas transcurrido el tiempo necesario para que a los caballos se les secase el sudor, embridó de nuevo y se echó encima de los enemigos. En ese momento apareció Sila: dio la orden de que 4
rápidamente se diera un almuerzo a los que habían llegado primero y puso las tropas en formación. Dolabela y Torcuato le pedían con insistencia que se contuviera y que no se arriesgase a enfrentar a sus hombres a una situación de peligro con el estado de fatiga que tenían, pues no iban a entrar en batalla contra Carbón o Mario, sino contra los samnitas y los lucanos, dos pueblos enemigos a ultranza de Roma y muy belicosos. Él se los quitó de encima y dio la orden de que las trompetas dieran la señal de ataque, era cerca de la hora décima y comenzaba el crepúsculo.

Llegó el momento del combate, jamás hubo otro igual: el 5
ala derecha, de la que era general Craso, venció sin problemas; sin embargo, la izquierda se encontraba en una situación crítica y en apuros. Sila acudió en su ayuda montado en un caballo blanco vigoroso y muy rápido. Dos enemigos lo

[145] Como Sila en el asalto a Roma del año 88 a. C.

reconocieron y tendieron sus lanzas para arrojárselas. Él no se percató, pero su escudero dio un latigazo al caballo, que hizo que Sila ganara velocidad y las lanzas rozaron la cola
6 del caballo clavándose en la tierra[146]. Se cuenta que Sila tenía una estatuilla de oro de Apolo que había tomado en Delfos, y que siempre la llevaba guardada en su pecho en las batallas. Entonces la besó y dijo: «Oh, Apolo Pitio, que en tantos combates has hecho afortunado a Cornelio Sila, volviéndolo radiante y grande, ¿vas a hacerlo caer ahora ante las puertas de la patria y que muera de la manera más vergonzosa junto a
7 sus compatriotas?». Tras esta plegaria, animó a unos, apartó a otros, a otros se los llevó consigo. Finalmente, el ala izquierda sucumbió y Sila se unió a los que huían en dirección al campamento; murieron ahí muchos de sus compañeros y amigos. No pocos de los que habían salido de la ciudad con la intención
8 de ver la batalla murieron y fueron pisoteados, de modo que la ciudad se daba por perdida y por poco se levantó el asedio de Mario, ya que muchos que habían llegado huyendo hasta Preneste apremiaban a Lucrecio Ofela, el general que estaba al mando del sitio, a que se diera prisa en ponerle fin, en la idea de que Sila había perecido y Roma había caído en manos de los enemigos.

30 Cuando ya era muy de noche llegaron al campamento de Sila para pedir comida de parte de Craso para él y sus soldados, ya que había vencido a sus enemigos y los había perseguido hasta Antemnas, en donde se habían acuartelado[147]. Sila, cuando se enteró de esto y de que la mayor parte de los enemigos había caído en la batalla, se puso en camino hasta Antemnas ese mismo día. Se le presentó una delegación de tres mil hombres para pedirle la paz y él les prometió seguri-

[146] La descripción del hecho hace pensar en que la fuente es el propio Sila.

[147] Para otras narraciones de la batalla, cf. Plutarco, *Craso* 6; Apiano, *Historia romana* I 93, y Veleyo Patérculo, *Historia romana* II 27. Antemnas se encontraba al norte de Roma, en la unión de los ríos Tíber y Anio.

dad si se pasaban a su bando y les infligían algún daño a los
demás enemigos[148]. Ellos confiaron en él y atacaron al resto, 2
produciéndose una gran matanza de unos a manos de otros.
Él juntó en el circo de Roma a los seis mil que sobrevivie-
ron y convocó al Senado en el templo de Belona[149]. Comenzó
a hablar justo en el momento en el que sus sicarios dieron
muerte a los seis mil. Como no podía ser de otro modo, los 3
gritos que se produjeron en un espacio tan reducido con tal
masacre provocaron que el espanto arrebatara a los senadores.
Él siguió hablando sin turbación, con el semblante sereno y
les exhortó a prestar atención a sus palabras, sin atender a
lo que pasaba fuera, pues no se trataba más que de un castigo
que había ordenado dar a unos malhechores.

Incluso el más estúpido de los romanos entendió en ese 4
momento que no se trataba más que de una mudanza de la
tiranía, no de su fin. Mario[150] se había mostrado duro desde
el comienzo y siguió siéndolo, pero no había cambiado su
manera de ser. En cambio, Sila al comienzo había hecho uso
de su buena suerte de una manera mesurada y política, se
había granjeado la fama de un general aristocrático y a la vez
valioso para el pueblo, incluso desde joven era divertido y 5
propenso a la misericordia hasta el punto de que lloraba con
facilidad. Resulta natural que el ejercicio del poder absoluto
le causara un perjuicio, ya que este no permite que los rasgos
del carácter permanezcan de acuerdo con el modo de ser de un
principio, sino que se vuelven caprichosos, fútiles y violentos.
Ver si esto es un movimiento y un cambio de la naturaleza que
opera por fortuna, o si es una revelación producto del poder de

[148] Las palabras de Sila, dentro de su estilo, son irónicamente ambiguas: *ei kakòn ti toìs állous ergasámenoi polemìous:* no deja de considerar enemigos a aquellos con los que está pactando; lo único que les diferencia es que el resto son «otros» enemigos.

[149] *Vid. supra,* 7 y 9.

[150] Es decir, Mario padre.

la perversidad que yacía oculta, es algo que nos haría entrar
en otra clase de temas[151].
31 Sila estaba entregado a la matanza y llenaba la ciudad de
crímenes que no tenían número ni fin, muchos encontraban
la muerte por odios personales, sin que tuvieran nada que ver
con Sila, pero este lo permitía para congraciarse con sus parti-
darios[152]. Un joven, Cayo Metelo, se atrevió a preguntar a Sila
en el Senado si iba a poner fin a sus desgracias y si podían
2 esperar que cesaran. Dijo así: «Ni siquiera te pedimos que
liberes del castigo a los que tú has sentenciado, sino de la in-
certidumbre a los que no has sentenciado». Sila respondió que
aún no había determinado a quiénes iba a perdonar. Metelo le
interrumpió diciendo: «Acláranos entonces a quién vas a cas-
3 tigar». Sila respondió que así lo haría. Algunos afirman que no
fue Metelo, sino un tal Fufidio, uno de los aduladores de Sila,
el que dijo esto último[153]. Al momento Sila publicó una lista
en la que aparecían ochenta proscritos, sin consultar a ningu-
no de los magistrados. A pesar de que todos se indignaron, al
día siguiente proscribió a doscientos veinte, y al tercer día a
4 un número no menor[154]. Una vez durante un discurso público
acerca de este asunto, dijo que había proscrito a aquellos de
los que se había acordado, de los que se había olvidado ya se
ocuparía después. Para el que diera cobijo y ayudase a salvar
la vida a un proscrito impuso la pena de muerte como castigo
a la compasión humana: no se escaparían a la pena ni herma-

[151] La relación entre virtud y Fortuna fue algo que interesó a Plutarco desde sus primeros escritos, como por ejemplo, *Sobre la Fortuna de los romanos* y que se mantiene a lo largo de las *Vidas paralelas*.

[152] Promulgó una ley sobre proscripciones: *lex Cornelia de proscriptione*. Cf. Hinard, *op. cit.*

[153] Lucio Fufidio fue nombrado cónsul por Sila y después procónsul en la Bética. Fue vencido por Sertorio, cf. Plutarco, *Sertorio* 12.

[154] Las cifras varían según los autores: Floro *(Epítome* III 22) habla de dos mil en total, escogidos del Senado y del orden ecuestre; Valerio Máximo *(Hechos y dichos memorables* IX 2, 1), de cuatro mil setecientos ciudadanos.

nos, ni hijos ni padres. El que matara a un proscrito recibiría una recompensa de dos talentos, aunque fuera un esclavo el que matara a un señor o un hijo a un padre. No obstante, lo que resultó más injusto fue que castigara a los hijos y nietos de
los proscritos y que confiscara sus bienes[155]. Las proscripcio- 5
nes no tuvieron lugar sólo en Roma, sino en todas las ciudades de Italia: no había templo dedicado a un dios que estuviera libre de crímenes, ni casa de huésped ni morada paterna: los hombres eran pasados a cuchillo delante de sus esposas y los hijos en presencia de sus madres. Los que perecieron a causa de la ira y el odio formaban un número menor que los que eran matados por ser ricos, incluso a los verdugos se les ocurría decir cosas como: «A éste le ha llevado a la perdición su gran
casa», «a éste su huerto», «a éste las aguas termales». Quinto 6
Aurelio, un hombre tranquilo y sin oficio que consideraba que no tenía más relación con esos males que la piedad que sentía por ver que otros sufrían, marchó un día al Foro y se vio en la lista de proscritos: «¡Pobre de mí —dijo—. Mi campo albano me persigue». Al momento uno que lo venía siguiendo lo mató[156].

Entre tanto Mario, ante la idea de ser atrapado, se dio 32
muerte. En primer lugar, Sila marchó a Preneste y comenzó a juzgar de uno en uno a los hombres a los que iba a castigar, después, como no podía dedicarle tanto tiempo, los juntó a todos en un mismo sitio —eran doce mil— y dio la orden de matarlos. Sólo concedió la inmunidad a su huésped, pero éste, dándole una plena muestra de su grandeza moral, le dijo que

[155] Por las ventas de las fortunas de los proscritos, se calcula que sacaron trescientos cincuenta millones de sestercios, cf. TITO LIVIO, *Períocas* 89; asimismo, cf. PLUTARCO, *Craso* 2, y VELEYO PATÉRCULO, *Historia romana* II 28. Las proscripciones duraron desde el 2 de noviembre del año 82 a. C. hasta el 1 de junio del 81 a. C.

[156] Se encuentran muchas anécdotas parecidas en DIODORO SÍCULO, *Biblioteca histórica* XXXVIII 19, y OROSIO, *Historias* V 21, 4.

de ningún modo le habría de deber su salvación al asesino de su patria: por su propio pie se unió a sus conciudadanos y lo
2 mataron junto a ellos. El asunto que rodeó a Lucio Catilina fue inaudito[157]. Éste había dado muerte a su hermano mientras los asuntos públicos estaban aún por decidir, luego pidió a Sila que proscribiese a su hermano como si estuviera vivo. Sila lo consintió. Para devolverle el favor, mató a un tal Marco Mario[158], que pertenecía a la facción rival, y le presentó la cabeza a Sila que se encontraba atendiendo en el Foro, a continuación se dirigió a la fuente lustral de Apolo, situada cerca de allí, y se lavó las manos[159].

33 Dejando a un lado los asesinatos, había otras cosas que también resultaban ofensivas. Se nombró a sí mismo dictador y hacía ciento veinte años que no se proclamaba este cargo[160]. Luego decretó para sí la inmunidad respecto a todo lo que había hecho, la potestad de pronunciar sentencias de muerte para el futuro, de confiscación, de reparto de tierras, de fundar ciudades, de destruirlas, de derrocar reyes y de nombrarlos
2 según su deseo. Las subastas de las casas confiscadas, con él sentado en el tribunal, fueron una demostración tal de arrogancia y despotismo que las concesiones resultaron incluso más repulsivas que los mismos robos: a mujeres hermosas, a músicos, a actores de mimos y a lo más miserable de los libertos les otorgó graciosamente territorios de pueblos, recaudaciones

---

[157] Lucio Sergio Catilina, líder de la célebre conjura del año 63 a. C., narrada por Salustio. El episodio aparece también en PLUTARCO, *Cicerón* 10.

[158] Marco Mario Gratidiano, hijo adoptivo de Cayo Mario.

[159] Este episodio tiene tintes de parodia sacrificial: se comete un sacrificio ante una divinidad (Sila) y se purifica a continuación del derramamiento de sangre en una fuente lustral.

[160] En realidad Sila, de acuerdo con la *lex Valeria*, se hizo proclamar dictador por el Senado a propuesta de Lucio Valerio Flaco. Sila, no obstante, acaparó más poder que ningún otro dictador anterior. El último dictador, Cayo Servilio Gémino, había sido nombrado en el año 202 a. C., después de la guerra contra Aníbal.

de ciudades, a algunos, incluso, matrimonios forzosos con mujeres ya casadas. En su deseo de emparentarse con Pompeyo 3
el Grande le ordenó divorciarse de la mujer que tenía y le casó con Emilia, hija de Escauro y de Metela, su propia esposa, a pesar de que estaba encinta de su marido, Manio Glabrión. La muchacha murió en el parto en casa de Pompeyo[161].

Lucrecio Ofela, el que había sitiado a Mario, reclamaba 4
el consulado y se presentó a pedirlo. En un principio, Sila se lo denegó, pero Ofela, acompañado de un nutrido grupo de partidarios, bajó al Foro: Sila mandó a uno de los centuriones que estaban junto a él que lo matara, mientras él, sentado en el templo de los Dioscuros, asistía como espectador desde arriba a la muerte. La gente que por allí andaba capturó al centurión y lo llevaron ante el tribunal. Sila les mandó permanecer en silencio, les dijo que había sido él quien había dado la orden y les hizo soltar al centurión.

Su triunfo fue un acontecimiento por el dispendio y no- 34
vedad de los despojos reales[162], pero lo que supuso un alarde mayor y un espectáculo magnificente fue la presencia de los exiliados: los más ilustres y poderosos ciudadanos acompañaban el cortejo ceñidos con coronas, llamando a Sila salvador y padre, pues precisamente era el que había permitido que regresaran y se juntaran con sus mujeres e hijos. Cuando concluyó, 2
pronunció un elogio de sus logros y hazañas en un discurso público en el que enumeró tanto lo que debía al concurso de la Fortuna como lo que había sido fruto de su valor como hombre. Al final de su intervención les exhortó a que se le diera

[161] Cf. PLUTARCO, *Pompeyo* 8, 9, 13 y 15. La primera esposa de Pompeyo, Antistia, se suicidó poco después de haber sido repudiada. Marco Emilio Escauro, primer esposo de Cecilia Metela, del bando oligarca, había sido cónsul en el año 115 a. C. y censor en el 109 a. C. Manio Glabrión, cónsul en el 67 a. C., será pronto sustituido por Pompeyo en la guerra contra Mitrídates.

[162] La celebración del triunfo sobre Mitrídates tuvo lugar los días 27 y 28 de enero del año 81 a. C.

el sobrenombre de Afortunado, pues es esto principalmente lo
que significa la palabra latina *Felix*[163]. El propio Sila cuando
escribía a los griegos y trataba negocios con ellos se daba
a sí mismo el nombre de Epafrodito, que es como aparece
en los trofeos que hay entre nosotros: Lucio Cornelio Sila
3 Epafrodito. Incluso cuando tuvo gemelos de Metela, al niño
lo llamó Fausto y a la niña Fausta, ya que los romanos ponen
ese nombre a un bienaventurado y dichoso[164].

Confiaba hasta tal punto en la buena suerte que acompañaba sus acciones que, a pesar de la masacre que había provocado, de que se hubiera sometido a la ciudad a un cambio tan
inaudito y de tal calado, derogó la dictadura e hizo que fuera
el pueblo el que mandara sobre las elecciones a cónsules[165]. Él
no acudió, sino que se presentó en el Foro y expuso su persona
4 ante los que quisieran pedirle una rendición de cuentas. Además iba a ser elegido cónsul un hombre al que él no apoyaba,
un varón valiente y un célebre enemigo suyo, Marco Lépido,
y no por sí mismo, sino por la insistencia de Pompeyo que
5 gozaba del favor del pueblo[166]. Por ello, cuando Sila vio que
Pompeyo se iba contento por la victoria, le llamó y le dijo:
«Has hecho una buena acción política, joven, nombrando a
Lépido antes que a Cátulo, al hombre más inconstante en lugar

---

[163] En griego, *Eutychê.* Cf. Veleyo Patérculo, *Historia romana* II 27; Apiano, *Historia romana* I 97, Plinio el Viejo, *Historia natural* VII 44. El sobrenombre Epafrodito que se menciona a continuación está relacionado con la continua presencia de cabezas de Venus/Afrodita en las monedas acuñadas en época de Sila. No hay inscripciones en las que el nombre de Sila aparezca con ambos epítetos.

[164] Los gemelos nacieron en el año 87 a. C. Fausto fue magistrado monetario en el año 64 a. C. y un partidario de Pompeyo, aunque no muy importante, cf. Plutarco, *Lúculo* 4 y *Bruto* 9.

[165] Esta sorprendente renuncia voluntaria al poder se produjo en el 79 a. C.

[166] Marco Emilio Lépido fue el padre del triunviro Lépido. En un comienzo militó en el bando de Sila, pero terminó por convertirse en su rival. Fue cónsul en el año 78 a. C. junto a Quinto Lutacio Cátulo, partidario de Sila.

de al más virtuoso. No es un buen momento para dormirse, ya
que has hecho de tu rival un hombre más poderoso que tú». Es
como si Sila hubiera hecho una profecía; pues al poco tiempo
Lépido se levantó en armas contra Pompeyo[167].
Sila consagró un diezmo de sus posesiones a Hércules 35
y ofrecía banquetes al pueblo: era tan excesivo el acopio de
provisiones que cada día se arrojaba al río gran cantidad de
alimentos y bebían vino de cuarenta años e incluso más vie-
jo[168]. En medio de uno de esos festines que duró varios días, 2
Metela enfermó y murió. Los sacerdotes no le permitieron
a Sila entrar ni que la casa quedara impura por el luto. Entonces
Sila escribió la disolución del matrimonio con ella y, mientras
estaba viva aún, la ordenó irse a vivir a otra casa[169]. Y en esto
guardó escrupulosamente la ley por superstición; sin embargo,
a la hora de limitar los gastos de las honras fúnebres sobrepasó
la ley que él mismo había promulgado, sin reparar en gasto
alguno. También sobrepasó las normativas que había prescrito 3
sobre el gasto en los banquetes[170]: los lujos y bufonadas en los
convites y festines sirvieron para apaciguar su pena.

A los pocos meses hubo espectáculos de gladiadores —era cuando aún no estaban separados los asientos y en el teatro se sentaban juntos hombres y mujeres[171]— y sucedió entonces que una mujer tomó asiento cerca de Sila, su aspecto era

[167] Después de la muerte de Sila, los cónsules entraron en liza, cf. PLUTARCO, *Pompeyo* 16.

[168] Era normal que los imperatores dedicaran un diezmo a Hércules, cf. PLUTARCO, *Craso* 2 y *Cuestiones romanas*, 18.

[169] La muerte es portadora de contaminación, por lo que Sila hace un simulacro de divorcio de su mujer, como si el título de *Felix* le hiciera ocupar una determinada función en la relación con lo sagrado.

[170] Contra la *lex Cornelia sumptuaria,* promulgada por Sila para frenar los gastos excesivos en celebraciones y banquetes.

[171] *Lex Iulia theatralis,* cf. SUETONIO, *Augusto* 44, que legislaba la situación de los espectadores en el teatro y relegaba a las mujeres a las gradas superiores, junto al pueblo llano.

magnífico y era de noble familia, pues su padre era Mesala y
4 su hermano, el orador Hortensio; su nombre era Valeria y poco tiempo antes se había divorciado de su marido. Cuando pasó por detrás de Sila extendió hacia él la mano, le quitó un hilo que salía de la toga y se dirigió a su asiento. Sila se la quedó mirando maravillado, ella dijo: «No es nada malo, *imperator,* sino que quiero participar, aunque sea un poco, de tu buena
5 suerte». Sila la escuchó encantado, y al momento quedó claro que le había impresionado, pues mandó en secreto que preguntaran su nombre y así supo su linaje y su vida. Empezaron los intercambios mutuos de miradas, los continuos giros de cabeza, las sonrisas recíprocas; por último, los acuerdos y arreglos de cara a la boda, que en el caso de ella no eran reprochables; pero en el caso de Sila, ya que ella era bastante cuerda y de buen linaje, el asunto de la boda no comenzó a andar por la vía de la cordura ni de la honradez y le comparaban con un adolescente por su mirada y su ansia, cosas por las que surgen naturalmente las pasiones más vergonzosas y abyectas.

36 Aunque la tenía en su casa, seguía haciendo su vida junto a actrices de mimo, citaristas y teatreros, bebiendo desde por la mañana tumbados en lechos, pues eran éstos los que entonces tenían más intimidad con él: Roscio el cómico; Sórix, el jefe de los mimos; Metrobio, el que se vestía de mujer, al
2 que siempre amó durante toda su vida y nunca lo negó[172]. Eso favoreció que empeorara una enfermedad que en origen no era grave. Durante mucho tiempo le había pasado desapercibido que tenía un tumor purulento en las entrañas y la carne que se le había gangrenado era ya pasto de parásitos, de suerte que, por muchos que le quitaran todos los días y todas las noches, el número de los que aparecían a continuación era siempre

[172] Quinto Roscio Galo, actor y maestro de teatro al que defendió Cicerón en su *Pro Q. Roscio comoedo*. Sórix era uno de los actores de mimo más famosos de la época; Metrobio ya ha sido citado, *supra,* 2.

mayor. Todas sus ropas, el baño, los utensilios de limpieza y
la comida rebosaban de ese flujo purulento: tanto era lo que
supuraba. Por esta razón, a lo largo del día tomaba muchos 3
baños y se lavaba el cuerpo para limpiarlo. Pero no le valía de
mucho, pues rápidamente cambiaba y la masa enferma sobre-
pasaba la purificación[173].

Dicen que, entre los más antiguos, Acasto, el hijo de Pe-
lias, murió a causa de los piojos; de los posteriores, el poeta
Alemán, el teólogo Ferécides y Calístenes de Olinto, mientras
estaba preso en la cárcel, también el jurista Mucio. Asimismo 4
si se ha de mencionar a gente sin valía, pero que se hicieron
conocidos por otros motivos, se cuenta que el fugitivo que
capitaneó la guerra servil en Sicilia, cuyo nombre era Éunoo,
después de ser capturado y conducido a Roma, murió a causa
de los piojos[174].

Sila no sólo supo de antemano que iba a morir, sino que 37
de algún modo escribió acerca de ello. Dejó de escribir el vi-
gésimo segundo libro de sus *Memorias* dos días antes de que
sucediera; cuentan que los astrólogos caldeos le predijeron que
viviría bien y que habría de morir en la cima de sus dichas. Se 2
cuenta también que un hijo de Sila, que murió un poco antes
que Metela, se le apareció en sueños vestido con ropas po-
bres y le pidió a su padre que cesara sus preocupaciones, que
marchara junto a él al lugar en el que estaba su madre Metela

[173] Esta enfermedad tiene rasgos excesivamente novelescos y resulta bastante sospechosa y producto de una leyenda de venganza surgida después de la muerte de Sila.

[174] Acasto era un rey legendario de la Cólquide, castigado así por haber pretendido dar muerte a su hijo Peleo. Alcmán, poeta lírico de Sardes, que vivió en Esparta, donde compuso sus poemas, en el siglo VII a. C. Ferécides de Siros, mitógrafo del siglo VI a. C. y maestro de Pitágoras. Calístenes de Olinto, historiador y filósofo, discípulo de Aristóteles del siglo IV a. C. Publio Mucio Escévola, pretor en el 136 a. C., cónsul en 133 a. C. Éunoo fue el líder de la primera revuelta de esclavos en Sicilia, 134-132 a. C, cf. DIODORO SÍCULO, *Biblioteca histórica* XXXIV 23.

y viviera con ella tranquilo y libre de ocupaciones. Mas Sila
3 no abandonó los asuntos públicos, pues diez días antes de su muerte logró que se reconciliaran los bandos opuestos que había en Dicearquea[175] y les dio una ley para gobernarse. Un día antes, cuando supo que el magistrado Granio no pagaba una deuda que había contraído con el erario público, sino que estaba esperando a que él muriera, mandó a que lo trajeran a su casa. Ordenó a sus siervos que lo rodearan y lo estrangularan. A causa de la agitación y de la convulsión, el tumor reventó
4 y perdió una gran cantidad de sangre. Se quedó sin fuerzas y después de una noche de agonía, falleció, dejando dos hijos pequeños de su matrimonio con Metela[176]. Valeria, después de la muerte de Sila, dio a luz una niña, a la que llamaron Póstuma, pues es éste el nombre que dan los romanos al que nace después del fallecimiento de sus padres.

38 Muchos se unieron entonces a Lépido con la intención de evitar que se le rindiera al cadáver las pompas fúnebres acostumbradas, pero Pompeyo, aunque tenía reproches hacia Sila, pues era el único de sus amigos al que había dejado fuera de su testamento, les quitó la idea a unos con amabilidad y
2 ruegos, a otros con amenazas. Llevó su cuerpo a Roma y le dio unas honras fúnebres seguras y honorables[177]. Se cuenta que las mujeres acudieron a ellas con tal cantidad de esencias aromáticas que, sin contar lo que se había traído en doscientas diez tinajas, modelaron una imagen muy grande del propio Sila y otra de un lictor con un incienso preciosísimo y con cinamomo[178]. El día estuvo nublado desde por la mañana y se esperaba que lloviera, pero finalmente a la hora novena pusieron

---

[175] Nombre griego de Puteoli, actual Puzzolo, en Campania, cerca de Cumas, lugar en el que vivió Sila sus últimos días.

[176] Sila falleció con sesenta años, sus hijos Fausto y Fausta tendrían en torno a ocho o nueve años.

[177] Cf. PLUTARCO, *Pompeyo* 15, y APIANO, *Historia romana* I 105-106.

[178] La imagen del lictor obedece al rango de dictador de Sila.

el cuerpo en la pira[179]. Se levantó un fuerte viento que soplaba 3
hacia la hoguera, lo que levantó una gran llama que aceleró la recogida de los restos para su entierro; una vez que la pira se extinguió y el fuego se consumió, cayó una fuerte lluvia que se prolongó hasta la noche, de modo que parecía que la Fortuna había querido permanecer junto a su cuerpo
hasta que recibiera sepultura. El sepulcro está en el Campo 4
de Marte[180]: la inscripción, según se cuenta, la dejó escrita el propio Sila: viene a decir que ninguno de sus amigos le había sobrepasado a la hora de tratar bien, ni ninguno de sus enemigos en tratar mal.

COMPARACIÓN ENTRE LISANDRO Y SILA

Ya que hemos puesto fin a la *Vida* de Sila, pasemos en- 39
tonces a la comparación. Ambos tienen en común el que su ascenso se debiera a ellos mismos, aunque lo que distingue a Lisandro es que recibió el poder de la voluntad de unos conciudadanos políticamente sanos, en ningún caso actuó contra la voluntad de ellos ni ejerció el poder al margen de lo legal.
«En una lucha civil el peor se lleva el poder»[181], como sucedió 2
entonces en Roma: con el pueblo corrompido y el estado enviciado, mientras los déspotas se levantaban por doquier. No era de extrañar que Sila estuviera en el poder, cuando los Glaucias y Saturninos echaban de la ciudad a los Metelos, los hijos de los cónsules eran asesinados en las asambleas públicas, cuando con plata y oro se conseguían armas y se compraba a los soldados, cuando a fuego y a espada se imponían leyes y se
reducía por la fuerza a los opositores. No culpo a aquel que en 3

[179] A las 15:00 horas.

[180] El lugar más honorífico que había para enterrar, cf. Tito Livio, *Períocas* 90.

[181] Hexámetro de autor desconocido, citado también en Plutarco, *Alejandro* 53.

tal estado de las cosas quisiese conseguir el sumo poder, pero tampoco considero que el que acabó siendo el primer ciudadano fuera el mejor, en una situación en que la ciudad se hallaba en tal estado de depravación. Sin embargo, en una Esparta tan bien gobernada y tan cuerda entonces fue elevado al poder supremo y a la más alta responsabilidad el que era considerado
4 posiblemente el mejor y el primero de los excelentes. En una situación así el que recibió el poder se lo devolvió muchas veces a sus conciudadanos, pues prevaleció el honor de la virtud, que es quien daba la preeminencia; en cambio en el otro caso, desde el momento en que obtuvo el mando del ejército, lo conservó durante diez años, primero como cónsul, luego como procónsul, luego nombrándose dictador, siempre como gobernante absoluto en el mando de las armas.

40 Si bien Lisandro intentó un cambio en el poder, como hemos dicho, lo hizo de un modo más suave y respetuoso con lo legal que Sila: mediante la persuasión, no por las armas, ni subvirtiendo el orden por completo de una vez, sino enderezando la institución de los reyes. Además parecía justo que fuera el mejor de los mejores el que tuviera el poder en una ciudad griega que se gobernaba por la virtud, no por la
2 nobleza de la ascendencia. Al igual que un cazador busca un perro, no su linaje; y el jinete un caballo, no su linaje —pues ¿qué sucede si de un caballo surge una mula?—, del mismo modo el hombre de estado se equivocaría por completo si, cuando busca quién es el que ha de mandar, busca un linaje. Los propios espartanos quitaron el poder a algunos reyes por no ser suficientemente regios, sino malos gobernantes y de poca valía. Si ser malo con buena familia es deshonroso, es porque la virtud no procede de ser de buena familia, sino de la propia consecución de la honra.

3 En cuanto a las injusticias: en un caso vinieron por culpa de los amigos, en el otro se extendieron hasta los propios amigos. Se está de acuerdo en pensar que la mayoría de los

errores que cometió Lisandro fueron en realidad de sus partidarios y si se cometieron asesinatos fue para que aquellos mantuvieran sus cargos y tiranías. En cambio Sila, por envidia 4
de Pompeyo, le redujo el número de soldados; intentó quitarle el mando del ejército naval a Dolabela, cargo que él mismo le había concedido; ordenó que se diera muerte delante de él a Lucrecio Ofela, que pretendía el consulado por sus grandes e importantes acciones y provocó terror y miedo hacia él en todos por privarles de aquellos a los que más querían.

Aún es más, la inclinación hacia los placeres y las rique- 41
zas de uno mostraba una propensión al gobierno, en el otro a la tiranía. Lisandro no pareció actuar sin frenos ni puerilmente en la ostentación de tan grande autoridad y poder, sino que, más que ningún otro, escapó a que se le aplicara el dicho de «en casa, leones; al raso, zorras»[182], tan cabal, lacónico y contenido fue su modo de vida en todo. En el caso de Sila, ni 2
siquiera la pobreza que vivió en su juventud sirvió para poner medida a sus deseos; ni tampoco la edad cuando era viejo, y mientras daba a sus conciudadanos leyes sobre los matrimonios y la moderación en el derroche, él mismo, como cuenta Salustio[183], llevaba una vida disipada y adúltera. De este modo dejó a la ciudad tan pobre y esquilmada que tuvo que vender a las ciudades aliadas y amigas su libertad y autonomía a cambio de dinero, y eso que todos los días confiscaba los bienes de los más ricos y poderosos y los sacaba a subasta pública. Care- 3
cía absolutamente de medida en los dispendios y despilfarros que hacía para sus aduladores. Pues ¿qué imagen de cordura o economía podía dar en sus momentos de borrachera alguien que, a la vista de todos, durante la subasta de una considerable fortuna, ordenó que se vendiera el lote a uno de sus amigos

---

[182] Aristófanes, *Paz* 119-1190.

[183] Salustio, *Guerra de Jugurta* 95, pero es probable que la fuente de Plutarco sea aquí *Historias*. La ley mencionada es la *lex Cornelia de adulteriis et pudicitia*.

que había dicho un precio de compra bajo y que, cuando otro dio un precio mayor, precio que fue publicado en voz alta por el heraldo, montó en cólera y gritó: «¡Queridos conciudadanos, es un insulto y un abuso de poder que no se me deje entregar a quien yo quiera el botín que he conseguido!»? En
4 cambio Lisandro, cuando recibió presentes, se los remitió a sus conciudadanos. Mas no me cabe el elogio de esa acción: pues tanto daño provocó Lisandro en Esparta con la introducción de la propiedad privada de la riqueza, como mal Sila con su expolio de Roma; antes bien la menciono como prueba del
5 desapego de Lisandro respecto a las riquezas. Ambos ejercieron una curiosa influencia sobre sus ciudades: Sila, siendo como era de intemperado y despilfarrador, con todo logró que sus ciudadanos se volvieran más cuerdos; sin embargo, Lisandro llenó a Esparta de todas las afecciones del alma de las que él mismo carecía, de modo que ambos marraron: uno por ser peor que sus leyes, el otro porque hizo que sus conciudadanos se volvieran peores que él, ya que enseñó a Esparta a necesitar aquello que él había demostrado no echar en falta. Hasta aquí la comparación de sus políticas.

42 En los asuntos bélicos y en los hechos de armas, Sila no tiene parangón en cuanto a la cantidad de victorias y a los grandes peligros que arrostró. Lisandro obtuvo la victoria en dos batallas navales, a las que cabe añadir el asedio y toma de Atenas, que en verdad no fue una hazaña, pero que le reportó
2 gran gloria. Lo que sucedió en Beocia y en Haliarto se podría achacar a la mala suerte, pero se puede decir que también a un error de estrategia, pues no quiso aguardar al gran contingente que iba con el rey y que aún no había llegado de Platea, sino que se precipitó por cólera y deseo de gloria contra la muralla, aun estando en desventaja, de suerte que los hombres que allí estaban, indignos de estima, le salieron al paso y le dieron muerte. Pues no cayó resistiendo, como Cleombroto en Leuctras, el duro asalto de los enemigos, ni como Ciro o

Epaminondas[184], que, haciendo que aguantaran los que ya se replegaban o asegurando la victoria, sucumbieron en la lucha como era menester, y es que estos murieron una muerte digna de reyes y generales. Lisandro, a la manera de un peltasta o un 3
hoplita, dio su vida sin gloria, con lo que él mismo dio prueba de lo que decían los antiguos espartanos cuando se guardaban de dirigir ataques contra las murallas, ya que en estos puede suceder que un gran guerrero muera por las heridas que le provoca no ya un hombre corriente, sino incluso una mujer o un niño, como cuentan de Aquiles, al que mató Paris junto a las puertas de Troya.

En el caso de Sila, no es fácil enumerar todas las victorias 4
que obtuvo en batallas ni a cuántos miles de enemigos dio muerte. Tomó Roma en dos ocasiones, también conquistó el Pireo de Atenas, y no por hambre, como Lisandro, sino tras muchos y grandes combates, logrando expulsar al mar a Arquelao. También cuentan los rivales que tenía en frente, pues creo que era un regalo y una broma combatir por mar contra Antíoco, el piloto de Alcibíades y haber engañado al político ateniense Fílocles «hombre sin gloria, afilado sólo en su lengua»[185], que no son dignos de ser comparados con un auriga de Mitrídates ni con un lictor de Mario. Además, de los príncipes, 5
cónsules, generales y políticos que se enfrentaron con Sila, por no referirme a los demás, ¿quiénes fueron más temibles que Mario?, ¿qué rey más poderoso que Mitrídates?, ¿qué habitante de Italia más belicoso que Lamponio o Telesino? De todos ellos: al primero le echó de Roma, al segundo lo subyugó, al tercero y al cuarto les dio muerte.

Lo más importante de todo lo que se ha contado, a mi 43
entender, es que Lisandro logró su éxito gracias a que sus

---

[184] Epaminondas murió vencedor en la batalla de Mantinea en el año 362 a. C.

[185] Trímetro yámbico de una tragedia desconocida. Fr. *adesp.* 432 Nauck.

conciudadanos lucharon de su lado, en cambio Sila estaba desterrado y hostigado por la facción enemiga, mientras que su esposa andaba huyendo, su casa había sido destruida y sus amigos, asesinados. Él, en cambio, se enfrentó en Beocia a miles y miles de enemigos, se jugó la vida por su patria y le-
2 vantó un trofeo. Convirtió a Mitrídates en aliado, y éste le dio una fuerza bélica contra sus enemigos, sin mostrarse blando con él ni tener asomo de piedad, sino que no intercambió palabras con él ni le tendió su mano derecha hasta que quedó convencido de que abandonaría Asia, le entregaría sus naves
3 y restituiría a los reyes de Bitinia y Capadocia. Ésta es, por completo, la más importante de las hazañas de Sila y en la que actuó con mayor grandeza de ánimo, porque antepuso el bien común al suyo propio y, al igual que los perros de raza, no soltó su presa hasta que el rival se dio por vencido,
4 sólo entonces se aplicó a su venganza personal. Además del resto de los hechos, también lo que sucedió con Atenas tiene bastante importancia a la hora de comparar sus caracteres: si bien Sila combatió contra una ciudad que, por poder y mando, pertenecía a Mitrídates, la dejó después libre y autónoma; en cambio Lisandro no mostró piedad hacia una ciudad que había sucumbido después de haber tenido tanta hegemonía y dignidad, sino que suprimió la democracia y nombró a los tiranos más crueles y ajenos a las leyes.

5 Es momento de examinar si no estamos muy errados al decir que Sila tuvo más éxito, pero Lisandro se equivocó menos, y le concedemos a este la moderación y la prudencia y al primero la capacidad guerrera y el valor.



CIMÓN — LÚCULO

INTRODUCCIÓN

VIDAS DE CIMÓN Y LÚCULO

Dentro del enorme y variado proyecto plutarquiano, el par *Cimón y Lúculo* tiene el encanto de ser dos de esas *Vidas* tradicionalmente calificadas como «menores» pero que dicen mucho de la verdadera personalidad del autor, a la vez que tienen una sobresaliente calidad literaria. En estas *Vidas* se observa, por así decir, el Plutarco más auténtico: su magnífica y compleja prosa griega, su visión profunda de la historia universal y de la historia personal que se conjugan en estas biografías, casi retratos, de dos hombres controvertidos.

En ellas se ejemplifica la labor del polígrafo griego, que tanta fama le procuró a través de los siglos. «Plutarco es el autor más juicioso del mundo» rezaba, por ejemplo, la cita inaugural de Montaigne en la segunda edición que, en el año XI de la Revolución y ante el gran éxito de la obra, el impresor Cussac hubo de publicar, corregida y aumentada *(Les vies des hommes illustres de Plutarque,* la célebre traducción de Amyot de1572, de la que se haría acompañar Napoleón a lo largo de sus campañas). Tal fue la fortuna de Plutarco en la tradición europea como retratista de grandes hombres que sirvieron de ejemplo a otros hombres que llegaron a ser grandes.

La habilidad del biógrafo es precisamente componer, en pocas pinceladas maestras, una narración casi impresionista, que vaya desde el detalle al cuadro general. Y a propósito de ello se suele citar un conocido pasaje de la *Vida de Alejandro* (1, 2-3) en el que Plutarco establece las directrices del género del que es en cierto modo creador. Previniendo de que no habrá un recuento de batallas y grandes hechos, dice Plutarco: «No escribimos historias, sino biografías, pues la manifestación de la virtud o maldad no siempre se encuentra en las gestas más famosas, sino, por el contrario, frecuentemente una acción insignificante, una palabra o una humorada dan mejor prueba del carácter que las batallas en que hay millares de muertos, impresionantes despliegues de tropas y sitios de ciudades».

En las *Vidas de Cimón y Lúculo* reparamos en ese gusto por la miniatura que será marca auroral de este género, la biografía. Se trata de una pequeña historia o acaso de una historia de las pequeñas cosas en la cual, a través de los rasgos individuales del retrato de una persona, se esboza el gran retablo de una época. He ahí la gran destreza de Plutarco en sus relatos, que bien podrían compararse con el término unamuniano de intrahistoria o con otros acuñados modernamente, como la microhistoria de Levi y Ginzburg.

A propósito de la técnica narrativa del biógrafo como retratista, frente a la gran historia inaugurada por Heródoto y continuada por Tucídides, Plutarco formula la afortunada comparación en el pasaje mencionado: «Pues igual que los pintores tratan de captar las semejanzas en el rostro y en las expresiones de los ojos en las que se manifiesta el carácter, sin preocuparse prácticamente de las demás partes, así también a nosotros se nos ha de permitir que penetremos con preferencia en las señales del alma y que a través de éstas configuremos la vida de cada personaje, dejando a otros los sucesos grandiosos y las batallas».

Así, el «carácter» personal queda reflejado en estas «señales», pequeños detalles percibidos por el biógrafo, como si de un artista plástico se tratase, y que definen mejor que las grandes hazañas el «alma» del personaje. Partiendo de ahí, se irá extrapolando el detalle a un contexto más general para dar una visión de sus virtudes y faltas y, a la vez, para elaborar un hermoso cuadro del momento histórico que protagonizó el biografiado. Se busca así la anécdota, la frase pronunciada en un momento crucial, la broma y toda acción menor en apariencia, en la certeza de que de esta forma se puede reflejar su verdadera personalidad y, además, su *aretḗ*, la virtud de aquella persona.

Igualmente, en los epígrafes que introducen las *Vidas* de Cimón y Lúculo, Plutarco ha querido retomar este tema y de nuevo compararse con un retratista. «Puesto que estimamos mucho más hermosa que una estatua que reproduzca sólo el cuerpo y el rostro, otra que refleje el carácter y las costumbres, evocaremos con la escritura de *Vidas paralelas* los hechos de este hombre contando con detalle la verdad acerca de él» *(Cimón* 1, 2-3). Plutarco se reafirma en la creencia de que la verdad sobre las personas se encuentra en el esbozo de su carácter, a partir de esos trazos. Y en las vidas que ahora se presentan al lector, Plutarco va a acometer esta tarea de forma ejemplar, defendiendo la veracidad de su testimonio, que incluye los detalles negativos y positivos del carácter en su justa medida: «Pues así como estimamos justo para los que pintan acciones hermosas y llenas de gracia que, aunque en ellas haya alguna pequeña imperfección, no deba esto pasar totalmente inadvertido ni ser, por el contrario, exacerbado (pues lo uno produce una visión negativa y lo otro inexacta); de la misma manera, puesto que resulta difícil —y tal vez imposible— mostrar la vida de un hombre libre de reproche y sin tacha, en los hechos positivos se ha de narrar lo más de acuerdo posible con la verdad» *(ibid.* 2, 3-4).

Su arte del retrato literario incluye, pues, todo tipo de anécdotas que han de configurar la semblanza más fidedigna de los personajes. De hecho, en el caso tanto Cimón como de Lúculo, ambos son personajes ambivalentes (y curiosamente amantes y protectores de las artes plásticas)[1]. En sus vidas el retratista se recrea en ambos lados antes de emitir su juicio y comparación final. En estas y otras alusiones vemos cómo se retoma en las vidas de Cimón y Lúculo este símil predilecto de Plutarco entre la biografía y las artes plásticas, el retrato narrativo de un personaje frente a su busto esculpido o su efigie dibujada. Como ha consignado Carlos García Gual a propósito de esta comparación: «[...] piénsese que el retrato aparece en Grecia en época helenística, al comienzo un tanto idealizado, luego aproximándose más al realismo. [...] El biógrafo defiende la importancia de captar los pequeños detalles reveladores de un carácter, y tal vez para defenderse de la omisión de otros muchos hechos aparentemente de mayor relieve histórico»[2]. Pero cabe preguntarse el porqué de esta elección de Plutarco: por qué ha retomado estas reflexiones programáticas sobre su oficio en unas vidas supuestamente «menores» como son las de Cimón y Lúculo. Para dar respuesta a esto es preciso observar la elección de los dos personajes biografiados y sus puntos en común.

---

[1] Plutarco menciona las pinturas de Polignoto en la *Stoa Poikile* —con un retrato secreto de Elpínice, hermana de Cimón—, así como la labor del caudillo griego como renovador de las artes, para ornato de Atenas (*Cim.* 4, 6; 13, 6, etc.). Otro tanto ocurre con Lúculo, mecenas de las artes y las letras, propietario de la biblioteca más señalada de su época y de numerosas obras de pintura y escultura que atesoraba en sus lujosas villas (*Lúc.* 39, 2).

[2] Cf. C. García Gual, *Historia, novela y tragedia*, Alianza Editorial, Madrid 2006, pág. 76.

CIMÓN

El ateniense Cimón (c. 507-450 a. C.) es el primer componente de esta pareja ejemplar reunida por Plutarco. De procedencia tracia —su madre era hija del rey Oloro de Tracia—, hijo del gran Milcíades y emparentado con Tucídides, Cimón quedó marcado de joven por un delito de su padre, que murió en la cárcel por impago de deudas. Luces y sombras alternan en su biografía. Hombre hecho a sí mismo, alto y de hermosa apariencia, se le tachaba de mujeriego y bebedor. Hubo incluso rumores de incesto entre él y su hermana Elpínice —sin duda fomentados por sus oponentes políticos—, quien finalmente se casó con el rico Calias *(Cimón* 4, 8). Cimón era tenido por proespartano y acabó siendo condenado al ostracismo por diez años, en 461, tras prestar ayuda a Esparta, afectada por un terremoto[3]. Como representante del partido aristocrático, se enfrentó al pueblo y tuvo grandes rivales, como Temístocles o Pericles. Su ascenso definitivo al poder y al afecto de los ciudadanos se dio gracias a su triunfal regreso de Esciros, con los supuestos restos de Teseo, héroe nacional ateniense[4]. Como general fue ingenioso e innovador, ya desde la toma de Eión, el verano del 476 a. C., su primera gran acción militar, que supuso el comienzo del imperialismo ateniense[5]. Los resonantes éxitos

[3] Véase L. PICCIRILLI, «Il filolaconismo, l'incesto e l'ostracismo di Cimone», *Quaderni di storia* X, 19 (1984), 171-177.

[4] Este episodio es un buen ejemplo del uso político del mito en época histórica. Cf. A. MOREAU, «Le retour des cendres: Oreste et Thésée, deux cadavres (ou deux mythes?) au service de la propagande politique», en F. JOUAN y A. MOTTE (eds.), *Mythe et politique. Actes du Colloque de Liège 14-16 septembre 1989 organisé par le Centre de Recherches Mythologiques de l'Université de Paris X et le Centre d'Histoire des Religions de l'Université de Liège*, París, 1990, págs. 209-218. En concreto, esta expedición le valió a Cimón su definitiva hegemonía política, véase cf. A.J. PODLECKI, «Cimon, Skyros and Theseus' bones», *Journal of Hellenic Studies* XCI (1971), 141-143.

[5] Cf. TUCÍDIDES I 98 1, ARISTÓTELES, *Const. At.* XV 2.

militares que narra Plutarco (la gran batalla de Eurimedonte del 465 y su afortunada guía de la Liga délica desde el 478) junto a los hechos que silencia (el desastre de Drabesco), las astutas estratagemas y las anécdotas (el reparto del botín en Sesto y Bizancio en 9, 2 s.), señalan una personalidad política única, brillante y arrolladora. En palabras de Giuseppina Lombardo: «también por algunas cualidades exteriores supo ejercer una cierta fascinación entre la multitud. Se presentaba bien, era alto y bien parecido, buen orador; sus gestos eran a menudo un poco teatrales, como le gusta al pueblo»[6]. Con una mezcla de persuasión, bonhomía, suavidad negociadora y acciones enérgicas supo hacerse con el poder y colocar a Atenas a la cabeza de los griegos, dominando a los aliados y a los bárbaros. Además de amasar una inmensa fortuna, que usó generosamente, financiando comidas públicas y embelleciendo la ciudad. El balance, al final, será positivo, pues Cimón, «tras hacerse cargo de la patria cuando ésta obedecía a otros, le concedió el mando sobre sus aliados y la victoria sobre sus enemigos, obligando a los persas derrotados a abandonar los mares y a los lacedemonios a abandonar el poder, que depusieron voluntariamente». *(Comp.* 2, 2)

Sumario

Pero conviene ahora resumir el contenido de esta *Vida de Cimón* plutarquiana, con referencia a los epígrafes y el esquema de su contenido, para que sirva de guía a su lectura y comparación con Lúculo:

Introducción a las *Vidas* de Cimón y Lúculo. Episodio de Damón de Queronea. Razones para la comparación de Cimón y Lúculo: 1-3.
Origen familiar y carácter de Cimón: 4-5.
Cimón nombrado estratego. Primeras hazañas militares en Eión y

[6] G. Lombardo, *Cimone: ricostruzione della biografia e discussioni storiografiche*, Roma, Istituto Poligrafico dello Stato, 1934, pág. 37.

Tracia (c. 478 a. C.): 6-7.

Episodio de la toma de Esciros y el hallazgo de los huesos del mítico Teseo. Retorno triunfal de Cimón y los restos de Teseo a Atenas (475-476 a. C.). Máxima popularidad de Cimón por su carácter, acciones y riquezas: 8-11.

Hazañas de Cimón contra los persas. Victoria del Eurimedonte y Paz de Calias (469-466 a. C.): 12-14.

La facción popular reacciona contra Cimón. Acusación de filolaconismo. Cimón presta ayuda a Esparta tras un terremoto (462 a. C.). Ostracismo de Cimón (461 a. C.): 15-17.

Rehabilitación de Cimón (451 a. C.). Expedición a Egipto y Chipre como estratego (450 a. C.). Sueño profético y muerte de Cimón durante el sitio de Citio (449 a. C.). Retorno de sus restos a Grecia, donde son honrados como los de un héroe: 18-19.

LÚCULO

El retrato que hace Plutarco de Lúculo (c. 118-56 a. C.) también fue esbozado con abundantes claroscuros. Marcado por la condena de su padre, en paralelo a Cimón, Lucio Licinio Lúculo era de familia consular. Comenzó su vida pública recusando precisamente al acusador de su padre en un brillante proceso y pasó por las diversas magistraturas del *cursus honorum* hasta llegar al consulado en el 74 a. C., junto a Marco Aurelio Cotta. Como militar, estuvo a las órdenes de Sila en la guerra social y en la primera guerra contra Mitrídates VI del Ponto (c.132-63 a. C.). Sila tenía en gran estima a Lúculo no sólo por sus dotes militares, sino por su carácter leal y constante, de modo que parecía que iba a erigirse en su gran heredero[7]. Pero, en cierto modo, la suya fue a la larga una carrera malograda.

[7] Cf. J. VAN OOTEGHEM, *Lucius Licinius Lucullus*, Bruselas, Palais des Académies 1959, pág. 42 y A. KEAVENEY, *Lucullus: A Life*. Londres-Nueva York, Routledge, 1992, págs. 16 ss.

En palabras de Theodor Mommsen: «Lúculo fue un valiente general y —según el canon de valores aristocráticos— un hombre bueno y recto, pero no era amado en absoluto por sus soldados [...]. En él no había rastro del carisma que estrecha un vínculo personal entre el general y sus hombres»[8]. Nombrado gobernador de la Galia Cisalpina en un principio, luego pasó a mandar en Cilicia, lo que deseaba para encargarse de la nueva guerra contra el Ponto (Plutarco se recrea contando la anécdota de cómo lo consiguió gracias a una cortesana). Tanto sus primeras victorias (la batalla de Ténedos contra el almirante de Mitrídates, Neoptólemo) como las grandes batallas asiáticas (Cabira, Artaxata y el gran triunfo de Tigranocerta[9]) en las que midió sus armas contra Mitrídates y Tigranes II de Armenia, demostraron su extraordinaria valía. Pero pronto comenzaron las conspiraciones contra él: su cuñado Clodio amotinó a sus tropas en su propio campamento y los partidarios de Pompeyo le desprestigiaron en Roma. En Pompeyo tuvo Lúculo a un poderoso rival que acabó por sustituirlo en el mando de la guerra en 66 a. C. Abandonado por sus hombres y por el favor político, regresó a Roma y no pudo celebrar su triunfo hasta el año 63 a. C. Se retiró de la vida pública poco a poco, pero no dejó de estar siempre presente en ella, en forma de rumores y anécdotas, hasta su muerte. Habiendo reunido una enorme fortuna, se dio a una vida de lujos y grandes dispendios. Plutarco refiere toda una serie de *boutades*, muy de su gusto, sobre sus excesos de nuevo rico *(neóploutos)*. La vertiente negativa de Lúculo es ser considerado introductor en Roma de la *tryphḗ*, la molicie oriental[10].

[8] T. Mommsen, *Römische Geschichte*, III, Berlín, Weidmann, 1933, pág. 67.

[9] Cf. J. Van Ooteghem, *Lucius Licinius Lucullus*..., págs. 128 y ss.

[10] Para las tradiciones opuestas sobre Lúculo, véase L. Ballesteros Pastor, «Aspectos contrastantes en la tradición sobre L. Licinio Lúculo», *Gerion* 17 (1999) 331-343.

SUMARIO

En cuanto al sumario de la *Vida* de Lúculo, se puede usar el siguiente esquema, en paralelo al de Cimón:

Origen familiar de Lúculo. Educación y carácter. Primeros éxitos en el foro. Primeros éxitos en la milicia como lugarteniente de Sila (cuestor en 88 a. C., pretor en 78): 1-4.
Consulado de Lúculo (74 a. C.). Episodio de Pretia. Lúculo obtiene la provincia de Cilicia: 5-6.
Expedición a Asia (74 a. C.) en la guerra contra Mitrídates VI del Ponto. Liberación de Bitinia. Asedio de Cízico por Mitrídates y estrategia de Lúculo: 7-11.
Liberación de Cízico. Persecución de Mitrídates. Primeros problemas entre Lúculo y sus soldados: 12-14.
Victorias de Lúculo en Cabira. Huida de Mitrídates a la corte de Tigranes y toma de Cabira: 15-18.
Persecución de Mitrídates. Toma de Amiso. Embajada de Clodio a Tigranes. Buen gobierno de las ciudades de Asia: 19-23.
Campaña hacia Armenia contre Tigranes. Batalla de Tigranocerta. Victoria de Lúculo y disposiciones: 24-29.
Embajada de los partos. Persecución de Tigranes a través del Tauro hacia Artaxata. Penalidades del ejército. Rebelión de las tropas: 30-34.
Pompeyo toma el mando de la guerra (66 a. C.). Entrevista entre Pompeyo y Lúculo. Regreso de éste a Roma. Triunfo de Lúculo: 35-37.
Boda de Lúculo y Servilia. Excesos y lujos en Roma gracias a las riquezas adquiridas en las campañas. Retirada de la vida política y muerte: 38-43.

COMPARACIÓN ENTRE CIMÓN Y LÚCULO

La comparación entre ambos personajes se afianza en diversas pinceladas que resaltan sus paralelismos. Ante todo,

ambos destacaron por su afabilidad o dulzura de carácter *(praótēs),* en la política y en la guerra, diplomacia y tacto pero acciones enérgicas que les convirtieron en grandes servidores de sus patrias. El panorama general positivo se ve ensombrecido o difuminado por algunos defectos, que el biógrafo evalúa cuidadosamente. Podemos resumir entonces la estructura de la comparación entre Cimón y Lúculo, en correspondencia con los esquemas anteriores, en tres partes: 1. acciones en tiempo de paz; 2. acciones militares de ambos, y 3. balance general de sus vidas frente a frente.

Así, Cimón es celebrado como el caudillo que cimentó el poder de Atenas y también su grandeza cultural; igualmente Lúculo es un eficiente militar, y a la par *euergétēs* o benefactor de pueblos, y especialmente filheleno (como se ve desde el episodio inicial de Damón en Queronea [*Cimón* 1, 1 ss.]. Esto le granjea definitivamente la simpatía de Plutarco pese a sus muchas faltas)[11]. El rico Cimón dispensa favores al pueblo y actúa como mecenas de obras públicas y artísticas[12], relacionándose con poetas, escritores, pensadores y músicos; Lúculo también se mueve en los círculos intelectuales de Roma, como lo demuestra su amistad con Cicerón o con el poeta Arquias ya desde antes de partir a Oriente. Como dice Arthur Keaveney, «era un hombre sofisticado que vivió una época sofisticada»[13]:

---

[11] Cf. S. Swain, «Plutarch's characterization of Lucullus», *Rheinisches Museum* CXXXV (1992), 307-316.

[12] El engrandecimiento de Atenas como ciudad, con un programa de embellecimiento arquitectónico y estético que comienza con la política de Cimón, es comparable con el de otras capitales imperiales con el devenir de los siglos. Cimón financió las obras de las grandes murallas «llamadas *piernas*» (XV 6), como dice Plutarco, así como templos en la Acrópolis y obras de arte, cf. E.F. Bloedow, «Aspects of Cimon's Cultural Legacy», S.T.A.M. Mols y E.M. Moormann (eds.), *Omni Pede Stare. Saggi architettonici e circumvesuviani in memoriam Jos de Waele.* Studi della Soprintendenza Archeologica di Pompei, 9. Napoli, Electa Napoli, 2005, págs. 21-38.

[13] A. Keaveney, *Lucullus: A Life...*, pág. 10-14.

construyó los célebres Huertos de Lúculo, coleccionó libros y objetos de arte y abrió al público las puertas de su casa, refugio de poetas y filósofos, de su gran biblioteca, cuya fama perduraría en el tiempo[14].

Acerca de sus virtudes en la guerra no hay lugar a dudas: Plutarco señala los importantes éxitos de Cimón y Lúculo contra los bárbaros. La muerte igualó a Cimón y Lúculo, según el biógrafo, como hombres de similar carrera y fortuna. Acaso Cimón, según su carácter, hubiera tenido también una vejez decadente de no haberle sorprendido la muerte en plena campaña en Chipre. Se cuenta que, incluso después de muerto, su reputación mantuvo alejados a los enemigos y condujo a casa sanos y salvos a sus soldados. A este hombre tocado por los dioses sus conciudadanos le rindieron culto heroico después de su muerte. Y, a la par, los jóvenes romanos quisieron honrar a Lúculo enterrándolo en el Campo de Marte, junto a los grandes hombres. En torno a su muerte hay todavía un cierto halo de misterio[15]. Y no hay duda, en el segundo epígrafe de la comparación, acerca del enorme valor de las hazañas de ambos.

En definitiva, Cimón y Lúculo son retratados en toda su grandeza por Plutarco, que ensaya en ellos una narración biográfica literariamente perfecta. A través del uso casi impresionista de lo turbio contrastado con lo ejemplar, va configurando un lienzo extraordinario de la personalidad de los dos hombres. El propio autor siente la necesidad de justificar su elección, por la que nos preguntábamos más arriba (*Cimón* 3, 1): «Nos pareció que se debía comparar a Lúculo con Cimón, porque ambos fueron guerreros que brillaron contra los bárbaros, tuvieron suaves modos en el gobierno, y procuraron especialmente darle un respiro a sus dos patrias en

---

[14] Incluso hasta Isidoro de Sevilla (VI 5 1). Véase T. K. Dix, «The library of Lucullus», *Athenaeum* 88, 2 (2000), 441-464.

[15] Las fuentes cuentan que perdió la razón gradualmente o bien que fue envenenado. Cf. A. Keaveney, *Lucullus: A Life...*, pág.197 ss.

cuanto a las discordias civiles». Pero en lo que ambos brillan sobremanera es en los excesos, para bien o para mal: en los grandes hechos, pues «nadie entre los griegos antes de Cimón, ni entre los romanos antes de Lúculo llegó tan lejos en campañas militares» *(ibid.* 3, 2); en los detalles oscuros de su carácter les marcó «su ardor juvenil y desenfrenado en lo que se refiere a su modo de vida» *(ibid.* 3, 3). La microhistoria de coincidencias fragmentarias dará lugar a las páginas más memorables de estas dos *Vidas* de quienes fueron, como dice Plutarco, «naturalezas buenas y divinas». Así lo acreditan sus grandes hechos, pero también las pequeñas señales que permiten comprender sus almas.

De ambos personajes, como suele ocurrir, ha perdurado la anécdota. Y pese a que la balanza de la gran historia se ha inclinado claramente del lado del estratega griego, tanto Plutarco —que le dedica un retrato mucho más pormenorizado— como la posteridad han encontrado mucho más inspiradores los detalles luculianos. Son abundantes las reflexiones sobre su persona y su labor como general en Cicerón y a partir de ahí también en Maquiavelo[16]. Y la tradición literaria se ha alimentado del rico anecdotario luculiano. Théophile Gautier destacó la pequeñez de nuestro mundo frente a su dimensión legendaria, pues de una de sus bandejas de comida cotidianas «toda una ciudad moderna viviría ocho días»[17]. Con humor definió a Lúculo en 1929 el periodista y escritor español Julio Camba, como «un gran general que hacía rendirse por hambre a sus enemigos, y por satisfacción a sus amigos»[18]. Ese

---

[16] L. Piccirilli, «L. Licinio Lucullo in Cicerone e in Machiavelli: nota ai Discorsi III 13, 13», *Giornale storico della letteratura italiana* CLXVIII, Turín 1991.

[17] T. Gautier, «Une nuit de Cléopâtre» en *Le Roman de la Momie*, París, Garnier 1955, p. 36 [trad esp. de A. Mariño, *La novela de la momia*, Cátedra, Madrid 1993].

[18] J. Camba, *La casa de Lúculo o el arte de comer*, Espasa, Madrid 1998.

mismo año, Constantino Cavafis se inspiró en un pasaje de su expedición contra Tigranes para escribir su poema «Un actor de provincias»[19]. Y también Bertolt Brecht en *Das Verhör des Lukullus* (1939) lo retrata como un gran militar que comparece ante el dios de los infiernos para dar cuenta de sus acciones bélicas[20]. Basten unas pocas pinceladas sobre esto.

En estas *Vidas* Plutarco conjuga, en definitiva, el arte mayor y el menor a la perfección. Un compendio de sucesos y señales que nos ayuda a comprender mejor a estos personajes históricos y a la historia en sí. Estamos ante algunas de las pocas páginas memorables que han sabido registrar a la par la grande y pequeña historia del hombre.

EL TEXTO Y LA TRADUCCIÓN

Para esta versión castellana se ha partido de una síntesis entre las prestigiosas ediciones alemanas de la Teubner y se han consultado diversas traducciones modernas. Fundamentalmente se trata del texto usado por B. Perrin en su traducción inglesa de la Loeb Classical Library, que combina sabiamente las ediciones de Sintenis (Teubner 1873-1875) y Bekker (Tauchnitz 1855-1857); y, por otro lado, la traducción de la Biblioteca Universale Rizzoli[21], que reproduce el texto de K. Ziegler (Teubner 1968). Se ha visto también la reciente actualización de este texto —en su quinta edición— por

[19] B. Lavagnini, «In Plutarco, Vita Luculli 29,16-20, la fonte di una poesia di Kavafis», *Atene e Roma* XXXIII (1988), 144-146.

[20] Véase, en la traducción española de M. Sanz, B. Brecht, *El interrogatorio de Lúculo; El alma buena de Sezuán; El señor Puntila y su criado Matti*. Madrid, Alianza Editorial, 2005.

[21] Plutarco, *Cimone. Lucullo;* introduzione, traduzione e note [a Cimone] di S. Fuscagni; introduzione e note [a Lucullo] di B. Scardigli; traduzione [a Lucullo] di B. Mugelli; con contributi di B. Scardigli e M. Manfredini. Milán, Biblioteca Universale Rizzoli, 1989.

H. Gärtner[22] y la traducción inglesa del texto de *Cimón* por Blamire[23].

Con respecto a las traducciones anteriores en España, hay que recordar que las *Vidas* de Plutarco han tenido una larga tradición en la hermenéutica hispana. Desde la primera versión de Fernández de Heredia al aragonés, la de Alfonso de Palencia, cronista de Isabel la Católica, y la renacentista de Francisco de Enzinas[24], cabe destacar la traducción de D. Antonio Ranz Romanillos *(Las vidas paralelas, traducidas de su original griego en lengua castellana.* Madrid, 1821-1830) o la de Carles Riba al catalán. No es este el lugar de entrar a hablar de ellas, existiendo ya una larga bibliografía al respecto[25]. Se ha trabajado sobre todo a la luz de la versión de Ranz Romanillos, por ser la más reeditada y leída en el mundo hispánico hasta hoy día, pese a los problemas que presenta en nombres propios y algunos pasajes. Nuestra traducción aspira a actualizar a Plutarco en el español de hoy —tratando de conservar ante todo su personal estilo— para que el polígrafo griego llegue al lector de la manera más fiel posible, con todos sus ricos matices.

---

22 PLUTARCHUS. *Vitae Parallelae.* I.1 Munich-Leipzig, Saur. Bibliotheca Teubneriana, 2000.

23 PLUTARCH. *Life of Cimon.* With translation and commentary by A. Blamire. Bulletin Suppl. 56. Institute of Classical Studies. University of London. Londres, 1989.

24 Cf. A. PÉREZ JIMÉNEZ, «La versión renacentista de la «Vida de Cimón y Lúculo» de Plutarco, o, La traducción como pretexto», en *Fidus interpres. Actas de las primeras Jornadas Nacionales de Historia de la Traducción* (León: Universidad, 1987).

25 Para un estudio sobre el tema siempre es recomendable acudir a J.S. LASSO DE LA VEGA, «Traducciones españolas de las 'Vidas' de Plutarco», *Estudios Clásicos* VI (1962), 35, pag. 451-514. Existen muchos trabajos sobre la recepción, traducción y fortuna de Plutarco, entre los que destacaremos el de J. BERGUA CAVERO, *Estudios sobre la tradición de Plutarco en España (siglos XIII-XVII)*, Zaragoza, Universidad de Zaragoza, Departamento de Ciencias de la Antigüedad, 1995.

BIBLIOGRAFÍA

A) *Ediciones y traducciones*

B. PERRIN (ed.), PLUTARCH, *Lives* II. Themistocles and Camillus. Aristides and Cato major. Cimon and Lucullus. Cambridge, Harvard University Press-Londres, Heinemann, 1914 [reimpr. 1997].

C. RIBA (ed.), PLUTARC, *Vides paral·leles*. Text i traducció de Carles Riba; Vol. I, Part 3ª. Aristides i Marc Cató, Cimó i Luculle. Barcelona, Fundació Bernat Metge, Escriptors grecs, 1927.

A. RANZ ROMANILLOS (ed.), PLUTARCO, *Vidas paralelas*. Barcelona, Editorial Vergara, 1962.

A. PÉREZ JIMÉNEZ (ed.), PLUTARCO, *Vidas paralelas I: Teseo-Rómulo. Licurgo-Numa*, trad., B. C. G. 77, Madrid, Gredos, 1985.

A. BLAMIRE (ed.), PLUTARCH. *Life of Cimon*. With translation and commentary by A. Blamire. Bulletin Suppl. 56. Institute of Classical Studies. Londres, University of London, 1989.

S. FUSCAGNI, B. SCARDIGLI, B. MUGELLI y M. MANFREDINI (eds.), PLUTARCO, *Cimone. Lucullo;* introduzione, traduzione e note [a Cimone] di S. Fuscagni; introduzione e note [a Lucullo] di B. Scardigli; traduzione [a Lucullo] di B. Mugelli; con contributi di B. Scardigli e M. Manfredini. Milán, Biblioteca Universale Rizzoli, 1989.

K. ZIEGLER - H. GÄRTNER, PLUTARCHUS. *Vitae Parallelae*. I.1. Munich-Leipzig, Saur. Bibliotheca Teubneriana 2000.

B) *Monografías*

J. Bergua Cavero, *Estudios sobre la tradición de Plutarco en España (siglos XIII-XVII)*. Zaragoza, Universidad de Zaragoza, Departamento de Ciencias de la Antiguedad, 1995.

C. García Gual, *Historia, novela y tragedia*, Madrid, Alianza Editorial, 2006.

A. Keaveney, *Lucullus: A Life*. Londres-Nueva York, Routledge, 1992.

G. Lombardo, *Cimone: ricostruzione della biografia e discussioni storiografiche*. Roma, Istituto Poligrafico dello Stato, 1934.

L. Piccirilli, *Temistocle, Aristide, Cimone, Tucidide di Melesia fra politica e propaganda*. Genova, Il Melangolo, 1987.

J. H. Schreiner, *Hellanikos, Thukydides and the era of Kimon*. Oakville, Conn., Aarhus University Press, 1997.

J. Van Ooteghem, *Lucius Licinius Lucullus*. Bruselas, Palais des Académies, 1959.

CIMÓN

El adivino Peripoltas de Tesalia, cuando condujo hasta Beocia al rey Ofeltas y a los pueblos sometidos a él, fundó una estirpe célebre durante largo tiempo, la mayor parte de la cual se estableció en Queronea, la primera ciudad que tomaron tras haber expulsado de ella a los bárbaros[1]. Algunos de ellos, los más, que por naturaleza eran varones belicosos, perecieron en las batallas con los medos y en los combates con los galos, pues no los evitaron en absoluto[2]. Quedó entonces un niño, huérfano de padres, de nombre Damón, y apelado Peripoltas. Aunque superase con mucho, en cuanto a belleza corporal e ingenio de espíritu, a los jóvenes de su edad, no tenía educación y era de carácter tosco. Como se enamorase de éste, apenas había abandonado la edad infantil, un romano, el capitán de la guarnición que pasaba el invierno en Queronea, y al no conseguir persuadirle ni de palabra ni ofreciéndole regalos,

El adivino Peripoltas de Tesalia, cuando condujo hasta 1
tras haber expulsado de ella a los bárbaros[1]. Algunos de ellos, 2
ción y era de carácter tosco. Como se enamorase de éste, ape- 3

[1] Plutarco comienza con una alusión a la historia mítica de Beocia, que conocía bien siendo oriundo de Queronea, y su invasión por griegos del norte (TUCÍDIDES, *Historia de la Guerra del Peloponeso* I 12, 3). Los personajes son legendarios: el peregrino Peripoltas («el que va en torno»), el rey Ofeltas (PLUTARCO, *Sobre el retraso de la divina venganza* 558a).

[2] La Segunda Guerra Médica (480-479 a. C.) y la invasión de los celtas (279 a. C.). En Queronea se desarrollaron además dos importantes batallas, la que venció Filipo de Macedonia y en la que Sila derrotó a Mitrídates, rey del Ponto.

le hizo evidente que no se abstendría de la violencia, puesto que por aquel entonces nuestra ciudad estaba en penosa situación y, debido a su pequeñez y pobreza, era insignificante.
4 Y Damón, por temor a estas circunstancias, y enfurecido a la vez por semejante tentativa, urdió un plan contra este hombre junto con algunos de sus compañeros de la misma edad —no muchos, a fin de poder ocultarlo, en un número total de dieciséis—; así que se untaron el rostro de ceniza por la noche y, tras haber bebido vino abundantemente por el día, cayeron sobre el romano, que estaba oficiando un sacrificio en el ágora, y le dieron muerte a él y a los pocos que le acompañaban entonces, habiendo de abandonar la ciudad después.
5 Y resultó tal turbación que el Consejo de Queronea se reunió y los condenó a muerte, lo que sirvió a modo de disculpa de la ciudad ante los romanos[3]. Pero por la tarde, cuando, como era su costumbre, los magistrados cenaban juntos, Damón y los suyos irrumpieron en el palacio y los pasaron a cuchillo, y de nuevo se dieron a la fuga abandonando la ciudad.

6 Casualmente, por aquellos días, Lucio Lúculo estaba de paso con sus tropas por algún asunto[4]. Tras interrumpir su marcha y llevar a cabo una investigación sobre los hechos acaecidos recientemente, no halló culpa alguna en la ciudad, sino que más bien encontró que se le había hecho injusticia.
7 Así que, tomando a sus soldados, se marchó con ellos. Los ciudadanos entonces atrajeron mediante embajadas y decretos de disculpa a Damón, que estaba devastando la región con pillajes e incursiones y amenazaba la ciudad. Y cuando al fin regresó lo nombraron prefecto del Gimnasio. Pero, mien-
8 tras se ungía en el calidario[5], lo asesinaron. Durante mucho

[3] Este suceso debió de ocurrir en el año 88 a. C., cuando los romanos estaban en campaña contra Mitrídates.

[4] De la guerra contra Mitrídates, en la que estaba ocupado.

[5] El *calidarium*, en las termas, era una habitación circular abovedada donde se tomaban los baños calientes.

tiempo se aparecieron fantasmas y se escucharon lamentos en aquel lugar, según dicen nuestros padres, y las puertas del baño fueron tapiadas por ello. Hasta hoy día, los que habitan cerca de allí creen que hay visiones y sonidos aterradores[6].
Y a los descendientes de su estirpe —pues algunos se sal- 9
varon, sobre todo en Estiris, en la Fócida, donde se habla dialecto eólico— les llaman «enhollinados»[7], porque Damón se untó el rostro con ceniza para ejecutar su crimen.

Luego sucedió que los habitantes de Orcómeno, vecinos 2
de la ciudad y rivales de los queronenses, contrataron a sueldo a un delator romano que promovió una acusación contra la ciudad como si fuera contra un solo hombre por el asesinato de los que Damón había matado. El caso llegó al pretor de Macedonia (pues entonces todavía enviaban los romanos pretores a Grecia)[8]; los que hablaban en representación de la ciudad llamaron a Lúculo como testigo. Después de escribir el pretor a Lúculo, aquél testificó contando la verdad, de forma que la ciudad, que corría un grave peligro, pudiera escapar del castigo.

Así que los ciudadanos, ya salvados, erigieron una estatua 2
de piedra con la faz de Lúculo en el ágora, junto a la de Dioniso. Y nosotros, aunque han transcurrido ya muchas generaciones, creemos que hay que mantener la gratitud incluso entre quienes vivimos hoy día. Puesto que estimamos mucho más hermosa que una estatua que represente sólo el cuerpo y el rostro, otra que refleje el carácter y las costumbres, evocaremos con la escritura de *Vidas paralelas* los hechos de este hombre

---

[6] Las apariciones de fantasmas no son algo extraño en la literatura clásica, como acreditan el *Satiricón* de Petronio o *El asno de oro* de Apuleyo. *Vid. infra (Cimón* 6). Cf. para más detalles D. Ogden, *Magic, Witchcraft, and Ghosts in Greek and Roman Worlds: A Sourcebook,* Oxford University Press, 2002.

[7] *Asbolōmenoi,* en griego.

[8] Y no ya posteriormente, pues los romanos crearon la provincia de la Acaya en el 27 a. C. para la administración de Grecia con sus propios funcionarios.

contando con detalle la verdad sobre él. Porque basta la grati-
3 tud del recuerdo. Aquél no hubiera considerado digno recibir
como pago mentiras y una narración inventada en su beneficio
a cambio de testimonios verídicos. Pues así como estimamos
justo para los que pintan imágenes hermosas y llenas de gracia
que, aunque en ellas haya alguna pequeña imperfección, no
deba esto pasar totalmente inadvertido ni ser, por el contrario,
4 exacerbado (pues lo uno produce una visión negativa y lo otro
inexacta); de la misma manera, puesto que resulta difícil —y
tal vez imposible— mostrar la vida de un hombre libre de
reproche y sin tacha, en los hechos positivos se ha de narrar
5 lo más de acuerdo posible con la verdad[9]. Pues no conviene
en absoluto cargar las tintas con vehemencia en la narración,
ni excederse, a la hora de considerar los errores y calamidades
que acompañan a los hechos, resultantes de alguna pasión
o necesidad política, estimándolos más bien como falta de
alguna virtud que como maldad, y sintiendo pudor por la na-
turaleza humana, que nunca ha podido producir un carácter
tan bueno que sea puro o indudablemente tendente a la virtud.

3 Así pues nos pareció que se debía comparar a Lúculo con
Cimón, porque ambos fueron guerreros que brillaron contra
los bárbaros, moderados en la política, y procuraron especial-
mente darle un respiro a sus dos patrias en cuanto a las dis-
cordias civiles[10]. Aparte de elevar trofeos y obtener victorias
2 muy resonantes fuera de su patria. Pues nadie entre los griegos
antes de Cimón, ni entre los romanos antes de Lúculo llegó
tan lejos en campañas militares —dejando fuera de la compa-
ración las gestas de Heracles y de Dioniso, o si alguna hazaña
digna de crédito de Perseo entre los etíopes o de Jasón con los

[9] Esta comparación del biógrafo con el retratista ya la hace PLUTARCO en su prólogo a las biografías de Alejandro y César *(Alejandro* 1, 3), en un pasaje que se suele citar para diferenciar la biografía del género historiográfico. Cf. C. GARCÍA GUAL, *Historia, novela...*, págs. 76 ss.. y 81 ss.

[10] Normalmente Plutarco no justifica sus comparaciones con este detalle.

Medos o los Armenios ha llegado hasta nosotros transmitida por el recuerdo desde los tiempos de antaño[11]. Y común a am- 3
bos resulta de algún modo lo incompleto de sus expediciones militares, puesto que cada cual, tras derrotar estrepitosamente a sus enemigos, no los destruyó por completo. Sobre todo se puede ver en los dos su liberalidad y generosidad en cuanto a la hospitalidad y la bondad, y asimismo su ardor juvenil y desenfrenado en lo que se refiere a su modo de vida. Acaso omitiremos algunas otras semejanzas que no será difícil extraer de esta narración.

Cimón, hijo de Milcíades, tuvo por madre a Hegesípila, 4
de linaje tracio, hija del rey Oloro, como se cuenta en los poemas de Arquelao y Melantio, escritos en honor del propio Cimón[12]. De ahí que también el historiador Tucídides, pariente 2
por estirpe de Cimón, tuviera por padre a un Oloro, lo que se constata en la homonimia con su antepasado, y atesorara minas de oro en Tracia. Por ello, se dice que murió en el Bosque 3
de Escapte —es decir, un territorio de la Tracia—, donde fue asesinado. Pero su sepulcro, como fueran transportados sus restos al Ática, puede verse hoy entre los de los Cimones, junto a la tumba de Elpínice, hermana de Cimón[13]. Tucídides 4
nació, sin embargo, en el demo de Halimunte, mientras que la familia de Milcíades era oriunda del de Lacíades.

---

[11] Lista de héroes míticos que llegaron a los confines del mundo. Heracles, a occidente; Perseo, a África; Jasón, al Mar Negro; Dioniso, a la India, etc. La expedición de Dioniso a la India era un motivo tradicional (cf. EURÍPIDES, *Bacanales* 13-22, APOLODORO, *Biblioteca* III 5, 1-3, NONO, *Dionisíacas* XIII ss., etc.), pero que, a partir de Alejandro Magno, a quien se identificaba con el dios, se convirtió en un modelo para conquistadores del Oriente.

[12] Cimón nace en el Quersoneso entre el 509 y el 505, de la estirpe real tracia. Arquelao, filósofo que enseñó a Sócrates, y Melantio, poeta trágico, fueron contemporáneos de Cimón. Otro ilustre escritor, Tucídides, estaba emparentado con él.

[13] Elpínice era medio hermana de Cimón, algo menor que él. Fue acusada de incesto con Cimón, como se ve *infra.* La acusación fue usada como arma política contra él (L. PICCIRILLI, «Il filolaconismo...», 171-177).

Pues bien, Milcíades, que debía una multa de cincuenta talentos, fue encarcelado por insolvencia y murió en prisión. Y Cimón se quedó completamente solo cuando aún era un muchacho, junto con su hermana que todavía era una jovencita sin desposar. En los primeros tiempos era mal visto en la ciudad y se le tenía por un rebelde y un bebedor, parecido por naturaleza a su abuelo Cimón, quien por causa de su carácter bondadoso dicen que era apodado «El Simple»[14].
5 Estesímbroto de Tasos, que nació más o menos en la misma época que Cimón, afirma que no era instruido ni en la música ni en ninguna otra de las disciplinas liberales que se enseñan entre los griegos, y que le faltaba la destreza y elocuencia típica del Ática[15]. Habiendo en sus formas mucho de nobleza y sinceridad, la disposición del alma de este hombre era más bien peloponesia: «simple, franco y bueno en grado sumo», según el *Heracles* de Eurípides[16]. Estas cosas, así pues, pueden decirse sobre lo escrito por Estesímbroto[17].

6 Siendo aún joven se le acusó de mantener relaciones íntimas con su hermana. Y, por otra parte, se decía que Elpínice no había tenido una conducta totalmente ordenada, sino que se comportaba vergonzosamente como amante del pintor Polignoto. Y por ello dicen que éste, en la estoa llamada entonces de Pisianacte (ahora Pécilo), cuando pintó a las troyanas,

---

[14] Cimón Coálemo («El Simple») fue asesinado por órdenes de los Pisistrátidas. Cuenta Heródoto que a su muerte fue enterrado a la manera oriental, junto a sus yeguas de carreras (HERÓDOTO, *Historia* VI 103).

[15] Cimón carece de educación y es la imagen del *self-made man* griego.

[16] Tragedia perdida, representada entre el 421 y el 415 a. C. Éste es el fragmento 473 de Nauck.

[17] Estesímbroto de Tasos escribió biografías sobre los personajes de su época. Es citado a menudo por Plutarco. De su obra solo quedan fragmentos (cf. D. COLETTI, «I frammenti di Stesimbroto», *Annali della Facoltà di Lettere e Filosofia di Perugia* 12 [1974-75] 65 ss.).

dibujó el rostro de Laódice[18] a imagen del de Elpínice. Polignoto no era un vulgar artesano ni pintó la estoa como medio de vida, sino gratis, para ser honrado ante la ciudad, como cuentan los escritores de historiografía. El poeta Melantio lo dice de este modo: 7

«Pues a su costa adornó los templos de los dioses
Y el ágora de Cécrope con hazañas heroicas».

Hay quienes dicen que Elpinice compartía lecho con Cimón no ocultamente, sino desposada por él en público, pues no pudo hallar un novio digno de su alta cuna a causa de su pobreza. Pero cuando Calias[19], uno de los mas ricos de Atenas, se enamoró de ella y se declaró, dispuesto a pagar al erario público la multa impuesta al padre, ella accedió y Cimón le dio a Elpínice como esposa. Aparte de todo esto, 9 parece que, en efecto, Cimón era algo dado a los amoríos femeninos. Pues el poeta Melantio recuerda en son de broma en una elegía dedicada a Cimón que una tal Asteria, de estirpe de Salamina, y también una cierta Mnestra fueron cortejadas por él. Y resultó, asimismo, que de Isodice, hija 10 de Euriptólemo de Megacles, aunque estaba casada según la ley, se enamoró apasionadamente Cimón y sufrió sobremanera a su muerte, si hemos de aceptar como prueba las elegías que fueron escritas para él como consolación del duelo, y cuyo autor, según afirma Panecio el filósofo, pudo

[18] Una de las hijas de Príamo. El célebre pórtico de la *Stoa Poikile* pintado por Polignoto incluía la caída de Troya, entre otras escenas mitológicas y algunas históricas, como la batalla de Maratón, en la que participó Milcíades, padre de Cimón.

[19] Uno de los primeros atenienses en acumular grandes riquezas gracias a las minas (NEPOTE, *Cimón* 1, 3), cuya explotación siguió su hijo (JENOFONTE, *Memorables* 4, 15). Firmó la paz que lleva su nombre con los persas en el 449 a. C. entre la Liga de Delos y los persas.

ser Arquelao el físico, no sin razones, en atención a la cronología[20].

5 Todos los demás aspectos del carácter de Cimón fueron
admirables y nobles. Pues no fue en valor, según se admite,
inferior a Milcíades, ni de menor ingenio que Temístocles, y
se mostró más justo que ambos. En cuanto a la excelencia en
las artes de la guerra, tampoco desmerece en nada ante aque-
llos, y, en lo que se refiere a la política, les superó mientras
2 aún era joven e inexperto en las campañas militares. Porque
cuando Temístocles persuadía al pueblo para que abandonara
la ciudad ante el ataque de los persas y dejara la región para
concentrar las armas en las naves enfrente de Salamina y pre-
sentar batalla por mar, aunque la mayoría se quedó sorprendi-
da ante tamaño atrevimiento, Cimón fue el primero al que se
vio subir tranquilamente por el Cerámico hacia la Acrópolis
junto con sus compañeros para consagrar las riendas de un ca-
ballo, que llevaba en las manos, a la diosa, lo que simbolizaba
que la ciudad no necesitaba fuerzas de caballería en aquellas
3 circunstancias, sino hombres para la batalla naval[21]. Y tras
dedicar las riendas, tomar un escudo de los que estaban col-
gados en el templo y rezar las oraciones a la divinidad, des-
cendió hacia el mar convirtiéndose en un ejemplo inspirador
de valentía para no pocos. Era su figura no carente de gracia,
como dice el poeta Ion[22], sino grande y con rizada y abundan-
4 te cabellera sobre los hombros. Se mostró brillante y valeroso
especialmente en aquel combate, y adquirió pronto buena

---

[20] Panecio fue un filósofo estoico posterior (185-109 a. C.) que difundió estas doctrinas entre los romanos. De Arquelao se ha hablado anteriormente.

[21] A la comparación entre Cimón y los grandes estrategos de las Guerras Médicas (Milcíades, Temístocles y Arístides, artífices de las victorias de Maratón y Salamina) se volverá a menudo *(Cimón* 8 y 13). Aquí se recuerda esta escena de las vísperas de Salamina (480 a. C.). El Cerámico es un barrio septentrional de Atenas situado en una colina.

[22] Ion de Quíos, poeta, filósofo y dramaturgo contemporáneo de Sócrates.

fama y reputación en la ciudad, reuniéndose muchos en su derredor que le pedían que planease y llevara a cabo hazañas
dignas de Maratón. Conque, lanzándose a la vida pública, el 5
pueblo lo acogió encantado y, un tanto harto de Temístocles, lo elevó a los más altos honores y magistraturas de la ciudad, pues era muy agradable y amado por la mayoría a causa de su
buen carácter y su sencillez. No poco le favoreció Arístides, 6
hijo de Lisímaco, ya fuera en vista de su excelente naturaleza, o acaso por contraponerle a la destreza y osadía de Temístocles.

Después de que los persas se hubieran retirado de suelo **6**
griego, fue designado estratego cuando aún no poseía Atenas el imperio de los mares, sino que todavía andaba a la zaga de Pausanias y los lacedemonios[23]. Lo primero que hizo en el ejército fue procurar constantemente que sus conciudadanos fueran dignos de admiración por su buen orden y que se distinguiesen con mucho de los demás en cuanto a valentía.
Pausanias, mientras estaba concertando con los bárbaros su 2
traición y escribiéndole una carta al rey de Persia, se comportaba duramente y con arrogancia hacia sus aliados y se llenaba de soberbia gracias a su poder y su insensato orgullo; Cimón, en cambio, acogía amablemente a los injuriados y los trataba con humanidad. Conque no obtuvo la hegemonía en Grecia mediante las armas, sino a través de la palabra y de
su carácter, sin que nadie se diera cuenta. Así que los más de 3
los aliados lo preferían a él junto con Arístides, al no soportar más la rudeza y soberbia de Pausanias. Éstos les llevaron,

[23] En el año 478 a. C. Cimón fue designado estratego por primera vez, poniendo los cimientos del poderío ateniense y de la Liga de Delos. En cuanto a Pausanias, rey espartano, es nieto del famoso Leónidas, artífice de la victoria de Platea (479 a. C.) y conquistador de Bizancio. Plutarco contrapone su proverbial arrogancia con la dulzura de Cimón. Se sospechó que había traicionado a los griegos en tratos con el rey persa Jerjes.

decían que enviados por los éforos[24], para revocar el cargo de Pausanias, pues le acusaban de deshonrar a Esparta y turbar
4 toda Grecia. Se dice que cuando Pausanias envió por cierta doncella bizantina de nombre Cleonice, de padres ilustres, para deshonrarla, los padres entregaron a su hija por necesidad y miedo; y ella, tras pedir a los que montaban guardia frente a su habitación que apagaran la luz, en medio de la oscuridad y el silencio se acercó al lecho donde Pausanias dormía ya y,
5 sin querer, tropezó e hizo caer una lámpara. Y éste, asustado por el ruido y tras desenvainar la daga que yacía a su lado, creyendo que algún enemigo había entrado para atacarle, hirió y derribó a la doncella. Y ella, como muriese por las heridas, no dejó descansar en lo sucesivo a Pausanias, sino que su fantasma se le aparecía de noche en sueños y le recitaba airadamente este verso épico:

«Avanza hacia tu castigo. La desmesura es, de cierto, un mal para los hombres».

6 Y a propósito, justo después, los aliados junto con Cimón, enfurecidos grandemente, lo expulsaron de la ciudad. Entonces él, exilado de Bizancio y aterrado por aquel espectro, según se cuenta, huyó a un oráculo de necromancia en Heraclea[25], y tras convocar al alma de Cleonice, trató de

---

[24] Magistrados espartanos que, en número de cincuenta, controlaban el poder de los reyes de Esparta.

[25] Los oráculos, como los sueños, tenían gran importancia entre los griegos como guía para la vida y la política. La consulta a los muertos o necromancia era una de las modalidades de adivinación (Cf. R. Flacelière, *Greek Oracles*, Londres, Book Club Associates, 1976, pág. 25). Heraclea, en el Ponto (actual Turquía), era un conocido oráculo de los muertos en la ciudad fundada por el mítico Heracles. Había allí una gruta por la que se dice que el héroe descendió a los infiernos. Aún hoy día, en los aledaños de la antigua ciudad, hay un lugar llamado en turco Cehennemagzi («Puerta del infierno»). Cf. T. Curnow, *The Oracles of the Ancient World*, Londres, Duckworth, 2004, pág. 137.

aplacar su ira. Pero ella, tras aparecerse ante su vista, le dijo 7
que pondría rápidamente fin a sus males cuando viajara hasta Esparta, significando su futura muerte, a lo que parece. Esta historia es narrada por muchos autores[26].

Entonces Cimón, después de que los aliados se le hubie- 7
ran unido, zarpó hacia Tracia como estratego, al enterarse de que algunos persas ilustres y parientes del Rey, tras tomar la ciudad de Eión, situada junto al río Estrimón, estaban hostigando a los griegos que vivían en aquel lugar. Primeramente 2
derrotó a estos persas en combate y los recluyó en la ciudad. Después puso bajo control a los tracios que había más allá del Estrimón, desde donde proveían a aquéllos de trigo, y protegió toda la zona. Puso en tal brete a los asediados que Boges, el estratego del rey persa, como viera la situación, prendió fuego a la ciudad y se inmoló a sí mismo junto con sus compañeros y sus posesiones[27]. Al tomar así la ciudad no se ganó nada 3
digno de mención, porque la mayor parte de las cosas habían ardido junto con los bárbaros. Pero el territorio, que era de gran fertilidad y muy hermoso, lo entregó a los atenienses para que lo colonizasen[28]. Y el pueblo le concedió como honor que 4
erigieran unos hermes de piedra, en el primero de los cuales había esta inscripción:

«De cierto poseían valientes corazones aquellos que, [una vez,
luchando con los hijos de los medas en Eión,

---

[26] Como por ejemplo PAUSANIAS, *Descripción de Grecia* III 17 8 s.

[27] Heródoto relata la acción heróica del comandante persa en su *Historia* VI 107.

[28] La toma de Eión es la primera acción brillante de Cimón y seguramente el comienzo del imperialismo ateniense. Su fecha más probable es el verano de 476 a. C., después de un año de asedio. El lugar era una fuente de riquezas mineras importante que ya había tenido presencia ateniense desde el siglo VI (TUCÍDIDES, *Historia de la Guerra del Peloponeso* I 98, 1, ARISTÓTELES, *Constitución de los atenienses* XV 2).

en torno a las corrientes del Estrimón, primero procuraron
dolor al enemigo, entre ardientes privaciones y fría
[guerra».

5 Y en el segundo:

«Y esto a sus caudillos, como una recompensa,
dieron los atenienses por sus nobles acciones y grandes
[beneficios.
Las gentes de los años venideros, al ver estas hazañas,
aún más querrán luchar por nuestro bien común».

6 Y el tercero:

«De aquí una vez partieron a la divina Troya Menesteo
[y los Atridas.
A éste una vez Homero llamó 'egregio caudillo de batalla'[29]
entre los Dánaos acorazados. Así, no es impropio nombrar
a los atenienses caudillos en la guerra y a la vez en el coraje».

Estos hermes, aunque en ninguna parte mostraban el nombre de Cimón, parecieron a los hombres de entonces que signi-
8 ficaban el más alto honor posible. Pues ni siquiera Temístocles o Milcíades obtuvieron una cosa así. Antes al contrario, pues a este último, que una vez pidió una corona de olivo para sí, le respondió Sofanes, el hijo de Deceleas, poniéndose en pie en medio de la asamblea, con palabras no por cierto favorables, pero que entonces gustaron al pueblo:

«Pues si —dijo— habiendo combatido en solitario, oh Milcíades, hubieras vencido a los bárbaros, entonces serías digno de honores en solitario».

[29] En la *Ilíada* (II 552) Menesteo es el jefe de las tropas venidas de Atenas. Para estas inscripciones ejemplarizantes en verso, que no mencionan el nombre de los generales, cf. también ESQUINES, *Contra Ctesifonte* 183 s.

Conque, ¿por qué estimaron tanto la hazaña de Cimón? 2
¿Tal vez porque bajo el mando de los otros estrategos se de-
fendían de los enemigos para no padecer mal alguno, mientras
que con Cimón pudieron infligirles daño a su vez y, tras ata-
carles, conquistar ellos también algún territorio, colonizando
Eión y Anfípolis? También poblaron Esciros, tras haberla to- 3
mado Cimón por esta misma razón[30]. Los Dólopes habitaban
esta isla y no eran diestros trabajando la tierra, así que se
dedicaban a practicar la piratería de los mares desde antiguo.
Pero terminaron por atacar a los extranjeros que navegaban
junto a las costas para comerciar. Incluso saquearon a algu-
nos comerciantes de Tesalia que navegaban rumbo a Ctesio[31].
Y cuando estos últimos, habiendo escapado de su cautiverio, 4
promovieron contra la ciudad un castigo por sentencia de anfic-
tionía[32], no quisieron devolver los tesoros de muchos, sino que
instaban a que los devolvieran aquellos que ahora los tenían,
después de habérselos arrebatado. Así que, temerosos aque-
llos, escribieron cautamente a Cimón, exhortándole a acudir
con sus naves para tomar la ciudad, que le entregarían ellos
mismos. Y tras conquistar Cimón la isla de tal manera, expul- 5
só a los dólopes y liberó el Egeo. Como supiera que el antiguo
Teseo, hijo de Egeo, huyó de Atenas a Esciros y que allí fue
muerto a traición a manos del cobarde rey Licomedes, se es-
forzó por hallar su tumba. Pues había un oráculo que instaba a 6
los atenienses a llevar los restos de Teseo de nuevo a la ciudad

---

[30] Véase también Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso* I 98: «después [*scil.* de Eión] tomaron Esciros, la isla del mar Egeo, que habitaban los dólopes y la colonizaron». Cf. la traducción de F. Rodríguez Adrados, *Tucídides, Historia de la Guerra del Peloponeso* I, Madrid, Editorial Hernando, 1984, pág. 173. Anfípolis, en cambio, fue colonizada más tarde (437 a. C.).

[31] Puerto de la isla de Esciros.

[32] La anfictionía era una comunidad religiosa de ciudades griegas agrupadas en torno a un santuario. La más célebre fue la liga anfictiónica de Delfos. Se podían declarar guerras contra los que violaban las leyes anfictiónicas. El propio Plutarco fue ejecutor de sentencias de esta especial jurisdicción.

y rendirle los honores que se le debían como héroe[33]. Mas ignoraban dónde yacía porque los de Esciros no lo confesaban ni
7 permitían emprender la búsqueda. Entonces, con gran afán de gloria, apenas se hubo hallado el recinto sagrado, Cimón, tras llevar los huesos y demás restos a su trirreme y adornarlos con magnificencia, los transportó de vuelta a la ciudad después de casi cuatrocientos años. Por esto especialmente el pueblo estuvo bien predispuesto hacia él. En su memoria se estableció también un certamen de tragedias, que cobró gran fama.
8 Pues fue entonces cuando Sófocles, aún joven, concursó con su primera obra. Y el arconte Apsefión, al producirse disputas y revuelo entre los espectadores, no echó a suertes el juicio de aquel concurso[34]. Pero Cimón, tras entrar en el teatro con sus compañeros estrategos, hizo las preceptivas libaciones en honor de la divinidad y no permitió que éstos se marcharan, sino que les obligó bajo juramento junto a diez personas, una de cada tribu, a sentarse en su lugar y a emitir el veredicto.

---

[33] Teseo se convirtió, en la época del imperialismo ateniense, en una especie de «héroe nacional», en parte debido a la propaganda política, en las letras y las artes. Isócrates *(Elogio de Helena* 23-25) lo alaba frente a Heracles, el héroe griego por excelencia, y las metopas del tesoro de los atenienses en Delfos o las pinturas de la *Stoa Poikile* lo honraban como símbolo de Atenas. Este episodio, siguiendo un oráculo délfico de 476/5 (Plutarco, *Teseo* XXXVI 2), fue utilizado por Cimón para cimentar su popularidad frente a su rival Temístocles (cf. A. J. Podlecki, «Cimon, Skyros..., 141-143 y, para el uso político del mito, A. Moreau, «Le retour des cendres: Oreste et Thésée, deux cadavres (ou deux mythes?) au service de la propagande politique», en F. Jouan & A. Motte (eds.), *Mythe et politique. Actes du Colloque de Liège 14-16 septembre 1989 organisé par le Centre de Recherches Mythologiques de l'Université de Paris X et le Centre d'Histoire des Religions de l'Université de Liège*, París, 1990, págs. 209-218).

[34] En la antigua Atenas las tragedias se representaban y competían en los festivales en honor de Dioniso, principalmente durante las Grandes Dionisias, en marzo, pero también en las Leneas y las Dionisias Rurales. El arconte epónimo era encargado de dirigir el festival en las Dionisias, y el arconte *basileus* en las Leneas. El premio lo decidía un jurado compuesto de cinco miembros elegido por sorteo, pero en caso de grandes presiones del público el arconte podía suspender la votación.

El certamen, así pues, a causa de la valía de los jueces, 9
llevó el ansia de gloria a un punto excesivo. Y, como venciera Sófocles, se dice que Esquilo se quedó tan consternado que, no pudiendo soportarlo más, no permaneció mucho más tiempo en Atenas. A causa de su enfado marchó a Sicilia, donde murió y fue enterrado en Gela[35].

Afirma Ion que, cuando, siendo aún un muchachito, llegó 9
desde Quíos a Atenas, celebró un banquete en compañía de Cimón, en casa de Laomedonte, y que, tras hacerse las libaciones, le pidieron que cantase. Él lo hizo no sin gracia, siendo alabado por los presentes como más diestro en ello que Temístocles, pues éste declaró que no había aprendido a cantar
ni a tocar la cítara, pero que sabía engrandecer y enriquecer la 2
ciudad[36]. Entonces, como suele suceder cuando se bebe vino, en cuanto la conversación hubo fluido hacia las hazañas de Cimón y se hizo memoria de las más importantes, él mismo explicó una de sus propias estratagemas, la que pensaba era
más inteligente. Una vez, después de hacer prisioneros los 3
aliados a muchos de los bárbaros de Sesto y Bizancio, le encargaron a Cimón que los distribuyera entre ellos. Y él puso de un lado a los propios prisioneros, y del otro los adornos de sus cuerpos. Entonces protestaron diciendo que el reparto
era desigual. Pero él les instó a elegir una de las dos partes, 4
afirmando que los atenienses se darían por satisfechos con lo que ellos dejasen de lado. Como Heròfito de Samos aconsejó elegir los adornos de los persas en lugar de los propios per-

[35] El concurso a que se refiere Plutarco tuvo lugar en las Grandes Dionisias, bajo el arcontado de Apsefión (469-468 a. C.). Parece que Esquilo murió en Sicilia, pero mucho más tarde, unos doce años después, ya que en 458 recibió el primer premio por la Orestíada. Precisamente la posible posición de esta trilogía a favor de la política de Cimón, en la crisis de ese mismo año, ha sido analizada por J. R. Cole, «The Oresteia and Cimon», *Harvard Studies in Classical Philology* LXXXI (1977), 99-111.

[36] Véase la biografía de Temístocles para este tema (Plutarco, *Temístocles* 2).

sas, aquéllos se quedaron con los objetos, y dejaron para los
5 atenienses los prisioneros. Entonces Cimón quedó en ridículo
como repartidor, pues mientras que los aliados se llevaban
brazaletes de oro, collares, cadenas, túnicas y púrpuras, los
atenienses obtenían solamente cuerpos desnudos y mal prepa-
6 rados para el trabajo. Pero, poco después, los amigos y fami-
liares de los cautivos, que habían llegado desde Frigia y Lidia,
pagaron mucho dinero como rescate por cada uno. Así hubo
recursos para que Cimón mantuviera las naves durante cuatro
meses y aún sobró no poco oro de los rescates para el tesoro
público.

10 Como Cimón fuera ya rico a causa del buen éxito de la
expedición, de la que parecía haber sacado un buen prove-
cho de los enemigos, esto le granjeó aún más el favor de los
ciudadanos. Pues abrió las cercas de sus campos para que se
permitiera a los extranjeros y a los ciudadanos necesitados
servirse enteramente de sus frutos, y preparaba diariamente en
su casa una mesa frugal, pero suficiente para muchos, a la cual
el menesteroso que lo necesitara podía acudir y hallar sustento
sin tener que trabajar, dedicándose sólo a los asuntos públicos.
2 Según decía Aristóteles, no proporcionaba comida al que lo
quisiera entre todos los atenienses, sino sólo a los de su demo,
el de los Lacíadas. Unos jóvenes acompañantes lo seguían,
bien vestidos. Y si se encontraba con Cimón algún anciano
ciudadano necesitado de vestimenta, se intercambiaba con
3 él la ropa. Y este modo de ser parecía noble. Ellos llevaban
también moneda en gran cantidad, y tras situarse junto a los
pobres más orgullosos que estaban en el ágora, en silencio les
4 ponían en las manos alguna pieza. El comediógrafo Crátino[37]
en *Arquílocos* parece evocar a éstos en el siguiente pasaje:

---

[37] Del comediógrafo Crátino *(c.* 520-*c.* 423), que obtuvo seis veces el primer premio en las Dionisias Urbanas y tres en las Leneas, quedan pocos fragmentos, como éste (fr. 1 K). Aristófanes se burla de él en los *Caballeros* (424 a. C.).

«Pues también yo, Metrobio el escriba,
con un hombre divino y hospitalario,
el mejor y primero de todos los griegos,
con Cimón, deseaba pasar una pingüe vejez
disfrutando siempre de banquetes. Pero él,
marchándose primero, se ha ido ya».

Y aún Gorgias de Leontinos dice que Cimón adquirió sus 5
riquezas para hacer uso de ellas y que las utilizaba para obtener honor, mientras que Critias, que era uno de los Treinta, en sus elegías decía[38]:

«La riqueza de los Escopades, la grandeza de Cimón
las victorias del espartano Arcesilao»[39].

Mientras que sabemos que Licas el espartano no obtuvo 6
un nombre entre los griegos sino porque ofrecía un banquete a los extranjeros durante las Gimnopedias. Pero la generosidad de Cimón superó incluso la antigua hospitalidad de los ate-
nienses y su filantropía. Pues tales virtudes, de las que puede 7
presumir justamente una ciudad, extendieron el germen de la alimentación pública entre los griegos y enseñaron a los hombres cómo tomar las aguas de los manantiales y el uso del fuego. Y es que este hombre, haciendo de su casa casi

[38] Gorgias de Leontinos (*c.* 483-385 a. C.) es el célebre sofista que aparece en el diálogo homónimo de Platón y de quien nos han llegado algunos discursos. Otro personaje, oligarca proespartano, poeta y merecedor de otro diálogo platónico, es Critias (*c.* 460-403 a. C.). Fue tío de Platón y uno de los Treinta Tiranos que tomaron el poder en el 404 a. C., tras la derrota de Atenas ante Esparta. Murió al ser derrocada la tiranía por Trasíbulo.

[39] En cuanto a los versos, los Escopades eran una rica familia de Tesalia y Arcesilao fue un espartano recordado por PAUSANIAS como vencedor olímpico (VI 2, 2). Su hijo Licas, que aparece a continuación, era de hospitalidad ejemplar (JENOFONTE, *Memorables* I 2, 61).

un pritaneo[40] para sus conciudadanos y aprestando todos los frutos de sus tierras y cuantos bienes producen las estaciones para el uso y disfrute de los extranjeros, trajo de nuevo, de alguna manera, la comunidad de vida que, según cuenta el
8 mito, existió en tiempos de Crono[41]. Y los que calumniaban estas acciones calificándolas como adulación del pueblo y demagogia fueron refutados por los otros hechos de aquel hombre, que resultaban de sesgo aristocrático y prolacedemonio. Pues, en efecto, se oponía junto con Arístides a Temístocles, que otorgaba más de lo debido a la democracia y al final se enfrentó a Efialtes quien, para congraciarse con el pueblo, quería disolver el consejo del Areópago[42]. Y viendo que todos los demás, salvo Arístides y Efialtes, se enriquecían con el dinero público, se conservó imparcial e incorruptible a soborno alguno en la política, actuando con toda rectitud y
9 limpiamente, de hecho y de palabra, hasta el final. Se dice, en efecto, que un cierto bárbaro, de nombre Resaces, desertor del rey, llegó a Atenas con abundantes riquezas y, tras ser acusado por los sicofantes[43], halló refugio en Cimón, y puso ante su puerta dos vasijas, la una llena de Daríos de plata, la otra de las mismas piezas de oro. Al verlas Cimón, sonriéndose, le preguntó al hombre qué prefería, si tener a Cimón a sueldo o tenerlo como amigo. Y como éste dijera que lo prefería como amigo, él replicó: «Entonces márchate llevando

[40] Hogar común de la ciudad estado griega, donde se mantenía un fuego siempre vivo y se comía a expensas del erario público.

[41] La «edad de Oro» en que una raza de hombres del pasado, bajo el reinado de Crono, vivían en una felicidad utópica, alimentados por la naturaleza, eternamente jóvenes y sin trabajar (cf. Hesíodo, *Trabajos y días* 106-201, Platón, *Político* 269d-e)

[42] En realidad se trataba de quitarle jurisdicción a este tribunal aristocrático. Para la situación política cf. Aristóteles, *Constitución de los atenienses* 25-27.

[43] Calumniadores que acusaban falsamente en la antigua Atenas para obtener algún tipo de beneficio o a cambio de dinero.

esto contigo, pues lo usaré cuando lo necesite si nos hacemos amigos»[44].

Cuando los aliados pagaron sus impuestos, no presentaron tropas y naves como estaba establecido, sino que estaban ya cansados de las expediciones militares y no necesitaban ninguna guerra, pues deseaban cultivar el campo y vivir en paz. Como los bárbaros se habían marchado y ya no los molestaban, no aportaron barcos ni hombres. El resto de los generales atenienses les obligaron a hacerlo y, persiguiendo judicialmente y castigando a quienes habían faltado a este deber, consiguieron que el imperio resultara molesto y odioso[45]. 11
Pero Cimón, que caminaba por la vía opuesta en su actuación 2
como general, no hizo uso de la fuerza con ningún griego, sino que aceptó dinero y naves vacías de aquellos que no deseaban cumplir el servicio militar y permitió que aquellos que se sentían seducidos por el ocio pasaran el tiempo en sus hogares, volviéndose campesinos y comerciantes pacíficos después de haber sido soldados, por necedad y molicie. Y embarcó a muchos atenienses por turnos haciéndoles pasar los rigores del servicio militar y en poco tiempo, gracias a los sueldos y pagos de los aliados, los hizo señores de los mismos que
pagaban. Pues los que navegaban sin cesar y siempre con las 3
armas en la mano, bien alimentados y entrenándose a costa de los que no hacían el servicio militar, eran temidos y adulados continuamente por éstos, que se convirtieron al final en siervos que pagaban impuestos en vez de ser aliados.

Nadie humilló al Gran Rey en persona ni doblegó su pre- 12
sunción más que Cimón, pues no permitió que se alejara sin más de Grecia, sino que le perseguía pisándole los talones. Antes de que pudieran tomar aliento y detenerse los bárba-

---

[44] Cf. PLUTARCO, *Prec.* 806f para el tema de la amistad.

[45] Véase, en general, TUCÍDIDES, *Historia de la Guerra del Peloponeso* I 98, 2-3.

ros, saqueaba y destruía unas veces, y otras sublevaba y se ganaba a los griegos, de modo que Asia, desde Jonia hasta Panfilia, por todas partes quedó desierta de las armas persas.
2 Mas como llegase a su conocimiento que los generales del Gran Rey se habían asentado en torno a Panfilia con un gran ejército y numerosas naves, y al desear infundirles miedo de navegar o adentrarse en el mar al oeste de las islas Quelidonias, zarpó desde Cnido y Triopio junto con trescientas trirremes. Temístocles las había pertrechado desde el principio de la mejor manera posible para la velocidad y la maniobra; pero Cimón entonces las hizo más anchas y las dotó con pasos entre sus puentes, de manera que, cargadas con muchos hoplitas, se comportaron con mayor efectividad en
3 combate contra los enemigos[46]. Puso rumbo así hacia la ciudad de Faselis, que era griega, y como no acogieron a su flota ni quisieron desertar del Rey, devastó su territorio y asedió
4 sus muros. Y los de Quíos, que navegaban en su escuadra y tenían una antigua amistad con los habitantes de Faselis, trataron de aplacar a Cimón mientras, a la vez, disparaban por encima de sus muros pequeños mensajes adheridos a sus flechas a fin de comunicarles la situación a los faselitas. Al final llegó a un acuerdo con ellos, que pagaron diez talentos
5 y le acompañaron en su expedición contra los bárbaros. Éforo cree que Titraustes mandaba las naves del rey y Ferendates la infantería. Pero Calístenes afirma que era Ariomandes, hijo de Gobrias, el comandante en jefe de esta armada que había

[46] Fue Cimón «famoso Capitán» por su destreza en la mar y por estas innovaciones náuticas. Decía de él ANTONIO DE GUEVARA en su *Arte del Marear y de los inventores de ella: con muchos avisos para los que navegan en ellas* (Valladolid 1539): «Este Cimón fue el primero que en galera ordenó que remasen tres remos en cada banco, y éste inventó la vela del trinquete, y éste fue el primero que en la galera hizo esperón acerado. Alcanzó este Cimón a tener cien galeras suyas propias, y de este Cimón dice Plutarco, que era tan amigo de andar por la mar, que se pasaban tres años que no salía pie a tierra».

anclado sus naves junto al Eurimedonte[47]. Y que no estaba
deseoso de trabar combate contra los griegos, sino que aguar-
daba recibir ochenta naves fenicias que habían partido desde
Chipre.

Como Cimón deseaba adelantarse a la llegada de estos 6
barcos, se preparó para obligarles a luchar si no querían enta-
blar combate marítimo. Primero, para no ser forzados a ello,
echaron anclas en el interior del río. Mas como los atenien-
ses se adelantaron, les salieron al encuentro con seiscientos
barcos, como refiere Fanodemo, o con trescientos cincuenta,
según cuenta Éforo[48]. Sea como fuere, ninguna hazaña en el 7
mar digna de su fuerza fue rechazada por éstos, sino que, tras
volverse directamente a tierra, cayeron los primeros y huyeron
junto al ejército que estaba apostado allí cerca. Pero los que
fueron apresados fueron muertos junto a las naves. Por ello 8
también es evidente que eran muchísimas las naves que habían
sido pertrechadas para los bárbaros, puesto que, según parece,
aunque escaparon muchos y otros tantos fueron aniquilados,
los atenienses cogieron sin embargo a doscientos como pri-
sioneros de guerra[49].

Como marchaba en formación de ataque la infantería 13
hacia el mar, le pareció a Cimón una gran empresa forzar

[47] A continuación se desarrolla la narración de la batalla del Eurimedonte (la cuenta también Diodoro Sículo, *Biblioteca histórica* XI 60 ss.), que tuvo lugar en el 466-465 (según M. Sordi, «La vittoria dell'Eurimedonte e le due spedizioni di Cimone a Cipro», *Rivista storica dell'Antichità* I [1971], 33-48). Plutarco da cuenta de una controversia entre las fuentes. Éforo de Cime fue un historiador del siglo IV a. C. con gran influencia sobre autores posteriores como Polibio, Estrabón o Diodoro: escribió una historia de las ciudades de Grecia y Asia Menor, que no ha sobrevivido. Por otra parte, Calístenes (*c.* 370-327) es otro historiador, sobrino de Aristóteles, que acompañó a Alejandro Magno en sus expediciones y acabó ejecutado por su probable implicación en la conjura de Hermolao para matar al rey macedonio.

[48] Nueva discrepancia. Fanodemo, otro escritor del siglo IV a. C., es autor de una *Atthis* (*FGrHist* 325).

[49] Cf. Tucídides *Historia de la Guerra del Peloponeso* I 100, 1.

el desembarco y conducir a sus cansados soldados griegos contra ellos, que eran muy numerosos y estaban frescos. Sin embargo, al ver que sus hombres tenían alta la moral gracias a su fuerza y reflexión, y estaban animosos para marchar contra los bárbaros, desembarcó a los hoplitas aun calientes por la lucha en la batalla naval y éstos avanzaron por el camino
2 dando gritos de guerra. Pero como los persas resistieron su avance y los recibieron no sin coraje, se trabó un violento combate. Nobles varones atenienses, los primeros en cargos y dignidades, cayeron entonces. Al fin, tras una enorme batalla, consiguieron aniquilar a los bárbaros y también capturaron a muchos junto a sus tiendas, llenas de todo tipo de riquezas.
3 Cimón, como un atleta diestro, en un solo día venció en dos pruebas distintas y, al haber superado con este triunfo tanto Salamina con una terrestre como Platea con otra batalla naval, siguió compitiendo con sus propias victorias[50]. Al enterarse de que los ochenta barcos fenicios, que habían venido tarde para la batalla, estaban a punto de llegar a Hidros, navegó a toda prisa, cuando los capitanes no sabían nada acerca de una fuerza mayor, sino que estaban aún sin dar crédito y expectantes. Por esto se quedaron más sorprendidos todavía y perdieron todos sus barcos. Y la mayoría de sus hombres
4 pereció. Así, esta hazaña desbarató los planes del Gran Rey, de manera que acordó aquella famosa paz según la cual se mantendría alejado siempre del mar griego a una jornada de caballo y no navegaría más allá de las islas Cianeas y Quelidonias con grandes naves o barcos de espolón de bronce.

Sin embargo, Calístenes afirma que los bárbaros no acordaron esto, sino que de hecho obraron así por miedo, después de semejante derrota. Y así se mantuvieron tan lejos de

[50] De nuevo, las batallas y generales determinantes de las Guerras Médicas —aquí Salamina (480 a. C.) y Platea (479 a. C.)—, se comparan con las hazañas de Cimón.

Grecia que cuando Pericles navegó con cincuenta naves, y Efialtes sólo con treinta, más allá de las islas Quelidonias no se encontraron con ninguna escuadra de bárbaros[51]. Pero en 5
los decretos legislativos que reunió Crátero[52] hay una copia de estos acuerdos que confirma que tuvieron lugar. Y dice que, efectivamente, los atenienses fundaron un altar de la paz en conmemoración de estas cosas y que honraron distinguidamente a Calias como embajador[53].

Cuando se vendió el botín capturado en la guerra, la ciudad se vigorizó con el dinero, que fue dedicado a varias cosas. Se construyó la muralla meridional de la acrópolis a partir del buen éxito de aquella expedición. Y se cuenta, además, que 6
la construcción de los Muros Largos, que llaman «piernas», fue completada más tarde, pero que gracias a Cimón arraigaron con seguridad los primeros cimientos, porque las obras se encontraban en zonas pantanosas y húmedas, pero él, a costa de sus propias provisiones y fondos, compactó las marismas por medio de muchos guijarros y piedras pesadas[54]. Fue el 7

[51] Cita Plutarco a otros dos estadistas, el célebre Pericles *(c.* 495-429 a. C.) y el íntegro Efialtes († 461). La construcción de los Muros Largos, a la que se alude más abajo, fue, en 458-459, una de las acciones estratégicas del gobierno de Pericles. En cuanto a Efialtes, como se dice más arriba (10, 8), intentó quitarle jurisdicción al Areópago durante la ausencia de Cimón. A su regreso, sometido a ostracismo, moriría asesinado (cf. ARISTÓTELES, *Constitución de los ateneniernses* 25, 4). En 465 condujo una expedición naval a Faselis.

[52] Crátero de Macedonia *(c.* 321-255 a. C.), hijo de uno de los lugartenientes de Alejandro, de su mismo nombre, fue gobernador de diversas partes de Grecia bajo Antígono Gonatas. Como escritor se dedicó a reunir una compilación de leyes con comentario, la *Colección de decretos (FrGrHist* 342).

[53] El mismo que en 4, 8 se casó con la hermana de Cimón (Cf. nota *ad loc.*). La paz de Calias es puesta en duda por historiadores modernos, tal y como consignó en su día Plutarco para los antiguos: el decreto aludido aquí bien podría ser una falsificación posterior.

[54] Además de estas construcciones y mejoras, los atenienses dedicaron una palma de bronce y una Atenea de oro en Delfos para conmemorar la victoria (PAUSANIAS, *Descripción de Grecia* X 15, 4). Como se ve seguidamente, la Aca-

primero que embelleció la ciudad con las estancias llamadas libres y elegantes, que tiempo después estarían muy de moda, plantando plátanos en el ágora y convirtiendo la Academia[55], que era un recinto seco y árido, en un jardín bien irrigado y adornado por él con caminos limpios y paseos umbríos.

14 Y puesto que algunos persas no querían abandonar el Quersoneso, sino que llamaban a los tracios del norte desdeñando a Cimón, que había zarpado de Atenas junto con unas pocas trirremes reunidas desde todas partes, éste, emprendiendo la navegación contra ellos con cuatro barcos, capturó a trece de ellos y expulsó a los persas. Y tras dominar a todos los tracios por completo, colonizó con una ciudad el Quersoneso.
2 A partir de entonces, cuando los tasios desertaron de los atenienses, los derrotó en combate naval y capturó treinta y tres naves, puso sitio a la ciudad y conquistó para los atenienses las minas de oro que estaban enfrente, tomando el control de lo que pertenecía a Tasos[56].

3 Desde allí podía atacar Macedonia fácilmente y, según parecía, aislar una gran parte de ella. Pero como luego no quisiera hacerlo, se le acusó de haber sido sobornado con regalos por el rey Alejandro y fue acusado por los enemigos que se
4 asociaron contra él. En su defensa frente a los jueces alegó

---

demia, donde tiempo después impartiría sus lecciones Platón, fue parte de este programa de ornato público.

[55] Santuario dedicado al héroe Academo, al oeste de Atenas. El mismo lugar que más tarde Platón inmortalizaría como sede de su escuela filosófica.

[56] De la revuelta de los tasios da noticia Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso* I 101, 1. Por otra parte, nada nos dice Plutarco del desastre sufrido por los atenienses en Drabesco (cf. Tucídides, I 100, 3): «pero al avanzar hasta el interior de Tracia fueron destrozados en Drabesco de Edonia por los tracios unidos», cf. la trad. de F. Rodríguez Adrados, *Historia...*, pág 175: una consecuencia de ello fue el proceso contra Cimón. Se silencia aquí quizá interesadamente o porque la fuente que usa Plutarco no lo recoge. También parece referirse al desastre de Drabesco Aristóteles en la *Constitución de los atenienses* XXVI-XXVII (Cf. C. Bearzot, «Cimone, il disastro di Drabesco e la svolta democratica del 462/1: a proposito di Aristotele, *AP* 27, 1», *Ancient Society* XXV [1994], 19-31).

que no era próxeno[57] de jonios ni tesalios ricos, como otros, de forma que fueran cuidados y recibieran bienes, sino de los lacedemonios, porque imitaba y encomiaba la temperancia de estos y su prudencia, a la cual no prefería ninguna riqueza, sino que, tomando las riquezas de los enemigos, embellecía
la ciudad. Y recordando aquel juicio, Estesímbroto afirma que 5
Elpínice llegó ante las puertas de Pericles, pues era el más serio de los acusadores, a pedir su favor para Cimón y él dijo sonriendo, «vieja eres, muy vieja, Elpínice, para ocuparte de tales lides»[58]. Salvo que en el proceso se mostró muy afable hacia Cimón y solamente una vez se levantó para formular la acusación, como si lo hiciera por salvar las apariencias.

Así pues, evitó esta querella y en el resto de su vida pú- 15
blica, mientras estuvo presente, dominó y controló al pueblo en sus ataques contra los aristócratas y sus tentativas insisten-
tes de obtener todo el poder y la fuerza. Y al fin, después de 2
que partiera de nuevo en una expedición naval, la mayoría, sublevándose y convulsionando el orden constitucional del momento y el ordenamiento de los antepasados, que se usaba con anterioridad, le arrebató —bajo la guía de Efialtes— toda la jurisdicción al consejo del Areópago, excepto unos pocos casos; y tras hacerse dueños de los tribunales, precipitó la ciudad hacia una democracia sin restricciones[59], porque Pericles se hizo con el poder y la mayoría se mostró de acuerdo con
ello. Por esto, también Cimón, a su regreso, se indignó por las 3
injurias a la dignidad del consejo; y como tratase de devol-

[57] Era un ciudadano elegido para representar los intereses de ciudadanos extranjeros, teniendo relaciones privilegiadas con sus ciudades, que le colmaban de privilegios (ejemplos clásicos son Píndaro, próxeno de los atenienses, y Demóstenes, próxeno de los beocios). En griego moderno, por lógica, la palabra pervivió con el significado de «cónsul». Los hechos y el notorio filolaconismo de Cimón parecen indicar que fue próxeno de Esparta: cf. D. J. Mosley, «Cimon and the Spartan proxeny», *Athenaeum* XLIX (1971), 431-432.

[58] Cf. Plutarco, *Pericles*, 10, 5 s., con las mismas palabras.

[59] Véase Platón, *República* VIII 582c-d y la *Vida de Pericles* 8, 8.

verle las funciones judiciales y resucitar la aristocracia que había existido bajo Clístenes[60], ellos se reunieron con grandes voces e incitaron al pueblo contra él, renovando las calumnias de tiempos pasados acerca de su hermana y acusándole de ser
4 prolacedemonio. Tales cosas se iban difundiendo en los versos de Éupolis[61] sobre Cimón:

«Malo no era, pero sí un borracho descuidado.
Y si de vez en cuando dormía en Lacedemonia,
dejaba aquí a su Elpínice sola».

5 Mas si, aun siendo descuidado y aficionado a la bebida, capturó tantas ciudades y obtuvo tantas victorias, es evidente que si hubiera sido sobrio y diligente ninguno de los griegos anteriores o posteriores le hubiera superado en hazañas.

16 En efecto, desde el principio fue filoespartano y llamó a uno de sus hijos, que eran gemelos habidos de una mujer de Clitor[62], Lacedemonio y al otro Elio, como narra Estesímbroto. Por ello, se dice que Pericles les injuriaba a menudo a causa de su linaje materno. Y Diodoro el Periegeta afirma que éstos y también el tercer hijo de Cimón, Tésalo, nacieron de Isodice,
2 hija de Euriptólemo, hijo de Megacles[63]. Y fue favorecido por

---

[60] Se refiere a los tiempos idealizados de Clístenes, que fue arconte en la tiranía de los Pisistrátidas (525) y después acometió importantes reformas en el sistema político ateniense. Como se ve, Plutarco retrata certeramente a Címón como jefe del partido conservador de Atenas, aristocrático y pro-espartano.

[61] Éupolis (446-410 a. C.) fue un comediógrafo de la comedia Antigua —quedan algunos fragmentos de sus obras—, que cultivó la sátira política, burlándose de estadistas como Pericles, Cleón o Alcibíades. Según una tradición fue ahogado por este último durante su viaje a Sicilia.

[62] Ciudad de Arcadia.

[63] Tuvo cuatro hijos más, aunque se le atribuye algún otro en las fuentes. Lacedemonio desempeñaría algún cargo político y militar (Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso* I 45, 2), mientras que Tésalo fue acusador de Alcibíades en el asunto de los hermes (415 a. C. véase Plutarco, *Alcibíades* 19, 3).

los lacedemonios, que ya combatían contra Temístocles y preferían que Cimón, siendo joven, tuviera el poder y gobernara en Atenas. Los atenienses al principio estaban encantados, pues disfrutaban de la no poca benevolencia de los espartanos hacia él. Así, mientras su imperio se extendía y estaban ocupados en sus alianzas, no les molestó que se honrara y se favoreciera a Cimón. Él llevó a cabo la mayor parte de los asuntos 3
de los griegos, pues era bondadoso en su trato con los aliados y honrado por los lacedemonios en sus relaciones. Y después de que se hicieran más poderosos, al ver que Cimón era no poco afecto a los espartanos, se molestaron. Pues también éste en todo momento exaltaba Esparta frente a los atenienses y sobre todo cuando se daba el caso de que los reprochaba o los zahería, como narra Estesímbroto, solía decir: «Pues los lacedemonios no son así». Y de ahí que provocara hacia sí mismo la envidia y el odio por parte de sus conciudadanos.

Pero la más fuerte de las calumnias contra él tuvo la causa 4
siguiente. Cuando Arquidamo, hijo de Zeuxidamo, reinaba por cuarto año consecutivo en Esparta[64], un terremoto, el más grande de cuantos se recordaran anteriormente, destruyó el país de los lacedemonios formando muchas grietas y agitando el Taigeto, del que arrancó algunas peñas. La propia ciudad fue arrasada por completo, salvo cinco casas. Las otras las derribó el seísmo[65].

Y en medio del pórtico, mientras hacían gimnasia juntos 5
los efebos y los muchachos, se dice que poco antes del seísmo, apareció una liebre y que los jóvenes, como estuvieran ungidos con aceite para el deporte, hicieron carreras con ella persiguiéndola en son de broma. Pero el gimnasio, poco des-

[64] Arquidamo fue rey de Esparta desde el 469 al 427 a. C. Irónicamente, pese a este episodio, invadiría el Ática durante la Guerra del Peloponeso.

[65] El terremoto ocurrió en el 464 a. C. y está ampliamente atestiguado en las fuentes antiguas (Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso* I 101, 3; Jenofonte, *Helénicas* VI 5, 33; Pausanias, *Descripción de Grecia* I 29, 8, etc.).

pués, se derrumbó sobre los efebos que se habían quedado detrás y los mató a todos juntos. El sepulcro de estos aún hoy día es conocido como «Sísmico»[66].

6 Al comprender al punto Arquidamo el peligro futuro que se derivaba de tales circunstancias, y como viera que los ciudadanos intentaban rescatar de sus casas los objetos que más estimaban, ordenó al trompeta dar la señal de que los enemigos atacaban, de forma que todos se reunieran con él lo antes posible y empuñando sus armas. Esto fue lo único que
7 en aquel momento salvó a Esparta. Pues los hilotas[67] habían acudido desde sus campos a la carrera desde todas partes, con la intención de despojar a los espartanos que hubieran sobrevivido. Pero al hallarles armados y en formación de combate se retiraron a sus ciudades y lucharon ya abiertamente, convenciendo a no pocos de los periecos para que se unieran a ellos, ya que además los mesenios atacaban a la par a los espartanos[68].

8 Conque los lacedemonios enviaron a Periclidas hacia Atenas para pedir ayuda. A este le retrataba Aristófanes en una comedia «sentado en el altar, pálido y vestido de púrpura,
9 pidiendo un ejército»[69]. Intervino Efialtes con sus protestas para impedir que se le concediera ayuda, arguyendo que no se debía asistir a una ciudad rival de Atenas, sino que se habían de dejar así las cosas, para que fuera pisoteado el orgullo de Esparta. Pero, según dice Critias, Cimón puso el engrandecimiento de su patria en un segundo lugar después del interés de Lacedemonia, convenciendo al pueblo para que acudiera en

---

[66] *Seismatían,* en el original.

[67] Esclavos públicos vinculados a la tierra. Su gran número era un peligro para los espartanos.

[68] Los periecos y los mesenios eran los dos otros vértices de la economía y la política de la antigua Esparta. Plutarco conocía bien su sistema legal, como se ve en la *Vida de Licurgo.*

[69] ARISTÓFANES, *Lisístrata* 1138 s.

su auxilio con muchos hoplitas. E Ion refiere también las pa- 10
labras con las que, especialmente, conmovió a los atenienses, pidiéndoles «que no despreciaran a Grecia dejándola coja ni permitieran que su ciudad quedara sin compañera de yugo».

Después de que hubiera ayudado a los lacedemonios, re- 17
gresó atravesando Corinto a la cabeza de sus tropas. Lacarto le acusó de haber introducido su ejército en la ciudad antes de presentarse a los ciudadanos, «pues ningún extraño ha de entrar, después de llamar a la puerta, hasta que el señor de la casa se lo permite.» Y Cimón le respondió: «pero vosotros, 2
Lacarto, no llamasteis a las puertas de Cleonea y Mégara[70], sino que las destrozasteis y entrasteis por la fuerza de las armas, considerando digno que todas las cosas se abrieran a quienes eran más poderosos.» Así se mostró de insolente ante Corinto en un caso de necesidad y atravesó la ciudad con sus tropas.

Los lacedemonios llamaron de nuevo a los atenienses 3
para que les ayudaran contra los mesenios de Itomé y contra los hilotas. Tras acudir a la llamada entre otros aliados, sólo ellos fueron despedidos por temor a su audacia y brillantez, arguyendo que intentaban novedades. Así que regresaron encolerizados, mostrándose ya abiertamente hostiles a los prolacedemonios y a Cimón. Tomando un pequeño pretexto lo sometieron a ostracismo durante diez años, pues tal era el tiempo decretado para todos los procesos de ostracismo[71]. Durante 4
este periodo los lacedemonios, que habían liberado Delfos de los focenses según volvían a su patria, plantaron su campamento en Tanagra[72], donde se enfrentaron a los atenienses. Cimón llegó armado para unirse a su propia tribu Eneida, de-

[70] Cleonea era una pequeña ciudad de la Argólide y Mégara una poderosa y rica polis del istmo, ambas ambicionadas por Corinto.

[71] Cimón sufrió ostracismo en el 462-461 a. C. No hacía falta pruebas precisas para ello, sino sospechas de tiranía.

[72] Tanagra es una ciudad beocia en las cercanías del Ática.

seoso de defenderles de los espartanos y ponerse al lado de los
5 de su ciudad. Pero la Asamblea de los Quinientos, al enterarse
de esto y teniendo miedo, porque los enemigos de Cimón le
habían calumniado diciendo que pretendía amotinar las tro-
pas y conducir a los lacedemonios al interior de la ciudad,
6 prohibió a los generales que lo recibieran. Y Cimón marchó a
pedirle a Eutipo de Anaflisto y a sus otros compañeros, todos
los que estaban acusados especialmente de ser simpatizantes
de los laconios, que lucharan con coraje contra los enemigos
a fin de limpiar a través de sus hazañas las calumnias ante sus
7 conciudadanos. Y ellos tomaron su armadura y formaron en
su compañía, y unos junto a otros combatieron valientemen-
te manteniéndose juntos y pereciendo al final. Eran cien en
número y dejaron una gran añoranza de ellos y un enorme
arrepentimiento entre los atenienses que les habían acusado
8 injustamente. De ahí que no mantuvieran la animadversión
hacia Cimón durante mucho más tiempo, pues, por un lado,
como es normal, guardaron buenos recuerdos de lo que habían
pasado y, por otra, porque el momento contribuyó a ello. Pues,
tras ser derrotados en Tanagra, después de una gran batalla,
y esperando que con el buen tiempo un ejército pelopone-
sio marcharía contra ellos, llamaron a Cimón de su exilio[73].
9 El decreto de perdón llegó firmado por Pericles. Porque por
aquel entonces así eran las diferencias políticas, mientras que
los ánimos eran calmados y revocables en consideración del
interés común. También la ambición de honores, que gobierna
todas las pasiones, cede ante lo que conviene a la patria.

[73] En otros pasajes se sitúa anteriormente el regreso de Cimón del destierro, llamado tras la derrota de Tanagra (cf. NEPOTE, *Cimón* III 2, o ANDÓCIDES, III 3 ss.). El propio PLUTARCO refiere, en la *Vida de Pericles* (10, 1 ss.) que «los atenienses llegaron ya a arrepentirse y echar de menos a Cimón, viéndose vencidos en las mismas fronteras del Ática» (trad. de A. RANZ ROMANILLOS, PLUTARCO, *Vidas paralelas*. Barcelona, Editorial Vergara, 1962, pág. 299).

Así pues, en cuanto Cimón regresó, resolvió la guerra y 18
reconcilió a las ciudades. Cuando se hizo la paz, como viera que los atenienses no podían llevar una vida en calma, sino que estaban inquietos y deseaban expandirse mediante campañas militares —a fin de que no molestaran a los griegos y que, dirigiéndose con muchas naves a las islas y al Peloponeso, no fueran a atraer contra la ciudad la acusación de guerra civil y los litigios de los aliados—, navegó con doscientas trirremes, como si de nuevo hiciese una expedición militar, contra Egipto y Chipre[74]. Deseaba implicar a los atenienses en una guerra contra los bárbaros y a la vez justamente beneficiarles trayendo a Grecia los recursos de sus enemigos por naturaleza. Y cuando ya estaban hechos todos los preparativos y el ejército se hubo apostado ya junto a las naves, Cimón tuvo un sueño[75]. En él vio una perra enfurecida que le ladraba y, mezclada con sus ladridos, emitía una voz humana que decía:

«Vete, pues serás un amigo mío y de mis cachorros». 3

Aunque era difícil de interpretar esta visión, Astífilo de Posidonia, un adivino e íntimo de Cimón, le dijo que la aparición significaba la muerte para él, analizándolo de la siguiente manera. El perro es enemigo del hombre a quien ladra, y nadie podría ser más amigo de su enemigo que muriéndose. Y la mezcla de la voz señala que el enemigo es el persa, pues el ejército de los medos es una mezcla de griegos y bárbaros a la
vez. Y después de esta visión, tras hacer un sacrificio en honor 4

[74] Chipre estaba bajo dominio persa desde el 525 a. C. y fue liberada por Cimón. Sin embargo, los persas volverían a conquistarla en el 387 a. C..

[75] PLUTARCO refiere a menudo los sueños proféticos de sus personajes, como en *Dion* 2, 2, o *Lúculo* 23, 3. La oniromancia era un medio habitual para adivinar el futuro, existiendo manuales de interpretación de los sueños, como el de Artemidoro, o sueños habidos en los templos —la llamada *incubatio*— para su análisis mántico (cf. R. FLACELIÈRE, *Greek...*, pág. 22).

de Dioniso, el adivino abrió en canal a la víctima inmolada y, al coagularse su sangre, una infinidad de hormigas la tomaron, la llevaron poco a poco hacia Cimón y la enlazaron en torno al dedo pulgar de su pie, pasando inadvertidas durante mucho
5 tiempo. A la vez que esto ocurría y Cimón se daba cuenta el sacrificante llegó y le mostró el hígado descabezado de la víctima.

Pero como no podía abandonar la expedición, zarpó y, tras enviar sesenta barcos hacia Egipto, con los demás, de nuevo, [†] se embarcó. Después de derrotar en combate na-
6 val a una escuadra del rey compuesta por naves fenicias y cilicias, conquistó las ciudades de alrededor y espió a las que había entorno a Egipto, nada insignificante, sino que planeaba la disolución de todo el imperio del rey persa. Sobre todo, al enterarse de que Temístocles tenía gran fama e influencia entre los bárbaros, y que había prometido al Rey que sería estratego en su guerra contra los griegos[76]. Pues se dice que
7 no era menor razón que Temístocles no era conocido por sus hazañas entre los griegos y no podía superar a Cimón en cuanto a su éxito y excelencia, causa por la cual murió por su propia voluntad. Y Cimón, mientras emprendía el inicio de grandes combates y mantenía su escuadra en torno a Chipre, envió a algunos hombres al oráculo de Amón[77] para obtener una profecía secreta del dios, pues nadie sabe qué cuestión

[76] Plan por lo demás desconocido. Se suele considerar que Temístocles había fallecido diez años antes de esta expedición, para la cual cf. Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso* I 112, 3. Por otro lado, los editores de la Teubner señalan la corrupción del texto más arriba.

[77] El célebre oráculo de Amón en el oasis de Siwa (cf. Cf. T. Curnow, *The Oracles...*, pág. 33-34) que declararía a Alejandro Magno hijo de Zeus-Amón. Véase Quinto Curcio Rufo, *Historia de Alejandro Magno* IV 7 («cuando Alejandro se acercó, el sacerdote de más edad lo llamó 'hijo', asegurando que tal nombre se lo otorgaba su padre Júpiter», cf. la traducción de F. Pejenaute Rubio en *Quinto Curcio Rufo, Historia de Alejandro Magno*. Madrid, Gredos, 1986, pág. 174). Recoge también la escena, con alguna otra interpretación más escéptica, Plutarco, en *Alejandro* 27, 9.

les encargó que preguntaran. Pero el dios no les transmitió a éstos ningún oráculo, sino que ordenó a los enviados sagrados que se marchasen según se aproximaban, porque —decía— el propio Cimón ya se encontraba con él. Al oír estas palabras los enviados descendieron de nuevo hacia el mar, y llegando al campamento de los griegos que por aquel entonces estaban en la costa de Egipto, se enteraron de que Cimón había muerto y al contar los días que hacía desde que estuvieron en el oráculo, se dieron cuenta de que se había referido a la muerte de aquel hombre, al decir que ya estaba junto a los dioses.

Así murió, asediando la ciudad de Citio, según dice la 19
mayoría[78], por causa de una enfermedad. Algunos afirman que fue a causa de una herida que recibió mientras combatía contra los bárbaros. Y al morir ordenó a los que estaban alrededor 2
que zarparan al punto para ocultar su muerte. Sucedió que, al no haberse enterado nadie ni entre los enemigos ni entre los aliados, pudieron regresar sanos y salvos «bajo el caudillaje de Cimón —como dice Fanodemo—, que había muerto treinta días antes».

Después de la muerte de aquél, no se llevó a cabo ningu- 3
na hazaña brillante contra los bárbaros por parte de ningún general griego, sino que, desviados por los demagogos y los que ansiaban la discordia civil, como nadie mediara echando una mano entre ellos, se precipitaron unos contra otros en una guerra, concediendo un respiro a los asuntos de los persas y causando una ruina indecible del poder griego. Más tarde, los 4
de Agesilao[79], dirigiendo sus armas hacia Asia, hicieron una breve guerra contra los generales del Rey que había en la costa. Mas no hicieron nada brillante ni grande y de nuevo, sino que sufriendo con las discordias de los griegos y los tumultos de un segundo imperio, se alejaron y dejaron en medio de las

[78] Cf. TUCÍDIDES, *Historia de la Guerra del Peloponeso* I 112.

[79] Reinó más tarde en Esparta, del 399 al 360 a. C.

ciudades aliadas y amigas a los recaudadores de impuestos de los persas. De ellos, mientras Cimón fue estratego, ni un solo escribiente, ni siquiera un caballo fue visto a menos de cuatrocientos estadios desde el mar.

Que sus restos fueron conducidos al Ática lo testimonian los monumentos fúnebres que hasta el día de hoy son llamados cimonios. También los habitantes de Citio honran a Cimón en una cierta sepultura, pues, como afirma el rétor Nausicrates, en medio de las plagas y la escasez en el campo, la divinidad les ordenó que no descuidaran a Cimón, sino que le honraran y respetaran como a un ser superior[80]. Pues tal fue el caudillo griego.

[80] El culto que se rinde a Cimón después de muerto recuerda sobremanera al de los héroes ctónicos («de la tierra»).

LÚCULO

En lo que a Lúculo se refiere, su abuelo era de la clase consular y su tío por parte de madre era Metelo, llamado «Numídico»[1]. Y por hablar de sus progenitores[2], su padre había sido encarcelado por robo y su madre, Cecilia, tenía la mala fama de no vivir moderadamente. El mismo Lúculo, cuando 1
2 aún era un muchacho, antes de emprender la carrera política y conseguir algún cargo público, la primera empresa que acometió fue recusar al fiscal de su padre, el augur Servilio, al hallarle cometiendo injusticia contra la ciudad. El asunto les pareció brillante a los romanos y aquel juicio estuvo en boca de todos, pues se consideró heroico. Pensaban, en efecto, que
3 emprender esa acusación sin pretextos no era innoble, pues deseaban sobremanera ver a los jóvenes persiguiendo a los malhechores como los perros de buena raza se lanzan tras

[1] Lucio Licinio Lúculo nace c. 117 a. C. en una familia noble, de políticos y militares. Su abuelo, que se llamaba como él, fue cónsul en 151 (Cicerón, *Académicas* II 137) y gobernador de la Hispania Citerior. Su tío Quinto Cecilio Metelo, cónsul en 109 y gran rival de Mario (cf. Plutarco, *Mario* 7-9) recibió el sobrenombre de Numídico por su actuación en la guerra contra Jugurta (Salustio, *Guerra de Jugurta* 43-72).

[2] La madre era hija de Cecilio Metelo Calvo (cónsul en el 142 a. C.). El padre, de su mismo nombre, fue pretor urbano y propretor en Sicilia. De ahí viene la mala fama por su gestión, sobre la que discrepan las fuentes (Polibio, XXXVI 8, Floro, *Epítome de la Historia de Tito Livio* II 7). Fue desterrado a Lucania.

las bestias. No obstante, en torno a aquel juicio se generó una gran disputa, de forma que algunos resultaron heridos y muertos y el propio Servilio tuvo que huir[3].

4 Lúculo se ejercitó en hablar con soltura en latín y griego, tanto que Sila, al redactar sus memorias, se las dedicó a él, como el hombre que ordenaba y disponía mejor la historia[4].
5 Pues su discurso no era sólo útil para el negocio y ventajoso, como el de otros en el foro, sino también:

«impetuoso, como el atún que agita la mar»[5],

mientras que cuando no estaba en la plaza pública se volvía:

«seco, sin elegancia, muerto».

Pero él, desde que era un muchacho, se dedicó a la educa-
6 ción llamada «liberal» para buscar la belleza. Cuando se hizo mayor abandonó su pensamiento, como si hubiera luchado en diversos combates, a la práctica de la filosofía y a la contemplación, desarrollando su lado más teórico, liberándose a tiempo y frenando su ambición, después de sus diferencias
7 con Pompeyo. Y sobre su amor por las letras también se dice esto además de lo ya mencionado: siendo todavía joven, en una charla informal con Hortensio el orador y Sisena el historiador[6], que pasó a algo serio, acordaron componer un poema y una narración, en griego y en latín, y que él trataría la guerra

[3] Debe identificarse a este augur con Cayo Servilio Vatia, pretor en el año 114. Un proceso judicial bien llevado podía ser el comienzo de una fulgurante carrera política para un joven romano (cf. PLUTARCO, *Pompeyo* 4).

[4] Para estas memorias de Sila, véase PLUTARCO, *Sila* 4, 5.

[5] Verso trágico atribuido a Esquilo (PLUTARCO lo cita también en *Sobre el retraso de la divina venganza* 554, TGF p. 914 N.).

[6] Se trata de Quinto Hortensio Hortalo (*c.* 114-150 a. C., cónsul en el 69), el orador del «asianismo» y defensor de Verres, a quien Cicerón dedicó un tratado perdido. En cuanto a Lucio Cornelio Sisena (*c.* 118-167 a. C.), fue, según SALUSTIO (*Guerra de Jugurta* XCV 2), el mejor escritor de su época.

mársica en la forma que le tocase en suerte. Y parece que el 8
sorteo le asignó una narración en griego, pues se conserva una historia griega de la guerra mársica.

Hay muchas pruebas de su afecto hacia su hermano Marco, pero los romanos recuerdan especialmente la primera. Pues 9
aunque era mayor que aquél, no deseaba ocupar el poder en solitario, sino que esperó hasta que llegó el momento oportuno. Pero su hermano se ganó el favor del pueblo, de forma que sin estar presente en la ciudad fue elegido edil junto a él[7].

Aunque era sólo un muchacho durante la guerra mársi- 2
ca[8], proporcionó sobradas pruebas de su valor y arrojo, pero más bien a causa de su firmeza y dulzura[9] fue por lo que Sila lo tomó en su confianza y lo utilizó desde el principio hasta el último momento para que desempeñase puestos de gran responsabilidad, entre ellos, la gestión de la acuñación de
moneda[10]. Así, la mayor parte de la moneda que se usaba en 2
el Peloponeso durante la guerra mitridática[11] fue acuñada por él mismo y se llamó «luculeya» por su causa. Y tuvo validez

[7] Era un paso muy común en el *cursus honorum* romano, que también realizaron otros estadistas (cf. PLUTARCO, *Sila* 5, 1 s., *César*, 5, 9, etc.).

[8] Se desarrolló entre el 91 y el 89 a. C. entre los romanos y sus aliados latinos, por lo que es también denominada «guerra social». Lúculo estuvo entonces bajo el mando de Sila, como tribuno militar (cf. *Sila* VI 3 ss.), a lo que seguirán otros cargos, como el de cuestor y procuestor.

[9] En su afabilidad o dulzura de carácter *(praótēs)* coincide Lúculo con el retrato de Cimón.

[10] En esta campaña las finanzas de Sila —privado de la ayuda del gobierno de Mario— se apoyaron en los saqueos de diversos santuarios griegos (cf. *Sila* 12, 5). Lúculo, según su cargo, se ocupó de convertir los tesoros en moneda para pagar las soldadas. Sila tenía en gran estima a Lúculo, no solo por sus dotes militares, sino por su carácter leal y constante (Cf. A. KEAVENEY, *Lucullus...*, págs. 16 ss.).

[11] La primera guerra contra Mitrídates (88-84 a. C.) la comandó Sila (*Sila* 11 ss. y APIANO, *Historia romana* XXX ss.) y en ella participó Lúculo. Mitrídates VI, apodado «Éupator» o «Dioniso» (*c.* 132-63 a. C.) fue uno de los enemigos más acérrimos de Roma en esta época. De su grandeza da cuenta el propio CICERÓN (*Académicas* II 3). Después de esta campaña Roma recuperó temporalmente el

durante mucho tiempo, pues el uso de los soldados en la gue-
3 rra le dio una circulación veloz. Después de esto, en Atenas[12],
Sila dominaba el terreno, pero el comercio por mar seguía
bloqueado a causa de los choques navales con el enemigo.
Así que éste envió a Lúculo a Egipto y Libia para que trajera
4 naves de allá. Era lo más duro del invierno, pero él navegó
con tres bergantines piratas griegos y otras tantas galeras ro-
dias de dos filas de remos, exponiéndose a la alta mar y a los
barcos de combate que estaban preparados contra ellos por
todas partes. Y sin embargo puso rumbo a Creta y la ganó.
Tomó también Cirenea, que halló convulsa por la tiranía y
por diversas guerras, y le dio buen orden político, recordando
a la ciudad un cierto oráculo de Platón, que el propio sabio
5 les anunció una vez[13]. Pues al parecer le pidieron que les es-
cribiera leyes y que modelara a su pueblo con algún tipo de
buen gobierno. Él respondió que era difícil ser un legislador
así para los felices cireneos, pues nada es más arduo de gober-
nar que un hombre al que se considera próspero, y viceversa,
nadie hay tan receptivo como aquel que está humillado por
una fortuna adversa. Y esto predispuso favorablemente a los
cireneos hacia su legislador Lúculo.

6 Desde allí zarpó hacia Egipto y perdió la mayor parte de
sus barcos al encontrarse con piratas[14]. Tras salvarse él mismo
7 llegó brillantemente a Alejandría. Pues toda la flota salió a su

---

dominio de las regiones orientales. Sila y Lúculo tienen muchos aspectos en común, lo que señala Plutarco.

12 Aliada de Mitrídates, asediada y saqueada por Sila en el año 86 *(Sila* 11-12).

13 Quiere la tradición que Platón hubiera viajado a Egipto y Cirene tras la muerte de Sócrates y hubiera conocido allí a Teodoro, que aparece en algunos diálogos *(Teeteto, Político*, etc.), como refiere el propio PLUTARCO *(Al estadista ignorante I* 779D).

14 La piratería infestaba el Mediterráneo oriental —con bases como la isla de Creta— y era uno de los quebraderos de cabeza de los romanos. Véase, por ejemplo, ESTRABÓN, *Geografía* XVI 2, 28.

encuentro como suelen hacer cuando un rey arriba por mar,
adornándolo con gran boato. Y Ptolomeo[15], que no era más
que un jovencito, mostró otras señales de admiración y bene-
volencia hacia él, y le dio alojamiento y comida en el palacio
real, de los que ningún general extranjero había disfrutado
jamás allá. Y no le concedió el mismo presupuesto y dis- 8
pendios que a los demás, sino que a él le proporcionó cuatro
veces más, aunque no aceptara nada por encima de lo nece-
sario y ningún regalo, pese a que el rey le envió obsequios
por valor de ochenta talentos. Se dice, además, que no visitó 9
Menfis ni buscó alguna otra de las famosas maravillas que
hay en Egipto. Pues creía que esto era propio de turistas ocio-
sos e indulgentes, y no de quien, como él, había dejado a su
comandante acampado al aire libre junto a las posiciones del
enemigo.

Después Ptolomeo abandonó su alianza, temiendo el re- 3
sultado de la guerra, pero proporcionó a Lúculo barcos para
llevarle hasta Chipre y a su partida le recibió amablemente,
colmándole de atenciones y le regaló una esmeralda engarzada
en oro de las más costosas. Al principio, Lúculo la rechazó,
pero temió rehusar, pues la joya tenía esculpida la imagen
del rey. Así que la aceptó al fin, no fuera a creer que había
zarpado como enemigo y se conspirase contra él en el mar.
Luego, en la travesía marítima, reunió una multitud de barcos 2
de las ciudades costeras, excepto de aquellas que tenían parte
en crímenes de piratería, y llegó a Chipre[16]. Allí, tras conocer

---

[15] Se trataría de Ptolomeo IX Soter II, aunque Plutarco parece confundirlo, por razones de edad, con su nieto Ptolomeo XI Alejandro II. Lúculo se quedó bastante tiempo en su corte, a juzgar por el testimonio de Cicerón *(Académicas* II 11 s.).

[16] Chipre estaba bajo dominio del reino de los lágidas de Egipto desde los tiempos lejanos de Ptolomeo I (ya en el 332 a. C. los chipriotas se alinearon con Alejandro Magno). Lúculo debió de pasar allí el invierno del 86 a. C., tras su travesía a Egipto justo el invierno anterior (87 a. C.), hasta que llegó el buen tiempo, ya bien entrado el año 85 a. C. La campaña de Lúculo fue ganando las

que el enemigo estaba acechando tras los promontorios para aguardarle, remolcó todas sus naves sobre tierra firme, y escribió a las ciudades pidiendo un refugio de invierno y víveres
3 para esperar allí a que llegara el buen tiempo. De repente, al soplar el viento de nuevo, tomó sus naves y las puso de nuevo sobre el mar, y navegando durante el día con las velas rizadas y bajas, pero de noche a toda vela, llegó a salvo a Rodas. Como los rodios le proporcionaran naves, convenció a los de Cos y Cnido para renegar de la causa del Rey y marchar juntos
4 contra los de Samos. Expulsó así de Quíos a las fuerzas del Rey y liberó a los habitantes de Colofón tomando preso a su tirano Epígono.

Sucedió por aquel tiempo que Mitrídates había abando-
5 nado ya Pérgamo y se había refugiado en Pitane. Allí, como Fimbria lo cercó por tierra poniendo sitio a la ciudad, trató de huir hacia el mar y reunió barcos de guerra desde todas partes para ello, renunciando a trabar combate contra un hombre tan
6 valiente y victorioso como Fimbria[17]. Y éste, al darse cuenta de ello y faltándole una flota de guerra, mandó llamar a Lúculo para que acudiera con su escuadra y le ayudara a capturar al más hostil y belicoso de los reyes, a fin de que no fuera a escaparse de los romanos el gran trofeo tan perseguido después de tantas luchas y fatigas, pues Mitrídates había caído en la trampa y estaba en sus redes. Como lo capturasen, nadie tendría más gloria que aquel que impidiera su huida y lo agarrase mientras intentaba escapar. «Expulsado de tierra firme por

---

islas y las costas de Asia Menor a Mitrídates: las islas de Rodas, Cos, Quíos —fiel a Roma y saqueada por el rey del Ponto—, Samos y Mitilene (Pitane es un puerto de ésta), y las ciudades de Cnido, Colofón y Pérgamo, cuartel general de Mitrídates hasta el año 85 a. C.

[17] Cayo Flavio Fimbria, partidario de Mario, y cuestor del cónsul Lucio Valerio Flaco, que había sucedido a Mario en el año 86 a. C. Fimbria amotinó a sus tropas contra su superior, que fue asesinado por los soldados en Nicomedia (Diodoro Sículo, *Biblioteca Histórica* XXXVIII 8, 1). Se suicidó tras la paz de Dárdano.

mí mismo —se decía—, y del mar por aquél, la gloria será para los dos. Ante esto las hazañas tan celebradas de Sila en Orcómeno y Queronea no tendrían ya ningún valor para los romanos.»[18] Y no había nada insensato en estas reflexiones, 7 sino que era totalmente obvio para todos que si Lúculo, que no andaba muy lejos, era persuadido por Fimbria, reuniría allí sus naves y bloquearía el puerto con su escuadra, y entonces la guerra estaría cerca del fin, y todos se verían libres de muchos males. Pero Lúculo, bien porque considerase justo comportar- 8 se con respeto hacia Sila frente a cualquier ganancia privada o pública, o bien porque creyera que Fimbria era un ser abominable y un asesino que había matado a un amigo y superior en rango por ambición de poder o ya fuera que por voluntad divina decidiera perdonar a Mitrídates y guardarse para sí a su antagonista, lo cierto es que no hizo caso alguno. Dejó que Mitrídates pasara navegando tranquilamente y burlara a las fuerzas de Fimbria y él mismo en primer lugar derrotó en combate naval a la escuadra del rey que se había presentado justo frente a Lecto, en la Tróade. Y de nuevo, como viera que Neoptólemo[19] estaba fondeado con una fuerza naval aun mayor frente a Ténedos, salió a su encuentro antes que los demás, embarcado en una galera rodia de cincuenta remeros cuyo capitán era Damágoras[20], un hombre bien dispuesto hacia los romanos y muy experimentado en los combates en el mar. Neoptólemo entonces levó las anclas y ordenó a su timonel 9 que embistiera lanzándose al abordaje, y Damágoras, como temiera el peso de la nave real y la dureza de su mascarón de bronce, no se atrevió a enfrentarse a ella con su proa, sino que ordenó a sus hombres que se dieran la vuelta velozmen-

[18] Allí Sila había derrotado con brillantez a las tropas de Mitrídates, mandadas por Arquelao, en el año 86.

[19] Otro general de Mitrídates, hermano de Arquelao (Plutarco, *Mario* 34).

[20] Navarco de los rodios (Apiano, *Historia romana* 25). Ténedos es la sagrada isla frente a la antigua Troya (cf. por ejemplo, Homero, *Ilíada* I 38).

te, siendo alcanzado en la popa. Embestido en ese lugar del
barco, recibió el golpe sin sufrir daños, porque chocó contra
las partes de la nave que estaban sumergidas bajo las aguas.
10 Entonces, como los aliados se acercaran, Lúculo ordenó dar
media vuelta y después de culminar algunos lances felices,
puso en fuga a los enemigos y persiguió a Neoptólemo.

4 Desde allá reunió sus tropas con las de Sila, que se dis-
ponía a atravesar el estrecho en el Quersoneso, para asegurar
el paso del mismo. Ayudó a cruzar el ejército al otro lado.
Y después de que se acordara la paz[21], Mitrídates zarpó hacia
el Ponto Euxino y Sila estableció sobre Asia un impuesto de
dos mil talentos. Se le ordenó a Lúculo recaudar ese dinero
y acuñar moneda. Pareció entonces que proporcionaba a las
ciudades un cierto alivio ante la dureza de Sila, pues no sólo
era honesto y justo, sino que también se mostraba moderado
2 en una tarea tan ardua y desagradable para él mismo. También
con los de Mitilene[22], que se habían sublevado abiertamente,
quiso mostrarse benévolo e imponerles una multa proporcio-
nada por haber apoyado al partido de Mario. Pero como viera
que estaban llenos de maldad, envió su flota contra ellos y
los derrotó en combate, recluyéndolos tras sus murallas. Tras
organizar el asedio, zarpó desde allá en pleno día hacia Elea,
pero ocultamente regresó y se quedó en secreto junto a la
3 ciudad, tendiendo una emboscada. Entonces los de Mitilene
salieron desordenadamente y con atrevimiento, como si fueran

[21] Pone fin a la primera guerra mitridática la paz de Dárdano, en agosto del año 85 a. C., por la que Mitrídates devolvió numerosos territorios y prisioneros, y pagó una importante suma (Plutarco, *Sila* 22-24, Apiano, *Historia romana* LIV-LVIII).

[22] La isla de Mitilene, Lesbos por otro nombre, era una antigua aliada de Roma que había hecho defección. Mitrídates se refugió allí un tiempo (Apiano, *Historia romana* 52) y los habitantes de la isla lo habían entregado al legado romano Manio Aquilio, que fue asesinado en Pérgamo por el rey. En cuanto a Elea, consignada más adelante, está situada justo enfrente de la isla, en la costa asiática.

a arrasar su campamento abandonado. Pero, cayendo sobre ellos, Lúculo capturó a muchos con vida y, de los que se defendieron, mató a cincuenta. Tomó además seis mil esclavos aparte de un botín incalculable.

Y en cuanto a las desgracias en Italia, males de toda clase 4
que por aquel entonces habían proporcionado sin cesar a los
ciudadanos Sila y Mario[23], él no tuvo parte alguna, pues por
algún tipo de suerte divina se había retrasado en sus asuntos
de Asia. No obstante, Sila no lo tenía en menor estima que al 5
resto de sus amigos, sino que, como se dijo antes, las *Memo-
rias* que dejó escritas se las dedicó a él por el afecto que le
tenía. Incluso al morir lo nombró en su testamento tutor de su
hijo[24], omitiendo a Pompeyo. Y parece que éste fue el primer
motivo por el que surgieron diferencias y recelos entre ellos,
siendo ambos aún jóvenes y ansiosos de gloria.

Poco después de que Sila muriese, Lúculo fue nombrado 5
cónsul junto con Marco Cotta[25] en torno a la ciento septua-
gésimo sexta Olimpíada[26]. Y como muchos quisieran volver
a emprender la guerra contra Mitrídates, Marco dijo que no
había cesado jamás, sino que se había hecho una pausa. Por 2
ello, cuando a Lúculo le tocó administrar la provincia de Galia
Cisalpina, se sintió disgustado al no ofrecer ésta posibilidades
de grandes hazañas. Pero sobre todo le afligía que Pompe-
yo estaba cobrando una gran fama en Iberia[27], de suerte que

[23] Se refiere a los desmanes que ambos bandos cometieron en las discordias civiles (confiscaciones, persecuciones, asesinatos...), especialmente desde el año 87 hasta el 82.

[24] Señal de la enorme confianza de Sila en Lúculo, su «collaborateur fidèle» (cf. J. Van Ooteghem, *Lucius Licinius...*, pág. 42). Su hijo era Fausto Sila (véase Plutarco, *Sila* 34, 5), gemelo de Fausta. Plutarco anticipa así la enemistad de Lúculo con Pompeyo, cuya estrella comenzaba a brillar entonces con fuerza.

[25] El noble Marco Aurelio Cotta fue pretor en el año 77 a. C. y cónsul en el 74 a. C. junto a Lúculo. Tuvo otros dos hermanos consulares.

[26] Datación típicamente griega: abarca los años 76-73 a. C.

[27] Se refiere a la campaña de España contra Sertorio.

ningún otro podría tener más posibilidades, si la guerra terminaba en Iberia, de ser elegido directamente general contra Mi-
3 trídates[28]. Por eso, cuando aquél escribió al Senado pidiendo dinero y diciendo que en caso de que no lo enviase abandonaría Iberia y a Sertorio y llevaría sus tropas hasta Italia, Lúculo actuó con gran vehemencia para reunir fondos, no fuera que Pompeyo regresara, bajo cualquier pretexto, durante su consu-
4 lado, pues con tamaño ejército la ciudad sería suya. Y es que Cetego[29] era quien controlaba entonces la política —lo decía y hacía todo para ganarse el favor del pueblo— y sentía cierto odio hacia Lúculo, quien despreciaba su forma de vivir, que estaba llena de amoríos vergonzosos, y de desmesura y faltas.
5 Contra éste Lúculo luchó abiertamente y a Lucio Quinto[30], otro demagogo, que se oponía a las leyes de Sila e intentaba trastornar el ordenamiento establecido, le apartó de sus propósitos reconviniéndole muchas veces en privado y advirtiendo en público sobre él. Así acabó con su ambición, de forma que trató debidamente y de forma curativa el comienzo de lo que podía haber sido una gran enfermedad.

6 Entonces se anunció la muerte de Octavio[31], gobernador de Cilicia, y como muchos ansiaban el gobierno de esa provincia, rendían tributo a Cetego, por ser el hombre más poderoso

---

[28] Para la segunda guerra, pues Mitrídates había violado los acuerdos de paz, aliandose con piratas e invadiendo nuevos territorios (Salustio, *Historia* II 43). Pompeyo había sido enviado a España por el Senado contra Sertorio en 77 a. C., y pedía nuevos fondos por carta (Salustio, *Historia* II 98, Plutarco, *Sertorio* XXI).

[29] Publio Cornelio Cetego, hábil senador y político que había cambiado desde el partido de Mario al de Sila, quedando a la muerte de éste como hombre fuerte en Roma (Salustio, *Historia* I 77, Plutarco, *Mario* 40, 3).

[30] Tribuno de la plebe en el 74 a. C. que abogaba por abolir los recortes de Sila al tribunado (Salustio, *Historia* III 17, 48).

[31] Lucio Octavio, cónsul en el 75 a. C., fue enviado a Cilicia el año siguiente, en el que murió: esta provincia, al contrario que la Galia Cisalpina —ya pacificada—, era el lugar perfecto para labrarse una carrera política y militar en las campañas de Oriente.

para sus deseos. Lúculo no tenía en mucha consideración a
la propia Cilicia, pero al creer que, si obtenía esta provincia,
que se encuentra cerca de la Capadocia, nadie más que él sería
enviado a la guerra con Mitrídates, dedicó todos sus esfuer-
zos a que la provincia no fuera adjudicada a ningún otro. Al 2
fin, por necesidad, hubo de cometer una acción nada digna
ni loable en contra de su propia naturaleza, pero eficaz para
sus fines. Había una mujer en la ciudad, de nombre Precia,
que era famosa por su belleza y lascivia. Por lo demás no era
en absoluto mejor que cualquier otra cortesana, excepto en
que se aprovechaba de los que la conocían y frecuentaban
en beneficio de las ambiciones políticas de sus amigos, aña-
diendo al resto de sus encantos el de ser considerada amiga
de sus amigos, bien dispuesta y alguien que podía gozar de
gran influencia. Así que cuando Cetego estaba en la cúspide 3
de su fama como jefe de la ciudad, lo sedujo y se unió a él
como amante, de modo que el poder político pasó totalmente
a sus manos. Resultó, pues, que nada en la política se hacía
si Cetego no lo promovía, y si Precia no se lo ordenaba a
Cetego. Conque Lúculo se ganó a esta mujer mediante re- 4
galos y adulación (y era ciertamente un gran favor para una
mujer vana y popular ser vista compartiendo ambiciones con
Lúculo) y directamente tuvo a Cetego elogiándole y propo-
niéndole como gobernador de Cilicia. De modo que una vez 5
obtuvo esta provincia, no necesitó ya la ayuda de Precia ni de
Cetego, sino que todos a la vez se mostraron dispuestos para
encomendarle a él la guerra contra Mitrídates, en la creencia
de que nadie más podría luchar en ella mejor que Lúculo. En-
tonces Pompeyo estaba combatiendo contra Sertorio todavía
y Metelo[32] se había retirado ya a causa de su vejez, y ellos dos

[32] Quinto Cecilio Metelo Pio, hijo de Metelo Numídico y, por tanto, primo de Lúculo (cf. *supra,* 1, 1-2). Fue cónsul en el 80 a. C., junto a Sila, y procónsul en España, donde combatió a Sertorio (PLUTARCO, *Sertorio* 12-13).

eran los únicos que podrían suponer alguna rivalidad para
6 Lúculo a la hora de decidir el mando militar. Sin embargo, Cotta, que ejercía junto a él el consulado, después de haber insistido mucho ante el Senado, fue enviado con sus naves a proteger la Propóntide y defender Bitinia.

7 Lúculo, que contaba con una legión reclutada en aquel lugar por él mismo, cruzó hacia Asia. Y allí tomó el mando de todas las otras tropas que estaban desde hacía tiempo arruinadas por el lujo y los excesos, los llamados fimbrianos, que por estar acostumbrados al desorden se habían vuelto ingober-
2 nables. Pues eran estos quienes habían destruido junto a Fimbria al cónsul Flaco, su general, y luego entregaron al propio Fimbria a Sila[33]. Hombres osados y sin ley, pero combativos y
3 sufridos, con la experiencia de la guerra. Sin embargo, en poco tiempo Lúculo puso fin al atrevimiento de estos y reeducó a los demás; entonces por primera vez, según parece, probaron un caudillo verdadero, a un capitán, pues en otro tiempo se les había tratado según su gusto y mediante lisonjas para que se acostumbraran a la milicia.

4 Y la situación en el bando enemigo era la siguiente: Mitrídates, como hacen la mayoría de los sofistas[34], se había mostrado fanfarrón y altanero al principio, oponiéndose seriamente a los romanos con fuerzas vanas, aunque eran brillantes y ostentosas a la vista. Y habiendo sido derrotado de forma ridícula y estando prevenido cuando por segunda vez se disponía a emprender una guerra, había preparado a sus tropas
5 con una disposición auténtica y práctica. Pues prescindió de la multitud variopinta y las amenazas en diversas lenguas de los bárbaros, y del aparejo de armamento con oro o piedras preciosas, porque eran un botín para los vencedores y no daban

[33] Cf. *supra* y Plutarco, *Sila* 25, 1 ss.

[34] En cierta tradición, los sofistas se preocupan solamente de las apariencias, como aquí Mitrídates. Sin embargo, acaba por ver la realidad y prepara su ejército seriamente (Apiano, *Historia romana* 69, 291 ss.).

coraje a quienes las poseían. Consiguió espadas a la romana y forjó pesados escudos largos y reunió caballos entrenados mejor que adornados, ordenando a ciento veinte mil soldados de infantería a la manera romana y dieciséis mil jinetes, sin contar las cuadrigas falcadas, que eran cien. Y preparó barcos 6
sin tiendas de techos dorados ni baños para doncellas o lujosos gineceos, sino llenos de armas, flechas y vituallas. Después se embarcó hacia Bitinia y no sólo fue recibido al punto con alegría por las ciudades, sino que también toda Asia tuvo una recaída en su antigua enfermedad, que sufría al soportar prestamistas y recaudadores de impuestos romanos. A éstos, que 7
robaban los alimentos como las harpías, los expulsó más tarde Lúculo. Pues entonces sólo intentó hacerlos más moderados mediante amonestaciones y aquietó las revueltas del pueblo que no era, podría decirse, de los calmados.

En tanto que Lúculo se ocupaba en estos asuntos, Cotta, 8
creyendo que su momento había llegado, se preparó para combatir contra Mitrídates. Y cuando muchos anunciaban que Lúculo estaba acampado ya en Frigia e iba a ponerse en marcha —como creía que el triunfo estaba ya sólo en sus manos—, se dio toda la prisa que pudo, pues no deseaba que Lúculo participara. De tal manera, fue derrotado a la vez por tierra y 2
por mar, y perdió sesenta naves y sus tripulaciones, y cuatro mil soldados de infantería. Así que, bloqueado y asediado en Calcedonia, ponía sus esperanzas en las manos de Lúculo. Había quienes animaban a Lúculo a no hacer caso de Cotta 3
y seguir adelante para devastar el reino de Mitrídates, que estaba desguarnecido. Y ésta era, sobre todo, la opinión de los soldados, indignados porque Cotta, mal aconsejado, no sólo se había perdido él mismo y a los que estaban junto a él, sino que había sido un obstáculo para su propia victoria, que hubieran podido obtener sin luchar. Lúculo pronunció entonces un discurso ante ellos diciendo que él preferiría salvar a un solo romano de manos de los enemigos que hacerse con

4 todas las riquezas de éstos. Arquelao[35], quien fuera el general de Mitrídates en Beocia, había desertado y luchaba del lado de los romanos, y aseguraba que si Lúculo fuera visto en el Ponto vencería de una vez sobre todos. Él repuso que no habría de ser más cobarde que los cazadores, de suerte que, pasando junto a las fieras, marchara a perseguir sus madrigueras vacías. Y diciendo así, marchó contra Mitrídates contando con tres mil soldados de infantería y dos mil quinientos de caballería.
5 Pero llegando a la vista del ejército enemigo y admirándose de su cantidad, quiso posponer la batalla y dejó pasar algo de tiempo. Sin embargo Mario[36], a quien Sertorio había enviado desde España en ayuda de Mitrídates a la cabeza de un ejército, le salió al encuentro y le desafió, poniendo sus tropas en orden de combate para entrar en acción. Pero ya estando así dispuestos juntamente, sin que hubiera ningún cambio aparente del tiempo, de improviso, el aire se partió y se vio un gran cuerpo llameante que cayó en medio entre los dos ejércitos. Su apariencia era más bien parecida a una jarra de vino, de un color semejante al de la plata fundida. De tal modo ambos
6 bandos, temiendo esta visión, se alejaron del otro. Pues esto dicen que había ocurrido también en Frigia, en un lugar llamado Otrias[37].

Y Lúculo, creyendo que ningún avituallamiento o riqueza podría alimentar por más tiempo a tantos miles de enemi-

[35] Cf. *supra* y Plutarco, *Sila* 11, 5, y 16-24. Declarado «amigo del pueblo» romano por Sila, se pasó pronto a las líneas de Lúculo.

[36] Marco Mario, apodado «el tuerto», cuestor en España en el año 76 a. C., que dio a apoyo a Sertorio en su revuelta y, posteriormente, fue enviado a Mitrídates (Apiano, *Historia romana* 68, 287 ss.) por un acuerdo promovido por oficiales romanos que se habían pasado al bando del rey. Prometía la desaparición de impuestos y prestamistas romanos, los publicanos, tan impopulares en las ciudades asiáticas como se consigna *supra*.

[37] Muy verosímilmente se describe aquí la caída de un meteorito, lo que era mal augurio en el mundo antiguo. El lugar donde sucede el extraño fenómeno puede ser la Otrea descrita por Estrabón *(Geografía* XII 5, 5).

gos acampados como los que tenía Mitrídates, ordenó que le trajeran a uno de los prisioneros de guerra. Le preguntó primeramente con cuántos hombres compartía tienda, después cuánta comida había quedado en la tienda. Y cuando el hom- 7
bre respondió a esto, le mandó marcharse. Obró igualmente preguntando a un segundo y a un tercero, y entonces, comparando la cantidad de alimento disponible con el número de los que habían de alimentarse, supo que en tres o cuatro días les faltaría comida a los enemigos. Así, se quedó mucho más 8
tiempo, y reunió en su tienda provisiones de sobra, de forma que estando en abundancia presenciara la falta de recursos de aquéllos.

En esto Mitrídates resolvió atacar a los habitantes de Cízi- 9
co[38], golpeados ya en la batalla en las cercanías de Calcedonia, pues habían perdido tres mil hombres y diez naves. Deseando pasar desapercibido para Lúculo, se marchó inmediatamente después de la cena, aprovechando la noche oscura y lluviosa. Llegó frente a la ciudad con el alba, en torno al monte Adrastea, desplegando allí sus fuerzas. Y como Lúculo se 2
diera cuenta lo persiguió, pero después se alegró de no haber caido sobre los enemigos sin orden de batalla. Plantó al ejército junto a la aldea llamada Tracia, en un lugar óptimo por naturaleza para controlar los caminos y los pueblos, desde los cuales y a través de los cuales era preciso que pasaran las provisiones para el ejército de Mitrídates. Por ello, habiendo 3
concebido con este plan su actuación futura, no se lo ocultó a sus hombres, sino que, reuniéndolos a todos apenas levantado el campamento y terminadas las labores, se jactó ante ellos de que en pocos días y sin derramamiento de sangre les entregaría la victoria.

---

[38] Antigua y rica colonia comercial de Mileto situada en la Propóntide que permanecía fiel a los romanos. Sufrieron el asedio de Mitrídates entonces y sus ataques anteriormente (APIANO, *Historia romana* 72 ss.).

4 Mitrídates había rodeado Cízico por tierra con diez cam-
pamentos y había bloqueado por mar con sus naves el estrecho
que separaba la ciudad del continente, así que la asediaban por
uno y otro lado, y aunque los ciudadanos afrontaban el peligro
animosamente y estaban dispuestos a soportar todo tipo de
dificultades por los romanos, ignoraban dónde estaba Lúculo
5 y estaban preocupados por no saber nada de él. Y aunque su
campamento estaba al frente y bien visible, eran engañados
por los de Mitrídates. Pues señalándoles a los romanos que
estaban acampados en lo alto les decían: «¿Veis a aquéllos? Es
un ejército de armenios y medos que Tigranes[39] ha enviado a
6 Mitrídates como auxilio». Y ellos se quedaban aterrados ante
tamaña fuerza desperdigada en los alrededores y no concebían
que quedara ni una esperanza de recibir ayuda, ni siquiera si
Lúculo acudía.

Pero, en primer lugar, Demonax fue enviado a ellos por
Arquelao, y les anunció que Lúculo había llegado. Mas, cuan-
do desconfiaban y creían que estaba mintiendo acerca de su
llegada para servirles de algún consuelo, un muchacho que
7 había sido hecho prisionero pudo escapar del enemigo. Al
preguntarle ellos dónde creía que andaba Lúculo, él se rió
pensando que estaban bromeando. Mas como viera que iban
en serio, les señaló con la mano el campamento de los roma-
8 nos y cobraron nuevos ánimos[40]. A la vez, tomando el esquife
de mayor tamaño de cuantos navegaban el lago Dascilítida,
Lúculo lo arrastró tierra adentro y transportándolo de nuevo al
mar sobre un carro, embarcó a cuantos soldados tenían cabida
en él. Así atravesaron las aguas, de noche, pasando inadverti-
dos, y consiguieron llegar a la ciudad.

[39] Tigranes II, rey de Armenia y yerno de Mitrídates.

[40] Refieren una anécdota parecida SALUSTIO, *Historia* III 37, y FLORO, *Epítome de la Historia de Tito Livio* I 40, 16.

Parecía que la divinidad infundía coraje a los de Cízico, 10
admirada de su valentía, mediante diversas y claras señales. Al
acercarse la festividad de Perséfone y como ellos no tuvieran
un toro negro para cumplir el sacrificio, modelaron uno con
harina y lo presentaron en el altar. Tenían a la vaca sagrada
que era alimentada para la diosa, como al resto de los rebaños
de Cízico, en el continente. Pero ese día aquélla se separó de
su manada sola y nadó hacia la ciudad, presentándose por sí
sola al sacrificio[41]. La divinidad, además, se le apareció en 2
sueños a Aristágoras, el escribiente público, y le dijo: «Yo
por mi parte he llegado aquí portando el aulós libio contra la
salpinge del Ponto. Dile a los ciudadanos que tengan cora-
je»[42]. Al alba, cuando aún estaban asombrados los de Cízico 3
por estas palabras, el mar fue agitado a causa de la llegada de
un viento incierto. Y las máquinas de guerra del rey que se
alzaban junto a las murallas, obra maravillosa de Nicónides de
Tesalia[43], mostraron claramente por medio de crujidos y ruidos
lo que iba a ocurrir. Luego un viento del sur empezó a soplar
con una fuerza increíble y sacudió el resto de los ingenios en
poco tiempo, y una torre de madera que tenía cien codos de
altura cayó entera tras agitarse fuertemente. Se cuenta, ade- 4
más, que en Ilión se apareció Atenea a muchos ciudadanos
en sueños, sudando abundantemente y mostrando una parte

[41] En Cízico el culto a Perséfone-Core estaba muy arraigado: cuenta el mito que Zeus le entregó a la doncella la ciudad como dote (Apiano, *Historia romana* 75). Este milagro lo refiere también Apiano *(ibid.)*.

[42] Con los instrumentos musicales opuestos (una flauta y una trompeta de guerra), el sueño profético de Aristágoras —acaso descendiente del antiguo soberano de Cízico que cita Heródoto (*Historia* IV 138)— se refiere al viento del sur que desbaratará las tropas de Mitrídates. La oniromancia es a menudo evocada en Plutarco, como se ve seguidamente en el ejemplo de Ilión (la antigua Troya), donde se aparece en sueños la patrona de la ciudad, Atenea o en 13, cuando Lúculo recibe la visita onírica de Afrodita.

[43] Experto en asedios que aparece también en Apiano, *Historia romana* 73-75.

del peplo desgarrado, pues decía que apenas había llegado de
ayudar a los de Cízico. Y los habitantes de Ilión mostraban
una estela que contenía decretos e inscripciones acerca de
estos extremos.

11 Y a Mitrídates, en tanto que era engañado por sus genera-
les e ignoraba el hambre en sus propias filas, le indignaba que
2 los de Cízico resistieran su asedio. Mas pronto su ambición
de gloria y victoria se desinfló cuando tuvo conocimiento de
que su ejército sufría grandemente y que incurría incluso en
la antropofagia. Pues no combatía Lúculo esta guerra como
un espectáculo o una demostración, sino, como se suele decir,
«golpeando en el vientre» e ingeniándoselas para cortar el
3 suministro de todo tipo de alimento. Por eso, mientras él ponía
sitio a una guarnición, Mitrídates se apresuró a aprovechar el
momento y envió a Bitinia a casi todos sus jinetes junto con
las bestias de carga y a los soldados de infantería que estaban
4 inutilizados. Al saber esto Lúculo, se llegó aún de noche a su
campamento y por la mañana, aunque había tormenta, toman-
do diez cohortes y a su caballería, salió a darles caza, a pesar
de que nevaba y sufrían grandes inclemencias. Resultó que,
vencidos por el frío, hubo de dejar atrás a muchos soldados,
pero con los demás, sorprendiendo a los enemigos junto al
río Ríndaco, venció de tal manera que incluso las mujeres
vinieron desde Apolonia[44] a saquear la carga y a robar a los
5 muertos. Muchos, como es natural, perecieron allí. Fueron
capturados seis mil caballos y una incontable cantidad de bes-
tias de carga, además de quince mil hombres[45]. Y llevando a
6 todos esos prisioneros pasó junto al campamento de los ene-
migos. Me asombro cuando Salustio afirma que fue entonces
cuando los romanos contemplaron por primera vez un came-
llo. Como no crea que antaño los soldados de Escipión que

[44] Ciudad bitinia en las cercanías, junto al lago del mismo nombre.

[45] Cf. Apiano, *Historia romana* LXXV.

vencieron a Antíoco y los que hace poco se enfrentaron en Orcómeno y Queronea a Arquelao no tuvieran conocimiento de los camellos[46].

Sin embargo, Mitrídates decidió huir lo más rápido posi- 7
ble y envió a su almirante Aristónico al mar de Grecia[47], pues pretendía retener a Lúculo y ponerle trabas. Y cuando estaba a punto de zarpar, Lúculo lo capturó gracias a una traición, junto con diez mil monedas de oro que llevaba para corromper
a una parte del ejército romano. A causa de esto Mitrídates 8
tuvo que escapar hacia el mar y sus generales de infantería se llevaron a su ejército por tierra. Y Lúculo, cayendo sobre ellos cerca del río Gránico[48], atrapó a muchos y dio muerte a veinte mil. Se dice que entonces de todos los que seguían al ejército y de los soldados, no menos de treinta mil murieron en esta campaña.

Primero Lúculo entró triunfalmente en Cízico y disfrutó 12
de la alegría que convenía a semejante ocasión. Luego preparó una flota y se marchó al Helesponto; de visita a la Tróade, plantó su tienda en el recinto sagrado de Afrodita, y tras quedarse dormido por la noche, le pareció ver a la diosa en pie ante él y diciéndole:

«¿Por qué duermes, valiente león? Los ciervos andan cerca»[49].

[46] Cf. Salustio, *Historia* III fr. 42 M, y Amiano XXIII 6, 56. Plutarco alude a la victoria de Lucio Cornelio Escipión Asiático (cónsul en 190), que venció a Antíoco III (cf. Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación,* XXXVII 40 ss.) y a los choques de la primera guerra mitridática entre Sila y Arquelao *(vid. supra).*

[47] *Scil.* el Mar Egeo.

[48] Río que desemboca en la Propóntide, famoso por la victoria de Alejandro Magno en 334 a. C. (Plutarco, *Alcibíades* 16, 1 ss.)

[49] Esta tercera aparición onírica va acompañada de un hexámetro compuesto quizá por el poeta Aulo Licinio Arquias, que acompañó a Lúculo desde su expedición a Egipto (cf. *supra)* según Cicerón *(Académicas* II 4, 11, *Defensa del poeta Arquias* 11, ss.).

2 Tras levantarse y llamar a los compañeros les contó su visión mientras aún era de noche. Y entonces se presentaron desde Ilión unos mensajeros que anunciaban que trece galeras del Rey habían sido vistas en torno al puerto de los aqueos navegando hacia Lemnos. Al momento, entonces, capturó aquellos barcos, dio muerte a su comandante Isi-
3 doro[50] y navegó en persecución del resto de la flota. Se la encontró fondeada y, tras sacar los barcos totalmente a tierra, combatieron desde la cubierta, dando duros golpes a los de Lúculo. Pero no podían navegar en torno a ellos ni atacarles con sus naves a flote, pues las de los enemigos, arrastra-
4 das tierra adentro, estaban atadas con seguridad. Sin embargo, apenas llegados al lugar donde al isla tenía un cierto acceso, Lúculo desembarcó a los mejores de sus hombres, que cayeron sobre el enemigo y lo aniquilaron, obligando a cortar las amarras de proa de sus barcos y huir de tierra firme, chocando unos contra otros y recibiendo las embes-
5 tidas de la flota de Lúculo. Muchos ciertamente murieron, y entre los prisioneros se rescató a Mario, el general mandado por Sertorio. Éste tenía un solo ojo y Lúculo mandó a los soldados, nada más embarcar, que nadie diera muerte a un hombre tuerto, puesto que debía morir injuriado entre insultos[51].

13 Cuando hubo sucedido esto se apresuró en la persecución del propio Mitrídates, pues tenía la esperanza de encontrarle aún en Bitinia bajo la guardia de Voconio[52], al que había en-
2 viado hacia Nicomedia para frustrar esa huida. Pero Voconio

[50] Quizá el mismo pirata que aparece en Floro I 41, 3 (cf. la versión castellana de Gregorio Hinojo Andrés e Isabel Moreno Ferrero, Floro, *Epítome de la Historia de Tito Livio,* B.C.G., 278).

[51] Como traidor que era.

[52] Cayo Voconio Barba, personaje oscuro, era uno de los legados de Lúculo.

estaba siendo iniciado en los misterios de Samotracia[53], y se quedó atrás celebrando sus festividades, mientras Mitrídates, junto con su escuadra pertrechada, se apresuraba a navegar hacia el Ponto antes de que Lúculo regresara. Le cogió una terrible tormenta entonces, que arrebató algunos de sus barcos y hundió otros. Toda la costa estuvo durante muchos días sembrada de los restos de los naufragios traídos por las olas.
Pero los pilotos no podían acercar a tierra el buque de carga 3
en que viajaba Mitrídates por su gran tamaño, con aquella mar crecida y las olas violentas, porque se había abierto una vía de agua y ya navegaba pesadamente; así que trasladándose a un bergantín pirata y confiando su seguridad a los corsarios, ya sin esperanza, se salvó arriesgadamente llegan-
do a Heraclea, en el Ponto. Y la gran jactancia de Lúculo en 4
su discurso al Senado quedó sin castigar por los dioses, pues cuando se iba a votar la provisión de tres mil talentos para su flota de guerra, Lúculo lo impidió enviando cartas en las que se ufanaba de que podría poner en jaque a Mitrídates en el mar sin costosos preparativos, sino solamente con las naves
de los aliados. Y esto le sucedió gracias a la ayuda de la divi- 5
nidad, pues se dice que la tempestad cayó sobre los pónticos por causa de la cólera de Ártemis Priapina[54], ya que habían saqueado el templo de ésta y arrancado sus imágenes de madera.

Aunque muchos aconsejaban a Lúculo que pusiera tér- 14
mino a la guerra, él no hizo ningún caso y marchó contra el país del rey a través de Bitinia y Galacia. Al principio estaba falto de víveres, de forma que treinta mil gálatas le

[53] Nicomedia es la capital de Bitinia y la isla de Samotracia, por otra parte, era sede de los antiguos misterios de los Cabiros.

[54] Plutarco vuelve a poner a los dioses a favor de Lúculo con estas leyendas (siempre salvando su distancia crítica con un *légetai:* «se dice»). Ártemis era patrona de la ciudad de Príapo, en la costa de Misia, junto a Cízico, aunque el lugar tiene el nombre del dios itifálico de la fecundidad vegetal.

siguieron llevando sobre los hombros una fanega de trigo[55]. Y según avanzaba se apoderó de todo el terreno, llegando a tal abundancia de medios que un buey costaba en su campamento una dracma, y un esclavo, cuatro, en tanto que otro tipo de botín no se pagaba en absoluto, por lo que unas cosas las dejaban y otras las destruían. Así que no había intercambio de nada entre nadie al hallarse todos en semejante abundancia.

2 Pero mientras Lúculo destruía y devastaba el campo en salidas a caballo que llegaban tan lejos como Temisicira y las llanuras en torno al Termodón[56], sus soldados le acusaron de que se ganaba a todas las ciudades y no tomaba ninguna por la fuerza, ni permitía que sus hombres se aprovecharan
3 saqueándolas. «Y ahora —decían — no sería un gran esfuerzo, si se estableciera un asedio, apoderarse de Amiso[57], ciudad feliz y rica. Pero no, tras abandonarla nos lleva hacia el desierto de los tibarenos y los caldeos[58] para combatir a
4 Mitrídates.» Pero Lúculo, que no esperaba que los soldados incurrieran en tales locuras como las que después habrían de llegar, no prestaba atención ni se detuvo siquiera a pensarlo. Más bien se defendía de quienes le acusaban por su lentitud, porque se demoraba en aldeas y ciudades sin mucho valor durante demasiado tiempo, dejando que Mitrídates aumentara
5 sus fuerzas. «Pues esto —argüía él— es exactamente lo que

[55] Traduzco así el griego *medimnos,* medida equivalente a 52,5 litros.

[56] Los escenarios de la lucha se van adentrando en Asia, camino al Este: desde la costa de ciudades e islas helenizadas (Tróade, Misia, Bitinia) hacia el Ponto, a través de la Galacia (tradicionalmente aliada de Roma). Temisicira era una ciudad de fundación griega, junto al Halis y al Termodonte, que para la mitología es el lugar donde habitaban las amazonas.

[57] Amiso, la actual Samsum turca, era una próspera ciudad del Ponto, en la frontera con la Paflagonia, que había sido fundada por Mileto (Estrabón, *Geografía* XII 3, 14).

[58] Ambos pueblos se sitúan más allá del límite del río Termodonte, de camino hacia Armenia (Estrabón, *Geografía* XII 3, 18; 3, 28).

quiero, y para conseguirlo me he de quedar esperando que
ese hombre se haga de nuevo poderoso y reúna fuerzas dig-
nas de ser combatidas, de forma que permanezca en el lugar
y no huya cuando nos acerquemos. ¿Es que no veis que hay 6
un desierto enorme y sin hollar detrás de él? El Cáucaso está
cerca y también sus montañas y sus muchas cavidades, que
bastan para ocultar y dar cobijo a diez mil reyes que huye-
ran del combate. El camino desde Cabira[59] hasta Armenia es
de pocos días. Y en Armenia reina Tigranes, rey de reyes[60],
que tiene fuerzas con las que podría cortar el paso de Asia
a los partos, trasplantar las ciudades griegas a Media y do-
minar Siria y Palestina y dar muerte a los reyes seléucidas
y llevarse como botín de guerra a sus hijas y mujeres. Éste 7
es pariente de Mitrídates, es su yerno. No sólo no le recha-
zará, acogiéndole como suplicante, sino que hará la guerra
contra nosotros. Pero si nos apresuramos a derrotar a Mitrí-
dates, nos arriesgaremos a atraer a las fuerzas de Tigranes.
Desde hace tiempo busca una excusa para marchar contra
nosotros y no podría hallar una causa más apropiada que la
de verse obligado a ayudar a un hombre que es su pariente
y un rey. Entonces, ¿por qué hemos de llevar esto a cabo y 8
enseñar a Mitrídates, que no lo sabe, con qué ayuda debe
luchar contra nosotros y sin que lo desee, sino inesperada-
mente, arrojarle a los brazos de Tigranes? ¿Por qué no dar-
le tiempo a que se prepare con sus fuerzas y cobre ánimos,
para que venga a guerrear con colcos, tibarenos y capado-
cios, a los que a menudo vencimos, en vez de con medos y
armenios?»

Haciendo tales razonamientos, Lúculo pasó un tiempo en **15**
las cercanías de Amiso, poniéndole sitio a la ciudad con poca

---

[59] Un importante baluarte del rey del Ponto, que tenía allí una de sus residencias más agradables (cf. ESTRABÓN, *Geografía* XII 2).

[60] Tratamiento que señala que tenía diversas naciones bajo su dominio (cf. *infra* 21, 6).

motivación. Y después del invierno, dejando a Murena[61] en el asedio, marchó contra Mitrídates, que estaba acampado en el país de los cabiros y pensaba hacer frente a los romanos allí, habiendo reunido un ejército de cuarenta mil soldados de infantería y cuatro mil de caballería, en los que tenía ple-
2 na confianza. Y tras atravesar el río Lico hacia la explanada, desafió a los romanos. Se trabó un combate de caballería y los romanos huyeron[62]. Pomponio, un hombre de cierto renombre, fue capturado malherido y fue llevado a presencia de Mitrídates, con gran sufrimiento a causa de sus heridas. Al ser interrogado por el rey si se avendría a ponerse de su parte para obtener la salvación, éste respondió: «Claro que sí, siempre que llegues a un acuerdo con los romanos. Si no, seré tu enemigo.» Admirado Mitrídates ante esta respuesta, no le hizo ningún daño.

3 Mientras tanto Lúculo evitaba por temor las explanadas, porque el enemigo prevalecía en cuanto a la caballería. Asimismo vacilaba en marchar hacia los montes, pues estaban lejos y eran frondosos e impenetrables. Mas resultó que por ventura unos griegos que habían venido a refugiarse en una cueva fueron capturados. El más anciano de ellos, Artemidoro, prometió que guiaría a Lúculo y lo conduciría a un lugar seguro para su campamento, que tenía una fortaleza
4 sobre la tierra de los cabiros. Lúculo confió en éste y cuando se hizo de noche encendió el fuego y se marchó. Y tras atravesar con seguridad los desfiladeros, tomó el lugar y, al amanecer, apareció estableciendo su ejército por encima del enemigo en un lugar que le permitía un buen acceso si quería

---

[61] Este Murena, lugarteniente de Lúculo, es Lucio Licinio Murena (cónsul en el 62 a. C.), y no su padre, del mismo nombre, que combatió contra Mitrídates en la campaña anterior a las órdenes de Sila (Plutarco, *Sila* 17-19).

[62] Plutarco no lo magnifica, pero parece que fue una derrota notable de Lúculo, en la que se perdió al *magister equitum* Pomponio (Apiano, *Historia romana* 79).

luchar y le proporcionaba gran seguridad si quería quedarse quieto.

Pero ninguno de los dos bandos tenía la intención de 5
arriesgarse en aquel momento. Se cuenta que una vez que las tropas del rey perseguían a un ciervo, fueron aisladas y atacadas por los romanos, y de ahí se derivó un enfrentamiento mayor, con refriegas continuas por ambos lados. Al fin, pre- 6
valecieron las tropas del rey, y los romanos se apesadumbraron al ver la huida desde sus tiendas. Corrieron ante Lúculo pidiéndole que les reuniera y que diera la señal de ataque. Pero él, que quería enseñarles cuál era la importancia de la presencia y vista de un capitán prudente en el transcurso de un combate y una situación de peligro frente al enemigo, les ordenó que mantuvieran la calma. Él mismo bajó a la explanada y, haciendo frente a los primeros que huían, les ordenó que se detuvieran y que se dieran la vuelta con él. Obedeciendo 7
éstos y dando media vuelta también el resto, les plantaron cara y con poco esfuerzo pusieron en fuga a los enemigos y los persiguieron hasta su campamento. A su regreso, Lúculo impuso el castigo establecido para los que habían huido, ordenándoles cavar una zanja de doce pies llevando túnicas sin ceñir, mientras que el resto de los soldados se quedaban en pie alrededor y les observaban[63].

Había en el campamento de Mitrídates un cierto prínci- 16
pe de los dandarios llamado Oltaco[64] (los dandarios son una estirpe de bárbaros que habitan en torno al lago Meotis). Era éste un hombre señalado en combate por las hazañas de su espada y por su valor y entre los más señeros por su inteligencia y, sin embargo, era agradable y educado en el trato. Como 2

---

[63] Castigo por cobardía en el campo de batalla. Recuerda a *Vida de Sila* 16.

[64] En la narración de Apiano es un bárbaro llamado Ocalba el que protagoniza este episodio (79). Sobre los dandarios, pueblo del norte del Mar Negro, cf. HERÓDOTO, *Historia* IV 123.

tenía siempre cierta rivalidad con algún otro noble de su li-
naje por la primacía, se dispuso este hombre a acometer una
hazaña para obtener el favor de Mitrídates: matar a Lúculo.
Y tras elogiar el rey esta propuesta, le puso intencionada-
mente marcas de deshonra[65] para fingir que la rabia le había
3 hecho huir cabalgando hacia Lúculo. Éste le recibió encanta-
do, pues se hablaba mucho de él en el campamento. Después
de un breve interrogatorio le complació tanto su agudeza y
brillantez que lo sentó a su mesa y lo hizo su compañero en el
consejo.

4 Cuando le pareció el momento adecuado al dandario, or-
denó a sus esclavos que sacaran su caballo del campamento.
Y él mismo, a pleno mediodía, cuando los soldados descan-
saban dentro de sus tiendas, se introdujo en la del general,
pensando que nadie impediría el paso a un hombre de su con-
fianza que iba diciendo que tenía algunas cosas de importancia
5 que contarle. De cierto habría entrado sin reparos si el sueño
no hubiera salvado a Lúculo, vencedor de tantos generales.
Pues dio la casualidad de que estaba durmiendo y Menedemo,
uno de sus asistentes personales, que estaba de guardia junto
a las puertas, le dijo a Oltaco que había venido en un momen-
to inoportuno, ya que Lúculo, después de un largo período
de vigilia y de tantas fatigas, se había tomado un descanso.
6 Y puesto que no se marchaba ante a sus ruegos, sino que soste-
nía que entraría pese a los impedimentos, diciendo que desea-
ba hablarle acerca de un asunto de enorme importancia, Mene-
demo se encolerizó y dijo que nada era de mayor importancia
que la salud de Lúculo, y echó al hombre dándole un empujón
7 con las manos. Éste, temeroso, abandonó la tienda y tras tomar
su caballo cabalgó hasta el campamento de Mitrídates sin ha-
ber cumplido su misión. Así es de importante la oportunidad,

[65] Quizá rasurarle la cabeza, lo que era un opropio para los bárbaros de oriente (cf. Nono, *Dion.* XXVI 157).

tanto en cualquier asunto como en las enfermedades, para que la balanza se incline por la salvación o la perdición[66].

Después de este lance, Sornacio[67] fue enviado con diez 17
cohortes en busca de provisiones de grano. Como fuera perseguido por Menandro[68], uno de los generales de Mitrídates, resolvió plantarle cara. Después de trabar combate causó gran
mortandad y la retirada de los enemigos. Y de nuevo, siendo 2
enviado Adriano con un destacamento a fin de obtener víveres y trigo para los soldados, a Mitrídates no le pasó inadvertido, sino que envió a Menémaco y Mirón[69] a la cabeza de un buen número de jinetes y soldados de infantería. Pero todos estos —según se cuenta— excepto dos, fueron aniquilados por los
romanos. Mitrídates ocultó la desgracia como si no tuviera im- 3
portancia, sino muy pequeña, achacándola a la inexperiencia de sus generales. Pero Adriano desfiló triunfalmente pasando por delante del campamento enemigo y llevando muchos carros llenos de trigo y despojos, de suerte que el desánimo cayó sobre éste y una gran conmoción y un miedo irresistible sobre sus soldados, que resolvieron no quedarse más allí.
Y después de que los más cercanos al rey despacharan sus pro- 4
pias pertenencias en silencio e impidieran a los demás hacer lo mismo, los hombres montaron en cólera mientras en tropel se apresuraban hacia la salida del campamento, saquearon las pertenencias de aquéllos y los pasaron a cuchillo. Entre ellos

[66] La oportunidad es el momento propicio o *kairós*, tan importante para los griegos.

[67] Sornacio era uno de los legados de Lúculo, según una inscripción griega de Pérgamo, enviado en misión de avituallamiento, lo cual era de vital importancia para el ejército del general romano (cf. APIANO, *Historia romana* 81).

[68] Aparece como general de Mitrídates también en APIANO, *Historia romana* 64. Fue llevado preso en el triunfo de Pompeyo, como cuenta el propio Apiano.

[69] Sobre estos dos comandantes no se sabe nada. Un fragmento de Memnón da otros nombres (*FGrHist* 434 F 1) y confirma, en todo caso, el gran desastre que supuso esta derrota para Mitrídates. Según TITO LIVIO (*Períocas* 97) el ejército del rey perdió sesenta mil hombres.

estaba también el general Dorilao[70], que no tenía sino su capa púrpura, y murió por ella, y Hermeo el sacerdote, que fue asesinado en las mismas puertas.

5 El propio Mitrídates, que no tenía la escolta de ningún siervo o palafrenero, escapó del campamento mezclado entre la multitud. Ni siquiera pudo tomar uno de los caballos reales, sino que, al fin, el eunuco Ptolomeo[71], como le viera arrastrado en medio del tumulto de gente, se bajó de un salto de su ca-
6 ballo y se lo dio. Pues ya los romanos estaban hostigándoles, persiguiéndoles y no dejaron de atraparlo por falta de velocidad, sino que llegaron muy cerca de él. Pero la avaricia y la miseria de la soldadesca les privaron del trofeo que habían perseguido después de muchos combates y grandes peligros,
7 y le arrebataron a Lúculo el premio del vencedor. En efecto, el caballo que llevaba a aquel hombre estaba al alcance de sus perseguidores, cuando se interpuso una de las mulas que acarreaban el oro del rey, ya fuera por sí misma o porque Mitrídates la enviara a propósito para obstaculizar a los que le perseguían, que se entretuvieron en recoger y llevarse el
8 oro y pelearon unos con otros retrasándose. Y no fue éste el único perjuicio que sufrió Lúculo a causa de la avaricia de sus hombres. También había ordenado que capturaran a Calístrato, que guardaba los documentos secretos del rey, pero ellos, tras capturarlo y enterarse de que tenía quinientas monedas de oro escondidas bajo su cinturón, lo mataron. Sin embargo, permitió a estos hombres saquear su campamento.

18 Tras capturar Cabira y la mayor parte de las otras guarniciones, Lúculo descubrió grandes tesoros y prisiones en las que había muchos griegos y parientes del rey de otras naciones, a quienes desde hacía mucho tiempo se daba por muertos,

---

[70] El general Dorilao, muy cercano a Mitrídates, había luchado en la guerra anterior contra Sila, siendo vencido en Orcómeno (PLUTARCO, *Sila* 20, 3 s.).

[71] Este Ptolomeo, como más arriba el sacerdote Hermeo y a continuación el secretario Calístrato, son personajes de identidad oscura.

los cuales recibieron el favor de Lúculo no como si fuera una salvación, sino más bien una resurrección o un segundo nacimiento. Una hermana de Mitrídates, de nombre Nisa, fue cap- 2
turada: mas su captura resultó ser su salvación, pues las hermanas y mujeres que se creían lo más lejos posible del peligro y protegidas, a salvo cerca de Farnacia[72], habían muerto de una forma lastimosa. En efecto, Mitrídates les había enviado en su huida al eunuco Báquides[73]. Había entre otras muchas dos her- 3
manas del rey, Roxana y Estatira, que rondando los cuarenta aún eran doncellas, y dos de sus concubinas, de estirpe jonia, Berenice de Quíos y Mónima de Mileto[74]. De ésta se hablaba mucho entre los griegos, porque una vez, poniéndola a prueba el rey, le envió quince mil monedas de oro; pero ella se resistió hasta que no se acordaron las condiciones del matrimonio, le envió una diadema real y la saludó como reina. Y ella durante 4
el resto de sus días lo pasó bastante mal, lamentándose de su propia belleza, porque había obtenido un amo en vez de un marido, se hospedaba en una guarnición de bárbaros en vez de en un tálamo nupcial y un hogar, pues habitaba lejos de Grecia, donde los bienes esperados solamente existían en sus sueños, a la vez que se le privaba de los bienes reales.

Y como llegara Báquides y les ordenara que se quitasen 5
la vida de la manera que a cada cual le pareciera más fácil y menos dolorosa, Mónima, arrancando de su cabeza la diadema, la ciñó en torno a su cuello y se ahorcó. Pero la diadema 6
se rompió en seguida y dijo: «¡Oh maldito andrajo, ¿tampoco me ibas a ayudar al menos en esto?» Y entonces la arrojó al

[72] Otra ciudad del Ponto, en el país de los tibarenos, que recibe su nombre del rey Farnaces, abuelo de Mitrídates (Cf. PLUTARCO, *Pompeyo* 41 ss.). En la actualidad, es la ciudad turca de Giresun.

[73] De nuevo, Apiano transmite un nombre ligeramente cambiado, Baco (82).

[74] Plutarco habla en otro lugar del amor que sintió Mitrídates por esta mujer (PLUTARCO, *Pompeyo* 37, 3).

suelo y escupió sobre ella, ofreciendo su cuello a la espada de Báquides. Y Berenice, por su parte, tras tomar una copa de veneno, la compartió con su madre, que estaba junto a ella
7 y se lo estaba pidiendo. Ambas apuraron la copa y bastó la fuerza de ese veneno para el cuerpo más debilitado. Pero no sirvió, en cambio, para liberar a Berenice, que no había bebido suficiente. Y como tardaba en morir, Báquides, que tenía prisa,
8 la estranguló. Se dice, además, que una de sus hermanas sin desposar bebió el veneno maldiciendo su suerte, pero que Estatira lo hizo sin decir nada ofensivo ni innoble, sino elogiando a su hermano porque arriesgando su integridad no se había desentendido de ellas, sino que había procurado que murieran
9 libres y sin ser ultrajadas. Estos sucesos, así pues, afligieron a Lúculo, que era por naturaleza noble y filántropo.

19 Y Lúculo, tras haber perseguido al rey hasta Talaura[75], donde cuatro días antes Mitrídates había llegado huyendo hacia Armenia para refugiarse junto a Tigranes, se dio la vuelta. Después de someter a los caldeos y tibarenos y tras tomar la Armenia Menor capturando sus fortalezas y ciudades, envió a Apio[76] hacia Tigranes para pedir que le entregara a Mitrídates.
2 Y él mismo, por su parte, se dirigió a Amiso, que aún estaba asediada a causa del general Calímaco[77], por su pericia con los aparejos técnicos y su destreza en hallar todo tipo de recursos que se necesitan en el sitio de una ciudad, importunando gravemente a los romanos, a los cuales más tarde pagaría su
3 castigo. Mas entonces fue vencido en campaña por Lúculo, pues en la misma hora en que acostumbraba a dejar descansar a los soldados, éste lanzó su ataque de repente. Y tras ser

[75] Otra ciudad póntica en el curso del río Lico, como Cabira.

[76] Se trata de Apio Claudio Pulcro (cónsul en el año 54 a. C.), hijo de otro Pulcro, cónsul en 79. Lúculo se había casado con su hermana, como se afirma en 21, 1, donde corregimos su nombre, transliterado en griego como «Clodio».

[77] Desconocido. Seguramente otro griego experto en asedios, como Nicónides de Tesalia (10, 3).

capturada una parte no muy amplia de la muralla, Calímaco
prendió fuego a la ciudad y la abandonó, ya fuera porque tenía
envidia de que los romanos fueran a sacar provecho de ella,
o ya porque maquinara para sí que la huida sería más fácil.
Y nadie se dio cuenta de que se escapaban por mar, sino cuan- 4
do una llamarada creció enormemente envolviendo la muralla.
Los soldados se aprestaron para la rapiña, pero Lúculo, com-
padeciéndose de la ciudad destruida, ayudó desde fuera contra
el fuego y ordenó que fuera extinguido, mas nadie obedeció
sus órdenes, sino que exigían riquezas, a gritos, haciendo cho-
car las armas hasta que a la fuerza le hicieron acceder como
si así al menos pudiera salvar la ciudad del incendio. Pero 5
aquéllos hicieron todo lo contrario, pues saquearon todo lo
que encontraron bajo la luz de las antorchas y, extendiendo
por todas partes las llamas, destruyeron la mayor parte de las
casas, de modo que Lúculo, cuando entró al día siguiente,
rompió a llorar y le dijo a sus amigos que a menudo había con-
siderado feliz a Sila y especialmente en aquel día admiraba la
fortuna de aquel hombre, porque cuando quiso salvar Atenas
pudo hacerlo, diciendo: «Pero a mí, que tanto deseaba ser su
imitador, la divinidad me otorga la fama de Mummio»[78].

Sin embargo, en las circunstancias presentes, trató de re- 6
construir la ciudad. Pues el fuego lo habían extinguido por
alguna divina casualidad las lluvias que habían caído cuando
la toma de la ciudad. La mayoría de las casas destruidas las re-
construyó él mismo, mientras aún estaba en la ciudad. Acogió

[78] Las lágrimas de Lúculo ante Amiso son muestra de su filantropía y gran humanidad (en las que insiste PLUTARCO en 18, 9) y son comparables a las de Escipión ante Cartago (cf. POLIBIO, *Historias* XXXVIII 28). Sila, que era apodado *Felix,* perdonó Atenas en la guerra anterior contra Mitrídates (PLUTARCO, *Sila* 14, 10 ss. aunque fuera saqueada parcialmente, junto con El Pireo, por sus tropas) y Lucio Mummio fue, en cambio, el conquistador en el 146 a. C. de Corinto, ciudad que quedó totalmente arrasada por orden del Senado y cuya población fue vendida como esclava (PAUSANIAS, *Descripción de Grecia* VII 16).

a los de Amiso que habían huido y permitió que vivieran allí los griegos que así lo desearan, demarcando un terreno adi-
7 cional de ciento veinte estadios[79]. La ciudad era una colonia de los atenienses[80] que había sido poblada en aquellos tiempos en los que florecía su poder y dominaban el mar. Y por esta razón, muchos de quienes deseaban escapar de la tiranía de Aristión[81], navegaban hasta aquí para poblarla y convertirse en sus ciudadanos. Pero a éstos les sucedió que, tras escapar
8 de males propios recibieron también los males ajenos. A los que se salvaron, sin embargo, Lúculo les visitó y ordenó que se les diera a cada uno doscientas dracmas. Entonces cayó prisionero Tiranión[82] el gramático. Murena le pidió tenerlo como botín y tras recibirlo lo liberó, haciendo un uso innoble de su
9 regalo. Pues Lúculo no creyó digno que ese hombre cultivado por su educación fuera hecho esclavo primero y después liberado, porque la concesión de la libertad era considerada una privación de la que ya tenía. Así Murena no sólo en este caso fue observado como muy inferior en nobleza y bondad a su general.

20 Lúculo se dirigió entonces a las ciudades del Asia, de modo que, al estar ocupado con los asuntos de la guerra, también pudiera participar en alguna medida en la justicia y las leyes. De ellas durante mucho tiempo se había sentido la falta, pues por indecibles e increíbles desgracias que habían caído sobre la provincia, ésta se hallaba esclavizada por los cobra-

---

[79] Unos 20 Km.

[80] La ciudad era una colonia de origen más antiguo, posiblemente fundada por Mileto (Estrabón, *Geografía* XII 3, 16). Sin embargo, fue refundada por atenienses establecidos allí en tiempos de Pericles.

[81] Aristión, que era partidario de Mitrídates, había gobernado Atenas tiránicamente desde el 88 al 86 a. C., fecha en que fue derrocado y ejecutado por Sila (Plutarco, *Sila* 22-24).

[82] Tiranión, sobrenombre de Teofrasto, fue alumno de Dionisio Tracio y un profesor de letras muy popular en Roma, al que frecuentaron César y Cicerón (Cicerón, *Epístola a Ático* XII 6, 2).

dores de impuestos y a los prestamistas[83]. Los particulares se
veían obligados a vender a sus hijos más hermosos y a sus
hijas vírgenes, mientras que el estado hacía lo propio con las
ofrendas, inscripciones y estatuas consagradas. Y al fin queda- 2
ban esclavizados a sus acreedores, siendo las cosas anteriores
a ésta mucho peores aún: torturas con cuerdas, prisiones y
potros, sufrir las inclemencias al aire libre bajo el ardor del sol
en verano, entre el barro y el hielo durante el frío invierno. De
forma que la esclavitud les parecía un alivio y una paz. Tales 3
fueron las desgracias que Lúculo encontró en las ciudades, y
en poco tiempo liberó de todas ellas a los oprimidos.

Pues primero ordenó que ninguna usura se calculara más
allá del uno por ciento de interés[84]. En segundo lugar, cortó los
intereses que fueran mayores que la deuda principal. En tercer
lugar, y lo más importante, ordenó que el acreedor recibiera la
cuarta parte de los ingresos del deudor como mucho. Y el que
añadiera interés al principal sería privado del total, de modo
que en un tiempo menor a cuatro años se satisficiera todo el
préstamo, y las posesiones quedaran libremente devueltas a
sus propietarios. Este endeudamiento público provenía de los 4
veinte mil talentos con que Sila penalizó Asia[85]. Y el doble les
fue devuelto a los prestamistas, que ascendía ya a doce mil
talentos de intereses a su favor. Resultó entonces que éstos, 5
considerando que habían sido muy perjudicados, clamaron
contra Lúculo en Roma y sobornaron con dinero contra él
a algunos tribunos de la plebe[86], pues eran muy poderosos y

[83] Desde la marcha de Sila, la región era diezmada por los excesos de los soldados romanos y los usureros (PLUTARCO, *Sila* 25, 2).

[84] El uno por ciento al mes (doce por ciento al año) era la tasa de interés media en Roma. Para las reformas fiscales de Lúculo en Asia, véase APIANO, *Historia romana* 83.

[85] Cf. PLUTARCO, *Sila* 25, 4.

[86] El original griego usa «demagogos», pero Plutarco se refiere aquí a la institución romana del tribuno de la plebe. Puede tener cierto matiz despectivo, y así lo refleja la traducción en 20, 5 y 35, 9.

6 les eran debidos muchos favores entre la clase política. Pero
Lúculo no sólo era querido por los pueblos a los que había
beneficiado, sino también era amado en las otras provincias
que consideraban dichosos a los que tenían semejante gober-
nador.

21 Apio Claudio, enviado a Tigranes como embajador (era
hermano de la entonces mujer de Lúculo), fue conducido en
primer lugar por los guías del rey a través de un camino si-
nuoso y largo, que no era necesario, para cruzar las tierras
montañosas del interior. Y cuando un sirio liberado le contó
que existía un camino directo, se dio la vuelta dejando el
camino largo y engañoso, despidiendo con maldiciones a sus
guías bárbaros. En pocos días, tras atravesar el Éufrates, llegó
2 a Dafne de Antioquía[87]. Entonces, como Tigranes le indicara
que debía esperar allí (pues estaba ausente dedicado aún a
someter algunas ciudades de Fenicia) tomó familiaridad con
muchos de los príncipes locales que de mala gana eran vasa-
llos del armenio, entre los cuales había uno que era Zarbieno,
rey de Gordiene[88]. Y prometió la ayuda de Lúculo a muchas de
las ciudades esclavizadas, que le habían enviado ocultamente
embajadas, aunque por el momento les instaba a mantener la
calma.

3 Pues el gobierno de los armenios era insufrible para los
griegos y muy duro. Y especialmente la mentalidad del propio
rey, que se había vuelto ampulosa y soberbia en la cumbre de
su buena fortuna. De todas las cosas que la mayoría de los
hombres envidia y admira, no sólo existían alrededor de él,
4 sino que incluso se pensaba que existían por su causa. Pues
habiendo comenzado con unas aspiraciones modestas e in-
significantes, había llegado a someter a muchos pueblos, hu-
millando el poder de los partos como ningún otro y llenando

[87] Ciudad situada en el curso del río Orontes

[88] País agreste y montañoso al sur de Armenia.

Mesopotamia de griegos, muchos trasladados desde Cilicia
y otros tantos desde Capadocia como nuevos colonos. Hizo 5
mudar de costumbres también a los árabes nómadas, trasla-
dándolos y fundando un emplazamiento cercano, de forma
que pudiera utilizarlos en el comercio. Y había muchos reyes
que estaban a su servicio. Cuatro de ellos, a los que siempre
tenía alrededor como sirvientes o escoltas, corrían junto a él a
pie vestidos sólo con una túnica cuando montaba a caballo, y
se quedaban siempre de pie con las manos entrelazadas unos
con otros cuando estaba sentado cerrando algún trato eco-
nómico, de manera que pareciera una declaración de formas
de servidumbre, como si habiendo vendido su libertad y su
cuerpo al amo estuvieran más dispuestos a padecer cualquier
cosa que a actuar.

Sin embargo, Apio no estaba temeroso ni impresionado 6
por toda esta puesta en escena, y tan pronto como pudo ob-
tener una audiencia, le dijo al rey a la cara que había veni-
do para llevarse a Mitrídates como trofeo para el triunfo de
Lúculo, y que de lo contrario marcharía a la guerra contra
Tigranes. De este modo, aunque Tigranes trataba de escuchar
con rostro tranquilo y esbozando una sonrisa, no pudo ocultar
a los presentes su desagrado por la franqueza de aquel joven,
pues hacía unos veinticinco años que no escuchaba un discur-
so con tanta libertad de palabra[89]. Así de largo había sido su
reinado o, por mejor decir, su tiranía. Respondió a Apio que 7
no entregaría a Mitrídates y que si los romanos empezaban
una guerra, él se defendería. Ofendido con Lúculo porque se
había dirigido a él en su misiva sólo como rey y no como rey
de reyes[90], no le replicó por escrito llamándole emperador.
Pero envió a Apio regalos espléndidos y, al no aceptarlos éste, 8

[89] La libertad de palabra o *parrhēsía,* tan estimada por los griegos y opuesta a los modos de la corte de Tigranes, que es retratado aquí como un típico rey oriental y bárbaro, opresor de los griegos.

[90] Véase *supra* 14.

añadió aún más. De entre éstos, Apio, no queriendo parecer un enemigo personal, hubo de aceptar un pequeño recipiente y devolvió el resto de las cosas. Y a toda prisa marchó en dirección a su general.

22 Tigranes no se había dignado ver ni hablar a Mitrídates, aunque era pariente de aquel hombre que había sido privado de tamaño reino, sino que, deshonrado y despreciado, lo mantenía de alguna manera bajo custodia lejos de allí, en una región pantanosa y llena de enfermedades. Pero en aquel momento, sin embargo, le hizo llamar a su palacio con honores y
2 deferencia. Y allí, mientras se desarrollaba una conversación secreta entre ambos, cuidaron de sanar sus suspicacias mutuas achacando las culpas de sus males a sus amigos. Entre ellos estaba Metrodoro de Escepsis[91], hombre diestro en la oratoria y muy cultivado, que gozaba de tal grado de amistad con
3 él que era llamado «padre del rey». A éste, según parece, lo envió Tigranes como embajador de parte de Mitrídates para pedir ayuda contra los romanos. «Pero tú mismo, Metrodoro, ¿qué me aconsejarías sobre este tema?» Y aquel, ya fuera por miramiento hacia Tigranes o porque no quería salvar a Mitrídates, dijo que como embajador le instaba a ello, pero como
4 consejero lo reprobaba. Esto se lo refirió Tigranes a Mitrídates creyendo que no haría un mal irreparable a Metrodoro. Pero éste fue directamente ejecutado. Y el arrepentimiento se apoderó entonces de Tigranes, aunque él no fuese enteramente el causante de la desgracia de Metrodoro, sino solo una influencia más para el odio que Mitrídates ya albergaba hacia él.
5 Pues hacía algún tiempo que la tenía tomada con ese hombre ocultamente, según cabe deducir de las cartas confidenciales que fueron capturadas, en donde se disponía la muerte de Me-

[91] No parece tratarse del platónico Metrodoro, rétor en Atenas (ESTRABÓN, *Geografía* XIII 1, 55), sino tal vez un pariente suyo, enemigo de Roma, que escribió una historia laudatoria de Tigranes. También refiere Estrabón su muerte.

trodoro, entre otros. Así pues, Tigranes enterró con honores su cuerpo, sin ahorrar ningún lujo para el cadáver del hombre que en vida había traicionado.

El rétor Anfícrates[92] murió también junto a Tigranes, si conviene hacer memoria de él en honor a Atenas. Pues se cuenta que aquel huyó exiliado hacia Seleucia en el Tigris[93], y como le pidieran que diera clase allí, les despreció con gran soberbia, diciendo que una vasija no podría albergar a un delfín. Después, trasladándose a la corte de Cleopatra, hija de Mitrídates, que estaba casada con Tigranes, cayó pronto en desgracia y, apartado del contacto con los griegos, murió de hambre. Fue enterrado también éste con honores por Cleopatra y yace en Safa, que así se llama la aldea que cobija su sepultura.

Después de dotar a Asia de buen gobierno y paz en abun- 23
dancia, no descuidó Lúculo las cosas que procuran placer y contento, sino que con procesiones y celebraciones de epinicios y certámenes atléticos y de lucha complació a las ciudades mientras se detuvo en Éfeso. Y las ciudades, en co- 2
rrespondencia, celebraron festivales «luculeyos» en honor de aquel hombre[94] y le procuraron aquello que es más dulce que el honor, su auténtica devoción por él. Cuando Apio llegó, sin embargo, y pareció que había que marchar a la guerra contra Tigranes, pasó de nuevo al Ponto y dirigiendo a sus soldados puso sitio a Sínope[95], o mejor dicho, a las tropas cilicias

[92] Otro rétor de Atenas y enemigo de Roma, que huyó de la ciudad en los años de la tiranía de Aristión o más probablemente tras la conquista por Sila. Se refieren a él Dionisio de Halicarnaso (*Historia antigua de Roma* I 4), Estrabón (*Geografía* XIII 1, 55) y otros autores.

[93] Ciudad fundada por Seléuco I hacia el 300 a. C., situada al norte de Babilonia.

[94] Cf. *supra* 12.

[95] La capital comercial del Ponto, Sínope, patria del cínico Diógenes, era una antigua colonia milesia situada en el Mar Negro, en una península y con un doble puerto muy activo.

del rey que la ocupaban. Estos, habiendo asesinado a muchos habitantes de Sínope y prendido fuego a la ciudad, huyeron
3 de noche. Al conocer esto Lúculo, tras entrar en la ciudad, dio muerte a ocho mil de los que aún quedaban allí. A los demás les devolvió sus casas y se cuidó de la ciudad y sobre todo a causa de la siguiente visión. Pues vio entre sueños a alguien que se ponía a su lado y le decía: «Avanza un poco, Lúculo, pues llega Autólico que desea encontrarse contigo».
4 Al levantarse no pudo averiguar qué significaba esta visión. Tomó la ciudad aquel día y, mientras perseguía a los cilicios que huían por mar, vio una estatua que yacía en el suelo, que los cilicios que la llevaban no habían podido embarcar en sus naves. La obra era de Esténidas[96], uno de sus mejores trabajos. Y entonces alguien le contó que era la estatua de Autólico,
5 fundador de Sínope[97]. Se cuenta que este Autólico era uno de los que participaron en la expedición contra las amazonas que partió de Tesalia en compañía de Heracles y que era hijo de Deímaco. Cuando regresaba navegando desde allí junto con Demoleonte y Flogio, su barco naufragó yendo a parar al lugar del Quersoneso llamado Pedalión. Y él, tras salvarse con sus armas y sus compañeros, llegó a Sínope y les arrebató la ciudad a los sirios. Pues los sirios que la ocupaban provenían de Siro, hijo de Apolo —según cuenta la leyenda— y Sínope, hija de Asopis.

6 Tras escuchar estas cosas, Lúculo recordó el consejo de Sila. Aconsejaba éste en sus memorias no conducirse por nada más digno de crédito y cierto que lo que era revelado a través
7 de los sueños[98]. Y así, como se enterase de que Mitrídates y Tigranes aún no habían cruzado hacia Licaonia y Cilicia para

---

[96] Escultor de Olinto contemporáneo de Alejandro Magno (Cf. Pausanias, *Descripción de Grecia* VI 16, 8).

[97] Y no el abuelo de Ulises. Cuenta su historia Apolonio Rodio (*Argonáuticas* II 957) y Apiano (*Historia romana* 69).

[98] Y de hecho otra de las razones para la gran confianza y amistad entre Sila

invadir con un ejército Asia cuanto antes, se asombró de que el armenio, si tenía la intención de atacar a los romanos no hubiera utilizado para la guerra a Mitrídates, que estaba en la cumbre de su poder, ni se hubiera coaligado con los ejércitos de éste cuando aún eran vigorosos, sino que lo había dejado ser vencido y desbaratado, y solamente ahora comenzaba una guerra con esperanzas tibias, rebajándose a sí mismo al nivel de quienes no pueden ponerse en pie.

Y después de que Macares[99], hijo de Mitrídates, que go- 24
bernaba el Bósforo le enviara a Lúculo una corona de mil piezas de oro y como pidiera a los romanos que lo contaran entre sus amigos y aliados, creyó éste que ya la primera guerra había terminado. De tal manera, dejó allí a Sornacio, como guardián del Ponto, junto con seis mil soldados, y él mismo emprendió la segunda guerra llevando consigo doce mil soldados de infantería y menos de tres mil jinetes. Parecía que se lanzaba con un ataque temerario y sin perspectivas de salvación contra pueblos belicosos y miles de soldados de caballería más y una tierra inabarcable, hollada por profundos ríos, montañas siempre cubiertas de nieve. De modo que los soldados, que por lo demás no eran demasiado disciplinados, lo siguieron a regañadientes y rebelándose contra su mando. Y en Roma crearon un clamor de queja los tribunos de la plebe, argumentando que Lúculo perseguía una guerra tras otra, no resultando provechoso para la ciudad, sino para que nunca tuviera que deponer las armas de general ni dejar de
hacer dinero con los riesgos del Estado. Conque éstos, con 2
el tiempo, llevarían a cabo su plan. Lúculo marchó hacia el

y Lúculo era esta creencia compartida en el uso de las señales, sueños y profecías (véase A. Keaveney, *Lucullus...*, pág. 175).

[99] El hijo de Mitrídates, gobernante de los territorios al norte del Ponto, que traicionó a su padre pasándose a los romanos (Apiano, *Historia romana* 83), acabó suicidándose (*ibid.* 102).

Éufrates por veloces atajos[100], y cuando se encontró con que
el río bajaba crecido y turbulento por las lluvias invernales,
se afligió al considerar qué demora y fatiga iba a suponer para
3 él reunir barcos y contruir puentes. Mas comoquiera que por
la tarde comenzara a descender el cauce, reduciéndose a lo
largo de la noche, el río apareció al alba corriendo por su cur-
so normal. Los nativos observaron pequeñas islas que habían
surgido en el curso del río y como estuviera además calmada
la corriente alrededor de ellas, se arrodillaron ante Lúculo,
pensando que pocas veces había ocurrido esto anteriormente:
el río se había aplacado de buen grado y dulcemente ante
aquel, ofreciéndole un paso rápido y sin dificultades.

4 Así pues, haciendo uso de la ocasión, cruzó al otro lado
su ejército. Y se produjo una señal favorable para él, al cruzar
unos bueyes sagrados de la Ártemis persa[101], que andaban pas-
tando por allí, a la cual los bárbaros de las inmediaciones del
Éufrates honran especialmente. Estos bueyes se utilizan sólo
para los sacrificios, pues de otra manera vagan libremente por
los campos y llevan encima marcas como señales de la divi-
nidad. Y no es cosa fácil ni insignificante tomar uno de ellos
5 cuando se necesita. Uno de estos bueyes, así, llegó a una cierta
roca que se veneraba como consagrada a la divinidad, mien-
tras el ejército estaba vadeando el río, y se quedó en pie enci-
ma de ella. Y bajando la cerviz, como si alguien la estuviera
estirando con un lazo, se ofreció a sí mismo como sacrificio
6 para Lúculo[102]. Y éste sacrificó entonces el toro en honor del
Éufrates en agradecimiento por el paso. Aquel día descansó,

[100] Plutarco silencia toda la ruta de Lúculo por Capadocia hasta el Éufrates, a través del reino de Ariobarzanes (Apiano, *Historia romana* 84).

[101] Se trata de la diosa persa Anahita, «la inmaculada» (Nahid, en persa moderno), divinidad de las aguas, equivalente a veces a la Ártemis griega (cf., por ejemplo, Pausanias, *Descripción de Grecia* VII 6, 6).

[102] Cf. *supra* 10, para otro prodigio similar. La campaña de Lúculo está plagada de buenos presagios que señalan el apoyo de los dioses.

pero al siguiente y en los sucesivos avanzó a través de Sofene,
sin hacer ningún mal a las gentes, que salían a su encuentro y
recibían a su ejército con gran alegría. Tanto era así que, como
sus soldados quisieran tomar cierta guarnición que se creía
guardaba muchas riquezas, señalando la cordillera del Tauro,
que se encontraba a lo lejos, dijo: «Tenemos que conquistar
aquella fortaleza. Éstas de aquí son las cosas que estarán a
disposición de los vencedores». Y apretando la marcha cruzó
el Tigris y enfiló la ruta de Armenia.

Como el primero que anunció a Tigranes que Lúculo se 25
acercaba no fue recompensado sino que se le cortó la cabeza,
ningún otro le dijo nada más sobre ello. Por el contrario, el rey
estaba sentado sin enterarse de nada mientras alrededor suyo
ya ardía el fuego de la guerra. Escuchaba sólo asuntos agrada-
bles, como que «Lúculo sería un gran general si podía hacer
frente a Tigranes en Éfeso y no salía huyendo directamente
de Asia al ver tamaña cantidad de soldados». Así, en efecto, 2
como no es posible para cualquier organismo soportar mucho
vino sin mezclar, tampoco lo es conservar el buen juicio en
medio de grandes éxitos. Mitrobarzanes[103] fue el primero de
sus amigos que se atrevió a decirle la verdad. Pero tampoco
éste obtuvo una buena recompensa por su franqueza. Pues al 3
punto fue enviado contra Lúculo al mando de tres mil jinetes y
numerosísimos soldados de infantería. Se le ordenó que trajera
al general con vida, pero a los demás que los aniquilara. Parte 4
del ejército de Lúculo estaba acampado y parte estaba aún
en camino. Cuando los vigías anunciaron que el bárbaro se
lanzaba al ataque, temió que, al no estar en orden de batalla,
cayera sobre ellos en medio de la confusión. Así que él mismo
se quedó ordenando el campamento y envió a Sextilio[104] como

[103] Personaje desconocido.

[104] Otro de los legados de Lúculo, de gran valor, de quien se conocen pocos datos (cf. APIANO, *Historia romana* 84, y DION CASIO, *Historia romana* XXXVI 3).

embajador con mil seiscientos caballos y un número poco mayor de hoplitas e infantería ligera en no mayor número, ordenándole que se acercara al enemigo y que aguardase cerca de él hasta que le llegaran noticias de que los que iban con él
5 habían acampado[105]. Conque Sextilio quiso obrar de tal manera, pero fue forzado por el coraje de Mitrobarzanes, que cargó contra él, a que trabara combate. Tras desatarse la refriega, el propio Mitrobarzanes cayó peleando. El resto de sus hombres,
6 huyendo, fue exterminado casi por completo. A partir de esto, Tigranes abandonó Tigranocerta[106], una gran ciudad fundada por él mismo, y marchó hacia el Tauro para reunir a sus fuerzas allí desde diversos lugares. Pero Lúculo no le dio tiempo para prepararse y envió contra él a Murena, a fin de hostigarle y cortarle el camino a los que iban a agruparse con el ejército de Tigranes; y a Sextilio de nuevo para contener un gran
7 contingente de árabes que marchaba ya en dirección al rey. Al tiempo, Sextilio, cayendo sobre el campamento de los árabes, exterminó a la mayoría. Y Murena, que seguía a Tigranes, le atacó aprovechando la oportunidad cuando su ejército atravesaba en una larga columna un desfiladero abrupto y angosto. El propio Tigranes huyó dejando a su suerte todo su equipaje, y muchos de los armenios murieron y un número aún mayor fue hecho prisionero.

26 Así marchaban las cosas y Lúculo continuaba su camino hacia Tigranocerta; rodeando la ciudad con su ejército le puso sitio. En ella había muchos griegos que habían tenido que emigrar desde Cilicia y otros tantos bárbaros que habían padecido las mismas cosas que los griegos. Adiabenos y asirios, gordienos y capadocios, cuyas ciudades había des-

[105] La versión de Apiano varía en cuanto al número de tropas, compárese su *Historia romana* 84-85.

[106] Tigranocerta («ciudad de Tigranes») fue la capital de nueva fundación de Tigranes al este del Tigris que reemplazó a la antigua, como se refiere más abajo (31, 4), poblada gracias a deportaciones masivas.

truido el rey, llevándolos allí a la fuerza como colonos. La 2
ciudad estaba también llena de tesoros y ofrendas, de todo tipo de particulares y príncipes para el rey, destinadas al engrandecimiento y al ornato. Por ello Lúculo puso cerco a la ciudad con ímpetu y creyendo que Tigranes no lo permitiría, sino que, en contra de lo razonable y debido a su ira, bajaría para presentar batalla. Y creyó bien. Mitrídates le aconsejó, 3
enviando mensajeros y a través de muchas misivas, que no debía trabar combate, sino cortarles el suministro de víveres con su caballería. También Táxiles[107], que había llegado para combatir a su lado, pidió al rey que se protegiera y que evitara el combate abierto con los invencibles romanos. Primero escuchó estos consejos con buena disposición, pero 4
cuando llegaron los armenios y gordienos y se presentaron los reyes conduciendo a los medas y adiabenos con todo su ejército; y llegaron muchos árabes desde el mar de Babilonia y muchos albaneses del Mar Caspio e iberos[108], que habitan junto a los albaneses, y no pocos de los que habitan junto al Araxes, que no están gobernados por reyes, convencidos por favores y regalos, se unieron; y cuando los banquetes y consejos del rey estuvieron rebosantes de esperanzas, audacia y amenazas bárbaras, Táxiles se opuso a la idea de combatir, poniendo en peligro su propia vida. Por otra parte, pareció que Mitrídates se alejaba de la lucha por envidia de su gran éxito. De ahí que Tigranes ni siquiera le esperase, no fuera 5
a compartir su gloria, sino que avanzó con todo su ejército, deplorando enormemente, según se dice, ante sus amigos, que el combate hubiera de ser solo contra Lúculo y no contra todos los generales romanos juntos. Y su coraje no era del todo 6

[107] General de Mitrídates que había combatido contra Sila en Queronea en el año 88 a. C. (PLUTARCO, *Sila* 15, 1, y 19, 4).

[108] Valeroso pueblo del sur del Cáucaso (ESTRABÓN, *Geografía* XI 3, 1), en el territorio de la actual Georgia (antigua Iberia caucasiana o del Este que no debe confundirse con España). Cf. también *infra* 31, 6.

delirante e insensato, como viera que lo secundaban tantos pueblos y reyes, compañías de infantería pesada e innume-
7 rables jinetes. Pues llevaba veinte mil arqueros y honderos, y cincuenta y cinco mil soldados de caballería de los cuales diecisiete mil eran de caballería acorazada[109], como Lúculo le escribió al Senado, e infantería pesada, una parte en cohortes y la otra ordenada en falanges, en número de ciento cincuenta mil, más treinta y cinco mil zapadores de caminos y puentes, limpiadores de ríos, carpinteros y auxiliares de otros usos diversos. Éstos, en formación de retaguardia, proporcionaban a los combatientes una visión de conjunto de gran vigor.

27 Así que cuando hubo cruzado el Tauro, se mostró el rey con sus grandes fuerzas desplegadas, y contempló al ejército romano acampado en Tigranocerta. Por una parte, la población bárbara de la ciudad recibió esta aparición con gritos de júbilo y gran estruendo, amenazando a los romanos desde los muros mientras les mostraban señalando con el dedo a los armenios. A Lúculo, que había convocado un consejo militar para la batalla, unos le aconsejaban que rindiera el sitio de la ciudad y cargara contra Tigranes, otros que no dejara detrás a
2 tantos enemigos ni cediera el asedio. Pero él, argumentando que ambas posturas no eran correctas por separado, pero que las dos juntamente eran buenas, dividió su ejército en dos partes. A Murena lo dejó con seis mil soldados de infantería para defender la ciudad y él mismo avanzó tomando veinticuatro

[109] Se refiere a los famosos «catafractos» *(katáphraktoi),* caballería pesada y de reducida movilidad formada por aristócratas y pieza fundamental de los ejércitos orientales. Tanto los jinetes como las monturas iban recubiertos de placas de metal, formando una armadura articulada. Usaban la lanza para combatir. En cuanto al enorme ejército de Tigranes, parece que su número ha sido inflado por las fuentes romanas y la propaganda de Lúculo, como se ve en las exageradas cifras aducidas por APIANO (en *Historia romana* 85; el propio PLUTARCO en *Obras morales y de costumbres* 203a, 1 da otro número muy inferior).

cohortes, en las que había no más de diez mil hombres con armadura pesada, y la totalidad de la caballería junto a los honderos y arqueros en torno a los mil.

Tras haber acampado junto al río, en una extensa llanura, 3
su ejército le pareció totalmente insignificante a Tigranes, lo que proporcionó a los que le adulaban motivo de diversión. Pues unos les escarnecían y los otros se echaban a suertes en son de broma los despojos del botín. Y cada uno de los generales y reyes solicitaba que les permitieran emprender en solitario aquel empeño, mientras que Tigranes se quedaba sentado como espectador. El propio rey, queriendo hacerse el 4
gracioso y burlarse de ellos, dijo aquellas palabras tan manidas: «Si vienen como embajadores, han venido muchos. Pero si vienen como soldados, son ciertamente pocos» Y de tal manera proseguía con sus ironías y chanzas. Al amanecer, 5
Lúculo condujo su fuerza en formación de combate. Al este del río se encontraba el ejército de los bárbaros, y como la corriente formara un meandro hacia el oeste allí donde era más accesible, le pareció a Tigranes que retiraba sus fuerzas a toda prisa. Y llamando a Táxiles entre risas le dijo: «¿No ves 6
cómo huyen los invencibles legionarios romanos?». Y Táxiles respondió: «Ojalá, mi rey, ocurriera algo extraordinario para tu genio, pero esos hombres, cuando marchan en camino, no llevan armaduras brillantes ni usan escudos bruñidos ni yelmos desnudos, tal y como ahora, que han quitado las correas de piel de sus armas. No, sino que ese resplandor significa batalla y quiere decir que ya cargan contra el enemigo». Y mientras aún decía Táxiles estas cosas, apareció ante la 7
vista la primera águila[110] mientras Lúculo daba la vuelta y las cohortes tomaban ya posiciones para el paso del río. Y a duras penas, como si se recuperase de una especie de embriaguez,

[110] Naturalmente, se refiere a la insignia de batalla de las legiones romanas, que desde tiempos de Mario hasta los de Constantino el grande fue un águila.

Tigranes gritó dos o tres veces: «¡Vienen hacia nosotros esos hombres!». De forma que con gran tumulto la multitud formó en orden de batalla, dejando al rey en el centro y ocupando el ala izquierda los adiabenos y el lado derecho los medas, frente al cual estaba la mayoría de la caballería acorazada en formación.

8 Y a Lúculo, que iba a vadear ya el río, le aconsejaron algunos de los capitanes que se guardase de aquel día, pues era uno de los días vedados, que llaman «negros»[111]. Pues un día como aquel fue exterminado el ejército de Cepión cuando
9 luchaba contra los cimbrios. Pero él respondió otras palabras tan recordadas: «Pues yo haré de éste un día de suerte para los romanos». Era un día antes de las nonas de octubre.

28 Diciendo tales cosas e infundiendo coraje, atravesó el río y acaudilló el primero el ataque contra los enemigos. Llevaba una coraza de hierro con escamas que resplandecía y un manto con flecos, mostrando su espada desnuda desde allí mismo, como si directamente hubieran de lanzarse a la lucha cuerpo a cuerpo con hombres provistos de armas a distancia y debieran eliminar el terreno vulnerable a las flechas mediante la rapidez
2 de su ataque. Cuando vio a los caballos acorazados, de los que tanto se hablaba, en formación sobre una llanura encima de una colina y que la subida, de cerca de cuatro estadios, no era muy difícil de alcanzar, ordenó a los jinetes tracios y gálatas con que contaba que se lanzasen al ataque contra el enemigo, acercándose por los flancos y enfrentando sus espadas cortas a
3 las lanzas de aquellos. Pues la fuerza de los jinetes acorazados residía en sus lanzas, pero por otra parte nada más podían usar ni para defenderse ellos mismos ni para atacar al enemigo

[111] Los «días nefastos» que recordaban grandes desastres de la historia de Roma. El seis de octubre de 105 a. C. Quinto Servilio Cepión había sido derrotado estrepitosamente por los cimbrios y los teutones en Arausio: parece que solamente sobrevivieron dos oficiales y diez soldados (PLUTARCO, *Mario* 16, 9, y *Sertorio* 2, 1).

por el peso y la dureza de su atavío, ya que parecían como
amurallados. Y el propio Lúculo, tomando dos cohortes, se
apresuró hacia la colina, seguido de cerca por sus soldados,
al ver que aquél, en su armadura, era el primero dispuesto a
padecer los rigores del combate de infantería y que se afanaba
en él. Al llegar a la cima, y quedándose en pie en el lugar más 4
visible, gritó: «¡Hemos vencido, hemos vencido, soldados!».
Y diciendo esto cargó contra la caballería acorazada, ordenan-
do que aún no hicieran uso de sus lanzas sino que cada cual,
a mano, hiriese las piernas y muslos de los enemigos, las úni-
cas partes desnudas que había en aquellos jinetes con coraza.
Pero no hizo falta este tipo de combate, pues no se quedaron 5
para hacer frente a los romanos, sino que huyeron con gran
griterío de forma vergonzosa y acabaron precipitándose ellos
y sus caballos pesadamente sobre las armas de los soldados
de infantería de su propio bando, antes de que nadie hubiera
comenzado la batalla, de modo que tamaño contingente de
soldados fue derrotado sin que se produjera herida alguna ni
se vertiera sangre en absoluto[112]. La gran mortandad ya se 6
empezaba a producir entre los que escapaban o, más bien,
entre los que querían escapar. Pues no podían hacerlo debido
a la densidad y la profundidad de las filas, obstaculizadas por
ellos mismos. Y Tigranes, alejándose desde el comienzo, huyó
junto a unos pocos. Como viera a su hijo compartiendo la
misma suerte, se arrancó la diadema de la cabeza y llorando
se la entregó a éste, ordenándole que se salvara como pudiera
escapando por otro camino. Mas el joven no se atrevió a ce- 7
ñírsela y se la dio a uno de sus esclavos de mayor confianza
para que se la guardase. Cuando éste por ventura fue apresado
lo llevaron ante Lúculo, de forma que entre el resto de las

[112] Por parte del ejército romano, por supuesto. La batalla de Tigranocerta fue un éxito resonante y dice mucho de la excelencia de Lúculo como general. Explica bien la batalla, con mapas del terreno, J. VAN OOTEGHEM, *Lucius Licinius...*, págs. 128 y ss.

cosas también la diadema de Tigranes fue a parar al botín[113]. Y se dice que eran por encima de cien mil los soldados de infantería que perecieron y, de los de caballería, solo unos pocos escaparon.

8 El filósofo Antíoco[114] recordó esta batalla en su libro *Sobre los dioses,* donde afirma que nunca el sol contempló otra igual. Y Estrabón[115], otro filósofo, en sus *Observaciones históricas,* dice que los propios romanos estaban avergonzados y se reían de sí mismos por necesitar las armas contra semejantes siervos. Livio dijo que los romanos nunca fueron tan inferiores ante el enemigo en tal proporción, pues los vencedores no eran casi una vigésima parte de los derrotados, sino menos aún[116]. Los generales romanos más diestros y más acostumbrados a combatir elogiaron especialmente a Lúculo porque había vencido en combate a dos reyes de los más brillantes y grandes por medio de tácticas opuestas, velocidad y lentitud. Pues a Mitrídates, que estaba en la cima de su poder, lo desgastó gracias al tiempo y la demora, mientras que a Tigranes lo consumió por la prisa, siendo muy escasos los generales que alguna vez hayan hecho uso del retraso para sus hazañas y de la audacia para la seguridad.

29 Por ello, Mitrídates no había corrido a la batalla, creyendo que Lúculo iba a luchar con su acostumbrada prudencia y por medio de rodeos, y por ello, contrariamente, había marchado en calma hacia Tigranes. Como se encontraran en primer lu-

---

[113] Sería expuesta esta diadema como trofeo en el triunfo de Lúculo (cf. *infra* 36, 6).

[114] Antíoco de Ascalón (en Oriente Medio), filósofo de la Nueva Academia y maestro de Cicerón *(Académicas* II 113).

[115] La faceta filosófica e historiográfica de Estrabón, a quien conocemos hoy como geógrafo, está acreditada por Plutarco en otros lugares (cf. *César* 63, 3). Su obra histórica se perdió.

[116] En uno de los libros perdidos, el 98, que se conocen por resúmenes (cf. Tito Livio, *Períocas. Períocas de Oxirrinco. Fragmentos.* Intr., trad. y notas de J. A. Villar Vidal. Madrid, B.C.G., 1995).

gar con unos pocos armenios por el camino que huían a toda prisa y aterrados, se hizo una idea de lo que había pasado. Mas pronto se enteró de la derrota al ver más soldados desarmados y heridos, por lo que buscó a Tigranes. Y aunque lo halló 2 desprovisto de todo y humillado, no se mostró soberbio, sino que, descendiendo del caballo y llorando con él los padecimientos comunes le cedió la escolta real que le acompañaba, y le infundió coraje para el futuro. Así pues éstos reunieron de nuevo otro ejército[117].

En la ciudad de Tigranocerta, como los griegos se hubie- 3 ran enfrentado a los bárbaros por tratar de rendir la ciudad a Lúculo, éste la tomó. Y tomó por un lado los tesoros que había en la ciudad, mientras que la entregó a sus soldados para que saquearan, pues tenía entre otras riquezas ocho mil talentos. Y, aparte de esto, repartió del botín ochocientas dracmas por 4 cabeza. Al enterarse de que en la ciudad muchos de los artistas de tragedia habían sido capturados, a los cuales había reunido Tigranes desde todas partes con la intención de inaugurar el teatro que él mismo había construido, los utilizó para los certámenes y las celebraciones de su victoria. Y a los griegos 5 los envió de nuevo a sus patrias, proveyéndoles de todo lo necesario para el camino. Igualmente hizo con los bárbaros que habían sido obligados a establecerse allí, de modo que ocurrió que de la disolución de una sola ciudad se poblaron de nuevo otras muchas, recuperando a sus pobladores originarios, por lo que Lúculo fue muy querido como benefactor y fundador[118].

---

[117] Véase la narración de este episodio en APIANO, *Historia romana* 87, 392.

[118] Lúculo es celebrado por Plutarco como *euergétēs* o benefactor de pueblos, tánto griegos como bárbaros, gracias a su profunda humanidad. Un retrato que lo aproxima a los monarcas helenísticos, ya desde el propio Alejandro. Son precisamente los beneficios que procura a los griegos (como en el episodio inicial de Damón en Queronea, *Cimón* 1, 1 ss.) los que le granjean las simpatías de Plutarco pese a sus muchos defectos (cf. S. SWAIN, «Plutarch's characterization...», 307-316).

6 Avanzaba también el resto de los asuntos de un modo
digno de este varón, que apetecía los elogios por su justicia y
filantropía más que por sus éxitos militares. Pues en estos la
milicia no participaba en mayor medida que la suerte, mientras
que aquellas virtudes eran la demostración de un alma sensible
y educada, con las cuales Lúculo, sin necesidad de armas,
7 pudo dominar a los bárbaros. Pues los reyes de los árabes acu-
dieron ante él con ofrendas de sus bienes, y la estirpe de los
sofenos[119] se puso de su lado. La de los gordienos se dispuso
de tal modo que, después de abandonar sus ciudades junto con
sus mujeres e hijos, quisieron seguirle de buen grado por la si-
8 guiente razón. Zarbieno[120], el rey de los gordienos, como se ha
dicho, había tomado partido ocultamente por hacer una alianza
con Lúculo, gracias a Apio, puesto que estaba oprimido por la
tiranía de Tigranes. Pero al saberse todo fue ejecutado y sus
hijos y su mujer murieron también antes de que los romanos
9 entraran en Armenia. No se olvidó de esto Lúculo, sino que
al pasar por el país de los gordienos celebró honores fúnebres
para Zarbieno y él mismo en persona prendió una pira con
honores de rey adornándola con oro y con los despojos de Ti-
granes. Y realizó libaciones junto con los amigos y familiares
de aquel hombre, llamándole compañero suyo y aliado de los
10 romanos. Finalmente ordenó que se hiciera un monumento en
su honor de enorme coste, pues se encontraron muchísimas
riquezas y también oro y plata en el palacio real de Zarbieno
y tres millones de fanegas[121] de trigo almacenadas, de modo
que les sirvió a los soldados y Lúculo fue admirado por no

Por otra parte, y según noticia de Estrabón (*Geografía* XI 14, 15), doce ciudades griegas habían sido desprovistas de habitantes para poblar Tigranocerta.

[119] Sofene, que se cita anteriormente (24, 6), es una región de la Armenia Mayor colindante con el Éufrates y que se extiende hacia el oriente. Gordiene, por otra parte, limita con Armenia, al oeste de las fuentes del Tigris.

[120] Sólo se conoce a este rey de Gordiene.

[121] Cf. 14, 1, y nota *ad locum.*

tomar ni siquiera una sola dracma del tesoro público, pagando la campaña por sí misma.

Allí mismo llegó una embajada del rey de los partos ante 30
él, para ofrecerle su amistad y su alianza, lo cual dejó a Lúculo encantado. Y él, a su vez, correspondió enviando de su parte unos embajadores a los partos, pero éstos descubrieron que jugaba a dos bandas con habilidad y pedía como pago ocultamente para aliarse con Tigranes obtener Mesopotamia.
Así que cuando Lúculo se enteró de esto, decidió no hacer 2
caso de Tigranes y Mitrídates, por ser unos antagonistas ya humillados, y poner a prueba al ejército de los partos marchando en campaña contra éstos. Consideraba, en efecto, una hermosa hazaña cruzar invicto y triunfante de un solo impulso guerrero, como un atleta, tres reinos seguidos de los tres más
grandes imperios bajo el sol[122]. Conque envió al Ponto órde- 3
nes a los capitanes que estaban junto a Sornacio[123] para que le acercaran el ejército que estaba allí, según venía de Gordiene.
Éstos, ya antes, habían encontrado difíciles y desobedientes a 4
los soldados, pero en ese momento descubrieron su completa insubordinación. Así, hallaron que no podían hacerles obedecer de ninguna manera, ni siquiera obligándolos por la fuerza, pues se quejaban y clamaban que no se quedarían allí, sino
que se marcharían dejando el Ponto desguarnecido. Cuando 5
Lúculo fue informado de estas noticias, éstas también corrompieron a sus soldados de allí, que ya se habían vuelto una carga a causa de la riqueza y la molicie, contrarias siempre a la

[122] Plutarco utiliza el mismo motivo y la misma comparación entre el general y el atleta a propósito de Cimón *(Cimón* 13, 3). Por otro lado, la idea de marchar contra los partos que según Plutarco acariciaba Lúculo rompía la neutralidad anterior de éstos pactada en la primera guerra mitridática (Plutarco, *Sila* 5, 7 ss.). Y no era muy prudente dejar en la retaguardia a unos enemigos vencidos pero prestos a rearmarse.

[123] Sornacio estaba al mando de una guarnición de seis mil hombres, como se narraba anteriormente (24).

milicia. O acaso estando deseosos de tiempo libre, desde que supieron de la insolencia de los primeros, los llamaron valientes y dijeron que había que imitarlos, pues creían que las muchas hazañas dignas les habían hecho merecer salvación y descanso.

31 Cuando llegaron a oídos de Lúculo palabras como éstas y aún peores, abandonó su expedición contra los partos y de nuevo marchó mediado el verano contra Tigranes. Al atravesar el Tauro se desanimó cuando aparecieron las verdes llanuras[124], pues las estaciones se retrasaban tanto allí debido a la frialdad
2 del aire. A pesar de esto, descendiendo desde las alturas, puso en fuga a los armenios que dos o tres veces se habían atrevido a atacarle, y saqueó impávido sus aldeas. Y llevándose el trigo que estaba preparado para Tigranes, impuso sobre sus enemi-
3 gos la falta de recursos que él mismo había temido para sí. Y después, pese a que desafió a éstos a trabar combate, rodeando su campamento con trincheras y devastando su tierra ante sus propios ojos, no se movieron ni un ápice, pues habían sido derrotados muchas veces. Levantó entonces el asedio y avanzó hacia Artaxata, capital del reino de Tigranes, donde vivían incluso sus hijos, aún niños, y sus mujeres, ya que creía que el rey nunca los entregaría sin combatir.

4 Se dice que Aníbal el cartaginés, cuando Antíoco fue derrotado por los romanos, se trasladó a la corte del armenio Artaxas y se convirtió en su maestro e instructor en muchos asuntos de utilidad[125]. Pues como él percibiera que el lugar

---

[124] O sea, que el trigo aún estaba verde y no maduro, como en zonas más al sur, lo que indicaba la extrema frialdad de aquella región.

[125] Después de ser vencido Antíoco III de Siria en la batalla de Magnesia por Lucio Cornelio Escipión Asiático (189 a. C.), los romanos le pidieron al rey sirio que entregara a Aníbal, que se había refugiado en su corte tras la batalla de Zama (Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación* XXXVII 45 – XXXVIII 38). Pero Aníbal fue pasando a otras cortes rivales de Roma hasta Bitinia, donde indicó al rey Prusias donde fundar Prusa, la capital, y acabó por quitarse la vida (*ibid.* XXXIX 50).

mejor por naturaleza y más aventajado de su territorio estaba
desaprovechado y descuidado, trazó un proyecto para edificar
una ciudad en él y llevando allí al propio Artaxas se lo enseñó
y le instó a su construcción. Como el monarca quedó encanta- 5
do, le pidió que él en persona se ocupase de dirigir la obra, de
erigir una gran y hermosísima ciudad que recibió el nombre
del rey y fue designada capital de Armenia[126].

Como marchara contra Lúculo, Tigranes no tuvo pacien-
cia, sino que, conduciendo su ejército en cuatro días, acam-
pó junto a los romanos, tomando como punto medio el río
Arsania[127], que por fuerza habían de cruzar los romanos para
llegar a Artaxata. Tras hacer un sacrificio a los dioses, Lúculo, 6
como si ya tuviese la victoria en las manos, cruzó a su ejército
en doce cohortes bien dispuestas en vanguardia, ordenando las
otras detrás para evitar que el enemigo las rodease. Pues había
muchos jinetes y guerreros de los más escogidos dispuestos en
frente de él y, delante de éstos, arqueros mardos[128] a caballo y
lanceros íberos, en los que Tigranes confiaba especialmente
de entre los extranjeros, por ser los más belicosos. Pero no se 7
llevó a cabo ninguna hazaña brillante por parte de aquéllos,
sino que, tras entrar en una breve escaramuza con los jinetes
romanos, no resistieron a los soldados de infantería que avan-
zaban al ataque. Por el contrario, huyeron dividiéndose en dos
flancos, atrayendo a la caballería en su persecución. Y cuando
éstos se desperdigaron, al ver la brillantez y el número de
quienes cabalgaban en torno a Tigranes, Lúculo tuvo miedo.
Y por un lado llamó a sus jinetes para que cesaran la persecu- 8
ción, mientras que, por otro, él mismo en persona junto con

[126] Por ello, Artaxata, fundada en 185, era denominada la «Cartago Armenia» (Estrabón, *Geografía* XI 14, 6, e *infra* 32).

[127] El afluente más oriental del Éufrates.

[128] Pueblo del sur del mar Caspio, que ya era conocido a Heródoto *(Historia* I 125) como contingente del ejército de Jerjes.

los mejores hombres se enfrentó el primero a los atropatenos[129] que estaban enfrente. Y antes de llegar a las manos, infundiendo el pánico en ellos, los puso en fuga. Así, de los tres reyes que se alinearon en coalición[130], fue Mitrídates del Ponto quien pareció huir de una forma más vergonzosa, pues ni siquiera resistió el grito de guerra de los romanos.

9 La persecución se alargó durante toda la noche, hasta que los romanos se cansaron no sólo de dar muerte a aquéllos, sino de capturar prisioneros y llevarse riquezas y demás botines de guerra. Livio afirma que cayó un mayor número de enemigos en la primera batalla, pero que en ésta murieron los más ilustres[131].

32 Lúculo, exaltado y animado por esto, pensó continuar hacia el interior y derrotar completamente a los bárbaros. Pero justo en el equinocio del otoño[132] cayeron intensas tormentas, contra lo que cabría esperar. Cayó nieve en la mayor parte del terreno, lo que trajo escarcha y heladas incluso cuando el cielo estaba despejado, por lo cual era difícil abrevar a los caballos en los ríos, por el frío excesivo, y era también arduo cruzarlos, porque al romperse el hielo, éste cortaba los tendones de los
2 caballos con su filo. La mayor parte del país, que era boscosa, de angostos desfiladeros y llena de húmedos pantanos, los mantenía siempre helados y empapados por la nieve durante las marchas y en malas condiciones cuando pernoctaban en
3 lugares húmedos. Así pues, los soldados siguieron a Lúculo no muchos días después del combate, hasta que mostraron resistencia, primero formulando sus peticiones a través del envío de tribunos, pero luego reuniéndose con gran tumulto y griterío por las noches en las tiendas, lo cual parecía ser símbolo

[129] Pueblo poco conocido (no figura en el catálogo de tropas de 26) del norte de Media.

[130] Mitrídates, Tigranes y el rey de los atropatenos.

[131] De nuevo, la noticia proviene de uno de sus libros perdidos, el 99.

[132] El 23 de septiembre del 68 a. C.

de un ejército que prepara un amotinamiento. Y, sin embargo, 4
Lúculo les aplacó como pudo, estimando digno de sus almas
tener buen ánimo hasta que hubieran destruido la Cartago ar-
menia, obra de su más odiado enemigo, refiriéndose a Aní-
bal. Como no les convenció, los dejó atrás y cruzó el Tauro
por otros pasos hacia la llamada Migdonia[133], tierra muy fértil
y cálida donde había una gran ciudad muy poblada que los
bárbaros llaman Nísibis y los griegos Antioquía Migdonia[134].

Guras[135], un hermano de Tigranes, la gobernaba como pre- 5
rrogativa, pero por experiencia y habilidad en las máquinas era
Calímaco quien estaba a cargo de su defensa, aquel que procu-
ró tantos problemas a Lúculo en Amiso[136]. Tras establecer el
campamento y trazar el plan del asedio, en poco tiempo tomó la
ciudad por la fuerza. Trató a Guras, que le había rendido 6
la ciudad, con gran humanidad. Pero no se fió de Calímaco,
que había prometido revelar almacenes secretos con grandes
tesoros, sino que ordenó que lo trajeran cargado de grilletes y
que pagara su castigo por el fuego con el que había destruido
la ciudad de los amisenos, privándole de su ambición y del
deseo de mostrar su nobleza a los griegos.

Hasta aquí podría decirse que la fortuna había acompaña- 33
do a Lúculo en sus campañas. Pero entonces, como si la brisa
que le impulsaba le hubiera abandonado, tuvo que forzar todas
las cosas y se topó con obstáculos por todas partes, y si bien
demostró una virtud y paciencia propias de un buen capitán,
sus acciones no obtuvieron ninguna fama ni recompensa o
favor, sino que llegó a estar cerca de perder lo que ya había
ganado, como tuviera mala fortuna y guía. No fue él mismo la 2

---

[133] Migdonia es el antiguo nombre de una región de Mesopotamia que fue repoblada por Macedonios. El origen del nombre parece, en efecto, macedonio (ESTRABÓN, *Geografía* XVI 1, 3).

[134] Cf. ESTRABÓN, *Geografía* XV 747.

[135] Desconocido en otras fuentes.

[136] Véase *supra* 19, 2.

más pequeña de las causas de tal situación, pues no se cuidaba de la mayoría de los soldados y consideraba que todo lo que se hacía para complacer al que obedece era una deshonra y un desgaste. Y lo más grave, que ni siquiera era oportuno por naturaleza con los poderosos y sus iguales en rango, sino que los despreciaba a todos y no consideraba digno a ninguno
3 ante él. Tales eran los defectos que, según se dice, tenía Lúculo entre todo el resto de sus virtudes. Pues parece que era alto y hermoso, y un buen orador además, sensato por igual tanto en el foro como en el campamento. Salustio afirma[137] que los soldados tenían mala disposición hacia él ya desde el comienzo de la campaña de Cízico, y de nuevo cuando marcharon contra Amiso, al haber sido obligados a pasar dos
4 inviernos seguidos en sus tiendas de campaña. Y también el resto de los inviernos les trajeron fatigas. Pues acamparon a cielo raso en la fría estación tanto durante la expedición militar como cuando se hallaban junto a sus aliados. Ni una sola vez entró Lúculo junto con su guarnición en una ciudad
5 griega y amigable. Y estando así dispuestos sus hombres, los demagogos les procuraron los mayores pretextos desde Roma, acusando por envidia a Lúculo de dejarse llevar a la guerra por ambiciones de poder y riqueza, y de que tenía bajo su dominio personal Cilicia, Asia, Bitinia, Paflagonia, Galatia, el Ponto, Armenia, el país que llega hasta el Fasis[138], y que ahora iba a saquear el reino de Tigranes como si hubiera sido enviado no para combatir a los reyes, sino para despojarles de riquezas.
6 Dicen que andaba afirmando esto uno de los generales, Lucio Quinto[139], por mediación del cual fueron convencidos sobre

[137] Cf. Salustio, *Historia* V 10.

[138] El Fasis es un río situado al sur del Cáucaso que desemboca en el mar negro. Era considerado una suerte de frontera del oriente más remoto.

[139] Lucio Quinto, que ya se mencionó anteriormente, fue tribuno de la plebe en el 74 a. C., llegando a pretor y propiciando la entrega de la provincia de la Cilicia a otro hombre, el cónsul Quinto Marcio Rex.

todo. Así, se resolvió enviar sustitutos de Lúculo en el gobierno de la provincia. Y se decretó además que muchos de los que servían en el ejército bajo su mando fueran licenciados de la milicia.

A tales circunstancias se añadieron otras que acabaron 34
por arruinar los proyectos de Lúculo. Entre todas ellas destacó Publio Clodio[140], un hombre soberbio y lleno de toda la arrogancia y audacia posibles. Era hermano de la mujer de Lúculo, y se le acusaba de haber seducido a ésta, que por lo
demás ya era muy corrupta. Entonces marchaba en campaña 2
junto con Lúculo, pero no había obtenido las hazañas gloriosas que creía merecer. Pues creía que se le debía un lugar principal y como fuera dejado de lado por muchos debido a su carácter, servía secretamente al ejército de Fimbria y lo incitaba contra Lúculo, propagando palabras útiles para los soldados que no estaban mal dispuestos o no acostumbrados
a la demagogia. Pues estos hombres eran los mismos a los que 3
anteriormente había persuadido Fimbria para que, tras matar
al cónsul Flaco[141], lo eligieran a él como general. Por esta 4
causa también recibieron con buena disposición a Clodio, y le llamaron «benefactor de los soldados», pues éste fingía cuidarse de ellos. Se preguntaba: «¿No habrá término para tantas guerras y fatigas? ¿O acaso habremos de consumir nuestras vidas luchando contra todo tipo de pueblos y vagando por toda la tierra entera sin sacar nada digno de tal expedición? Y, sin embargo, llevamos los carros y camellos de Lúculo, cargados de copas de oro y piedras preciosas, mientras que los soldados de Pompeyo disfrutan ya de la ciudadanía, con mujer e hijos, establecidos en una tierra afortunada, y tienen una ciudad, y no por haber perseguido a Mitrídates y Tigranes a través de

[140] Publio Clodio Pulcro, hermano de Apio Claudio Pulcro y de la mujer de Lúculo, Clodia. Era un célebre tribuno perteneciente a una familia patricia que se hizo adoptar con nombre plebeyo (Clodio en lugar de Claudio).

[141] Cf. *supra* 3, 4-5.

desiertos inhóspitos, ni por haber destruido los reinos de Asia,
sino tan sólo por haber luchado contra prófugos en Iberia o
5 contra esclavos rebeldes en Italia[142]. ¿Por qué, pues, si convie-
ne que nunca dejemos de marchar en campaña, no hemos de
confiar los restos de nuestros cuerpos y almas a un general a
quien parezca ser de lo mejor la riqueza de sus soldados?».

6 Por tales causas el ejército de Lúculo se había echado a
perder y ya no le acompañó contra Tigranes ni contra Mitrída-
tes, que había entrado de nuevo desde Armenia en el Ponto y
había recuperado el poder. Así, con la excusa del invierno, se
demoraban en torno a Gordiene, en tanto que esperaban que
llegase Pompeyo o algún otro de los generales como sustituto
de Lúculo.

35 Pero cuando se anunció que Mitrídates había vencido
a Fabio en su marcha contra Sornacio y Triario, siguieron
a Lúculo avergonzados[143]. Mientras tanto, Triario fue derro-
tado en una gran batalla, pues era muy ambicioso y quería
apropiarse de la victoria, que pensaba ya a su alcance, antes
2 de que Lúculo, que andaba ya cerca, se le uniera[144]. Se dice
que murieron más de siete mil romanos entre los cuales había

[142] Se refiere a las leyes agrarias que beneficiaron a los combatientes contra Sertorio y contra Espartaco, promulgadas en el 70-69 a. C. por el tribuno Plocio.

[143] Marco Fabio Adriano, que estaba encargado de vigilar la Armenia Menor con un contingente (17, 2 s.), fue vencido por Mitrídates en 68 (Apiano, *Historia romana* 87). Sornacio era encargado de otras tropas auxiliares, pero éstas desobedecieron la llamada de Lúculo.

[144] Cayo Valerio Triario ya había colaborado con Lúculo en el mando de la flota, y había tenido una brillante actuación contra Mitrídates en Ténedos, asistiendo a Cotta en la toma de Heraclea. Sin embargo, aunque debía mandar refuerzos a Lúculo, se demoró para ayudar a Fabio sufriendo la estrepitosa derrota de la que habla el texto: la batalla de Zela. Además de los motivos que aducía Clodio en su discurso a los soldados, hay que tener en cuenta que Lúculo se ganó la antipatía de éstos al no enterrar a los combatientes romanos muertos en esta batalla, que recibieron sepultura tiempo después (como afirma Plutarco, en *Pompeyo* 39, 2).

ciento cincuenta centuriones y veinticuatro tribunos. Mitrída- 3
tes tomó el campamento y, cuando Lúculo llegó unos pocos días después, ocultó a Triario de las iras de los soldados, que lo andaban buscando. Y como Mitrídates no quería combatir, sino que deseaba esperar a Tigranes, que ya descendía con una fuerza muy numerosa, Lúculo decidió salir a su encuentro antes de que ambos ejércitos se juntaran, y hacer frente a
Tigranes. En el camino que hacían junto a él, los soldados de 4
Fimbria se rebelaron y abandonaron la formación, como si estuvieran licenciados de la milicia por decreto, y el mando ya no perteneciera a Lúculo, ya que el gobierno de la provincia lo habían recibido otros[145]. Así pues no hubo dificultad por la que Lúculo no atravesara —incluso acciones contra su propia dignidad—, pues hubo de recorrer una a una las tiendas de campaña humildemente y entre lágrimas, llegando a
tomar de la mano a algunos hombres en señal de súplica. Pero 5
aquellos lo rechazaban a él y a sus tretas, y arrojaban a sus pies sus monederos vacíos. Le instaban a que luchara él solo contra los enemigos, ya que sólo él sabía cómo enriquecerse. Pero, como el resto de la tropa se lo pidiera, los soldados de Fimbria se vieron obligados a llegar a un acuerdo y quedarse durante el verano. Y si nadie en aquel tiempo llegara ante ellos
para combatir, serían licenciados. A Lúculo le convenía, por 6
necesidad, contentarse con estas condiciones, o bien se vería abandonado y obligado a ceder terreno a los bárbaros. Conque ya no les forzó más, ni siquiera a marchar al combate, sino que se contentó con que permanecieran junto a él. Y así hubo de quedarse mirando cómo Tigranes diezmaba la Capadocia y cómo de nuevo se llenaba de soberbia Mitrídates, cuando él mismo había anunciado al Senado por escrito que lo había

[145] En efecto, por medio de la Lex Gabinia del 67 a. C., el mando de la Bitinia y el Ponto le fue retirado a Lúculo y pasó a M. Acilio Glabrio. Cilicia fue traspasada al cónsul Marcio Rex.

derrotado por completo. Se presentaron finalmente ante él los legados para la disposición de los asuntos del Ponto, como si
7 éste fuera ya de hecho posesión segura. Mas vieron al llegar que Lúculo no era ni siquiera dueño de sí mismo, sino que se le injuriaba y sus hombres se burlaban de él. Pues el descrédito del general había llegado tan lejos que, al terminar el verano, vistiéndose las armas los hombres y desenvainando las espadas, desafiaban a enemigos que no estaban presentes,
8 sino que ya se habían retirado. Así, soltando un grito de guerra y representando una lucha de sombras, se alejaron de su campamento, testimoniando que el tiempo que habían acordado pasar con Lúculo se había cumplido.

9 Y a los otros los llamó por medio de cartas Pompeyo, pues ya había sido nombrado general de la guerra contra Mitrídates y Tigranes, gracias al favor del pueblo y a la adulación de los demagogos[146], al tiempo que al Senado y a los caballeros les parecía que se cometía injusticia con Lúculo, al darle un sucesor no en la guerra sino en los triunfos, ya que era forzado a apartarse y ceder su puesto a otros no en su expedición militar, sino en los trofeos de su propia campaña[147].

36 Pero aún más injusto parecía lo sucedido a quienes estaban allí presentes. Pues no era Lúculo dueño de los honores o castigos que se imponen por las acciones en la guerra[148], ni Pompeyo dejaba que nadie se entrevistara con él ni permitía que se obedecieran las órdenes que aquél decretara de acuerdo con los diez legados, sino que las impedía emitiendo contraórdenes e inspirando el temor al presentarse con un gran ejér-
2 cito. Sin embargo, les pareció a sus amigos que era necesario reunirles a los dos. Y llegaron a una cierta aldea de Galacia y

[146] Plutarco critica el nombramiento del exitoso Pompeyo para afrontar la guerra contra Mitrídates también en la *Vida de Pompeyo* 30-31.

[147] Cf. Plutarco, *Pompeyo* 30, 3: «Lúculo fue despojado de la gloria de sus hazañas».

[148] Cf. *ibid.* 31, 2.

se hablaron el uno al otro amistosamente y se felicitaron por
los éxitos de cada cual. Lúculo era el mayor, pero las haza-
ñas de Pompeyo eran más grandes, por haber realizado más
campañas y celebrado dos triunfos[149]. Las fasces de ambos 3
fueron llevadas coronadas de laurel a causa de sus victorias.
Pero como Pompeyo hubiese marchado en camino a través
de lugares secos y polvorientos, los líctores de Lúculo obser-
varon que sus laureles estaban resecos y con gran amabilidad
le entregaron a los de aquél parte de los laureles propios, que
estaban recién cortados y frescos. Y este suceso fue tenido 4
como un buen augurio por los amigos de Pompeyo, pues las
acciones de Lúculo adornaban en realidad su expedición. Pero
de las palabras no se llegó a nada conveniente, sino que se
marcharon aún más alejados entre sí[150]. Las disposiciones he-
chas por Lúculo quedaron invalidadas por Pompeyo, quien
además se llevó a todos sus soldados excepto a mil seiscien-
tos, que le dejó para que compartieran su triunfo. Pero incluso
estos no le secundaron con demasiados ánimos. Tan incapaz 5
e infortunado había quedado Lúculo para el primero y más
grande requisito en el mando. De este modo, si esta cuali-
dad le hubiera acompañado junto con las otras que poseía,
siendo tan excepcionales y tantas (el valor, la diligencia, la
prudencia, la justicia), el poder de los romanos no se hubiera
extendido solamente hasta el límite del Éufrates en Asia, sino
incluso hasta el mar de Hircania[151], al haber sido derrotados

[149] Lúculo tenía por lo menos diez años más que Pompeyo, que ya había tenido un triunfo en el 79 sobre África y otro en el 71 sobre Sertorio en España. Plutarco compara aquí el ascenso de éste con la caída del primero.

[150] Se suele considerar que la enemistad entre Pompeyo y Lúculo venía de antiguo. PLUTARCO refiere las desavenencias entre ambos en *Vida de Pompeyo* 31, 8, que al parecer incluían insultos. Sin embargo, puede que tal rivalidad no fuera tan extrema hasta el regreso de Lúculo de Asia, en el año 66 (cf. T. P. HILLMAN, «The alleged inimicitiae of Pompeius and Lucullus: 78-74», *Classical Philology* LXXXVI [1991], 315-318).

[151] El Mar Caspio, que era el límite de Armenia.

los otros pueblos por Tigranes y porque la fuerza de los partos en tiempos de Lúculo no parecía tan grande como en tiempos de Craso, ni estaban organizados de forma homogénea, sino que, debido a las guerras civiles y vecinales, ni siquiera tenían fuerza para defenderse de los armenios cuando se mostraban insolentes.

6 Pero ahora me parece que Lúculo causó más daño a su patria, a través de otros, que provecho mediante sus propias acciones. Pues los trofeos en Armenia, erigidos cerca de los partos y Tigranocerta y Nísibis y la gran riqueza llevada a Roma desde éstas y la corona de Tigranes, conducida triunfalmente como botín de guerra, incitaron a Craso a marchar a Asia, como si los bárbaros fueran sólo botín y presa y nada más[152]. Sin embargo, pronto se encontró con las flechas de los partos y demostró que Lúculo no había sobrepasado a los enemigos mediante la insensatez y la flaqueza, sino con audacia y destreza. Pero ésa es otra historia.

37 Y Lúculo, volviendo a Roma halló en primer lugar que su hermano Marco era acusado por Cayo Memmio por causa de las cosas que había hecho como cuestor bajo el mandato
2 de Sila[153]. Y tras ser absuelto, Memmio trasladó su acusación contra Lúculo, incitando contra él al pueblo y le persuadió de que no le concedieran el triunfo, como si se hubiera apropiado indebidamente de riquezas y hubiese alargado la guerra
3 a estos efectos. Lúculo hubo de empeñarse mucho con referencia a este asunto y sólo cuando los nobles más poderosos se implicaron con su autoridad entre las tribus, con muchos ruegos y esfuerzos, se persuadió al pueblo para que permitiera

---

[152] Craso quiso superar las empresas de Lúculo, que había llegado muy lejos en su lucha contra los bárbaros (cf. PLUTARCO, *Craso* 16, 2).

[153] Cayo Memmio Gemelo, yerno de Sila y tribuno de la plebe en el 66 a. C. (a él dedicó su obra el poeta Lucrecio) acusó al hermano de Lúculo, que había sido partidario y ayudante de Sila (PLUTARCO, *Sila* 28, 14).

el triunfo[154]. Mas no fue, como algunos, un triunfo asombroso
y multitudinario, con gran pompa y cantidad de tesoros en
procesión, sino que, aun siendo muchísimas las armas de los
enemigos y las máquinas de guerra de los reyes, las dispuso
como ornamento del circo Flaminio. Y esta visión por sí mis-
ma era todo menos despreciable. En el desfile marcharon unos 4
cuantos de los jinetes de los caballos cubiertos de armadura,
diez carros falcados y sesenta amigos y generales de los reyes.
Y fueron llevados allá, además, ciento diez naves enormes con
espolón de bronce, un coloso de seis pies del propio Mitrídates
en oro, un escudo de piedras preciosas, veinte bandejas de
piezas de plata y treinta y dos vasos con armas y monedas de
oro. Estas cosas las transportaron los hombres, mientras que 5
las mulas arrastraban ocho carretas de oro y cincuenta y seis
barras de plata, y otras ciento siete de monedas de plata en un
número algo menor de dos millones setecientos mil. En las ta- 6
blillas quedaron registradas inscripciones sobre el dinero que
Luculo entregó a Pompeyo y al tesoro público para la guerra
contra los piratas, sin contar con que cada soldado había reci-
bido novecientas cincuenta dracmas. Además de esto agasajó
con banquetes brillantemente a la ciudad y a las aldeas de los
alrededores, que se llaman «vici»[155].

Y tras separarse de Clodia[156], que era disoluta y malvada, **38**
se casó con Servilia[157], hermana de Catón, pero tampoco tuvo

---

[154] Solamente se le permitió celebrar el triunfo casi tres años después de su regreso, en el verano del 63 a. C., siendo cónsul Cicerón (cf. CICERÓN, *Académica* II 3, 1). Y fue gracias al apoyo decisivo de Catón (cf. PLUTARCO, *Catón* 29, 5-8).

[155] *Vicus* en latín, de donde viene, por ejemplo, el nombre de la ciudad de Vigo.

[156] Clodia, a la que ya nos hemos referido, se convirtió en esposa de Lúculo en 75; es identificada a veces con la Lesbia del poeta Catulo. El divorcio se produjo en 66.

[157] Se casó con Servilia al año siguiente de su divorcio. Ella era hija del pretor Quinto Servilio Cepión y en realidad la sobrina de Catón (cf. PLUTARCO, *Catón* 24, 4-5 etc.).

suerte en este matrimonio. Pues de los males que había en Clodia sólo le faltaba uno a ésta, la calumnia acerca de sus hermanos[158]. Por lo demás, aunque era igualmente adúltera e insolente, se vio obligado a soportarla por respeto a Catón, pero al final la rechazó.

2 Aunque se procuraban maravillosas esperanzas al Senado de que tendría a este hombre como baluarte frente a la tiranía de Pompeyo y adalid de la aristocracia, impulsado desde su fama y gran poder, Lúculo renunció y abandonó la vida pública, ya fuera porque viera que la situación estaba viciada y enquistada, o ya porque, como dicen algunos, estando rebosante de fama, cayó en una vida fácil y muelle después de sus muchos combates y fatigas, que no habían tenido un final
3 muy afortunado. Así pues, unos lo elogiaban por haber hecho tal cambio y no sufrir los padecimientos de Mario, el cual, después de sus victorias sobre los cimbrios y de sus nobles y enormes éxitos, no quiso renunciar a más honores, sino que, insaciable de fama y poder, aunque era anciano, se enfrentó en la política con hombres jóvenes, siendo arrastrado a hechos terribles y sufrimientos más espantosos que los propios
4 hechos[159]. Pues asimismo hubiera sido mejor para la vejez de Cicerón si se hubiera marchado después del asunto de Catilina y otro tanto para Escipión si se hubiera exiliado después de añadir Numancia a Cartago[160]. En efecto, existe un término para cada período político, y para los hombres públicos no

[158] La acusación de incesto, se entiende.

[159] Con casi sesenta años obtuvo Mario su sexto consulado (en el año 100), teniendo que afrontar graves desórdenes (cf. PLUTARCO, *Mario* 30 y ss.).

[160] En cuanto a Cicerón, el ejemplo es claro, como señala su trágico final. Escipión murió desacreditado en el 129 a. C., después de sus resonantes victorias, tras oponerse en la política a Tiberio Graco. La retirada a tiempo de la vida pública es un tema que trata PLUTARCO a menudo (*Pompeyo* 46 y ss., etc.). Después de su vuelta de Asia el en 66 a. C., Lúculo debió de seguir en la política al menos hasta el 59 a. C.: véase T. P. HILLMAN, «When did Lucullus retire?», *Historia* 42.2 (1993), 211-228.

menos que para los atletas en los juegos, cuando ha pasado a menos la fuerza y la juventud. Pero los partidarios de Craso 5
y Pompeyo se burlaban de Lúculo por haberse dado a los placeres y al lujo, como si la molicie no fuera para los de tal edad más apropiada que la vida política y militar.

Así pues, en la vida de Lúculo, como en la antigua co- 39
media, se pueden leer en la primera parte los hechos políticos y bélicos, y en la segunda la bebida, los banquetes y, por así decir, las francachelas, las fiestas nocturnas y todo tipo de frivolidades. Pues al menos yo pongo en la categoría de fri- 2
volidades los edificios lujosos, la construcción de jardines y baños y aún más las pinturas y estatuas y la devoción a estas artes[161], a las que aquél dedicó entonces enormes dispendios, vertiendo en ellas el caudal de riqueza ingente y brillante que había reunido en sus campañas; de tal forma, aún ahora, aunque el refinamiento ha llegado a tal extremo de desarrollo, los jardines de Lúculo se cuentan entre los más lujosos de los pertenecientes a los emperadores[162]. Y en cuanto a las obras 3
realizadas en las costas y cerca de la ciudad de Nápoles, donde hizo colgar colinas con grandes galerías y rodear sus palacios de brazos de mar y cascadas para criar peces, fundando una residencia marina, el estoico Tuberón, al contemplar esto, le llamó «el Jerjes con toga»[163]. Tenía alrededor de Túsculo unas 4

[161] Como acreditó Plinio el Viejo *(Historia natural* XXXIV 36, XXXV 155 ss.).

[162] Los famosos *Horti Luculliani*, cuyos restos aún sobreviven en Roma, bajo el convento del Sacro Cuore (Piazza Trinità dei Monti).

[163] Jerjes es, desde Heródoto *(Historia* VII 22 ss.), símbolo del soberano despótico y caprichoso que hizo construir un canal para cruzar el Helesponto y mandó azotar el mar. Lúculo obra sobre la naturaleza de igual manera, para este filósofo estoico, Quinto Elio Tuberón (cf. Aulo Gelio, *Noches áticas* II 22). Aunque el dicho se pone en boca de Pompeyo según otros autores (Plinio el Viejo, *Historia natural* IX 170). Se ha discutido acerca de la localización exacta de estas villas lujosas construidas por Lúculo, que se suelen situar en Misena, en el golfo de Pozzuoli, o en Nesis (cf. J. van Ooteghem, *Lucius Licinius...*, pág. 186-192,

residencias campestres y observatorios para vigilar en derredor, y estancias extensas para reunirse o pasear, en las cuales Pompeyo una vez estuvo y reprochó a Lúculo que para el verano hubiera dispuesto el lugar de la mejor manera posi-
5 ble, pero lo había hecho inhabitable para el invierno. Y aquél, riendo, le dijo: «¿Es que te parece que tengo menos cabeza que una grulla o una cigüeña y no voy a migrar de residencia cuando llegue el momento?». Y una vez que un general trazaba ambiciosos planes para un espectáculo y le pidió como adorno en cierto coro unas capas púrpuras, éste le replicó que pensaría si tenía y se lo diría por si podía dárselas. Y al día siguiente le preguntó cuántas le hacían falta, y al responder éste que le bastaría con cien, le instó a tomar el doble de aquel número. A él se refería el poeta Flaco cuando dijo que no consideraba riquezas las cosas que se ven, sino más bien las que se ocultan a la vista[164].

40 Los banquetes cotidianos de Lúculo eran de nuevo rico[165], no solo por los paños teñidos de púrpura, las copas engarzadas de joyas, los coros y los episodios recitativos, sino también por las preparaciones de todo tipo de platos de carne y otros dispuestos de forma lujosa se hizo acreedor de la envidia de
2 los menos pudientes. Pues al menos en esto Pompeyo gozó de buena fama durante su enfermedad, porque al ordenarle el médico que comiera un tordo y como dijeran sus sirvientes que no podrían encontrarlo por ningún lado en la estación esti-

---

para una descripción de las villas y V. Jolivet, «Xerxes togatus. Lucullus en Campanie», *Mélanges d'archéologie et d'histoire de l'École française de Rome. Antiquité* XCIX [1987], 875-904).

[164] Véase la anécdota en Horacio, *Epístolas* I 6, 45, donde el número de las capas (clámides) se amplia a cinco mil.

[165] En griego, el adjetivo peyorativo es *neóploutos*. Todas estas anécdotas, muy del gusto plutarquiano, reflejan las costumbres corrompidas del nuevo rico: un aspecto negativo que combina con el retrato favorable a Lúculo que hemos visto anteriormente. Para las tradiciones opuestas sobre Lúculo, véase L. Ballesteros Pastor, «Aspectos contrastantes...», 331-343.

val excepto donde Lúculo los criaba, no les permitió tomarlos
de allí, sino que le dijo al médico: «¿Conque si no viviera
Lúculo con gran lujo Pompeyo no habría de vivir?». Y ordenó
que le preparasen algo más sencillo de encontrar[166]. Catón, por 3
su parte, que era amigo y pariente de Lúculo, llevaba mal su
género de vida y sus costumbres, de modo que una vez que
sufría un largo discurso fuera de lugar de un joven en el Se-
nado que versaba sobre la mesura y la prudencia, poniéndose
en pie le dijo: «¡Alto ahí, te enriqueces como Craso, vives
como Lúculo, pero hablas como Catón!». Aunque algunos
sostienen que estas palabras se dijeron así, pero no fue Catón
quien las pronunció[167].

Lúculo, además, no sólo disfrutaba sino que también se 41
enorgullecía de este género de vida, como resulta evidente
por las cosas que se recuerdan de él. Pues se cuenta que como
llegaran a Roma una vez unos griegos, les alojó durante mu-
chos días. Entonces les ocurrió algo típicamente griego, pues
se avergonzaron y se excusaron de esta invitación, ya que gas-
taba tanto por ellos día a día. Pero Lúculo les dijo sonriente:
«Hay algo de estos gastos que también es de vuestro bolsillo,
griegos. Aunque la mayor parte corre de cuenta de Lúculo».
Y otra vez que tomó en la mesa sólo una cena frugal que le 3
habían preparado, se indignó y llamó al criado que estaba a
cargo de todo. Y al decir éste que no creía que nadie necesi-
tara algo lujoso, pues no había invitados, le replicó: «¿Qué
dices? ¿No sabes que hoy en casa de Lúculo cena Lúculo?»[168].

---

[166] La anécdota figura también en la *Vida de Pompeyo* 2, 11-12. El tordo era un bocado exquisito en la antigua Roma, y muy difícil de obtener, pues sólo se quedaba tres meses en Italia (PLINIO EL VIEJO, *Historia natural* X 73). Entre otras exquisiteces, se atribuye a Lúculo la introducción de la cereza y el albaricoque en Italia (cf., por ejemplo, PLINIO EL VIEJO, *Historia natural* XV).

[167] Cf. PLUTARCO, *Catón* 19, 8.

[168] La famosa frase ha consagrado a Lúculo como el *gourmet* por excelencia de la Antigüedad. En vista de todo ello, no es de extrañar que el libro del periodista Julio Camba sobre gastronomía se titulase *La casa de Lúculo* (1929).

4 Según parece, como se hablase mucho de él en la ciudad,
Cicerón y Pompeyo se le acercaron mientras estaba ocioso
en el foro. El primero era uno de sus mejores amigos y lo
trataba mucho. Pero con Pompeyo, desde la discusión so-
bre el mando militar, tenía ciertas diferencias, aunque acos-
tumbraban a tratarse a menudo y se hablaban con cortesía
5 el uno al otro. Así pues, tras saludarle, Cicerón le preguntó
qué le parecería recibir una visita. Y al responderle Lúculo
que estaba inmejorablemente dispuesto para ello, y exhortarle
a que se lo pidiera, aquél le dijo: «Queremos cenar contigo
hoy de la misma manera en que tendrías preparada la comida
6 para ti mismo». Y Lúculo, buscando excusas, les rogó que le
concedieran el plazo de un día, pero ellos le dijeron que no
accedían, y tampoco permitirían que se comunicara con sus
criados, a fin de que no ordenara nada más de lo que sería
cocinado para él mismo. Solamente le concedieron una cosa
a petición suya: que le dijera a uno de sus criados en presencia
de ellos que aquel día comerían en el «Apolo». Pues éste era
7 el nombre de cierta sala lujosa que poseía. Esta estratagema
les pasó inadvertida. Y es que, según parece, para cada sala
de cenar había dispuesto un servicio de cena de determinado
gasto, y una música y organización diferenciadas, de forma
que en cuanto los esclavos escucharon en dónde deseaba cenar
supieron al punto cuánto lujo y qué preparativos convenía
hacer para el arreglo del banquete. En la sala de Apolo se
acostumbraba a realizar un gasto de cincuenta mil monedas.
Y entonces, como se hubiera gastado tal cantidad, Pompe-
yo y sus acompañantes quedaron sorprendidos de la rapidez
con que se preparó todo considerando el enorme dispendio
realizado. En estas cosas, Lúculo hacía uso de su riqueza
de una manera soberbia, por ser fruto de un botín de guerra
bárbaro.

42 Cosa digna de mención es el esfuerzo que hizo por adqui-
rir libros, pues reunió muchos volúmenes bellamente escritos,

cuyo uso fue más honorable que su adquisición[169]. A todos estaban abiertas sus bibliotecas, y los paseos en torno a éstas, y los lugares de estudio recibían sin impedimento a los griegos que los frecuentaban y pasaban allí el día unos con otros como si fuera aquello una especie de refugio de las Musas, alejándose encantados de sus otras obligaciones. Y muchas veces 2
él mismo, entrando en los deambulatorios, pasaba sus ratos libres junto con los estudiosos y ayudaba a los políticos en lo que necesitasen. Y su mansión era enteramente un hogar y un pritaneo[170] griego para los que llegaban a Roma. Adoraba toda 3
escuela filosófica y se mostraba benévolo y familiarizado con todo tipo de pensamiento, y en particular desde un principio tuvo especial predilección por la Academia, no por la llamada «nueva», aunque florecía por aquel entonces en los discursos de Carneades por Filón[171], sino por la antigua, que tenía en aquel momento como representante a un hombre persuasivo y elocuente, Antíoco de Ascalón[172], de quien con gran interés se hizo amigo y compañero Lúculo, contraponiéndolo a

[169] La fama de la biblioteca tusculana de Lúculo, fruto de los expolios en la campaña contra Mitrídates, perduró incluso hasta ISIDORO DE SEVILLA *(Etimologías* VI 5, 1). Fue seguramente la biblioteca privada más accesible de la época. CICERÓN habla de ella en *Académica* II 2 113. Tanto él como otros estudiosos griegos y romanos pudieron usarla libremente. Véase T. K. DIX, «The library...», 441-464.

[170] Para el «pritaneo» en que se convirtió igualmente la casa de Cimón, cf. *Cimón* 10, 7. La comparación va cobrando forma, no sólo en cuando a los caracteres descritos (la filantropía, la dulzura, etc.), sino también en cuanto a las costumbres.

[171] Carneades de Cirene (*c.* 214-129 a. C.) era el fundador de la Nueva Academia platónica. Sus enseñanzas en Roma, en la doctrina del probabilismo, causaron escándalo (PLUTARCO, *Catón* 22-23). Un día hablaba a favor de la justicia, otro día en contra. Filón de Larisa (*c.* 158-84 a. C.), por su parte, es definido por CICERÓN como fundador de la «cuarta Academia» *(Bruto* 89). Estuvo refugiado en Roma durante la guerra contra Mitrídates y allí impartió su docencia, teniendo a Cicerón como alumno.

[172] De quien ya se habló, al final de 28 (ver nota *ad locum)*. Representa la Academia tradicional, a la que Lúculo se sentía más cercano.

los alumnos de Filón, entre los que se contaba Cicerón. Éste
4 compuso una hermosa epístola dirigida a esta escuela. En ella asignó a Lúculo el discurso sobre la percepción y a él mismo el contrario. El tratado se titula *Lúculo*[173].

Como se ha dicho, eran muy amigos y compañeros en la misma ideología política. Pues no del todo se había alejado Lúculo de la vida pública, aunque había dejado inmediatamente a Craso y a Catón la competencia por la ambición de honores por ser el más grande y el más poderoso, porque ésta no
5 estaba libre de peligros e injurias. Pues los que miraban mal el poder de Pompeyo los ponían como defensores del Senado, al renunciar Lúculo al mando. Pero éste bajaba al foro por sus amigos y al Senado si era necesario combatir los esfuerzos y
6 ambiciones de Pompeyo. Y las disposiciones que aquél hacía tras vencer a los reyes[174] las desbarató e impidió con su voto y con ayuda de Catón que se concediera una distribución de tierras para los soldados, de forma que Pompeyo se refugió en la amistad de Craso y de César, o más bien en su connivencia, llenando la ciudad de armas y soldados. Así ratificó las órdenes por la fuerza, expulsando del foro a los simpatizan-
7 tes de Catón y Lúculo[175]. Como los más nobles se indignaran por estas medidas, los de Pompeyo enviaron a un tal Vecio[176] diciendo que había sido capturado conspirando para atentar contra Pompeyo. Y aquel, tras ser interrogado en el Senado, acusó a algunos otros y ante el pueblo nombró a Lúculo como
8 aquel que le había encargado dar muerte a Pompeyo. Nadie creyó su palabra, sino que al punto se hizo evidente que el

[173] Forma parte de las *Cuestiones académicas*. Cf. la ed. de A. Millares, Madrid, Austral, 1972.

[174] Cf. Plutarco, *Pompeyo* 46, 5-6.

[175] Un primer triunvirato secreto y casi conspirativo, como apunta Plutarco (cf. también Suetonio, *Vidas de los doce césares* XIX).

[176] Lucio Vecio, un antiguo partidario de Sila, había participado en la conspiración de Catilina (Dión Casio, *Historia romana* XXXVII 41).

hombre había sido enviado por aquéllos para acusar en falso y calumniar, y sobre todo se descubrió el asunto unos pocos días después, al ser arrojado su cadáver desde la prisión. Se dijo que había muerto de forma natural, pero tenía señales de estrangulamiento y de golpes. Pues se piensa que fue ajusticiado por las mismas personas que lo contrataron[177].

Estas cosas alejaron aún más a Lúculo de la política. 43
Y cuando Cicerón fue expulsado de la ciudad y Catón fue desterrado a Chipre, se marchó a la par. E incluso antes de su muerte se dice que enfermó su entendimiento y se marchitó poco a poco. Pero Cornelio Nepote[178] dice que no enloqueció 2
Lúculo por la vejez o por una enfermedad, sino a causa de un veneno que uno de sus libertos, Calístenes, le suministró. Pues le dieron drogas para que Calístenes fuera más amado por él, al creer que tenían tal poder, pero le hicieron perder la razón y le eclipsaron el entendimiento, de forma que, estando aún con vida, su hermano se hizo cargo de la administración de sus bienes. Sin embargo, cuando murió[179], como si estuviera 3
en el culmen de su poder militar y político a la hora de su muerte, el pueblo se afligió y acudió en masa. Y el cuerpo fue llevado al foro para obligar a los jóvenes de más alta cuna a enterrarlo en el Campo de Marte, donde Sila había sido se-

[177] La conspiración de Vecio es un asunto turbio y nunca explicado. Para Keaveney, lo más probable es que Vecio, al ser capturado, diera una lista de nombres de obvios adversarios de Pompeyo, tal vez esperando que se desatara una lucha política sin cuartel. Así también se podría librar él del castigo. Y Lúculo era el primer nombre que se le ocurriría, dada la fama de desencuentros entre Pompeyo y él. (A. Keaveney, *Lucullus...*, págs. 158 ss.). Con todo, es harto improbable que Lúculo estuviera relacionado con este hombre, que quizá actuara solo o quizá, y es otra hipótesis no descartable, pagado por los propios partidarios de Pompeyo. En todo caso, es una estrategia de desestabilización que iba a dar prontos frutos en la historia de Roma.

[178] Al parecer, Nepote escribió sobre Lúculo en *De uiris illustribus*. Han sobrevivido los libros sobre generales extranjeros (como Cimón, cf. *supra)* junto con biografías como las de Catón el Censor y Ático.

[179] Según parece en el invierno del 57-56 a. C., a los 70 años de edad.

4 pultado también[180]. Pero como nadie hubiera esperado esto, ni fuera sencillo hacer tales preparativos, su hermano, a fuerza de ruegos y plegarias, les persuadió para que permitieran que se le tributaran honores fúnebres en su finca de Túsculo. Pero él mismo no le sobrevivió mucho tiempo, sino que, como en edad y fama lo siguió a poca distancia, en el momento de su muerte también, quedando como un amante hermano[181].

COMPARACIÓN ENTRE CIMÓN Y LÚCULO

1 En especial, se podría considerar dichoso el final de Lúculo porque ocurrió antes del cambio de gobierno que ya el destino preparaba contra la República en las guerras civiles: cuando él murió su patria tenía una enfermedad, pero aún estaba libre cuando dejó la vida. Y en esto, de entre todas las cosas,
2 se parece mucho a Cimón. Pues aun no estaba el mundo griego tan convulso, sino que murió mientras estaba en la cumbre, en el campamento y siendo estratego, ni agotado ni sin juicio, y sin celebrar fiestas o cenas como premio por sus armas y sus expediciones y trofeos. De tal forma, Platón reprende a los órficos por decir que a los que han vivido rectamente les está reservado un honor en el Hades de eterna embriaguez[182].
3 Y es que el ocio y la calma y la práctica del saber placentero mediante los razonamientos procuran el consuelo más conveniente para un hombre anciano una vez que ha abandonado

[180] Cf. PLUTARCO, *Sila* 38, 6. El sepelio en el Campo de Marte era un honor exclusivo.

[181] La relación entre Lúculo y su hermano Marco fue tomada como modelo de amor fraternal en SÉNECA, *Consolación a Polibio* XV 1 (Cf. *Diálogos. Apocolocintosis. Consolaciones a Marcia, a su madre Helvia y a Polibio*. Intr., trad. y notas de J. Mariné. Madrid, Gredos, B. C. G. 220, 1996).

[182] En PLATÓN, *República* 363c-d: «La más hermosa recompensa para la virtud es [*scil.* para Museo y Orfeo] una embriaguez eterna».

la guerra y la política. Pero orientar las buenas acciones para dedicarse a los placeres como fin, jugar dedicándose a los deleites del amor después de las guerras y campañas, y pasar el tiempo así no es digno de la noble Academia ni de quien desee emular a Jenócrates[183], sino más bien de aquel que se inclina
por Epicuro. Y esto es lo sorprendente, pues, contrariamente, la 4
juventud del primero ha sido reprensible y sin freno, mientras que la del segundo ha sido educada y prudente. Pero es mejor el que ha dado un cambio hacia lo mejor. Pues es más noble el carácter en cuya vejez se marchita lo peor y florece lo mejor.
Y, en efecto, aunque eran igualmente ricos, no dispusieron de 5
igual manera de sus riquezas. Pues no es digno comparar el muro sur de la Acrópolis, el cual se llevó a cabo con el dinero traído por Cimón, a los palacios y observatorios bañados por el mar de Nápoles, que Lúculo construyó a partir de los despojos de los bárbaros. Ni tampoco se puede equiparar la mesa de Cimón a la de Lúculo, siendo la primera democrática
y filantrópica y la segunda opulenta y oriental. Pues la una a 6
partir de un pequeño gasto cada día alimentaba a muchos, y la otra era mantenida para unos pocos pero preparada a partir
de mucho dinero. Y, por Zeus, la diferencia la marcaba en 7
cuanto a las posesiones también el tiempo, pues no está nada claro que en el caso de que Cimón se hubiera retirado de sus hazañas y campañas militares a una vejez privada de guerra y de asuntos políticos, habría llevado una vida aún más dedicada al placer. Pues era amante del buen beber y de las fiestas y sus relaciones con las mujeres, como se ha dicho, eran objeto de
escándalo. Pero los éxitos al obtener otros placeres en cuanto 8
a hazañas y combates logran la inactividad de los peores deseos y su olvido para las naturalezas inclinadas a la política y a la ambición de honores. Pues si al menos Lúculo hubiera

[183] El filósofo Jenócrates (*c.* 400- 314 a. C.) fue discípulo de Platón y le sucedió en la dirección de la Academia.

acabado su vida luchando en campaña militar, ni siquiera el censor más implacable y reprochador hubiera hallado, según pienso, ninguna falta en él. Y estas cosas en cuanto al estilo de vida.

2 En lo que a la guerra se refiere, es evidente que ambos
fueron buenos militares tanto en tierra como por mar. Así
como se llama por costumbre a los atletas que son coronados
en un mismo día en la lucha y en el pancracio «vencedores
extraordinarios»[184], también Cimón, habiendo coronado en un
solo día a Grecia con el triunfo de la batalla de infantería y
de marina, podría tener con justicia cierta preeminencia entre
2 los generales. Y fue la patria a Lúculo, pero Cimón a la pa-
tria quien le concedió el poder de mando. Mientras que uno
añadió a sus conquistas lo que ya gobernaban sus aliados,
el otro, tras hacerse cargo de la patria cuando ésta seguía a
otros, le concedió el mando sobre sus aliados y la victoria
sobre sus enemigos, obligando a los persas derrotados a aban-
donar los mares y a los lacedemonios a abandonar el poder,
3 que voluntariamente depusieron. Si al menos es una hazaña
mayor de un caudillo conseguir la obediencia a través de la
buena voluntad, Lúculo por una parte era despreciado por sus
soldados, mientras que Cimón era admirado por sus aliados.
Pues abandonaron sus hombres al primero, mientras que se
4 sumaron al segundo los otros. El uno marchó siendo coman-
dante y regresó abandonado por aquéllos. El otro fue enviado
para hacer lo encomendado a otros junto con sus aliados; y él
mismo dando instrucciones a éstos, regresó por mar tras haber
conseguido tres de las más difíciles hazañas para la ciudad:
la paz con los enemigos, la hegemonía entre los aliados y la
5 concordia con los lacedemonios. Ambos intentaron derrotar
grandes imperios y dominar Asia entera, dejando inacabada
su obra. El primero enteramente, debido a la fortuna, pues

[184] *Paradoxonikēs* en griego.

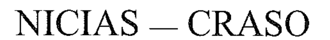
murió cuando estaba en campaña y en su mejor momento.
Pero al otro no por completo se le podría achacar la culpa de
esto, ya fuera porque estuviese en la ignorancia o porque no
tuviese cuidado de las diferencias y reproches que había entre
la tropa, y a causa de las cuales llegó a despertar tal animad-
versión. O acaso esto tiene en común también con Cimón, 6
pues sus conciudadanos lo llevaron ante la justicia y acabaron
sometiéndole a ostracismo, de suerte que durante diez años,
según dice Platón, no oyeron su voz[185]. Pues las naturalezas 7
aristocráticas pocas veces son acordes con las de la mayoría
y la complacen, sino que como muchas veces usan la fuerza
para enderezar sus desviaciones, la molestan, como ocurre
con los vendajes de los médicos, aunque vuelven a su estado
natural las articulaciones. Así que tal vez los dos son compa-
rables a este respecto.

Grandes gestas llevó a cabo Lúculo en la guerra. Cruzó 3
por primera vez entre los romanos el Tauro con un ejército y
atravesó el Tigris y las ciudades reales de Asia, Tigranocerta,
Cabira, Sínope y Nísibis, ante los ojos de sus monarcas, cap-
turándolas y prendiéndoles fuego, y llegó tan al norte como
el Fasis y tan al oriente como Media, y tan al sur como el mar
Rojo, con la ayuda de los reyes árabes, haciendo trizas los
ejércitos de los reyes y fracasando sólo en capturarlos en per-
sona, pues como si fueran fieras salieron corriendo hacia el de-
sierto y hacia selvas infranqueables e impenetrables. Las prue- 2
bas son importantes. Pues los persas, como si nada hubieran
sufrido de Cimón, directamente se enfrentaron a los griegos y
en efecto derrotaron unas tropas muy numerosas de éstos en
Egipto y los destruyeron. Por el contrario, después de Lúculo
no se produjo ninguna otra acción de Tigranes o de Mitrídates.
Antes al contrario, este último, por un lado, ya debilitado y
aniquilado por causa de los primeros combates, ni siquiera una

[185] Platón, *Gorgias* 516d.

vez se atrevió a mostrar sus fuerzas a Pompeyo fuera de sus acuartelamientos, sino que escapando hacia el Bósforo se marchó y murió allá. Y por otra parte, Tigranes mismo se arrojó desnudo y desarmado ante Pompeyo, quitándose la corona de la cabeza y poniéndosela ante los pies, y adulando a Pompeyo no por sus propias hazañas, sino por aquellas que habían dado
3 un triunfo a Lúculo. Al menos adoraba recuperar los símbolos de su realeza, de los que había sido despojado anteriormente. Más grande es, pues, el general, como sucede con el atleta, que entrega a su oponente más debilitado después de él.

4 Y aun más, Cimón halló las fuerzas del rey ya destruidas y el orgullo de los persas humillado por grandes derrotas y huidas incesantes infligidas por Temístocles, Pausanias y Leotiquides, y conquistó fácilmente los cuerpos de quienes habían sido humillados y derrotados en sus almas. Pero Tigranes estaba invicto después de muchos combates y se jactaba de ello
5 cuando cayó ante Lúculo. Y en cuanto a número no es digno de comparación los que fueron congregados contra Lúculo y los que fueron derrotados por Cimón. De modo que para quien considere todo juntamente es difícil llegar a un juicio, ya que la divinidad parece haber sido benévola hacia ambos, pues al primero le indicó adónde convenía enderezar su vida y al segundo de las cosas que debía guardarse, de manera que a ambos les llegó el voto de los dioses como naturalezas buenas y divinas.



NICIAS — CRASO

INTRODUCCIÓN

VIDA DE NICIAS

Por la ambigüedad del carácter que en ella se perfila, la *Vida de Nicias* ocupa una posición singular en el conjunto de las *Vidas paralelas*; hasta el punto de que su lectura puede llegar a suscitar una cierta perplejidad, pues no siempre se sabe bien cómo interpretar y valorar a este personaje. ¿Por qué se ocupa Plutarco de Nicias —al parecer, además, con afecto— cuando sus virtudes como figura histórica no son evidentes en absoluto? ¿Qué puede aprender el lector al conocer la vida del principal protagonista de una gran derrota militar? Y no una derrota cualquiera, sino una de enormes proporciones y terribles consecuencias: precisamente la gran derrota de Atenas[1].

Respondiendo a estos interrogantes algunos comentaristas apuntan que Nicias constituye un modelo «negativo», y que, por tanto, hay que encuadrar esta *Vida* entre aquellas que se proponen, no ya fomentar en el lector la emulación de las virtudes del protagonista, sino prevenirlo frente a sus defectos o vicios, como ocurre con las *Vidas de Demetrio y*

[1] Cf. F. B. TITCHENER, «Why Did Plutarch Write About Nicias?», *The Ancient History Bulletin* 5 (1991), 153-158.

Antonio[2]. Es evidente que Plutarco no podía tener el propósito de presentar como modelo de carácter a un general indeciso y supersticioso; a un político que a lo largo de su vida se mostró siempre temeroso frente a los ciudadanos a los que él mismo habría debido liderar. Ahora bien, Plutarco también ha sabido mostrar en esta biografía que, a pesar de la falta de carácter del personaje, muchas de sus acciones fueron dignas de admiración; y ha logrado así que su desgraciado final inspire en el lector una profunda piedad. De este modo ha elaborado un retrato cuya complejidad desborda la simple interpretación de un personaje con carácter «negativo»[3].

Para la lectura de esta obra no es posible encontrar, en cualquier caso, orientación más clarificadora que las palabras del propio autor en su *Introducción*, la cual constituye en sí misma, además, un valioso documento, pues las aclaraciones que contiene acerca de esta *Vida* ayudan a comprender el método de composición y el propósito del autor también con respecto al resto de las *Vidas Paralelas*. En primer lugar, Plutarco reconoce su deuda con Tucídides, a quien admira y respeta profundamente. Desde luego, *La Guerra del Peloponeso* es para Plutarco no sólo un documento fundamental para conocer los hechos históricos protagonizados por Nicias, sino también un motivo de inspiración, pues, según él mismo reconoce, el relato tucidídeo posee una gran fuerza emotiva. Y como gran parte de esos hechos pertenecen también a la historia de Sicilia, no puede extrañar que Plutarco recurra ocasionalmente a dos historiadores sicilianos, Filisto y Timeo, para añadir detalles a su fuente principal, proporcionar ligeras variaciones o, en fin, para criticar la endeblez intelectual de

[2] A. G. NIKOLAIDIS, «Is Plutarch Fair to Nicias?», *Illin. Class. Stud.* 13 (1988), 319-333.

[3] Cf. L. PICCIRILLI, «La tradizione *nera* nelle biografie plutarchee degli Ateniesi del sesto e quinto secolo» en *Gerolamo e la biografia letteraria*, Génova, 1989.

ciertas versiones discordantes[4]. Su polémica con Timeo, tal y como él mismo la formula, revela cuáles son sus intereses literarios: no busca la rivalidad retórica con su modelo ni, por supuesto, sustituir el análisis histórico del ateniense por uno menos riguroso, como hace Timeo cuando recurre a argumentos inconsistentes o pueriles; su interés se centra, en cambio, en el carácter del personaje y en el propósito ético de la obra. Así pues, su labor como biográfo ha consistido, según él mismo reconoce, en recopilar datos «menores» que complementan su interpretación del relato tucidídeo, datos que posee gracias a su erudición literaria así como a su interés anticuario por documentos arqueológicos y epigráficos. Nada hay en esta *Introducción* que permita poner en duda la honestidad de su propósito[5]. Por tanto, la *Vida de Nicias* constituye un instrumento fundamental para valorar la originalidad y la capacidad artística de Plutarco. Y es que, además de contener sus principios programáticos, la propia narración de esta biografia permite comprobar que en su recurso a las fuentes literarias hay, en efecto, una auténtica interpretación, y que ésta es la que proporciona a la obra unidad artística y

---

[4] Filisto de Siracusa, que tendría unos dieciocho años en el momento de la campaña de Sicilia (415-413 a. C.), es autor de una *Historia de Sicilia* que llegaba hasta el año 366 a. C. Timeo de Tauromenio, más joven que el anterior (*c* 356-260), escribió una *Historia* de Sicilia, Italia y África. Dado el carácter fragmentario de su obra, es difícil determinar el alcance de su influencia en la composición de la *Vida de Nicias;* cf. F. Muccioli, «La critica di Plutarco a Filisto e a Timeo», en L. Van der Stockt (ed.), *Acta of the IVth International Congress of the International Plutarch Society,* Lovaina-Namur, 2000, págs. 291-308; L. Piccirilli, «Nicia in Plutarco», *Atti della Accademia Ligure di Scienze e Lettere* 47 (1990) [1991], 351-368.

[5] Las expresiones que emplea Plutarco, por ejemplo, cuando menciona monumentos e inscripciones confirman esa honestidad: él ha visto muchos de ellos y así lo afirma; pero deja claro también que algunos, como el escudo de Nicias, no los ha visto con sus propios ojos; Cf. R. Flacelière, *Notice,* págs. 137-138 e *infra,* 3, 3; 13, 4; 13, 5; frente a 28, 6.

de sentido, más allá de la acumulación de anécdotas, detalles y referencias secundarias[6].

Como se ha puesto de relieve en algunos estudios, lo más probable es que el retrato de Nicias proceda fundamentalmente de la interpretación del texto de Tucídides. Una interpretación «imaginativa», según la acertada definición de Pelling; pero interpretación al fin y al cabo[7]. La deuda de Plutarco con Tucídides se aprecia no sólo en las referencias directas o en el relato de los hechos históricos[8], sino también, como decimos, en la propia caracterización del protagonista, que ya en la obra del historiador ateniense es un personaje cuyas motivaciones parecen censurables y cuyo terrible final, sin embargo, resulta profundamente conmovedor[9]. La comparación de las

---

[6] Esta comprensión del método de Plutarco nos proporciona una visión del autor bien distinta de aquella que ofrecía la crítica cuando consideraba a Plutarco un mero «recopilador» de datos; un reelaborador de fuentes intermedias, sin criterio ni plan propios y con una erudición de segunda mano; cf. R. Flacelière, *Notice,* págs. 138-139.

[7] Cf. el brillante análisis de C. B. R. Pelling, «Plutarch and Thucydides», en P. A. Stadter, *Plutarch and the Historical Tradition,* Londres, 1992, págs. 10-40. Si se supone este método de composición, conviene extremar la cautela a la hora de conceder credibilidad como documento histórico a los datos aportados por Plutarco que no figuran en el texto tucidídeo, pues se puede tratar sin más de inferencias, amplificaciones o adaptaciones de dicho texto o, simplemente, de una deficiente comprensión por parte de Plutarco; cf. C. B. R. Pelling, *Literary Texts and the Greek Historian,* Londres-Nueva York, 2000, págs. 49-52.

[8] Con anterioridad al análisis de Pelling que acabamos de mencionar, la dependencia de Plutarco respecto a Tucídides en esta *Vida* había sido estudiada por A. Holm, *Geschichte Siziliens im Altertum, II,* Leipzig, 2.ª ed., 1979 (1.ª ed. 1870), págs. 340 y ss., y por J. de Romilly, «Plutarch and Thucydides, or the Free Use of Quotations», *Phoenix* 42, 1988, 22-34; si bien esta última autora no profundiza en el método de Plutarco.

[9] Cf. I. Bruns, *Das literarische Porträt der Griechen im V. und IV. Jh. V. Ch.,* 2.ª ed., Hildesheim, 1961, págs. 16-22, y A. E. Wardman, A. E., «Plutarch's Methods in the *Lives*», *Class. Quart.* 21, 1, 1971, 257-260, quien habla del «carácter» de Nicias en Tucídides y F. M. Cornford, *Thucydides Mythistoricus,* Londres, 1907, que encuentra un esquema trágico en la obra tucidídea. En líneas generales, la dependencia del Nicias de Plutarco respecto al Nicias de Tucídides puede

dos narraciones pone de relieve cómo Plutarco ha ampliado y profundizado los rasgos del general ateniense apuntados por Tucídides en su relato. La biografía de Nicias se convierte así en el retrato de un hombre apocado, siempre temeroso tanto de los dioses como de los hombres[10]. Y ambos aspectos de esta personalidad son, no cabe duda, puntos fundamentales del pensamiento de Plutarco, quien siente una auténtica preocupación teórica por las cuestiones que están en juego aquí: la superstición y la capacidad o incapacidad para el liderazgo.

No es casualidad, desde luego, que en su tratado teórico sobre la superstición Plutarco utilice la figura de Nicias para ilustrar el efecto desastroso de este temor irracional a los dioses. En dicho tratado el autor reflexiona sobre lo ocurrido en Siracusa, cuando el general ateniense retrasó la retirada del ejército por temor supersticioso a un eclipse de luna y condujo así a sus hombres a una terrible derrota. Lo terrible, concluye Plutarco, no es «la sombra de un eclipse de luna», sino «la sombra de la superstición que, cuando un hombre ha caído en ella, confunde y ciega la razón en hechos que están necesitados, sobre todo, de la razón». Así pues, este desastre ilustra, como ningún otro, el efecto perverso de la superstición, en la que los hombres se ven atrapados «como en una red»[11].

---

establecerse gracias a interpretaciones de la figura tucidídea que proporcionan estudios como el de H. D. Westlake, *Individuals in Thucydides,* Cambridge, 1968, págs. 86-96 y 169-211, y el de D. Kagan, *The Peace of Nicias and the Sicilian Expedition,* Ítaca-Londres, 1981, págs. 369-372. Otros críticos, sin embargo, consideran ambigüa la figura también en el relato tucidídeo: especialmente problemática resulta la valoración que Tucídides (VII 86, 5) hace de la *aretē* de Nicias, teniendo en cuenta el escaso mérito político que él mismo parece reconocerle; cf. A. W. H. Adkins, «The *Arete* of Nicias: Thucydides 7.86», *Greek, Roman and Byzantine Studies,* 16, 1975, 379-392.

[10] Cf. L. Gil, «La semblanza de Nicias en Plutarco», *Estudios Clásicos* 6, 1962, 404-450.

[11] Cf. Plutarco *De superstitione,* especialmente *Moralia* 169 A y 169 C, trad. de C. Morales Otal y J. García López, Madrid, 1986; cf. *infra* 23-24. Sobre

La cuestión del liderazgo y de la relación mutua entre individuo y ciudad es también una genuina preocupación de Plutarco de clara inspiración tucidídea. La figura de Nicias ilustra, en contraste con la de Pericles, la incapacidad de liderar al *demo* y el temor a su irracionalidad; el egoísmo de un líder incapaz de sacrificarse por el bien común así como las terribles consecuencias de su comportamiento[12]. La figura de Nicias adquiere, así, una dimensión trágica, pues igual que el temor supersticioso a los dioses, este otro también trae consigo la destrucción[13].

Como se ha señalado acertadamente, la biografía tiene una concepción dramática que permite al lector comprender el carácter trágico de los hechos[14]: toda la narración conduce inexorablemente a ese desastre final en el que se centra el interés de Plutarco y que constituye el motivo de comparación de estas dos *Vidas Paralelas,* pues, de acuerdo con el propósito explícito del autor, es esta derrota de Nicias en Sicilia el aspecto de su vida que suscita la comparación con su figura paralela, el romano Craso, quien también sufrió una terrible derrota en el lejano país de los partos. Por tanto, es en ese

---

el eclipse, cf. C. Préaux, *La lune dans la pensée grecque,* Bruselas, 1970, págs. 123-128.

[12] Cf. C. B. R. Pelling, «Plutarch and...», págs. 22-31, y *Literary Texts...*, págs. 47-49. Sobre la irracionalidad y veleidad del demo ateniense, que «prefiere sospechar de inmediato a aprender con tranquilidad», y sobre el trato injusto que daba a veces a sus políticos, cf. *Moralia* 799 C, trad. de C. Alcalde, Madrid, 2003. Para la contraposición de los líderes en Tucídides, cf. H. R. Rawlings, *The Structure of Thucydides' «History»,* Princeton, 1981, págs. 137-138. Sobre los políticos posteriores a Pericles, cf. W. R. Connor, *The New Politicians of Fifth-Century Athens*, Princeton, 1971, págs. 91-134 y 149-163.

[13] Cf. J. E. Atkinson, «Nicias and the Fear of Failure Syndrome», *Anc. Hist. Bull.* 9.2, 1995, 55-63, págs. 62-63.

[14] Cf. F. B. Titchener, «Why Did Plutarch...», 153-158. Sobre el carácter trágico de la figura en el relato de Tucídides, cf. también N. Marinatos, «Nicias as a Wise Advisor and Tragic Warner in Thucydides», *Philologus* 124 (1980), 305-310.

desastre al que se ve abocado el protagonista donde Plutarco manifiesta su gran capacidad artística, y logra así finalmente que su personaje inspire en el lector auténtica compasión; un sentimiento que surge, sin duda, gracias a la humanidad de la figura y a la simpatía que el autor consigue transmitir tanto por el propio Nicias como por el pueblo ateniense al que este representa, ya que Plutarco, como buen lector de Tucídides, ha sabido reconocer en la tragedia de Nicias la tragedia de toda la ciudad, la tragedia de Atenas[15]. En efecto, en la derrota de Atenas en Sicilia se anuncia ya la derrota definitiva del liderazgo ateniense. Y no se trata, como decíamos al principio, de una derrota cualquiera. Se trata de la caída del «baluarte de Hélade», según la expresión de Píndaro que Plutarco menciona en alguna ocasión; de la ciudad que Plutarco amó y admiró tanto; la ciudad que en su glorioso pasado había dado a los griegos «el brillante cimiento de la libertad»[16].

Sumario

A continuación ofrecemos un esquema de la obra, en el que se observa cómo la narración se concentra, como decíamos, en los hechos ocurridos en la expedición a Sicilia:

1) Introducción: 1.
2) Carácter y carrera política: 2-5.
   — Riqueza y actividad pública: *liturgias* y ofrendas (2-3).
   — Carácter supersticioso y actitud pusilánime frente a los sicofantas (4-5).

[15] Cf. W. R. Connor, *Thucydides,* Princeton, 1984, pág. 206.

[16] Píndaro, frags. 76-77, trad. de A. Ortega, Madrid, 1984; citado por Plutarco en 350A. Como señala D. A. Russell («On Reading Plutarch's *Lives*», en B. Scardigli, (ed.), *Essays on Plutarch's Lives,* Oxford, 1995, págs. 75-94) una de las motivaciones de Plutarco para redactar sus *Vidas Paralelas* es demostrar a los romanos que la grandeza de Grecia fue una grandeza política; cf. también A. Podlecki, «Plutarch and Athens», *Ill. Class. Stud.* 12, 1, 1988, 231-243.

3) La Guerra del Peloponeso: 6-30.
- — Guerra Arquidámica (6-8)
  - — Tímidos éxitos de Nicias como general precavido (6).
  - — El asunto de Pilos y Esfacteria y la cesión del mando a Cleón por parte de Nicias (7-8).
- — Paz de Nicias (9).
- — Fracaso de la Paz de Nicias a causa de la política de Alcibíades (10).
- — Ostracismo de Hipérbolo (11).
- — La expedición a Sicilia (12-30).
  - — Fracaso de la oposición de Nicias a la expedición (12).
  - — Malos presagios antes de la partida (13).
  - — Inactividad de Nicias en Sicilia, pese a alguna victoria (14-16).
  - — Valor de Nicias pese a su enfermedad: construcción del muro de circunvalación, política de negociación secreta con los siracusanos (17-18).
  - — Victorias de Gilipo sobre los atenienses. Solicitud de ayuda a Atenas (19-20).
  - — Llegada de Demóstenes y grave derrota ateniense en las Epípolas (21-22).
  - — Un eclipse de luna retrasa la retirada ateniense. Nueva derrota de los atenienses (23-24).
  - — Gran derrota naval de los atenienses (25).
  - — Retirada: Nicias, engañado y valeroso (26).
  - — Matanza y captura de los atenienses en el río Asínaro (27).
  - — Muerte de Nicias y Demóstenes (28).
  - — Suerte de los prisioneros (29).
  - — Llegada de la noticia a Atenas (30).

NUESTRA TRADUCCIÓN

Para nuestra traducción hemos seguido la edición de R. Flacelière con casi total fidelidad y sólo de forma ocasional

nos apartamos de ella, según indicamos seguidamente. Hemos tratado de tener en cuenta, además, algunas de las traducciones más relevantes, especialmente en los pasajes que ofrecen una mayor dificultad. En la selección bibliográfica que figura a continuación se mencionan las ediciones y traducciones de referencia, que citaremos a partir de ahora sólo mediante el nombre del autor. Nuestras anotaciones al texto se han limitado a aportar las aclaraciones más necesarias para facilitar la lectura, así como a ofrecer las referencias de pasajes de autores antiguos más útiles para el lector. Por las razones antes expuestas, nos ha parecido de especial utilidad remitir en cada ocasión a los pasajes correspondientes de la *Guerra del Peloponeso* de Tucídides, y situar temporal y espacialmente los hechos históricos. La discusión de cada pasaje desde el punto de vista historiográfico puede seguirse en los comentarios y ediciones comentadas de la obra de Tucídides, en los estudios seleccionados en nuestra bibliografía y, desde luego, en las ediciones comentadas de esta *Vida,* de las que son deudores nuestros propios comentarios, especialmente la de R. Flacelière que acabamos de mencionar y la de Angeli-Carena-Manfredini-Piccirilli que mencionaremos aquí por el nombre de L. Piccirilli, autor de la Introducción y los comentarios de la *Vida de Nicias.*

VARIANTES TEXTUALES

FLACELIÈRE	*NUESTRA TRADUCCIÓN*
5, 7 <ἄν> (Ziegler)	omit. (codd.)
12, 5 θρασύτητα (Solanus)	πρᾳότητα (codd.)

VIDA DE CRASO

Paralela a la vida de Nicias discurre la de Marco Licinio Craso, a la vez compañero y rival de César y Pompeyo en la lucha por el poder que caracteriza el final de la República romana. Su carrera política y militar, como la del general ateniense, culminó también en un terrible desastre, pues dirigió una expedición contra los partos, más allá del Éufrates, para acabar sufriendo una derrota cruel y de enormes proporciones. Plutarco centra su interés de biógrafo y moralista en los aspectos «negativos» del carácter de Craso, en los que, a su juicio, hay que buscar la causa de su ruina; y así, el lector va descubriendo en la vida de esta figura histórica las pulsiones egoístas que dominan no sólo la vida de Craso, sino en general toda la época tardorrepublicana, un tiempo definido por la violencia y las ambiciones personales. La historiografía moderna, desde luego, ha intentado distinguir en el retrato legado por la tradición los trazos ocultos bajo el estilo paradigmático y el tono moralizante que los escritores antiguos suelen emplear cuando se ocupan de la figura de Craso, cuyo conocimiento se ve limitado, además, por la escasez de documentos contemporáneos a los hechos históricos que protagonizó[17]. No se conserva, en efecto, el libro CVI de la *Historia* de Tito Livio, que conocemos sólo en el resumen conocido como *Períoca;* y de las *Historias* de Salustio se han trans-

---

[17] La figura de Craso permanece en la tradición bajo la sombra que proyectan los éxitos y el protagonismo político de César y Pompeyo. Cf. A. Garzetti, «M. Licinio Crasso. L' uomo e il politico», *Athenaeum*, 1944-1945, 35-38; B. A. Marshall pone de relieve la dimensión política de la carrera de Craso (*Crassus. A political Biography*, Amsterdam, 1976); cf. también J. Cadoux, «Marcus Crassus. A Revaluation», *Greece and Rome* 3, 1956, 153-161. Como afirma este último autor, si hay que condenar la ambición de Craso, hay que condenar la de casi todos los nobles del período ciceroniano (*op. cit.*, pág. 155). El egoísmo es en esta época «the natural companion of greatness», según la expresión de F. E. Adcock, *Marcus Crassus, Millionaire*, Cambridge, 1966, pág. 13.

mitido solamente algunos fragmentos. Por tanto, la *Vida de Craso* de Plutarco posee una singular relevancia como fuente de los hechos que relata.

A lo largo de la obra, Plutarco menciona sólo dos autores a los que ha recurrido para redactar su biografía: Cicerón y Fenestela[18]. Pero, sin duda, ninguno de ellos constituye su fuente principal; es más probable, por el contrario, que su mención se deba precisamente al hecho de que estos autores proporcionan a Plutarco datos con los que su relato se aparta de dicha fuente de forma ocasional. Sobre ésta, desde luego, es posible únicamente hacer conjeturas: tal vez ha tomado como referencia a Livio en el relato de la guerra contra los partos y a Salustio en el de la guerra contra Espartaco; se han propuesto también nombres como Nicolao de Damasco, autor de una *Historia Universal* hoy perdida o Asinio Polión; y como Casio tiene un protagonismo extraordinario en el relato, se ha propuesto también a Quinto Delio, un historiador vinculado a este personaje, o incluso al propio Casio, autor de unas Memorias que Plutarco pudo llegar a conocer[19]. Llama la atención, finalmente, la frecuencia con la que Plutarco utiliza en esta biografía fórmulas vagas para referirse a sus fuentes, del tipo «se dice» o «dicen», por lo que también hay que contar con la posibilidad de que haya recogido en su

[18] De los veintidós libros que dedicó Fenestela a la historia de Roma —desde la monarquía hasta el final de la edad republicana— sólo se conservan fragmentos; pero, al parecer, era una obra sobria y muy leída.

[19] Quinto Delio ha sido propuesto por F. E. ADCOCK, *Marcus...*, págs. 59-60; las Memorias de Casio, por R. FLACELIÈRE, *Notice*, pág. 194 y Asinio Polión por C. B. R. PELLING, «Plutarch's Method of Work in the Roman Lives», *Journal of Hellenic Studies* 99 (1979), 91-96. Este último aporta, además, interesantes apreciaciones sobre el método de composición de Plutarco y se muestra bastante convencido de que para esta y para algunas otras vidas de personajes romanos de la época (Craso, Pompeyo, César, Catón, Bruto, Antonio) Plutarco utiliza una única fuente principal; cf. págs. 87-89 y n. 96.

relato datos de la tradición oral[20]. En cualquier caso, Plutarco contrasta versiones y manifiesta, en general, una actitud crítica con las fuentes[21]. Desde luego, en esta biografía da muestras de una extraordinaria capacidad para el matiz, de manera que el retrato del político romano, como el de su figura paralela en la Historia de Grecia, adquiere una complejidad admirable. Y si a estos méritos añadimos una narración que llega a fascinar al lector, sobre todo en el relato de la batalla de Carras, no puede extrañar que haya sido considerada en alguna ocasión una de las más sobresalientes de sus biografías[22].

Como ya hemos apuntado, el interés de Plutarco se dirige en esta *Vida* a las pasiones del personaje: la codicia y la ambición de Craso, según se va mostrando a lo largo de la obra, son impulsos mezquinos que lo conducen inexorablemente a la ruina[23]. Con tal propósito el relato está jalonado por pequeños detalles que ilustran ese carácter, en tanto que los aspectos históricos o políticos suelen estar meramente aludidos o incluso omitidos, pues carecen de interés en el esquema del autor: consulado, censura, triunvirato, conferencia de Luca, conjuración de Catilina... Todos estos momentos de la lucha por el poder y de la guerra civil constituyen el trasfondo sobre el que se destaca la tragedia de Craso. Todo parece conducir al desastre final, a esa derrota de Carras a la que se dedica una buena parte de la biografía. Se trata, pues, de una tragedia

---

[20] Cf. C. THEANDER, «Plutarch's Forschungen in Rom. Zur mündlichen Überlieferung als Quelle der Biographien», *Eranos*, 1959, 99-131; *supra, Cras.* 3, 4; 3, 6; 6, 5; 6, 8; 6, 9; 7, 4; 8, 4; 11, 1; 13, 2; 19, 5; 21, 5; 23, 1; 25,3; 26, 6; 31, 8 y M. G. ANGELI BERTINELLI, pág. XLV.

[21] Cf. 31, 7.

[22] Cf. R. FLACELIÈRE, *Notice*, pág. 200.

[23] Como señala T. J. CADOUX, la verdadera pasión de Craso es probablemente la ambición, pues la codicia parece tan sólo un instrumento de aquélla, cf. «Marcus Crassus..., pág. 155.

anunciada[24] que los signos divinos hacen cada vez más próxima y a la vez más misteriosa. Despúes del sueño relacionado con Espartaco y de otro en el que Júpiter previene acerca de la desavenencia entre Craso y Pompeyo, lo ominoso preside la narración: los presagios y maldiciones de un tribuno de la plebe en el momento mismo de la partida hacia Oriente constituyen el umbral que Craso traspasa para su propia ruina y la de ciudad. Los presagios se suceden a lo largo de la campaña y resultan evidentes para todos, excepto para Craso, en quien sólo logran suscitar risa[25]. Se manifiesta así la fatuidad del personaje, que permanece ciego para todo lo que no sea su propia pasión y, en la presunción de su ceguera, recibe un castigo que él mismo ha buscado: cualquiera puede engañarlo como a un niño; y con engaños es derrotado y llevado a la muerte[26]. Finalmente, el carácter trágico de la obra se muestra también en la humanidad que el lector reconoce en el personaje en el momento del dolor y en la dignidad que adquiere ante la muerte, olvidadas ya sus mezquinas aspiraciones[27].

[24] Cf. *infra,* 14, 5, donde el autor anuncia la ruina final de Craso como consecuencia de sus pasiones.

[25] Cf. 8, 4; 12, 4; 16; 17, 10; 18, 5; 19, 4-8; 23, 1-2. El episodio de las imprecaciones de Ateyo parece marcar un punto de inflexión en la vida de Craso, como bien indica M. G. Angeli-Bertinelli, págs. XXXVII-XXXIX, donde se encuentran también interesantes apreciaciones acerca de la estructura dramática de la obra. Estos signos adquieren en la narración un carácter de verdaderos «rostros del destino», según la expresión de Y. Vernière, «Masques et Visages du Destin dans les `Vies´ de Plutarque», en F. Jouan (ed.), *Visages du destin dans les mythologies,* París, 1983, págs. 111-119.

[26] Sobre el protagonismo que adquiere la tragedia de Eurípides como colofón de la biografía de Craso, sin duda para ahondar el carácter trágico del personaje y de la obra, cf. D. Braund, «Dionysiac Tragedy in Plutarch ´s Crassus», *Class. Quart.* 43, 1993, 468-474. y Ph. Lacy, «Biography and Tragedy in Plutarch», *American Journal of Philology* 73 (1952), 165. Sobre el posible valor histórico de esta referencia, cf. J. Nadolny, «Die Bacchantinen des Euripides auf armenischer Bühne im 1. Jh. V. u. Z.», *Altertum* 21 (1975), 99-102.

[27] Cf. M. G. Angeli-Bertinelli, pág. XXXVI.

Sumario

A continuación ofrecemos un esquema de la obra que muestra cómo la atención del autor se concentra en los dos relatos bélicos, especialmente en la expedición contra los partos:

1) Carácter y carrera política: 1-7.
- Familia (1).
- Codicia de Craso, poseedor de una riquez proverbial (2).
- Primera actividad política en su juventud (4-7).
  - Huida a Hispania a causa de la persecución de Cinna (4-5).
  - Actividad militar a las órdenes de Sila (6).
  - Rivalidad con Pompeyo y César: ambigüedad política de Craso (7).

2) La Guerra de Espartaco: 8-11.
- Victorias de los esclavos antes de la intervención de Craso (8-9).
- Intervención de Craso y derrota final de Espartaco (10-11).

3) Actividad política: 12-15.
- Primer consulado y censura (12-13).
- Triunvirato (14).
- Segundo consulado (15).

4) Guerra contra los partos (16-33).
- Salida de la expedición entre presagios y malos augurios (16).
- Vacilación de Craso como general y nuevos presagios en Hierápolis (17).
- Fatuidad de Craso ante Arsaces y malos presagios de nuevo (18).
- Anuncio de la tragedia en el momento de cruzar el río Éufrates (19).
- Travesía del desierto a causa de la engañosa intervención del árabe Abgar y contra los prudentes consejos de Casio (20-22).
- Proximidad del desastre: últimos presagios y vacilación de Craso en la estrategia (23).

—Espectacular aparición del ejército parto dirigido por Surena. Comienzo de la batalla de Carras (24).
—Cruento ataque de los arqueros partos y muerte de Publio, hijo de Craso (25).
—Valor de Craso en el momento del dolor (26).
—Derrota final y retirada (27-28).
—Captura y muerte de Craso, con engaño y traición (29-31).
—Un desenlace de tragedia, como en *Bacantes* de Eurípides (32-33).

NUESTRA TRADUCCIÓN

Para nuestra traducción hemos seguido fielmente la edición de R. Flacelière por lo que se refiere a la *Vida de Craso* y nos hemos apartado en algún momento tan sólo en la *Comparación,* como indicamos más adelante. En nuestras anotaciones al texto hemos intentado, una vez más, facilitar la lectura con las aclaraciones más necesarias; proporcionar las referencias a los pasajes de otros autores antiguos que permiten un cotejo de la información disponible, tanto de las posible fuentes, como de los autores posteriores a Plutarco o simplemente independientes de su relato: Apiano, Dión Casio, Veleyo Patérculo, Suetonio y los autores de la tradición liviana, Orosio, Floro y Eutropio; y, finalmente, hemos querido situar los acontecimientos históricos temporal y espacialmente, pero sin entrar en una discusión profunda de cada pasaje desde un punto de vista historiográfico. Son muchos, desde luego, los aspectos de la vida de Craso que plantean problemas de interpretación desde este punto de vista, tal y como hemos tratado de poner de manifiesto en nuestra Introducción. Recordemos de nuevo que la labor de los críticos ha de consisitir en intentar reconstruir una biografía a partir de los datos disponibles. También existen dudas en la interpretación de los dos grandes relatos

bélicos: la guerra contra Espartaco, para cuyo conocimiento el texto de Plutarco es uno de los testimonios más destacados; y la expedición contra los partos. Remitimos al lector interesado en estas cuestiones a los estudios incluidos en nuestra selección bibliográfica y a las referencias más amplias, que ofrecen algunas ediciones, especialmente la de Angeli-Carena-Manfredini-Piccirilli que mencionaremos aquí por el nombre de M. G. Angeli-Bertinelli, autora de la Introducción y los comentarios de la *Vida de Craso.* Nuestros comentarios son, desde luego, deudores en buena medida de los suyos, así como de los de R. Flacelière.

VARIANTES TEXTUALES

Flacelière	*Nuestra traducción*
36 (3) 1 ἀρχ<ῆς ἀξίοις> (add. Ziegler)	ἄρχουσιν (codd.)
36 (8) <διά> τοῦτο (add. Reiske)	τοῦτο (codd.)

BIBLIOGRAFÍA

A) *Ediciones y traducciones*

A.A.V.V., *Plutarco. Vidas de Pericles y Nicias,* Madrid, 1961.
M. G. Angeli-Bertinelli, C. Carena, M. Manfredini y L. Piccirilli, *Plutarco. Le vite di Nicia e di Craso,* Verona, 1993.
R. Flacelière y E. Chambry, *Vies VII: Cimon-Lucullus, Nicias-Crassus,* París, 1972.
B. Perrin, *Plutarch' s Lives III. Pericles and Fabius Maximus; Nicias and Crassus,* Londres, 1967.
A. Ranz Romanillos, *Plutarco. Vidas paralelas III. Cimón y Lúculo; Nicias y Craso; Sertorio y Éumenes; Agesilao y Pompeyo; Alejandro y César,* Madrid, 1979.
K. Ziegler, *Plutarchus. Vitae Parallelae I.2*, 2.ª ed. corr. H. Gärtner (1.ª ed., 1962), Stuttgart y Leipzig, 1994.

B) *Sobre Nicias, el tratamiento de su figura en la obra de Tucídides y otros aspectos históricos relacionados*

A. W. H. Adkins, «The *Arete* of Nicias: Thucydides 7.86», *Greek, Roman and Byzantine Studies,* 16 (1975), 379-392.
A. Andrewes, «The Peace of Nicias and the Sicilian Expedition», en *The Cambridge Ancient History V. The Fifth Century B.C.*, 2.ª ed., Cambridge, 1992, págs. 433-463.
I. Bruns, *Das literarische Porträt der Griechen im V. und IV. Jh. V. Ch.,* 2.ª ed., Hildesheim, 1961.

L. B. CARTER, *The Quiet Athenian,* Oxford, 1986.

W. R. CONNOR, *The New Politicians of Fifth-Century Athens*, Princeton, 1971.

—, *Thucydides,* Princeton, 1984.

F. M. CORNFORD, *Thucydides Mythistoricus,* Londres, 1907.

J. K. DAVIES, *Athenian Propertied Families, 600-300 B.C.,* Oxford, 1971.

R. DEVELIN, *Athenian Officials, 684-321 B.C.,* Cambridge, 1989.

K. J. DOVER, «Thucydides' Historical Judgment: Athens and Sicily», *Proceedings of the Royal Irish Academy* 81 (1981), 231-238.

A. W. GOMME, (TUCID. I-V), A. ANDREWES (V y VIII) y K. J. DOVER (VI y VII), *A Historical Commentary on Thucydides*, 5 vols., Oxford, 1945-1981.

H. HEFTNER, «Der Ostrakismos des Hyperbolos: Plutarch, Pseudo-Andokides und die Ostraka», *Rhein. Mus.* 143 (2000), 32-59.

A. HOLM, *Geschichte Siziliens im Altertum, II,* Leipzig, 2.ª ed., 1979 (1.ª ed. 1870).

S. HORNBLOWER, *Commentary on Thucydides,* 2 vols., Oxford, 1991-1996.

—*Thucydides and Pindar: Historical Narrative and the World of Epinikean Poetry,* Oxford-Nueva York, 2004.

G. HUXLEY, «Nikias, Crete and the Plague», *Greek, Roman and Byzantine Studies* 10 (1969), 235-239.

D. KAGAN, *The Archidamian War,* Ítaca-Londres, 1974.

—, *The Peace of Nicias and the Sicilian Expedition,* Ítaca-Londres, 1981

D. H. KELLY, «What Happened to the Athenians Captured in Sicily?», *The Classical Review* 84 (1970), 127-131.

J. KIRCHNER, *Prosopographia Attica II,* Berolini, 1903, págs. 128-131, n. 10808.

D. LATEINER, «Nicias′ Inadequate Encouragement (Thucydides 7.69.2)», *Class. Phil.* 80 (1985), 201-213.

W. LIEBESCHUETZ, «Thucydides and the Sicilian Expedition», *Historia* 17 (1968), 289-306.

L. A. LOSADA, *The Fifth Column in the Peloponnesian War,* Leiden, 1977.

N. Marinatos, «Nicias as a Wise Advisor and Tragic Warner in Thucydides», *Philologus* 124 (1980), 305-310.
R. Osborne, «The Erection and Mutilation of the Hermai», *Proceedings of the Cambridge Philological Society* 221 (1985), 47-73.
M. Ostwald, *From Popular Sovereignty to the Sovereignty of Law. Law, Society and Politics in Fifth-Century Athens,* Berkeley-Los Ángeles-Londres, 1986.
C. Préaux, *La lune dans la pensée grecque,* Bruselas, 1970.
H. R. Rawlings, *The Structure of Thucydides' «History»,* Princeton, 1981.
G. Reincke, «Nikias», n.5, *Pauly-Wissova RE* 17, 1, 1936, cols. 323-333.
Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso,* 4 vols. Madrid, 1990-92, trad. esp. y notas de J. J. Torres Esbarranch, Madrid, Gredos.
H. Volkmann, «Nikias», n.1, *Der kleine Pauly,* IV, 1972, col. 103-104.
A. B. West, «Pericles' Political Heirs I-II», *Class. Phil.* 19 (1924), 124-146 y 201-228.
H. D. Westlake, *Individuals in Thucydides,* Cambridge, 1968.

C) *Sobre la «Vida de Nicias» de Plutarco*

J. E. Atkinson, «Nicias and the Fear of Failure Syndrome», *Anc. Hist. Bull.* 9.2 (1995), 55-63.
L. Gil, «La semblanza de Nicias en Plutarco», *Estudios Clásicos* 6 (1962), 404-450.
M. A. Levi, *Plutarco e il v secolo,* Milano-Varese, 1955, págs. 159-195.
F. Muccioli, «La critica di Plutarco a Filisto e a Timeo», en L. Van der Stockt (ed.), *Acta of the IVth International Congress of the International Plutarch Society,* Lovaina-Namur, 2000, págs. 291-308.
A. G. Nikolaidis, «Is Plutarch Fair to Nicias?», *Illin. Class. Stud.* 13 (1988), 319-333.
L. Paganelli, «Nicia secondo Plutarco. Una proiezione dell'antico in età imperiale», en *Serta antiqua et mediaevalia. 2 Tradizione enciclopedica e divulgazione in età imperiale,* Roma, 2000.

C. B. R. PELLING, «Plutarch and Thucydides», en P. A. STADTER, *Plutarch and the Historical Tradition,* Londres, 1992, págs. 10-40.

—, *Literary Texts and the Greek Historian,* Londres-Nueva York, 2000.

—, «Truth and Fiction in Plutarch's Lives», en *Plutarch and History: Eighteen Studies,* Londres, 2002, págs. 143-170.

L. PICCIRILLI, «La tradizione *nera* nelle biografie plutarchee degli Ateniesi del sesto e quinto secolo» en *Gerolamo e la biografia letteraria,* Génova, 1989.

—, «Nicia in Plutarco», *Atti della Accademia Ligure di Scienze e Lettere* 47 (1990) [1991], 351-368.

— «Nicia in Filisto e in Timeo», *Rivista di Filologia e di Istruzione Classica* 118 (1990), 385-390.

A. PODLECKI, «Plutarch and Athens», *Ill. Class. Stud.* 12, 1 (1988), 231-243.

J. DE ROMILLY, «Plutarch and Thucydides, or the Free Use of Quotations», *Phoenix* 42 (1988), 22-34.

D. A. RUSSELL, «On Reading Plutarch's *Lives*», en B. SCARDIGLI, (ed.), *Essays on Plutarch's Lives,* Oxford, 1995, págs. 75-94.

F. B. TITCHENER, «Why Did Plutarch Write About Nicias?», *The Ancient History Bulletin* 5 (1991), 153-158.

—, «The Structure of Plutarch's *Nicias*», en J. A. FERNÁNDEZ DELGADO y F. PORDOMINGO PARDO, *Estudios sobre Plutarco: Aspectos formales,* Actas del IV Simposio Español sobre Plutarco, Salamanca, 1996, págs. 351-356.

A. E. WARDMAN, A. E., «Plutarch's Methods in the *Lives*», *Class. Quart.* 21, 1 (1971), págs. 254-261.

D) *Sobre la figura de Craso*

A.A.V.V., «Problems in the Career of Crassus», *Liverpool Classical Monthly* 3 (1978), 165-174.

F. E. ADCOCK, *Marcus Crassus, Millionaire,* Cambridge, 1966.

T. J. CADOUX, «Marcus Crassus. A Revaluation», *Greece and Rome* 3 (1956), 153-161.

A. GARZETTI, «M. Licinio Crasso. L'uomo e il politico», *Athenaeum* 29 (1941), 1-37; 30 (1942), 12-40; 32-33 (1944-1945), 1-62.

M. Gelzer, «Licinius», n. 68 en *Pauly-Wissova RE* 13, I, 1926, cols. 295-331.

B. A. Marshall, «Crassus and the Command against Spartacus», *Athenaeum* 61 (1973), 109-121.

—, *Crassus. A political Biography,* Amsterdam, 1976.

A. M. Ward, *Marcus Crasssus and the Late Roman Republic,* Columbia, 1977.

E) *Sobre la «Vida de Craso» de Plutarco*

D. Babut, *Plutarque et le stoïcisme,* París, 1969.

D. Braund, «Dionysiac Tragedy in Plutarch ´s Crassus», *Class. Quart.* 43 (1993), 468-474.

C. P. Jones, *Plutarch and Rome,* Oxford, 1971, págs. 81-87.

Ph. Lacy, «Biography and Tragedy in Plutarch», *American Journal of Philology* 73 (1952), 159-171.

J. Moles, «Plutarch´s Crassus 13, 4-5 and Cicero´s De consiliis suis», *Liverpool Classical Monthly* 7 (1982), 136-137.

J. Nadolny, «Die Bacchantinen des Euripides auf armenischer Bühne im 1. Jh. V. u. Z.», *Altertum* 21 (1975), 99-102.

C. B. R. Pelling, «Plutarch´s Method of Work in the Roman Lives», *Journal of Hellenic Studies* 99 (1979), 74-96.

—, «Plutarch's Adaptation of his Source Material», *Journal of Hellenic Studies* 100 (1980), 127-140.

B. Scardigli, *Die Römerbiographien Plutarch´s. Ein Forschungsbericht,* Munich, 1979, págs. 107-113 y 192-195.

R. E. Smith, «Plutarch´s Biographical Sources in the Roman Lives», *Class. Quart.* 34 (1940), 1-10.

C. Theander, «Plutarch's Forschungen in Rom. Zur mündlichen Überlieferung als Quelle der Biographien», *Eranos* (1959), 99-131.

Y. Vernière, «Masques et Visages du Destin dans les 'Vies' de Plutarque», en F. Jouan (ed.), *Visages du destin dans les mythologies,* París, 1983, págs. 111-119.

F) *Sobre la época y cuestiones relacionadas*

H. Bradley, *Slavery and Rebellion in the Roman World,* Londres, 1990.

T. R. S. BROUGHTON, *The Magistrates of the Roman Republic II. 99 B.C.-31B.C., Nueva York, 1952-1960; III,* Atlanta, 1986.

E. DABROWA (ed.), *Ancient Iran and the Mediterranean World,* Cracovia, 1998.

H. FISCHER, *Fragen der Beziehung zwischen Rom und Parthien und ihre Widerspiegelung in der damaligen Literatur, Mitte des 1. Jh.v.u.Z. bis Mitte des 1. Jh.u.Z., Klio* (1989), págs. 367-373.

E. GABBA, *Storia di Roma II, 2. L'imperio mediterraneo,* Turín, 1991.

E. S. GRUEN, *The Last Generation of the Roman Republic,* Berkeley-Los Ángeles-Londres, 1974.

A. G. GUARINO, *Spartaco. Analisi di un mito,* Nápoles, 1979.

J. HARMAND, *L'armée et le soldat à Rome, de 107 à 50 avant notre ère,* París, 1967.

T. LIEBMANN-FRANKFORT, *La frontière orientale dans la politique extérieure de la République romaine,* Bruselas, 1968.

F. MÜNZER, «Spartacus», en *Pauly-Wissova RE* III A, 2.ª ed., 1929, cols. 1528-1536.

A. D. TIMPE, «Die Bedeutung der Schlacht von Carrhae», *Mus. Hel.* 19 (1962), 104-129.

T. URBAINCZYK, *Spartacus,* Bristol, 2004.

NICIAS

Ahora que tenemos el razonable propósito de comparar a Craso con Nicias, así como el desastre causado por los partos con el de Sicilia, es el momento de apelar a los lectores de esta obra con una súplica en mi favor. No vayan a creer que, frente a los relatos a los que Tucídides ha dado una forma inimitable —pues en ellos muestra su mayor fuerza emotiva, su mayor claridad y su mayor variedad[1]—, nosotros hemos padecido un mal semejante al de Timeo, quien, con la esperanza de aventajar en talento a Tucídides y de presentar a Filisto[2] como un aficionado totalmente incompetente, en el momento de redactar su historia se lanza a la carrera en medio de las luchas, las batallas navales y los discursos que ellos habían compuesto con el máximo acierto; y no, por Zeus, 1

«caminando a pie, junto a un carro de Lidia»,

según dice Píndaro[3], sino dejando ver realmente con este comportamiento que es alguien pedante y pueril. O, según la expresión de Dífilo,

---

[1] En *Moralia* 347A, PLUTARCO manifiesta también su admiración por la extraordinaria capacidad de Tucídides para emocionar a los lectores.

[2] Sobre Timeo y Filisto, cf. nuestra Introducción.

[3] PÍNDARO, *Odas y fragmentos*, trad. de A. ORTEGA, Madrid, 1984, frag. 206. Esta cita de Píndaro aparece también en *Moralia* 65B.

«un gordo, relleno de grasa siciliana»[4],

2 pues con frecuencia desciende al nivel de Jenarco[5]. Como cuando dice, por ejemplo, que, en su opinión, fue un mal augurio para los atenienses el hecho de que el estratego cuyo nombre procede del nombre de la «victoria» se opusiera a la expedición[6]; o que con la mutilación de los hermes la divinidad anunciaba a los atenienses que la mayoría de sus sufrimientos durante la guerra sería obra de Hermócrates, hijo
3 de Hermón[7]; o también que era comprensible que Heracles ayudara a los siracusanos a causa de Core, pues fue ella quien le entregó a Cerbero; y que, en cambio, estuviera irritado con los atenienses porque intentaban salvar a los egesteos, descendientes de los troyanos, cuando él mismo, agraviado por Laomedonte, había destruido su ciudad[8].

---

[4] Kock, *Comicorum Atticorum Fragmenta,* II *Dífilo* frag. 119. Dífilo de Sinope era un poeta de la Comedia Nueva.

[5] Jenarco era un autor de mimos; cf. Aristóteles, *Poética* 1447b10. Plutarco alude aquí al origen siciliano del género o del propio Jenarco.

[6] El nombre de Nicias está relacionado etimológicamente con el término *Níkē* («victoria»).

[7] El siracusano Hermócrates, por quien Tucídides siente un gran respeto, es una figura de singular relevancia en la victoria de Sicilia frente a Atenas. Cf. Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso* VI 32-34; 72, 2-73, e *infra* 16, 5; 26, 1, y 28, 3-5. Sobre el incidente de la mutilación de los hermes, cf. *infra* 13, 3.

[8] Al solicitar la ayuda de Atenas contra Selinunte, la ciudad siciliana de Egesta motivó la expedición ateniense a Sicilia en el 415 a. C.; cf. Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso* VI 6, 2. Según el mito, Laomedonte, uno de los primeros reyes de Troya, suscitó la venganza de Heracles cuando se negó a entregar al héroe la recompensa que le debía por haber liberado a la ciudad del monstruo marino que la amenazaba; cf. Apolodoro, *Biblioteca* II 5, 9; 6, 4, y Homero, *Ilíada* V 265-267. La diosa Core, también conocida como Perséfone, ayudó a Heracles a sacar a Cerbero del Hades. Esta diosa está muy vinculada, por otra parte, a la isla de Sicilia; cf. Plutarco, *Timoleón* 8, 8; Píndaro, *Nem.* I, 13. Plutarco critica en este pasaje la interpretación mítico-supersticiosa que caracterizaba la obra de Timeo, tal y como hace también Polibio, *Historias* XII 24 = *FGrHist* 566 T19 [24,5]

Seguramente Timeo escribe esto inspirado por la misma gracia con la que se le ocurre corregir el estilo de Filisto y criticar a Platón y Aristóteles. Por lo que a mí respecta, creo, en general, que la rivalidad de estilo y la envidia hacia otros escritores es algo mezquino y propio de sofistas; pero si se trata de obras inimitables, es, además, algo totalmente estúpido. 4

En cualquier caso, lo cierto es que resulta imposible omitir las acciones que han narrado Tucídides y Filisto[9]; sobre todo, claro está, porque contienen el carácter y las cualidades de este hombre, que están ocultos por sus muchos y grandes sufrimientos. Así que, para no aparecer como un consumado holgazán y un indolente, yo las he tratado, si bien con brevedad y limitándome a lo necesario; y he puesto todo mi empeño en reunir los datos que escapan a la mayoría, los que son mencionados de forma dispersa por otros escritores o los que se encuentran en monumentos o decretos antiguos; guiado, no por la voluntad de componer una historia inútil, sino por la de proporcionar una que sirva para la comprensión de un carácter y una forma de ser. 5

Pues bien, sobre Nicias se puede mencionar, en primer lugar, lo que ha escrito Aristóteles, según el cual ha habido tres ciudadanos excelentes que han sentido hacia el pueblo un afecto y una benevolencia paternales: Nicias, hijo de Nicérato; Tucídides, hijo de Melesias y Terámenes, hijo de Hagnón[10]. Éste último, no obstante, en menor medida que aquéllos. Desde luego, como extranjero de Ceos, pesa sobre él el reproche de su baja cuna, y si recibió el apodo de *Coturno* fue debido a su falta de estabilidad y a la continua ambigüedad de su filiación política[11]. De los tres, el de más edad era Tucídides, 2

2

[9] *FGrHist* 556F 54.

[10] Cf. Aristóteles, *Constitución de los atenienses* 28, 5, si bien la cita no es del todo fiel al original.

[11] La condición de extranjero de Terámenes es, probablemente, una invención de la Comedia; cf. L. Piccirilli, págs. 234-235. El *coturno*, calzado utilizado

quien como jefe del partido aristocrático se opuso en muchas ocasiones a la política popular de Pericles. Por su parte Nicias, que era el más joven, gozaba ya de cierto prestigio en vida de Pericles, hasta el punto de que fue estratego con él y con frecuencia ejerció el mando en solitario[12]. Tras la muerte de Pericles fue aupado de inmediato al primer puesto, especialmente gracias a los ricos y notables, que lo utilizaban como vanguardia frente a la impudicia y la osadía de Cleón. A pesar de ello Nicias contaba también con el favor y el apoyo del
3 pueblo en sus aspiraciones políticas. Y es que Cleón tenía mucho poder sobre el pueblo,

«cuidándolo en su vejez y ofreciéndole nuevas retribuciones»[13];

pero la propia multitud cuyo favor trataba de granjearse veía ‹su› codicia, su impudicia y su temeridad, y por eso intentaba tener a Nicias de su lado.

4 Desde luego, la dignidad de Nicias no resultaba seca ni demasiado incómoda, sino que en él iba unida a cierta timidez que lo hacía aparecer como temeroso de la multitud, y eso lo
5 convertía en popular. Aunque era de natural pusilánime y con tendencia a la desesperanza, la verdad es que en los asuntos militares disimulaba su cobardía con su buena suerte, pues acumulaba un éxito tras otro cada vez que dirigía una expedi-

por los actores en las representaciones trágicas, servía para ambos pies; cf. PLUTARCO, *Moralia* 824b, y JENOFONTE, *Helénicas* II 3, 30.

[12] Desconocemos la fecha exacta del nacimiento de Nicias: más joven que Tucídides y Terámenes, según afirma Plutarco en este pasaje; pero mayor que Sócrates, según asegura PLATÓN *(Laques* 186c). Algunos comentaristas suponen que nació en torno al 475 a. C. Por otra parte, Tucídides no menciona que Nicias fuese estratego antes del 427 a. C., dos años después de la muerte de Pericles; cf. TUCÍDIDES, *Historia de la Guerra del Peloponeso* III 51, 1.

[13] KOCK, *CAF* III frag. *Adesp.*11. Este verso, procedente de una comedia desconocida, es citado también por PLUTARCO en *Moralia* 807A, trad. de C. Alcalde, Madrid, 2003. Se alude así al carácter demagógico de la política de Cleón.

ción militar. Por otro lado, el espíritu timorato que mostraba 6
en la vida política, así como la inquietud que le provocaban
los sicofantas, lo hacían aparecer como un partidario de la
causa popular y le permitían obtener un poder nada pequeño
gracias al favor del pueblo, que teme a los que lo miran con
desdén y engrandece a los que lo temen, pues lo que más
estima la multitud, sin duda, es no ser despreciada por los
más grandes.

Lo cierto es que Pericles no necesitaba de ningún tipo de 3
fingimiento para agradar a la masa porque dirigía la ciudad
gracias a una verdadera excelencia y a un gran poder de con-
vicción. En cambio Nicias, que era inferior en estas cualida-
des, se ganaba el favor del pueblo con su riqueza, por la que
sí sobresalía[14]. Se sentía incapaz de emular, usando métodos 2
similares, la falta de escrúpulos y las bufonadas con las que
Cleón dirigía de buen grado a los atenienses. Por ello trataba
de atraerse al pueblo con gastos públicos honoríficos como
los de las coregías, las gimnasarquías u otros semejantes, pro-
curando aventajar en magnificencia y distinción a todos sus
predecesores y a todos sus contemporáneos.

De los monumentos consagrados por Nicias, todavía en 3
nuestra época se conservaba en la Acrópolis la estatua de Pa-
las, que había perdido el revestimiento de oro; y en el san-
tuario de Dioniso el templete sobre el que se apoyaban los
trípodes que había ganado como corego, pues obtuvo muchas
veces la victoria cuando fue corego y nunca quedó en último
lugar[15]. Se dice que en una de estas coregías salió al escena- 4
rio representando a Dioniso un esclavo de Nicias de aspecto
bellísimo, muy alto y aún imberbe. Los atenienses quedaron

[14] Esta oposición entre el valor de Nicias y el de Pericles es claramente tucidídea; cf. Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso*, II 65, 8-10, y Plutarco *Moralia* 802C-D.

[15] Tal vez en su juventud, como apunta R. Flacelière, pág. 147, n. 2, Plutarco llegó a ver en Atenas estas ofrendas de Nicias. Cf. Platón, *Gorgias* 472a.

encantados al verlo y le aplaudieron durante mucho tiempo. Entonces Nicias se puso en pie, dijo que, a su juicio, no era piadoso que una persona consagrada a la divinidad estuviese
5 esclavizada y liberó al muchacho. Se recuerda también qué brillante y digna del dios fue su prodigalidad en las ceremonias de Delos. Efectivamente, los coros que las ciudades enviaban para cantar en honor del dios llegaban a la isla sin mayores preparativos y, como la multitud iba en seguida a su encuentro hasta la nave y les pedía que cantasen sin ninguna organización, desembarcaban apresuradamente y en desorden, mientras iban, al mismo tiempo, poniéndose las coronas y cambiándose de ropa. Cuando Nicias condujo la procesión, él mismo desembarcó en Renea con el coro, las víctimas del sacrificio y el resto del preparativo. Llevó hasta allí un puente que había mandado construir a medida en Atenas y que había hecho adornar magníficamente con dorados, pinturas, guirnaldas y paños; y por la noche abrió el paso con él entre Renea
6 y Delos, que están a no mucha distancia[16]. Luego, al llegar el día, desembarcó a través del puente con la procesión en honor del dios y con el coro, que se había adornado espléndidamente
7 y avanzaba cantando. Después del sacrificio, del certamen y de los banquetes erigió la palmera de bronce como ofrenda al dios y consagró un terreno que había comprado por diez

[16] La distancia entre la isla de Delos y la de Renea es aproximadamente de 700 m; cf. Estrabón, *Geografía* X 5, 5. Por tanto, el relato de Plutarco no parece plausible, pues se trata de una distancia excesiva para un puente de estas características. R. Flacelière, pág. 285 supone que, en lugar de con Renea, Nicias unió Delos con el Gran Rheumatiari, un islote que está a 200 m. También se ha propuesto que se tratase de un puente de barcos. No es segura tampoco la datación de esta participación de Nicias en las fiestas Delias. Se han propuesto diversas fechas: 425 a. C., 421 a. C., 417 a. C.; cf. L. Piccirilli, pág. 240. Según cuenta Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso* III 104, 1-6, las fiestas Delias en honor de Apolo se celebraban cada cuatro años desde que fueron instituidas por los atenienses tras la segunda purificación de la isla de Delos en el invierno del 426-425 a. C.

mil dracmas, con cuyos ingresos los delios debían realizar
sacrificios y banquetes y, al mismo tiempo, rogar de los dioses
muchos favores para Nicias. Así lo mandó grabar, ciertamente, 8
en la estela que dejó en Delos como custodia de su donación.
En cuanto a la famosa palmera, se quebró a causa del viento,
cayó sobre el coloso erigido por los naxios y lo derribó[17].

Resulta evidente que buena parte de este comportamiento 4
es ostentación pública para conseguir prestigio; pero, por el
carácter de este hombre y por la forma en que actuaba en
otras ocasiones, se podría creer que tal generosidad para cap-
tar el favor del pueblo era consecuencia de su piedad. Era, sin
duda, una de esas personas que se aterrorizan en exceso ante
lo divino y, como afirma Tucídides, «sentía inclinación por la
adivinación»[18]. En uno de los diálogos de Pasifonte[19] está es- 2
crito que hacía sacrificios en honor de los dioses cada día, que
tenía en su casa un adivino y fingía consultarlo siempre sobre
los asuntos públicos, si bien en la mayoría de las ocasiones lo
hacía respecto a asuntos particulares y especialmente respecto
a sus minas de plata. Desde luego, poseía en la región del Lau-
rio muchas minas que le producían muchos beneficios, pero
cuya explotación resultaba peligrosa. Además mantenía allí a
un gran número de esclavos y tenía en plata la mayor parte de
su riqueza[20]. Por eso, a su alrededor había no pocas personas 3
pidiendo y recibiendo, pues Nicias no era menos generoso con
los que podían hacerle daño que con los que merecían recibir
un buen trato. En suma, su pusilanimidad era una fuente de

[17] Se trata de la estatua colosal de Apolo erigida por los naxios en el siglo VI a. C. y situada en la entrada del santuario de Delos.

[18] TUCÍDIDES, *Historia de la Guerra del Peloponeso* VII 50, 4. Sobre la religiosidad y superstición de Nicias, cf. *infra* 23-24.

[19] Pasifonte era un autor del siglo III a. C. que imitaba los diálogos socráticos.

[20] La región montañosa de Laurio se encuentra al sur del Ática, cerca de Sunio. Sobre los esclavos de Nicias, cf. JENOFONTE, *Ingresos públicos* IV 14; *Memorias* II 5, 2.

ingresos para los malvados y sus sentimientos humanitarios lo eran para los honrados.

4 Sobre esto es posible encontrar testimonios también entre
5 los poetas cómicos. En efecto, Teleclides[21] ha compuesto lo siguiente refiriéndose a un sicofanta:

«Así pues, Caricles le ha dado una mina para que no diga
que, el primero de los hijos de su madre, ha nacido de una
[bolsa[22].
Por su parte, Nicias, el hijo de Nicérato, le ha dado cuatro
[minas.
Aunque yo sé bien por qué razón se las ha dado,
no lo diré, pues este hombre es amigo mío y me parece
[sensato»[23].

6 El protagonista de la comedia de Éupolis titulada *Maricas*[24] lleva a la escena a un pobre que no interviene en los asuntos públicos y le dice:

«A. ¿Cuánto tiempo hace que no has estado con Nicias?
B. No lo he visto, a no ser hace poco, cuando estaba en
[el ágora.

[21] Kock, *CAF* I, frag. *Teleclides* 41. Teleclides era un poeta de la Comedia Antigua.

[22] Posible alusión a Caricles, hijo de Apolodoro, político ateniense del siglo v a. C. que llegó a ser uno de los treinta tiranos de Atenas en el 404 a. C. La expresión «de la bolsa» alude, probablemente, a un origen ilegitimo, por haber sido «comprado» o «adoptado»; cf. L. Piccirilli, pág. 245.

[23] El valor histórico de la alusión a Nicias es incierto. No obstante, se han formulado algunas hipótesis al respecto; cf. L. Piccirilli, págs. 245-246.

[24] Kock, *CAF* I, frag. *Éupolis* 181. La comedia *Maricas,* de Éupolis, importante poeta de la Comedia Antigua, se representó probablemente en el 421 a. C.; cf. Aristófanes, *Nubes* 553-556 y escolio a 553. Por tanto, la traición aludida es probablemente la paz concertada ese mismo año entre los dos bandos contendientes en la Guerra del Peloponeso, a la que Nicias dio su nombre, pues él fue uno de sus principales promotores; cf. *infra* 9-10. Desde el punto de vista de los radicales, la paz era una traición.

A. Este hombre reconoce que ha visto a Nicias.
Pero, ¿en qué otra circunstancia podría haberlo visto,
a no ser porque estaba cometiendo traición?
C. Ya habéis oído, compañeros,
que Nicias ha sido pillado en flagrante delito.
B. Pero vosotros, insensatos,
¿podríais pillar en una falta al mejor de los hombres?».

Cleón, en Aristófanes, profiere la siguiente amenaza: 7

«Voy a estrangular a los oradores y a asustar a Nicias»[25].

Frínico insinúa también su carácter cobarde y asustadizo 8
en los siguientes versos:

«Era, en verdad, un buen ciudadano, como yo bien sé;
y no andaba con la cabeza gacha, igual que Nicias»[26].

Así pues, como tenía una actitud precavida con respecto a 5
los sicofantas, no se reunía con ninguno de sus conciudadanos para comer, ni se dedicaba a conversar o a pasar el día con ellos, y no se entretenía en absoluto con pasatiempos de ese tipo. Cuando ejercía el gobierno, por el contrario, se quedaba en el lugar de reunión de los estrategos hasta la noche, y era el último en marcharse del Consejo después de haber sido el
primero en llegar. Si no tenía nada que hacer en público, era 2
difícil encontrárselo o acercarse a él, pues permanecía encerrado en casa. Sus amigos recibían a los que se acercaban hasta la puerta de su casa y les rogaban que lo disculpasen, pues, tal y como explicaban, también en ese preciso momento Nicias estaba ocupado con algún asunto público urgente.

---

[25] Aristófanes, *Caballeros*, 358. Plutarco atribuye a Paflagón-Cleón las palabras pronunciadas por Salchicha-Agoracrito.

[26] Kock, *CAF* I, frag. *Frínico* 59. Frínico era también un poeta de la Comedia Antigua.

3 Quien más colaboraba con él en esta representación y lo
rodeaba de majestad y prestigio era Hierón, un hombre que
se había criado en casa de Nicias y al que él mismo había
instruido en las letras y en la música. Hierón pretendía ser
hijo de Dionisio, conocido también como Calco, un autor de
poemas que aún se conservan, que había participado en la
fundación de Turios como jefe de la colonia enviada a Italia[27].
4 Pues bien, este Hierón negociaba en nombre de Nicias los
asuntos secretos con los adivinos y propalaba entre el pueblo
la idea de que Nicias vivía una vida fatigosa y desgraciada
a causa de la ciudad, pues —según decía— incluso cuando
estaba en el baño o a la hora de la comida se le presentaba
algún asunto público del que ocuparse. «Descuida sus asuntos
privados porque se preocupa de los públicos —afirmaba Hie-
5 rón— y apenas empieza a dormir tras el primer sueño[28]. Por
eso, su salud no es buena y no es amable ni complaciente con
sus amigos. Al contrario: también a éstos los ha sacrificado,
junto con su riqueza, por ocuparse de los asuntos de la ciudad.
6 Los demás, en cambio, utilizan la tribuna para enriquecerse
y hacer amigos y no se toman en serio el estado, sino que se
7 dedican a disfrutar de la vida». Realmente la vida de Nicias
era tal que podía decir de sí mismo las palabras de Agame-
nón:

«Tenemos a nuestra dignidad como inspectora de nuestra vida
y somos esclavos de la muchedumbre»[29].

---

[27] Cf. *Moralia* 812D; 835C-D. La fundación de Turios tuvo lugar en el 443 a. C., cf. *Pericles* 11, 5.

[28] Para la expresión empleada aquí por Plutarco, seguimos la interpretación de R. Flacelière, pág. 150, n. 2: Nicias no se dormía hasta el momento en que los demás atenienses habían acabado ya su primer sueño, es decir, hacia medianoche.

[29] Eurípides, *Ifigenia en Áulide*, 449-450; trad. de C. García Gual, Madrid, 1979.

Nicias veía que a veces el pueblo aprovechaba la expe- 6
riencia de los hombres dotados de elocuencia o de una inte-
ligencia extraordinaria, pero que siempre sentía temor ante
ellos, se protegía de su talento y trataba de rebajar su orgullo,
como resulta evidente por la condena de Pericles, el ostracis-
mo de Damón, la desconfianza que sentía la muchedumbre
hacia Antifonte de Ramnunte y, especialmente, desde luego,
por lo ocurrido en el caso de Paques, quien había conquistado
Lesbos y en el momento en que rendía cuentas de su cargo de
estratego sacó la espada y se suicidó en el propio tribunal[30].
Por ello, Nicias trataba de eludir las campañas militares es- 2
pecialmente difíciles y largas; y, siempre que él mismo diri-
gía una, se preocupaba de la seguridad. En la mayoría de las
ocasiones tenía éxito, pero, razonablemente, no atribuía sus
brillantes acciones a su sabiduría ni a su capacidad o su exce-
lencia, sino que las hacía depender de la suerte y las ponía al
abrigo de lo divino, pues intentaba apartarse de la envidia que
suscita la fama. Los hechos constituyen también un testimonio 3

[30] Pericles, que según Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso* II 65, 3-4, fue objeto de la irritación que provocó en los atenienses la primera fase de la guerra, conocida como Guerra Arquidámica, fue acusado de hurto (Platón, *Gorgias* 561a) y condenado a una multa, aunque más tarde volvió a ser nombrado general; cf. Plutarco, *Pericles* 35, 4. El teórico y maestro de música Damón fue condenado al ostracismo, del 450 a. C. al 440 a. C., tal vez como consecuencia de su relación con Pericles y de su influencia en la política de éste; cf. Plutarco, *Pericles* 4, 2-3; Aristóteles, *Constitución de los atenienses* 27, 4. El orador ático Antifonte fue condenado a muerte por su participación en la revuelta oligárquica del año 411 a. C. y en el gobierno de los Cuatrocientos; cf. Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso* VIII, 68, 2; Plutarco, *Moralia* 834A-B. Paques, estratego en la campaña ateniense contra Lesbos en el 428-426 a. C., consiguió tomar la ciudad de Mitilene, que se había rebelado contra Atenas, y someter toda la isla; cf. Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso* III 18, 3; 28-35; 49-50. Tucídides no menciona el trágico final de este personaje, pero dado su habitual desinterés por las historias personales, la noticia del suicidio de Paques, que Plutarco menciona también en *Arístides* 26, 5, puede en principio ser fidedigna, aunque algunos críticos, no obstante, no le conceden valor histórico.

de ello. En efecto, aunque en aquella época la ciudad tuvo muchos tropiezos graves, Nicias no se vio envuelto en ninguno, pues cuando los atenienses fueron vencidos en Tracia por los calcideos, los estrategos eran Calías y Jenofonte; la derrota en Etolia sucedió mientras ejercía el mando Demóstenes; en Delio se perdieron mil hombres bajo la dirección de Hipócrates; y de la peste, la mayor parte de la responsabilidad recayó sobre Pericles por haber encerrado en la ciudad a la población del campo debido a la guerra, ya que la peste se
4 originó por el cambio de lugar y el régimen de vida inhabitual[31]. Nicias no fue responsable de ninguna de estas desgracias. Antes bien: cuando fue estratego conquistó Citera, una isla que tenía colonos lacedemonios, situada estratégicamente frente a Laconia. Además capturó una buena parte de Tracia, que había hecho defección, y la ganó de nuevo para el bando ateniense. Nada más encerrar a los megareos en su ciudad, se apoderó de la isla de Minoa y poco después se puso en marcha desde allí y tomó Nisea; desembarcó en territorio de Corinto, logró la victoria en la batalla y mató a muchos corintios, entre
5 ellos a su general Licofrón[32]. Entonces se dio la circunstancia de que dejó sin recoger los cadáveres de dos de sus hombres que habían pasado desapercibidos en el momento del levantamiento tras el combate. Pues bien, tan pronto como se dio cuenta, detuvo la marcha y envió un heraldo a los enemigos

[31] Cf. Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso* II 79 (Tracia, 429 a. C.); Tucídides, III 96-98; Diodoro Sículo, *Biblioteca histórica* XII 60 (Etolia, 426 a. C.); Tucídides, IV 93-101; Diodoro Sículo, XII 69; Jenofonte, *Memorias* III 5, 4 (Delio, 424 a. C.) y Tucídides, II 47-54; Plutarco, *Pericles* 34, 5 (epidemia de Atenas, 430 a. C.).

[32] Plutarco omite algunos hechos y no sigue un orden cronológico. El relato tucidídeo sitúa así estos acontecimientos: Minoa, 427 a. C. (Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso* III 51); Corinto, 425 a. C. (Tucídides, IV 42-45); Citera, 424 a. C. (Tucídides, IV 53-54); Nisea, 424 a. C. (según Tucídides, IV 66-69, esta victoria fue obra de Hipócrates y Demóstenes, no de Nicias); Tracia, 423 a. C. (Tucídides, IV 129-133).

para poder recogerlos. Ahora bien, según cierta ley impuesta 6
por la costumbre, los que realizaban el levantamiento de los cadáveres en virtud de una tregua daban a entender que renunciaban a la victoria; y no era legal, por tanto, erigir un trofeo una vez que se había alcanzado un acuerdo de este tipo. Por supuesto, la victoria es de los que dominan, y no dominan los que tienen que pedir permiso porque no pueden apoderarse de
lo que quieren. Sin embargo, Nicias tuvo el valor de renunciar 7
a la victoria y la fama por no dejar insepultos a dos de sus conciudadanos[33]. Tras asolar la costa de Laconia y poner en fuga a los lacedemonios que le ofrecían resistencia, se apoderó de Tirea, que estaba en poder de los eginetas, y se llevó vivos a Atenas a los prisioneros[34].

Una vez que Demóstenes hubo fortificado Pilos, los pe- 7
loponesios la atacaron por tierra y por mar. Se produjo una batalla y unos cuatrocientos espartiatas quedaron aislados en la isla de Esfacteria. En estas circunstancias los atenienses estaban convencidos de que esta captura era una acción importante, como de hecho lo era. Pero el asedio resultaba difícil y laborioso, pues allí no había agua, y en verano se requería un largo y complicado rodeo para realizar el aprovisionamiento, mientras que en invierno resultaba peligroso o incluso totalmente impracticable. Por eso los atenienses se sentían molestos y estaban arrepentidos de haber rechazado una embajada de los lacedemonios que había acudido
a ellos con ofertas de tregua y paz[35]. La habían rechazado 2

[33] Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso* IV 44, 5-6, atribuye la iniciativa de reclamar los cadáveres a los atenienses en general, sin mencionar a Nicias. Es posible que la atribución a Nicias sea una mera inferencia de Plutarco a partir del texto tucidídeo, pues tal iniciativa resulta coherente con la reconocida piedad del personaje.

[34] Estos hechos ocurrieron en el 424 a. C.; cf. Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso* IV 56-57.

[35] Pilos se encuentra al suroeste del Peloponeso, a unos 75 km de Esparta. Es un pequeño promontorio acantilado en la zona septentrional de la bahía de

porque Cleón se había opuesto a ella, movido especialmente
por su animadversión contra Nicias. En efecto, como Cleón
era adversario de Nicias y veía que éste intentaba vehemen-
temente colaborar con los lacedemonios, convenció al pueblo
de que votara contra la tregua[36]. Pues bien, a medida que el
asedio se alargaba y se iba sabiendo que el ejército estaba
envuelto en graves dificultades, la irritación comenzó a di-
3 rigirse contra Cleón. Éste trataba de desviar la culpa sobre
Nicias y le reprochaba que estuviese dejando escapar a los
hombres de la isla por cobardía y debilidad, pues de estar él
mismo al mando, según aseguraba, éstos no habrían resisti-
do durante tanto tiempo. Entonces los atenienses tuvieron la
ocurrencia de decirle: «¿Y por qué no te embarcas tú mismo
4 contra ellos en este preciso momento?». Nicias se levantó
y le dijo que le cedía el mando de la campaña de Pilos; le
pidió asimismo que cogiera cuantas fuerzas quisiera y que
no se jactara con palabras carentes de riesgo, y ofreciera a
5 la ciudad, en cambio, una acción digna de algún mérito. Al
principio Cleón trataba de escabullirse y se sentía turbado
porque no contaba con esa respuesta; pero luego, como los
atenienses lo animaban en el mismo sentido, y Nicias comen-
zó a recriminarlo, exaltado y sintiendo que se inflamaba su
ambición, aceptó el mando e incluso puntualizó exactamente
que, veinte días después de haber zarpado, o bien mataría allí

Navarino. La isla de Esfaetería se extiende de norte a sur frente a la costa y cierra casi totalmente la bahía. Tal y como ha anunciado en la *Introducción,* Plutarco se limita a resumir estos hechos del 425 a. C., relatados de forma inimitable por Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso* IV 3-23; 26-41.

[36] Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso* IV 15-22; 27, 3 hace a Cleón protagonista de este rechazo, sin mencionar, sin embargo, la posición de Nicias. Es verosímil que Nicias mostrase ya en este momento una actitud decidida en favor de la paz, como asegura Plutarco. No obstante, el dato puede ser sin más una inferencia de este autor a partir del relato tucidídeo.

a los prisioneros, o bien los traería a Atenas[37]. Los atenienses 6
se echaron a reír a carcajadas, pero no lo creyeron. Desde luego, estaban acostumbrados por otras ocasiones a tomar a broma su loca frivolidad, lo que les proporcionaba no poca diversión. Se cuenta, por ejemplo, que en cierta ocasión, du- 7
rante una reunión de la asamblea, el pueblo estuvo mucho tiempo esperándolo sentado en la Pnix. Cleón, por su parte, que llegó tarde y con una corona sobre la cabeza, solicitó que se aplazara la asamblea hasta el día siguiente. «Es que hoy estoy ocupado —dijo—, pues voy a ofrecer un banquete a unos huéspedes y ya he hecho el sacrificio en honor de los dioses.» Los atenienses se echaron a reír, se levantaron y disolvieron la asamblea[38].

Pero lo cierto es que también en esta ocasión tuvo buena 8
suerte y dirigió excelentemente la expedición en compañía de Demóstenes. Así, dentro del plazo que había prometido, se llevó como prisioneros a todos los espartiatas que no habían caído en la lucha, una vez que rindieron sus armas[39]. Esto su- 2
puso un gran descrédito para Nicias. Desde luego, Nicias no había abandonado su escudo[40]; pero parecía algo peor y más vergonzoso el hecho de que hubiera abandonado la dirección de la expedición voluntariamente y por cobardía, y hubiera

---

[37] Plutarco sigue bastante fielmente el relato de TUCÍDIDES, *Historia de la Guerra del Peloponeso* IV, 27-28. Parece, no obstante, que Plutarco ha resaltado la renuncia de Nicias frente a Cleón, pues afirma que Nicias le cedió «el mando de la campaña de Pilos» *(tēs epi Pylon strategías),* mientras que la expresión de Tucídides *(tēs epi Pylon archēs)* no parece implicar, a juicio de algunos críticos, que Nicias dispusiese del mando sobre todas las operaciones de ese lugar. Cf. *Comparatio* 36, 5; *Alcibiades* 14, 4, y ARISTÓFANES, *Argumentum A2* de *Cab.*

[38] Esta anécdota, que PLUTARCO toma de Teopompo *FGrHist* 115 F 92, aparece también en *Moralia* 799D.

[39] Cf. TUCÍDIDES, *Historia de la Guerra del Peloponeso* IV 29-40.

[40] Como es sabido, en la cultura griega el abandono del escudo simbolizaba la cobardía en la batalla y era motivo de deshonor e incluso de castigo legal, al menos en algunas épocas.

cedido a su adversario la oportunidad de un éxito tan impor-
3 tante retirándose él mismo del mando. Aristófanes se burla de él una vez más, con este motivo, cuando dice en *Las aves* más o menos lo siguiente:

> «Para nosotros, por Zeus, sí que no es momento de dormir ni de tener el mal de la dilación, como Nicias»[41],

4 y en *Georgoi* esto:

> «A. Quiero cultivar la tierra.
> B. ¿Y quién te lo impide?
> A. Vosotros. Así que os doy mil dracmas
> si me libráis del mando.
> B. Las aceptamos
> pues son dos mil con las de Nicias»[42].

5 Por supuesto, también hizo no poco daño a la ciudad al dejar que Cleón alcanzara una fama y un poder tan grandes, pues, gracias a eso, éste incurrió en un orgullo intolerable y en una audacia sin límites, y causó a la ciudad muchas desgracias, que el propio Nicias llegó a probar en no pequeña medida. Entre otras cosas, Cleón despojó a la tribuna de su ornato; fue el primero en utilizar los gritos para atraerse al pueblo; el primero en ceñirse el manto y golpearse el muslo, o en ponerse a andar al tiempo que hablaba. De este modo Cleón inspiró a los oradores públicos la incuria y el deprecio por el decoro que poco después agitarían la vida pública[43].

---

[41] Aristófanes, *Aves*, 639-640. Esta comedia se representó en el 414 a. C.

[42] Kock, *CAF* I, frag. *Aristófanes* 100. Esta comedia perdida de Aristófanes se representó probablemente en el 424 a. C.

[43] Sobre esta nueva elocuencia inaugurada por Cleón, cf. Aristófanes, *Constitución de los atenienses* 28, 3, posible fuente de este pasaje; y Teopompo, *FGrHist* 115 F 92.

También por aquella época empezó a destacar entre los 9
atenienses Alcibíades, un demagogo no tan inmoderado, sino semejante a la tierra de los egipcios, que, según dicen, gracias a su excelencia produce a la vez:

«drogas cuyas mezclas sin fin son mortales las unas, las otras saludables»[44].

Fluyendo así con fuerza y vehemencia en ambos sentídos, la naturaleza de Alcibíades trajo consigo el principio de grandes
innovaciones. Por ello, Nicias no tuvo ocasión de tranquilizar 2
y calmar totalmente a la ciudad ni siquiera después de haberse librado de Cleón, sino que fracasó en su intento de llevar los asuntos públicos por un camino seguro, pues se vio empujado de nuevo a la guerra por la violenta e impetuosa ambición de
Alcibíades. Ocurrió de la siguiente manera. Los que más se 3
oponían a la paz en Grecia eran Cleón y Brásidas, pues la guerra disimulaba la ruindad del uno y realzaba la excelencia del otro, ya que a aquél le proporcionaba la oportunidad de gran-
des injusticias y a éste de grandes éxitos. Pues bien, ambos 4
cayeron al mismo tiempo en Anfípolis, en una única batalla[45]. Nicias sabía que los espartiatas deseaban la paz desde hacía tiempo y que los atenienses, por su parte, ya no se enfrentaban a la guerra con confianza, como si unos y otros estuvieran agotados y dispuestos a dejar caer los brazos. Así que enseguida

[44] HOMERO, *Odisea* IV, 230, trad. de J. M. Pabón, Madrid, 1982.

[45] La batalla de Anfípolis, ciudad situada al pie del monte Pangeo, tuvo lugar en el 422 a. C.; cf. TUCÍDIDES, *Historia de la Guerra del Peloponeso* V 2-3; V 6-10. De nuevo Plutarco es fiel al relato tucidídeo. Cf. DIODORO SÍCULO, *Biblioteca histórica* XII 74, 2, para una versión distinta de la muerte de Cleón, seguramente sin valor histórico. El juicio de Plutarco sobre la excelencia del espartano Brásidas y la ruindad del ateniense Cleón refleja también el juicio de TUCÍDIDES, *Historia de la Guerra del Peloponeso* V 10 sobre ambos personajes. Sobre la oposición de ambos a la paz, cf. TUCÍDIDES, V 16, 1, y ARISTÓFANES, *Paz*, 236-288. Sobre la actitud de Nicias y Alcibíades, cf. PLUTARCO, *Alcibíades* 14, 2, y TUCÍDIDES,V 16-20.

hizo lo posible para reunir amistosamente a las dos ciudades, liberar de sus males a los demás griegos, tranquilizarlos y, de este modo, asegurar en el futuro el renombre de sus propios
5 éxitos[46]. Lo cierto es que contaba, como partidarios espontáneos de la paz, con las personas acomodadas, con las de edad más avanzada y con la mayoría de los agricultores. Por otra parte, se reunió en privado con otros muchos ciudadanos y mediante sus explicaciones logró debilitar su entusiasmo por la guerra. Después se dedicó igualmente a animar e incitar a los espartiatas a procurar la paz, infundiéndoles esperanzas.
6 Éstos confiaban en él gracias a la moderación que mostraba en cualquier ocasión, pero en particular porque procuraba aliviar la desgracia de los prisioneros que habían sido capturados en Pilos, pues se ocupaba de ellos y los trataba con humanidad[47].
7 Resulta que ambos bandos habían acordado con anterioridad un armisticio de un año[48] durante el cual habían comenzado a anhelar una vida sin guerra y sin derramamiento de sangre, porque de nuevo se habían reunido unos con otros y habían disfrutado de la seguridad, la tranquilidad y el trato con propios y extraños; y hallaban placer en escuchar cantar a un coro de esta forma:

«Quede mi lanza para las arañas y con su tela la envuelvan»[49],

o se deleitaban recordando el siguiente dicho: «A los que duermen en tiempos de paz los despiertan, no las trompetas,

[46] Cf. Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso* V 16, 1.

[47] En *Alcibíades* 14, 1, Plutarco afirma que fue Alcibíades, *próxeno* de los lacedemonios, quien se ocupó de los prisioneros de Esfacteria.

[48] El nombre de Nicias figura en el texto de este armisticio, concertado en el 423 a. C. tras los éxitos de Brásidas en Tracia y la Calcídica, e incluido por Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso* IV 118-119 en su obra.

[49] Nauck, *Tragicorum Graecorum Fragmenta*, frag. *Eurípides* 369; Estobeo IV, 14, 4. El fragmento pertenece a la tragedia perdida *Erecteo*.

sino los gallos». Finalmente, pues, mientras se censuraba y 8
se criticaba a los que decían que estaba determinado por el
destino que la guerra tuviese una duración igual a tres veces
nueve años[50], llegaron a acuerdos en todos los aspectos y de
este modo concertaron la paz.

Muchísimas personas tuvieron entonces por segura la
creencia de que había llegado el fin de sus males y tenían
continuamente a Nicias en los labios, asegurando que era un
hombre elegido por los dioses y que gracias a su piedad la di-
vinidad le había permitido dar nombre al mayor y más hermo-
so de los bienes. Consideraban realmente que la paz era obra 9
de Nicias, de la misma manera que pensaban que la guerra lo
había sido de Pericles. Creían, en verdad, que uno de ellos ha-
bía empujado a los griegos a grandes sufrimientos por causas
nimias, mientras que el otro los había convencido de olvidarse
de sus enormes males y de hacerse amigos. Por ello, hasta
ahora mismo aquella paz sigue llamándose la paz de Nicias[51].

Cuando llegó el momento de los acuerdos —según los 10
cuales se restituirían mutuamente los territorios, ciudades y
prisioneros que tenía cada uno, y se decidiría por sorteo quién
sería el primero en hacerlo—, Nicias compró en secreto el
sorteo a cambio de dinero, de manera que correspondiese em-
pezar a los lacedemonios. Así lo cuenta Teofrasto[52]. Sin em- 2

[50] Se trataba de una predicción oracular; cf. Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso* V 26, 4. Finalmente la guerra duró 27 años, del 431 a. C. al 404 a. C., pues esta paz no supuso el fin de las hostilidades.

[51] Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso* V 18-19 reproduce también el texto de esta paz de Nicias firmada en el 421 a. C. Cf. Plutarco, *Alcibíades* 14, 2; Diodoro Sículo, *Biblioteca histórica* XII 74, 5. Plutarco es fiel una vez más al relato de Tucídides,V 46, 4, según el cual en Atenas se consideraba a Nicias responsable del tratado de paz con los lacedemonios. Sobre la responsabilidad que los atenienses atribuían a Pericles en el inicio de la guerra, cf. Plutarco, *Pericles* 29-32.

[52] Frag. 138 Wimmer. No parece que el valor histórico de esta noticia sea evidente, aunque así lo cree L. Piccirilli, pág. XI.

bargo, los corintios y los beocios parecían reavivar de nuevo la guerra con sus acusaciones y sus reproches, pues se sentían descontentos con lo ocurrido. Por ello, Nicias convenció a los atenienses y a los lacedemonios de que resultarían más temibles para los que intentaban apartarse del pacto, y de que la relación entre ambos quedaría afianzada, si añadían a la paz una alianza como vínculo de fuerza[53].

3 En esta situación intervino Alcibíades. Desde luego, Alcibíades no estaba hecho para la inactividad y, además, se sentía molesto con los lacedemonios porque tenían aprecio y consideración por Nicias, mientras que a él lo despreciaban y relegaban. De hecho, enseguida se opuso a la paz y trató de combatirla, si bien al principio no logró ningún éxito. Sin embargo, poco después vio que los lacedemonios ya no complacían a los atenienses de la misma manera; más bien parecía, incluso, que estaban agraviándolos, puesto que habían establecido una alianza con los beocios y no habían restituido Panacto intacta ni Anfípolis[54]. Entonces se volcó tenazmente en estas acusaciones y excitó al pueblo en cada una de estas
4 causas. Finalmente, hizo que los argivos enviasen una embajada y trató de establecer una alianza entre ellos y los atenienses. En tales circunstancias llegaron de Lacedemonia unos embajadores plenipotenciarios, se presentaron previamente ante el Consejo y a éste le pareció que eran justas todas las condiciones con las que venían. En ese momento Alcibíades temió que con los mismos argumentos se ganasen también al pueblo, así

---

[53] La iniciativa que Plutarco atribuye a Nicias en la firma de esta alianza no aparece en el texto de Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso* V 17, 2; 22-23; 30-31 del que, sin embargo, parecen proceder los demás datos. Puede tratarse de una interpretación del relato tucidídeo, pues entre la paz y la alianza, consecuencia inmediata de aquélla, existe una identidad.

[54] Los beocios demolieron la plaza fuerte de Panacto, conquistada en el 422 a. C., en lugar de restituirla a Atenas; cf. Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso* V 3, 5; 39, 3; 42, 2.

que los engañó jurándoles en falso que colaboraría con ellos en todo, si decían y reconocían que no venían con plenos poderes, pues de ese modo, según les dijo, lograrían mucho mejor lo que pretendían. Ellos lo creyeron y abandonaron a 5
Nicias para ponerse de su lado. Alcibíades los presentó ante el pueblo y les preguntó, en primer lugar, si habían venido con plenos poderes en todas las cuestiones. Cuando contestaron que no, Alcibíades, actuando de forma diferente a como ellos esperaban, invocó al Consejo como testigo de sus palabras y pidió al pueblo que no los creyera ni confiara en ellos, pues mentían de una forma tan notoria y ante la misma cuestión respondían a veces de una forma y a veces de otra[55]. Mientras 6
ellos protestaban, como era de esperar, y Nicias no sabía qué decir, pues estaba paralizado por la aflicción y la sorpresa, el pueblo se dispuso a llamar inmediatamente a los argivos y a convertirlos en sus aliados. Pero un terremoto vino en auxilio de Nicias al interponerse en medio del asunto y disolver la asamblea.

Cuando el pueblo se reunió de nuevo al día siguiente, tras 7
muchas intervenciones y argumentaciones, Nicias convenció a los atenienses de que detuviesen el asunto de los argivos y lo enviasen a él para tratar con los lacedemonios, asegurándoles que todo iría bien. Cuando llegó a Esparta, fue tratado 8
por lo demás como hombre honrado y bien dispuesto con los espartanos, pero volvió sin haber conseguido nada, pues los partidarios de los beocios habían logrado imponerse. Volvía no sólo deshonrado y desacreditado, sino además temeroso de que los atenienses se irritasen y enfadasen con él, porque él era quien los había convencido de que devolviesen a tantos y tan importantes prisioneros. Desde luego, los hombres que habían

[55] Plutarco toma del relato de Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso* V 44-45, este episodio del «engaño» de los embajadores lacedemonios, que aparece también en *Alcibíades* 14, 6-12.

traído de Pilos pertenecían a las primeras familias de Esparta
9 y tenían como amigos y parientes a los más poderosos. Pese a todo, los atenienses no adoptaron, en su irritación contra él, ninguna medida demasiado cruel. Sí eligieron, en cambio, a Alcibíades como estratego[56], y convirtieron en aliados suyos a los mantineos y a los eleos, que habían hecho defección del bando lacedemonio, así como a los argivos. Además enviaron a Pilos naves piratas para que saquearan Laconia[57]. De esta forma volvieron de nuevo a la guerra.

11 Cuando la desavenencia de Alcibíades con Nicias estaba en su punto alto, se produjo una condena por ostracismo[58]. Así solía actuar el pueblo cada cierto tiempo con algún ciudadano al que condenaba con su voto a un exilio de diez años, simplemente porque resultaba sospechoso a causa de su fama o porque era envidiado por su riqueza[59]. En torno a ambos partidos se cernía un gran peligro y una gran preocupación, pues se creía que con toda seguridad alguno de los dos quedaría expuesto a una condena por ostracismo.

2 En el caso de Alcibíades los atenienses sentían horror ante su vida y temor ante su audacia, como se muestra con más detalle en su propia biografía. A Nicias, en cambio, su riqueza lo hacía objeto de envidia; pero sobre todo resultaba sospechosa su forma de vida reservada, con poco trato con el pueblo y más bien aislada y propia de un oligarca. Muchas veces, de hecho, había resultado molesto a los atenienses porque

[56] Plutarco resume así el relato de Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso* V 46. Sin embargo, la primera mención de Alcibíades como estratego en el texto tucidídeo es posterior a la señalada por Plutarco.

[57] Cf. Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso* VI 105, 2.

[58] Con la institución del ostracismo la democracia ateniense trataba de prevenir la restauración de una tiranía. Esta institución permitía desterrar durante diez años a un político «bajo sospecha», si así lo decidía la Asamblea.

[59] También en otras ocasiones Plutarco señala la motivación de la envidia en relación con la condena por ostracismo, cf. *Alcibíades* 13, 6; *Arístides* 7, 2; *Temístocles* 22, 5.

se había opuesto a sus deseos y los había forzado a hacer lo conveniente en contra de su voluntad. En suma, existía una 3 rivalidad entre los jóvenes, partidarios de la guerra, y los de más edad, partidarios de la paz; y unos apuntaban su condena de ostracismo contra Nicias, otros contra Alcibíades. Sin embargo,

«en la discordia incluso el perverso obtiene honor»[60].

De este mismo modo, creo yo, también entonces el pueblo, que estaba escindido en dos, cedió terreno ante los más imprudentes y malvados, entre los que se encontraba Hipérbolo de Peritedes, un hombre cuya audacia no procedía de su poder, sino cuyo poder procedía de su audacia; un hombre que, a causa de la fama que tenía en la ciudad, acabó siendo para la ciudad un motivo de infamia[61]. En esa época este hombre 4 estaba lejos del castigo del ostracismo —desde luego le convenía más la argolla[62]— y esperaba que si uno de los otros dos era desterrado, él podría enfrentarse al que quedase; por eso se alegraba abiertamente de esta rivalidad y excitaba al pueblo contra ambos. Pues bien, los partidarios de Nicias y los de 5 Alcibíades se dieron cuenta de esta perversión y se pusieron de acuerdo en secreto; unificaron y unieron sus facciones en una sola y se hicieron fuertes, de tal manera que el ostracismo no recayó sobre ninguno de ellos, sino sobre Hipérbolo.

---

[60] Bergk, *Poet. Lyr. Grae.*, III 690. Plutarco cita también este hexámetro de autor desconocido en la *Comparación de Lisandro y Sila* 1; *Alejandro* 53, 5, y *Moralia* 479A.

[61] Hipérbolo, hijo de Antífanes, fue elegido estratego en el 425-424 a. C. y condenado al ostracismo probablemente en el 417 a. C; cf. Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso* VIII 73, 3, y Diodoro Sículo, *Biblioteca histórica* XI 55.

[62] La argolla *(kýphon),* que se ponía al cuello del condenado e impedía a éste levantar la cabeza, constituía un castigo infamante y, por tanto, radicalmente distinto al del ostracismo.

6 Al principio esto fue motivo de entretenimiento y diversión para el pueblo; pero más tarde los atenienses se enfadaron porque creían que esta institución había resultado ultrajada al aplicarse a un hombre indigno, ya que les parecía que existía un cierto honor en este castigo y que mientras para Tucídides, Arístides y otros como ellos el exilio por ostracismo implicaba una disminución[63], para Hipérbolo era una distinción y un motivo de jactancia, ya que por su degeneración había recibido el mismo trato que los mejores ciudadanos, como creo que ha dicho también Platón el cómico refiriéndose a él:

7 «Ha pagado, sin duda, como su conducta merece;
mas, por el estigma de su condición, no como le [conviene,
pues no se inventó el ostracismo para esa gente»[64].

8 Finalmente, después de Hipérbolo nadie más en absoluto fue condenado al ostracismo. Él fue el último, cuando el primero había sido Hiparco de Colargo, que estaba emparentado con el tirano[65].

9 ¡Asunto incierto es la suerte y a todo cálculo escapa! Desde luego, si Nicias hubiera asumido el riesgo del ostracismo frente a Alcibíades, o bien habría triunfado, enviando a éste al exilio, y habría vivido sin riesgo en la ciudad; o bien habría sido vencido, se habría marchado antes de sus últimas desgracias y habría podido conservar la fama de ser un general
10 excelente. Ya sé que, según Teofrasto, Hipérbolo fue condenado al ostracismo por una discordia, no entre Alcibíades y

[63] Tucídides, hijo de Melesias, fue condenado al ostracismo en el 443 a. C. y Arístides en el 482 a. C.; cf. Plutarco, *Arístides* 7.

[64] Kock, *CAF* I, frag. *Platón* 187. Plutarco cita también estos versos del comediógrafo Platón, contemporáneo de Aristófanes, en *Alcibíades* 13, 9.

[65] Hiparco, padre de Pisístrato y cuñado de Hipias, fue condenado al ostracismo en el 487 a. C. Cf. Aristóteles, *Constitución de los atenienses* 22, 3-4.

Nicias, sino entre Alcibíades y Feacio[66]. Pero la mayoría lo ha contado de esta otra manera.

Pues bien, cuando unos embajadores de Egesta y de Leon- 12
tinos se presentaron ante los atenienses y trataron de convencerlos de que enviaran una expedición a Sicilia, Nicias se opuso[67]; pero fracasó ante el ambicioso proyecto de Alcibíades, ya que incluso antes de que la asamblea se reuniera, éste había llenado a la gente de esperanzas y la había pervertido de antemano con sus argumentos. Hasta el punto de que tanto los jóvenes en las palestras, como las personas de edad en los lugares de trabajo o sentados en las exedras dibujaban el mapa de Sicilia, la disposición del mar que la baña y los puertos y
lugares desde los que la isla mira hacia Libia[68]. Desde luego, 2
no consideraban que Sicilia fuera el objetivo último de esta guerra, sino que la tomaban como base de operaciones para enfrentarse después desde allí a los cartagineses y apoderarse
de Libia y del mar hasta las columnas de Heracles[69]. Lo cierto 3
es que mientras ellos se disponían para esta empresa, Nicias no contaba con muchos colaboradores influyentes a la hora de oponerse a ella. En efecto, las personas acomodadas guardaban silencio, en contra de su propio criterio, porque temían dar la impresión de pretender rehuir las liturgias y trierarquías.
Pero él no se cansaba ni cedía. Al contrario: después incluso 4
de que los atenienses hubiesen votado la guerra y lo hubiesen elegido a él como estratego por delante de Alcibíades y

[66] Frag. 139 Wimmer.

[67] En este punto Plutarco no coincide con Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso* VI 8, 4-14; 19, 2-23, quien no menciona la oposición de Nicias a la expedición en esta primera asamblea, sino sólo en la segunda.

[68] Según Plutarco, el conocimiento que los atenienses tenían de Sicilia era algo mayor del que les reconoce Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso* VI 1, 1.

[69] Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso* VI 15, 2; 90, 2 atribuye a Alcibíades y no a los atenienses el proyecto de conquistar Cartago; cf. también Plutarco, *Alcibíades* 17, 3-4.

Lámaco, en la siguiente asamblea tomó la palabra y trató de disuadirlos; protestó poniendo a los dioses por testigos y finalmente acusó a Alcibíades de arrastrar a la ciudad, por sus intereses personales y su ambición, a una aventura incierta y
5 lejana. Pero tampoco entonces consiguió nada. Antes bien, logró reforzar la decisión, pues los atenienses pensaron que Nicias resultaba bastante adecuado gracias a su experiencia. Creyeron que Nicias proporcionaría una gran seguridad, puesto que su carácter precavido podría ser un buen complemento para la audacia de Alcibíades y el buen carácter de Lámaco.
6 Lo cierto es que tomó la palabra Demóstrato, el líder popular que más incitaba a los atenienses a la guerra, y dijo que iba a hacer que Nicias dejara de poner pretextos. Demóstrato redactó un decreto según el cual los estrategos tendrían plenos poderes de decisión y actuación tanto en Atenas como en Sicilia, y convenció al pueblo de que lo votara[70].

13 Desde luego, se dice que por parte de los sacerdotes hubo también muchas opiniones en contra de la expedición; pero Alcibíades, que tenía otros adivinos, anunció que según ciertas predicciones antiguas los atenienses obtendrían una gran glo-
2 ria gracias a Sicilia. Algunos fueron a consultar a Amón[71] de su parte y volvieron con un oráculo según el cual los atenienses conquistarían a todos los siracusanos. En cambio, ocultaban las predicciones de sentido contrario por temor a pronunciar palabras de mal augurio.

---

[70] Plutarco hace referencia a Demóstrato también en *Alcibíades* 18, 3. Tucídides, no menciona, sin embargo, el nombre del promotor de este decreto. La fiabilidad de este dato es puesta en duda por K. J. Dover, *A Historical Commentary on Thucydides*, 5 vols., Oxford, 1945-1981, IV, pág. 267, quien lo interpreta como una deducción de Plutarco a partir de Aristófanes, *Lisístrata* 391-397. L. Piccirilli, pág. 278, cree, sin embargo, que se trata de una noticia documentada.

[71] Se trata del oráculo de Zeus Amón en Egipto que los griegos consultaban durante el siglo v a. C. en ciertas ocasiones.

Ciertamente, ni siquiera los disuadían los signos manifies- 3
tos y evidentes como la mutilación de los hermes[72]. Éstos aparecieron mutilados en una sola noche, con la excepción de uno solo, al que llaman hermes de Andócides, que era una ofrenda de la tribu Egeida, pero estaba delante de la que entonces era la casa de Andócides[73]. O como lo ocurrido en el altar de los
doce dioses, cuando un hombre saltó de repente sobre él y se 4
emasculó con una piedra[74]. En Delfos había una estatua de 5
oro de Palas que se sostenía sobre una palmera de bronce, ofrenda de la ciudad por las victorias en las Guerras Médicas[75]. Durante muchos días unos cuervos se acercaron volando hasta ella y la picotearon; arrancaron el fruto de la palmera, que era
de oro, y lo arrojaron al suelo. Se dijo, sin embargo, que esta 6
historia era una invención de los delfios, que se habían dejado persuadir por los siracusanos. Cuando un oráculo ordenó a los atenienses traer de Clazómenas a la sacerdotisa de Atenea, ellos hicieron venir a esa mujer. Se llamaba Hesiquia (Paz). Y eso era, según parece, lo que la divinidad aconsejaba

---

[72] En el siglo v a. C. abundaban en las calles y plazas y a la entrada de las casas y de los edificios públicos de Atenas estas esculturas dedicadas al dios Hermes, protector de los caminantes, que eran objeto de un culto muy popular. Consistían en unos pilares de sección cuadrangular con la cabeza del dios Hermes y atributos viriles. Sobre el episodio de su mutilación en vísperas de la partida de la expedición en el 415 a. C., así como sobre el trasfondo político de estos hechos, cf. TUCÍDIDES, *Historia de la Guerra del Peloponeso* VI, 27-29, y K. J. DOVER, *A Historical Commentary...*, págs. 271-276. PLUTARCO se ocupa del asunto también en *Alcibíades* 18, 6-8.

[73] El orador Andócides estuvo involucrado en los hechos; cf. su discurso *Sobre los misterios*. En cuanto a este Hermes de la tribu Egeida, R. FLACELIÈRE, pág. 292, supone que Plutarco llegó a verlo con sus propios ojos.

[74] El altar de los dioses olímpicos estaba en el ágora de Atenas. Cf. TUCÍDIDES, *Historia de la Guerra del Peloponeso* VI 54, 6-7.

[75] Esta estatua de Palas Atenea fue ofrendada por Atenas con ocasión de su victoria en el Eurimedonte en el 468 a. C. PLUTARCO refiere también la anécdota de su destrucción en *Moralia* 397F y 724B. Se ha supuesto que tomó esta noticia del atidógrafo Clitodemo, fuente de PAUSANIAS, *Descripción de Grecia* X 15, 4-6. R. FLACELIÈRE, pág. 292, cree que Plutarco vio la estatua en Delfos.

7 a la ciudad en aquel momento: conservar la paz[76]. En estas
circunstancias, el astrónomo Metón fingió que prendía fuego
a su casa como si hubiese sufrido un arrebato profético, bien
porque temiese estos presagios, bien porque tuviese miedo
de la expedición por un cálculo humano, pues estaba adscrito
8 a una comandancia. Otros afirman que sin simular delirio se
dirigió abatido al ágora, tras haber incendiado su casa por la
noche, y pidió a sus conciudadanos que ante tan gran desgra-
cia liberasen de la expedición a su hijo, que iba a embarcarse
9 hacia Sicilia como trierarco[77]. También en aquella ocasión el
genio de Sócrates el Sabio le reveló, sirviéndose de las señales
habituales, que la expedición traería consigo la destrucción de
la ciudad. Él lo contó a sus parientes y amigos y el rumor llegó
10 hasta la multitud[78]. Muchos estaban preocupados también por
11 la cuestión de la fecha en que zarpaba la flota. Efectivamente,
las mujeres estaban celebrando en ese momento las fiestas de
Adonis y en muchos lugares de la ciudad podían verse sus
imágenes y, en torno a ellas, a las mujeres que realizaban los
ritos fúnebres y se daban golpes de dolor[79].

En consecuencia, quienes tenían en alguna consideración tales circunstancias estaban molestos y preocupados por aquel

---

[76] Este oráculo (n.° 166 PARKE-WORMELL) juega con la ambigüedad de la expresión *hēsychían ágein*: «mantenerse en paz» / «traer a Hesiquia». PLUTARCO lo cita también en *Moralia* 403B, donde afirma, sin embargo, que la sacerdotisa procedía de Eritras, no de Clazómenas.

[77] Sobre esta anécdota, cf. PLUTARCO, *Alcibíades* 17, 5-6. Metón es conocido sobre todo por su trabajo en la reforma del calendario lunar. ARISTÓFANES lo hace objeto de sus burlas en *Aves,* 997-1019.

[78] Cf. PLUTARCO, *Alcibíades* 17, 5-6.

[79] Sobre la fecha exacta de la partida de la expedición, cf. TUCÍDIDES, *Historia de la Guerra del Peloponeso* VI 30, 1. La indicación de Plutarco sobre la coincidencia de la partida de la flota con las fiestas de Adonis, a las que Tucídides, sin embargo, no hace ninguna referencia, plantea problemas cronológicos; cf. K. J. DOVER, *A Historical Commentary*..., IV, pág. 271; L. PICCIRILLI, pág. 285, y PLUTARCO, *Alcibíades* 18, 5.

despliegue de fuerza, no fuera a ser que, tras alcanzar la brillante cima de su esplendor, se extinguiese rápidamente.

Pues bien, la oposición de Nicias a la expedición en el momento de la votación y el hecho de que no cambiase de criterio —sin llegar a exaltarse por las esperanzas ni dejarse impresionar por la grandeza de aquella comandancia— son 14
actitudes propias de un hombre honrado y prudente. Sin em- 2
bargo, toda vez que había fracasado en su intento de alejar al pueblo de la guerra y en su petición de ser apartado del mando de la expedición; toda vez que se había visto alzado y transportado por el pueblo para ser estratego al frente de esta fuerza, ya no era el momento de tanta precaución y tanta vacilación; no era el momento de mirar hacia atrás desde la nave, como un niño, reflexionando una y otra vez y dándole vueltas a la idea de que no había sido vencido con razonamientos, pues con ello no hizo sino embotar el ánimo de los que compartían el mando con él y echar a perder el momento oportuno para la acción. Debía, antes bien, forzar la suerte de inmediato en los combates, persiguiendo a los enemigos y no dejándolos escapar[80].

Lámaco juzgaba oportuno navegar directamente hasta 3
Siracusa y entablar batalla cerca de la ciudad; y Alcibíades pretendía lograr que las ciudades hicieran defección del bando de los siracusanos y, en esas condiciones, dirigirse después contra ellos. Pero Nicias se opuso a estos planes y propuso moverse lentamente a lo largo de la costa de Sicilia, navegar en torno a ella y hacer así una exhibición de las armas y las trirremes para después emprender la navegación de regreso a Atenas, dejando sólo una pequeña selección de las fuerzas a los egesteos. De este modo debilitó la voluntad de los hombres y humilló su orgullo.

[80] Plutarco resume la narración de Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso* VI 47-49, y añade su propia valoración del comportamiento de Nicias.

4 Poco tiempo después, cuando los atenienses llamaron a
juicio a Alcibíades, Nicias, que nominalmente era sólo uno de
los dos estrategos, pero era de hecho el único que ostentaba
el poder, no cejó en su inactividad, en sus periplos alrededor
de la isla o en la elaboración de planes, hasta que se marchitó
entre sus hombres el vigor de la esperanza y se desvaneció
entre los enemigos el estupor y el temor que había provocado
en ellos la primera visión de las fuerzas atenienses[81].
5 Mientras Alcibíades todavía estaba allí, navegaron con se-
senta naves hasta Siracusa. Dejaron cincuenta naves colocadas
en orden de batalla fuera del puerto y entraron con las diez
restantes para inspeccionar y, mediante un heraldo, invitar a
6 los de Leontinos a regresar a su patria. Esas naves se apodera-
ron de una nave enemiga que transportaba unas tablillas en las
que figuraban, inscritos por tribus, los nombres de los siracu-
sanos. Las tablillas habían estado hasta entonces en el templo
de Zeus Olímpico, fuera de la ciudad, y en aquel momento
los siracusanos habían ido a buscarlas para hacer el censo y el
7 registro de los que estaban en edad militar. Pues bien, cuando
los atenienses las presentaron ante sus estrategos tras haberse
apoderado de ellas, los adivinos se sintieron inquietos al ver
la cantidad de nombres que contenían, no fuera a ser que se
produjera así el cumplimiento definitivo del oráculo según el
cual los atenienses capturarían a todos los siracusanos[82]. Otros
afirman, en cambio, que este oráculo se cumplió para los ate-

[81] Cf. PLUTARCO, *Alcibíades* 18-22. Sobre la acusación de Alcibíades, que se había producido en la agitación provocada por el incidente de los hermes y que se refería a su participación en parodias sacrílegas sobre los ritos secretos de Eleusis en honor de Deméter y Perséfone, conocidos como «misterios», cf. TUCÍDIDES, *Historia de la Guerra del Peloponeso* VI 28-29. Sobre la detención de Alcibíades, su huida y su juicio en rebeldía, cf. TUCÍDIDES, VI 53; 60-61.

[82] Cf. TUCÍDIDES, *Historia de la Guerra del Peloponeso* VI 50, 2-4, resumido aquí por Plutarco. El incidente del censo siracusano no figura, sin embargo, en el relato tucidídeo. El templo de Zeus Olímpico se encontraba al Sur de Siracusa, próximo al puerto Grande.

nienses en el momento en que el ateniense Calipo conquistó Siracusa tras matar a Dión[83].

Al poco tiempo, cuando Alcibíades abandonó Sicilia, todo 15
el poder pasó a manos de Nicias. Lámaco era un hombre valiente y justo y en las batallas actuaba implacablemente; pero era tan pobre y necesitado que cada vez que ejercía el cargo de estratego reclamaba en sus cuentas a los atenienses una pequeña cantidad de dinero para su ropa y su calzado[84]. En cambio, 2
la majestad de Nicias era muy grande en todos los aspectos, especialmente gracias a su riqueza y a su fama. Se cuenta que en cierta ocasión en que los estrategos que compartían el poder se encontraban en su lugar de reunión, Nicias pidió al poeta Sófocles que fuera el primero en exponer su opinión, pues era el estratego de más edad. Sófocles respondió: «Yo soy el más viejo, pero tú eres el más venerable»[85].

De esta misma manera, tuvo también a Lámaco entonces 3
bajo su autoridad, aunque éste era más hábil en el mando militar. Y así, usando siempre sus fuerzas de una forma precavida y vacilante, al principio dio ánimos a los enemigos, pues se mantuvo lo más lejos posible de ellos navegando alrededor de Sicilia; y más tarde se hizo acreedor de un total

[83] Estos hechos ocurrieron en el 354 a. C. Dión, amigo y seguidor de Platón, se había hecho con el poder en Siracusa en el 357 a. C. cf. PLUTARCO, *Dión* 54-57, y PLATÓN, *Cartas* VII y VIII.

[84] Cf. PLUTARCO, *Alcibíades* 21, 9, y *Moralia* 822E. R. FLACELIÈRE, pág. 165, n.1 se muestra cauteloso ante esta caracterización del general ateniense, ya que puede tener su origen en la comedia.

[85] Según R. FLACELIÈRE, pág. 293, la anécdota se situaría durante la estrategia de Sófocles en el 440-41. Cf. PLUTARCO, *Pericles* 8, 8. Como en esa fecha Nicias sería aún demasiado joven para tener cierta experiencia en el cargo, se ha propuesto también una estrategia de Sófocles en fecha posterior, por ejemplo, 424-423 a. C., lo que permitiría entender el superlativo *presbytatos* utilizado por el poeta en su doble sentido «el más venerable» / «el más antiguo en el cargo»; cf. L. PICCIRILLI, págs. 287-288. Hay que tener en cuenta, sin embargo, que la ironía de la expresión, que enfatiza la fatuidad del personaje, hace innecesaria esta última suposición; cf. L. GIL, «La semblanza de Nicias...», 404-450.

desprecio, pues después de atacar la pequeña ciudad de Hibla
4 se retiró antes de capturarla. Finalmente volvió a Catana sin
haber logrado ningún otro éxito más que haberse apoderado
de Hícara, un emplazamiento bárbaro[86]. Entre los prisioneros
que se hicieron allí, según se cuenta, se encontraba la corte-
sana Lais, entonces todavía una muchacha, que fue vendida y
llevada al Peloponeso.

16 Una vez transcurrido el verano, Nicias se enteró de que los
siracusanos habían cobrado ánimos e iban a tomar la iniciativa
contra ellos. Además, los soldados de la caballería se acerca-
ban ya hasta su campamento con insolencia y les preguntaban
si habían venido para quedarse a vivir con los de Catana o
para restablecer a los de Leontinos en su territorio. Tan sólo en
ese momento Nicias se puso en marcha contra Siracusa.

2 Como quería que el ejército acampase con seguridad y
tranquilidad, envió en secreto desde Catana a un hombre que
aconsejó a los siracusanos presentarse en Catana con todo el
ejército un día convenido, si es que querían apoderarse del
campamento y de las armas de los atenienses mientras éstos
no estaban. Como los atenienses —según les dijo— se pasa-
ban en la ciudad casi todo el tiempo, los amigos de los siracu-
sanos habían decidido apoderarse de las puertas e incendiar
la flota en cuanto supieran que ellos llegaban. Les aseguró,
además, que eran muchos los conjurados que estaban espe-
3 rando ya ese momento. Ésa fue la mejor estrategia que Nicias
empleó en Sicilia. En efecto, al sacar a los enemigos con todo
el ejército, dejando así sin hombres la ciudad de Siracusa,
logró apoderarse de sus puertos, a los que llegó desde Catana;
y ocupó un terreno para el campamento desde el que esperaba
luchar libremente con las fuerzas en las que confiaba, pues allí
resultaba muy poco vulnerable para aquellas otras en las que

[86] Cf. Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso* VI 62, 2-5, donde es distinta la secuencia de los movimientos atenienses.

era inferior a los enemigos[87]. En cuanto regresaron los sira- 4
cusanos de Catana y se colocaron en orden de batalla delante
de la ciudad, Nicias lanzó a los atenienses contra ellos y los
venció. No mató a muchos enemigos porque la caballería le 5
impidió la persecución; pero destruyó y cortó los puentes del
río[88], y eso dio ocasión a Hermócrates de hacer la siguiente
afirmación, con la que trataba de animar a los siracusanos:
«Nicias es ridículo con esa estrategia de no luchar, como si
no hubiera navegado hasta aquí para trabar combate». Ahora 6
bien, lo cierto es que Nicias había causado a los siracusanos
un miedo y un espanto tan fuertes, que, en lugar de los quin-
ce estrategos que tenían entonces, eligieron otros tres, a los
que el pueblo garantizó mediante juramento que les permitiría
ejercer el mando con plenos poderes[89].

Cerca de allí estaba el Olimpieo y los atenienses se dis- 7
ponían a apoderarse de él porque contenía muchas ofrendas
de oro y de plata. Pero Nicias dio largas al asunto, se retrasó
a propósito y permitió que los siracusanos establecieran allí
una guarnición, porque consideraba que el estado no obtendría
ningún beneficio si los soldados llegaban a apoderarse de las
riquezas, mientras que él mismo asumiría la responsabilidad
del sacrilegio[90].

Sin aprovechar para nada la victoria, a pesar de que ésta 8
había llegado a hacerse célebre, al cabo de unos pocos días se
retiró directamente a Naxos y allí pasó el invierno; con mucho

---

[87] Cf. Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso* VI 63-66. El relato de Plutarco se ajusta con bastante fidelidad al de Tucídides, si bien en éste último la iniciativa corresponde en general a los estrategos atenienses y no sólo a Nicias, como propone Plutarco. Los atenienses, y muy en concreto Nicias, temían, según aclara Tucídides, VI 22, 1, y 64, 1, el ataque de la caballería enemiga.

[88] Se trata del río Anapo. Cf. Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso* VI 66, 2.

[89] Hermócrates, promotor de esta reforma, fue uno de los tres estrategos elegidos; cf. Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso* VI 72, 5, y VI 73, 1.

[90] Cf. Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso* VI 70, 4.

gasto, porque el ejército era muy grande; y muy poco éxito, pues tan sólo consiguió ganar para su bando a algunos sículos. La consecuencia fue que de nuevo los siracusanos cobraron ánimo y se dirigieron hacia Catana, asolaron el territorio e
9 incendiaron el campamento de los atenienses[91]. Entonces todos se dedicaron a acusar a Nicias de lo ocurrido porque echaba a perder el momento oportuno para la acción con sus reflexiones, sus precauciones y sus demoras. Sin embargo, por las acciones mismas nadie habría podido hacerle ningún reproche. Desde luego, una vez que pasaba a la acción, era enérgico y eficaz; por más que fuera lento y apocado para dar ese paso.

17 Lo cierto es que cuando movió el ejército de nuevo contra Siracusa, lo dirigió de tal manera y atacó con tan gran rapidez a la vez que con seguridad, que su llegada con la flota a Tapso y su desembarco pasaron desapercibidos, y tuvo ocasión de *tomar las Epípolas por sorpresa*. Tras vencer a las tropas de élite que acudieron en auxilio, causó la muerte de trescientos hombres y, además, puso en fuga a la caballería, que tenía fama de invencible[92].

2 Pero de todas sus acciones, la que más impresionó a los siciliotas y más incredulidad causó a los griegos fue el hecho de que en poco tiempo rodease con un muro Siracusa, una ciudad no menor que Atenas y en la que resultaba difícil construir un muro de circunvalación tan grande a causa de la desigualdad del terreno, la proximidad del mar y la existencia
3 de pantanos[93]. Pero le faltó un poco para terminarlo del todo, porque no gozaba de buena salud mientras se enfrentaba a estas preocupaciones tan importantes, sino que padecía una

[91] Cf. Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso* VI 88, 3-5.

[92] Cf. Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso* VI 97, 1-4, donde se atribuye la iniciativa a los atenienses y no a Nicias en concreto, como hace Plutarco. Se conoce con el nombre de Epípolas la meseta que se encuentra al noroeste de Siracusa. Los hechos ocurrieron en el 414 a. C.

[93] Cf. Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso* VI 98, 2.

nefritis; enfermedad esta que es justo tener en cuenta al valorar el esfuerzo que no terminó de realizar[94].

También me parecen dignos de admiración su diligencia como estratego y el valor de sus soldados en aquellas acciones en las que salieron victoriosos. De hecho, tras su derrota 4
y su ruina, Eurípides les compuso un canto fúnebre con los siguientes versos:

«Estos hombres sobre los siracusanos ocho victorias
[lograron,
mientras los dioses dieron trato igual a los dos bandos»[95].

Incluso se podrían contar no ya ocho, sino más victorias suyas sobre los siracusanos, hasta el momento en que, en verdad, los dioses o la fortuna se opusieron a los atenienses cuando se encontraban en la cima de su fuerza. 18

Nicias participaba en la mayoría de las acciones militares, a pesar del esfuerzo físico que implicaban para él; pero en cierta ocasión, en un momento de máxima intensidad de la enfermedad, se quedó acostado dentro de la fortaleza con unos pocos servidores. Mientras tanto, Lámaco combatía al mando del ejército contra los siracusanos, los cuales intentaban construir desde la ciudad un muro, dirigido contra el de los atenienses, que interrumpiría por la mitad la construcción del 2
cerco[96]. Tras resultar victoriosos, los atenienses se lanzaron a la persecución de una forma bastante desordenada, y Lámaco se quedó aislado frente a los caballeros siracusanos, que se 3
lanzaron contra él. El primero entre ellos era Calícrates, un hombre belicoso y valiente. Siguiendo su desafío, Lámaco se puso ante él y luchó en un combate singular. Lámaco recibió el primer golpe, luego hirió a su vez a Calícrates y ambos ca-

[94] Cf. Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso* VII 15, 1.

[95] Page, *Epigrammata Graeca*, frag. 2 *Eurípides* [482].

[96] Cf. Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso* VI 101, 2.

4 yeron juntos y murieron al mismo tiempo[97]. Los siracusanos se
apoderaron del cuerpo de Lámaco, lo recogieron junto con sus
armas y lo llevaron a la carrera hasta la fortaleza de los ate-
nienses, en la que se encontraba Nicias sin tropas de defensa.
5 Sin embargo, ante la necesidad, Nicias se levantó y, a la vista
del peligro, ordenó a los que estaban con él que cogieran toda
la madera que estaba preparada para las máquinas delante de
las murallas y que la incendiaran, prendiendo fuego también
6 a las propias máquinas. Esto detuvo a los siracusanos y salvó a
Nicias, así como las murallas y los bienes de los atenienses,
pues al ver las grandes llamas que se interponían entre ambos,
los siracusanos se replegaron[98].
7 Tras estos acontecimientos, Nicias quedó como único es-
tratego; no obstante, se sentía lleno de una gran esperanza.
Desde luego, había ciudades que se pasaban a su bando y
de todas partes ‹llegaban› al campamento barcos con trigo,
8 pues todos sentían la atracción que suscita el éxito. En ese
momento, también los siracusanos le hicieron llegar algunas
propuestas para alcanzar un acuerdo, pues daban por perdida
9 la ciudad[99]. También entonces Gilipo, que venía de Lacede-
monia para ayudar a los siracusanos, tuvo noticias durante su
travesía del cerco y de la dificultad en que los siracusanos se
encontraban. Por esa razón, a partir de ese momento dirigió
su viaje, como si Sicilia ya estuviera capturada, a proteger
10 las ciudades de Italia, por si eso, al menos, era posible[100]. En
efecto, se estaba difundiendo de forma considerable la creen-
cia de que los atenienses dominaban totalmente y de que te-
nían un estratego invencible gracias a su buena suerte y a

[97] Por supuesto, no encontramos en Tucídides este duelo singular de carácter épico. R. Flacelière, págs. 135-136, apunta la posibilidad de una fuente siciliana, como Timeo o Filisto. Cf. también L. Piccirilli, págs. 291-292.

[98] Cf. Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso* VI 102, 1-3.

[99] Cf. Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso* VI 103, 1-4.

[100] Cf. Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso* VI 104, 1, y 93, 2.

su inteligencia. El propio Nicias, en contra de su disposición 11
natural, había recobrado valor gracias a la fuerza y la suerte del momento y, especialmente, gracias a los que trataban con él en secreto de parte de los siracusanos, pues confiaba, por las noticias que le hacían llegar, en que pronto le entregarían la ciudad mediante acuerdos. Y así, sin preocuparse en absoluto de la proximidad de Gilipo, no se protegió a tiempo. Antes bien: debido a ese total desinterés y a ese menosprecio, Gilipo llegó atravesando el estrecho sin que Nicias se enterase; se mantuvo lo más lejos posible de Siracusa y reunió un gran ejército. Mientras tanto, los siracusanos no sabían que estaba allí y ni siquiera lo esperaban[101].

En esta situación, los siracusanos habían convocado una 12
asamblea para tratar sobre los acuerdos con Nicias, y algunos ya estaban dispuestos a negociar porque creían que debía lograrse el fin de las hostilidades antes de que los atenienses completasen totalmente el cerco de la ciudad. Lo que faltaba por realizar de la obra era, desde luego, muy poco, y ya se había amontonado todo el material para la construcción de esa parte[102].

En ese momento, cuando el riesgo era inminente, llegó 19
de Corinto Góngilo con una trirreme y, una vez que todos hubieron acudido rápidamente hasta donde él estaba, como era natural, les dijo que Gilipo llegaría rápidamente y que venían
de camino otras naves en su ayuda. Ellos no confiaban todavía 2
plenamente en Góngilo, pero llegó un mensajero de parte de Gilipo con el encargo de que salieran a su encuentro. Entonces cobraron ánimos y se equiparon para la lucha. En cuanto llegó, Gilipo colocó las tropas en orden de batalla y se dirigió
contra los atenienses[103]. Y como Nicias también se dispuso 3

[101] Cf. Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso* VI 104, 1-3.

[102] En esta afirmación resuenan algunos de los términos utilizados por Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso* VII, 2-4, por más que la coincidencia en la expresión no sea exacta.

[103] Cf. Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso* VII 2-3.

contra ellos, Gilipo depuso las armas [contra los atenienses], envió un heraldo a los atenienses y les dijo que garantizaría su
4 seguridad si abandonaban Sicilia. Pues bien, Nicias ni siquiera se dignó contestarle; pero algunos de sus soldados le preguntaron, burlándose de él, si la situación de los siracusanos, gracias a la presencia de un abrigo y un bastón laconios, se había hecho de repente tan segura como para despreciar a los atenienses, los cuales habían tenido atados con grilletes, hasta que los devolvieron a los lacedemonios, a trescientos hombres más fuertes que Gilipo y de melenas más largas[104].

5 Timeo asegura que tampoco los siciliotas apreciaban a Gilipo y que la primera vez que lo vieron se burlaron de su abrigo y de su melena, y más tarde conocieron, además, su codicia y su mezquindad[105]. Sin embargo, según afirma el propio Timeo más adelante, cuando apareció Gilipo, muchos revolotearon hacia él, como hacia una lechuza, con la intención
6 de luchar inmediatamente[106]. Y esta afirmación es más cierta que la anterior, pues se unieron a él porque veían en el abrigo y el bastón el símbolo y la dignidad de Esparta[107]. Además, Tucídides no es el único que afirma que todo fue obra de Gilipo, sino que también lo dice Filisto, que era siracusano y fue testigo de los hechos[108].

---

[104] Estos comentarios de los soldados atenienses sobre los trescientos prisioneros de Esfacteria no figuran en el relato de Tucídides y pueden proceder de Filisto o Timeo. También en otras ocasiones alude Plutarco a esta costumbre espartana de llevar el pelo largo: *Moralia* 189E, 189F, 230B, 228F; cf. además Jenofonte, *Rep. Lac.* XI 3; Heródoto, *Historia* I 82, 7-8.

[105] *FGrHist* 566F 100a. Cf. *infra* 28, 4, y *Lisandro* 16, 1-4.

[106] Cf. *FGrHist* 566 F 100 a. La referencia a la lechuza es una especie de proverbio; cf. Luciano, *Harmónides* 1. Su sentido procede de un tipo caza de pájaros que utilizaba una lechuza como cebo; cf. R. Flacelière, págs. 295-296.

[107] El abrigo rojo y el bastón eran, en efecto, insignias de mando en Esparta; cf. Jenofonte, *Anábasis* II 3, 11.

[108] Cf. *FGrHist* 556F 56 para Filisto. Aunque Tucídides no lo afirma expresamente, así suele deducirse también de su relato; cf. R. Flacelière, pág. 296, y L. Piccirilli, pág. 294.

Pues bien, lo cierto es que en la primera batalla ven- 7
cieron los atenienses y mataron a algunos siracusanos y al corintio Góngilo. Pero al día siguiente Gilipo les enseñó lo
que es la experiencia. Utilizó, efectivamente, las mismas 8
armas, los mismos caballos y en el mismo terreno, pero no de la misma manera, sino con un orden de batalla distinto; y así venció a los atenienses. Además, cuando los atenienses huyeron al campamento, hizo que los siracusanos se detuvieran, y con las piedras y la madera que los atenienses habían acumulado construyó en los intervalos de su muro y lo cortó, de modo que no pudieran avanzar aunque resultaran ven-
cedores[109]. Los siracusanos, que con esto habían recobrado 9
ánimos, equiparon las naves, hicieron incursiones con sus propios caballeros y sus servidores, y capturaron a muchos hombres.

Gilipo se dirigió personalmente a las ciudades y se dedicó 10
a incitar y a unir estrechamente a su bando a todos los que respondían a su invitación y estaban dispuestos a colaborar. De manera que Nicias se desanimó al comprobar el cambio de la situación y, de ese modo, retornó a sus consideraciones iniciales. Escribió a los atenienses pidiéndoles que enviaran otro ejército o que retiraran ése de Sicilia, y les rogó que al menos lo liberasen a él del mando a causa de su enfermedad[110].

Ya con anterioridad los atenienses se habían mostrado **20**
dispuestos a enviar otra fuerza a Sicilia; pero los que contribuían en primer lugar a los gastos de la guerra habían provocado muchos retrasos por envidia hacia la gran suerte de Nicias[111]. Así que sólo entonces se apresuraron a mandar

---

[109] Cf. Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso* VII 5-7 y 11, 2.

[110] Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso* VII 10-15; 8, 2, reproduce esta carta de Nicias y explica que Nicias temía ser malinterpretado si no enviaba su mensaje por escrito.

[111] Seguimos la interpretación de Holden para la expresión *tōn prōton prattoménōn* de los manuscritos.

2 ayuda. Estaba previsto que Demóstenes zarpase con una gran flota después del invierno; pero Eurimedonte partió antes, en pleno invierno, llevando dinero y anunciando que Eutidemo y Menandro habían sido elegidos estrategos, entre los que estaban ya allí en el ejército, para compartir el mando con Nicias[112].

3 En ese momento Nicias fue atacado de improviso por tierra y por mar. Por lo que respecta a la flota, aunque en un primer momento iba siendo vencido, logró rechazar las naves enemigas y hundir muchas de ellas. En cambio, no llegó a tiempo para ayudar a la infantería, y Gilipo, con un ataque rápido, se adueñó de Plemirio, donde se apoderó de todo lo que los atenienses tenían almacenado —los aparejos de las trirremes y mucho dinero— y mató o hizo prisioneros a no pocos hombres. Lo más grave fue que privó a Nicias de un fácil aprovisionamiento. En efecto, el transporte a través de Plemirio había sido seguro y rápido mientras los atenienses lo ocupaban; pero, una vez que fueron expulsados, se hacía con dificultad y había que luchar con los enemigos que fondeaban
4 allí para vigilarlo[113]. Además, los siracusanos se dieron cuenta también de que su flota había sido vencida, no por la fuerza militar de los enemigos, sino por su propio desorden en el momento de la persecución. Así pues, atacaron de nuevo con un preparativo mayor[114].

5 Nicias no quería librar un combate naval y decía, en cambio, que era una gran necedad hacer frente a los enemigos con unas tropas inferiores en número y defectuosamente equipadas, cuando estaba de camino hacia ellos una flota tan grande

---

[112] Cf. Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso* VII 16, 1-2, y 17, 1.

[113] Cf. Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso* VII 22-24: estos hechos se sitúan en el 413 a. C. Se conoce como Plemirio un promontorio situado al Sur del Puerto Grande de Siracusa; cf. Tucídides, VII 4, 4.

[114] Cf. Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso* VII 25, 9, y 36, 2.

con fuerzas intactas, guiada a toda prisa por Demóstenes[115].
Menandro y Eutidemo, que acababan de alcanzar el poder, 6
sentían una ambición envidiosa de los otros dos estrategos y pretendían adelantarse a Demóstenes y sobrepasar a Nicias
mediante alguna acción notable. El pretexto era la gloria de 7
la ciudad, la cual, según afirmaban, se arruinaría y extinguiría totalmente si se asustaban ante un ataque naval de los siracusanos. Y así lo obligaron a combatir por mar.

Según cuenta Tucídides, a un piloto corintio llamado Aris- 8
tón se le ocurrió una estratagema, relacionada con la comida, que colaboró a la derrota de los atenienses[116]. Luego, los atenienses fueron dominados por la superioridad enemiga y perdieron a muchos hombres[117]. Un gran desánimo se apoderó de Nicias, que había sufrido cuando estaba solo y fracasaba de nuevo por culpa de sus colegas.

En ese momento Demóstenes hizo su aparición frente 21
a los puertos con un preparativo espléndido y un aspecto terrible para los enemigos. En setenta y tres naves llevaba cinco mil hoplitas y no menos de otros tres mil hombres entre lanzadores de jabalina, arqueros y honderos. Además, iba preparado teatralmente para aterrorizar a los enemigos con el adorno de las armas, las insignias de las trirremes y la
multitud de cómitres y de flautistas[118]. Pues bien, como cabría 2
esperar, la situación de los siracusanos volvía a ser bastante incierta, ya que veían que no llegaban a ningún resultado ni

[115] Plutarco atribuye a Nicias la voluntad de no combatir, mientras que Diodoro Sículo, *Biblioteca histórica* XIII 10, 4 la adscribe en general a los atenienses.

[116] Plutarco resume a Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso* VII 39-40. La estratagema de Aristón consistió en que los soldados comieron rápidamente junto a las naves y atacaron luego por sorpresa a los atenienses.

[117] Cf. Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso* VII 41, 1-4.

[118] Cf. Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso* VII 42, 1-2, donde se menciona la misma cantidad de hoplitas, pero no figura cantidad alguna para el resto de las fuerzas.

a ninguna solución, sino que se esforzaban en vano y mo-
3 rían inútilmente. Pero Nicias disfrutó durante poco tiempo de la presencia de esta fuerza, puesto que ya la primera vez que se reunieron para deliberar, Demóstenes aconsejó atacar inmediatamente a los enemigos y, afrontando un riesgo inminente y total, conquistar Siracusa o regresar a casa[119]. Lleno de temor y sorpresa ante la intensidad de su audacia, Nicias
4 le pidió no actuar a la desesperada ni insensatamente, pues, a su juicio, la dilación perjudicaba a los enemigos, que ya no tenían dinero ni podrían disponer de sus aliados durante mucho tiempo, de manera que, en cuanto se vieran agobiados por la necesidad, volverían a dirigirse a él, como antes, para
5 llegar a un acuerdo. Desde luego, no eran pocos los hombres de Siracusa que estaban en tratos secretos con Nicias y que le pedían que esperase, diciéndole que la guerra les causaba un sufrimiento desmedido, que no soportaban a Gilipo y que, a poco que se incrementasen sus desgracias, se rendirían total-
6 mente. Nicias hacía alguna alusión a estos contactos, pero no quería hablar de ellos públicamente. De este modo se granjeó fama de cobarde entre ‹los otros› estrategos, quienes estaban convencidos de que con este comportamiento Nicias volvía a aquella forma de actuar —a la parsimonia, las dilaciones y los retrasos— con la que había echado a perder el momento de mayor vigor de sus hombres, al haberse enfrentado a los enemigos, no directamente, sino cuando ya estaba cansado y les inspiraba desprecio. Por todo ello, los otros estrategos se pusieron de parte de Demóstenes, y Nicias, aunque a duras penas, se vio obligado a ceder.

7 En ese momento, pues, Demóstenes atacó por la noche las Epípolas con el ejército de tierra. Como pilló por sorpresa a los enemigos, mató a algunos antes de que se dieran cuenta del ataque y puso en fuga a los que intentaron defender-

[119] Cf. Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso* VII 42, 2-5.

se[120]. Logró la victoria, y siguió avanzando sin detenerse hasta
que se encontró con los beocios. Éstos fueron, en efecto, los 8
primeros que, agrupándose y dirigiéndose juntos contra los
atenienses, con las lanzas en ristre y gritos de guerra, logra-
ron rechazarlos y abatir a muchos allí mismo[121]. El terror y la
confusión se extendieron rápidamente por todo el ejército. Los
que todavía estaban venciendo se mezclaban con los que huían
y los que se dirigían al ataque, al ser frenados en su avance
por los que estaban de retirada, iban cayendo sobre sus propias
tropas, pues creían perseguir a enemigos en fuga cuando en
realidad estaban confundiendo a los suyos con enemigos. El 9
encuentro desordenado en un mismo lugar, el miedo y la ig-
norancia, así como la incertidumbre de la visión en una noche
que no ofrecía ni una oscuridad total ni una luz segura, fueron,
sin duda, las causas de que los atenienses se vieran aboca-
dos a una dificultad y una desgracia terribles. Aquella noche,
como suele ocurrir cuando la luna es ya menguante y además
está rodeada por las sombras de muchas armas y cuerpos que
se mueven a través de su luz, la vista no permitía distinguir
las formas con claridad, y el miedo al enemigo convertía en
sospechoso incluso al amigo[122]. Casualmente, además, tenían 10
la luna casi a sus espaldas y por eso, al proyectar sus propias
sombras, ellos mismos ocultaban la cantidad y el brillo de sus
armas, mientras que el reflejo de la luna en los escudos de los
enemigos hacía que éstos pareciesen más y mejor armados.
Finalmente, los atenienses cedieron cuando ya recibían el ata- 11
que de los enemigos por todas partes. Al huir, unos murieron
a manos de aquéllos; otros, a manos de sus propios compañe-

[120] Cf. Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso* VII 43, 2. Esta batalla nocturna de las Epípolas tuvo lugar en julio del 413 a. C.

[121] Cf. Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso* VII 43, 7. Los siracusanos contaban con estas tropas beocias que habían sido enviadas en su ayuda, cf. Tucídides, VII 19, 3; 25, 3.

[122] Cf. Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso* VII 44, 2.

ros de armas; y algunos, incluso, cayeron por los barrancos. Al día siguiente los caballeros capturaron y dieron muerte a los que se habían dispersado y andaban errantes. Hubo dos mil muertos y de los supervivientes pocos lograron salvar las armas[123].

22 Pues bien, con este golpe Nicias veía cumplidos sus temores, de manera que recriminó a Demóstenes su temeridad. Tras defenderse de esta acusación, Demóstenes propuso regresar lo más rápidamente posible, pues —según afirmaba— ya no les llegaría ninguna otra fuerza, y no podrían vencer a los enemigos con la que tenían en ese momento. En cualquier caso —añadía—, aunque los vencieran, debían cambiar de posición y abandonar aquel lugar que, según les habían dicho, era siempre incómodo y malsano para un campamento; pero que en
2 aquella estación, como estaban viendo, era incluso letal. Era, es cierto, el principio del otoño; muchos hombres ya estaban enfermos y, desde luego, todos estaban desanimados[124].

A Nicias no le gustó oír hablar de retirada y de regreso, no porque no temiera a los siracusanos, sino porque lo asustaban
3 más los atenienses con sus procesos y sus delaciones[125]. Así pues, argumentó que allí no les aguardaba nada que debiera asustarlos, pero que si llegaba a ocurrir algo, preferiría morir a manos de los enemigos antes que a manos de sus conciudadanos[126]. En esta forma de pensar no coincidía con León de

[123] Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso* VII 45, 2, habla de una gran pérdida de hombres y una aún mayor de armas, pero sin cifras. Diodoro Sículo, *Biblioteca histórica* XIII 11, 5, contabiliza dos mil quinientos muertos. Los detalles del relato de esta batalla que no están en Tucídides pueden proceder de una fuente siciliana.

[124] Se ha supuesto que los soldados padecían malaria. Cf. K. J. Dover, *A Historical Commentary...*, pág. 424.

[125] Cf. Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso* VII 47, 1-3. Sobre estas delaciones o *sicophantías* cf. Plutarco, *Solón* 24, 4, y *Moralia* 523B.

[126] Cf. Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso* VII 48, 1-6, donde se exponen ampliamente el pensamiento y los argumentos de Nicias.

Bizancio, quien diría un tiempo después a sus conciudadanos: «Prefiero morir a vuestras manos que a vuestro lado»[127]. Sin embargo, en cuanto al lugar y al sitio adonde podrían llevar el campamento, Nicias añadió que lo decidirían con tranquilidad.
Como con su primer plan no había logrado ningún éxito, ante 4
estos argumentos Demóstenes abandonó su propósito. Por otra parte, dio a entender a los demás que si Nicias se oponía con tanta fuerza a la retirada era porque confiaba en sus amigos de la ciudad y estaba esperando algo de ellos. Así que ellos también cedieron.

Sin embargo, los siracusanos recibieron otro ejército de 5
refuerzo, y en las filas de los atenienses la enfermedad estaba cada vez más extendida, de manera que finalmente incluso Nicias compartió la opinión de cambiar de posición y dio orden a los soldados de que estuvieran listos para embarcar[128].

Todos los preparativos para llevar a cabo este plan esta- **23**
ban dispuestos, y ningún enemigo vigilaba a los atenienses, porque, desde luego, nadie sospechaba nada. Pero una noche se produjo un eclipse de luna, y este hecho causó un gran temor a Nicias y a todos cuantos, por ignorancia o superstición, sentían terror ante tales fenómenos[129].

Lo cierto es que la mayoría de las personas comprendía 2
ya en aquella época que el oscurecimiento del sol que tiene lugar el trigésimo día del mes se debe, por una u otra razón, a la luna. Respecto a la propia luna, en cambio, no era fácil de entender cómo pasa de repente de estar llena a perder su luz y lanzar reflejos de diversos colores, y con qué otro cuerpo celeste se encuentra para que esto ocurra. Así que se interpretaba como un fenómeno prodigioso y un signo enviado por la

[127] Sobre este personaje del siglo IV a. C, gobernador de Bizancio durante el asedio de Filipo en el 340 a. C., cf. PLUTARCO, *Foción* 14, 7.

[128] Cf. TUCÍDIDES, *Historia de la Guerra del Peloponeso* VII 49, 4-50, 3.

[129] Cf. TUCÍDIDES, *Historia de la Guerra del Peloponeso* VII 50, 4, con alguna expresión casi idéntica. Este eclipse se produjo el 27 de agosto del 413 a. C.

3 divinidad, precursor de grandes desgracias[130]. Ciertamente, el primero que había escrito con gran claridad y coraje una obra sobre las fases cambiantes de la luna fue Anaxágoras[131]. Pero Anaxágoras era entonces joven todavía y sus teorías no eran famosas, sino que por el momento circulaban en secreto, entre
4 pocas personas de confianza y con ciertas precauciones, pues no se soportaba a los físicos ni a los que entonces se llamaba «charlatanes de las nubes», ya que se creía que destruían lo divino con sus absurdas causas, sus fuerzas ciegas y sus acontecimientos necesarios[132]; es más, Protágoras fue condenado al exilio, Anaxágoras encarcelado y a duras penas liberado por Pericles, y Sócrates, pese a que no tenía nada que ver con este tipo de investigaciones, pereció también a causa de la
5 filosofía[133]. Más tarde resplandeció la fama de Platón gracias a su forma de vida y al hecho de que Platón había subordinado las necesidades físicas a los principios divinos, más poderosos que ellas. De este modo disipó la difamación surgida en torno a estas doctrinas y permitió que sus teorías resultaran accesi-
6 bles a todas las personas. Y así, por ejemplo, cuando en cierta ocasión su amigo Dión iba a zarpar de Zacinto para dirigirse contra Dionisio, se produjo un eclipse de luna, y a pesar de ello Dión zarpó sin sentir ningún temor, arribó a Siracusa y finalmente expulsó al tirano[134].

[130] El eclipse de luna se produce con luna llena, es decir, el día 29 o 30 del mes, ya que se trata de un calendario lunar; cf. PLUTARCO, *Moralia* 368D-E.

[131] Cf. PLATÓN, *Crat.* 409a. Sobre la relación de Anaxágoras de Clazómenas con Pericles, cf. PLUTARCO, *Pericles* 5-6.

[132] Cf. PLATÓN, *Fedro* 270a y *Política* 299b.

[133] En *Pericles* 32, 5 PLUTARCO da otra versión de lo ocurrido con Anaxágoras: Pericles, temiendo por él, lo alejó de Atenas. El valor como documento histórico de este pasaje sobre los procesos de impiedad no es unánimemente aceptado por la crítica; cf. L. PICCIRILLI, págs. 300-301.

[134] Cf. *Dión* 24, 1-3. Este eclipse se produjo el 9 de agosto del 357 a. C. Cf. PLATÓN, *Laques*, 198e-199a.

En el caso de Nicias, sin embargo, se dio la circunstancia 7 de que en ese momento ni siquiera contaba con un adivino experto, pues había muerto hacía poco tiempo Estilbides, el adivino que solía ir con él y lo liberaba de gran parte de sus supersticiones[135]. Además, según dice Filócoro, el presagio no 8 era malo para quienes estaban tratando de huir, sino incluso muy bueno, pues las acciones que se hacen con miedo requieren disimulo y la luz les resulta hostil[136]. Finalmente, y esto es 9 lo más importante de todo, la protección frente a los signos del sol y la luna solía hacerse durante tres días, según ha escrito Autoclides en sus *Exegéticas*; pero Nicias convenció a los atenienses para esperar otro período completo, como si no hubiera visto que la luna se purificaba nada más traspasar la zona de sombra causada por la interposición de la tierra[137].

Despreocupándose de todo lo demás, Nicias se quedó ha- 24 ciendo sacrificios y consultando a los adivinos; y no se movió de allí hasta que recibieron el ataque de los enemigos, que asediaron las murallas y el campamento ateniense con las tropas de tierra y cercaron el puerto con la flota[138]; y no sólo estaban ellos mismos con las trirremes, sino que además los muchachos se subían a los barcos de los pescadores, se acercaban a los atenienses por todas partes y los provocaban e insultaban. Una nave ateniense persiguió y capturó a uno de estos mucha- 2 chos, un joven de familia ilustre llamado Heraclides que se había adelantado con su embarcación. Preocupado por él, su

[135] Cf. *supra* 4, 2.

[136] *FGrHist* 328F 135. En su *Vida de Teseo,* Plutarco cita con frecuencia a este atidógrafo del siglo IV a. C.

[137] Según TUCÍDIDES, *Historia de la Guerra del Peloponeso* VII 50, 4, y DIODORO SÍCULO, *Biblioteca histórica* XIII 12, 6, son los adivinos los que dan este consejo a Nicias. Parece, pues, que Plutarco hace recaer la responsabilidad sobre Nicias subrayando su superstición e indecisión; cf. L. PICCIRILLI, pág. 304.

[138] En TUCÍDIDES, *Historia de la Guerra del Peloponeso* VII 59, 3; 69, 4, y DIODORO SÍCULO, *Biblioteca histórica* XIII 14, 1-2, estos hechos se sitúan antes de la última batalla.

tío Pólico se lanzó contra los atenienses con las diez trirremes que mandaba, y los demás, temiendo por Pólico, se pusieron
3 igualmente en movimiento[139]. Tuvo lugar un violento combate naval en el que los siracusanos lograron la victoria y mataron a Eurimedonte, además de a otros muchos hombres[140].

4 Así pues, los atenienses ya no podían esperar más y pidieron a gritos a los estrategos que emprendiesen la retirada por tierra, pues los siracusanos, nada más lograr la victoria,
5 habían interceptado y clausurado la salida del puerto. Pero Nicias no hizo caso a esta petición, pues le parecía terrible abandonar tantos barcos de carga y casi doscientas trirremes. Embarcó a los mejores soldados de infantería y a los lanzadores de jabalina más valientes y con ellos llenó ciento diez
6 trirremes, pues las demás no tenían remos. Tras abandonar el gran campamento y la parte del muro que lindaba con el santuario de Heracles, colocó el resto de las tropas a lo largo de la costa[141]. De esta forma, como hasta entonces los siracusanos no habían ofrecido a Heracles el sacrificio acostumbrado, sus sacerdotes y sus estrategos se dirigieron en ese momento al templo e hicieron sacrificios, mientras los atenienses todavía estaban llenando las trirremes.

25 Los atenienses zarparon cuando ya los sacerdotes habían anunciado a los siracusanos, de acuerdo con el presagio de las víctimas, que lograrían una brillante victoria si no comenzaban ellos la batalla y sólo se defendían. Ciertamente, Heracles
2 logró todas sus victorias defendiéndose de algún ataque. La batalla naval fue con mucho la más importante y la más vio-

[139] La anécdota no aparece, claro está, en Tucídides. Diodoro Sículo, *Biblioteca histórica* XIII 14, 4, menciona sin más la presencia de los muchachos, pero en la última batalla.

[140] Cf. Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso* VII 52, 2, y Diodoro Sículo, *Biblioteca histórica* 13, 3-4.

[141] Cf. Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso* VII 69, 3, donde no se menciona el santuario.

lenta, y no provocó menos dolor y confusión entre los que la contemplaban que entre los que participaban en la lucha, pues era posible observar cómo toda la acción, con sus cambios variados e inesperados, se desarrollaba en un pequeño espacio[142]. Además los atenienses resultaron dañados no menos
por sus propios preparativos que por los de sus enemigos. En 3
efecto, lucharon con naves pesadas y próximas unas a otras, frente a naves ligeras que atacaban unas por un sitio y otras por otro; y mientras los enemigos los golpeaban con piedras que producían un impacto semejante viniesen de donde viniesen, ellos respondían con dardos y flechas cuya trayectoria resultaba desviada por la agitación del mar, de manera que no todas las puntas de los proyectiles alcanzaban su objetivo. Los siracusanos habían aprendido esta táctica del piloto corintio Aristón, quien luchando valientemente cayó durante la batalla cuando ya iban venciendo los siracusanos[143].

El desastre era enorme y se produjo una gran desbandada, 4
pero los atenienses tenían cortada la huida por mar y como veían que la salvación por tierra también era difícil, ya no impedían a los enemigos asaltar las naves ni pedían permiso para retirar a sus muertos, puesto que ante sus ojos se estaba produciendo el abandono de los enfermos y heridos, que era, desde luego, más lamentable que la privación de sepultura de aquéllos; y se consideraban a sí mismos más desgraciados incluso que todos ellos, pues creían que con mayores sufrimientos acabarían, en cualquier caso, teniendo el mismo fin[144].

Por la noche, mientras los atenienses se disponían a partir, 26
los siracusanos estaban haciendo sacrificios y celebrando la

---

[142] Cf. Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso* VII 70, 4 y 71, 1-3. Plutarco resume a continuación el relato tucidídeo de esta última batalla naval, VII 70, 1-72, 2. Cf. Diodoro Sículo, *Biblioteca histórica* XIII, 15, 3-17, 5.

[143] La muerte de este personaje no es mencionada por Tucídides. Cf. *supra* 20, 8.

[144] Cf. Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso* VII 72, 2.

victoria y la fiesta[145]. Al verlos así ocupados, Gilipo pensó que no podría convencerlos ni obligarlos para que salieran a atacar a los enemigos cuando éstos huyeran. Pero Hermócrates, por su cuenta, maquinó un engaño contra Nicias: le mandó a algunos de sus amigos, que se hicieron pasar por enviados de aquellos hombres con los que Nicias ya había tenido conversaciones secretas con cierta asiduidad; ellos le aconsejaron no emprender la marcha por la noche, pues, según le dijeron, los siracusanos se habían adelantado para ocupar los pasos y les
2 habían tendido emboscadas[146]. Engañado con esta estratagema, Nicias esperó para sufrir de verdad a manos de los enemigos lo que había temido falsamente, pues, al llegar el día, éstos salieron antes que ellos y ocuparon los puntos estratégicos de los caminos, bloquearon los pasos de los ríos, cortaron los puentes y colocaron a los caballeros en las planicies y en las llanuras, de manera que no quedara ni un solo lugar por el que los atenienses pudieran avanzar sin tener que luchar[147].
3 Los atenienses esperaron durante aquel día y durante la noche siguiente y luego, como si dejaran atrás su patria y no una tierra enemiga, se pusieron en camino llorando y lamentándose por la penuria de la situación y por el abandono de sus parientes y amigos heridos; convencidos, además, de que sus sufrimientos de entonces eran, con todo, más leves que los que les aguardaban[148].

4 Aunque podían verse muchas cosas terribles en el ejército ateniense, no había espectáculo más digno de lástima que el

---

[145] Cf. TUCÍDIDES, *Historia de la Guerra del Peloponeso* VII 73, 2.

[146] Sobre esta estratagema, cf. TUCÍDIDES, *Historia de la Guerra del Peloponeso* VII 73, 3-4. Una vez más Plutarco atribuye la responsabilidad del error directamente a Nicias, en tanto que Tucídides la hace recaer sobre los estrategos en general; cf. TUCÍDIDES VII 74.

[147] El pasaje muestra expresiones que coinciden con las de TUCÍDIDES, *Historia de la Guerra del Peloponeso* VII 74, 2.

[148] Cf. TUCÍDIDES, *Historia de la Guerra del Peloponeso* VII 74, 1; 75, 2; 75, 4-7.

que ofrecía el propio Nicias, quien se encontraba extenuado por la debilidad y se veía reducido, pese a su rango, a la dieta imprescindible y a los cuidados físicos mínimos, cuando eran muchas sus necesidades a causa de su enfermedad. Sin embargo, débil como estaba, Nicias hacía y soportaba con valor lo que muchos afrontaban a duras penas estando sanos; y para todos resultaba evidente que no era por apego a su propia vida por lo que Nicias seguía esforzándose, sino que era más bien
por sus hombres por los que no perdía la esperanza. Desde 5
luego, mientras los demás se entregaban a las lágrimas y a las lamentaciones por miedo y pena, estaba claro que él lo hacía, si no podía evitarlo, porque sopesaba la vergüenza y deshonor de la expedición en relación con la grandeza y la gloria
de los éxitos que él había esperado obtener. Y su sufrimiento 6
parecía todavía más inmerecido si, además de contemplar su aspecto, se recordaban los discursos y exhortaciones que había pronunciado cuando trataba de impedir la expedición. Los atenienses ya no tenían ánimos para esperar nada de parte de los dioses, pues estaban viendo cómo un hombre piadoso y que en muchas ocasiones había favorecido a los dioses de forma magnífica no disfrutaba de un destino más benévolo que los demás hombres del ejército, ni siquiera que los más viles y malvados[149].

Ahora bien, con sus palabras, su aspecto y sus gestos ama- 27
bles, Nicias trataba de mostrarse más fuerte que su desgracia. Además, durante los ocho días de marcha mantuvo invictas sus tropas personales, a pesar de que los enemigos las atacaron y dispararon contra ellas. Hasta que fueron capturados Demóstenes y sus hombres. Éstos habían sido rodeados mientras
luchaban rezagados en torno al recinto de Polizelo. El propio 2
Demóstenes había sacado su espada y se había herido a sí

[149] En cuanto al famoso y controvertido juicio de Tucídides sobre Nicias, cf. Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso*, VII 86, 5, y 76-78, 1-2.

mismo; pero no había muerto, porque los enemigos lo habían rodeado rápidamente y se lo habían llevado[150].

3 Una vez que Nicias hubo confirmado, gracias a su caballería, la noticia que le habían hecho llegar los siracusanos sobre la captura de aquella parte del ejército, pidió a Gilipo que aceptase un acuerdo para dejar salir a los atenienses de Sicilia, quedándose con rehenes como garantía del pago de cierta cantidad de dinero, exactamente la cantidad que los sira-
4 cusanos habían gastado en la guerra. Pero ellos no atendieron su petición. Al contrario: después de amenazarlo e insultarlo, llenos de cólera e insolencia, lo atacaron cuando ya se encontraba en situación de necesidad extrema. No obstante, él resistió durante la noche; y al día siguiente, mientras seguían atacándolo, avanzó hasta el río Asínaro[151].

5 Allí los enemigos se lanzaron contra los atenienses y arrojaron a algunos a la corriente, mientras que otros, a causa de la sed, se les habían adelantado arrojándose ellos mismos. Entonces se produjo en el río una matanza muy cruel y de enormes proporciones, pues los hombres bebían en él y en él morían degollados. Hasta que Nicias se arrojó a los pies de Gilipo y le dijo: «Vosotros que estáis venciendo, Gilipo, tened piedad, no de mí, que he conseguido renombre y gloria por éxitos tan importantes, sino de los demás atenienses. Pensad que las vicisitudes de la guerra son comunes para todos y que los atenienses se han servido de ellas con moderación y bondad cuando han resultado victoriosos frente a vosotros».

---

[150] Plutarco resume a Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso* VII 78-82, donde no se mencionan, sin embargo, ni Polizelo ni la tentativa de suicidio de Demóstenes. Tampoco lo hace Diodoro Sículo, *Biblioteca histórica* XIII 19, 2. Polizelo es la actual *Contrada Gallina*.

[151] Cf. Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso* VII 83-84. El río Asínaro se identifica con el actual *Fiumara di Noto* o *Falconara*, al sur del Noto, o bien con el actual *Tellaro*.

Mientras Nicias hablaba de tal modo, tanto su aspecto 6
como sus palabras causaron cierta emoción a Gilipo, pues sabía que los lacedemonios habían recibido de él un buen trato en el momento de concluirse la paz[152]. Gilipo creía, además, que el hecho de llevarse como prisioneros a los estrategos enemigos contribuiría mucho a su gloria. Por eso 7
acogió a Nicias, le dio ánimos y ordenó que capturaran a los demás hombres. Pero como la orden se difundió con lentitud, los que se salvaron fueron muchos menos que los muertos. Con todo, los soldados evitaron la muerte a muchos hombres[153].

Tras reunir a los hombres que habían sido capturados a 8
la vista de todos, colgaron las armas de los prisioneros de los árboles más grandes y más hermosos que había a la orilla del río, y ellos mismos se coronaron, adornaron magníficamente ‹sus propios› caballos y cortaron las crines a los de los ene- 9
migos. Así entraron en la ciudad después de haber librado la lucha más brillante que libraron nunca griegos contra griegos y haber logrado la victoria más completa gracias a la enorme fuerza y vigor de su virtud y de su valor[154].

En una asamblea que celebraron en común los siracusa- **28**
nos y sus aliados, el demagogo Euricles propuso, en primer lugar, considerar sagrada la fecha en que había sido capturado Nicias: un día de fiesta en que se celebrarían sacrificios y se descansaría del trabajo, que recibiría del río el nombre de Asinarias[155]; se trataba del veintiséis del mes carneio, que 2

[152] Alude a la paz de Nicias y a los prisioneros de Esfacteria; cf. *supra* 9, 6.

[153] Los soldados vendieron clandestinamente a muchos atenienses, cf. Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso* VII 85, 3.

[154] Cf. Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso* VII 86, 1, y 87, 5, donde no figuran, sin embargo, los detalles de esta entrada triunfal.

[155] Cf. Diodoro Sículo, *Biblioteca histórica* XIII 19, 4, donde se atribuye esta iniciativa a un tal Diocles.

los atenienses llaman metagitnión[156]. Además, propuso vender como esclavos a los servidores de los atenienses y a sus demás aliados, y encerrar bajo vigilancia en las canteras a los propios atenienses y a sus aliados de Sicilia. Con la excepción de los estrategos, para los que propuso la muerte.

3 Los siracusanos aceptaron esta propuesta, y cuando Hermócrates dijo que más importante que vencer es hacer un buen uso de la victoria, se levantó un alboroto desaforado en contra suya[157]. Cuando Gilipo, por su parte, solicitó llevarse como prisioneros a Lacedemonia a los estrategos atenienses, llenos de insolencia a causa de sus éxitos, los siracusanos lo cubrieron de insultos[158]. Durante la guerra habían soportado con dificultad, entre otras cosas, su rudeza y su autoridad laconia,
4 y, según afirma Timeo, habían reconocido también su codicia y su mezquindad, debilidad esta de herencia paterna, pues su padre, Cleándridas, había sido desterrado también bajo la acusación de soborno[159]. El propio Gilipo sustrajo treinta talentos de los mil que Lisandro había enviado a Esparta y los escondió bajo el tejado de su casa. Luego fue denunciado y desterrado con la mayor de las vergüenzas. Pero estos hechos están expuestos con más detalle en la vida de Lisandro[160].

5 En cuanto a Demóstenes y a Nicias, Timeo no dice que murieran por orden de los siracusanos, como han escrito Filisto y Tucídides[161]. Dice, en cambio, que Hermócrates les envió

[156] La referencia a este mes (julio-agosto) plantea problemas cronológicos; cf. L. Piccirilli, pág. 309.

[157] Cf. Diodoro Sículo, *Biblioteca histórica* XIII 19, 5.

[158] Cf. *supra* 27, 6, y Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso* VII 86, 2.

[159] *FGrHist* 566F 100b. Cf. *supra* 19, 5; *Pericles* 22, 2-4, y Diodoro Sículo, *Biblioteca histórica* XIII 106, 10, donde recibe el nombre de Clearco.

[160] Cf. Plutarco, *Lisandro* 16.

[161] Cf. *FGrHist* 566F 101, para Timeo y *FGrHist* 556F 55, para Filisto. Timeo trata de exculpar a los siracusanos y de dar prestigio a la figura del moderado Hermócrates.

un aviso mientras la asamblea todavía estaba reunida, y que ellos mismos se quitaron la vida con la colaboración de uno de los guardianes. Sus cuerpos, sin embargo, fueron arrojados junto a las puertas y allí yacieron a la vista de los que quisieran contemplarlos[162].

He oído decir que hasta ahora mismo se enseña en Siracu- 6
sa un escudo, engastado con tejidos de oro y de púrpura perfectamente entretejidos, que se halla en un santuario. Según se asegura, es el de Nicias.

La mayoría de los atenienses murieron en las canteras por 29
enfermedad o por la escasa dieta, pues recibían cada día dos *cótilas* de cebada y una de agua[163]. Fueron vendidos no pocos hombres que se habían ocultado o se habían hecho pasar por servidores; les tatuaban un caballo en la frente y los vendían 2
como esclavos[164]. Hubo algunos, no obstante, que sobrellevaron la esclavitud y esta práctica que la acompañaba; a ello colaboraron su pudor y su buena educación. Lo cierto es que, o bien fueron liberados enseguida, o bien se quedaron con quienes los habían comprado y recibieron un trato honorable. Algunos incluso se salvaron gracias a Eurípides. Al parecer, 3
los griegos de fuera de Grecia que más ansiosamente reclamaban la musa de Eurípides eran, en verdad, los de Sicilia, y cada vez que alguien llegaba a la isla con una pequeña muestra que degustar, la aprendían de memoria y se la enseñaban unos a otros con satisfacción. Así, ciertamente, dicen que muchos 4
de los que entonces volvieron a casa sanos y salvos saludaban amistosamente a Eurípides. Algunos le contaban que habían sido liberados de su esclavitud por haber enseñado a sus

[162] Cf. Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso* VII 86, 2.

[163] Cf. Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso* VII 87, 2, y Diodoro Sículo, *Biblioteca histórica* XIII 19, 4. La *cótila* equivale aproximadamente a poco más de un cuarto de litro.

[164] El tatuaje de los esclavos era una práctica habitual. En este caso se representa a un caballo, probablemente, por ser el símbolo de Siracusa.

dueños todos los poemas suyos que recordaban de memoria;
otros, que habían recibido agua y comida por haber cantado
sus versos líricos mientras andaban errantes tras la batalla[165].
5 Por tanto, no hay que extrañarse por esa historia que se cuenta
sobre los caunios[166]: cuando en cierta ocasión se aproximó a
los puertos de Siracusa un barco que huía de unos piratas,
en un primer momento no lo dejaron entrar y lo rechazaron.
Más tarde, en cambio, preguntaron a los caunios que iban en
él si conocían cantos de Eurípides y como dijeron que sí, les
dejaron meter el barco en el puerto.

30 Se cuenta que la desgracia resultó increíble para los ate-
nienses, sobre todo a causa del mensajero que llevó la noticia.
Al parecer, en efecto, un extranjero desembarcó en el Pireo, se
sentó en la tienda de un barbero y se puso a hablar de lo suce-
2 dido como si los atenienses ya estuvieran al tanto. El barbero
lo oyó e, inmediatamente, antes de que otros se enterasen,
salió corriendo hacia la ciudad y se fue en busca de los magis-
trados. Enseguida se difundió la noticia por el ágora. Como es
natural, reinaron la confusión y el asombro. En estas circuns-
tancias, los magistrados convocaron una asamblea y llevaron
3 allí al hombre; pero cuando le preguntaron quién le había dado
la información, él no fue capaz de explicar nada con claridad.
Así que pensaron que era un fabulador que estaba tratando
de provocar agitación en la ciudad; lo ataron a la rueda y lo
torturaron durante mucho tiempo, hasta que vino alguien que
contó todo el desastre tal y como había ocurrido[167]. ¡Tan difícil
de creer resultaba el hecho de que Nicias hubiera sufrido los
males que él les había predicho una y otra vez!

---

165 Cf. Sátiro, *Vida Eur.* 39 XIX 9-34.

166 Cauno es una ciudad del Sur de Caria.

167 Plutarco menciona también esta anécdota del barbero en *Moralia* 509 A-C, y Ateneo, *Banquete de los eruditos* IX 407a-b, recoge otra versión. El instrumento de tortura de la rueda es mencionado por Plutarco en *Foción* 35, 1.

CRASO

Marco Craso, cuyo padre había sido censor y disfruta- 1
do de los honores del triunfo, se crió con sus dos hermanos
en una casa modesta. Cuando todavía vivían sus padres, sus 2
hermanos ya estaban casados, y todos compartían la misma
mesa. Así que debido especialmente a esa circunstancia, al
parecer, llegó a ser prudente y moderado en su forma de vida.
Cuando murió uno de sus hermanos, se casó con la mujer 3
de éste y con ella tuvo a sus hijos. En este aspecto fue tan
ordenado como cualquier romano[1]. Sin embargo, cuando ya 4
tenía una edad avanzada, fue acusado de tener relaciones con
Licinia, una de las vestales, y Licinia fue perseguida en un
proceso entablado por un cierto Plotio. Craso la frecuentaba 5
y le dedicaba atenciones porque quería adquirir a bajo precio
una bella propiedad que ella poseía en un suburbio, y por esa
razón se atrajo aquella sospecha; pero se defendió de la acu-
sación de seducción apelando de alguna manera a su codicia,

[1] El padre de Craso, P. Licinio Craso Dives, fue cónsul en el 97 a. C., procónsul en la Hispania Ulterior del 96 a. C. al 93 a. C. y censor en el 89 a. C. PLUTARCO refleja en este pasaje su admiración por la frugalidad y modestia de las antiguas familias patriarcales romanas, como hace también en *Emilio* 5, 6-10. Sobre la familia de Craso, cf. también CICERÓN, *Pro Caelo* 9; y sobre su mujer, PLUTARCO, *Cicerón* 25, 5, y SUETONIO, *César* 50, 1.

y los jueces lo absolvieron. Por lo que respecta a Licinia, no
la dejó hasta que se hizo con su propiedad[2].

2 Pues bien, los romanos dicen que la codicia era el único
vicio que oscurecía las muchas virtudes de Craso. Pero ‹no›
era el único, sino, al parecer, el más fuerte de todos ellos, y por
2 eso los demás han quedado en la sombra. Se considera que la
mayor prueba de su codicia era la magnitud de su patrimonio
3 y el modo en que lo adquirió. En efecto, al principio no poseía
más de trescientos talentos y luego, durante el consulado, con-
sagró a Hércules el décimo de sus bienes, ofreció un banquete
al pueblo y de sus propios fondos procuró a cada romano una
provisión de grano para tres meses[3]. Sin embargo, cuando él
mismo hizo una estimación privada de su patrimonio antes de
la expedición contra los partos, se encontró con una fortuna
de siete mil cien talentos[4].

4 Y si hay que decir la verdad, aunque resulte poco pia-
dosa, la mayor parte de esta fortuna la consiguió gracias al
fuego y a la guerra, pues utilizó las desgracias públicas como
su mayor fuente de ingresos. Lo cierto es que cuando Sila
se apoderó de la ciudad y puso a la venta las propiedades de
los que iban pereciendo a sus manos, ya que las consideraba
y denominaba botín y quería que la mayoría de los notables
compartieran este sacrilegio, Craso no se abstuvo ni de coger
5 ni de comprar[5]. Además de esto, como veía que los incendios
y los derrumbamientos eran un mal endémico e inevitable en
Roma —debido a que los edificios eran muchos y muy pesa-

---

[2] Plutarco menciona también esta anédota en *Moralia* 89E. La anécdota procede tal vez de Fenestela; cf. Macrobio, *Saturnalia* I 10, 6.

[3] Se trata del primer consulado, en el 70 a. C. Sobre este diezmo a Hércules o *pollucturn*, cf. Plutarco, *Sila* 35, 1, y *Moralia* 267F.

[4] La riqueza de Craso es casi proverbial entre los autores antiguos, y se alude a ella con frecuencia, cf. Plinio el Viejo, *Historia natural* XXXIII 134, y Cicerón, *Ad Atticum* I 4, 3. Sobre su codicia, cf. Cicerón, *De officis* III 75.

[5] Cf. Plutarco, *Sila* 31-33 y 41, 5 e *infra* 6, 8.

dos—, compró esclavos arquitectos y constructores. Luego, cuando ya tenía más de quinientos, se dedicó a comprar los edificios incendiados y los próximos a éstos, pues los propietarios se los cedían a bajo precio a causa de su temor e incertidumbre; de manera que la mayor parte de Roma estaba en sus manos.

Pero, a pesar de disponer de tantos obreros, él mismo no 6
construyó nada más que su propia vivienda. Decía, por el contrario, que los aficionados a la construcción se arruinan ellos mismos sin necesidad de enemigos[6]. Aunque tenía muchas 7
minas de plata, tierras de inmenso valor y obreros que trabajaban en ellas, se podría creer, sin embargo, que todo esto no era nada en comparación con el valor de sus esclavos. Tantos y de tal mérito eran los que poseía: lectores, escribas, plateros, administradores, camareros... Él mismo dirigía su educación, se preocupaba de ellos y los instruía, pues consideraba, en suma, que incumbe al dueño de forma muy especial el gobierno de sus esclavos, que son instrumentos vivos de la economía doméstica. Y en esto tenía razón Craso, ya que consideraba, 8
según decía, que todo lo demás debe ser gobernado por los esclavos; pero que los esclavos deben ser gobernados por uno mismo. Vemos, desde luego, que la administración de la hacienda, cuando se refiere a asuntos materiales, es una cuestión de negocios; pero cuando tiene que ver con las personas es una cuestión política y de poder[7]. Sin embargo, no tenía razón 9
en aquello de creer y decir que no es rico nadie que no pueda mantener un ejército con su propia fortuna; pues «la guerra no se alimenta de porciones fijas», según dice Arquidamo, de manera que no se puede determinar la riqueza necesaria

[6] El comportamiento de Craso contrasta así con el de Lúculo, aficionado a las mansiones lujosas; cf. PLUTARCO, *Lúculo* 39, 2-41, 7.

[7] Cf. JENOFONTE, *Económicas* XXI 10; PLATÓN, *Política* 258b-c; ARISTÓTELES, *Política* I 1252a.

para la guerra[8]. Opinión esta de Craso bien distinta de la de
10 Manio Curio. Éste, ciertamente, tras haber distribuido a cada
uno de sus hombres catorce yugadas de tierra, como vio que
le reclamaban más, exclamó: «Ojalá no llegue a haber nin-
gún romano que considere pequeña una tierra que basta para
alimentarlo»[9].

3 Pero lo cierto es que Craso era generoso de forma intere-
sada incluso con sus huéspedes, pues su casa estaba abierta
a todos y prestaba dinero a sus amigos sin intereses; pero,
pasado el tiempo, lo reclamaba con dureza a aquel a quien se
lo había dado, y el don resultaba más oneroso que una gran
2 cantidad de intereses. Sus invitaciones a cenar eran, por lo
general, populares y vulgares. No obstante, su simplicidad
hacía que la alegre frugalidad resultase más agradable que el
gasto suntuoso.

3 En cuanto a su formación literaria, se ejercitó especial-
mente en el cultivo de una oratoria política. Llegó a ser uno
de los más hábiles oradores romanos y sobrepasó con estu-
4 dio y esfuerzo a los más capacitados[10]. Se dice que no había
causa, por insignificante o despreciable que fuese, a la que
acudiera sin preparación. Antes bien: cuando Pompeyo, César
o Cicerón dudaban en tomar la palabra, muchas veces era él
quien se hacía cargo de una defensa. Por eso tenía más éxito

[8] PLUTARCO cita también esta máxima en *Moralia* 190A y 219A, trad. de M. LÓPEZ SALVÁ, Madrid, 1987. El rey de Esparta, Arquidamo II, dirigió las tropas peloponesias en las primeras invasiones del Ática durante la Guerra del Peloponeso; y dio nombre a la primera fase de esta guerra, conocida como Guerra Arquidámica (431 a. C.-421 a. C.).

[9] Se ha sustituido en este pasaje el nombre de Mario que aparece en los manuscritos por el de Manio, pues PLUTARCO atribuye a este personaje esta misma máxima en *Moralia* 194 E. Cf. VALERIO MÁXIMO, IV 3, 5; PLINIO EL VIEJO, *Historia natural* XVIII, 18. Manio Curio venció a los samnitas y los sabinos en el 290 a. C. y a Pirro en el 275 a. C.

[10] Cf. CICERÓN, *Bruto* 233; 308; VELEYO PATÉRCULO, *Historia romana* II 36, 2, y TÁCITO, *Or.* 37.

que ellos, pues era diligente y servicial. Tenía éxito también 5
por su forma cordial y campechana de tratar y saludar a los
demás, pues a ningún romano que se encontraba, por humilde
o insignificante que fuese, dejaba de saludarlo afectuosamen-
te llamándolo por su nombre. También se dice que era muy 6
versado en historia, que tenía cierta formación en filosofía y
sentía inclinación por las doctrinas de Aristóteles. En esto tuvo
como maestro a Alejandro, un hombre que en su relación con
Craso dio pruebas de su buena disposición y de su docilidad.
Desde luego, no es fácil decir si era más pobre cuando comen- 7
zó a frecuentarlo o lo fue después de haber tenido trato con
él. Lo cierto es que a él, que era el único de sus amigos que
lo acompañaba en sus viajes, Craso le daba una capa para el
camino y a la vuelta se la reclamaba. [¡Ay, qué perseverancia, 8
y el esforzado no consideraba la pobreza como algo no dife-
rente.] Pero estos hechos ocurrieron más tarde[11].

En cuanto Cinna y Mario se hicieron con el poder, en 4
seguida estuvo claro que habían vuelto, no por el bien de
la patria, sino para destruir y aniquilar inmediatamente a la
aristocracia. Entre los que fueron apresados y murieron se
encontraban el padre de Craso y su hermano. En cambio él,
que todavía era muy joven, escapó del peligro inmediato; pero
cuando se vio cercado y acosado por todas partes por los ti-
ranos, se apresuró a huir con tres amigos y diez sirvientes
a Hispania, donde había vivido hacía algún tiempo cuando
su padre era procónsul y donde tenía amigos desde enton-
ces[12]. Como los encontró a todos asustados y temblando ante 2

[11] Se trata tal vez del filósofo peripatético Alejandro de Mileto, conocido como Polihistor, que fue esclavo en Roma tras haber sido capturado en la guerra mitridática.

[12] En el momento de la violenta llegada al poder de Cinna y Mario en el 87 a. C., Craso tendría casi treinta años, si se supone su nacimiento en el 115 a. C. o el 114 a. C., como se deduce del propio relato de PLUTARCO, cf. *infra* 17, 1. Sobre estos hechos, cf. PLUTARCO, *Marcelo* 41-44; *Pompeyo* 3, 1; 4, 1; *Sertorio* 4, 4-5, 4.

la crueldad de Mario, como si Mario ya estuviese sobre ellos, no se atrevió a presentarse ante ninguno, sino que se dirigió a unos campos de Vibio Paciano, próximos al mar, donde había
3 una cueva de buen tamaño y allí se escondió. Cuando comenzaron a escasear también las provisiones, envió un esclavo
4 a Vibio para ponerlo a prueba. Al recibir la noticia, Vibio se alegró de que estuviese a salvo y se informó del lugar en que se encontraba y del número de personas que lo acompañaban; pero no fue a verlo personalmente, sino que llevó hasta allí cerca al encargado de sus campos y le ordenó que preparase a diario comida, que la llevase hasta allí y, tras dejarla cerca de la roca, se marchase en silencio sin hacer averiguaciones indiscretas ni indagaciones; con la promesa de que lo mataría si actuaba con indiscreción y le daría la libertad si colaboraba
5 lealmente en esa empresa. La cueva no está lejos del mar y se encuentra rodeada por unas rocas que permiten pasar a través de un corredor estrecho y oscuro que conduce al interior; pero, una vez dentro, la altura aumenta de forma extraordinaria y a lo ancho tiene cavidades que se comunican entre sí mediante
6 grandes galerías. La cueva no carece de agua ni de luz, sino que una fuente de muy dulce corriente fluye junto a las rocas de la entrada; y las grietas de la roca, especialmente donde se juntan unas con otras, recogen la luz del exterior e iluminan
7 el lugar durante el día. Además, el aire del interior es seco y puro, debido al espesor de la roca que destila la humedad condensada.

5 Mientras Craso estuvo allí, el hombre iba cada día a llevarle lo necesario. Él mismo no los veía ni sabía quiénes eran, en cambio ellos sí lo veían a él, pues conocían el momento
2 exacto y lo espiaban. La comida era abundante y estaba elaborada para satisfacer el gusto, no sólo la necesidad. Vibio había

Sobre la muerte del padre de Craso, cf. Tito Livio, *Períocas* 80; Apiano, *Guerras Civiles* I, 72, y Cicerón, *Pro Sesto* 48.

decidido, efectivamente, atender a Craso con total devoción y se le había ocurrido, incluso, pensar en la edad de Craso, en que era muy joven, y había que tratar de proporcionarle los placeres propios de su edad, puesto que, a su juicio, darle sólo lo necesario sería propio de alguien que ayuda más por
obligación que por buena voluntad. Así que cogió a dos bellas 3
sirvientas y se dirigió hacia el mar. Cuando llegó al lugar, les
enseñó la entrada y les mandó que entrasen sin miedo. Al ver- 4
las aproximarse, las gentes de Craso temieron que el sitio hubiera sido descubierto y fuese conocido por mucha gente. Así
pues, les preguntaron qué querían y quiénes eran. Como ellas 5
contestaron, según les habían ordenado, que estaban buscando a un señor que se ocultaba en aquel lugar, Craso reconoció en esto el buen humor de Vibio y el afecto que le profesaba, y dejó entrar a las muchachas. Durante el resto del tiempo convivieron con él y eran las que se encargaban de comunicar y
transmitir a Vibio lo que Craso necesitaba. Fenestela cuenta 6
que él mismo vio a una de estas mujeres cuando ya era anciana y que oyó muchas veces cómo recordaba y explicaba esta historia con pasión[13].

Craso pasó ocho meses oculto de este modo y salió en **6**
cuanto se enteró de la muerte de Cinna[14]. Eligió dos mil quinientos hombres de entre los muchos que se reunieron en torno a él, se dirigió contra las ciudades y saqueó una sola, Malaca[15], según han escrito muchos historiadores. Pero también se dice que Craso lo negaba y se defendía contra los que decían esto.
Luego reunió unos barcos, cruzó a Libia y se reunió con Me- 2
telo Pío, un hombre ilustre que había congregado un ejército nada despreciable. No permaneció allí durante mucho tiempo porque se indispuso con Metelo, así que fue a reunirse con

[13] Sobre Fenestela, cf. nuestra *Introducción.*

[14] El asesinato de Cinna tuvo lugar en la primavera del 84 a. C.

[15] Málaga.

3 Sila, y éste lo tuvo en gran estima[16]. Cuando Sila cruzó a Italia, quiso tener como colaboradores a todos los jóvenes que estaban con él y encomendó a cada uno de ellos una misión diferente[17]. Entonces Craso, a quien había sido encomendado reunir un ejército en territorio de los marsos, le pidió escol-
4 tas, pues iba a pasar por territorio enemigo. Lleno de cólera, Sila le contestó vehementemente: «Te doy como escoltas a tu padre, a tu hermano, a tus amigos, a tus parientes, muertos de forma ilegal e injusta a manos de los asesinos a quienes yo estoy persiguiendo». Emocionado y exaltado de este modo, Craso se puso en marcha inmediatamente, se abrió paso con vigor a través de territorio enemigo, reunió una fuerza numerosa y en las luchas se mostró un ardiente defensor de la causa de Sila.

5 En aquellas acciones, según dicen, sintió por primera vez la rivalidad con Pompeyo por el ansia de gloria. En efecto, Pompeyo, que iba por detrás de él en edad y cuyo padre, poco estimado en Roma, había sido objeto de un odio extremo por parte de sus conciudadanos, actuó brillantemente en aquella ocasión y mostró su grandeza[18]. Hasta el punto de que Sila le concedió lo que no concedía muchas veces, ni siquiera a personas de más edad y de su mismo rango. Cuando Pompeyo se aproximaba, Sila se ponía en pie, se descubría la cabeza y lo
6 saludaba con el título de *imperator*[19]. Esta actitud inflamaba e irritaba a Craso, si bien es cierto que sufría ese menosprecio no sin razón. Desde luego, Craso era inferior en experiencia, y la gracia de sus hazañas se la arrebataban esos vicios de

---

[16] Q. Cecilio Metelo Pío, que ya había sido pretor en el 89 a. C., se dirigió a África tras su fracaso en la defensa de Roma frente a Mario y Cinna; cf. PLUTARCO, *Marcelo* 42, 5-6.

[17] Sila regresó a Italia en el 83 a. C.; cf. PLUTARCO, *Sila* 27.

[18] El padre de Pompeyo, Cneo Pompeyo Estrabón, había sido cónsul en el 89 a. C.; cf. PLUTARCO, *Pompeyo* 1.

[19] Cf. PLUTARCO, *Pompeyo* 8, 3-4, y VALERIO MÁXIMO, V 2, 9.

su naturaleza que venían siempre tras ellas: su codicia y su mezquindad. Así, por ejemplo, cuando tomó la ciudad umbra de Tuder, se apropió al parecer de la mayoría de los bienes y
fue acusado ante Sila[20]. Sin embargo, en el combate en torno 7
a Roma, que fue el último y el mayor de todos, Sila resultó vencido, y los hombres que iban con él estaban siendo rechazados y aplastados; Craso, en cambio, venció con el flanco derecho, persiguió a los enemigos hasta la noche y luego mandó mensajeros a Sila para anunciarle la victoria y pedirle
comida para los soldados[21]. Pero en las proscripciones y en las 8
confiscaciones volvía a cobrar mala fama, pues compraba a bajo precio grandes bienes y reclamaba regalos. Se dice que en el Bruzio hizo algunas proscripciones para ganar dinero sin que Sila hubiese dado la orden, y que por ello Sila, que se dio cuenta, no contó con él para ningún cargo público.

Por otra parte, Craso era muy hábil para dominar a cual- 9
quier persona mediante la adulación; pero mediante la adulación, él mismo era, a su vez, muy fácil de dominar por cualquiera. También se cuenta, como un rasgo peculiar de Craso, aquello de que, siendo muy codicioso, odiaba y recriminaba especialmente a los que eran parecidos a él.

Causaba aflicción a Craso el hecho de que Pompeyo tu- 7
viera éxito en sus comandancias militares, que disfrutara del triunfo antes de formar parte del Senado y que sus conciudadanos lo llamaran *Magno*, es decir Grande[22]. En cierta ocasión, cuando alguien dijo que se acercaba el gran Pompeyo, se echó

---

[20] Cf. PLUTARCO, *Marcelo* 17, 8. Se trata probablemente de la ciudad de Todi.

[21] PLUTARCO relata esta decisiva batalla de la puerta Colina, que tuvo lugar el 1 de noviembre del 82 a. C., en *Sila* 29, 1-30, 4; cf. TITO LIVIO, *Períocas* 88; VELEYO PATÉRCULO, *Historia romana* II 27, 1; OROSIO, V 20, 9, y APIANO, *Guerras Civiles* I 93, aunque este último no menciona a Craso.

[22] Cf. PLUTARCO, *Pompeyo* 13, 7-14. Cuando Pompeyo consiguió el triunfo de África en el 80-79 a. C., era aún demasiado joven para ingresar en el Senado.

2 a reír y le preguntó: «¿Cómo de grande?». Como había renunciado a medirse con él en los asuntos militares, se deslizó en la política y gracias a su dedicación, a sus defensas, a los préstamos de dinero y al apoyo y sostenimiento de las demandas del pueblo, adquirió un poder y una fama semejantes a la que Pompeyo poseía por sus muchas e importantes campañas mi-
3 litares[23]. La situación de ambos era peculiar: cuando Pompeyo estaba ausente, en efecto, su renombre y su poder en la ciudad eran mayores gracias a la expedición militar; cuando estaba en la ciudad, en cambio, a menudo se quedaba por detrás de Craso, pues rehuía a la multitud a causa de la majestad y la pompa de su vida, se mantenía apartado del foro y prestaba su ayuda a pocos de los que se lo pedían y con no mucho interés, ya que creía que conservaría la plena fuerza de su poder
4 si lo usaba sólo para sí mismo. Por el contrario, como Craso prestaba continuos servicios y no era difícil de encontrar ni resultaba inaccesible, sino que siempre estaba metido en medio de los trajines, triunfaba sobre la gravedad de Pompeyo con su sentimiento humanitario y su interés por lo público. Por lo que respecta a la apariencia física, a la persuasión de la elocuencia y al encanto seductor del rostro, ambos estaban, según se dice, igualmente dotados.

5 Ahora bien, estos celos no arrastraron a Craso al odio o la hostilidad, sino que sufría por el hecho de que Pompeyo o César recibieran más honores que él, pero sin que con esta rivalidad se mezclaran animosidad o maldad. Con todo, cuando César fue capturado y hecho prisionero en Asia, exclamó: «¡Qué gran alegría vas a sentir, Craso, cuando te enteres de mi
6 captura!»[24]. Sin embargo, al menos más adelante, entre ambos se estableció una relación amistosa, y en cierta ocasión en que César iba a salir hacia Hispania como pretor, como no tenía

[23] Cf. *supra* 3, 1-5.

[24] Cf. PLUTARCO, *César* 1, 8 - 2, 7 y SUETONIO, *César* 1-3.

dinero y sus acreedores le reclamaban el equipaje, Craso no
permaneció indiferente, sino que lo avaló con ochocientos
treinta talentos y lo sacó del apuro[25].

En total Roma estaba divida en tres facciones, la de Pom- 7
peyo, la de César y la de Craso. En cuanto a Catón, sin duda,
era mayor su fama que su poder, y era más la admiración que
suscitaba ‹que su› fuerza[26]. La facción prudente y moderada de
la ciudad seguía a Pompeyo, mientras que la facción dispuesta
a la acción y fácil de manejar se adhería a las esperanzas de
César. Craso, por su parte, estaba en medio y tenía tratos con
una y con otra[27], pues cambiaba muchísimas veces de política
y no era ni un amigo firme ni un enemigo irreconciliable, sino
que deponía con facilidad su afecto o su cólera en función de
sus intereses, y en un breve lapso de tiempo aparecía como
defensor y como opositor de las mismas personas o de las
mismas leyes. Su poder se fundaba en los favores y en el 8
miedo; sobre todo en el miedo. Ciertamente, al menos, cuando
alguien preguntó a Sicinio —el demagogo que [también] puso
en apuros a la mayoría de los políticos de su época— por qué
Craso era el único al que no hacía pedazos y al que dejaba en
paz, éste contestó que Craso *tenía paja en el cuerno*. Los ro-
manos solían enrollar paja en el cuerno de los bueyes salvajes
para prevenir a los que se cruzaban con ellos por el camino[28].

La sublevación de los gladiadores y el pillaje de Italia que 8
se conoce, en general, como guerra de Espartaco comenzó por
el motivo que voy a explicar a continuación[29]. Un cierto Lén- 2

[25] En el 61 a. C.; cf. PLUTARCO, *César* 11, 1; SUETONIO, *César* 18, y APIANO, *Guerras Civiles* II 8.

[26] Se trata de M. Porcio Catón Uticense, que ha pasado a la posteridad como paradigma de los valores republicanos.

[27] Cf. DIÓN CASIO, *Historia romana* XXXIX 30, 2-3.

[28] Cf. PLUTARCO, *Moralia* 280F; HORACIO, *Sat.* I 4, 34. Sobre Sicinio, tribuno de la plebe en el 76 a. C., cf. CICERÓN, *Bruto* 216-217.

[29] La guerra de Espartaco comenzó en el 73 a. C.; cf. APIANO, *Guerras Civiles* I 116, y VELEYO PATÉRCULO, *Historia romana* II 30, 5.

tulo Batiato adiestraba en Capua gladiadores, en su mayoría galos y tracios, que no eran culpables de delito alguno, sino que por la injusticia de quien los había comprado se hallaban allí reunidos a la fuerza para pelear en la arena. Doscientos de estos gladiadores decidieron escaparse, pero se produjo una delación y hubo setenta y ocho que se enteraron de ello a tiempo, cogieron de una cocina cuchillos y pinchos y logra-
3 ron huir[30]. Por el camino se encontraron con carros que transportaban armas de gladiadores a otra ciudad, se apoderaron de ellas y se armaron. Luego ocuparon un lugar más seguro y eligieron a tres jefes. El primero de ellos era Espartaco, un tracio de la tribu meda que no sólo poseía gran valor y fuerza, sino que incluso, por su inteligencia y buen carácter, merecía mejor suerte que la que corría y era más griego que
4 de su propia estirpe[31]. Según se cuenta, cuando fue llevado a Roma por primera vez para ser vendido, se le apareció mientras dormía una serpiente y se enroscó alrededor de su cara. Una mujer que era de su misma estirpe, profetisa e inspirada en los misterios dionisíacos, anunció que era presagio de que en torno a él surgiría un poder grande y terrible que tendría un fin desgraciado. Esta mujer también estaba con él en aquel momento y lo acompañaba en la huida.

9 Primero rechazaron a las tropas procedentes de Capua, se apoderaron de muchas armas de guerra y con estas sustituyeron, satisfechos, las armas de gladiadores, de las que se despojaron como de algo deshonroso y bárbaro.

---

[30] Los huidos fueron setenta, según Apiano; setenta y cuatro, según Tito Livio, *Periocas* 95, o sesenta y cuatro, según Veleyo Patérculo, *Historia romana* II 30, 5.

[31] Según Apiano, *Guerras Civiles* I 116, y Orosio, *Historias* V 24, los otros dos jefes eran Enomao y Criso. La tradición liviana concede, además, más importancia a estos otros jefes; cf. Tito Livio, *Periocas* 95; Eutropio, *Breviario* VI 7, 2; Orosio, V 24, 1. Sobre esta condición griega de Espartaco, que se define por la inteligencia y el buen carácter, cf. Plutarco, *Marcelo* 3, 6.

Después, el pretor Clodio fue enviado desde Roma con 2
tres mil hombres y los sitió en un monte que tenía un único acceso, difícil y estrecho, que Clodio sometió a vigilancia[32]. Por todas partes había precipicios escarpados y lisos; pero en la cima crecían muchas vides silvestres. Los gladiadores cortaron la parte útil de los sarmientos y trenzaron con ellos unas escalas tan fuertes y largas, que se podían suspender desde la cima a lo largo del precipicio y llegaban hasta la llanura. Con ellas bajaron de una forma segura todos los fugitivos, excepto
uno. Éste, que se había quedado a cargo de las armas, las lanzó 3
precipicio abajo, una vez que los demás hubieron descendido, y, finalmente, cuando terminó de arrojarlas todas, él mismo se salvó también. Los romanos no se habían enterado de lo ocurrido; por ello los fugitivos lograron rodearlos por sorpresa y aterrorizarlos. Los romanos huyeron, y los gladiadores se
apoderaron del campamento. Se les unieron, además, muchos 4
vaqueros y pastores del lugar, hombres belicosos y ágiles, que, o bien recibieron el armamento pesado, o bien fueron usados como tropas de vanguardia y de infantería ligera.

En segundo lugar, los romanos enviaron contra ellos al 5
pretor Publio Varinio. En un primer momento, los gladiadores atacaron y pusieron en fuga a su lugarteniente, un cierto Furio que tenía tres mil soldados. Después, cuando Cosinio fue enviado con un gran ejército como consejero y colega de Publio, Espartaco estuvo espiándolo, y mientras Cosinio se estaba bañando cerca de Salinas, estuvo a punto de captura-
lo[33]. Cosinio logró ecapar a duras penas y con dificultad; pero 6
Espartaco se apoderó inmediatamente de su bagaje, lo siguió de cerca y lo persiguió; se adueñó de su campamento y mató
a muchos de sus hombres. Cosinio también cayó. Espartaco 7

[32] Este primer jefe romano enviado contra los esclavos es, seguramente, C. Claudio Glabro; y el monte, el Vesubio, que entonces no estaba en actividad; cf. Apiano, *Guerras Civiles* I 116; Orosio, *Historia* V 24, 1.

[33] Salinas se sitúa entre Pompeya y Herculano.

venció al propio pretor en muchas otras batallas y finalmente
capturó a sus lictores y su caballo. Ya para entonces Esparta-
co se había hecho fuerte y temible, pero se mantenía prudente
y razonable. Como no esperaba poder sobrepasar el poder de
los romanos, trataba de llevar a su ejército hacia los Alpes
porque pensaba que debían cruzarlos y regresar a casa, unos a
8 Tracia y otros a Galia. Pero sus hombres, que se creían fuertes
por ser muchos y se habían llenado de soberbia, no lo obe-
decieron, sino que se dedicaron a saquear Italia mientras la
recorrían.

Pues bien, el Senado había dejado atrás la turbación ante
la indignidad y la vergüenza de la revuelta. Es más, a causa
del peligro y del temor enviaron ya a los dos cónsules, como
si se tratase de una de las guerras más difíciles y de mayor
9 envergadura. Gelio, uno de los cónsules, cayó por sorpresa
sobre el ejército germánico, que por soberbia y presunción se
había separado de las tropas de Espartaco, y lo aniquiló total-
mente[34]. Léntulo, el otro cónsul, rodeó a Espartaco con gran
número de tropas; pero Espartaco se lanzó contra ellos y, en la
batalla que entabló, venció a los lugartenientes de Léntulo y se
10 apoderó de todo el bagaje. Cuando se dirigía hacia los Alpes,
salió a su encuentro Casio, el procónsul de la Galia próxima
al Po, con diez mil hombres. En la batalla que se libró, Casio
resultó vencido, perdió a muchos hombres y a duras penas
logró salvarse él mismo[35].

10 Cuando el Senado se enteró de estos hechos, en su cólera
contra los cónsules les ordenó que permaneciesen inactivos y

[34] Se trata de las tropas de Criso, vencidas por L. Gelio Publícola en el 72 a. C. en el monte Gargano de Apulia, en la costa adriática; cf. Apiano, *Guerras Civiles* I 116, y Orosio, *Historias* V 24, 4. El otro cónsul de este año 72 a. C. era Gn. Cornelio Léntulo Clodiano.

[35] La Galia próxima al Po es la Galia Cisalpina. La derrota de Léntulo pudo ocurrir en el Piceno; cf. Apiano, *Guerras Civiles* I 117; y la de G. Casio Longino, en Módena.

eligió a Craso como comandante de la guerra.[36] Muchos hombres ilustres se unieron a su ejército gracias a su fama o a la amistad que había entre ellos. Pues bien, él mismo se situó de- 2
lante del Piceno[37], pues esperaba que Espartaco pasara por allí, y, además, envió a su lugarteniente Mummio con dos legiones, en un movimiento envolvente, ordenándole que siguiera a los enemigos, pero que no entablara batalla ni provocara ninguna escaramuza. Sin embargo, tan pronto como cobró esperanzas, 3
Mummio entabló batalla y resultó vencido. Cayeron muchos hombres y muchos otros lograron salvarse huyendo sin sus armas. Craso recibió con dureza al propio Mummio y, en el 4
momento de armar de nuevo a sus soldados, les exigió una garantía de que protegerían sus armas: dividió en cincuenta grupos de diez a los quinientos que habían sido los primeros y [los que] habían sentido más pánico, y, echándolo a suertes, mató a un hombre de cada grupo. Después de mucho tiempo, recuperaba así para sus soldados este castigo tradicional[38]. 5
A este tipo de muerte se añade la vergüenza, pues en torno

[36] No existe certeza sobre el tipo de autoridad que Craso ejercía en esta ocasión: Plutarco utiliza el término *stratēgós,* que indica sin más el mando militar. Se discute si era pretor, como asegura Tito Livio, *Períocas* 96-97; o procónsul, como afirma Eutropio, *Breviario* VI 7, 2; o simplemente recibió el mando de forma extraordinaria como *privatus* debido a la excepcionalidad de la situación. Se ha propuesto también, de acuerdo con Cicerón, *Paradoxa Stoicorum* 45, que Craso llevó seis legiones costeadas por él mismo.

[37] Resulta difícil establecer el itinerario de las tropas rebeldes, pues el relato es confuso y la comparación con los otros testimonios tampoco permite una reconstrucción convincente. Plutarco está interesado, sobre todo, en la destitución de los cónsules y en el protagonismo de Craso. Como ya antes de la llegada de Craso, Apiano, *Guerras Civiles* I 117, sitúa a Espartaco en el sur, concretamente en Turios, se ha sugerido un error por parte de Plutarco, que habría confundido la conocida región del Piceno, en el norte de la costa adriática, con el llamado *ager Picentinus,* un territorio del sur, en la frontera entre Campania y Lucania. Estos hechos se sitúan a primeros de noviembre del año 72 a. C.

[38] Cf. Salustio, *Historias* IV 22. Según Apiano, *Guerras Civiles* I 118, esta *decimatio* costó la vida a cuatro mil soldados.

al castigo se realizan actos siniestros y terribles a la vista de
todos los hombres.

Tras aplicar este correctivo al comportamiento de sus
6 hombres, los condujo contra los enemigos. Pero Espartaco se
retiró hacia el mar a través de Lucania; se encontró en el estre-
cho con las naves de unos piratas cilicios y se propuso atacar
Sicilia. Pretendía desembarcar en la isla con dos mil hombres
y reavivar allí la guerra de los esclavos, apagada no hacía
mucho tiempo todavía, por lo que necesitaba sólo una pequeña
7 llama para inflamarse de nuevo[39]. Sin embargo, después de
ponerse de acuerdo con él y de aceptar sus regalos, los cili-
cios lo engañaron y se marcharon. Así que Espartaco se alejó
de nuevo del mar y estableció su ejército en la península de
Regio. Cuando Craso llegó y vio que la naturaleza del terreno
indicaba lo que había que hacer, se dispuso a cerrar el istmo
con un muro, con lo que impedía al mismo tiempo la ociosi-
8 dad de sus soldados y el libre paso de los enemigos. Pues bien,
lo cierto es que la obra era grande y difícil, pero la realizó y la
terminó, sorprendentemente, en poco tiempo. De mar a mar,
a través del istmo, abrió un foso de trescientos estadios de
largo, y de quince pies por igual de anchura y profundidad[40].
Por encima del foso levantó un muro extraordinario tanto por
9 su altura como por su solidez. Espartaco, al principio, no se
preocupaba de esta obra y la desdeñaba, pero cuando el botín
escaseaba y quiso salir, se dio cuenta del bloqueo. Como no
había nada que rapiñar en la península, esperó a una noche de
nieve y de tormenta, llenó una parte no muy grande del foso
con tierra, madera y ramas de árboles, y así abrió el paso a un
tercio de su ejército.

---

[39] En Sicilia se habían producido revueltas serviles en los años 136-132 a. C. y en los años 104-101 a. C., aproximadamente.

[40] Es decir, de unos 54 km de largo por 4,5 m de anchura y profundidad.

En estas circunstancias, Craso temió que Espartaco sintiera el impulso de marchar contra Roma, pero lo tranquilizó el hecho de que por desavenencias con él muchos hombres lo habían abandonado y habían establecido un campamento por su cuenta al pie del lago de Lucania, cuya agua, según dicen, cambia con el paso el tiempo, ya que se hace dulce y luego de 11
nuevo salada y no potable. Contra estas tropas se dirigió Craso 2
y logró apartarlas del lago, pero no pudo matar ni perseguir a los hombres porque Espartaco apareció súbitamente y detuvo
la huida. Con anterioridad Craso había escrito al Senado que 3
era necesario hacer venir a Lúculo de Tracia y a Pompeyo de Hispania[41]; pero ya se había arrepentido y se esforzaba en terminar la guerra antes de que ellos llegaran, porque sabía que no se atribuiría a él la victoria, sino a quien acudiera en su ayuda.

Así pues, decidió atacar en primer lugar a los que habían 4
abandonado a Espartaco y luchaban por su cuenta, guiados por [Cayo] Gannico y Casto. Envió a seis mil hombres para que se apoderaran de una colina y les dio orden de que pasaran desapercibidos. Ellos trataron de ocultarse a la vista tapando sus 5
cascos, pero dos mujeres que estaban haciendo un sacrificio para los enemigos los vieron[42]; y habrían corrido peligro, si no llega a ser porque Craso apreció repentinamente y entabló una batalla, la más encarnizada de todas, en la que abatió a doce mil trescientos hombres, de los cuales sólo se encontró a dos que hubieran sido heridos por la espalda. Todos los demás murieron en su posición de batalla luchando contra los romanos.

---

[41] APIANO, *Guerras Civiles* I 120, afirma que se trata de L. Licinio Lúculo, pero se trata más bien de su hermano M. Terencio Varrón Lúculo, procónsul en Macedonia, que dirigía la guerra contra Mitrídates.

[42] Cf. SALUSTIO, *Historias* IV 37-40; TITO LIVIO, *Periocas* 97, y OROSIO, *Historias* V 24, 6.

6 Tras la derrota de estos hombres, Espartaco se retiró a las montañas de Petelia[43]. Quinto, uno de los oficiales de Craso, y el cuestor Escrofa iban siguiéndolo muy de cerca. Pero Espartaco se dio la vuelta y provocó una huida masiva entre los romanos, que a duras penas lograron salvar al cuestor, al que recogieron herido. Esta victoria destruyó a Espartaco,
7 porque los fugitivos se colmaron de soberbia. Los hombres ya no estaban de acuerdo en rehuir el combate ni obedecían a los jefes. Por el contrario, una vez comenzada la marcha, rodearon a los jefes mostrándoles las armas y los obligaron a conducirlos de nuevo al encuentro de los romanos a través de Lucania, de modo que se apresuraron a hacer exactamente
8 lo que Craso deseaba. En efecto, se anunciaba ya la llegada de Pompeyo y en las asambleas electorales no eran pocos los que decían que la victoria de esta guerra le correspondía, pues en cuanto llegara, presentaría batalla y le pondría fin. Por ello, Craso tenía prisa por combatir; de modo que acampó cerca de los enemigos y excavó un foso contra el que se lanzaron los esclavos, atacando a los hombres que estaban trabajando allí. Cada vez acudían más refuerzos en auxilio de ambos bandos, hasta que Espartaco comprendió la necesidad en que se encontraba y puso en línea de batalla a todo
9 su ejército. En primer lugar, cuando le llevaron su caballo, desenvainó su espada, dijo que como vencedor obtendría de los enemigos muchos hermosos caballos; y que, de ser vencido, no lo necesitaría. Entonces lo degolló. Luego trató de abrirse paso hasta el propio Craso entre la multitud de armas y heridos, pero no lo encontró. Mató, no obstante, a dos de
10 sus centuriones que se habían lanzado contra él. Finalmente, los que estaban con él huyeron; pero él resistió frente a los muchos enemigos que lo rodearon y se defendió hasta la

[43] Petelia era una pequeña ciudad del Bruzio, cerca de la costa adriática.

muerte[44]. Craso se aprovechó de la suerte, dirigió la guerra de forma excelente y arriesgó su propia vida; sin embargo, la victoria contribuyó a la gloria de Pompeyo. Efectivamente, 11
los cinco mil hombres que huyeron de la batalla se toparon con Pompeyo y éste los aniquiló. De manera que escribió al Senado diciéndole que era evidente que Craso había vencido a los esclavos en la batalla; pero que había sido él mismo, sin embargo, quien había arrancado la raíz de la guerra[45]. Lo cierto es que Pompeyo había triunfado de forma visible sobre Sertorio y también en Hispania[46]. Craso, en cambio, ni siquiera trató de reclamar el gran triunfo e incluso el triunfo a pie, llamado ovación, parecía poco digno y cobarde tratándose de una guerra contra esclavos. En la *Vida de Marcelo* hay algo escrito sobre la ovación y en qué se diferencia un triunfo del otro[47].

Después de estos hechos, Pompeyo fue aclamado inme- 12
diatamente para el consulado[48]. Craso tenía esperanzas de ser su colega; sin embargo, no dudó en pedirle ayuda a Pompe-
yo. Éste aceptó gustosamente la solicitud, pues siempre había 2
deseado tener a Craso, de una u otra forma, como deudor de algún favor. Así que lo apoyó con todo su empeño y finalmente dijo en una asamblea que no estaría menos agradecido con respecto a la elección de su colega que con respecto a la
suya. Pero una vez que ocuparon el cargo, no se mantuvieron 3
fieles a esta amistad. Por el contrario, estaban en desacuerdo en casi todo y por todo se enfadaban y peleaban el uno con

[44] Sobre esta última batalla, cf. Apiano, *Guerras Civiles* I 120; Tito Livio, *Períocas* 97; Floro, *Epítome de la Historia de Tito Livio* II 8, 14 y Orosio, *Historias* V 24, 7.

[45] Cf. Plutarco, *Pompeyo* 21, 3.

[46] En el año 71 a. C.

[47] Cf. Plutarco, *Marcelo* 22, 2, y Plinio el Viejo, *Historia natural* XV 125. Según Cicerón, *Pis.* 58, se permitió a Craso llevar la corona de laurel, propia del triunfo, en lugar de la de mirto, propia de la ovación.

[48] En el año 70 a. C.; cf. Plutarco, *Pompeyo* 22, 2-3.

el otro. Con esta actitud hicieron que el consulado resultara estéril para sus conciudadanos e ineficaz para ellos mismos. A no ser que recordemos que, tras realizar un gran sacrificio en honor de Hércules, Craso ofreció al pueblo un banquete con diez mil mesas y le distribuyó trigo para tres meses.

4 En cierta ocasión, cuando se encontraban en una asamblea al final de su consulado, un hombre llamado Cayo Aurelio se aproximó, subió a la tribuna y contó una visión que había tenido en sueños. No era un notable, sino un caballero romano que llevaba una vida en el campo como simple particular. «Júpiter —dijo— se me ha aparecido y me ha ordenado decir en público que no permitáis a los cónsules dejar su cargo antes de
5 que vuelvan a ser amigos.» Ante las palabras de este hombre y mientras el pueblo les pedía que se reconciliaran, Pompeyo se mantuvo en silencio y sin moverse; Craso, en cambio, fue el primero en tender la mano mientras decía: «Creo, ciudadanos, que no hago nada vil ni indigno de mí mismo al empezar a dar pruebas de amistad y buenos sentimientos hacia Pompeyo, a quien vosotros llamasteis *Grande* cuando todavía no tenía barba, y para quien votasteis el triunfo cuando todavía no formaba parte del Senado»[49].

13 Pues bien, ésos son los aspectos dignos de mención en el consulado de Craso. Por otra parte, la censura transcurrió sin ningún logro ni ningún resultado, pues no llevó a cabo ninguna revisión del Senado, ni el examen de los caballeros, ni el censo de los ciudadanos; y eso que tenía como colega a
2 Lutacio Cátulo, el romano de mejor carácter[50]. Según cuentan, sin embargo, a Craso se le ocurrió una propuesta peligrosa y violenta, pues quería que los romanos sometiesen Egipto mediante un tributo. Cátulo se opuso con vehemencia a esta

[49] Cf. Plutarco, *Pompeyo* 23, 1-3.

[50] Craso y Q. Lutacio Cátulo fueron censores en el 65 a. C. Sobre la censura, cf. Plutarco, *Moralia* 287B-D.

propuesta, y, como consecuencia de la disputa que surgió por ello, abandonaron voluntariamente el cargo.

En el importante asunto de Catilina, que estuvo a punto de 3
arruinar Roma, Craso se vio afectado por alguna sospecha y hubo un hombre que ‹lo› acusó de formar parte de la conjura, aunque nadie lo creyó[51]. Con todo, en uno de sus discursos, 4
Cicerón imputa claramente a Craso y a César responsabilidad en este asunto. Lo cierto es que este discurso se publicó después de la muerte de ambos; pero en el discurso *Sobre el consulado*, en cambio, Cicerón cuenta que Craso fue a verlo una noche y le llevó una carta en la que le explicaba ‹el› asunto de Catalina, y cómo ya la conjura era algo seguro[52].
Pues bien, como consecuencia de ello, Craso odió siempre a 5
Cicerón[53]; no obstante, su hijo le impedía perjudicarlo abiertamente. Publio, que era amante de las letras y del estudio, estaba, en verdad, ligado a Cicerón; hasta el punto de que durante el juicio de Cicerón se vistió como él de luto y logró que los demás jóvenes hicieran lo mismo[54]. Al final convenció a su padre para que fuesen amigos[55].

Cuando César regresó de la provincia, se preparó para 14
conseguir el consulado[56]. Como vio que Craso y Pompeyo estaban de nuevo indispuestos entre sí, no quiso convertir a uno de los dos en su enemigo al pedir ayuda al otro; y no contaba

[51] El hombre que acusó a Craso se llamaba Tarquinio. Craso podía resultar sospechoso por su actuación en diciembre del año 66 a. C. y por su apoyo a Catilina en su candidatura al consulado en el 64 a. C.; cf. SALUSTIO, *Catilinaria* 48, 3-9, y SUETONIO, *César* 9. Plutarco parece no dar mucho crédito a esta denuncia.

[52] No conservamos ninguna de estas obras de Cicerón. Cf. PLUTARCO, *Cicerón* 15.

[53] Cf. SALUSTIO, *Catilinaria* 48, 9.

[54] El proceso en el que Cicerón fue condenado al exilio tuvo lugar en el 58 a. C.; cf. PLUTARCO, *Cicerón* 30, 6-7, y 31, 1-2.

[55] Cf. PLUTARCO, *Cicerón* 33, 7-8, y DIÓN CASIO, XXXVIII 17, 3.

[56] César regresó en el 60 a. C. de Hispania Ulterior, donde había sido propretor; cf. *supra* 7, 6, y PLUTARCO, *César* 11 ss.

con tener éxito si no disponía de la ayuda de alguno de ellos.
2 Así que hizo lo posible por reconciliarlos, persiguiéndolos continuamente y explicándoles que, si se destruían mutuamente, no harían sino incrementar el poder de los Cicerones, Cátulos y Catones, quienes no tendrían ninguna relevancia si ellos lograban la unión en un único partido de los amigos y partidarios de ambos, y dirigían la ciudad con un único
3 proyecto y una única autoridad. César logró reconciliarlos y unirlos, y de las tres fuerzas hizo una fuerza invencible con la que destruyó tanto al Senado como al pueblo romano; y no fueron Craso y Pompeyo quienes se hicieron mutuamente más poderosos; antes bien: gracias a ellos, César llegó
4 a ser el más poderoso[57], pues con al apoyo de ambos logró el consulado de forma brillante. Durante su consulado, además, le votaron el mando de muchas tropas y pusieron la Galia en sus manos, instalándolo como en una acrópolis, pues creían que se repartirían el resto entre ellos con toda tranquilidad si lo afirmaban a él en la parte de poder que le había tocado[58].

5 Lo cierto es que Pompeyo actuaba así a causa de su ambición inmoderada[59], mientras que en el caso de Craso, a su antigua enfermedad, la codicia, venía a añadirse ahora una nueva pasión, la envidia por los trofeos y triunfos de los éxitos militares de César. Craso creía que sólo en esto quedaba por detrás de César, pero que en realidad lo aventajaba en todo lo demás. Así que esta pasión no le dio reposo ni descanso

[57] Esta primera alianza, que Plutarco denomina *filía* o *synōmosía,* conocida modernamente como primer triunvirato, se constituyó en el 59 a. C. o el 60 a. C.; cf. PLUTARCO, *Pompeyo* 47 y *César* 13, APIANO, *Guerras Civiles* II 9; SUETONIO, *César* 18-19; TITO LIVIO, *Períocas* 103; DIÓN CASIO, *Historia romana* XXXVII 54-58, y VELEYO PATÉRCULO, *Historia romana* II 44, 1.

[58] Cf. PLUTARCO, *César* 14, 10; *Pomp.* 48, 6; APIANO, *Guerras Civiles* II 13, y DIÓN CASIO, XXXVIII 8, 5.

[59] Cf. PLUTARCO, *Pompeyo* 31, 8.

hasta que finalmente desembocó en una muerte infame y en
un desastre público[60].
Cuando César volvió de Galia a la ciudad de Luca, mu- 6
chos romanos acudieron a su encuentro, entre ellos especial-
mente Pompeyo y Craso, quienes, en una reunión privada con
César, decidieron ejercer un mayor poder sobre los asuntos
públicos y asumir toda la autoridad. De este modo, César se
quedaría con el poder militar que tenía, y Pompeyo y Craso
recibirían otras provincias y otros ejércitos.[61] Para lograr este 7
propósito había un único camino, la solicitud de un nuevo
consulado. Cuando ellos se postularan para este cargo, César
debería apoyarlos escribiendo a sus amigos y enviando a mu-
chos de sus soldados para que votasen[62].
En cuanto Craso y los suyos volvieron a Roma tras estos 15
acuerdos, levantaron sospechas inmediatamente; y por todas
partes corría insistentemente el rumor de que no habían ce-
lebrado la reunión con ningún buen propósito. En el Senado, 2
Marcelino y Domicio preguntaron a Pompeyo si iba a pre-
sentar su candidatura para el consulado, y él contestó que tal
vez sí la presentaría o que tal vez no[63]. Y cuando volvieron a
preguntarle, dijo que la presentaría entre los ciudadanos justos
y no entre los injustos. Estas respuestas de Pompeyo pare- 3
cieron soberbias y arrogantes. Por su parte, Craso dijo con
más mesura que se postularía para el cargo si era útil para la
ciudad; y, en caso contrario, se abstendría[64]. Por eso algunos

---

[60] Sobre esta pasión de Craso, cf. *supra* 6, 5, y 7, 5. Con esta referencia a las pasiones resume Plutarco los acontecimientos históricos y políticos de estos años.

[61] Cf. PLUTARCO, *César* 21, 6.

[62] La conferencia de Luca se celebró en abril del 56 a. C.; cf. PLUTARCO, *Pompeyo* 51 ss., *César* 21 y *Catón el Menor* 41, y SUETONIO, *César* 24, y APIANO, *Guerras Civiles* II 17.

[63] Cf. PLUTARCO, *Pompeyo* 51, 6. Gn. Cornelio Léntulo Marcelino era cónsul en el 56 a. C. y L. Domicio Enobarbo lo sería en el 54 a. C.

[64] Cf. PLUTARCO, *Pompeyo* 51, 4-5.

ciudadanos, entre los que se encontraba Domicio, se atrevie-
4 ron a presentar también su candidatura. Sin embargo, cuando la candidatura de Pompeyo y Craso se hizo pública, mientras los demás se asustaron y se retiraron, Domicio se mantuvo animado gracias a Catón, que era amigo y pariente suyo y lo incitaba y exhortaba a conservar la esperanza para luchar por la libertad de todos[65]. Catón le decía, ciertamente, que lo que Pompeyo y Craso reclamaban no era el consulado, sino la tiranía; que lo que estaban haciendo no era tratar de conseguir
5 un cargo, sino la rapiña de las provincias y los ejércitos. Con tales palabras y razonamientos, Catón llevó a Domicio al foro casi a la fuerza y fueron muchos los que se agruparon en torno a ellos. Además, los interrogantes no eran pocos: «Pero, ¿para qué quieren esos otro consulado? Y ¿por qué otra vez juntos?[66] ¿Por qué no con otros? Sin lugar a dudas entre nosotros hay muchos hombres que no son indignos de compartir el cargo con Craso y con Pompeyo».

6 Ante esta situación, Pompeyo y los suyos se asustaron y no se abstuvieron de utilizar los métodos más inconvenientes y violentos. De este modo, por mencionar sólo alguna de esas acciones, tendieron una emboscada a Domicio cuando se dirigía con sus amigos ‹al campo de Marte› todavía de noche. En esta ocasión mataron al que iba delante de él con la luz y
7 dejaron heridos a muchos, entre ellos también a Catón[67]. Y así, tras ahuyentar y encerrar en casa a sus rivales, Craso y Pompeyo fueron elegidos cónsules. Y no mucho tiempo después volvieron a utilizar las armas, rodeando con ellas la tribuna,

[65] Cf. Plutarco, *Catón el Menor* 41, 3. Domicio estaba casado con Porcia, hermana de M. Porcio Catón Uticense.

[66] Craso y Pompeyo habían sido cónsules juntos en el año 70 a. C., cf. *supra* 12.

[67] Cf. Plutarco, *Catón el Menor* 41-42; *Pompeyo* 52, 2, e *infra Comparación* 35, 2. Estos hechos ocurrieron antes del amanecer del día de la elección, a comienzos del 55 a. C.; cf. también Apiano, *Guerras Civiles* II 17.

expulsando a Catón del foro y matando a algunos que les oponían resistencia[68]. Así concedieron a César otro quinquenio en el poder y votaron para ellos, de entre las provincias, Siria y las dos Hispanias. Las echaron a suertes, y a Craso le tocó Siria, mientras que a Pompeyo las dos Hispanias[69].

Este sorteo contentó a todos. Ciertamente, la mayoría no 16
quería que Pompeyo estuviese lejos de la ciudad, y Pompeyo, que amaba a su mujer, podría pasar allí la mayor parte del tiempo[70]. En cuanto a Craso, tan pronto ‹como› se realizó el sorteo, resultó evidente por su alegría que ningún otro éxito que hubiera tenido le habría parecido más importante que el de ese momento; hasta el punto de que, en público y ante extraños, a duras penas se contenía; mientras que ante sus allegados se expresaba muchas veces de forma vana y pueril, de un modo que no correspondía a su edad y a la naturaleza de un hombre que a lo largo de su vida no había sido fanfarrón o arrogante en absoluto. Exaltado y desenfrenado por completo, 2
en ese momento no fijaba el límite de su éxito en Siria o en el país de los partos, antes bien, sus esperanzas lo llevaban hasta la Batriana, la India y el mar exterior[71], pues quería hacer aparecer los éxitos de Lúculo frente a Tigranes y los de Pompeyo frente a Mitrídates como un juego de niños[72]. Es cierto que en

---

[68] En esta ocasión se trataba de las elecciones a la pretura, y Catón era candidato.

[69] Plutarco alude así, sin mencionarlas, a la *Lex Pompeia Licinia* y a la *Lex Trebonia*. Cf. Plutarco, *Pompeyo* 52, 3-4, y *Catón el Menor* 43, 1-3; *infra Comparación* 35, 3; Apiano, *Guerras Civiles* II 18; Tito Livio, *Periocas* 105, y Dión Casio, *Historia romana* XXXIX 33, 1-2.

[70] Pompeyo, que se había casado en el 59 a. C. con Julia, hija de César, se quedó en Roma y no fue a Hispania; cf. Dión Casio, *Historia romana* XXXIX 39, 4.

[71] Batriana era una región de Asia que coincide en parte con el actual Afganistán. El mar exterior es el Océno Índico, así llamado por contraposición al Mediterráneo o *mare internum*.

[72] L. Licinio Lúculo, enviado como procónsul a Armenia en el 69 a. C., venció a Tigranes II de Armenia; Gn. Pompeyo Magno venció a Mitrídates VI

la ley que se promulgó en relación con este reparto no figura la
3 guerra contra los partos. Pero todos sabían que Craso sentía
pasión por este proyecto. Además, César le escribió desde la
Galia elogiando el plan e incitándolo a la guerra[73].

4 Un tribuno del pueblo llamado Ateyo planeaba oponerse a
la salida de Craso y contaba con el apoyo de muchas personas
que se sentían indignadas por el hecho de que alguien fuese a
hacerle la guerra a unos hombres que no les habían causado
ningún agravio, sino que estaban ligados a ellos mediante
acuerdos[74]. En esas circunstancias, Craso sintió miedo y pidió
a Pompeyo que lo acompañase y escoltase en el momento de
5 la salida, pues él gozaba de un gran prestigio entre la multi-
tud. Eran muchos los que estaban preparados para enfrentarse
a Craso y para gritarle, pero al ver a Pompeyo delante de él,
resplandecientes el rostro y la mirada, se calmaron, de manera
6 que les abrieron paso y los dejaron pasar sin decir nada. Pero
Ateyo salió a su encuentro y trató de detenerlo, primero de
palabra, invocando a los dioses para que no siguiera avanzan-
do; luego ordenó a su acólito que le echase la mano encima y
7 lo detuviese físicamente. Ante la oposición de otros tribunos,
el acólito soltó a Craso; pero Ateyo se adelantó corriendo has-
ta la puerta y erigió un hogar ardiente[75]. Cuando Craso pasó
por allí, Ateyo quemó perfumes e hizo libaciones, y al mis-
mo tiempo profirió unas imprecaciones terribles y espantosas
por sí mismas, invocando y nombrando en ellas, además, a

---

en la llamada guerra mitridática (66-63 a. C.) que él mismo dirigió; cf. PLUTARCO, *Pompeyo* 30, 2.

[73] Cf. DIÓN CASIO, *Historia romana* XL 12, 1.

[74] Cf. DIÓN CASIO, *Historia romana* XXXIX 32, 3, donde se menciona, además de la oposición de C. Ateyo Capito, la de P. Aquilio Galo. Sobre los acuerdos de Roma con los partos, establecidos en el 69 a. C. por Lúculo y en el 66 por Pompeyo, cf. PLUTARCO, *Lúculo* 30 y *Pompeyo* 33, 6; 38, 2.

[75] Una vez fuera de Roma, fuera del *pomerium,* el tribuno no tendría ningún poder sobre Craso. Sobre este hogar portátil usado por los tribunos, cf. CICERÓN, *Pro domo,* 123-125.

unos dioses terribles y extraños. Los romanos aseguran que 8 estas imprecaciones, secretas y antiguas, tienen tal fuerza que nadie que se vea afectado por ellas consigue escapar y que causan daño también a quien las emplea. Por ello, no son muchas las personas que las profieren, y no se profieren por cualquier motivo. Así pues, también entonces se reprochó a Ateyo que hubiese puesto en peligro a la ciudad con sus maldiciones y con un temor religioso tan grande, cuando era precisamente la ciudad la causa por la que estaba irritado con Craso[76].

Craso llegó a Bríndisi cuando el mar estaba agitado toda- 17
vía por el mal tiempo[77]; pero no esperó, sino que zarpó y perdió muchas de sus naves. Tras recoger el resto de sus tropas, marchó a pie apresuradamente a través de Galacia. Encontró 2
al rey Deyotaro, que estaba fundando una ciudad nueva pese a tener una edad muy avanzada, y se burló de él diciéndole: «Rey, empiezas a construir en la hora duodécima». El gálata se echó a reír y repuso: «Pues tú, *imperator,* por lo que veo, tampoco has madrugado demasiado para dirigirte contra los partos». Craso ya pasaba de los sesenta años y por su aspecto 3
aparentaba más edad aún de la que tenía.

Cuando llegó, al principio los acontecimientos se desarrollaron de acuerdo con lo que él esperaba. Lo cierto es que 4
tendió un puente con facilidad sobre el Éufrates e hizo que su ejército lo cruzara de un modo seguro[78]. Además, se apoderó de muchas ciudades de Mesopotamia que se le unieron volun-

---

[76] Cf. Dión Casio, *Historia romana* XXXIX 39, 6; Cicerón, *De div. I 29-30; ad Atticum,* IV 13, 2, y Apiano, *Guerras Civiles* II 18. Plutarco parece haber tratado de crear en este relato una atmósfera de emotividad religiosa, de confusos misterios y terribles presagios, sin preocuparse mucho de la secuencia exacta de los hechos; cf. M. G. Angeli-Bertinelli, págs. 395-396.

[77] En diciembre del 55 a. C. o enero del 54 a. C.

[78] Según Floro, *Epítome de la historia de Tito Livio,* III 12 también en esta ocasión Craso atravesó el Éufrates en Zeugma, igual que más tarde; cf. *infra* 19, 4.

5 tariamente. En una de ellas, en la que gobernaba como tirano un tal Apolonio, fueron asesinados cien de sus hombres. Así que llevó el ejército, la tomó por la fuerza, saqueó sus riquezas y vendió a los habitantes. Los griegos llamaban a esta ciudad
6 Zenodotia. Con motivo de esta conquista, Craso permitió que el ejército lo llamase *imperator*. Se expuso así a una gran vergüenza y dejó ver que era mezquino y no tenía esperanzas de victorias más importantes, pues se había contentado con un éxito tan nimio.

7 Dejó guarniciones en las ciudades que se habían unido a él, en total siete mil soldados de infantería y mil caballeros, y él mismo se retiró a Siria para pasar el invierno y esperar allí a su hijo, que, adornado con los premios de sus hazañas, venía de la Galia, de parte de César, con un grupo de mil caballeros selectos[79].

8 Entonces, según parece, cometió Craso el primer error —al menos después de la expedición misma, que fue el mayor error de todos—, pues con ello no hizo sino dar tiempo a los enemigos para prepararse, cuando habría debido seguir avanzando para asegurarse Babilonia y Seleucia, ciudades hostiles
9 a los partos. Además, se le reprochaba que los retrasos en Siria eran más crematísticos que estratégicos. Desde luego, no hacía ningún recuento de armas ni organizaba competiciones gimnásticas; en cambio, se dedicó durante muchos días a calcular los ingresos de las ciudades y a medir con pesos y balanzas las riquezas de la diosa de Hierápolis. También reclutó soldados para los pueblos y los príncipes, pero liberaba a los que le ofrecían dinero. Con este comportamiento echó a perder su
10 renombre y se hizo despreciable. El primer aviso le vino de esa diosa que unos creen es Afrodita y otros Hera, y que algunos consideran como la causa natural que ha dado principio y simiente a todo a partir de la humedad y ha enseñado a los

[79] Cf. Dión Casio, *Historia romana* XL 12-14.

hombres el origen de todos los bienes[80]. Ciertamente, cuando salían de su santuario, el joven Craso fue el primero en caer a las puertas, y tras él cayó después el padre.

18 Cuando ya estaba haciendo salir sus tropas de los cuarteles de invierno, llegaron unos embajadores de parte de Arsaces[81] que le llevaron un breve mensaje. Le dijeron que si el ejército había sido enviado por los romanos, la guerra entre ellos no tendría tregua ni reconciliación posible. Si era Craso, en cambio, —como ellos habían oído— quien, en contra de la voluntad de su patria y a causa de su beneficio personal, había alzado las armas contra los partos y ocupado su territorio, Arsaces sería moderado, tendría piedad de la vejez de Craso y permitiría que los romanos recuperasen a sus hombres, que
2 eran prisioneros suyos más que guardianes. A este mensaje Craso contestó con jactancia que le daría la respuesta en Seleucia. El más anciano de los embajadores, Vagises, se echó a reír y, señalando la palma de su mano abierta, dijo: «Crecerá
3 pelo aquí antes de que tú, Craso, llegues a ver Seleucia»[82]. Así pues, estos embajadores volvieron ante el rey Orodes para anunciarle que había que combatir.

Algunos hombres se escaparon temerariamente de las ciudades de Mesopotamia en las que los romanos tenían guarniciones y trajeron noticias que suscitaban inquietud, pues habían visto con sus propios ojos la multitud de enemigos y los combates que libraban cuando atacaban las ciudades. Sin embargo, como suele ocurrir, en su relato tendían hacia lo extraordinario y contaban cómo no se podía escapar de aquellos hombres cuando perseguían, y cómo resultaban inalcanzables cuando huían; y que sus proyectiles volaban más

[80] Se trata de la diosa siria Atargatis, cuyo santuario se encontraba en Hierápolis, en el noroeste de Siria.

[81] Orodes II, rey de los partos desde el 57 hasta el 37 a. C., es denominado aquí con el nombre familiar del fundador de la dinastía, Arsaces; cf. *infra* 18, 3.

[82] Cf. Dión Casio, *Historia romana* XL 16, y Orosio, *Historia* VI 13, 2.

veloces que la vista y, antes de que pudiera ser distinguido el que los lanzaba, daban de lleno en su objetivo; o que los caballeros con armadura llevaban unas armas confeccionadas de tal manera que atravesaban cualquier material, y otras que
4 no cedían ante nada. Cuando los soldados escucharon estos relatos, su moral desfalleció, pues se habían hecho la idea de que los partos no se diferenciaban en nada de los armenios y de los capadocios, a los que Lúculo se había cansado de saquear; y habían creído que lo más difícil de la guerra sería el largo viaje y la persecución de unos hombres que no llegarían a presentar batalla; y en ese momento, en contra de lo que habían esperado, veían que tenían que contar con una lucha peligrosa y de grandes proporciones. De manera que algunos oficiales pensaban incluso que Craso debía detenerse y cambiar el plan en su totalidad. Entre ellos se encontraba el
5 cuestor Casio[83]. También los adivinos insinuaban cautamente que los presagios que ofrecían las víctimas eran siempre funestos para Craso y difíciles de conjurar. Pero él no les prestó atención, ni tampoco a los que le aconsejaban otra cosa que no fuese avanzar más deprisa.

19 Fue sobre todo Artavasdes, rey de los armenios, quien lo animó a continuar, pues llegó al campamento con seis mil caballeros, que eran —según se decía— la guardia y escolta real, y le prometió además otros diez mil equipados con armaduras, así como treinta mil soldados de infantería que él mismo
2 mantendría. Artavasdes trató de persuadir a Craso para que se dirigiera al territorio de los partos a través de Armenia, pues no sólo contaría —le dijo— con la abundancia de los recursos que él le proporcionaría para hacer pasar al ejército, sino que además la marcha sería segura porque estaría protegido por muchas montañas, cadenas de colinas y terrenos inaccesibles

[83] Se trata de G. Casio Longino, quien tiempo más tarde llegaría a ser uno de los asesinos de César.

a la caballería, la única fuerza de los partos. A Craso le produjeron una enorme satisfacción la buena disposición del rey y la brillantez de la ayuda que le ofrecía, pero le contestó que marcharía a través de Mesopotamia, donde había dejado a muchos valientes romanos. Pues bien, en estas circunstancias el armenio se marchó. 3

Mientras Craso hacía cruzar al ejército en Zeugma[84], estallaron a su alrededor muchos truenos de extraordinaria fuerza, y frente a ellos se produjo un gran resplandor; y una tormenta con rayos y nubes se abatió sobre el puente y lo rompió y destrozó por bastantes sitios. También el lugar en el que iba a acampar resultó golpeado por dos rayos, y uno de los caballos del general, magníficamente adornado, desapareció ahogado en la corriente arrastrando violentamente al jinete. También se dice que la primera de las águilas que fue alzada se dio la vuelta por sí misma[85]. A estas circunstancias se añadió el hecho de que la primera ración de comida que se distribuyó a los soldados después de cruzar el río consistió en lentejas y pan de cebada, alimentos que los romanos consideran fúnebres y que ofrecen a los muertos. Además, una arenga del propio Craso tuvo entre los soldados una repercusión muy perjudicial, pues dijo que destruía el puente del río para que ninguno de ellos regresase. En el momento en que percibió la inoportunidad de sus palabras, habría debido retomarlas y explicarlas con claridad a sus hombres, que estaban asustados por lo que había dicho; pero su arrogancia le impidió hacerlo[86]. 4 5 6 7

[84] Al norte de Hierápolis, en la orilla occidental del Éufrates, en el camino entre Antioquía y Edesa. Según la tradición, Alejandro Magno atravesó su mítico puente de barcos, del que recibía el nombre; cf. PAUSANIAS, *Descripción de Grecia* X 29, 4, y DIÓN CASIO, *Historia romana* XL 17, 3, y *supra* 17, 4.

[85] Cf. DIÓN CASIO, *Historia romana* XL 18, 1-2, con ligeras variaciones en el relato de estos hechos.

[86] Cf. DIÓN CASIO, *Historia romana* XL 18, 5 y 19, que ofrece una versión algo diferente de esta anécdota.

8 Finalmente, participó en el sacrificio ritual de purificación y
se le cayeron las entrañas de las víctimas mientras el adivino
se las entregaba. Como vio que los asistentes se disgustaban
muchísimo por ello, sonrió y dijo: «Así es la vejez; pero, des-
de luego, si fueran armas, ninguna se me habría escapado de
las manos».

20 A continuación, se puso en marcha a lo largo del río con
siete legiones de infantería pesada, casi cuatro mil caballeros
2 y otros tantos soldados de infantería ligera. Al regresar de
una salida de reconocimiento, algunos soldados de la avanza-
dilla contaron que el país estaba desierto de hombres, y que,
además, habían encontrado las huellas de muchos caballos,
como si, al ser perseguidos, se hubieran dado la vuelta para
3 retroceder. Con esta noticia el propio Craso se sintió aún más
esperanzado, y los soldados llegaron incluso a despreciar total-
mente a los partos, convencidos de que rehuirían el combate.

4 Sin embargo, Casio y los suyos se entrevistaron de nuevo
con Craso y le aconsejaron insistentemente que detuviese las
tropas en una ciudad de las que contaban con una guarni-
ción, hasta que se tuviera alguna información segura sobre
los enemigos; o, si no, que marchase a Seleucia a lo largo
del río, pues los transportes de víveres les permitirían así un
buen abastecimiento al llegar al mismo tiempo que ellos al
campamento. De este modo, además, lucharían siempre con
los enemigos de frente y en igualdad de condiciones, porque
contarían con el río como protección para no ser rodeados.

21 En este momento, cuando Craso se encontraba todavía
sopesando y deliberando estos consejos, se presentó un jefe de
tribu árabe llamado Abgar, un hombre taimado y marrullero,
que resultó ser el mayor y el más eficaz de todos los males
acumulados por la fortuna para la destrucción de los roma-
2 nos[87]. Algunos soldados que habían formado parte de las tro-

[87] Cf. Dión Casio, *Historia romana* XL 20-21.

pas de Pompeyo sabían que este hombre había disfrutado de la afabilidad de Pompeyo y que era, al parecer, partidario de los romanos. En esta ocasión se puso a las órdenes de Craso, de acuerdo con el plan de los generales del rey de los partos, para tratar de alejar a Craso del río y del pie de las montañas, y llevarlo a una llanura abierta donde podría ser rodeado. Todo 3
esto, desde luego, no era sino una maquinación de los partos para no combatir de frente contra los romanos. Pues bien, Abgar, que era de verbo muy persuasivo, se presentó ante Craso y elogió a Pompeyo como su benefactor. Felicitó a Craso por su ejército, pero le reprochó el retraso que provocaban sus dilaciones y preparativos; como si necesitase más armas o más manos, y no unos pies velocísimos, para marchar contra unos hombres que desde hacía tiempo trataban de volar a Escitia o Hircania con sus riquezas y esclavos más valiosos. «Sin 4
embargo, si vas a combatir —le dijo—, deberías darte prisa, antes de que todas sus fuerzas se unan en una sola, una vez que el rey recobre ánimos. Porque por ahora ha pedido que se encarguen de vuestra persecución a Surena y Silaces, que se han comprometido a ello; pero él no aparece por ninguna parte».[88]

Todo esto era mentira, pues Orodes había dividido desde 5
un primer momento su ejército y él mismo estaba devastando Armenia como venganza contra Artavasdes, y, entre tanto, había enviado a Surena contra los romanos. Pero no por desdén hacia ellos, como afirman algunos. Desde luego, no era propio de la misma persona desdeñar como adversario a Craso, el primero de los romanos, y en cambio, luchar contra Artasvasdes y asaltar y devastar las aldeas de Armenia. Muy por el contrario, a mí me parece que temía el peligro, y por

[88] Silaces era el sátrapa persa de Mesopotamia; cf. DIÓN CASIO, *Historia romana* XL 12, 2. Surena era, entre los partos, el nombre de la familia aristocrática de más alto rango después de la dinastía real.

eso él mismo se reservaba para combatir el último y estaba pendiente de los acontecimientos. Mientras tanto, había enviado a Surena por delante para tantear a los enemigos y, sobre todo, para distraerlos.

6 Surena, en verdad, no era una persona cualquiera; al contario: por lo que respecta a riqueza, linaje y prestigio, ocupaba el segundo lugar inmediatamente después del rey. Era, además, el primero entre los partos de su época en valor y capacidad, y en su talla y belleza física no se asemejaba a ningún
7 otro. Cuando viajaba por su cuenta hacía que mil camellos le transportasen el equipaje, llevaba consigo doscientos carros de concubinas y lo escoltaban mil caballeros con armadura y aún más con armamento ligero; así que en total tenía no menos de diez mil hombres, entre los caballeros, mercenarios y escla-
8 vos[89]. Poseía el derecho hereditario de ocupar el primer puesto en la coronación de un rey en el momento de la entronización; en concreto, a este rey Orodes, cuando estaba en el destierro, él mismo lo había llevado de vuelta al país de los partos y había conquistado para él la gran ciudad de Seleucia, siendo el primero en asaltar sus murallas y en poner en fuga con sus
9 propias manos a los que se les resistieron. Aunque por aquel tiempo todavía no había llegado a los treinta años, tenía una gran reputación por su prudencia y su inteligencia, virtudes con las que derribó a Craso, el cual llegó a ser muy vulnerable a los engaños; al principio, por su temeridad y arrogancia; y luego, por su miedo y sus desgracias.

22 Lo cierto es que entonces Abgar convenció a Craso y, alejándolo del río, lo condujo a través de la llanura, por un camino fácil y accesible al principio, pero que más adelante se hizo penoso, pues lo que venía a continuación era una arena profunda y unas llanuras sin árboles ni agua y que parecían no

---

[89] Surena reconquistó para Orodes en el 55 a. C. o 54 a. C. la ciudad de Seleucia, de la que se había apoderado Mitrídates, hermano de Orodes.

tener fin por ningún lado, se mirase adonde se mirase. Por tanto, los hombres sufrían no sólo a causa de la sed y la dificultad de la marcha, sino que también el aspecto desolado del lugar los desanimaba, pues no veían ni una planta, ni un riachuelo, ni la ladera de un monte, ni un brote de hierba, sino que se encontraban, como en medio del oleaje del mar, rodeados de
dunas desérticas[90]. Así pues, esta situación ya hacía sospechar 2
el engaño. Pero, además, llegaron unos mensajeros de parte del armenio Artavasdes diciendo que éste estaba retenido por una gran guerra porque Orodes lo había atacado, y que no podía enviar ayuda a Craso; pero le aconsejaba encarecidamente dar media vuelta, reunirse con los armenios y luchar con ellos contra Orodes. Y si no, al menos, marchar y acampar evitando los lugares accesibles a la caballería y aproximándose a los lugares montañosos. Sin escribir ninguna respuesta, Craso les contestó con cólera y grosería que en ese momento no tenía tiempo para los armenios, pero que más adelante iría a hacer pagar a Artavasdes su traición[91].

Casio y los suyos se indignaron de nuevo, pero dejaron 3
de hacer advertencias a Craso, en vista de que se enojaba con ellos. En cambio, se dedicaron, por su cuenta, a hacer reproches a Abgar. «¿A ti, degenerado —le decían—, qué genio perverso te ha traído hasta nosotros? ¿Con qué drogas o con qué encantamientos has persuadido a Craso para desplegar su ejército en un desierto infinito y profundo y recorrer un camino que conviene más al jefe de unos bandidos nómadas que
a un general romano?» Abgar, que era un hombre de muchos 4
recursos, trataba de darles ánimos, postrándose a sus pies, y les aconsejaba que tuvieran todavía un poco de paciencia. Por otra parte, decía a los soldados, entre risas y burlas, mientras

[90] En su marcha hacia el Este las tropas de Craso atraviesan el desierto de Mesopotamia, en dirección al río Belik.

[91] Cf. *supra* 19, 1-3, y 21, 5.

marchaba a su lado y fingía ser servicial con ellos: «¿Vosotros creéis que estáis atravesando Campania, ansiosos como estáis de fuentes, riachuelos y sombras, y, por supuesto, de baños y albergues a cada paso? ¿No os acordáis de que estáis recorriendo los confines de Arabia y Asiria?». De este modo Abgar logró dirigir a los romanos, y, antes de que se descubriera que los estaba engañando, se marchó al galope; pero no a escondidas de Craso, sino que también en esa ocasión logró convencerlo de que iba a agitar y revolucionar el bando enemigo.

23 Se dice que aquel día[92] Craso no salió vestido de púrpura, como es costumbre entre los generales romanos, sino con una toga negra; y, en cuanto se dio cuenta, se cambió. También se dice que los que portaban los estandartes a duras penas lograron, tras mucho esfuerzo, levantar algunas de las insignias que estaban como fijadas al suelo[93].

2 Craso se rió de estos incidentes y apresuró la marcha, forzando a la infantería a seguir el paso de la caballería, hasta el momento en que volvieron unos pocos de los que habían sido enviados en misión de reconocimiento y anunciaron que los demás habían muerto a manos de los enemigos, que ellos mismos habían escapado a duras penas, y que un gran número de hombres llenos de arrojo se dirigía contra ellos para luchar.
3 Entonces cundió el desconcierto entre todos los hombres. Craso también se sobrecogió totalmente y dispuso las tropas con prisa cuando todavía no estaba muy tranquilo. Al principio, como le pedía Casio, en previsión de maniobras envolventes, desplegó la infantería por la mayor extensión posible de la llanura en una formación poco densa; y distribuyó la caballería en ambos flancos. Pero luego se arrepintió y, reagrupando a

[92] La batalla se produjo el 9 de junio del 53 a. C.; cf. Ovidio, *Fastos,* VI 465-469.

[93] Cf. Valerio Máximo, *Historia romana* I 6, 11, y Dión Casio, *Hechos y dichos memorables* XL18, 1, que sitúan estos prodigios en el momento del paso del Éufrates.

la infantería, formó un cuadrilátero profundo que hacía frente por ambos lados, y en cada lado había un frente de doce cohortes[94]. Al lado de cada cohorte colocó un escuadrón de 4
caballeros para no tener ninguna parte privada del auxilio de la caballería y avanzar protegido por igual por todas ellas. Confió un ala a Casio y la otra al joven Craso, y él mismo se colocó en el medio.

Se pusieron en marcha con esta disposición y llegaron a 5
un arroyo llamado Baliso[95], por lo demás ni grande ni caudaloso, pero que alegró a los soldados cuando lo vieron entonces, en medio de la aridez y el calor, y durante una marcha penosa en la que no habían encontrado agua hasta ese momento. Pues 6
bien, la mayoría de los oficiales creía que debían acampar y dormir allí y, de día, después de haber averiguado contra qué número de enemigos y contra qué clase de formación de combate se dirigían, marchar contra ellos. Pero Craso, incitado por su hijo y por los caballeros de su séquito a seguir adelante y entablar combate, dio orden de que los que quisiesen comer y beber lo hiciesen manteniendo la formación. Y antes de que 7
esta orden se cumpliese del todo, siguió avanzando; no lentamente y con intervalos de reposo, como cuando se va a una batalla, sino con una marcha rápida y continuada. Hasta que aparecieron los enemigos ante la vista. En contra de lo que es-

[94] Craso mantiene seguramente una reserva de tropas en el centro del cuadrilátero, ya que no ha empleado el total de las siete legiones, cada una de las cuales estaba formada por diez cohortes. Resultan poco claras las explicaciones de Plutarco acerca de la formación utilizada por Craso en esta batalla. Entre otra interpretaciones posibles, se ha propuesto que Plutarco se refiere aquí a la formación conocida como *difalaggía amphístomos:* dos columnas de marcha con las tropas de los flancos dispuestas para el combate por cada uno de los dos lados, según fuese necesario; cf. ARRIANO, *Táctica* XI, 1-4; A. GARZETTI, «M. Licinio Crasso..., 1944-1945, págs. 49-50, esp. nota 6; B. A. MARSHALL, *Crassus...*, págs. 168-169, y M. G. ANGELI-BERTINELLI, pág. 410.

[95] El río Baliso, hoy llamado Belik, es un afluente del Éufrates por la izquierda.

peraban, a los romanos no les parecieron muchos ni de aspecto
8 imponente. En efecto, Surena había disimulado el grueso de
las tropas detrás de las de vanguardia y había ocultado el brillo
de las armas, pues había ordenado que las cubrieran con ropas
y pieles. Cuando estuvieron próximos, y el general dio la señal
de combate, lo primero que ocurrió fue que la llanura se llenó
9 con un sonido grave y un bramido espantoso, pues los partos
no se incitan al combate con cuernos y trompetas, sino que
con unos martillos de bronce golpean unos tambores huecos
hechos con piel tensada; y lo hacen al mismo tiempo en todo
el ejército. Estos tambores provocan un ruido profundo y terri-
ble, una mezcla de rugido salvaje y estampido de truenos. Al
parecer los partos han comprendido que el oído es el sentido
que más perturba el ánimo; que las emociones relacionadas
con él son las que se provocan con mayor rapidez; y que, más
que ningún otro, desquicia el entendimiento.

24 De repente, cuando los romanos estaban sobrecogidos de
miedo a causa del ruido, los partos quitaron las coberturas de
las armas y aparecieron fulgurantes ante la vista con sus cas-
cos y sus corazas, porque el hierro margiano brilla con vivo
resplandor[96]. Aparecieron los caballos acorazados con las ar-
maduras de hierro y bronce; y se vio a Surena, muy alto y muy
hermoso, con una belleza femenina que no se correspondía
con su reputación de virilidad, pues iba adornado más bien al
estilo de los medas, con el rostro maquillado y el pelo peinado
con raya; mientras que los demás partos iban peinados al estilo
escita, con un penacho en la parte delantera de la cabeza para
ofrecer un aspecto terrorífico.

2 Al principio pensaban agitar y someter las primeras filas
atacando con las jabalinas; pero cuando vieron la profundidad
y densidad de la formación y la firmeza de los hombres en

[96] La Margiana era una región oriental que en parte corresponde a la zona suroriental del actual Turkmenistán.

sus puestos, retrocedieron; y mientras parecían dispersarse y romper sus filas, lograron rodear la formación cuadrada de
los romanos sin que nadie los viese. Craso mandó salir a los 3
soldados de infantería ligera, pero éstos no avanzaron mucho, pues se encontraron con una multitud de proyectiles. Cedieron rápidamente, se replegaron junto a la infantería pesada y provocaron un principio de desorden y temor entre estos hombres, pues veían la fuerza y el vigor de unas flechas que rompían las armaduras y atravesaban por igual cualquier protección, dura
o blanda. Manteniéndose a distancia, los partos comenzaron 4
a lanzar flechas desde todas partes al mismo tiempo, sin necesidad de apuntar, pues la densidad y espesor de la formación de los romanos impedía fallar el objetivo aunque se quisiese. Daban golpes vigorosos y violentos con sus fuertes y grandes arcos que forzaban la trayectoria del proyectil gracias a una pronunciada curvatura.

Lo cierto es que desde ese mismo momento la situación 5
de los romanos era lamentable, pues si permanecían en la formación, recibían golpes por todas partes; y si intentaban avanzar contra los enemigos, además de no lograrlo, seguían padeciendo la misma suerte. Los partos, en efecto, los rehuían al mismo tiempo que continuaban disparando. En esto se muestran extraordinariamente expertos —superados sólo por los escitas—, pues tienen la gran habilidad de ponerse a salvo al tiempo que siguen rechazando al enemigo, con lo que despojan a la huida de su carácter vergonzoso.

Pues bien, los romanos resistieron mientras esperaban 25
que, o bien los enemigos agotasen los proyectiles y renunciasen a la batalla, o bien trabasen combate cuerpo a cuerpo. Pero cuando se dieron cuenta de que allí cerca había muchos camellos cargados con flechas, y que los primeros en disparar daban la vuelta y se proveían de ellas, Craso se desanimó, porque no veía el fin. Mandó unos mensajeros a su hijo y le ordenó que considerase cómo podría forzar el encuentro con

los enemigos antes de resultar rodeado. Era él, sin duda, el que estaba siendo especialmente acosado y cuyo flanco estaba siendo cercado por la caballería que trataba de colocarse a su espalda.

2 Así pues, el joven llevó a la carga a mil trescientos caballeros, de los cuales mil eran de César[97], a quinientos arqueros y a ocho cohortes que portaban escudos largos y es-
3 taban próximas a él. Los partos que estaban dando vueltas a su alrededor se giraron y huyeron; bien, como dicen algunos, porque se toparon con unos pantanos; bien porque usaron la estratagema de sorprender a Craso lejos de su padre. Él se lanzó al ataque al grito de que los enemigos se retiraban, y con él se lanzaron Censorino y Megabaco[98]. Éste último sobresalía por su valentía y su fuerza, mientras que Censorino tenía la dignidad senatorial y era un hábil orador; ambos eran amigos de Craso y tenían aproximadamente su misma edad.
4 La caballería los siguió y tampoco la infantería se quedó atrás, gracias al ardor y a una alegre esperanza. Creían, desde luego, que estaban venciendo y que eran ellos quienes perseguían a los enemigos. Pero cuando ya habían llegado bastante lejos en su avance, percibieron el engaño, pues los que parecían estar huyendo se dieron la vuelta y a ellos se unieron muchos otros. Entonces, los romanos se detuvieron, creyendo que los enemigos entablarían combate con ellos, ya que eran pocos.
5 Pero los partos colocaron delante, frente a los romanos, a los caballeros acorazados, y con el resto de la caballería dieron vueltas desordenadamente en torno a ellos y agitaron la llanura, levantando del suelo montones de arena que formaban una polvareda enorme, de manera que los romanos tenían dificultades para ver y para hablar. Cogidos así en un pequeño

[97] Sobre estos caballeros que Publio ha traído de Galia, cf. *supra* 17, 7, y 23, 6.

[98] Tal vez sea posible identificar a este personaje Megabaco con el personaje citado como Megaboco por Cicerón, *Pro Aem. Scauro* 40 y *Ad Att.* II 7, 3.

espacio, caían heridos unos sobre otros y morían; pero no con una muerte rápida ni fácil, sino soportando espasmos y dolores, porque al rodar sobre las flechas, éstas se rompían dentro de las heridas, y cuando ellos trataban de arrancar por la fuerza las puntas curvadas que habían atravesado las venas y los músculos, se desgarraban y torturaban a sí mismos. Muchos 6
murieron de esta forma. Además, los que sobrevivían eran incapaces de luchar. Cuando Publio los exhortaba a lanzarse al ataque contra la caballería acorazada, mostraban sus manos pegadas a los escudos y los pies clavados al suelo, atravesados de parte a parte, de tal modo que eran incapaces tanto de huir como de defenderse.

Así pues, él mismo excitó a los caballeros, cargó con fuer- 7
za y entabló combate cuerpo a cuerpo; pero en el ataque y en la defensa estaba en situación de desigualdad, pues golpeaba con espadas débiles y cortas sobre armaduras de cuero y de hierro, mientras que los partos golpeaban con picas sobre los cuerpos ligeramente protegidos o desnudos de los galos. En éstos era, desde luego, en quienes más confiaba Publio y con éstos llevó a cabo acciones admirables. Los galos, ciertamente, 8
echaban mano a las picas de los partos y con ellas agarraban a los hombres y los tiraban de los caballos, pese a lo difíciles de mover que resultaban por el peso de sus armaduras. Muchos, además, abandonaban sus propios caballos, se colocaban bajo los de los enemigos y los golpeaban en el vientre. Los caballos se encabritaban a causa del dolor y morían pateando al mismo tiempo, en la confusión, a sus jinetes y a los enemigos. Los ga- 9
los sufrían sobre todo por el calor y la sed, ya que no estaban acostumbrados a ninguna de las dos cosas[99]. Además habían perdido la mayoría de sus caballos al enfrentarse a las picas de los enemigos. Así pues, se vieron obligados a replegarse hacia la infantería, con Publio ya malherido. Vieron allí cerca un 10

[99] Cf. PLUTARCO, *Marcelo* 26, 8.

montón de arena semejante a una colina y se dirigieron a ella. Ataron los caballos en el centro y se encerraron colocando los escudos por delante, pues creían que así se defenderían más
11 fácilmente de los bárbaros. Pero ocurrió lo contrario. Es cierto que los que ocupan las primeras filas en la llanura ofrecen, de alguna manera, un alivio a los que están detrás; pero allí no había ninguna posibilidad de escapar, porque el terreno elevaba a unos sobre otros a causa de su irregularidad y levantaba siempre más bien a los de detrás. Así que todos resultaron alcanzados por igual por los proyectiles, mientras lamentaban una muerte sin gloria e inútil.

12 Con Publio había dos griegos del país que vivían en Carras, Hierónimo y Nicómaco. Éstos trataron de persuadirlo para que escapase con ellos y se refugiase en Icnas, una ciudad que no estaba muy lejos y que era partidaria de los romanos[100].
13 Pero él contestó que no habría ninguna muerte tan terrible como para asustar a Publio y hacerle abandonar a los que estaban muriendo por él. Así que les ordenó que se salvasen y los despidió con un abrazo, mientras que él mismo, como no podía usar su diestra a causa de una herida de flecha, presentó el costado a su escudero y le pidió que lo golpease con
14 la espada. Según se cuenta, Censorino murió también de una forma semejante, y Megabaco, así como los demás nobles, se mataron ellos mismos. Los restantes hicieron frente al ataque de los partos, y éstos los atravesaron con sus picas. Se dice que fueron capturados con vida no más de quinientos. Los partos cortaron las cabezas de los hombres de Publio y se dirigieron inmediatamente contra Craso[101].

---

[100] Icnas, a unos sesenta kilómetros al sur de Carras y a orillas del río Belik, se había pasado al bando de los romanos en el 54 a. C.

[101] Recuérdese el presagio en el santuario de Hierápolis: «El joven Craso fue el primero en caer a las puertas, y tras él cayó después el padre»; cf. *supra* 17, 10.

En torno a Craso la situación era la siguiente. Tras dar a su hijo la orden de cargar contra los partos, recuperó un poco el ánimo porque le llegó la noticia de que se estaba produciendo una gran desbandada entre los enemigos y una persecución encarnizada, y al mismo tiempo veía que los que estaban cerca de él ya no lo atacaban de la misma manera (la mayoría, en efecto, se había dirigido hacia el otro lado). Entonces reunió el ejército y lo retiró a un lugar escarpado porque esperaba que su hijo volviese enseguida de la persecución. 26

Los primeros mensajeros que Publio le había enviado 2
cuando se vio en peligro murieron en un ataque de los bárbaros. Los siguientes se salvaron a duras penas y le hicieron saber que Publio estaría perdido si él no le enviaba urgentemente una ayuda importante. Craso se sintió invadido al 3
mismo tiempo por sentimientos contradictorios y ya no podía juzgar los acontecimientos racionalmente, sino que se debatía entre enviar la ayuda o no enviarla, pues sentía temor por la situación en su conjunto, al mismo tiempo que afecto hacia su hijo. Finalmente se dispuso a hacer avanzar sus tropas.

En ese momento los enemigos hicieron una aparición más 4
terrible aún, entre gritos y cantos de victoria, e hicieron resonar de nuevo muchos tambores alrededor de los romanos, quienes temieron que se iniciaba otra batalla. Los partos se aproximaron a ellos, les mostraron la cabeza de Publio, que llevaban empalada en una lanza, y les preguntaron con insolencia por sus padres y su linaje, pues aseguraban que no podía ser posible que de un padre en extremo vil y cobarde como Craso hubiera nacido un hijo tan noble y de una virtud tan notable. Este espectáculo quebró y debilitó los ánimos de 5
los romanos más que todos los demás peligros, y, en lugar de sentir deseos de defenderse, como era natural, todos sintieron el temblor del espanto.

Sin embargo, según se cuenta, lo cierto es que Craso se 6
mostró por encima de su propia fama en aquel momento de

dolor, pues mientras recorría las filas iba gritando: «Este sufrimiento me incumbe sólo a mí de forma privada. Sois vosotros quienes tenéis en vuestras manos la gran fortuna y la gran gloria de Roma, ya que quedará intacta e invicta si os
7 salváis. Y si sentís alguna piedad por mí, que he sido privado de un hijo excelente, mostradla en vuestra cólera frente a los enemigos. Robadles su alegría, vengaos de su crueldad y no os dejéis abatir por lo ocurrido, porque es preciso padecer también algún sufrimiento cuando se tienen grandes aspiraciones.
8 Ni siquiera Lúculo dominó a Tigranes sin derramamiento de sangre, ni Escipión a Antíoco[102]. Nuestros antepasados perdieron mil naves en Sicilia[103] y en Italia a muchos generales y pretores cuya derrota inicial no les impidió llegar a dominar
9 a los que habían resultado victoriosos en un principio. Desde luego, los romanos han alcanzado un poder tan grande gracias, no a la buena suerte, sino a la resistencia y el valor con el que los hombres se enfrentan a los peligros»[104].

27 Mientras les hablaba y exhortaba de este modo, Craso vio que no eran muchos los que lo escuchaban con buena disposición y cuando les ordenó dar el grito de guerra, comprobó más bien el desánimo del ejército, pues les salió un grito débil, pequeño y desigual; en tanto que el de los bárbaros, brillante y audaz, resultó dominante.

---

[102] Cf. PLUTARCO, *Lúculo* 24-28. La victoria de Lúculo sobre Tigranes ocurrió en el 69 a. C.; cf. *supra* 16, 11. L. Cornelio Escipión venció a Antíoco III de Siria en las Termópilas en el 191 a. C. y en Magnesia de Sípilo en el 190 a. C.; en esta última ocasión estuvo acompañado por su hermano P. Cornelio Escipión.

[103] Se refiere a las guerras púnicas y probablemente, como apunta R. FLACELIÈRE, pág. 243, a la derrota de Drépane en el 249 a. C.

[104] En su obra *De Fortuna Romanorum,* Plutarco se ocupa de la cuestión de los orígenes del imperio romano y del papel que la Fortuna y la Virtud desempeñan en su construcción. Posiblemente este discurso de Craso refleja la creencia del autor en la fusión de ambas.

Una vez comenzada la acción, los caballeros serviles o de clase inferior se lanzaron por los lados y dispararon con sus arcos, mientras que los de las primeras filas, sirviéndose de las picas, encerraron a los romanos en un pequeño espacio, excepto a aquellos que, en su deseo de rehuir la muerte bajo las flechas, se atrevieron temerariamente a lanzarse contra ellos. Éstos causaron a los partos muy poco daño, antes bien, murieron rápidamente a causa de graves heridas mortales, ya que los partos empujaban contra los caballeros su pesada pica de hierro, que muchas veces atravesaba incluso a dos hombres de un golpe. Mientras luchaban así, llegó la noche, y los partos se retiraron diciendo que concedían a Craso la gracia de una sola noche para llorar a su hijo, a no ser que, velando por sus propios intereses, prefiriese presentarse ante Arsaces antes de ser conducido ante él[105]. 2

Pues bien, los partos, que acamparon allí cerca, se encontraban en una situación de gran esperanza. Una noche difícil aguardaba, en cambio, a los romanos, que no se preocuparon ni del entierro de los caídos ni del cuidado de los heridos y moribundos, sino que cada uno se dedicó a lamentarse por su propia suerte. Les parecía, en efecto, que no tenían posibilidad de escapar, tanto si esperaban el día allí, como si se lanzaban de noche a la llanura abierta. Además, los heridos les planteaban un gran dilema, pues pensaban que si se los llevaban, estorbarían una huida rápida; en tanto que si los dejaban, denunciarían con sus gritos la retirada. Deseaban ver y oír a Craso, pese a que lo consideraban responsable de todo. Pero él yacía solo y oculto en la oscuridad, ejemplo de mala suerte para la masa y para los sensatos ejemplo de imprudencia y ambición, ya que no se había contentado con ser el primero y más importante entre tantas miríadas de personas,

[105] Arsaces es el nombre familiar de Orodes II, rey de los partos; cf. *supra* n. 81.

sino que había sentido que le faltaba todo, sólo por ir detrás
7 de otros dos hombres[106]. Lo cierto es que entonces Casio y el legado Octavio trataron de levantarlo y de animarlo. Y puesto que estaba totalmente abatido, ellos mismos convocaron a los centuriones y a los jefes de cohorte. Como tras la deliberación les pareció conveniente no quedarse allí, pusieron en marcha el ejército sin el sonido de las trompetas y al principio en silencio; pero luego, cuando los heridos se dieron cuenta de que los estaban abandonando, un terrible desorden y una terrible confusión, mezclada con gritos y lamentos, invadieron el
8 ejército. Entonces, el alboroto y el terror sobrecogieron a los que iban delante, como si los enemigos estuvieran atacando: una y otra vez se daban la vuelta, y una y otra vez volvían a la formación; a veces recogían a los heridos que los seguían, y a veces volvían a dejarlos. De este modo se entretuvieron mucho, y solamente trescientos caballeros, dirigidos por Egnatio, lograron llegar en mitad de la noche a Carras.

9 Egnatio llamó a los guardias en latín y cuando le contestaron, les pidió que dijeran a Coponio, su comandante, que había habido una gran batalla entre Craso y los partos; y sin decir nada más, ni siquiera quién era él, se lanzó hacia Zeugma y logró salvar a sus hombres; pero se granjeó la mala reputación
10 de haber abandonado a su general. No obstante, para Craso fue de cierta utilidad la advertencia que recibió entonces Coponio, pues éste comprendió que la premura y la confusión del mensaje correspondían a alguien que no podía traer ninguna buena noticia; e inmediatamente dio orden a sus soldados de coger las armas y, tan pronto como supo que Craso se había puesto en camino, salió a su encuentro, lo acogió y lo escoltó hasta la ciudad.

[106] Alude, claro está, a César y Pompeyo; cf. *supra* 6, 5-6; 7, 1-3; 7, 5 y 14, 5.

Por la noche, cuando los partos se dieron cuenta de la huida de los romanos, no los persiguieron; pero al llegar el día asaltaron y degollaron a los hombres que habían quedado abandonados en el campamento, que eran no menos de cuatro mil. Además, según iban cabalgando por la llanura, apresaban a muchos que andaban errantes. A cuatro cohortes que el legado Vargunteyo había separado y que se habían apartado del camino, las rodearon al mismo tiempo en un lugar estrecho y las aniquilaron totalmente mientras se defendían, con la excepción de veinte hombres. Éstos se lanzaron a través de ellos con sus espadas desnudas; y ellos, sorprendidos, cedieron y los dejaron llegar andando hasta Carras[107].

28 (línea 1) · 2

Había llegado a Surena la falsa noticia de que Craso había huido con los hombres más notables, mientras que la multitud que se había reunido en Carras era un grupo de personas que no merecían atención. Así pues, creyó que había perdido el fruto de la victoria; pero todavía tenía dudas y quería saber de verdad si debía quedarse allí y asediar a Craso, o bien debía perseguirlo y desentenderse de los de Carras. Así que mandó a las murallas a uno de los hombres bilingües que tenía consigo con la orden de dirigirse en latín a Casio o al propio Craso para explicarles que Surena estaba dispuesto a entrar en tratos con ellos. El mensajero bilingüe transmitió el mensaje, se lo hicieron llegar a los hombres de Craso, y éstos aceptaron la invitación. Poco después llegaron de parte de los bárbaros unos árabes que eran capaces de reconocer bien a Craso y a Casio por su aspecto, porque habían estado en el campamento antes de la batalla. Cuando vieron a Casio en la muralla le dijeron que Surena les ofrecía un acuerdo y les permitía salvarse, como amigos del rey, si abandonaban Mesopotamia, pues veía, según dijeron, que este acuerdo era ventajoso para

[107] Cf. Orosio, *Historias* VI 13, 3.

7 ambas partes, antes de llegar a una solución extrema[108]. Casio aceptó y pidió que se fijara el lugar y el momento para la reunión de Surena y Craso; ellos contestaron que así lo harían y se marcharon.

29 Pues bien, al día siguiente, Surena, que estaba muy contento por tener asediados a los hombres, les lanzó a los partos, quienes injuriaron a los romanos y les ordenaron entregarles a Craso y a Casio como prisioneros, si es que deseaban alcanzar
2 un acuerdo. Al verse engañados, los romanos se indignaron, le pidieron a Craso que abandonara las lejanas y vanas esperanzas que le habían dado los armenios[109] y se aferraron a la idea de la huida. Esto no debía saberlo ninguno de los de Carras antes del momento oportuno. Pero se enteró la persona menos digna de confianza de todas, Andrómaco, a quien Craso había confiado esta información así como la misión de guiar
3 la marcha. Así pues, nada pasó desapercibido a los partos, puesto que Andrómaco los fue informando con todo detalle. Como los partos no tienen la costumbre ni la habilidad de luchar por la noche, Craso se puso en camino de noche[110]; pero Andrómaco se las ingenió para que los partos no se retrasasen mucho en la persecución, pues guió a los romanos unas veces por un camino y otras por otro, y finalmente desvió la marcha hacia unos pantanos profundos y hacia unos lugares llenos de hoyos, con lo que la ruta resultó difícil y accidentada para los que se dejaron guiar por él[111].

4 Hubo algunos, sin embargo, que no lo siguieron, porque sospecharon que los rodeos y vueltas que daba Andrómaco tenían algún propósito insano. Concretamente, Casio regresó a Carras y cuando sus guías, que eran árabes, le pidieron que

[108] Cf. *supra* 18, 1.

[109] Cf. *supra* 19, 1-3; 21, 5, y 22, 2.

[110] Cf. *supra* 27, 3, y 28, 1.

[111] Sobre este personaje, cf. Nicolao de Damasco, *FGrHist*, 90F 79, en Ateneo, *Banquete de los eruditos* VI 252d.

esperase allí hasta que la luna hubiera superado Escorpión,
contestó: «Pues yo temo más a Sagitario»[112], y se puso en
marcha hacia Siria con quinientos caballeros[113]. Otros llegaron
a una región montañosa llamada Sinnaca gracias a guías de
confianza y, antes de que se hiciera de día, se establecieron en
una posición segura. Eran aproximadamente cinco mil hom- 5
bres conducidos por un varón notable, Octavio.
En cuanto a Craso, el día lo sorprendió, víctima de las
asechanzas de Andrómaco, en un terreno pantanoso y difícil.
Con él había cuatro cohortes de infantería armada con escu- 6
dos, muy pocos caballeros y cinco lictores, con los que logró
encontrar el camino con esfuerzo y dificultad, cuando ya los
enemigos se lanzaban contra ellos y sólo le faltaban unos doce
estadios[114] para reunirse con las tropas de Octavio[115]. Craso se
refugió en otra colina que no era tan inaccesible para la caba-
llería ni tan segura, pero que estaba situada al pie de Sinnaca[116]
y unida a ésta por un largo cuello que atravesaba por en medio
de la llanura. Pues bien, lo cierto es que las tropas de Octavio 7
podían ver el peligro en el que se encontraba Craso. Octavio
fue el primero en bajar rápidamente en su ayuda con unos
pocos hombres. Luego los demás se reprocharon su propia
cobardía, se lanzaron hacia allí, cayeron sobre los enemigos
y los echaron de la colina; pusieron a Craso en medio y lo
protegieron con sus escudos, jactándose de que ninguna flecha
de los partos alcanzaría el cuerpo de su general antes de que
todos ellos murieran defendiéndolo.
Así pues, como Surena se daba cuenta de que los partos se 30
encontraban en desventaja en el combate y sabía que, si caía

[112] La respuesta de Casio alude al arma que hace más temibles a sus enemigos, el arco.

[113] Cf. Dión Casio, *Historia romana* XL 25.

[114] Doce estadios equivalen aproximadamente a 2 Km.

[115] Octavio era legado; cf. *supra* 27, 7.

[116] Cf. Estrabón, *Geografía* XVI 747.

la noche y los romanos se apoderaban de las montañas, ya
no podrían alcanzarlos de ninguna manera, tramó un engaño
2 contra Craso[117]. En efecto, soltó a algunos prisioneros romanos
que habían oído en el campamento una conversación fingida
en la que unos bárbaros aseguraban que el rey no quería tener
contra los romanos una guerra sin tregua, sino que quería ser
generoso y ganar su amistad tratando a Craso humanamente.
Por otra parte, los bárbaros detuvieron la lucha, y Surena se
aproximó lentamente hasta la colina con unos hombres escogi-
dos, destensó su arco, tendió su mano derecha e invitó a Craso
a negociar. Le dijo que las pruebas de su valor y de su poder
las habían recibido contra la voluntad del rey, pero que en ese
momento el rey les mostraba voluntariamente su generosidad
y su buena voluntad, pues si se marchaban, les concedería una
tregua y les permitiría salvarse[118].

3 Cuando Surena pronunció estas palabras, los demás las
acogieron con muy buena disposición y se alegraron mucho;
mientras que Craso, que había sido vencido por los partos gra-
cias sólo a los engaños, consideró que este cambio repentino
era algo inexplicable, no respondió y se tomó tiempo para
4 deliberar. Pero los soldados se pusieron a gritar y a exigirle;
luego lo insultaron y le echaron en cara la cobardía de lanzar-
los a ellos a luchar contra unos hombres con los que él no se
atrevía ni siquiera a reunirse para negociar, aunque estuvieran
desarmados. Así que al principio Craso trató de hacerles cam-
biar de opinión, explicándoles que si resistían allí el resto del
día, por la noche llegarían a lugares montañosos y escarpa-
dos; les mostró el camino y los animó a que no abandonasen
5 la esperanza cuando estaba tan próxima la salvación. Pero
como los soldados se mostraban airados con él y lo amena-

[117] Al ser el arco su principal arma, los partos no podían combatir de noche; cf. *supra* 27, 3; 28, 1, y 29, 3.

[118] Cf. Dión Casio, *Historia romana* XL 26, 1.

zaban golpeando las armas, lleno de temor, Craso se puso en marcha y, dándose media vuelta, dijo sólo lo siguiente: «Octavio, Petronio y los demás oficiales romanos que estáis aquí presentes, vosotros estáis viendo la necesidad de mi marcha y comprendéis, porque sois testigos de ello, qué trato vergonzoso y violento estoy recibiendo. Pero si os salváis, decid a todos los demás hombres que Craso ha muerto engañado por los enemigos, no traicionado por sus conciudadanos».

Desde luego, las tropas de Octavio no se quedaron allí, 31
sino que bajaron de la colina con Craso, pero Craso despidió a los lictores que lo siguieron. Los primeros bárbaros que salieron a su encuentro fueron dos medio griegos que saltaron de sus caballos, se postraron ante Craso y hablándole en griego le aconsejaron que enviara por delante a alguien a quien Surena
mostrase que él y los suyos iban sin armas y sin corazas. Craso 2
contestó que, si tenía en la más mínima estima su propia vida, no entablaría combate con ellos. Con todo, envió a los dos hermanos Roscios para averiguar cuántos eran y en qué con-
diciones acudían al encuentro. A éstos los detuvo Surena tan 3
pronto como los encontró, y él mismo, que se dirigía a caballo al encuentro junto con los principales de sus hombres, dijo: «Pero, ¿qué es esto? ¿El general romano va a pie y nosotros
con montura?». Y mandó que le llevaran un caballo. Cuando 4
Craso contestó que ni uno ni otro actuaban incorrectamente, porque cada uno acudía a la reunión según la costumbre de su país, Surena afirmó que desde ese momento había tregua y paz entre el rey Orodes y los romanos; pero que había que acercarse hasta el río[119] para escribir los acuerdos; «Pues, vosotros, los romanos—dijo tendiéndole la mano—, no tenéis mucha capacidad para recordar los tratados»[120]. Como Craso

[119] No está claro a que río se refiere; desde luego, el Éufrates está a bastante distancia.

[120] Cf. *supra* 16, 4 y n. 74.

quería que le trajesen un caballo, le replicó que no hacía fal-
5 ta, «Pues el rey te regala éste». En ese momento presentaron ante Craso un caballo con el freno de oro. Los escuderos lo ayudaron a montar, se pusieron a su lado y trataron de forzar la marcha del caballo con golpes. Octavio fue el primero en sujetar las bridas, y tras él Petronio, uno de los tribunos militares. Luego los demás se colocaron alrededor del caballo tratando de detenerlo y tirando de los hombres que empujaban
6 a Craso por ambos lados. En medio del tumulto, del alboroto y de los golpes que se produjeron, Octavio arrancó una espada a uno de los bárbaros y mató a un escudero, pero otro de los que estaban detrás golpeó a Octavio. Petronio, que no había podido conseguir un arma, recibió un golpe en la armadura, pero escapó ileso. A Craso lo mató un parto llamado Exatres;
7 aunque algunos lo niegan y afirman que es otro el que lo mató, y que éste fue quien le cortó la cabeza y la mano derecha cuando ya estaba muerto. Sin embargo, estos datos son conjeturas más que hechos conocidos, pues de los que estuvieron presentes, unos murieron allí mientras luchaban en torno a
8 Craso, y los demás escaparon enseguida a la colina. Cuando los partos se lanzaron contra ellos y les dijeron que Craso ya había recibido su castigo, pero que Surena pedía a los demás que confiasen en él y bajasen, algunos bajaron y se entregaron, mientras que otros se dispersaron durante la noche. Sólo unos pocos de éstos lograron salvarse; los demás fueron cazados por los árabes, capturados y asesinados. Según se dice, en total murieron veinte mil hombres y diez mil fueron hechos prisioneros[121].

32 Surena envió la cabeza y la mano de Craso a Orodes en Armenia, pero él mismo hizo que unos mensajeros extendie-

[121] Según Apiano, *Historia romana* II 49, los huidos formaron dos legiones en Siria; Horacio, *Carm.* III 5, 5, y Plinio el Viejo, *Historia natural* VI 47, aluden a la suerte de los prisioneros; cf. L. Piccirilli, pág. 419.

ran el rumor en Seleucia de que llevaba a Craso con vida y
organizó una procesión burlesca a la que, en su insolencia, de-
nominaba triunfo. Llevó a caballo al prisionero que se parecía
más a Craso, C. Paciano, vestido con un traje regio de mujer
y con la orden de que respondiese a los que lo llamasen Craso
o *imperator*. Iba precedido por trompetas y por algunos licto-
res que cabalgaban en camellos. De las fasces colgaban unas
bolsas[122] y de las hachas, cabezas de romanos recién cortadas.
Por detrás lo seguían cortesanas y cantantes de Seleucia que 3
en sus cantos decían muchas bufonadas y bromas sobre el
afeminamiento y la cobardía de Craso. Lo cierto es que todos
contemplaron este espectáculo.

Por otra parte, Surena reunió al Senado de Seleucia y ante 4
él presentó unos libros licenciosos, las *Historias Milesias* de
Arístides. En esto al menos no mentía, pues los habían encon-
trado en el equipaje de Roscio, y fueron para Surena la oca-
sión de lanzar muchos insultos y burlas contra los romanos,
echándoles en cara que ni siquiera cuando van a la guerra son
capaces de abstenerse de semejantes actos y de semejantes
lecturas[123]. Ahora bien, las gentes de Seleucia se dieron cuenta 5
de la sabiduría de Esopo cuando vieron que Surena llevaba
por delante la alforja de las obscenidades de Mileto y por
detrás arrastraba una Síbaris de partos con tantos carros de
cortesanas[124]. Con un aspecto semejante, de alguna manera, a
las llamadas víboras y serpientes, su ejército presentaba una
parte delantera de aspecto terrible y salvaje, con las lanzas,

---

[122] Alusión a la codicia de Craso y a su afán de riquezas.

[123] Esta colección de novelas o cuentos eróticos de Aristides de Mileto (*c.* 100 a. C.), había sido traducida al latín, con gran éxito, en tiempos de Sila; cf. Ovidio, *Tristia* 443-444, y Luciano, *Amor.* 1.

[124] Alude a la fábula de Esopo *Las dos alforjas*, y a su conocida moraleja sobre la incapacidad de reconocer los defectos propios y la facilidad para ver los ajenos. De la opulenta ciudad de Síbaris en la Magna Grecia se decía que tenía costumbres licenciosas; cf. Ateneo, *Banquete de los eruditos* XII 518-521; Timeo, *FGrHist* 566F 50e 51.

los arcos y los caballos; mientras que en la cola terminaba en coros de danzas, castañuelas, aires de cítara y noches licen-
6 ciosas con mujeres. Roscio era, desde luego, censurable; pero los partos eran imprudentes al censurar las *Historias Milesias*, pues muchos de sus reyes Arsácidas habían nacido de cortesanas jonias y milesias.

33 Cuando ocurrieron estos hechos, se dio la circunstancia de que Orodes ya se había reconciliado con el armenio Artavasdes y de que había concertado el matrimonio de su hijo Pacoro con la hermana de Artavasdes, y se ofrecían mutuamente banquetes y festines en los que se presentaban muchos
2 espectáculos procedentes de Grecia, pues Orodes no desconocía ni la lengua ni la literatura griegas, y Artavasdes componía tragedias y escribía discursos y obras de historia, de las que se
3 conservan algunas. Cuando llevaron hasta las puertas la cabeza de Craso, se habían levantado las mesas y un actor trágico llamado Jasón y natural de Trales estaba cantando el papel de Ágave de *Las Bacantes* de Eurípides. Mientras el actor estaba disfrutando de su éxito, apareció en la sala Silaces, se
4 arrodilló y arrojó la cabeza de Craso en medio de la sala. Los partos prorrumpieron en aplausos y en gritos de alegría, y a una orden del rey los sirvientes acomodaron a Silaces. Jasón, por su parte, dio a uno de los miembros del coro los ropajes de Penteo, cogió la cabeza de Craso y entonó aquellos versos con un transporte báquico y cantando con entusiasmo:

5 «¡Traemos de los montes
una guirnalda cortada para adorno del hogar,
una dichosa presa de caza!»[125].

[125] EURÍPIDES, *Bacantes* 1169-1171; trad. esp. C. García Gual, Madrid, 1979. Mientras pronuncia estos versos, Ágave lleva en el tirso, como trofeo de caza, la cabeza de su hijo Penteo. PLUTARCO cita estos versos también en *Moralia* 501 C.

Estos versos agradaron a todos, y cuando se cantó el siguiente diálogo con el coro: 6

> «¿Quién lo mató?
> Mío, mío es el honor»[126],

Exatres, que casualmente estaba en el banquete, dio un salto y agarró la cabeza, como si le correspondiese más a él que al actor pronunciar estas palabras. El rey, satisfecho, lo 7
gratificó con un regalo, según la costumbre, y dio un talento a Jasón. Con este desenlace, como el de una tragedia, terminó, según se cuenta, la expedición de Craso. Sin embargo, a Orodes le alcanzó un justo castigo por su crueldad y a Surena por su perfidia, pues a Surena lo mató Orodes, no mucho tiempo 8
después, envidioso de su gloria; y Orodes, tras haber perdido a su hijo Pacoro, que fue derrotado por los romanos en una batalla[127], fue objeto de las maquinaciones de su hijo Fraates. Orodes padecía una enfermedad que se había convertido en hidropesía y Fraates le suministró acónito, pero la enfermedad 9
absorbió el veneno y se produjo una mezcla que el cuerpo expulsó; entonces Fraates tomó un atajo y lo estranguló[128].

---

[126] EURÍPIDES, *Bacantes* 1178-1179. Este pasaje recuerda el éxito de Eurípides en Sicilia, en el también trágico desenlace de la *Vida de Nicias* 29.

[127] Pacoro fue vencido en el 38 a. C. por Casio; cf. DIÓN CASIO, *Historia romana* XLIX 19-20.

[128] En *Antonio* 37, 1, PLUTARCO continúa el relato de las relaciones de Roma con los partos a partir del momento exacto en que lo concluye aquí. Fraates IV reinó del 37 a. C. al 2 a. C.

COMPARACIÓN DE NICIAS Y CRASO

34 Como primer punto de esta comparación diremos que la riqueza de Nicias fue adquirida de una forma más irreprochable que la de Craso. Nadie aprobaría, sin duda, la explotación de las minas, cuyo trabajo se realiza, en su mayor parte, utilizando delincuentes y esclavos bárbaros a los que se encadena y se hace perecer en lugares recónditos y malsanos[129]; sin embargo, comparada con las confiscaciones de Sila y las especulaciones relacionadas con los incendios, parece algo más
2 apropiado. Lo cierto es que Craso se servía de estos procedimientos abiertamente, como se sirve uno de la agricultura o del préstamo con intereses. En cuanto a otros procedimientos de los que se le acusaba y que él negaba —como hablar en el Senado con vistas a su propio lucro, ofender a los aliados, adular con acoso a las pobres mujeres u ocultar a los malhechores—, Nicias no fue acusado nunca, ni siquiera en falso. Y si bien, por otra parte, Nicias era objeto de burlas porque, por cobardía, ofrecía y entregaba dinero a los sicofantas, este comportamiento, sin duda indigno de Pericles o Arístides, era necesario para él, pues no tenía buena disposición para los
3 actos de valor. También cierto tiempo después, el orador Licurgo llegó a decir con toda franqueza ante el pueblo, cuando lo acusaron de haber comprado a un sicofanta: «Después de tanto tiempo dedicado a la política entre vosotros, me alegro de haber sido cogido en flagrante delito de generosidad y no de robo»[130].

4 Por otra parte, Nicias tenía en sus gastos una actitud más preocupada por la ciudad, ya que obtenía honores con ofrendas, organización de competiciones gimnásticas e instrucción

[129] Cf. Plutarco, *Nicias* 4, 2.

[130] Licurgo desempeñó durante doce años (338-327 a. C.) el cargo de administrador de las finanzas atenienses; cf. Plutarco, *Moralia* 841B.

de coros. Además, el patrimonio de Nicias, incluido lo que había gastado, no era más que una parte de lo que Craso gastó en ofrecer banquetes a tantas miríadas de personas, y en darles luego de comer de nuevo[131]. Por tanto, resulta extraño que no se llegue a comprender que el vicio es una anomalía y una contradicción del carácter, cuando se ve que los que se enriquecen vergonzosamente luego gastan de forma inútil.

Hasta aquí lo relacionado con el dinero. Por otra parte, en 35
la carrera política de Nicias no hay ningún acto de maldad, de injusticia, de violencia o de arrogancia. Sí puede decirse, sin embargo, que fue engañado por Alcibíades y que era pusilá-
nime en su trato con el pueblo. A Craso, por el contrario, se le 2
acusa de una gran falta de lealtad y de una actitud indigna de un hombre libre por sus cambios de amistades y enemistades. Además, ni siquiera él negaba haber usado la violencia en la campaña por el consulado, ya que pagó a unos hombres para
asaltar a Catón y a Domicio[132]. En las votaciones del pueblo 3
sobre las provincias[133] muchas personas resultaron heridas, cuatro murieron, y el propio Craso dio un puñetazo en la cara a Lucio Analio, un senador que hablaba contra él, y lo echó de allí ensangrentado. Este último episodio lo habíamos omitido
en la narración de su vida. Así como, en estos casos, Craso 4
tuvo un comportamiento violento y tiránico, de la misma manera merece nuestro reproche también Nicias, a su vez, por su comportamiento timorato en la acción política, así como por su falta de valentía y por el hecho de haber cedido los asuntos más importantes a las personas más viles. Craso, desde luego, al menos en este aspecto, tenía altos pensamientos y grandeza de espíritu, y la lucha no era, por Zeus, contra Cleones o Hipérbolos, sino contra el esplendor de César y contra tres

[131] Cf. Plutarco, *Craso* 2, 3.

[132] Se trata del segundo consulado de Craso y de Pompeyo en el año 55 a. C.

[133] Cf. Plutarco, *Craso* 15, 7.

triunfos de Pompeyo. Además, él no cedió ante ellos, sino que levantó su propia fuerza contra cada uno de los dos, superando incluso a Pompeyo con la dignidad de la censura.

5 En los grandes asuntos de la política, desde luego, es preciso ampararse, no ya en un éxito que ‹no› suscite envidia, sino en uno tan brillante que debilite la envidia con la gran-
6 deza de su poder. Y si deseas por encima de todo la seguridad y la tranquilidad y temes a Alcibíades en la tribuna, a los lacedemonios en Pilos y a Perdicas en Tracia[134], la ciudad te ofrece un amplio espacio para el ocio si te retiras del centro de la actividad pública y te sientas a trenzar tu propia corona de imperturbabilidad, como proponen algunos sofistas[135].

7 Desde luego, el deseo de paz de Nicias era, verdaderamente, algo divino; y poner fin a la guerra fue una medida política muy propia de los griegos. Así que en relación a esta acción, Craso no merece ser comparado con Nicias, a pesar de que fue él quien fijó los límites del imperio romano en el mar Caspio y en el océano Índico.

36 Ahora bien, en una ciudad que aprecia cuándo alguien hace uso de la virtud, no hay que ceder el sitio, cuando se tiene poder, a los viles, ni la autoridad a los que no tienen autoridad, ni la confianza a los que no son dignos de confianza. Eso es, precisamente, lo que hizo Nicias con Cleón. Cleón no representaba en la ciudad más que un grito desvergonzado desde la tribuna, y, sin embargo, el propio Nicias lo puso al frente del mando militar.

2 Desde luego, yo no elogio a Craso por haberse lanzado a luchar en la guerra de Espartaco con más premura que seguridad. No obstante, el temor de que llegase Pompeyo y le

---

[134] Durante la expedición de Nicias a Calcídica en el 417 a. C., que no resultó muy brillante, Perdicas II era rey de Macedonia; cf. Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso* V 83, 4.

[135] Se refiere a los epicúreos; cf. Plutarco, *Moralia* 1125 C y H. Usener, *Epicurea* 328, n. 556.

arrebatase la victoria[136], como se la arrebató Mumio a Metelo en Corinto[137], era un temor propio de la ambición política; mientras que el temor de Nicias era algo absolutamente ex-
traño y terrible, pues cedió a su rival el honor del mando, no 3
porque fuera fácil o tuviera esperanzas de éxito, sino porque sospechaba un gran peligro en aquella expedición; y no le importó descuidar el interés público con tal de conseguir se-
guridad para sus propios intereses. De un modo bien distinto, 4
Temístocles, por ejemplo, apartó del mando con dinero a un hombre cobarde y poco inteligente para que no perjudicase a la ciudad ejerciendo como estratego en las guerras médicas[138]. Y Catón, en beneficio de la ciudad, se postuló como tribuno de la plebe aun cuando veía que el cargo comportaba peligros y
dificultades extraordinarios[139]. Nicias, en cambio, se protegió 5
a sí mismo como estratego en las expediciones contra Minoa y Citera y en la expedición contra los desafortunados melios[140]; pero cuando tuvo que combatir a los lacedemonios, se quitó la clámide y entregó a la inexperiencia y temeridad de Cleón naves, hombres, armas y un mando militar que requería la mayor experiencia, con lo que traicionó, no ya su propio renombre,
sino la seguridad y salvación de la patria. Por esa razón se 6
vio obligado posteriormente, en contra de su inclinación y su voluntad, a combatir a los siracusanos, pues causó la impresión de estar tratando de privar de Sicilia a la ciudad, no por un cálculo racional de lo conveniente, sino por indolencia y debilidad. He aquí, no obstante, una prueba de sus grandes ap-

---

[136] Cf. PLUTARCO, *Craso* 11, 3-11.

[137] Mummio se hizo con la victoria sobre Corinto en el 146 a. C., alejando oportunamente de allí a Q. Cecilio Metelo cuando éste estaba a punto de conseguirla.

[138] Cf. PLUTARCO, *Temístocles* 6, 1-2.

[139] En el 62 a. C., para oponerse a Q. Cecilio Metelo Nepote, a quien consideraba incapaz y peligroso; cf. PLUTARCO, *Catón el Menor* 20-21.

[140] Cf. PLUTARCO, *Nicias* 6, 4, y n. 32. Sobre Melos, cf. TUCÍDIDES, *Historia de la Guerra del Peloponeso*, III 91.

titudes, ya que a pesar de que siempre le desagradaba combatir y de que rehuía el mando militar, los atenienses no dejaron
7 nunca de elegirlo como al mejor y más experto. En cambio, Craso, que todo el tiempo deseó conseguir el mando militar, no lo obtuvo más que en el caso de la guerra de los esclavos y por necesidad, ya que Pompeyo, Metelo y los dos Lúculos estaban ausentes[141], y eso que entonces disfrutaba del máximo prestigio y del poder más amplio. Lo cierto es, según parece, que incluso sus partidarios lo consideraban un hombre, según dice el poeta cómico,

«excelente en todo, menos en el escudo»[142].

8 Y esa situación no benefició en absoluto a los romanos, ya que resultaron violentados por el afán de poder y la ambición de Craso. Los atenienses, en efecto, enviaron a Nicias a la guerra en contra de su voluntad, mientras que fue Craso el que llevó a los romanos sin que éstos quisieran. Y a causa de éste, la ciudad sufrió un desastre; mientras que aquél lo sufrió a causa de la ciudad.

37 Ahora bien, también en este aspecto es posible elogiar a Nicias sin tener que criticar a Craso. Pues Nicias, haciendo uso de la experiencia y de la capacidad de juicio de un jefe prudente, no se dejó engañar por las esperanzas de sus conciudadanos, tuvo miedo y desesperó de poder conquistar Sicilia. Craso, por su parte, aunque se equivocó lanzándose a
2 la guerra contra los partos como a una acción muy fácil, tenía grandes aspiraciones. Mientras César sometía el occidente —a los celtas, los germanos y la Bretaña—, él mismo aspiraba a llegar hasta oriente y el mar Índico y a conquistar Asia, adon-

[141] Durante la guerra de Espartaco en el 72 a. C. Pompeyo y Q. Cecilio Metelo estaban en Hispania, L. Licinio Lúculo en Oriente y M. Licinio Lúculo en Macedonia.

[142] Verso de autor desconocido; cf. Kock, *CAF* III 493 frag. *adesp.* 451.

de Pompeyo llegó y donde Lúculo se mantuvo; siendo así que ambos siguieron pareciendo a todos moderados y buenos, a pesar de haber tenido planes y proyectos semejantes a los de Craso. Y eso que cuando se dio el poder a Pompeyo, el Senado se opuso[143], y una vez que César hubo puesto en fuga a treinta miríadas de germanos, Catón propuso entregarlo a los vencidos y dirigir contra él el resentimiento provocado
por la violación de los tratados. Pero el pueblo mandó a pa- 3
seo a Catón, celebró sacrificios por la victoria durante quince días y se mostró muy contento[144]. Pues bien, ¿cómo se habría sentido y durante cuántos días habría celebrado sacrificios, si Craso hubiera escrito como vencedor desde Babilonia, y si, marchando después contra Media, Persia, Hircania, Susa y la Batriana, hubiera convertido estos lugares en provincias romanas? «Pues si es preciso cometer injusticia», como dice Eurípides[145]; si no se puede permanecer tranquilo ni se sabe disfrutar de los bienes presentes, no hay que aniquilar Escandea o Mende; ni dar caza a los eginetas, fugitivos que como aves se refugian en tierra extraña tras haber abandonado su propia patria[146]. Hay que poner, antes bien, un alto precio a la injusticia, y no abandonar la justicia a la ligera o en la primera ocasión que se presenta, como si fuese algo inútil e
insignificante. Los que elogian el impulso de la expedición de 4
Alejandro y, por el contrario, censuran el de la de Craso, no hacen bien en juzgar sus inicios según el resultado.

---

[143] Cf. Plutarco, *Pompeyo* 30, 1-4, y *Lúculo* 35, 9.

[144] Cf. Plutarco, *César* 22, 4, y *Catón el Menor* 51, 1-2.

[145] Eurípides, *Fenicias* 524. Esta era la máxima preferida de César; cf. Cicerón, *De officis* III 82; Suetonio, *César* 30, 5.

[146] Plutarco enumera aquí las modestas conquistas de Nicias: Escandea en la isla de Citera, cf. Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso*, IV 54; Mende en Calcídica, cf. Tucídides, IV 130; y Tirea en Laconia, que había servido de refugio a los eginetas expulsados por los atenienses de su propia ciudad, cf. Tucídides, IV 57.

38 En cuanto a las expediciones mismas, no son pocos los actos nobles en el caso de Nicias. Ciertamente, venció a los enemigos en muchas batallas y estuvo a punto de conquistar Siracusa. Además, no todos los fracasos se debieron a Nicias, sino que también se podrían atribuir algunos a su enfermedad
2 y a la envidia de sus conciudadanos en la patria.[147] En cambio, por la multitud de sus errores, Craso no permitió que la suerte le hiciese algún favor, de modo que lo increíble es, no que su estupidez resultase vencida por la fuerza de los partos, sino que prevaleciese sobre la buena suerte de los romanos.

3 Uno de ellos no desdeñaba ningún aspecto de lo relacionado con la adivinación, mientras que el otro la despreciaba totalmente; sin embargo, ambos murieron de forma semejante. Así que es incierta y difícil de discernir la posición segura en estas cuestiones; si bien es cierto que resulta más conveniente equivocarse, por precaución, siguiendo la opinión tradicionalmente aceptada, que transgredir, por osadía, las convenciones.

4 Ahora bien, Craso es menos censurable en lo que se refiere a su muerte, pues no se entregó, ni fue encadenado ni engañado, sino que cedió a las súplicas de sus amigos y fue víctima de la perfidia de los enemigos; en tanto que Nicias hizo su propia muerte más vergonzosa al rendirse ante los enemigos con la esperanza de una salvación indecorosa.

---

[147] Cf. PLUTARCO, *Nicias* 17, 3, y 20, 1.

ÍNDICE DE NOMBRES

ÍNDICE GENERAL